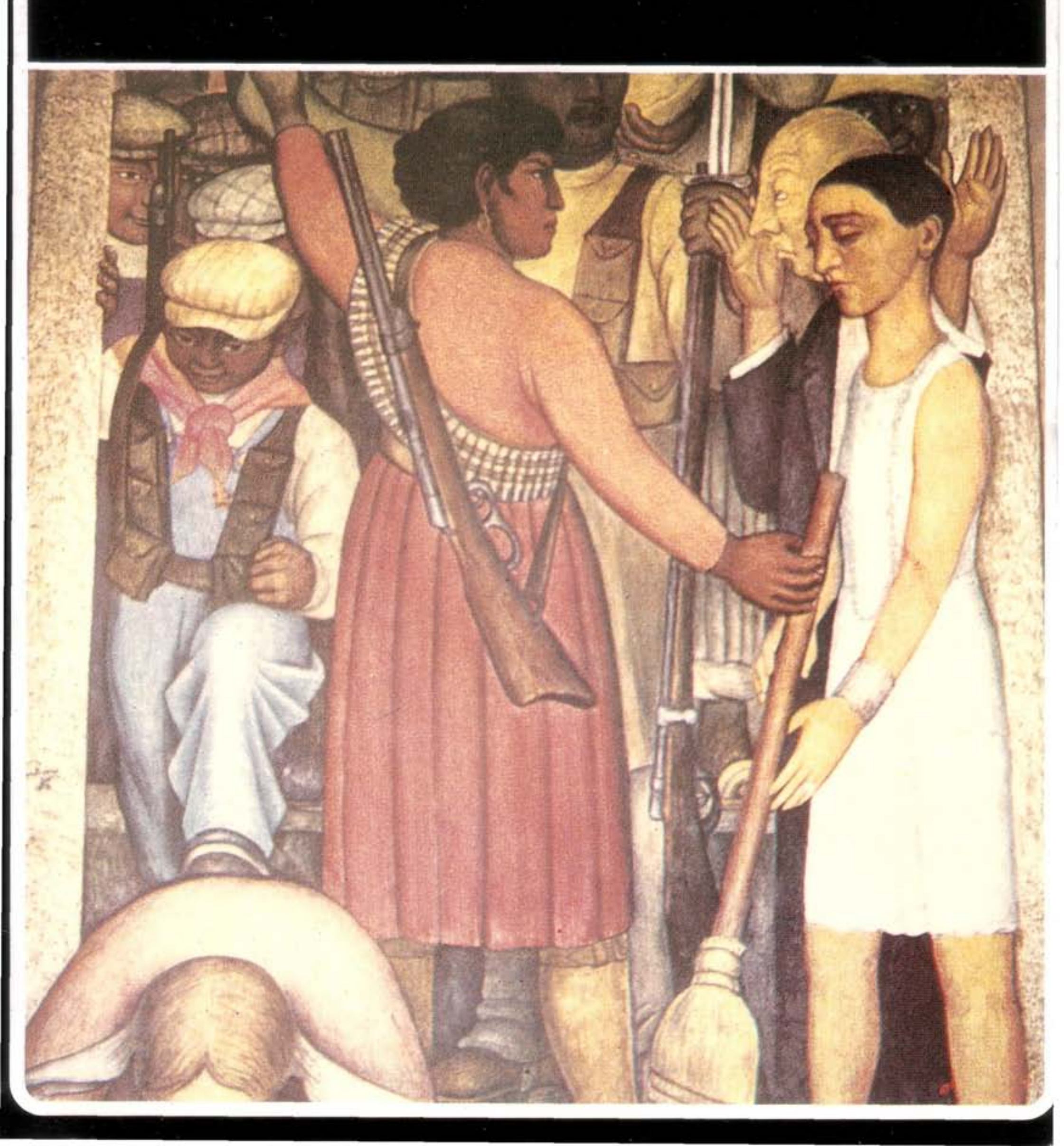
JOSE VASCONCELOS

181

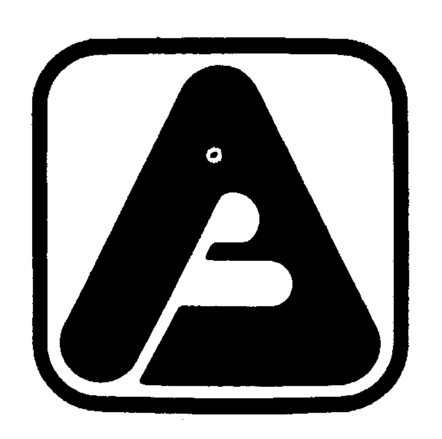
OBRA SELECTA

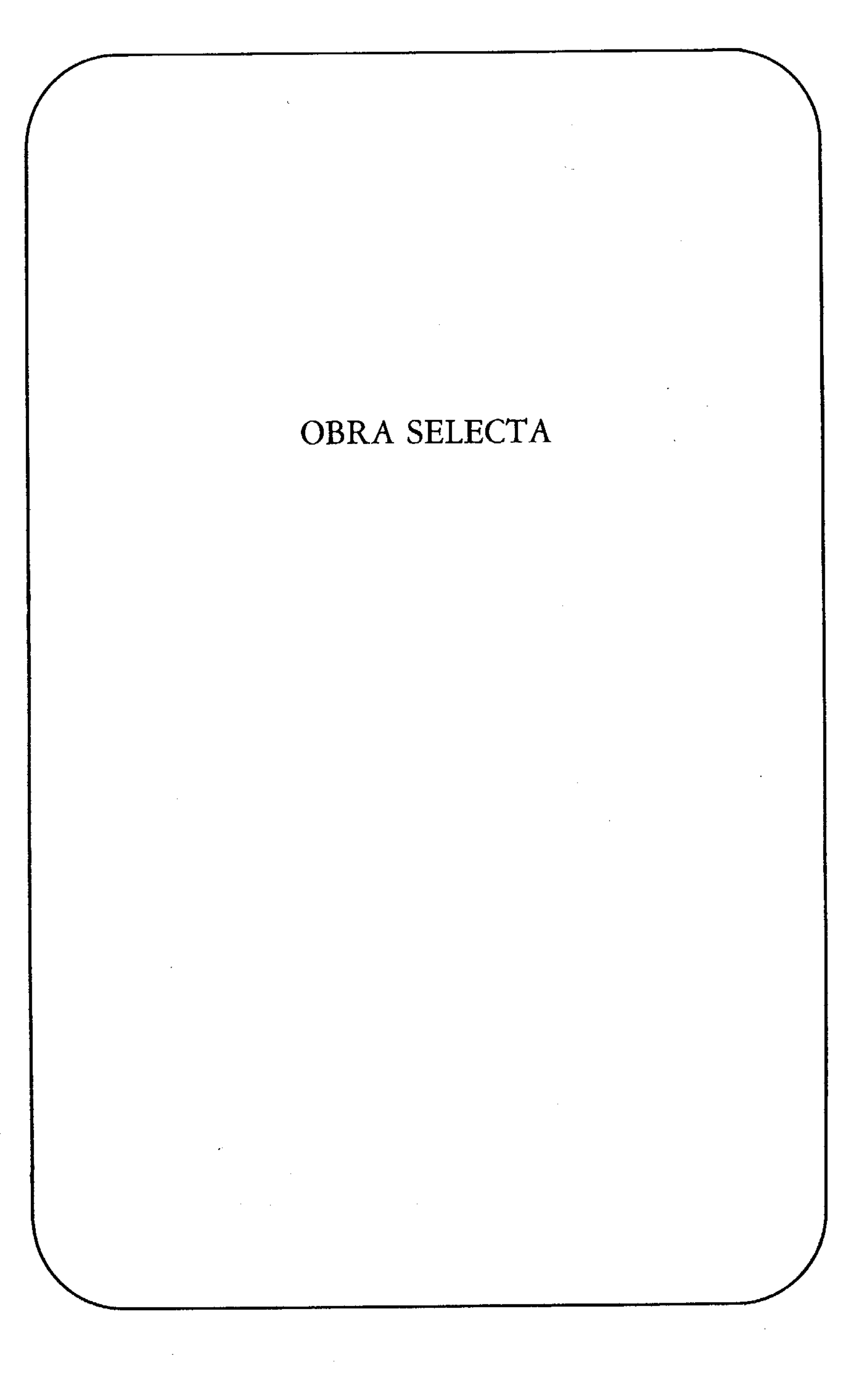


La BIBLIOTECA AYACUCHO fue creada por el gobierno venezolano con motivo del sesquicentenario de la batalla mediante la cual, en Ayacucho (Perú, 1824), un ejército patriota al mando del Gran Mariscal venezolano Antonio José de Sucre puso fin a la guerra de independencia hispanoamericana.

La BIBLIOTECA AYACUCHO concebida como una contribución de primer orden al fortalecimiento y desarrollo de la herencia histórica y espiritual del continente, procura recoger el vasto patrimonio cultural de esta región, en las múltiples disciplinas en que se ha expresado —literatura, filosofía, arte, historia, pensamiento político, folklore, antropología, etc.— desde los aportes de las civilizaciones indígenas hasta la poderosa creatividad de nuestros días, atendiendo a las numerosas y variadas manifestaciones de una cultura que es, por definición, mestiza, producto de una original mezcla de legados.

La BIBLIOTECA AYACUCHO es, finalmente, un homenaje de Venezuela a la cultura de nuestra América, a la vez que pretende constituirse en el repositorio de su rica tradición literaria, subrayando lo que tiene de lección viva y presente para las generaciones actuales y lo que en ella convoca a una plena autonomía intelectual y a una amplia unidad continental.





OBRA SELECTA



Agradecemos al Fondo de Cultura Económica la autorización para reproducir en este volumen diversos textos de José Vasconcelos.

JOSE VASCONCELOS

OBRA SELECTA

Estudio preliminar, selección, notas,
cronología y bibliografía
CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

BIBLIOTECA  AYACUCHO

Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010

ISBN 980-276-195-8 (rústica)
ISBN 980-276-196-6 (empastada)

Diseño / Juan Fresán
Fotocomposición / Ediguías, C.A.
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PROLOGO

I

JOSE VASCONCELOS (1882-1959) es tanto el padre pródigo como el hijo bastardo de la cultura mexicana del siglo XX. Padre, pues su apostolado abarcó desde el intento de creación de una cultura nacional hasta la aventura política por una sociedad democrática occidental para México. Hijo bastardo, puesto que su síntesis fracasó dolorosamente y durante su largo ocaso no hizo sino maldecir a una patria que le dio la espalda. Por ello su figura resulta tan compleja e irritante para los mexicanos y hasta los más fieles entre sus seguidores coincidirían con Luis Cardoza y Aragón cuando comparó la obra de Vasconcelos con una montaña de luz fincada sobre la saña.

Es común admitir la construcción de su vida como una gran empresa y los mejores de sus libros, aquellos donde la cuenta: *Ulises criollo, La tormenta, El desastre* e inclusive en *La flama*, publicada en el año de su muerte. Vasconcelos, como todos los autobiógrafos, desde Cellini, impone al comentarista una tarea muy ardua. A través de las memorias, como advirtió Chateaubriand en las suyas, se escucha la voz de un muerto. Semejante venganza es peculiarmente tenaz en Vasconcelos. Sus recuerdos fascinan, duelen, maravillan y asquean. Refutar a semejante ególatra es fácil; olvidarlo, imposible. Su material autobiográfico es una vasta reflexión que no puede sino acotarse, ponerse en duda o condenarse, pero es siempre imprescindible.

José Vasconcelos se concibió a sí mismo como un educador de multitudes y de naciones. Aspiró al gobierno de un príncipe filósofo y se concibió como un héroe, el Ulises criollo enfrentando la tormenta. Al hablar utilizó, como Henry Adams en *The education of Henry Adams* la tercera persona. La comparación hubiera ofendido a Vasconcelos, pues hispanista feroz en sus últimas décadas, hizo del protestantismo anglosajón la más odiada de sus bestias negras. Pero como Adams y tantos otros educados en el clasicismo escolar decimonónico, hizo de su propia educación moral y sentimental, un ejemplo a seguir.

Parca como es la tradición autobiográfica en la cultura hispanoamericana, encontramos en Vasconcelos a uno de sus más potentes artífices.

Él se presenta con la advertencia profética que abre el *Ulises criollo.* Están allí casi todas sus obsesiones vitales:

> La presente obra no ha de menester prólogo; requiere a lo sumo, la advertencia de que no está escrita —no lo está ningún libro de su género— para caer en manos inocentes. Contiene la experiencia de un hombre y no aspira a la ejemplaridad, sino al conocimiento. (...) El nombre que se ha dado a la obra entera se explica por su contenido. Un destino cometa, que de pronto refulge, luego se apaga en largos trechos de sombra, y el ambiente turbio del México actual, justificaba la analogía con la clásica *Odisea.* Por su parte, el calificativo *Criollo* lo elegí como símbolo del ideal vencido en nuestra patria desde los días de Poinsett[1], cuando traicionamos a Alamán[2]. Mi caso es el de un segundo Alamán hecho a un lado para complacer a un Morrow[3]. El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico, en el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia; tales son los elementos que han librado combate en el alma de este *Ulises criollo,* lo mismo que en la de cada uno de mis compatriotas[4].

Aunque la autobiografía moderna proviene del libre examen y de la Reforma, y la de Vasconcelos es tan moderna como las de Rousseau, Madame de Staël y Chateaubriand, es inevitable que el autor comience sus memorias buscando a San Agustín, única manera de conciliar la confianza que tuvo en la justicia de su vida con un egotismo que escandalizó no sólo a la Iglesia, sino al propio escritor, que llegó, durante los últimos años, a expurgar sus obras.

II

José Vasconcelos nació en la ciudad de Oaxaca, capital del Estado del mismo nombre en el sureste de México, cuna de Benito Juárez (1806-1872) y Porfirio Díaz (1830-1915), plaza de autócratas y de reformadores. Aunque volvió a la vieja Antequera —su nombre colonial— apenas cuando fracasó en su lucha por la gubernatura estatal en 1924, la geografía de ese territorio, hosco e inaccesible, de múltiples climas y cumbres, bien puede retratar a Vasconcelos.

Hijo de Ignacio Vasconcelos y Carmen Calderón, José tuvo alguna semejanza espiritual con un ancestro. Esteban Calderón y Candiani, médico liberal, fue enemigo de la dictadura conservadora de Santa Anna y en 1857 dio refugio al general Porfirio Díaz. Se cuenta que le curó una

herida. Pero fuera de aquel luchador político, nada hay en el árbol genealógico de Vasconcelos que pudiera proyectar una vida como la suya.

Su padre era agente aduanal y al poco de nacido la familia partió hacia la frontera norte del país. Años después, don Ignacio fue trasladado a Campeche, puerto amurallado de cara al golfo de México, en la península de Yucatán. Esa variedad de ambientes hizo de Vasconcelos un ávido viajero, tan audaz como empedernido y le brindó un conocimiento privilegiado de tierras, climas y hombres de México, dato definitivo en la elaboración de un mesianismo mestizo que predicó durante la década del veinte y del que luego abjuró a favor del antisemitismo y del hispanismo de orientación falangista.

La narración que Vasconcelos hace de su infancia en la frontera norte (Sasabe y luego Piedras Negras) es una de las partes más notables de su autobiografía. Allí el escritor arma el rompecabezas de su origen, de manera tan conmovedora como elocuente. El amor por la madre y la veneración piadosa ("piensa en la Cruz", le decía ella), la soledad de una parroquia católica en la zona de contacto con el protestantismo, la quema hogareña de libros herejes, son detalles imborrables. Pero más importante aun es su relación primaria con los Estados Unidos —pues el niño estudiaba del otro lado de la frontera, en Eagle Pass— y la preocupación de su familia para que el niño no fuera a perder sus raíces criollas e hispánicas, no se diga católicas. El primer Vasconcelos combate a los niños "gringos" en las reyertas escolares y sueña con vengar a México de la guerra de 1847, cuando el país perdió la mitad de su territorio.

No es extraño que *la* Nación, tal como la idealizó el romanticismo social del siglo XIX, acabara por convertirse en el elemento central del discurso vasconceliano. Inclusive, antes de establecerse en Piedras Negras (1888) la familia sufrió una pequeña humillación imperialista: una insignificante variación limítrofe cedió Sasabe a los Estados Unidos y los Vasconcelos hubieron de emigrar algunos kilómetros al sur. Afirma José Joaquín Blanco:

> La nacionalidad fue para el niño algo imaginario e idealizado, extremadamente frágil y siempre a punto de verse asaltado y finalmente anulado por indios y norteamericanos. Contra la realidad, había que arraigarse en un México vislumbrado a través de los recuerdos de la madre y de la abuela, de textos y grabados como el Atlas de García Cubas, de la religión y de las anécdotas de la historia nacional. El nacionalismo de la clase media porfiriana a que perteneció Vasconcelos era tan débil como ese grupo minoritario que el maderismo habría de representar[5].

Las primeras lecturas profanas del futuro educador fueron *La educación* de Spencer y el inevitable *Emilio* de Rousseau. Tras la experien-

cia en la frontera, que le dio el peso de una religión aventurada lejos de sus catedrales, el viaje al Campeche tropical le brindó la sensualidad y la literatura.

Un descubrimiento fundamental fue *El genio del cristianismo* de Chateaubriand. La prodigiosa síntesis de religión y política, tradición y modernidad, poesía e historia que escribió Chateaubriand dejaron una huella imborrable en Vasconcelos. Con él aprendió que se podía ser aventurero lo mismo que escritor, soldado y estadista, católico ferviente y devoto de la carne.

Es en Campeche donde el futuro filósofo conoce su primer amor, nada menos que una Sofía, nombre quizá recompuesto por la memoria, pues a su lado nace la pasión por el conocimiento y las letras: Calderón, Lope, Moratín, Shakespeare, Rigger Haggard o Ponson du Terrail. De Sofía, nos dice:

> Recibí el morbo romántico que no se cura nunca; de ella aprendí el misterio que hace atractivos los cuerpos, ya sea que anuden o separen las almas[6].

A la iniciación intelectual y sentimental de la adolescencia siguió una última estación previa a la educación preparatoria en la ciudad de México. En Toluca —entonces a cuatro horas de la capital— Vasconcelos toma un curso en el famoso instituto que había formado a dos de los maestros nacionales de la Reforma: Ignacio Ramírez, "El Nigromante", (1818-1879) e Ignacio Altamirano (1853-1893). Liberales jacobinos, el primero combatió con Juárez la intervención francoaustríaca (1863-1867) y el segundo, al restaurarse la República, fundó en la práctica la idea de una cultura literaria y pedagógica plenamente nacionalista. Anticlericales convictos y confesos, aquellos patriotas pedagogos, a quienes Vasconcelos debe mucho, representarían la ladera de la historia mexicana que éste acabaría por repudiar con más ahínco. Vasconcelos conoció en Toluca el anticlericalismo oficial (ya entonces bastante ornamental) y aquellos desfiles de las logias masónicas que luego recordaría como una pesadilla.

Faltaban por verificarse la muerte de su madre y la primera llamarada de la carne. El primer golpe lo arrojó hacia la típica crisis de incredulidad y lo predispuso hacia el positivismo de la Escuela Nacional Preparatoria. Tras narrar el ridículo yerro que comete al llorar junto a una tumba que no es la de su madre, dice en *Ulises criollo:*

> Ensayé rezar, pero la oración es un ruego y no tenía en aquel momento nada que pedir, puesto que lo más apetecido se me acababa de negar sin remisión[7].

En la página siguiente espeta, con esa violencia arrebatadora propia de sus mejores momentos prosísticos:

> Culpo a la maldita literatura romántica, sin excusar a la ingenua iniciadora, la Sofía de Campeche, de aquel yerro que nos habría de pesar a los dos toda la vida. El hecho es que al sentirme desamparado de los poderes celestiales me acogí a la carne que embriaga y hace olvidar, aunque de hecho nos ate a la cadena de la pasión absurda que perpetúa las generaciones[8].

La incredulidad religiosa lo rodeó de un vago deísmo acorde con el clima intelectual de sus días. Pero esa última confesión determina una de las facetas heterodoxas de Vasconcelos. Aprendiz de Bergson en 1910, vitalista mesiánico en la década de los veinte, Vasconcelos conservó del decadentismo finisecular de los ambientes bohemios en las calles venéreas del Porfiriato, ese odio baudeleriano por la procreación, la censura maldita del matrimonio y el elogio machista del adulterio. Ante sus azorados lectores de la década del treinta, Vasconcelos confesó haber odiado a su esposa y haber sentido asco del nacimiento de sus hijos. A sus amantes las paseó como un romántico de 1830 por la vida y la literatura. Inclusive, siendo ya un católico amargado y ultramontano, nunca concedió retractación alguna de sus requiebros juveniles decadentistas ni cedió a su Iglesia lo más valioso y vital de su pasado. Se cuidó, empero, de separar de sus memorias las partes más escabrosas.

Esta herejía decadentista de la esterilidad —que compartió con otro poeta católico, el mexicano Ramón López Velarde (1888-1921)— hizo de Vasconcelos, conservador en las raíces y en el destino de su pensamiento, un hombre esencialmente libre para quien el erotismo estuvo por encima de cualquier contrición.

La familia Vasconcelos se establece, finalmente, en la capital. El desplazamiento hacia el centro del país, en el albor del siglo, una descripción de la patria como geografía espiritual, ocupa párrafos emocionantes en el *Ulises criollo.* José Joaquín Blanco observa atentamente que idénticos elementos paisajísticos logran una patria majestuosa en Vasconcelos y otra fantasmal en Juan Rulfo, el novelista de *Pedro Páramo* (1955), quien describe con crudeza la zona que los Vasconcelos cruzaron.

III

La ciudad de México, a principios del siglo XX, tenía ya medio millón de habitantes y era una urbe cosmopolita y pacífica. La dictadura de Porfirio Díaz había puesto fin en 1876 a varias décadas de incesantes

guerras civiles, revoluciones políticas e intervenciones extranjeras. Díaz reconquistó el prestigio internacional del país, atrajo la inversión europea, creó la red ferroviaria y unificó a la nación bajo un mando único, destruyendo o paliando el poder corrosivo de los caciques militares regionales. Aunque no modificó el estatuto legal que separó drásticamente a la Iglesia del Estado en la Reforma de Juárez —que la había despojado de cuantiosos bienes—, el clero recobró una situación de relativa calma y sobrevivía lejos del aparatoso jacobinismo de la generación gobernante anterior.

Culturalmente la ciudad era, con Buenos Aires, capital del mundo latinoamericano. Los teatros recibían a las más prestigiosas compañías internacionales y México era estación obligada para los modernistas continentales, que con Rubén Darío a la cabeza, modificaban radicalmente la lírica castellana. Poetas mexicanos como Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo o José Juan Tablada fundaban las revistas *Azul* y *Moderna,* primeras publicaciones literarias cosmopolitas del país. Los antiguos periódicos liberales desaparecieron y con *El Imparcial* (1896) se funda la prensa industrial.

El escritor, siempre y cuando no practicara la oposición política, gozaba de los beneficios de un concordato implícito con el Régimen, que le aseguraba dietas parlamentarias, puestos diplomáticos y sorprendentes libertades estéticas.

En la Cámara de Diputados, de funciones meramente simbólicas, se podía replicar en francés, aunque empezaban a manifestarse los síntomas de decadencia de una dictadura ciega y autocomplaciente. Una persistente actividad periodística opositora, alternativamente tolerada y vejada; la aparición de clubes liberales antiporfiristas como el de Ricardo Flores Magón (1873-1922) que antes de 1910 ya había virado al anarquismo; huelgas obreras como las de Cananea y Río Blanco, más la soterrada impaciencia de millones de campesinos brutalmente expoliados, eran los datos preliminares de una revolución, la primera del siglo que habría de tener en José Vasconcelos a su principal figura intelectual.

Junto al modernismo literario, en sus variantes rosada o negra, se observan a la distancia otras coordenadas culturales de naturaleza premonitoria. De las viñetas populares —las famosas "calaveras"— del impresor José Guadalupe Posada, con su aire de milenarismo irónico y medieval, hasta las novelas naturalistas de Federico Gamboa, caía sobre el Porfiriato un crepúsculo de fiesta y escándalo, ocultando una verdadera cultura de la culpa, que al denunciar la putrefacción social y exigir paliativos, documentaba involuntariamente la revolución por venir.

El lugar más firme y honorable de la cultura porfiriana era esa Escuela Nacional Preparatoria en la que el joven Vasconcelos llegaría a estudiar. Vale la pena detenerse en su fundador, Gabino Barreda (1818-1881), para muchos el ideólogo precursor del Porfiriato y el más importante de sus educadores. Positivista, Barreda había rechazado su título de jurisprudencia al negarse a acatar "conocimientos no sujetos a la comprobación". Estudió química, fue enfermero militar en la guerra de 1847 y en 1851 viajó a París para asistir a las conferencias de Auguste Comte en el Palais Royal. Regresó dos años después con los seis tomos del *Cours de Philosophie Positive* como único equipaje.

Derrotado el Imperio de Maximiliano de Habsburgo y restaurada la República por Benito Juárez en 1867, él y su ministro Antonio Martínez de Castro confiaron a Barreda la reorganización de la educación pública, impresionados por una oración cívica pronunciada por el positivista. El 2 de diciembre de ese año se promulga la ley que implanta la educación elemental obligatoria y gratuita, elimina la instrucción religiosa e intenta abatir la ignorancia popular mediante la preceptiva del positivismo. El 1º de febrero de 1868 se funda la Escuela Nacional Preparatoria que Barreda dirige durante una década y donde imparte los cursos de lógica. Organiza, para los iniciados, la Asociación Metodófila y muere en calidad de santón laico del México finisecular.

Varios autores descartan la apreciación precipitada que hace del positivismo la "ideología" oficial del Porfiriato. Aunque el régimen estimuló a esta escuela, en México jamás se promovió un Culto Positivo de naturaleza pública como en el Brasil y la tendencia convivió, no sin tensiones, con el liberalismo tradicional y una cultura católica, que aunque desconocida oficialmente, no dejó de persistir y combatir.

Aunque Leopoldo Zea encuentra en el liberalismo prejuarista de José María Luis Mora (1794-1850) antecedentes nacionales que hacen del positivismo algo más que un producto de importación, no es fácil aceptar una arraigada vocación nacional de la escuela. Para Zea, los discípulos de Barreda, que habrían de ser los maestros de Vasconcelos,

> decepcionados de su pasado, sentirán en forma negativa su propia historia. De sus auténticas raíces, las hispanas, no verán estos hombres, sino al conquistador y a los clérigos. Tratarán de olvidar a España, volviendo sus ojos a otros países, como Francia. Desechando una cultura de la que eran legítimos herederos, buscarán en la cultura francesa los modelos frente a los cuales no serán sino imitadores serviles[9].

Es probable que la originalidad nacional del positivismo mexicano haya sido su vida intelectual al aire libre, discusión en la plaza pública de un grupo que después pretendió ejercer un poder temporal sobre la

sociedad. Semejante evolución de la educación a la política, se manifiesta explícitamente con la organización de la Unión Liberal, "el partido científico" de 1892, obra de una nueva generación de políticos y financieros que buscaron servirse del positivismo para lograr la fuerza necesaria a la hora del inevitable relevo de Porfirio Díaz. La personalidad intelectual más sobresaliente del movimiento fue Justo Sierra (1848-1912), cuya influencia sobre Vasconcelos fue más cercana y trascendente que la de Barreda, a quien no pudo conocer.

Impresionado por la muerte de su madre, Vasconcelos se aviene al ideal positivista de la Escuela Nacional Preparatoria y se consagra a las ciencias exactas. En *Ulises criollo* recuerda con sorna aquellos días:

> Quien no se entregaba a la Ciencia como pasión exclusiva jamás llegaría a la cumbre en la que irradían Laplace y Newton, Lavoisier y Berthelot... La familia, los amigos, el amor, todo era secundario frente a la epopeya magnífica de nuestro tiempo, la conquista del progreso que levanta al hombre por encima de la bestia y a la altura de los dioses de la antigua edad teológica[10].

Más adelante sabremos que pese a la rebelión vitalista de 1910, Vasconcelos nunca olvidó la organicidad positiva en sus teorías filosóficas y pedagógicas. Intentó combinar la Ciencia con el Destino, como él mismo confesó:

> Las leyes allí descubiertas interesaban al filósofo sólo por su relación con el concepto del universo que a él corresponde formular. Tal iba a ser mi papel; acumular las conclusiones parciales de todas las ciencias a efecto de construir con ellas una visión coherente del Cosmos[11].

Pero Vasconcelos ya tenía, según recuerda, "una secreta esperanza que me insinuaba que acaso, por la misma vía experimental podría volver a encontrar lo perdido, el principio sobrenatural que resuelve los problemas del más allá"[12].

La escuela de Barreda, por revulsión, lo llevó hacia la búsqueda de lo Absoluto. Pero de ella conservó el sentido de la organización pedagógica, la obra práctica como prueba de hombría y la educación como apostolado. Vasconcelos fue de la segunda generación de mexicanos que pudo vivir en una situación política lo suficientemente holgada como para gozar de la educación estatal. El amor por el conocimiento, los rigores del calendario escolar, los hábitos de higiene como curación espiritual, y sobre todo, el culto al Maestro como redentor de la humanidad, es lo que se reconoce en Vasconcelos del linaje de Barreda. No puede ser más lógico entonces que su obra intelectual independiente comience con un ajuste de cuentas, sin duda generoso, con la tradición en que se educó. En 1910 brinda la conferencia "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas".

Justo Sierra, hijo de escritor, viajero, poeta tan celebrado como olvidado, fue quien dio a Vasconcelos esa fibra humanista que repudiaban los sectarios de Barreda. Sin romper nunca del todo con el positivismo que animaba a los "científicos", Sierra —que fue magistrado, diputado y subsecretario de Díaz— se fue separando de Comte y fundó en 1910 la Universidad Nacional. Murió, poco después de la caída de Díaz, como ministro en Madrid y se dice que en los últimos momentos regresó al catolicismo, previo tránsito por Spencer, que había sustituido al fundador del positivismo en el gusto intelectual.

Justo Sierra fue el hombre puente entre Barreda y la generación de Vasconcelos. El obsesionó al joven estudiante por el culto al genio y le abrió las puertas de esa cultura clásica que el futuro ministro de educación revolucionario quiso para todos y cada uno de sus conciudadanos.

> Precisamente la mejor lección que debíamos a Justo Sierra años antes que Bernard Shaw la diera, expresaba: Leed a Homero y Esquilo, a Platón, Virgilio, Dante, Shakespeare... No dedicar mucho tiempo a segundones más o menos ilustres; enderezar el rumbo con la vista en las cumbres[13].

Junto a los clásicos, las "calaveradas": Vasconcelos, ya entonces un viajero precoz por la Nación, se convierte en trotacalles. Recorre las estancias de la ciudad finisecular. Lo vemos dejar la prédica positivista, evaluar la retórica del jacobinismo, lamentar la vocación conventual de sus hermanas y descubrir a Dante, Schopenhauer y Dostoievski. Imita involuntariamente a Nordau y Lombroso, pues ya considera su genio una cuestión digna de la patología. Hace las visitas que dicta el morbo naturalista y se introduce en manicomios y anfiteatros, no sin intentar, por si faltara, la redención imposible de una prostituta, pues "echarse a la perdición era un heroísmo... Y no se era hombre si no se apuraba la copa de la vida hasta las heces. Así nos curábamos del mal vivir. Todo con versos de Musset y literatura de Dumas hijo"[14].

Su primer empleo juvenil no deja de ser sintomático. Gana una plaza en el departamento de parques y comienza a leer con fruición todos los manuales del género que encuentra disponibles. Nunca ejerció el oficio pero soñó con librar a la ciudad del desorden geométrico de sus jardines. Sabía lo que quería pero ignoraba cómo conseguirlo. Había nacido el civilizador de la vasta aventura histórica que fue la revolución mexicana.

IV

Lo que la cultura occidental conoce como Revolución Mexicana suele ser el resultado de la proyección ideológica que el poderoso Estado que surgió de sus cenizas, se ha empeñado en representar durante este siglo. Primera aparición visual de lo otro en la centuria, sus imágenes remiten a una inmensa revuelta agraria que arrasó con la posibilidad de una continuidad entre dos siglos, necesaria para que América Latina se integrara pacíficamente a una civilización que estalló por sí sola en 1914. José Vasconcelos fue uno entre quienes problematizaron esa encrucijada.

La historiografía oficial mexicana suele atribuir a la generación de Vasconcelos, la del Ateneo de la Juventud, responsabilidad en la "autoría intelectual" de un movimiento que fue en realidad varias revoluciones, que centrífugas y centrípetas, no conocen un mismo origen ni idéntico desarrollo.

Alfonso Reyes, en un texto ya célebre, recuerda como una coincidencia la rebelión intelectual de los jóvenes contra el positivismo oficioso con una explosión social que no todos esperaron, comprendieron y aceptaron. Los ateneístas aguardaban un relevo generacional pacífico y despertaron en un país incendiado. Dice Reyes:

> Ayuna de Humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones y sin quererlo se iba descastando insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investigación de realidades más cercanas[15].

Desde 1903 los jóvenes empezaron a reunirse, ansiosos de una respiración coartada por el positivismo, y convocaron, encabezados por el malogrado escritor Jesús Urueta (1867-1920), conferencias literarias. Pero no fue sino cinco años más tarde cuando quedaron reunidas las condiciones para la consolidación del grupo. Reblandecida la beligerancia anticlerical del régimen, la prensa católica redobló sus ataques contra la obra y la memoria de Gabino Barreda. La sociedad de alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria organizó una "suntuosa velada" en el Teatro Arbeu, para desagraviar a su fundador. Quienes habrían de defenestrar al positivismo en México comenzaron su carrera intelectual en defensa del prócer. Actuaron bajo la dirección de Sierra y la autorización paternal de Díaz. Junto al primero, ya ministro de instrucción pública y bellas artes, aparecía, como el más joven de los oradores Antonio Caso (1883-1946), quien luego sería maestro, empleado y antagonista de Vasconcelos. Hermanos enemigos, fueron el hielo y la

flama de medio siglo de pensamiento mexicano: el académico monista y el aventurero de las dualidades.

En 1906 se inicia la prehistoria del grupo con la revista *Savia Moderna,* entre cuyos artífices estaban personajes centrales del siglo mexicano, como Diego Rivera (1886-1957), Alfonso Reyes (1889-1959) y el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946). Incluyendo a representantes de varias generaciones, la publicación revelaba su evidente carácter ecuménico. Al decidir unirse tanto a los más jóvenes representantes de la imaginación plástica como a los escritores maduros de la cultura modernista, los futuros ateneístas dieron una prueba de sensibilidad e inteligencia. La revista organizó exposiciones pictóricas —en una de ellas debutó Rivera— y pronto fundaron una Sociedad de Conferencias, antecedente inmediato del Ateneo. Entre los primeros cursos estuvieron los de Max Henríquez Ureña sobre Chopin, el de Genaro Fernández MacGregor (1883-1959) —quien fuera el primer antólogo de Vasconcelos— sobre D'Annunzio, y Antonio Caso sobre el pensamiento de Stirner.

> El ocuparse Antonio Caso de Max Stirner probablemente se debió, por una parte, a proseguir la campaña ya emprendida, y que culminaría en los años subsecuentes, de dar a conocer y estudiar diversos sistemas filosóficos, para romper y acabar el monopolio oficial que había venido ejerciendo hasta cierto punto el positivismo[16].

En 1909 Caso insiste y habla del romanticismo, Bacon, Descartes, Diderot, Stuart Mill y Spencer. Particularmente acerbo fue Caso frente a Comte, a quien consideró listo para desaparecer de la faz de la tierra.

El Ateneo de la Juventud se constituye el 28 de octubre de 1909 y lo preside Antonio Caso. Entre 1911 y 1912 lo hará José Vasconcelos, que figura como socio numerario desde el principio. Publicado hasta 1936, en *Ulises criollo* no se concede demasiada importancia a la experiencia ateneísta de su autor. Era lógico. Las memorias eran ya el testimonio de la distancia que separaba al político y educador mexicano de sus mejores amigos que como Caso, Reyes o Martín Guzmán (1887-1976) habían vivido la revolución en el silencio, el destierro o en facciones adversas a las de Vasconcelos. Enrique Krauze examina la relación de Vasconcelos con sus estrictos contemporáneos:

> La vertiente religiosa de su afán encontró compañía hacia fines del régimen porfiriano en el Ateneo de la Juventud. En la superficie, Vasconcelos no escapa a la actitud central de su generación, cuyo llamado es combatir al positivismo que 'no encuentra el alma bajo el bisturí'. El Ateneo es el eco de una vieja crítica a la Razón y la Ciencia que se remonta al romanticismo, y aun antes, a Blake. En Nietzsche el Ateneo encuentra el ideal heroico; en Schopenhauer, la estética de

la voluntad, el misterio del desinterés; el gran personaje es Bergson, su prédica anti-intelectual, la fe en la intuición como vía del conocimiento, *élan* vital que se impone al concepto lógico y mecánico de la vida. Hay un aire espiritualista de familia en ciertas obras que en esos años escriben Reyes, Antonio Caso y Vasconcelos, 'un dinamismo que se inicia en las cosas pero que transformándose por intermedio del hombre se dirige a lo divino'. El tema es, en el fondo, idéntico: las escalas de la actitud humana, los rangos de la vida, desde los más inertes y biológicos hasta los de mayor calidad artística.
Pero entre Vasconcelos y los ateneístas son más las diferencias que las simpatías. Siempre se mantuvo un poco al margen de ellos. Les parecía cálido pero *indescifrable. Vasconcelos no intenta el apostolado académico de Caso, el apacible* humanismo de Reyes, la estoica sabiduría de Henríquez Ureña, la bohemia de Gómez Robledo. No busca conocer los valores sino, heroicamente, encarnarlos. No publica en ninguna revista literaria y cuando lo hace es para introducir un sistema descabellado, pretencioso, totalizante y original, como su 'Teoría dinámica del Derecho'. No imparte cátedras ni ciclos de conferencias. A las platónicas reuniones del Ateneo, presididas —para disgusto de Vasconcelos— por un busto del terrenal Goethe, acudía el zapoteca-asiático, como le decía Reyes, con los sermones de Buda. 'El poderoso misticismo oriental nos abría senderos más altos que la ruin especulación científica. El espíritu (aquí Vasconcelos se refiere, claro, a *su* espíritu) se ensanchaba en aquella tradición, más vasta que todo el contenido griego,[17].

El Vasconcelos que preside el Ateneo durante los primeros días de la guerra de 1910 era, también, un hombre algo mayor que el resto de sus cofrades y ya formado económica y profesionalmente. Un último apunte a ese retrato puede proporcionarlo Blanco:

> Se inscribió en la Facultad de Jurisprudencia por eliminación, porque las carreras de médico o ingeniero le repugnaban más que la de abogado, y no existían aún estudios de filosofía: futuro filósofo y sociólogo, cumplió la edad de veintiocho años sin haber cursado *jamás* clases de esas materias, pues sólo hasta 1910 empezaron a impartirse en México por filósofos y sociólogos tan improvisados como Vasconcelos. En su opinión, el derecho, que era una profesión fácil y lucrativa, 'carecía de un genio filosófico que incorporara el fenómeno jurídico al complejo de los fenómenos naturales'. Por supuesto el genio era él, y de buenas a primeras lanzó a los veintitrés años su *Teoría dinámica del Derecho* (escrita en 1905 pero publicada en 1907).
> [...] En un país que carecía ya no de grandes escritores y de grupos literarios de alto nivel, sino incluso de la formalidad de un medio académico para asuntos humanísticos, cumpliendo con todas y cada una de las descripciones que Matthew Arnold hizo del 'espíritu provinciano, en *The Literary Influence of Academies*, el individualismo se dio a la manera provinciana: la ausencia de un medio cultural elevado provoca la autosobrevaloración del escritor, le impide el entrenamiento autocrítico que una competencia o un diálogo con otros escritores le proporcionarían, le estimula el fárrago irracional y declamatorio, lo forma en la irresponsabilidad mental como sistema, etcétera. Pero también con las virtudes de pasión, energía y audacia que en un medio academizado resultan práctica-

mente imposibles. Toda la obra filosófica de Vasconcelos vale mucho más por la actitud apasionada y ambiciosa de su impulso que por el conocimiento que proporciona[18].

El 22 de agosto, a dos meses escasos del estallido revolucionario, Henríquez Ureña diserta sobre "La obra de José Enrique Rodó", cuyas ideas serían definitivas en el horizonte del futuro Vasconcelos. El uruguayo Rodó (1871-1917) da a Vasconcelos la perspectiva racial y continental que acabaría por dar forma a la más ambiciosa de sus teorías: la raza cósmica.

Ariel, el libro básico de Rodó, dotaba al pensamiento latinoamericano de su primera gran coartada intelectual independiente desde la Independencia, herramienta para enfrentar su destino lejos de la asimilación anglosajona lo mismo que de los nacionalismos locales, no pocas veces antihispánicos. La *idea-fuerza* de Rodó, llevando a un extremo altamente lírico el potencial bolivariano, llamaba a la juventud hispanoamericana a levantarse con una dura crítica de la civilización norteamericana, buscando en sí misma una síntesis espiritual. Esa *idea-fuerza* será la que Vasconcelos tome para sí cuando lo llamó la gloria. En tanto aún le falta sufrir la prueba del interludio revolucionario.

V

La revolución significó la diáspora de los ateneístas. Alfonso Reyes, hijo de un general levantisco, abandonó el país durante una década. Antonio Caso y otros escritores de su generación se hundieron en el exilio interior, vendieron sus bibliotecas para hacer frente a la miseria y realizaron una heroica resistencia cultural contra los saldos cotidianos de la barbarie. Todavía durante el régimen civilista de Madero, algunos de ellos emprendieron una evangelización educativa previa a la de Vasconcelos: una Universidad popular que la violencia dejó para el futuro. Extrañamente, el último de los herederos de Gabino Barreda y postrer editor de la *Revista Positiva,* Agustín Aragón (1870-1954), víctima de un fugaz entusiasmo revolucionario, fue subsecretario de fomento en el efímero gobierno de la Convención radical de 1914.

Entre los ateneístas sólo Vasconcelos y Guzmán participaron activamente en la guerra civil. El primero fue a la revolución a probar su destino; el segundo, novelista genial de *La sombra del caudillo* (1928), registró su experiencia entre la virtud entredicha por las pasiones huma-

nas. La evolución intelectual y moral de Vasconcelos parecía exigir esa "tormenta" para templar su ansia de Absoluto. Mientras vota por Miguel de Molinos contra William James, escribe en el *Ulises criollo:*

> Nuestro tiempo reclamaba heroísmo, y en oposición al narcisismo goethiano, una valerosa decisión de afianzar el destino. Sacrificio y lucha perenne del revolucionario contra el burguesismo y la astucia de los incoloros sacerdotes de la cultura por la cultura (...) Al dejar el catolicismo no lo había reemplazado. Toda la inmersión en el positivismo no logró hacerme ateo. Cuando fui spenceriano, agnosticismo quería decir para mí teísmo personal y una especie de Dios pero consciente infinitamente y sólo al meditar *Los heterodoxos* (de Menéndez y Pelayo) reconocí mi filiación. Yo no era un incrédulo sino un hereje. Todas las religiones me parecen un aspecto de la verdad, aun siendo, fundamentalmente, cristiano y creyente[19].

Una nueva reelección de Porfirio Díaz había irritado a un hombre joven, hijo de empresarios agrícolas, quien enfrentó al anciano dictador primero con un libro *(La sucesión presidencial de 1910)* y luego con las armas de la rebelión: Francisco I. Madero (1873-1913). Fue un ferviente espiritista y no fue poca la influencia mediúmnica que lo llevó a jugarse la vida por la reforma democrática del país. En septiembre de 1910, ignorando su agonía, el viejo régimen festeja fastuosamente el centenario de la Independencia de México. Como corolario de la fiesta, la Cámara de Diputados declara a Porfirio Díaz reelecto como presidente de la República. El 5 de octubre, preso en San Luis Potosí, Madero se da a la fuga, declara nulas las elecciones y coloca la "no reelección" como centro de su programa político.

El 20 de noviembre estalla la revolución en Puebla y Chihuahua. El 30 de enero de 1911 el anarquista Flores Magón invade Baja California desde los Estados Unidos y al generalizarse la revuelta, Porfirio Díaz renuncia y seis días después abandona, en Veracruz, el país que gobernó treinta y cuatro años. Murió en París y sus restos aún reposan en el cementerio de Montparnasse.

Madero establece su gobierno en la frontera norte (Ciudad Juárez) y tras un interinato de Francisco León de la Barra, entra triunfalmente en la ciudad de México para ser elegido presidente. Tomó posesión el 6 de noviembre. Se decretaron inmediatamente la no reelección del presidente, vicepresidente y de los gobernadores de los Estados. Demócrata convencido, Madero gobernó hasta su asesinato el 22 de febrero de 1913. Su régimen respetó la libertad de expresión y de asociación política como ningún otro lo había hecho desde la restauración juarista de la República.

Pero ese hombre prudente y heroico había desatado las fuerzas telúricas de una nación largamente agraviada y no pudo controlarlas.

Durante su breve gobierno enfrentó sucesivas rebeliones militares (una de ellas encabezada por el general Bernardo Reyes, padre de Alfonso) y la última, producto de la traición de su comandante en jefe de las fuerzas armadas, Victoriano Huerta (1845-1916), le costó la vida.

En tanto, a las puertas del valle de México, el caudillo campesino Emiliano Zapata (1879-1919) exigía la distribución de los latifundios y la devolución de las tierras a los rancheros, negándose a dejar las armas mientras no se cumpliera su programa, el Plan de Ayala. Esa rebelión, conservadora lo mismo que revolucionaria, minó la legitimidad social del gobierno democrático y radicalizó frontalmente el sentido histórico de la revolución.

Aún no queda plenamente claro la participación que tuvo Vasconcelos en los días de Madero, único hombre de la historia nacional al que idolatró y a quien quiso reencarnar en su campaña presidencial de 1929. Sabemos que desde 1909 era un maderista activo y que fue uno de los fundadores del Centro Antireeleccionista de México, de cuya prensa se ocupó. Era un exitoso abogado al servicio de las compañías norteamericanas y caso excéntrico entre los intelectuales mexicanos, no formó parte del servicio público, aunque varios de sus amigos gobernaban.

> El odio de Vasconcelos al Porfiriato, más por la injusticia o por la política de privilegios a extranjeros, se definía por su oposición tiránica a los individuos, sobre todo a los individuos excepcionalmente dotados. (...) Poco después de haber publicado *La sucesión presidencial* (1908), Madero conoció a Vasconcelos y lo invitó a unirse a su movimiento. 'Yo', dijo, 'no tenía motivo de queja contra el régimen... Sin pertenecer ni remotamente a cualquiera de las facciones gubernamentales, veía crecer mis entradas, poseía casa propia y porvenir seguro. Pero ¿qué sabe nadie de los motivos profundos que van determinando un destino?' Vasconcelos señaló dos de estos motivos: la repugnancia personal por la 'cosa podrida y abominable' del porfirismo y la reacción instintiva contra los atropellos. Había por lo menos otros dos: por un lado el porfirismo no ofrecía espacio de acción para los individualistas, a los veinticinco años Vasconcelos había logrado casi todo lo que conseguir en ese estado de cosas: para poder actuar necesitaría un campo con mayores oportunidades liberales. Luego, la clase media creía que, una vez abatida la anarquía decimonónica, se podría realizar el viejo ideal de nación liberal[20].

Vasconcelos, ya perseguido por la policía porfirista, se entera de los cambios en su país el 20 de noviembre en Nueva York. Al volver defiende a Madero de una prensa criminalmente hostil y se convierte, para algunos, en el intelectual oficioso del régimen. "Fue en efecto", dice Krauze, "un maderista influyente y comprometido desde el principio. Madero le tenía el mayor aprecio y confianza: lo habría visto, quizá, a la larga, como el heredero perfecto"[21].

Vasconcelos encontró en Madero la pasión política que necesitaba para realizarse como intelectual. De él aprendió los valores democráticos que quiso llevar al poder en 1929.

> Madero significaba realizar una mística y una vida republicanas. Hacer posible el liberalismo que la dictadura impedía. Un Estado representativo, democrático y federal; una ley vigente, por encima de caudillos; un libre juego para las potencialidades intelectuales; una vida institucional ajena a la arbitrariedad, la crueldad y al despotismo; libertades: expresión, pensamiento, reunión; libertad de empresa: una nación capitalista moderna, una sociedad de ciudadanos con espacio real para los individuos fuertes, dinámicos y ambiciosos[22].

Pero la gran toma de conciencia no ocurrirá hasta el martirio de Madero, traicionado por las fuerzas del Antiguo Régimen que habían tolerado su ascenso y con la participación decisiva de Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos. Daba inicio, con la llamada Decena Trágica de febrero de 1913, la etapa más sangrienta de la revolución. Madero, su hermano Gustavo y el vicepresidente Pino Suárez, junto con decenas de maderistas, fueron torturados y asesinados. Previamente, la intelectualidad porfirista, con el poeta José Juan Tablada a la cabeza, había desarrollado un profuso linchamiento moral del presidente. Vasconcelos recuerda:

> La maldición que pesa sobre nuestra patria oscureció la mente del más despejado de sus hijos. Entorpeció la acción del más ágil de sus héroes. A Madero lo envolvió la sombra. ¿Qué gran destino ignora estos eclipses? De la penumbra saldrá él limpio y glorioso, cometa rutilante de la historia patria. Pero la nación caería en abismos que todavía no sobrepasa (...) Madero asesinado sería una bandera de la patria. Hay ocasiones en que el interés de la patria reclama la sangre del justo para limpiarse las pústulas. (...) Los manes aztecas tomaron revancha del Quetzalcóatl blanco que abolía los sacrificios humanos. Eso fue todo[23].

1910 fue el bautismo democrático de Vasconcelos y tres años después vive la incurable decepción frente al poder destructor de las masas y sus caudillos. Civilización y barbarie quedan grabadas en la vida de Vasconcelos como una herida íntima. Con el tiempo los antípodas empezaron a confundirse en sus actos y en las ideas. Acabó encontrando la barbarie absoluta en las antiguas culturas precolombinas y la civilización redentora en Mussolini y Francisco Franco.

La tormenta (1936), segunda entrega de sus memorias, es su gran libro épico y da principio con la caída de Madero ("y la revolución se quedó sin el orden que pudo hacerla fecunda"). Pero es una obra que ya no puede leerse sin la purulencia de la herida de 1929. El profeta desterrado se vuelve a presentar, ya sin pudor alguno:

La verdad es lujo de caracteres desesperados y de naciones fuertes. (...) Si México ha de sacudirse algún día, por obra de generaciones de más firme estofa que las actuales, ellas sabrán agradecer la desolladura que infiero al cuerpo llagado de la patria. (...) Pues no merecen los profetas los pueblos que escuchan la verdad y no se apasionan por ella[24].

Los hechos. En marzo de 1913 el ex gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza (1859-1920) lanza el Plan de Guadalupe, desconociendo el régimen militar usurpador de Victoriano Huerta y asume el cargo de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Huerta disuelve el Congreso, asesina a varios diputados y la guerra popular prende fuego al país. Los constitucionalistas van ocupando progresivamente las ciudades más importantes del norte de México. La figura legendaria del general Francisco Villa (1878-1923) toma la dirección militar de una auténtica migración guerrera hacia el sur que trastornó la geografía humana de la nación. Pronto y por poco tiempo, Vasconcelos acompaña a Villa, a quien bautiza como el héroe popular de la revolución.

En abril de 1914, al borde de la Gran Guerra, Estados Unidos pretexta la existencia de un vapor alemán encaminado a desembarcar armas para Huerta en Veracruz e invade el puerto. En un gesto que dio contenido nacional a su liderazgo, Carranza rechaza la solidaridad que pide Huerta contra la intervención extranjera y maniobra hábilmente para continuar la lucha contra el Usurpador al tiempo que se opone con firmeza a la ocupación estadounidense.

Para julio la revolución constitucionalista domina el territorio nacional y Huerta renuncia, dejando la presidencia provisional en manos de Francisco S. Carbajal. En agosto, el general Alvaro Obregón (1880-1928) recupera Ciudad de México y el día 20 Carranza asume el Poder Ejecutivo. En este punto los triunfadores se dividen sin remedio. Esa coalición de fuerzas, que tras la bandera democrática de Madero había derrotado, mediante una vasta sublevación nacional, a la Usurpación, representaba un frágil equilibrio de ambiciones políticas, perspectivas históricas y fuerzas sociales que era imposible mantener bajo un solo mando.

La interpretación oficial, engendro de un régimen que se ostenta heredero de un dogma histórico, olvidando las sangrientas reyertas que dividieron a sus fundadores, acabó por adoptar una insólita solución ecuménica que rinde culto cívico por igual a tirios y a troyanos. En el centro de la ciudad de México el Monumento a la Revolución reúne las osamentas de varios caudillos que en vida trataron de asesinarse y a veces lo lograron.

Después de 1940 fueron olvidadas paulatinamente las violentas divisiones políticas y los sobrevivientes (incluido Vasconcelos, el más

rencoroso de todos) se reunieron en torno al régimen de la Revolución Mexicana, dándole al movimiento un sentido unívoco, social y nacionalista. A partir de 1968, empero, la bullente intelectualidad marxista comenzó a elaborar otras interpretaciones. Según ésta, en su análisis clasista e ideológico, Villa y Zapata encabezaron ejércitos populares de origen campesino, que al no poder unirse a la clase obrera (cuya facción anarcosindicalista apoyó militarmente a Carranza) según el apotegma leninista, fracasó en sus objetivos democrático-burgueses, y ayuna de un proyecto nacional, la rebelión agraria perdió la guerra.

Según esa misma versión —los matices abundan— Carranza agrupó a todas aquellas fuerzas "burguesas" ansiosas de restablecer la paz pública, el desarrollo económico y la estabilidad política sin transformaciones sociales revolucionarias. Sin embargo, las contradicciones teóricas abundan y el propio Carranza hubo de aceptar reformas radicales (leyes de 1915 sobre repartición de tierras, dominio de la nación sobre sus recursos naturales, proteccionismo laboral) y en la Constitución de 1917, su propia facción jacobina lo obligó a retomar varios puntos, no pocos de ellos esenciales, de los programas más radicales de los ejércitos villistas y zapatistas derrotados.

La mayoría de los intelectuales jóvenes, destacadamente Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, tomó partido de los villistas. A excepción de Luis Cabrera (1876-1954), la generación de Vasconcelos apostó contra Carranza, que había sido gobernador a las órdenes de Díaz y en quien veían un gerontócrata rodeado de corruptos y saqueadores de templos (otra paradoja: en la revolución mexicana, el anticlericalismo empezó por ser atributo de los moderados en la cuestión social). Pero el idilio de los intelectuales con los caudillos campesinos duró poco tiempo.

Es evidente que entre los jefes revolucionarios en pugna el único capaz de sostener una visión nacional en medio del caos era Carranza. Germanófilo, resistió las ofertas alemanas de crear un frente contra los Estados Unidos para alejarlo de la I Guerra Mundial, pese a que los norteamericanos abrieron su frontera para el pertrecho de las tropas villistas. En 1916, cuando Washington abandonó al general Villa, éste se convirtió en el autor de la única excursión militar que ha penetrado en territorio de los Estados Unidos durante toda la historia de ese país.

En el último semestre de 1914, Villa y Zapata rompen con Carranza y cada facción convoca a una convención política legitimadora. La de Carranza no se verifica, mientras villistas y zapatistas se reúnen en la Soberana Convención de Aguascalientes. La asamblea desconoce al jefe constitucionalista y nombra presidente provisional al general

Eulalio Gutiérrez (1881-1939). El 3 de diciembre las fuerzas de la Convención, tras una victoria fulminante, toman la capital de la República, que desde ese momento será capturada por facciones rivales hasta cinco veces consecutivas y alternas en menos de un año.

La Convención de Aguascalientes tuvo en Vasconcelos a su principal teórico, jurista y propagandista. El redactó sus documentos básicos y en ella fracasaron sus aspiraciones para desviar a la revolución del fratricidio en marcha.

Aquella asamblea, admirablemente descrita por Guzmán y Vasconcelos, fue el episodio ideológico y teatral más impactante del movimiento. En ella se vieron, desde zafarranchos a balazos entre generales analfabetas hasta discursos incendiarios como el de Antonio Díaz Soto y Gama (1880-1967), que en nombre de su ideal anarquista estrujó la bandera nacional y a poco estuvo de ser asesinado. Aunque el programa radical de los convencionistas fue esencialmente absorbido por la constitución carrancista de 1917, no cabe duda que durante esas sesiones se vivió el punto más alto de la imaginación política de los ejércitos campesinos y de sus intelectuales. El destino de estos últimos no deja de ser paradójico. En la "extrema izquierda" de 1914-1915 personajes como Vasconcelos, Soto y Gama —el intelectual más cercano a Zapata— o Guzmán, se fueron desplazando hacia la derecha desde mediados de la década de los treinta. En cambio, varios de los liberales moderados del carrancismo nutrieron el nacionalismo radical de Lázaro Cárdenas (1895-1970) y algunos hasta se convirtieron a la izquierda de orientación marxista.

El 6 de diciembre de 1914 la capital mira estupefacta el desfile de los ejércitos campesinos por sus calles, aquellas que un siglo atrás los insurgentes se negaron a tomar, prefiriendo la derrota, al previsible saqueo de la gleba. Son famosas las fotos de los zapatistas desayunando en los elegantes salones del Porfiriato y las de Villa y Zapata sentados con incredulidad, socarronería y miedo, en una silla presidencial que abandonaron como una broma del destino.

Pero para nuestro José Vasconcelos había llegado el poder. El gobierno de la Convención lo designa ministro de instrucción pública, cargo que asumió apenas simbólicamente, pues un incidente bochornoso, provocado por un coronel zapatista —que lo acusaba de una antigua malversación— lo amenazó de muerte y dio todas las muestras de querer hacer efectivas sus intenciones.

La anécdota revela la fragilidad de un gobierno de intelectuales y jurisconsultos trabajando a merced de una tropa ingobernable. El gobierno de Eulalio Gutiérrez se sostenía sobre la punta de los fusiles y

su rotunda disolución acabó de convencer al efímero ministro Vasconcelos de que las masas revolucionarias sólo engendraban tiranías. Aunque no hubo ni matanzas ni saqueos, el gobierno convencionista no pudo hacerse obedecer. Era imposible sostener un régimen democrático frente a la veleidad de los caudillos, sus rencillas y ambiciones, sus balaceras y sus francachelas. En enero de 1915 el presidente Gutiérrez se da por vencido y aunque sus fuerzas reconquistan la ciudad en marzo, un mes después el general Obregón derrota a Villa en las llanuras de Celaya. Aquel guerrero al frente de la División del Norte —quizá el primer cuerpo de ejército profesional de este siglo en América Latina— había desoído los consejos del mayor estratega militar de la revolución, el general Felipe Angeles (1869-1919). Este le recomendaba replegarse hacia el norte y esperar allí a Obregón. Villa se obstinó en salirle al frente en el centro del país, territorio que desconocía y la revolución empezó a inclinarse drásticamente a favor de Venustiano Carranza, quien volvió a la capital el 10 de julio. En octubre, Estados Unidos reconoce informalmente a su gobierno.

Perseguidos por todas las facciones, los ministros de Gutiérrez se refugian en Estados Unidos, donde Vasconcelos hace un último y desesperado intento por el reconocimiento diplomático. La guerra había terminado para él. En el mismo octubre de 1915 se retira a la vida privada y pronto obtiene un empleo en el Perú como agente de una compañía educativa norteamericana.

VI

¿Cuál fue el significado de la tormenta revolucionaria para José Vasconcelos? El sacrificio de un ideal, el sabor fugaz del poder, el aterrador conocimiento de las masas, una magnífica novela de aventuras y hasta una historia de amor. Casi todo.

El martirio de Madero lo marcó hasta que su propia derrota electoral en 1929 lo alejó del liberalismo democrático. Sin un civil como Madero, todos aquellos caudillos revolucionarios que conoció, acabaron por parecerle sátrapas montados sobre la cresta de una nación irredimible.

Son diversas, y a veces injustas, las apreciaciones sobre la actitud de Vasconcelos antes y durante la guerra civil. Krauze dice que el antiintelectualismo del Ateneo privó al escritor de la sensibilidad necesaria para comprender el contenido social del movimiento:

El discurso de Vasconcelos ante la Convención de Aguascalientes es una prueba. En él toca y sanciona el programa económico y social de la Revolución, pero lo hace de prisa, como quien habla de medios, no de fines, de elementales problemas de la materia y no de trascendentales asuntos del espíritu. Vasconcelos se erige, quizá por primera vez, en conciencia histórica de la Revolución: la memoria viva de Madero. Se trataba de una reducción del fenómeno revolucionario para ajustarlo a su afán místico personal: una encarnación. Desde la tribuna decreta que la historia desemboca en el sitio donde habla y lo santifica.
(...) Cualquier liberal genuino, de entonces y de ahora, concedería que Vasconcelos entendió la naturaleza política del conflicto: la lucha por la libertad y la democracia[25].

Hombre de ambiciones políticas y aprendiz de filósofo, Vasconcelos no tenía por qué entender la naturaleza social de una revolución que escapó (y escapa) a las categorías históricas tradicionales. Al redactar el documento mediante el cual Villa y Zapata desconocían a Carranza, Vasconcelos probó por primera ocasión las mieles del tribuno, tomando el lugar del justo que conmina a los ciudadanos, aunque éstos no fueran el público más deseable. Al luchar por una legitimidad imposible que uniera 1857 con 1914, Vasconcelos comprendió a los caudillos y fijó su fe sin esperanza en la democracia, el estado de derecho y el peso de la ley.

En otro sentido, a Blanco le molesta el fracaso de Vasconcelos como "novelista de la Revolución", pretensión que nunca tuvo:

En *La tormenta* Vasconcelos se dibujó a sí mismo como un personaje de novelas que gracias a su ingenio, a su suerte, a sus dioses tutelares, a sus cualidades físicas y de simpatía, va arrastrando y venciendo con mayor o menor facilidad una serie de peligros, en un ámbito de individuos. Su gran fracaso como narrador de la Revolución fue que jamás vio en ella a las masas; sólo personajes individuales (...) que se reiteran: corren, se arriesgan, se divierten, cometen infamias o virtudes, suben o caen. Sólo los individuos son expresables, la masa es algo más que un simple escenario geográfico; la Revolución no es de las masas, sino de una veintena de personajes. Aprensiones, teorías, chistes, fugas, chismes, anécdotas, trucos, amores, crepúsculos, paisajes, iras, pasmos que destacan en el laberinto de la patria revolucionada. La única dimensión narrativa (e ideológica) que las masas tuvieron para Vasconcelos fue la mítica: cada rostro de soldado, de campesino, como una década después cada rostro de obrero callista, era el rudo rostro de la barbarie indígena dispuesta a entrar a saco en la civilización[26].

Los múltiples asuntos, a su entender menores, que Blanco encuentra en *La tormenta* son la materia prima de toda obra novelesca y más aun cuando ésta transcurre en el curso de un cataclismo social. Que Blanco exija a Vasconcelos adoptar la idea romántica del Pueblo como encarnación de la Soberanía es problema del comentarista y no de Vasconcelos. Es natural que éste, además, como todo memorialista, decida hacer de su persona el centro de la historia.

Las páginas de *La tormenta* donde Vasconcelos relata su evasión de la cárcel con una sábana colgante, o cuando narra sus viajes al extranjero, son extraordinarias. En ellas el egotista y el aventurero se prodigan sobre un mundo en que todo corre bajo apuesta. Ese "vivir peligrosamente" da a su obra una espesura novelesca tan auténtica como envidiable. Los años de la revolución fueron también los de una gran pasión: Elena Arizmendi, muerta en 1950, organizadora de la Cruz Blanca neutral durante parte de la contienda; es la "Adriana" de las memorias vasconcelianas. A fines del Porfiriato el escritor se casó con una mujer a la que nunca amó y aunque lo hizo por la Iglesia, se abstuvo de comulgar. Para Krauze, "Adriana" es un dato esencial en la biografía de Vasconcelos:

> Para él un divorcio debió ser casi teológicamente imposible. Desde un principio sabe que perderá a Adriana pero construye su amor a partir de esa certeza. Durante el maderismo 'la dicha los reclama a todas horas'. La plenitud es inexpresable, por eso en *La tormenta* Vasconcelos sólo la sugiere y entreabre, una y otra vez, como un ritmo literario que en sí mismo resulta una metáfora fiel del ritmo amoroso. Pero con Huerta y la Revolución constitucionalista empezó el exilio y la caída. Contradicción insuperable: Vasconcelos es, antes que nada, un hombre tocado por el absoluto. 'Sólo me conforma el infinito', dijo muchas veces. No condesciende a un amor fragmentario. Para él, Adriana es sola e irremplazable, seguramente la mujer que más amó en su vida. Pero también es un amor condenado de raíz a una existencia parcial, nunca absoluta. Fue su compañera y amiga intelectual, su amante y su soldadera[27].

Elena Arizmendi lo abandona en Lima en 1916. Hoy día una calle de la ciudad de México lleva su nombre, inusual reconocimiento a la historia de las pasiones. Cuando ésta se escriba en la literatura mexicana, el episodio de Vasconcelos con su "Adriana" quedará como uno de los más honestos, terribles y conmovedores que puedan registrarse. Vasconcelos fue uno de los primeros escritores hispanoamericanos que se atrevió a narrar, como quien hace un examen de conciencia, la grandeza y la miseria que une y separa a los cuerpos.

Martha Robles registra claramente la impresión que el memorialista Vasconcelos causó entre sus contemporáneos:

> Cuando él difundió la primera edición de *Ulises criollo* (1935), los lectores mexicanos sufrieron, en verdad, un gran desconcierto: uno de sus escritores, por vez primera, les espetaba algo más de 800 páginas confesionales, tramadas de pasión política y erótica, sembradas de adjetivos y frases condenatorias del poder político. Y con el asombro causado por el relato de sus adulterios, de sus confesiones lujuriosas o de sus vaivenes por el paisaje mexicano llevaba Vasconcelos, también, las formas de un estilo que habría de sacudir, desde sus cimientos, la prosa del momento. (...) La costumbre del susurro acabó de pronto. Vasconcelos —inaudita acción en nuestras letras— publicaba su 'verdad' respecto del pasado

inmediato y al recuento de episodios agregaba el juicio político o la interpretación de parte de los sucesos[28].

En un siglo durante el cual los intelectuales se comprometieron con sus revoluciones hasta la abyección o el martirio, sorprende el paso de José Vasconcelos por la guerra mexicana de 1910-1920. Vasconcelos vivió su educación como un apasionado de la libertad política, un hombre que aprovecha sus exilios para pasear a su mujer por el Museo Británico y como adolescente feliz que vive su novela de aventuras. Fue un enardecido diletante que nunca deseó inmolarse en la hoguera de la historia, y cuando pudo hacerlo en 1929, prefirió la amargura. Por estas razones no es extraño que haya abjurado de la revolución en la que vivió los días y los años más intensos de su vida.

La frontera como límite de la nacionalidad, la formación en el catolicismo criollista, la fugaz incredulidad positivista en la escuela de Barreda, el magisterio humanista de Justo Sierra, el aliento hispanoamericanista a lo Rodó, el fervor democrático por Madero y el fracaso en la dirección intelectual de una guerra de masas, son algunos de los elementos esenciales de la educación de José Vasconcelos. Esta había concluido. Todavía resta verlo actuar como el pedagogo de una nación y de una raza que quiso ser.

VII

"Llego con tristeza a este montón de ruinas", dice José Vasconcelos cuando toma posesión de la rectoría de la Universidad en 1920. La frase era exacta. Un millón de personas habían muerto durante una década de guerra civil. Ese era el momento para demostrar que la Revolución había tenido otro corolario más allá de la sangre. Vasconcelos decide tomar sobre sus espaldas el peso de esa redención.

La coalición constitucionalista, vencedora en 1915, también se dividió. En 1919 aniquiló a sus últimos adversarios: Zapata y el general Angeles. Villa, sometido a destierro interior, fue acribillado en 1923.

El presidente Venustiano Carranza huyó de la ciudad en 1920 hacia el puerto de Veracruz. Fue asesinado en una oscura aldea serrana. Su principal jefe militar, Alvaro Obregón y su hombre de confianza, Plutarco Elías Calles (1877-1945) eran los vencedores absolutos. Se alternaron en el poder hasta 1928, cuando Obregón, violando la divisa

que dio comienzo a la revolución, había logrado reelegirse. Un militante católico, haciéndose pasar por caricaturista, lo ultimó en un banquete. Calles restauró la no reelección y gobernó a través de tres presidentes de fachada hasta que, quien aparentemente sería el cuarto, Lázaro Cárdenas, lo expulsó del país en 1935.

El presidente interino Adolfo de la Huerta (1881-1954) nombra el 4 de junio a Vasconcelos al frente de la Universidad Nacional, mero trámite para que el flamante educador llegara al ministerio de educación. La Secretaría de Educación Pública no existía, pues la Constitución de 1917 consideraba la educación como atributo municipal. Vasconcelos ganó la batalla en el Congreso para federalizar la educación, fundó la secretaría y obtuvo el presupuesto educativo más alto de la historia mexicana. De su nombramiento, el 11 de octubre de 1921 a su renuncia en 1924 aumentó en un 50% la cantidad de edificios, maestros y alumnos de las escuelas públicas oficiales.

Vasconcelos ha sido el único ministro que, en un régimen cuyo absolutismo presidencial es singular en el mundo occidental, hizo prácticamente cuanto quiso mientras duró en el cargo. Su cruzada cultural no tiene paralelo en la historia de México. Fue una revolución desde arriba, que aunque abortó, dibujó durante décadas el rostro cultural del Estado, sus modos de relación con los intelectuales, la estructura educativa de sus instituciones y el aliento retórico de su nacionalismo.

Vasconcelos dividió las funciones de su flamante ministerio en tres vertientes: escuelas, bibliotecas y Bellas Artes. El Estado educaría al pueblo como un padre, ocupándose desde el aseo más elemental de los niños hasta la calificación técnica y profesional de los ciudadanos. Cosa insólita en el mundo, el gobierno sería el primer editor de la nación y, desde luego, el guardián del patrimonio histórico y el dictador o director del gusto estético de las masas.

También se elaboró una política específica para la población indígena, coherente con el mesianismo mestizo del ministro y basada en la integración plena y progresiva del indio al mosaico criollo de la civilización mexicana. El ejemplo de los misioneros españoles de la Conquista era sagrado para Vasconcelos y lo anteponía a la segregación puritana en los Estados Unidos.

El equipo de Vasconcelos reunió la amplia alianza que rodeaba al general Obregón e incluyó desde maderistas de la primera hora hasta antiguos zapatistas. Dio la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria a un ex porfirista como lo fue Ezequiel Chávez (1868-1946) y luego, al abogado laborista y futuro dirigente stalinista Vicente Lombardo Toledano (1888-1968). Dejó la rectoría de la Universidad a su amigo

Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña fundó en 1923 la Escuela de Verano. Los jóvenes poetas Carlos Pellicer (1899-1977) y Jaime Torres Bodet (1902-1974, secretario de Educación Pública décadas después) encabezaron una cruzada nacional de alfabetización que dio a Vasconcelos el título de "caballero del alfabeto". Registra Blanco:

> Emprendió la tarea de construir un 'palacio' para la Secretaría, que se inauguró el 9 de julio de 1922; la alegoría tomaba el poder, pues (dice Vasconcelos) 'Algo de esto quise expresar en las figuras que decoran los tableros del patio nuevo: Grecia, madre ilustre de la civilización europea de la que somos jóvenes vástagos, está representada por una joven que danza y por el nombre de Platón que encierra toda su alba. España aparece en la carabela que unió este continente con el resto del mundo, la cruz de su misión cristiana y el nombre de Las Casas, el civilizador. La figura azteca recuerda el arte refinado de los indígenas y el mito de Quetzalcóatl, el primer educador de esta zona del mundo. Finalmente en el cuarto tablero aparece Buda envuelto en una flor de loto, como una sugestión de que en esta tierra y de que en esta estirpe indoibérica se han de juntar el oriente y el occidente, el norte y el sur, no para chocar y destruirse, sino para combinarse y confundirse en una nueva cultura amorosa y estética,...[29]

El esteta tenía el poder y su teoría de la raza cósmica estaba prácticamente delineada. Sobre las ruinas de México se construían los templos de la nueva raza, que haría de la nación el espacio de una síntesis liberadora para unir, potenciar y disolver Oriente y Occidente. La ambición de Vasconcelos —gracias a las condiciones materiales de las que gozó— hizo de su proyecto de apostolado nacional una misión que superó la que se propusieron, medio siglo atrás, los maestros liberales.

Pedagogo de la patria, Vasconcelos cedió cientos de kilómetros en los muros para dar imagen plástica a su epopeya. Con su respaldo, nació la Escuela Mexicana de Pintura, pero la contratación de Diego Rivera para tal efecto no duró mucho. Los viejos compañeros de las conferencias estudiantiles se separaron. Vasconcelos le pedía alegorías raciales y cosmogónicas y Diego, ya comunista, pintaba la hoz y el martillo.

> Vasconcelos había trazado un cuidadoso plan alegórico que Rivera hacía lo posible por *no* respetar, pintando indios poco ideales o cósmicos por todas partes. Entraba Vasconcelos al ministerio, veía cómo su mapa estético y metafísico del país se llenaba de 'monigotes' y le decía a Rivera: 'Ay, Dieguito, ¡indios, más indios!, pero lo dejaba hacer. En cambio, cuando Vasconcelos salió del ministerio, perdió en la campaña por la gubernatura de Oaxaca y, desde las posiciones del vencido empezó a atacar frontalmente a Calles en *La Antorcha* y otras publicaciones, Diego Rivera pintó a Vasconcelos de espaldas, como cobarde que no da la cara, mojando su pluma en una escupidera[30].

Con el estímulo de la pintura muralista vino la edición masiva de clásicos. "En broma", cuenta Vasconcelos, "dije a Obregón un día —Lo que este país necesita es ponerse a leer *La Ilíada.* Voy a repartir cien

mil Homeros en las escuelas nacionales y en las bibliotecas que vamos a instalar..."[31] Y no fue broma. Enrique Krauze examina el programa editorial de Vasconcelos:

> Vasconcelos desplegó una peculiarísima fe en el libro. Después de él Moisés Sáenz, inspirado en Dewey, volvió a centrar la acción educativa en la escuela como un sitio donde el niño aprendiera a socializar. Bassols y, antes que él, Lombardo pugnaron por una escuela dogmática y doctrinaria. Vasconcelos confió en una redención silenciosa, anónima, diferida: el encuentro de un niño con un libro. (...) Pero, ¿qué libros quiso editar, y en alguna medida editó Vasconcelos? No fueron libros humanistas. El siglo XVIII casi no entraba en sus planes. No había piedad editorial para Gibbon, Hume, los enciclopedistas o Voltaire. Montaigne y toda su venerable genealogía grecolatina, a excepción de Plutarco, le parecían intrascendentes. Era inútil traducir, según su fórmula, 'libros para leer sentado': amenos, instructivos, pero incapaces de elevarnos. Los libros inmortales eran los que apenas empezados nos impulsaban a subir. (...) El proyecto privilegiaba a cinco autores. Dos místicos antiguos: Platón y Plotino, y tres 'místicos' modernos: Tolstoi, Rolland —y en el criterio de Vasconcelos— Pérez Galdós. Mientras que de Shakespeare —demasiado humano para cualquier moralista— se publicarían tan sólo seis comedias, de los tres visionarios modernos se editaría la obra completa en 12 tomos cada uno. (...) Se editaría la obra de Tolstoi porque para Vasconcelos representaba la genuina encarnación moderna del espíritu cristiano[31].

En la biblioteca vasconceliana no faltaban, desde luego, Homero, Dante, Cervantes y Goethe y se concedía a regañadientes un lugar para Bernard Shaw y Henryk Ibsen. Severo preceptor de un pueblo, el secretario de educación pública no podía olvidar la función de las revistas. Afirma Blanco:

> La mejor de todas las publicaciones de Vasconcelos fue la revista *El Maestro* (1921-1923); estaba planeada como un pequeño manual de cultura general, con secciones fijas: información nacional e internacional, historia universal, literatura, sección de niños, conocimientos prácticos, poesía y temas diversos (...) *El Maestro* traduce o reproduce para su divulgación textos de Unamuno, D'Ors, Martí, Virgilio, Julian, Greenfill, Selma Lagerlöff, Heredia, Papini, Blanco Fombona (...) *El Maestro,* con un tiraje de 75 mil ejemplares, estaba pensado como una revista total, útil tanto para el público más elevado como para los alumnos de las escuelas, e incluso como una revista familiar. (...) *El Maestro* agrupó a casi todos los escritores jóvenes e importantes de México[32].

VIII

"No hago historia, intento crear un mito", dice Vasconcelos en aquellos días de gloria. No tardó en iniciar la consecuencia lógica de su mesia-

nismo: la exportación de su Revolución Mexicana hacia toda América Latina. Se rodeó de intelectuales sudamericanos y españoles como Valle-Inclán, José Eustasio Rivera, Víctor Raúl Haya de la Torre y de la poetisa chilena Gabriela Mistral (1889-1957), que antologó para Vasconcelos unas *Lecturas clásicas para mujeres* y unas *Lecturas clásicas para niños,* que acabaron de completar el programa editorial vasconceliano. La propia poetisa encabezó brigadas alfabetizadoras por los lugares más abruptos del país.

No acababa de ser nombrado ministro cuando provocó un incidente diplomático censurando acremente al gobernante venezolano Juan Vicente Gómez. Transformado en adalid antiimperialista, Vasconcelos fue nombrado en 1923 "maestro de la juventud continental" por las asociaciones estudiantiles del Perú, Panamá y Colombia. Rechazó el título "porque quiero conservar el derecho de beber una botella de vino en sitio privado o público con la mujer que me guste"[33].

Jovial, durante algunos meses de 1922 realiza una gira triunfal por América del Sur. Asiste al centenario de la independencia del Brasil y al cambio de poderes en la Argentina, siempre como enviado presidencial.

> En la Argentina, Vasconcelos creyó encontrar la patria ideal, democrática, próspera, sin barbarie ni conflictos de raza, con menores contrastes sociales. Un presidente como Yrigoyen era Abel, en la tradición sarmientista, si se le comparaba con los militares que tenían el poder en México. Sólo enfureció a Vasconcelos el racismo sudamericano contra los indígenas y los negros...[34]

Vasconcelos, extasiado con la Argentina como el país del futuro hispánico, elogiaba en el Brasil al Cuauhtémoc azteca, héroe de la resistencia indígena. Lo colocaba en el centro de su "indología". Diez años después se arrepentirá.

El profeta americano llegaba al cenit. En Chile se atreve, maestro al fin, a recriminar a las autoridades por la guerra contra el Perú y es discretamente invitado a abandonar el país. Aquel viaje fue uno de sus recuerdos más significativos. Años después lloró al encontrar unos ejemplares religiosamente encuadernados de *El Maestro* en una remota aldea ecuatoriana. Joseph Keyserling, aquel barón que recorría el mundo otorgando certificados de ontología nacional, dijo entonces que Vasconcelos era el hombre representativo de la América española por excelencia. Gabrielle D'Annunzio y Romain Rolland también lo alababan desde Europa.

Pero al volver del viaje empezaron a gestarse las condiciones de una caída tan vertiginosa como su ascenso. Mientras los estudiantes latinoamericanos lo honraban, los mexicanos no lo querían. Lombardo

Toledano, ya en su calidad de agitador laborista, le sublevó la Escuela Nacional Preparatoria y puso en su contra a la poderosa central obrera que buscaba dirigir. La reacción de Vasconcelos fue la esperada. El preceptor traicionado llamó a la fuerza pública. Vanidoso y prepotente perdió a dos de sus mejores amigos que como Caso y Henríquez Ureña, lo abandonaron. La izquierda nacionalista, a la que llegó a encarnar de manera tan firme como excéntrica, tomó su distancia.

En 1924 se firmaron con Estados Unidos los Tratados de Bucareli, inflexión del régimen obregonista, cuyo radicalismo empezaba a aislarlo internacionalmente. Era necesaria una entente con el vecino del Norte. El senador Field Jurado atacó unos tratados que hacían graciosas concesiones económicas a los Estados Unidos y fue asesinado. El general De la Huerta, amigo de Vasconcelos y su gran promotor, se sublevó y fracasó. Aunque el ministro trató de disuadirlo y no tomó parte de la intentona golpista, su fidelidad al gobierno quedó en duda. Ese año, su enemigo Plutarco Elías Calles fue electo presidente y Vasconcelos renunció. El sueño redentor había concluido por el momento.

Pese a su brevedad, el paso de Vasconcelos por la dirección de la educación mexicana dejó huellas imborrables. Nuestro esteta estructuró un aparato burocrático sin el cual la larga hegemonía cultural del Estado no hubiera sido tan exitosa; dio a la Revolución Mexicana una dimensión civilizatoria que la prolongada matanza habría impedido proyectar y realizó una "obra material", que aunque inconclusa, dio al país un rostro cultural nuevo, moderno y tradicional, nacionalista y bolivariano. El desarrollo de la educación mexicana no varió mucho sin Vasconcelos. Uno de sus sucesores, Moisés Sáenz, protestante para horror suyo, recogió lo más pragmático de la obra vasconceliana. Durante el régimen cardenista (1934-1940), el Estado adoptó constitucionalmente sus obligaciones educativas e impuso lo que llamó "la educación socialista". Aunque el nacionalismo socializante de Cárdenas no fuera exactamente la alegoría racial de Vasconcelos, éste había fijado definitivamente la función del Estado mexicano como educador privilegiado de las multitudes. Hasta la fecha la existencia de un libro de texto gratuito, obligatorio y único para los niños mexicanos sigue provocando recurrentes polémicas entre la opinión liberal, católica o nacionalista del país.

Alfonso Reyes le dijo a su despechado amigo: "Con el tiempo se apreciará plenamente tu obra. Te has dado todo a ella —buen místico al cabo— poseído seguramente de aquel sentimiento que define San Agustín al explicarnos que Dios es acto puro." Aunque nadie podía desaprobar de lleno la misión educativa de Vasconcelos, a no pocos

disgustó esa inspiración mística o confusión entre la educación y una nueva religión que Blanco describe como una

> inspiración y un entusiasmo que venía basándose en las teorías que desde 1916 venía elaborando Vasconcelos, en la estética que promovió desde la Secretaría que era la defensa de las cualidades de una estética bárbara hasta la exaltación: voluptuosidad, audacia de formas, prodigalidad de símbolos genésicos que no es abstracción, sino exuberancia natural, correspondencia con el suelo y la población que los crea, espiritualidad sensual: vitalista, irracionalista; *el arte como liturgia del pueblo*[35].

Humillado una vez más por las intrigas de los militares, como en 1915, Vasconcelos sintetizó su caos en el proyecto de una nueva cruzada:

> Entre 1920 y 1924 Vasconcelos se dejó invadir por todas las influencias: budismo, zapatismo, socialismo, constitucionalismo, Rodó, Lunachartsky, Carnegie, la tradición liberal, Ruskin, sindicalismo, Lenin, Walter Pater, Platón, Pitágoras (...) Toda la metafísica y todas las mitologías que Vasconcelos impulsó llevaban un fin político[36].

IX

Tras el ensayo general de oposición electoral al régimen en su natal Oaxaca, Vasconcelos sale del país en 1925. Y como señala Enrique Krauze, lo hizo sintiéndose un nuevo Quetzalcóatl que volvería para desterrar a los bárbaros, elevándose, casi como en un acto de justicia estética, hacia la Presidencia de la República.

Como un santo que se prepara espiritualmente para la predicación en una ermita, Vasconcelos hace el peregrinaje romántico a Tierra Santa y como Chateaubriand, encuentra en las tierras del origen la fuerza para vencer la adversidad. Ese año publica el hito de su utopía: *La raza cósmica*.

Entre 1924 y 1925 Vasconcelos forma *La Antorcha*, la revista personal que necesitaba e inunda el mundo periodístico hispanoparlante con sus colaboraciones en *El Universal*, que se reproducen en Buenos Aires y Madrid. Decepcionado de Obregón, el déspota ilustrado que lo acogió, concentra sus ataques en su heredero Calles, a quien llega a identificar con el Mal absoluto. Sin las obligaciones del ministerio, Vasconcelos se reanima como profeta sin tierra, presencia oblicua que difunde por doquier sus teorías, denostador profesional para quien nada de lo humano le es ajeno. Ni de lo divino.

La situación del país, en tanto, se complica. El presidente Calles, furibundo anticlerical, desata una sangrienta guerra de religión en el occidente de México. Aunque vigorizó la economía y puso en funciones varias de las bases estructurales del Estado, Calles impregnó de fanatismo al país.

El asesinato de Obregón en 1928 volvió a poner el país al borde de la guerra civil. Reeligiéndose, el general había traicionado el ideal de 1910 y una larga dictadura estaba en el horizonte. Decepcionados, los demócratas pedían justicia, el ejército se dividía en facciones ante la ausencia inesperada del caudillo y la rebelión cristera avanzaba hacia el centro de la República. Desde comienzos de ese año Vasconcelos sabía que era el político civil destinado a encarnar a Abel contra el eterno Caín mexicano.

Vasconcelos enfrentó la coyuntura sin un partido político moderno, se negó a asociarse con los militares golpistas que lo llamaban y aunque cristiano no practicante, rechazó compartir el fanatismo ultramontano de los cristeros. Se presentó a las elecciones de 1929 desarmado, apoyándose en su vocación mística y no en pocas ocasiones, en cierta ansia de martirio.

El programa de Vasconcelos en 1929 fue la única oportunidad que México tuvo, en más de medio siglo, de convertirse en una sociedad democrática, apegada al Derecho y a la legalidad electoral, la verdadera alternancia en el poder y a un concepto de soberanía nacional desligado de la estatolatría nacionalista. Vasconcelos prometió la libertad religiosa, limitaciones severas al poder presidencial, nacionalización de los recursos naturales, vigencia del federalismo y del municipio libre, una legislación laboral justa y la contención del dominio policíaco que ejercían las camarillas sindicales.

Vasconcelos entra a la ciudad de México el 10 de marzo de 1929. Había sido multitudinariamente aclamado en Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco y el Estado de México.

> Con él volvían los arquetipos del Prometeo mexicano: Quetzalcóatl y Madero. Un Quetzalcóatl moderno, un Madero culto. Gracias al plebiscito que realizaba por el país, el pueblo volvería a reaccionar como lo había hecho con Madero, sólo que ahora de manera definitiva[37].

Acusado por el ya entonces organizado partido de Estado, de "reaccionario", Vasconcelos no se proponía desmantelar las conquistas sociales de la Revolución (entonces más bien letra que espíritu) sino consolidarlas en una restauración republicana. Inclusive, su discurso antiimperialista y antinorteamericano, inspirado en sus fobias de his-

panista recalcitrante, contrastaba con la comedida diplomacia del Partido Nacional Revolucionario.

El aspirante a príncipe filósofo se recuerda en campaña:

> En las maletas llevaba los originales de mi *Metafísica*, listos ya para la imprenta. Aquello valía más para mí que la Presidencia de la República. Lo de la política representaba un deber del momento, según mi destino profundo, útil quizás para los demás, pero no era otra cosa que una aventura, para mí peligrosa, por lo que embrutece, empequeñece poner atención en obstáculos menores y ruines contiendas. Me preocupaba también el efecto que el poder ejercía sobre mi temperamento, ya de sí predispuesto a cierta soberbia. ¿Me convertiría en un insoportable pedante? Según avanzaba la gira democrática, me sentía más dueño de mi posición, más diestro en el manejo de la potencia hipnótica que el orador ejerce sobre su público. De mudo que antes era, me había transformado en uno que dice lo que quiere con facilidad y decisión, aunque sin elegancia. Y ya sea por el mito que en torno al personaje se va formando y a uno mismo contagia, el hecho es que adquiría un dominio colectivo casi físico por medio de la palabra y el gesto, por la grandeza del propósito que nos exalta, haciendo de la multitud el eco de nuestras emociones, el brazo de nuestras fobias, el empuje de nuestros ideales[38].

Una mujer lo acompañó durante la campaña y luego hacia el destierro: Antonieta Rivas Mercado (1900-1931), llamada "Valeria" por Vasconcelos en sus memorias. Era hija de un rico arquitecto porfiriano y había ejercido el mecenazgo sobre el teatro de vanguardia, la música y los poetas de la revista *Contemporáneos*. Pero ello no le bastó y, enamorada de Vasconcelos, "el encuentro entre la mujer más audaz y moderna de la época y el hombre más decimonónicamente machista, ambos casados y con hijos, fue siempre violento y apasionado, hasta culminar en el adulterio público, el repudio que la familia y la alta sociedad hicieron de Antonieta, y su suicidio"[39].

Antonieta hizo la crónica de la campaña de Vasconcelos, poetizándola con citas de Eurípides y Girodoux. Fue su amante, su secretaria, y al final, su más cara tragedia personal.

La violencia se desencadenó. Tolerante al principio con Vasconcelos, por la fachada democrática que le daba a la contienda, Calles, autoproclamado Jefe Máximo de la Revolución, organizó episodios sangrientos en Mérida, Veracruz y León, preocupado por la creciente popularidad de Vasconcelos, quien ya se había salvado, según él, gracias a la protección de Minerva, de un linchamiento. El 20 de septiembre los callistas asesinan al joven agitador vasconcelista Germán de Campo.

El presidente Emilio Portes Gil (1890-1978), al servicio de Calles, maniobró hábilmente. Aniquiló un intento de golpe militar, pactó con una Iglesia Católica que dio la espalda a los rebeldes cristeros, mesuró

las leyes antirreligiosas y mediante un fraude escandaloso, con robo de urnas y amedrentamiento pretoriano, otorgó a Vasconcelos apenas 110.979 votos contra más de un millón del candidato oficialista, un oscuro ingeniero llamado Pascual Ortiz Rubio (1877-1963), que estuvo a punto de ser asesinado el día de su toma de posesión y que dimitió en 1932.

Vasconcelos se declara vencedor y el 1 de diciembre lanza el Plan de Guaymas, llama a la rebelión y, desoído por una nación cansada de guerra, abandona el país, "encadenado por haber tenido la audacia de querer libertar a los mexicanos", según sus palabras. Krauze concluye:

> Su pasión desmedida tuvo también, aunque él nunca podría reconocerlo, consecuencias sonrientes, si no desde el punto de vista divino, sí en un plan más modesto: evitó el sacrificio inútil de una generación y resaltó la limpieza de su campaña. Si la historia fuese —como es improbable— maestra de la vida, deberíamos voltear a 1929 en busca de un testimonio de afirmación cívica y moral. Borrada la historia, o desvirtuada, queda la literatura. Cuando en 1929 Vasconcelos optó por vivir, México perdió a un santo laico, pero ganó una presencia más cercana y perdurable, más humana, la de un escritor[40].

Los últimos y largos treinta años de la vida de José Vasconcelos son la vejez más triste de la historia mexicana. En París intentó desenterrar *La Antorcha* y desde allí, paso a paso, fue abandonando todas sus convicciones democráticas. Al final de la década encabeza *Timón,* publicación de claras simpatías nazi-fascistas y al parecer financiada por diplomáticos del Eje.

Su muerte en vida ocurrió poco después del desastre de 1929. Dos años después, obligada a regresar a México para rescatar a su hijo y despreciada por Vasconcelos, Antonieta Rivas Mercado entró a la catedral de Notre -Dame y se dio un tiro en el corazón. El templo hubo de ser exorcizado. Se dice que Vasconcelos, que la esperaba en un café, sólo alcanzó a murmurar "qué falta de humildad".

Vasconcelos regresó a México a finales de la década del treinta. En 1937 se reunió con ¡Plutarco Elías Calles! para conspirar contra el gobierno cardenista, al cual detestó con un celo implacable, ignorando, como suele suceder en la historia mexicana, que algo del nacionalismo vasconcelista —no la democracia, por cierto— había aplicado Cárdenas en su vasto programa de reformas sociales y en la defensa de la soberanía nacional.

A partir de 1939, apoyó a todos los candidatos del partido oficial a la Presidencia, aquella organización política que se estrenó venciéndolo fraudulentamente. Tuvo puestos de dirección en las bibliotecas públicas, acabó de escribir una obra filosófica tan vasta como ilegible y se dedicó

a denostar a los protestantes, los masones, los judíos, los comunistas y los indígenas con un celo biliar que a varios hizo dudar de su cordura.

Según cuenta su amigo y biógrafo Alfonso Taracena, Vasconcelos tuvo gestos serviles y grotescos con el último presidente de México que conoció, Adolfo López Mateos (1910-1969) que había sido, de joven, vasconcelista militante.

Los restos mortales de José Vasconcelos reposan en una de las criptas de la Catedral Metropolitana de Ciudad de México, tras haberse negado a descansar en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

X

En las raíces del pensamiento de Vasconcelos está el destino final de su obra. La herida de 1929 lo impulsó hacia el tradicionalismo católico y al culto a la fuerza como única solución ante el fracaso democrático. Las variaciones en su itinerario intelectual, por extremas que fueron, no dejan de tener una lógica, caprichosa pero contundente.

El joven ateneísta que disertó sobre Gabino Barreda no sólo fue el discípulo cortés que honra al maestro para empezar a combatirlo. Si alguien en su generación nunca perdió sus rudimentos positivistas, ése fue Vasconcelos. En la Escuela Nacional Preparatoria se apasionó por los sistemas omnicomprensivos. Su pasión lo llevó a escribir, en la vejez, un libro ya ridículo desde su título, la *Todología.* Es extraño que a diferencia de muchos intelectuales en el siglo, no haya abrazado el marxismo, corriente escatológica y teleológica por excelencia.

La tragedia intelectual de Vasconcelos fue la de un hombre ansioso de Absoluto que carecía de un espíritu sistemático. El lo sabía y aunque, cuando fue desplazado de la política adquirió hábitos de investigador académico, nunca fue, ni con mucho, lo que la modernidad entiende por un filósofo.

Trató de paliar sus deficiencias formativas con su ímpetu estetizante. Cuando viaja y describe catedrales y paisajes humanos sus *Memorias* alcanzan momentos deslumbrantes. Tentado por la redención del poder, Vasconcelos tuvo constantes delirios arquitectónicos. Construyó aquel palacio ecuménico cuando era ministro y retrasó su renuncia al cargo para ver terminadas las obras de un Estadio Nacional, monumento diseñado para halagar la voluntad de un profeta, que no tardó en ser demolido.

Construir era civilizar y Vasconcelos imaginó una capital para la raza cósmica en el corazón colonial de América. Como arquitecto espiritual se realizó parcialmente en la vida pública. Pretendió hacerlo de manera total en la filosofía y fracasó rotundamente.

Su generación fue afecta a identificarse con el mundo antiguo. Alfonso Reyes, con discreción pero con insistencia, escogió al troyano Eneas. Martín Luis Guzmán, el menos propenso a la mitofagia, no se concibe sin Plutarco. Vasconcelos fue Ulises y lo predicó por el mundo.

Desde *Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas* y muy particularmente en la conferencia peruana de 1916, el problema central parece ser —como en Reyes, que lo resolvió de otra manera— la invención de una verdadera latinidad para la América española, encarnada en intelectuales solitarios, rodeados de adversidad e incultura.

El movimiento intelectual contemporáneo de México es un texto triste. Sumido el país en la guerra civil, Vasconcelos rescata, contando con los dedos, a sus cofrades generacionales, dispersos por la contienda, la mayoría olvidados después. Era su primer intento por hermanarse con el resto de las culturas latinoamericanas.

Conmueve en Vasconcelos su afán por una civilización nueva y ecuménica en un siglo donde las culturas nacionales, recién creadas, exaltaron sus supuestas virtudes endógenas para imponerlas mediante guerras de conquista y exterminio. Para fundar su latinidad, a Vasconcelos no le bastó el catolicismo. Por ello se intoxicó de versiones burdamente dionisíacas y pseudonietzscheanas de la filosofía helenística. También intentó orientalizar el cristianismo con lecturas igualmente infértiles de budismo y mística indostánica.

Semejantes combinaciones generaron *La raza cósmica* y la *Indología* durante la década del veinte. Sus desengaños del positivismo, del liberalismo juarista y del indigenismo generaron su mesianismo mestizo. Nada parecía cohesionar intelectual y espiritualmente a México. Tras invocar a la raza cósmica y ser ignorado, al profeta sólo le quedaron la diatriba y las seguridades primigenias del catolicismo romano.

Vasconcelos nunca comprendió a las antiguas culturas mesoamericanas. Su ignorancia frente a aquella "civilización sin alma" como la llamó, a veces es escandalosa. Utilizó la figura de Cuauhtémoc con fines demagógicos y cuando se equiparó con Quetzalcóatl sólo traducía su imagen de Ulises a la mitología mexicana. Pero acertaba al considerar que el indigenismo era una invención criolla y luego nacionalista y no base suficiente para establecer una nueva civilización mexicana. Ahora que asoma en México, a quinientos años de la conquista, un milenarismo indigenista de corte racista, es pertinente recordar que al asumir,

aun mediante la declamación, el sustrato mestizo de la nación, Vasconcelos contribuyó a destrabar un largo e inútil debate racial. Pero al apostar por el mestizaje, no comprendió que éste era un hecho que había ocurrido fatalmente y una esperanza espiritual que ya no podía verificarse a su estilo. Esa idea fija lo alejó del país real.

El mesianismo vasconceliano tiene hondas raíces en la historia colonial. En el fondo, está el criollismo desde su nacimiento en la aparición/apropiación de la Virgen de Guadalupe en 1531. Pero a diferencia de la tradición guadalupana que va de Fray Diego Durán a los teóricos de la Reforma mexicana, Vasconcelos se fue alejando de lo indígena para adoptar otra vertiente, más bien sudamericana, la de Bolívar, Sarmiento y Rodó, que tiene y ha tenido poco éxito en México.

El desenlace autoritario de las ideas de Vasconcelos estaba en el ambiente de sus mejores días y provenía de Gobineau y Spengler. Aunque debe decirse que de todas aquellas nefastas utopías raciales, quizá la suya fue la única que predicaba la integración y no la exclusión, la civilización contra la barbarie. Entelequia de un esteta nacional, al esfumarse, volvió la memoria hacia la única integración que, según Vasconcelos, había funcionado en nuestra historia, la promovida por los misioneros franciscanos de la conquista. Ellos son las sombras que se mueven tras los discursos del apóstol del alfabeto y del educador americano.

De su obra quedan esas notables *Memorias*, únicas en la literatura mexicana, tan hirientes y eficaces para la cultura nacional como gratamente novelescas en sus mejores páginas. Sólo por *Ulises criollo* y *La tormenta,* lo más significativo de éstas, la revolución —como dijo un crítico conservador— hubiera valido la pena.

Vasconcelos no evolucionó, como la llamada "filosofía de lo mexicano", hacia la elaboración de una ontología nacional psicologista, a la manera de los existencialistas del medio siglo. Su ambición era la raza y el espíritu, la todología.

El juicio sobre los trabajos filosóficos de Vasconcelos es unánimemente negativo. Opina Alfredo Zum Felde:

> Son habituales en Vasconcelos, como puede colegir cualquier estudiante universitario de filosofía, efectos de lenguaje arbitrario, confuso, sin rigor, plagado de equívocos y contradicciones, incongruencias y ampulosamente literateado. Lo poco que hay en todo ello de serio, no es precisamente original, como él pretende y lo que podría parecer original, no es muy serio. Se percibe una confusión, mezcla y amasijo de teología dogmática (manejada a capricho) con las ideas generales y ya universales del intuicionismo vitalista, bergsoniano, del cual proviene. Dominado y arrebatado por su egolatría, Vasconcelos, engañándose ingenuamente a sí mismo (aunque no a los demás) se presenta como fundador genial de ideas grandiosas y nuevas filosofías, cuando en verdad, sólo reitera, embrollando confusamente lo que otros, cabezas más claras, han dicho mejor[41].

Son varios los comentaristas que coinciden en que de *Robinson a Odiseo* (1935) es el más logrado de sus libros teóricos. Pero Vasconcelos fue un educador, no un pedagogo. Basta leer un tratado de historia de la pedagogía para saber que no fue autor de grandes ideas en ese terreno, limitándose a sumar su experiencia a las nociones del catolicismo liberal italiano del siglo XIX. Sus ataques a Dewey y Decroly son únicamente ideológicos. Se trata de anteponer al Robinson utilitario del protestantismo anglosajón el Odiseo de la latinidad.

Aunque nunca hubiera firmado la sombría afirmación de Calles sobre que la revolución tenía que tomar el alma de cada niño, Vasconcelos fue atacado por los liberales dada su pretensión de convertir al Estado en director de conciencia. Sin duda lo intentó, candidato a príncipe filósofo a fin de cuentas, pero para fortuna del país, no lo logró. Su ideología era demasiado difusa y caprichosa como para imponer una razón de Estado. Su eclecticismo fue el de la Revolución Mexicana, que salvó a México de las tiranías ideocráticas.

Ser mexicano y odiar simultáneamente a los indígenas y a los norteamericanos es un dilema casi ontológico cuyo desenlace es prácticamente suicida. El margen que sobra entre ambas negaciones es estrecho y en Vasconcelos se volvió añoranza hispanista que unió a Hernán Cortés con Francisco Franco. Es inevitable comparar aquí a Vasconcelos con Octavio Paz (1914). Justamente una de las características que ratifican la pertinencia intelectual del poeta es la de haber problematizado con talento esas dos fronteras culturales del México moderno: Estados Unidos y el mundo indígena.

Entre los abundantes retratos de Vasconcelos hay dos particularmente memorables. Uno, el de Jorge Cuesta (1903-1942), el gran crítico de la generación de *Contemporáneos*:

> La de Vasconcelos es la vida de un místico; pero de un místico que busca el contacto con la divinidad a través de las pasiones sensuales. Su camino a Dios no es la abstinencia, no es la renunciación del mundo. Por el contrario, tal parece que en Dios no encuentra sino una representación adecuada de sus emociones desorbitadas y soberbias, que no admiten que pertenecen a un ser hecho de carne y hueso. Su misticismo es tiránico[42].

El joven Octavio Paz afirmaba en 1941:

> El solo nombre de Vasconcelos suscita, en cualquier mexicano de nuestro tiempo, una serie de adhesiones y repulsiones, de cóleras y simpatías, que lo hacen el escritor más vivo de México. (...) Ha sido fiel a su tiempo y a su tierra, aunque le hayan desgarrado las entrañas las pasiones. La obra de Vasconcelos es la única, entre la de sus contemporáneos, que tiene ambición de grandeza y monumentalidad (...) Pasará el tiempo y de su obra quedarán, quizá, unas enormes

ruinas, que mueven el ánimo a la compasión por la grandeza y, ¿por qué no?, alguna humilde, pequeña veta, linfa de agua pura, viviente, eterna: la de su ternura, la de su humanidad. Su autenticidad, tanto como su grandeza, son testimonios de su viril, tierna, apasionada condición, y esta condición es la que amamos en él, por encima de todo[43].

Vasconcelos fue el gran ideólogo de la Revolución Mexicana y su más despiadado antagonista. Soñó con el encuentro íntimo de cada niño con un libro y de América Latina con una nueva identidad, original y democrática. Y poco antes de morir hizo una cruel o sardónica alabanza de la bomba atómica. El planeta, decía, necesitaba la purificación del fuego eterno. El gran escritor de sus *Memorias* había ido demasiado lejos en la búsqueda de la primera energía. Castigaba a la raza cósmica que se negó a constituirse tras su voz y a esos hijos bastardos que abandonaron a su profeta.

CHRISTOPHER DOMINGUEZ MICHAEL

NOTAS

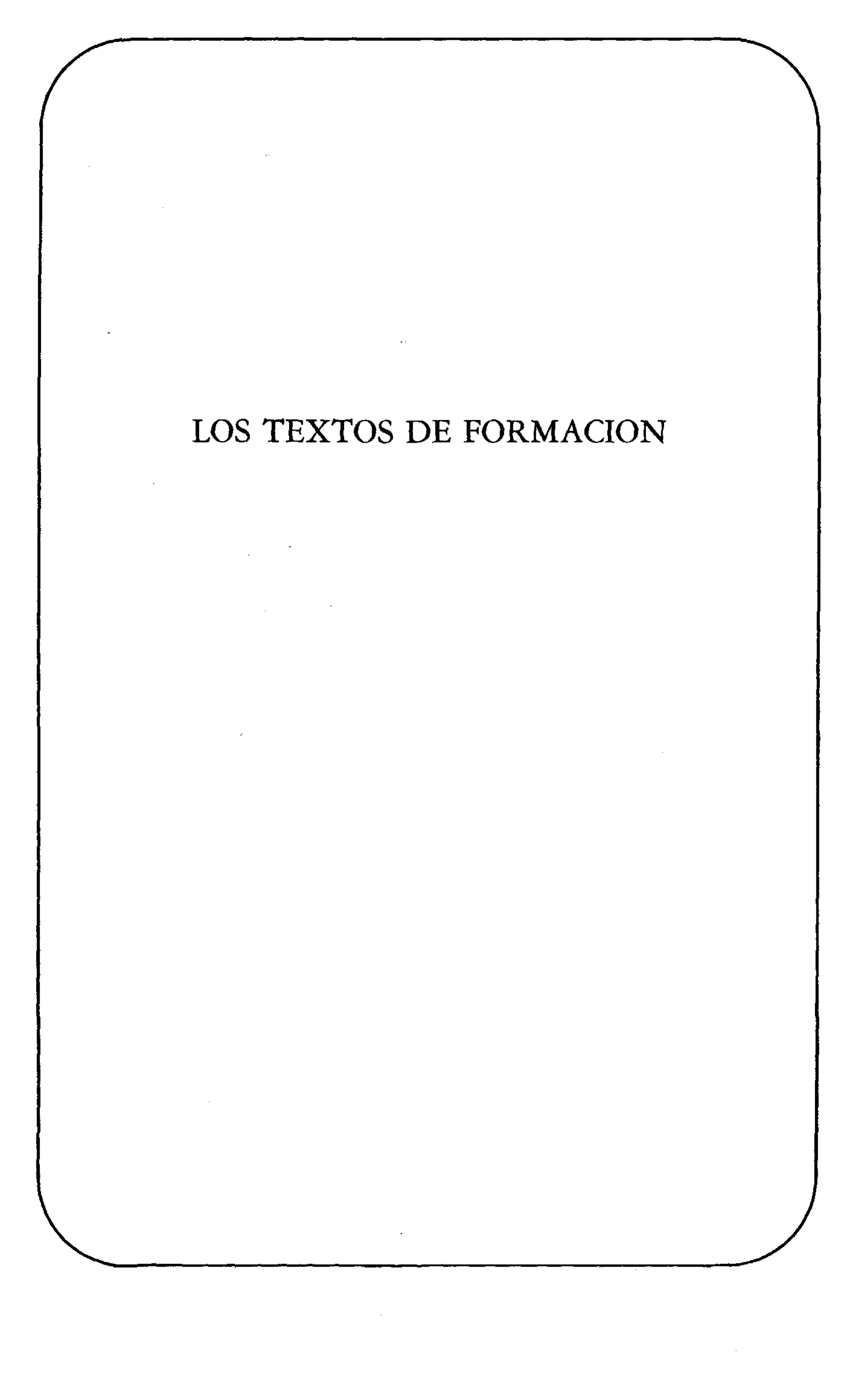
1. Joel Roberts Poinsett (1779-1851) fue ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en México entre 1825 y 1830. Su febril actividad intervencionista obligó al gobierno mexicano a pedir su destitución.
2. Lucas Alamán (1792-1853). Político, economista e historiador mexicano. Fue un intelectual conservador e hispanista que criticó severamente la independencia de México y la influencia norteamericana sobre el país. Ocupó varias carteras ministerialistas y en 1830 formó parte de la presidencia colectiva interina del país.
3. Dwight Whitney Morrow (1873-1931). Embajador de los Estados Unidos en México durante la campaña electoral presidencial de Vasconcelos. Considerado por éste como uno de los principales promotores de su derrota.
4. José Vasconcelos. *Memorias. Ulises criollo. La tormenta. I.* México: Fondo de Cultura Económica, 1982 (Letras Mexicanas), p. 6. En adelante, al citar las memorias, se utilizará siempre esta edición.
5. José Joaquín Blanco. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica.* México: Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 14. (Vida y pensamiento de México).
6. J. Vasconcelos, *op. cit.,* p. 115.
7. *Ibid.,* p. 137.
8. *Ibid.,* p. 138.
9. Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia.* México: Fondo de Cultura Económica, 1968, pp. 154-155.
10. Vasconcelos, *op. cit.,* p. 151.
11. *Ibid.,* p. 152.
12. *Ibid.,* p. 161.
13. *Ibid.,* p. 164.
14. *Ibid.,* p. 181.
15. Alfonso Reyes, "Pasado inmediato", en *Obras completas.* México: Fondo de Cultura Económica, 1960, Tomo XII, p. 187.
16. José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución.* México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, p. 58.
17. Enrique Krauze, "Pasión y contemplación en Vasconcelos, I" en Revista *Vuelta,* México, Nº. 78, mayo de 1983, pp. 13-14.
18. J. J. Blanco, *op. cit.,* pp. 34-35.
19. Vasconcelos, *op. cit.,* p. 206.
20. J. J. Blanco, *op. cit.,* p. 34.
21. E. Krauze, *op. cit.,* p. 14.
22. *Ibid.,* p. 15.
23. Vasconcelos, *op. cit.,* p. 422.
24. *Ibid.,* p. 447.
25. E. Krauze, *op. cit.,* pp. 14-15.
26. J. J. Blanco, *op. cit.,* pp. 26-27.
27. E. Krauze, *op. cit.,* p. 16.
28. Martha Robles, *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias.* México: Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 65-66.

29. J. J. Blanco, *op. cit.*, p. 94-95.
30. *Ibid.*, p. 99.
31. E. Krauze, "Pasión y contemplación en Vasconcelos, II.", revista *Vuelta*, México, Nº. 79, junio de 1983, pp. 16-17.
32. J. J. Blanco, *op. cit.*, pp. 107-108
33. José Vasconcelos, *Memorias, II. El desastre. El proconsulado.* México: Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 16.
34. J. J. Blanco, *op. cit.*, pp. 119-120.
35. *Ibid.*, p. 122.
36. *Ibid.*, p. 97.
37. E. Krauze, *op. cit.*, II, pp. 19-20.
38. Vasconcelos, *op. cit.*, II, pp. 655-656.
39. J. J. Blanco, *op. cit.*, p. 141.
40. E. Krauze, *op. cit.*, II, p. 22.
41. Citado por Alfonso Taracena. *José Vasconcelos.* México: Porrúa, 1982, pp. 119-120.
42. Jorge Cuesta, *Poemas y ensayos, III. Ensayos, 2.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 261.
43. Octavio Paz, *Primeras Letras (1931-1945).* México: Editorial Vuelta. 1988, pp. 196-198.

CRITERIO DE ESTA EDICION

Los seis textos que componen "Los textos de formación" y "El educador nacional" provienen del libro *José Vasconcelos y la Universidad* (Presentación de Alfonso de María y Campos, introducción y selección de Alvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983). El último de éstos es un fragmento del libro de *Robinson a Odiseo* (Madrid, M. Aguilar Editores, 1935) que no se ha vuelto a publicar completo. Para *La raza cósmica* e *Indología* —que forman "El maestro americano"— se utilizaron, en ambas ocasiones, los capítulos primeros de las obras. Para *La raza cósmica* se usa la edición de Espasa Calpe de 1948, autorizada por Vasconcelos, y en el caso de *Indología* se recurrió a la primera edición de la Agencia Mundial de Publicaciones de Barcelona en 1926. En relación a "Las memorias: literatura y política", reproducimos la edición en dos tomos del Fondo de Cultura Económica (México, 1982) pues ésta restituye íntegramente el material, luego modificado, de las primeras ediciones. Se trata de cuatro fragmentos —"Ulises criollo", "La tormenta", "El desastre" y "El Proconsulado"— de igual número de libros del mismo título. Los subtítulos de las *Memorias* (I. *Ulises criollo. La tormenta,* II. *El desastre. El Proconsulado)* son del propio Vasconcelos. A las notas del estudio preliminar se añaden algunas otras del material antológico para facilitar al lector la comprensión de circunstancias y personajes en la vida de Vasconcelos. Todos los textos, capítulos y fragmentos de la antología pueden hallarse en las *Obras completas* de José Vasconcelos (cuatro tomos, Libreros Mexicanos Unidos, México, 1957-1961), hoy agotados.

C. D. M.



LOS TEXTOS DE FORMACION

DON GABINO BARREDA Y LAS IDEAS CONTEMPORANEAS

(1910)

MEJOR QUE REFERIRME a la obra social de don Gabino Barreda, ya ampliamente discutida y elogiada, procuraré recordarlo como adepto de una filosofía, rindiéndole un tributo que quizá para él hubiera sido el más amable; tributo que consiste en señalar cuáles de sus enseñanzas han tenido valor procreativo, bastante a encaminarnos por la senda en que se logran las visiones elevadas del mundo y de nuestro ser.

La doctrina que solamente crea sectarios y convencidos mata la espontaneidad y como que anula otras vidas. Es una alta gloria la del maestro que deja tras de sí, más bien que fervientes adoraciones, revivir de esperanzas. Y me imagino que si los maestros de hombres pudiesen mirar las generaciones que les suceden, habrían de mostrar predilección orgullosa por los que llevan su doctrina más allá de los límites originales o sinceramente la reniegan, si algo nuevo los exalta más. Porque al fin lo que ellos amaron es el ideal misterioso, y la obra se continúa mejor haciéndolo fructificar vario y juvenil, que gastando en repeticiones su virtud.

Por eso a la memoria de Barreda, que supo pensar su tiempo, ofrezco nuestras ideas modernas, filial y devotamente.

Diríase que la fuerza sustentadora de lo noble del universo sufre alternativas, que a veces, excediéndose, derrama tanta virtud, elabora tan magníficamente idealidades prodigiosas, que le sobreviene la fatiga, se relaja temporalmente, y entonces los espíritus, abandonados del impulso fecundo, interrumpen la procreación de novedades y se conforman tristemente con repetir y comentar la profusión inmensurable del momento anterior. Epocas de crítica en que los espíritus sabios aquilatan la obra de la generación precedente, conservando lo valioso, defendiéndolo del olvido; llenas, sin embargo, del desaliento de lo estéril.

La emoción de vivir en el mismo tiempo, en el mismo ambiente en que el ideal de formar inagotable se está revelando y haciendo en el espíritu de nuestros contemporáneos, presta energía, dignifica nuestras vidas. Al contrario, la repetición de un viejo pensar nos pone en in-

certidumbre, en inquietud y como nostálgicos; porque no importa cuán grandes sean las expresiones del ministerio insondable, la humanidad vuelve a sentir, periódicamente, la necesidad de preguntar otra vez, de escuchar por sí misma, de interpretar por su cuenta, todas las manifestaciones, todas las revelaciones, de la vida renovada, de la vida enriquecida por el pasado, dueña de un campo sin límites que se ensancha aún más con cada nueva visión y con cada nueva virtud.

Y nos ha tocado en suerte, a los hombres de la actual generación, vivir en un tiempo en que, lejos de comentar sin fruto el pasado, los espíritus ahondan con impulso propio el ministerio fecundo; edifican la novedad que ha de ser nuestra expresión, y de esta manera el ideal se realiza, obra en las almas y esclarece el exterior, donde, no obstante cierta disolución aparente, predomina un sentimiento de confianza, propio de los períodos exaltados en que los dolores se olvidan y las dudas se iluminan, de los instantes de claridad y de mensaje en que el sentir profético anuncia el advenimiento y la elaboración de los credos que guían generaciones.

Mas tanto se dice y se piensa con vaguedad desconcertante, tanto se duda del ideal moderno, que no basta que lo afirmemos, es preciso transmitirlo a los incrédulos, mostrarlo à los que lo ignoran, trabajar la fórmula en que definitivamente cristalice. ¿Estamos seguros de haber excedido nuestro momento anterior? ¿Seremos realmente de los que asisten a las épocas gloriosas en que los valores se rehacen?, ¿o es sólo un vigor de juventud el que nos hace amar nuestro presente y nos lo hace aparecer más fecundo que el pasado?

Reflexionemos desapasionadamente, consultemos unos con otros, purifiquemos el significado de las palabras, pensemos, en cierto modo, sin el auxilio de las frases y sólo con ideas; de manera que no nos detengamos ni en el sonido ni en la contextura del lenguaje, sino que lo usemos como canal de transmisión entre cuyos bordes va el pensamiento y se manifiesta a las almas; de modo que el verbo y la escritura sean, para la mayor precisión del pensar, de un ritmo neutro, por donde pase el movimiento de la idea sin desvirtuarse, y se transmita, como se cambian a través del aire diáfano las imágenes, como penetran por el ojo las representaciones de los objetos, sin que nos demos cuenta del funcionamiento del órgano visual.

También a fin de precisar el estado intelectual contemporáneo, conviene referirlo a sus orígenes próximos, donde seguramente está el germen de lo que hoy pensamos y donde podemos encontrar, merced a la comparación justiciera, la medida de lo que hemos avanzado o cuando menos cambiado.

Por eso, durante mucho tiempo aún, habré de volver a don Gabino Barreda y recordar que él implantó entre nosotros los fundamentos de un sistema de pensar distinto del que había prevalecido en los siglos de dominación española y de catolicismo. Relacionándolas con el pensamiento libre de Europa, puso generaciones enteras en aptitud, no sólo para ser asimiladoras de la cultura europea, sino para que sobre el asiento firme que proporciona una educación de disciplina sólida, desarrollasen las propias virtualidades especulativas y morales. Si su enseñanza puede merecer la acusación de incompleta en el sentido superior, la bondad de su método fructificó a pesar de algunos excesos disculpables en el discípulo convencido que impone las doctrinas de maestros un poco limitados. ¿Quién es el gran creador de sistemas que, sintiendo la infinitud del ideal, no piensa al reflexionar sobre su obra ya concluida, que quizá la haría mejor si la emprendiese de nuevo, que aún quedaron sin expresión y sin recuerdo muchas visiones misteriosas? Mas aquel que no elabora conceptos geniales del mundo, fácilmente se refugia en una concepción que juzga definitiva y de buena fe trata de imponerla a los demás.

A fin de salvar la responsabilidad tremenda del que propaga sistemas que quizá omiten nociones fundamentales, uno de los maestros más sinceros y más altos, el trágico Zaratustra, enunció su inmortal arenga que es hoy el credo pedagógico del filósofo: "Amigos míos, es indigno de mi enseñanza quien acata servilmente una doctrina; soy un libertador de corazones; mi razón no puede ser vuestra razón; aprended de mí el vuelo de águila".

Más aún Nietzsche, el apóstol de la grandeza, no era traducido del alemán y en México se sustituía el fanatismo de la religión por otro más de acuerdo con los tiempos y que significó un progreso: el de la ciencia interpretada positivamente.

Recordemos brevemente las teorías del positivismo acerca de los cuatro grandes problemas que, según enseña Hoffding, deben ocupar a toda filosofía completa: el problema del conocimiento; el problema cosmológico; el problema de los valores y el problema psicológico de las relaciones del alma con el cuerpo.

Los fenómenos se producen, según el testimonio indudable de los sentidos, en un orden determinado. El azar y el desorden son apariencia engañosa debida a que atribuimos a la naturaleza los caprichos de nuestra imaginación, a que desconocemos los antecedentes necesarios de los fenómenos, y procediendo por rudimentaria analogía, los explicamos comparándolos a nuestros procedimientos de acción, antropomórficamente. Así el movimiento de un cuerpo, de la corriente de agua en el

río, han de ser obra de un dios, un hombre más poderoso que los otros, capaz de tomar en sus brazos un lago y derramarlo sobre la llanura entre las cuencas del río. Sólo concebimos nuestras propias actitudes reflejadas en el universo. Esta es la edad poética o teológica del espíritu. Mas no reflexionó el positivismo en que el sentido poético es una manera de interpretación que no corresponde a un período determinado, sino a la naturaleza misma del entendimiento, que usa la analogía en sus investigaciones frecuentemente con más eficacia que cualquiera otra forma de raciocinio, y con ella desarrolla especialmente el arte, poder transformador que perfecciona y exalta la representación.

También en el terreno puramente científico, la crítica moderna reivindica los derechos del raciocinio por analogía, no sólo en la inferencia de particular a particular, sino en la solución de los difíciles problemas de la conciencia, sondeados y esclarecidos merced a analogías intuitivas que descubren cierto género de identidad entre las cosas más diversas.

"En el orden puramente científico —dice Poincaré—, en la matemática y en la física, para reducir una ley de la experiencia, se necesita generalizar; mas un hecho de experiencia puede ser entendido de una infinidad de maneras, y entre estas mil posibilidades que se ofrecen a nuestra investigación es preciso elegir, y no es sino por analogía como procedemos en esta elección. Las analogías verdaderas, profundas, las que los ojos no ven y la razón adivina, nos las da el espíritu matemático que nos enseña a desdeñar las apariencias demasiado objetivas, a fin de poder notar otras, más radicales, más escondidas; mas para que estas adivinaciones se produzcan, es necesario cultivar el análisis sin preocupación inmediata de utilidad, es preciso que el matemático trabaje como artista." El sentido poético, el que Comte llamó teológico —lo demuestra la cita que antecede—, sigue prestando servicios utilísimos al desenvolvimiento de la civilización en lo más positivo y fundamental de su desarrollo.

No es, por eso, un progreso, sino el empleo de un método diverso, el advenimiento del llamado periodo metafísico, en el cual se explica el universo por las ideas abstractas, por medio de principios o fuerzas en conflicto. El sistema metafísico reduce a unidad estas oposiciones y engranajes de los principios, pero sin lograr nunca, ni abarcar todos los fenómenos, ni explicar las contradicciones de sus propios postulados.

En el período positivo, los sentidos dan la única regla invariable de verdad, la observación de los hechos, la anotación de sus relaciones constantes. Cierto que por este medio no alcanzaremos la solución de los problemas que más nos preocupan, pero debemos conformarnos

con esta ciencia, la única posible y la única verdadera. Lo exterior en transformación, ejerciendo su influencia sobre la mente humana, le imprime sus necesidades, sus tendencias y leyes de cambio. Lo que pasa en nuestro interior es una correspondencia, inmediata o lejana, de los fenómenos externos que han modelado nuestra conciencia. Ya Kant, meditando esta tesis, había observado que el dato intuitivo, la percepción inmediata, la recibe el organismo con intervención del raciocinio y el mismo raciocinio constriñe la percepción dentro de sus moldes, anteriores a toda experiencia, constituidos en forma que no puede provenir de la suma indefinida de las experiencias.

Desde el punto de vista cosmológico, el mundo aparece en el positivismo como fenomenalidad que se desenvuelve siguiendo una marcha que va de lo particular a lo general, de lo simple a lo complejo. Dentro de esta tendencia común, los fenómenos se clasifican en órdenes irreducibles unos a otros, las diversas ciencias, ligadas por el lazo subjetivo de la relación de lo particular a lo general. El porqué de esa ley y no la contraria, sus resultados probables, fueron problemas vedados, en el fundador, con la afirmación rotunda de nuestra incapacidad para resolverlos: en Spencer, por el dogma de la impenetrabilidad de lo desconocido.

Por lo que toca a la moral, don Gabino Barreda importó tres ideas fundamentales en el sistema de su maestro Comte: la solidaridad, virtud emanada del instinto de sociabilidad, permite la vida colectiva en que la civilización se desarrolla. El altruismo, inclinación social a obrar en beneficio de los demás por el provecho que con ello nos resulta; y como premio de los más altos servicios, la inmortalidad que se alcanza en la memoria de las generaciones venideras.

La más fecunda de estas nociones es la que recomienda la solidaridad entre los hombres. Predicándola en México, Barreda llenó una exigencia en aquel tiempo más importante que otra cualquiera. El altruismo es una vieja virtud, limitada a sus consecuencias sociales; el sacrificio no lo premia Dios alguno, pero lo aprovechan el individuo y la sociedad; el beneficio no se extiende más allá de nuestra propia vida y de la vida de los demás hombres, pero es un beneficio positivo.

La inmortalidad en la memoria de las generaciones por venir, premio de las más altas acciones, se reglamenta en la religión de la humanidad, destinada al culto del recuerdo y la gratitud; mas como hay quienes en nada estiman la memoria de sus acciones, ni desean la gratitud, la religión de la humanidad, conformista y modesta, significa poco como estímulo y nada como esperanza.

Por lo que se refiere al problema psicológico, baste recordar que el positivismo creyó en una subordinación radical de lo psíquico a lo

biológico, de lo mental a lo orgánico; que el albedrío se explicó como condicionado a sus antecedentes de una manera fatal, tanto como lo es la caída de los cuerpos según la ley de la atracción, sólo que misterioso en apariencia, porque desconocemos las razones múltiples del querer, los motivos que operan en lo que hoy se llamaría la subconciencia.

Tales fueron, sumariamente, las ideas con que Barreda reconstruyó el espíritu nacional, orientándolo definitivamente en dirección del pensamiento moderno. Dichas enseñanzas no sólo capacitaron a la civilización mexicana para las conquistas prácticas del orden económico e industrial, adiestrando generaciones en la aplicación de conocimientos científicos útiles, sino que también, en el orden mental, nos legaron una disciplina insustituible cuando se trata de orientar las esperanzas sobre el destino y el progreso de los acontecimientos.

Gracias a esta educación demostrativa y sincera, hemos podido evitar reacciones interiores que pudieron llevarnos a viejos conceptos que ya no tienen verdadero poder de exaltación; y de esta manera, si Barreda y el positivismo no nos dieron cuanto anhelábamos, sí impidieron que retrocediésemos en el camino del mejoramiento; y sin sospecharlo, en virtud de sus propios postulados limitativos del dominio de la especulación, nos obligaron a explorar otras virtualidades de nuestro ser, para ellos cerradas en su ensimismamiento cientificista, para muchos otros abiertas y fecundas en el mismo tiempo en que ellos vivían, ricas hoy, más aún, en sugestiones ilimitadas.

Sin embargo, entre las ideales de entonces y las de hoy, media un abismo. ¿En qué consiste, qué es, ese elemento moderno que nos hace sentirnos otros hombres, no obstante que aún no transcurre medio siglo cabal desde la propagación de aquellas enseñanzas? ¿Cómo, si apenas ayer era Spencer el filósofo oficial entre nosotros, nos hallamos a tan gran distancia del sistematizador del evolucionismo?

Creo que nuestra generación tiene derecho de afirmar que debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu. No es allí, donde aún se enseña la moral positivista, donde podríamos recibir las inspiraciones luminosas, el rumor de música honda, el misterio con voz, que llena de vitalidad renovada y profusa el sentimiento contemporáneo. El nuevo sentir nos lo trajo nuestra propia desesperación; el dolor callado de contemplar la vida sin nobleza ni esperanza. Cuando abandonábamos la sociedad para refugiarnos en la meditación, un irónico maestro encontrado al azar en los escaparates de librería, se hizo nuestro aliado, dio voz a nuestro dolor y energía, a nuestra protesta. Desde entonces nuestro desdén fue razonado y se hizo noble. Cierto que nos mostró abismos,

potencias sombrías que se devoran renegando de sí propias, y a pesar de eso, su doctrina tuvo virtud para salvarnos, porque ¿quién es el que no desea vivir aunque sea solamente para contemplar el espectáculo de la voluntad negándose a sí misma?, ¿quién es el que no desea la "eternidad del momento" —en que el maestro deja la voluntad libre en un desierto donde no encuentra fin a qué aplicarse y se contempla poderosa y sin objeto?

"El mundo es mi voluntad y mi representación." Este enunciado contiene el germen de toda la edad moderna. Durante mucho tiempo las filosofías se habían ocupado casi exclusivamente de la representación; en lo adelante, *la cosa en sí* iba también a ser interpretada por el filósofo, con datos universales, con el auxilio de las religiones, de las literaturas, del arte, de la práctica de la vida. Al mismo tiempo, la música alemana, el otro nervio del sentir moderno, lograba en la obra de Wagner ese significado que representa, ya no las ideas puras en armonía platónica, sino el clamor de lo que deviene sin cesar, en la uniformidad aparente de las cosas; el ser en vida potencial, inquieto por la elección de fórmulas en qué expresarse, adoptando como por ensayo la vida momentánea del sonido.

En antintelectualismo de Schopenhauer y la música de Wagner, dos expresiones de lo ininteligible, son las fuentes de la riqueza que ostenta el espíritu moderno, de su libertad sabia, bien lejana del romanticismo o de cualquier otro desarrollo anterior.

El problema del conocimiento, insoluble dentro de los límites de la razón, se contesta afirmando que la solución debe buscarse mediante el empleo de otras facultades; el criterio antintelectualista y el pragmático se desenvuelven.

La representación comprende el mundo de la experiencia y el mundo de las ideas; depende siempre de la imagen o de su recuerdo. La cosa en sí, lo que no pueden penetrar las ideas, es la acción, algo análogo al movimiento, una tendencia, un querer ser. Mas debe reflexionarse en que toda tendencia va hacia algo y que, logrado ese propósito, puede emprender otro o estacionarse; si permanece estacionaria, deja de ser voluntad, porque deja de querer ser; si continuamente sigue moviéndose en busca de nuevos propósitos, resultará que la voluntad es un movimiento sin término; mas el movimiento no se explica sino con relación a la estabilidad; para imaginar el movimiento es preciso suponer un punto inmóvil. Todo movimiento se hace con relación a un punto de referencia menos móvil. Si el punto de referencia también se mueve, describirá alguna especie de curva con relación a otro punto todavía menos móvil, y así sucesivamente, llegaremos al punto absolutamente

fijo, que es una necesidad teórica y mecánica. De manera que la idea de movimiento implicada en el concepto de la voluntad, no es una idea simple, sino que contiene la correlativa de estabilidad. En cambio, esta última tiene un carácter fundamental, tanto positivo como negativo, porque se entiende el reposo como la ausencia absoluta de variación de un ser y también como una nada perenne.

Aparte del tiempo cambiante y transitorio en que el móvil recorre una trayectoria indefinida, hay un momento en expectación, un momento que *es lo que vendrá, lo que se aguarda,* al fin de un tiempo corto o de un tiempo infinito: la llegada del móvil, instante definitivo en que el movimiento termina para no volver a comenzar, para que nunca se reproduzca el angustioso recorrido de las fuerzas a sus centros obligados, sino que el poder del movimiento se liberta transformándose en difusión total.

La cosa en sí no es, en consecuencia, un movimiento, ni un devenir, porque estas nociones son propias de lo incompleto en lucha de progresión; no es la cosa en sí un acto ni un querer, *es un ser,* mas para penetrarla, todas las analogías son sospechosas porque todas las tomamos de la representación, la cual, hemos dicho, es distinta del ser. ¿Habremos entonces de caer en las vaguedades de una mística subjetiva cuyos resultados intransmisibles jamás podrán servir de norma a los hombres? ¿No es preferible, más bien, buscar en el universo alguna potencialidad irreducible a las leyes de la representación? ¿Algo contradictorio de la ley misma del fenómeno, cuya existencia revela otro orden de posibilidades? La ley del fenómeno es, en lo orgánico, la equivalencia teórica de la energía; en lo biológico, la adaptación y equivalencia de todo esfuerzo a un fin. ¿Si aparece un acto que no revele ninguna finalidad, ni cumpla ningún determinismo, libre y atélico, es decir, desinteresado, no será ésta ya la obra del espíritu?

El concepto cosmológico del universo también ha sufrido profundas modificaciones desde los tiempos en que don Gabino Barreda fundara la Escuela Preparatoria. El principio de conservación de las masas de Lavoisier, y el de conservación de la energía, justificaban cierta creencia en la inmutabilidad de las leyes naturales; sin embargo, ya por entonces Carnot había enunciado su célebre principio que tan mal se concilia con la hipótesis de la conservación de la energía y de la reversibilidad teóricamente absoluta de todas las variaciones dinámicas. Por ejemplo, un móvil que recorre una trayectoria puede con el mismo gasto de energía, hacer la trayectoria inversa, mas Carnot observó que hay casos en que esta reversibilidad no rige. El calor puede transmitirse de un cuerpo cálido a un cuerpo frío y es imposible en seguida hacerlo

volver del cuerpo frío al cuerpo cálido a través de los estados primitivos de temperatura. En todos los fenómenos mecánicos se desarrolla calor, pero el calor por sí solo, el calor de desperdicio que no procede de una fuente química o eléctrica, es incapaz de producir trabajo. Observaciones de este género lo llevaron a considerar que son de diferente calidad la energía totalmente o casi totalmente reversible, útil para los fenómenos mecánicos y vitales, capaz de realizar trabajo, y la energía calorífica inferior e irreversible que disuelve lo heterogéneo en una homogeneidad de la que no es posible salir. Las experiencias y los cálculos indican que esta forma de energía superior, la motriz, la utilizable, tiende a desaparecer, a disiparse en la otra. La cantidad total de energía se conserva, pero la calidad se modifica en mengua precisamente de la forma superior, de manera que, según el enunciado de Clausius, "la entropía (el desgaste) del universo va siempre en aumento"; la energía no vuelve a las formas en que puede ser utilizada como potencia motriz, sino que contrariamente a lo que expresa la fórmula spenceriana del tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo, lo heterogéneo incesantemente se empobrece en beneficio de lo homogéneo. Con más reserva aunque con la misma energía, el gran químico inglés Lord Kelvin, Thompson, declara que "hay actualmente en el universo una tendencia a la disipación de la energía mecánica". "El planeta debe haber sido impropio para la vida humana en una época muy lejana de la nuestra, y en el porvenir, en una época también muy lejana, volverá a ser impropio para la vida, a menos que ocurran transformaciones que son *imposibles bajo el imperio de las leyes del mundo material.*" Tal es el sentido en que el principio de conservación de la energía debe considerarse esencialmente modificado, y así es como nadie puede afirmar legítimamente que en la naturaleza nada se pierde, porque si hay algo uniforme que se mantiene igual, la calidad útil para nuestras vidas, el sentido fenomenal que nos interesa, se disipa y desvanece. Nada definitivo podemos esperar de la materia. Ella es, al contrario, el tipo de lo perecedero. Los que soñaron la perpetua renovación de los mundos en el universo y los que creyeron en el retorno eterno de los fenómenos, se han equivocado, porque nada vuelve a su primitivo estado, sino que, en cada momento, lo más importante de la energía se pierde en el silencio, en la quietud inerte.

Y tanto por un deber de sinceridad como para apreciar el valor de los principios en que necesariamente fundamos nuestras más trascendentales concepciones, entregaré algunas palabras de la objeción experimental que ya se ha encontrado al principio de la degradación de la energía: me refiero al movimiento browniano. Una gota de agua ob-

servada sobre el porta-objeto del microscopio, muestra en el interior, en movimiento continuo, una multitud de partículas excesivamente tenues; detritus de materias minerales y orgánicas se agitan en todos sentidos sin llegar jamás al reposo; este movimiento es perfectamente distinguible del movimiento de los seres vivos microscópicos que existen en la gota de agua. El movimiento es más rápido a medida que las partículas son más pequeñas. Esto se explica porque las moléculas, a pesar de su apariencia de reposo, se mueven sin cesar, y una partícula de materia, apenas más gruesa que una molécula, participa del movimiento del medio molecular en que se encuentra. A medida que la partícula es más grande, ofrece mayor resistencia al movimiento molecular, lo que prueba, todavía más claramente, que el movimiento de las partículas en suspensión se debe a los choques y atracciones recíprocas de las moléculas. La evidencia experimental de este movimiento continuo parece demostrar la ley de conservación de la energía y desmentir el principio de Carnot. Pero esta explicación de una experiencia todavía imperfecta será suficiente motivo para que dudemos de la ley de degradación de la energía, no para hacernos volver a la hipótesis de su conservación, destruida con experiencias más evidentes y numerosas. Quiere decir que los principios científicos están sujetos a rectificación, que son meras hipótesis en vista de los resultados de la experiencia, y dependen de ella.

La materia es, como afirma Bergson, un movimiento de descenso, de caída; la vida es una reacción, un movimiento contrariante del descenso; impulso que tiende a desprenderse del dominio de las leyes materiales. La vida realiza actos como la función clorofílica y los reflejos nerviosos, por los cuales se almacena la energía solar y se retarda la disipación de la fuerza.

El impulso vital, que es contrariamente de la ley de la degradación de la energía, no puede ser material: es por definición misma inmaterial. La vida es entonces una corriente en crecimiento perpetuo, una creación que se persigue sin fin; pero precisa objetar: esa función contrariante, ¿no toma su propia energía de la misma energía destinada a degradarse, no es por esto mismo de igual naturaleza que aquélla?, porque ¿en qué momento se introduce la diferencia de naturaleza en la función clorofílica, en la función nerviosa?, ¿no hay en estas funciones simplemente un cambio de sentido que cuesta energía, una simple reversión que será imposible cuando la energía superior del universo se haya agotado, cuando el enfriamiento del sol haga imposible la transformación clorofílica y la irritabilidad celular? Por eso para fundamento de la vida es preciso buscar, no un fenómeno de energía, que ya hemos

visto es perecedero; no un fenómeno intelectual, que no se explica sin su correlativo, el objeto pensado, que es, según el mismo Bergson, una simple adaptación de un organismo con el medio ambiente, sino un hecho que no dependa de ninguna de estas fatalidades, porque sólo ese hecho responderá al anhelo intuitivo que nos pide una firmeza, una certidumbre, un absoluto. Este hecho no lo da el acto creador, en que sólo puede verse el resultado imprevisto de la fuerza, inesperadamente orientada; puede darlo, quizá, el acto desinteresado, porque sólo se produce violando todas las leyes de lo material: es el único milagro del cosmos.

El concepto hondo, el concepto dionisíaco de que una corriente de infinitas potencialidades recorre lo íntimo de nuestras vidas, las hace poderosas y las lleva por inmensidades sin término, trueca el misterio en tesoro donde siempre encontramos nuevas virtualidades, nuevas esperanzas, nuevos estremecimientos, y nos lleva a estimar en el más alto grado la originalidad personal, el propósito de escudriñar dentro de nosotros y modelarnos según la tendencia más honda y persistente que la reflexión nos descubre. De allí, como la voz misma de ese ser que en la música tomaba las formas más inquietantes, nació el *sé tú mismo* de Ibsen, ese afán de no ser reflejos de otra vida o de otras acciones, sino de saber lo que significa un verdadero *nacimiento* entre la multiplicidad y la riqueza del mundo. Este anhelo implicaba la necesidad de ser sincero, a fin de conocer cuándo realmente hemos alcanzado la nota personal, la única, la que no volverá a sonar igual en la existencia, porque uniéndose después al concierto del universo y enriquecida con las creaciones posteriores, irá siempre modificándose, mientras la evolución de las cosas hacia el querer, la no forma y la atelesis se completa. La sinceridad con nosotros mismos, la aceptación franca de los hechos, han adquirido de esta manera una importancia capital en nuestra ética contemporánea. Estas cualidades viriles y la fe en un mejoramiento indefinido, son los rasgos predominantes del ideal moral de nuestros tiempos, y asentada en esta actitud de lucha y de confianza, surge en nosotros la certidumbre creciente de un ideal en que ha triunfado el espíritu. Mas ya no queremos conformarnos con las vaguedades de la intuición personal, sino que necesitamos hechos demostrativos de la legitimidad de nuestras esperanzas. Siento que es criminal ofrecer palabras gastadas en su sentido, cuando los hombres esperan dones efectivos, sustancias de ideal: por eso precisa fundar en hechos nuestras esperanzas de vida superior. ¿Por qué, si la corriente vital es capaz de producir todos los fenómenos de que tenemos conciencia, el poder ideal habrá de ser incapaz de la más leve manifestación? Si brevemente

reflexionamos en los actos de los hombres, vemos que así como los fenómenos materiales obedecen a una ley rigurosa de economía de esfuerzo, la ley correspondiente en el orden biológico es el egoísmo con su extensión de la misma índole, el altruismo y la caridad en nombre de un dios que premia nuestras acciones. Todo, absolutamente todo, en intención y en obra, tiende al aumento del bienestar y el poder del individuo; mas en esta ley circular en que todo, partiendo del centro, va a la periferia para volver al centro, en este movimiento fatalmente centrípeto, hay una excepción: el acto propia y sinceramente desinteresado, sin amor y sin piedad, heroico sin propósito, difundido sin término.

El ideal reclama fundamento absoluto, el nóumeno, palabra que recibe en sí todos los sentidos, todas las significaciones, pide voz y expresión. Kant no pudo definirle, mas sintió su presencia tan real, que hubo de enmudecer. Schopenhauer ahondó más y logró una intuición de lo que no es fenómeno, la voluntad. ¿Qué consistencia tiene esta intuición? Es una naturaleza que por su propio carácter no nos satisface; es una preparación, un medio para alcanzar otra cosa, lo que se requiere. ¿Qué quiere el ser en lo más íntimo de sí mismo?, ¿el poder?, mas también ¿qué hará con su poder?... El ser anhela persistir. Y en el mundo de los fenómenos, nada responde a este querer fundamental; mas en el espíritu, ¿rige la misma ley de desenvolvimiento fatal?, ¿hay algo irreducible al determinismo y al perecer? Cuando se piensa como sin ideas, fuera de toda norma, en un vagar que se basta a sí propio, ¿corre acaso el tiempo, y puede el fenómeno alterar el estado del ánimo, una vez que ya se produjo? Cuando se percibe con indiferencia del placer y del dolor, como sentimiento, sin emoción en que se afirma una esencia libre, ¿alcanza hasta allí la ley biológica? Cuando se obra con absoluto desinterés, ¿no se menosprecian las leyes naturales? ¿No habla aquí el misterio? Sobre la realidad y el significado del absoluto desinterés ha de fundarse la moderna quimera de la divinidad; pero es este un proceso en formación que aún necesita del porvenir para cristalizarse.

Como quiera que sea, nuestra edad vive como si imaginase en acción en el universo un poder cuyas leyes son distintas de las fenomenales, y los hombres, a poco que mediten, encuentran dentro de sí mismos el brote de esa potencia indestructible, en sus propias conciencias, capaces de abnegación y por esto más poderosas que todo lo demás del universo, erguidas ante las leyes de la destrucción con una rebeldía creadora del mundo persistente. El acto generoso en medio de la mezquindad del universo, es la contradicción más extraña de los hechos, y sin embargo, no ha sido lo bastante meditada.

Cada hipótesis cosmológica suscita una nueva metafísica. Hemos recordado ya el concepto de la vida referido por Bergson a la nueva forma de la ley de la energía. El espíritu, al cambiar el aspecto mental de lo exterior, modifica su posición relativa, procura una relación de armonía y continúa su vida misteriosa y silenciosa. De esta manera, según la nueva psicología de Bergson: "Nuestro cuerpo es un elemento de acción que se interpone entre el espíritu y la materia, sirviendo a ambos de intermediario. Percibir consiste en separar del conjunto de los objetos aquellos sobre los cuales mi cuerpo puede ejercitar una acción. La facultad de elegir la percepción que nos conviene entre la multitud de las imágenes, es efecto de un *discernimiento* que anuncia ya el espíritu. La operación selectiva se auxilia de la memoria, construye con ella el presente enriquecido con el recuerdo y se sustrae a la ley de necesidad. Pasando de la percepción pura a la memoria, abandonamos definitivamente la materia por el espíritu".

El recuerdo no es una percepción debilitada que se reproduce por asociación, como señaló la escuela positivista: "Es una operación por medio de la cual nos colocamos de golpe en el pasado; por ella el pasado progresa al presente; el recuerdo es un potencial que actualiza el pasado, cuando la sensación presente le da vitalidad. El espíritu toma de la materia las percepciones y las devuelve en forma de movimiento, en el que ha impreso su libertad".

Como veis, la nueva psicología afirma sin vacilaciones la libertad como fundamento del espíritu. Mas una metafísica no puede conformarse con este concepto de transición; es preciso que esa libertad se ejercite, revele su tendencia, diga a dónde nos lleva. Cuando se es libre, interesa más conocer los potenciales últimos. La libertad que ha venido apartándonos gradualmente del dominio de las leyes fenomenales, tenderá a llevarnos cada vez más lejos, al orden antitético, a la ausencia total de finalidad, se hará *desinterés.*

Hemos hablado del espíritu, y esto exige una explicación. Las conciencias independientes se han habituado a escuchar con desconfianza ésta y otras palabras que la ciencia había creído desterrar... ¿No obstante la autoridad mundial de Bergson, va a tomarse nuestra filosofía por quimera de teorizantes, sin asiento en la realidad, sin eficacia en la acción, apartada de los hechos, fruto tardío de aberraciones que el positivismo creyó matar? ¿Somos hijos legítimos de una tradición verdaderamente científica, o desventurados que sueñan desesperando de la verdad?... Estas dudas, hoy como siempre, imponen la necesidad de meditar los criterios del método.

La circunstancia de que cada uno de los millones de seres humanos que pueblan el planeta tenga aparente derecho para vivir sus propias

convicciones y considerar verdaderas sus propias explicaciones y fantasías sobre el universo y el fin de sí mismo y de los hombres y las cosas, tiene que ser motivo de confusión para las gentes poco reflexivas. Yo confieso que sufro incertidumbre y tristeza, si considero la diversidad de teorías, necesariamente falsas, necesariamente limitadas, que merced a la absoluta libertad del pensamiento, se propagan y prosperan...

A la pregunta aparentemente desconcertante, ¿qué pensador entre tantos tiene razón?, o todavía, bajando mucho, ¿cómo es el universo: cómo lo entiendo yo, cómo lo entiende mi vecino a quien quizá he interrogado, cómo lo entiende el funcionario de mi pueblo, o cómo se lo representa el que nada entiende? Porque bien pudiera suceder que careciese de todo sentido.

Cuestión dificilísima para quien está convencido, como todo pensador sincero quizá lo está siempre, de que el concepto absoluto del mundo no se ha alcanzado. Mas hay en cada época, cierto conjunto de datos, de experiencias, de razones, que la intuición, cuando menos la intuición filosófica, no tiene derecho de desatender. Conoceremos si el pensador es un extravagante, un equivocado, un falso profeta, o si pertenece a la evolución filosófica seria y mira el mundo como corresponde verlo de acuerdo con los conocimientos de su tiempo y con su intuición más o menos personal, observando las relaciones que guarda su sistema o su genialidad con aquellas normas del saber humano que en todo tiempo han permitido distinguir la filosofía de la sofística, la intuición fecunda del iluminismo pueril. Estos instrumentos de comprobación y de purificación de la síntesis filosófica, son la ciencia, la lógica y la moral tradicional.

La intuición fundamental del sistema filosófico no debe jamás estar en desacuerdo con las leyes científicas tal como se entienden en la época en que el sistema se produce, a menos que dicho sistema comprenda la modificación o transformación de esas leyes en un sentido nuevo, pero sin olvidar que un cambio importante en el significado de las leyes naturales, sólo puede apoyarse en una experiencia científica. Generalmente los postulados y aserciones del sistema filosófico, no sólo se apoyan en la ciencia del tiempo en que se producen, sino que la hacen avanzar, según su propio espíritu racional. Para conocer cuál sea la ciencia verdadera, bastará atenerse a su acuerdo con los hechos y a los servicios positivos que los hombres deriven de sus afirmaciones y de sus hipótesis.

En segundo lugar, la síntesis no debe infringir las leyes formales de la lógica, reglas imprescindibles del pensar mientras nuestra organización biológica sea lo que es y ha sido hasta hoy. La inteligencia nos servirá de guía y de instrumento de comprobación indispensable.

Finalmente, las consecuencias morales del sistema son, al mismo tiempo que una concreción del intuir vago, una comprobación de su vitalidad.

Estas tres normas, que no serán límite, sino cauce director de la meditación intuitiva, llevarán al filósofo al descubrimiento de la verdad.

Cualquier sistema, cualquier teoría que no acreciente el valor de estos criterios, debe rechazarse como engaño que oscurece la luz verdadera a los ojos de los hombres.

En nombre de estos criterios supremos, aceptamos la nueva filosofía francesa, digna de figurar junto con las más altas especulaciones de todos los tiempos.

Fundados en ellos mismos, rechazamos tras rápido examen el pragmatismo americano, en gran parte fruto de empirismos arbitrarios, interesante como escuela crítica, mas por desgracia prostituido en autores que lo acercan al ocultismo y espiritismo y tantos otros absurdos que si algunas veces cuentan en su apoyo con siglos de tradición espuria y desintegrada, no han prestado ningún servicio a la civilización, ni en punto a progesos materiales, haciendo avanzar la ciencia en su parte teórica o práctica, ni en adelanto intelectual, ofreciendo a los hombres ideas elevadas y congruentes, ni en moral noble y ejemplar, materia esta última en la que son copistas serviles de los preceptos elaborados por las filosofías y las religiones.

Solamente la filosofía cuenta con una tradición de pensamiento selecto; sólo el pensamiento filosófico que abarca a la vez los tres problemas —la sensibilidad, el intelecto y la moral— ha podido subsistir sin interrupciones de importancia, a través de los siglos, renovándose constantemente en escuelas y en sistemas siempre fecundos, en concepciones atrevidas, en orientaciones inmensurables, en acciones y virtudes sin ejemplo, y todavía, comprobación material importantísima, ricos en consecuencias prácticas para el adelanto en la ciencia de la naturaleza y de la vida.

Alguien que pensase sin la meditación suficiente podría creer que en el orden moral, la filosofía ha tenido un rival serio en las religiones. Pero debe observarse que la intuición religiosa, cuando es clara y alta, se confunde con la filosófica, y si llega después a adquirir un significado menos puro, es porque la fe pretende extenderse más allá de sus límites legítimos, quiere deducir el mundo de sí misma en vez de modificarse y progresar, sirviéndose de las experiencias del mundo. Sin duda que el deseo laudable de conservar intacta una intuición fundamental, justifica hasta cierto punto el rigor de los dogmas, mas también hay que contar con la novedad posible de lo que aún no ha sido revelado. Menos teólo-

gos que envilezcan la fe y más videntes que la multipliquen y santos que la comprueben, harían de las religiones fuente perenne de adoración y beatitud.

Con la prudencia que las normas anteriormente estudiadas aconsejan, hemos procurado recibir las nuevas ideas. El positivismo de Comte y de Spencer nunca pudo contener nuestras aspiraciones; hoy que, por estar en desacuerdo con los datos de la ciencia misma, se halla sin vitalidad y sin razón, parece que nos libertamos de un peso en la conciencia y que la vida se ha ampliado. El anhelo renovador que nos llena ha comenzado ya a vaciar su indeterminada potencia en los espacios sin confín, donde todo aparece como posible. ¡El mundo que una filosofía bien intencionada, pero estrecha, quiso cerrar, está abierto, pensadores! Dispuestos estamos para acoger toda grande novedad: mas habituémonos a ser severos en nombre de la seriedad del ideal.

Al proclamar la libertad es urgente prevenirnos contra las alucinaciones y perversiones de la especulación. La certidumbre absoluta de la verdad, todos la hemos sentido, alguna vez, algún instante en nuestras vidas, instante de claridad que puede volver, que puede producirse de nuevo, quizá muy pronto, ahora mismo, en la meditación del momento próximo; mas también con frecuencia la vida nos absorbe demasiado, nos mantiene en ceguedad y en olvido. Solicitados y oprimidos por el ideal que está siempre, como un ambiente, alrededor nuestro, no lo entendemos, no lo advertimos, y andamos vacilantes, como pompas de jabón que flotan en el aire inciertas y vacías hasta que la presión las revienta y las agranda en su universalidad etérea.

Pero ciegos o iluminados, no nos falte la fortaleza que desdeña los tropiezos. ¡Camina erguido, hombre de ideal! Lleva tu corazón como lago que derrame por todos sus bordes agua pura; ahoga tu violento egoísmo en desinterés más poderoso. Un alto desdén matará el ansia de goce; una firme indiferencia, el temor, y cuando no te interesen tu deseo y tu ambición, tu amor y tu alegría, serás inquebrantable: un fulgor de grandeza serena, sobre las cosas que pasan y van... no importa adónde.

Abiertos y misteriosos son los grandes sistemas, inacabados siempre, porque aun los más rigurosos desde el punto de vista dialéctico terminan en un estado de ánimo inaprehendible y por eso abierto a meditación sin fin. Puede considerarse que este final mutismo revela un fracaso, mas ¿por qué se muestra tanto temor por ese accidente? ¿El fracaso no es la prolongación de la vida, el aplazamiento de nuestro triunfo, el golpe que nos vence, pero que es incapaz de matar el impulso? Cuando el propósito no se cumple, la fuerza, si perdura, conserva

un potencial que la hará volver una y más veces a intentar la acción; así cada derrota hace más larga una lucha tenaz. Otros intentarán lo que no logramos y nuestro querer revivirá. Es una anticipación de la inmortalidad imaginar que otro y otros repetirán nuestra acción en el remoto porvenir. En cambio, el éxito es estéril y mediocre, se acomoda con el instante, muere con él, no suscita ni anhelos ni virtudes. Lo que se trunca por alzarse demasiado, conserva vigor en las raíces para recomendar el asalto de la altura. La columna rota es símbolo de un esfuerzo que aguarda otro mañana para volver a bregar. Obras sin concluir llaman a las generaciones futuras, nos hacen pensar en que la labor inconclusa se completará con los datos que aún no nos vienen, que guarda el destino. Y en el extraño dolor de la espera, un vislumbre del porvenir, rápido y trágico, muestra lo que nos falta inaprehendible y lejano: sentimos la inutilidad de nuestro individuo y lo sacrificamos en el deseo de lo futuro, con esa emoción de catástrofe que acompaña a toda grandeza.

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL CONTEMPORANEO DE MEXICO

(1916)

CUANDO ULISES, perseguido de adverso destino, erraba por las islas del Egeo, sin más ambición que volver a su patria y hogar, sucedía que constantemente, nuevos peligros le estorbaban el paso, nuevos tropiezos y amarguras prolongaban su desdicha y su vagar inconsolable por las más extrañas tierras. Pero ocurría a veces que Minerva, su protectora, lograba que los dioses le concediesen un descanso en su carrera de infortunios, un puerto amable después de las tempestades, y en él, huéspedes generosos que le socorrían el cuerpo y le confortaban el corazón. Entonces Ulises, desechando las astucias y las audacias que empleaba contra los enemigos desleales, abría su pecho a los afectos, se sentaba complacido a la mesa del convite y a la hora en que el vate, al fin de la fiesta, celebraba las hazañas de algún héroe o refería tristes sucesos, sentíase vencido por la pena, se cubría con el manto el rostro, y los que estaban cerca oían sus sollozos y adivinaban sus lágrimas.

Pero bien pronto, en aquella alma varonil, la angustia cedía el paso al entusiasmo, y así que los presentes invitábanlo a que realizase su historia, a que probase si era bien nacido y capaz de nobles hechos, el héroe se ponía en pie, competía con los diestros luchadores, con los jugadores del disco y con los fuertes arqueros; y todos los que momentos antes le compadecieran en su miseria, admirábanlo transfigurado con la majestad del semidiós.

Después, cuando concluidos los ejercicios varoniles, el héroe hablaba, su discurso no sólo era modelo de sabiduría personal sino también y principalmente, historia de los acontecimientos más importantes de aquella era del mundo, narración de una guerra que es factor del espíritu griego, ya que frente a Ilión se reunieron por primera vez todas las tribus, y en el esfuerzo común juntaron sus virtudes y su saber heterogéneo, sin que faltase a la elaboración de un espíritu nacional el aporte precioso del genio y la cultura de los vencidos, los refinados y patéticos troyanos.

Ulises era el protegido de Minerva, su enviado y agente en la oscura preparación del germinar de inteligencias que se inicia en la

época homérica y llega a floración plena en los siglos clásicos de Fidias y de Platón. Las aventuras de Ulises, los episodios de la guerra de Troya, dan asunto común al estro popular, sirven de elementos morales primarios, de leyenda general, que es la base de la literatura posterior. Minerva patrocina los viajes de Ulises, cuida de no dejarlo perecer y es de creer que no insiste demasiado ante los otros dioses para que cese el vagar de su protegido, pues aunque esos viajes le atormentasen el corazón, en cambio servían a los demás griegos, ponían en comunicación a las más lejanas y apartadas tribus, mantenían despierto el espíritu nacional.

Cambian las formas del infortunio, con los tiempos y con los hombres; la historia no se repite en el sentido de que produzca situaciones iguales, mas lo que sí tienen de común todas las épocas, es el hado de amargura que persigue a los hombres. Si no, las aventuras, los dolores y desalientos de Ulises se repiten con variación insensible en casi toda la vida. ¡Cuando no es el mar son los hombres... el destino es el dolor y la brega! Pero lo que no a todos nos es dado, es merecer la protección sagrada de Minerva, gozar el privilegio de ser útiles obreros de una gran empresa, de un poderoso ensueño que redime las penas y las convierte en escala del ideal. Para merecer esta predilección divina es necesario trasmutar la pena en noble esfuerzo y poner el espíritu en toda su humildad y en toda su potencia a disposición de la diosa, entregarle, como Ulises, la rueca de nuestros destinos.

Todo esto me decía cuando supe que habría de venir entre vosotros y cuando junto con la idea del viaje, comenzó a obsesionarme la imagen de Ulises, provocándome sueños inocentemente vanos. Sueños que, relacionados con el estado de los ánimos en este nuestro mundo americano, me hicieron sospechar que no era una estéril afición a los símiles mi insistente cavilar sobre el héroe de la Odisea; comencé a ver que mi preocupación no era inerte goce de contemplar la pena propia amplificada en los ejemplos clásicos, un caso de bovarismo (como dicen mis amigos de México, siguiendo a Jules de Gaultier), sino algo mucho más significativo e importante; nada menos que la clave del secreto de la manera como pueden convertirse los azares personales en contribución del saber y tributo del ideal. Comprendí que Minerva gusta de que los hombres emigren y padezcan si por ese medio aumentan las relaciones mentales, y que en ese su afán, la diosa se vale de los Ulises de todas las categorías, desde los muy altos, como el personaje homérico, hasta los muy incompletos, como el que os habla; y así que hube desentrañado el enigma de acción contenido en aquellas fantasías, me decidí a no permanecer callado, me resolví a procurar hablaros de cosas y

gentes que os han de interesar tanto como a mí, y como a ellas mismas interesáis vosotros.

Una nueva Minerva rejuvenecida y de mirar más dilatado es la que preside el desarrollo del grupo de las naciones latinas de América, es la que trabaja en secreto para modelar el alma de la futura gran raza que hoy vive como los griegos del tiempo de Ulises, dispersa y casi incomunicada en medio de un continente mucho más vasto que el antiguo solar helénico.

Minerva contempla nuestro desarrollo, alienta los empujes nobles de nuestras sociedades y parece querernos infundir conciencia de la misión que debemos cumplir en este instante propicio para la integración de las nuevas unidades étnicas; ahora que el dominio de lo físico pone a las almas en condiciones de aplicar sus internas leyes de afinidades y simpatías.

Por un proceso semejante al que hizo, de las tribus y los feudos, las naciones actuales, el presente se encamina a organizaciones sociales todavía más amplias; diríase que el instinto de sociabilidad alcanza sus formas superiores y busca su fuerza, más que en la necesidad y el interés, en la acertada guía del sentimiento, cual si ya operase en una humanidad que, por poderosa, sólo se conforma con realizar lo más alto de sus anhelos.

El corazón colectivo, rebasando la noción de la patria pequeña, de la patria nacional, busca mayor espacio en el amor de la raza y en el sueño de federaciones y panetnicismos que representen en grado máximo el poder y la ambición, el derecho y el idealismo de los pueblos.

Nuestros países, especialmente, cultivan el doble amor del nacionalismo y del ensueño continental; preparan un advenimiento; son para el futuro organismo inmenso, a manera de colonias celulares que colaboran armoniosas en el progreso del conjunto.

Durante el actual período de composición, debe preocuparnos orientar las tendencias formativas. La nueva experiencia, como todo privilegio, trae consigo responsabilidades; día vendrá en que la historia, desdeñosa de vagas promesas, nos exija frutos maduros y originales, como corresponde a la nueva zona de espíritu que se ha formado por el cambio de medio y la fusión de las razas. No somos simplemente una América inconclusa, una América segunda de nuestra vecina del norte. La sajona fue una América libre y abierta para todos los blancos, hecha con los mismos hijos del continente antiguo, mientras que la nuestra es patria y obra de mestizos, de dos o tres razas por la sangre y de todas las culturas por el espíritu.

Nosotros no hemos reproducido la sociedad española en el mismo grado en que los norteamericanos reproducen las sociedades sajonas.

Desde el principio, al mezclarse con el indio, el español se separa de su tronco y el indio abandona el suyo. Querer volver a uno u otro temperamento es renegar de los hechos y asustarse con la vida. Porque no tenemos pasado, nuestra patria y nuestro imperio es el porvenir. Nuestro genio es ávido y versátil, contiene hondas remembranzas, pero repugna lo medido y lo monótono y sólo se sacia con la amplitud de lo universal.

Así lo han comprendido la mayor parte de los fundadores de nuestras nacionalidades, por eso llamaron a todos los hombres y formularon constituciones y planes destinados a modificar las leyes del odio y a hacer triunfar sobre la confusión y la antítesis, palingenesias, multitudes ebrias de energía depurada y generosa.

A nuestro romper de fronteras y solicitar de esfuerzos correspondió el mundo enviándonos de todas partes corrientes de energía, en hombres y en ideas, y todas ellas con la simiente nuestra, laten difusas a través del periodo de formación, pero no sin revelar el propósito de no hacer más reproducciones y sí de intentar, con el candor que da la fuerza, la aventura de lo ilimitado y perennemente progresivo que el alma humana lleva siglos de soñar. Si este ideal propio no perdura y vence, si únicamente progresos materiales y vagas nociones éticas van conformando el sentir nacional de estos nuevos países, tan sólo lograremos fundar otro efímero imperio como tantos que han sido y pasado sin dejar huella imborrable en la historia del espíritu. Peor aún, si continuamos débiles, nuestras vidas no pasarán de ser reflejos y caricaturas; nuestra experiencia toda, un fracaso, y cierto sólo que fue malsano el deseo que unió parejas sin respeto del instinto que separa las razas disímiles. Mas no es ésta la hora de la duda, sino la hora de la acción; por ende, seguiremos adelante con nuestra fe criolla de universal amor, encauzaremos las potencias todas de la compleja raza y organizada por tribus y por naciones, la entregaremos a Minerva para que ella la dirija en la conquista de la nueva Ilión que está por nacer en los espacios del alma.

El género de cooperación que esta empresa requiere no se afianza con embajadas suntuosas, ni está sujeta al tráfago y éxito de los mercaderes; ni a los azares guerreros; depende de la virtud y constancia de modestos heraldos, de Ulises sin escudo ni flechas, sin tesoros ni mercaderías ni más blasón de aptitud que amor sincero de los ágiles juegos del pensar... Porque pensando se forman las conciencias colectivas, igual que las individuales, y el pensamiento de un grupo corrige, estimula y vigoriza la especulación del grupo análogo; así, por acción y reacción recíprocas, se forman los caracteres y se organizan las culturas.

He aquí por qué es urgente que nos tratemos, no desde fuera con cortesías y reparos, sino de alma a alma y que este trato lo veamos como deber hacia una patria común y lo practiquemos con empeño, por modesto que sea el intermediario, por poco que contenga su mensaje. Cumpliendo ese deber os habéis reunido a escucharme.

El Perú es otro México, me han dicho numerosas personas, y así lo he ido comprobando con rara exactitud, con emoción insólita que algunas veces me ha hecho detenerme como para saludar caras y gentes que nunca había visto, pero que me engañaban por su inconfundible parecido con las gentes de mi patria. Y todavía aquí mismo, al mirar a muchos de vosotros, me domina la ilusión de que no me hallo en sitio nuevo para mí, sino que estoy como quien llega, tras larga ausencia, a una ciudad familiar, reconoce los rostros, tiende la mano para el saludo y sólo vacila en el instante de pronunciar los nombres.

Y esto que me pasa con los rostros, me ha ido ocurriendo a veces con las almas. Sin embargo, alguna diferencia había de imprimir el medio, he creído notar aquí matices más claros, algo alegre y amable que a nosotros no nos falta, en el fondo de nuestros corazones, pero vive en ellos oprimido por las desconfianzas y los terrores. ¡Desde luego se comprende que vosotros habéis vivido más libres!

Quien examine el desarrollo de los dos países gemelos el Perú y México, hallará asimismo, que uno y otro divergen a la hora de la madurez y siguen formas de crecimiento visiblemente distintas.

Me atrevería a precisar estas diferencias diciendo que el Perú ha progresado por evolución normal, sin solución de continuidad, en tanto que nosotros hemos practicado métodos bruscos, procedimientos revolucionarios. Dudo que pueda contradecirse este aserto, con la estadística igualmente nutrida de las revoluciones de México y de las revoluciones del Perú, porque no me refiero a los trastornos políticos que cambian el personal de un gobierno y modifican los sistemas administrativos. En general, me parece que eso han sido las revoluciones del Perú, reacciones higiénico-sociales, sustitución de prácticas injustas por prácticas mejores; mientras que en México se han sucedido las más hondas crisis, las verdaderas revoluciones sociales. Todas ellas asumen aspectos profundos; en sus comienzos no toman en cuenta el personal del gobierno, aunque generalmente, a causa de la ignorancia popular, terminan degenerando en personalismos feroces e intransigentes.

Vosotros, acaso porque el conflicto de intereses no ha llegado a ser tan violento, habéis podido ir resolviendo los problemas de vuestro desarrollo por medio de prudentes reformas; en general parece que os mostráis conservadores en el buen sentido de una palabra que es en mi

tierra aborrecida. Ojalá que en esta senda logréis victorias completas, lo cual será fácil si estáis atentos a cumplir todos los deberes y defender todos los derechos, si intensificáis la educación popular; si por último, conseguís que siga prevalenciendo una patriótica buena fe. Entre nosotros ha sido imposible, sólo por excepción se ha practicado la tolerancia y "todo o nada" ha sido lema, observado por los partidos con escrupulosidad sistemática en contra de las personas, aunque con total olvido de los principios de justicia y de la exigencia de la sociedad. Esta vehemencia inmoral mantiene un perpetuo estado de tensión, de falso equilibrio que siempre se resuelve en dolorosas explosiones de libertinaje o de tiranía.

La Revolución de la Reforma es una de aquellas excepciones nobles. Tan pronto como asegura el triunfo, extiende su generosidad a los vencidos, garantiza a todos la libertad de prensa, consuma las desamortizaciones indispensables para la vida económica del pueblo, establece otras muchas importantes reformas y su proceso de adelanto no continúa porque la usurpación porfirista lo detiene. La administración de este déspota enseña a burlar el funcionamiento de las instituciones, nada prepara, nada crea, sólo aprovecha una prosperidad material obtenida a costa de un verdadero remate de las riquezas públicas. En este período, la cultura, como el capital y el poder, se concentra en reducidos grupos, se convierte en prenda de lujo; cesa de ejercer influencia sobre las masas. Lo poco que hay de valor en la época se explica por el impulso del período antecedente.

La educación fundada en las disciplinas de la conciencia fue implantada entre nosotros al triunfo de la Reforma. Los hombres de la Reforma, generosos y puros, habían dedicado toda su energía al mejoramiento de las condiciones sociales, a la lucha tenaz que libraron para conquistar la libertad de conciencia: eran altos y nobles jacobinos, enamorados del bien y siervos de la justicia; pero en lo interior, en lo más secreto de sus almas, carecían de orientación firme, habían destruido un régimen moral notoriamente malo y lo sustituían con un generoso pero incompleto naturalismo; reprobaban la escolástica y ansiaban sustituirla con algún credo amplio y humano; mas no acertaban a crear, ellos que tan resueltos fueron para destruir. Cuando tal era el estado de sus ánimos, regresa a México, después de larga ausencia en París, un educador que habla de generalidades fascinantes, de sólidos principios, evidentes para todos los hombres, comprobables por medio de los sentidos, indiscutibles y claros. Los reformadores se impresionan con la honradez y la fuerza de aquel personaje, pronto se declaran convencidos, y con la generosidad habitual en quienes siempre vivieron para la

abnegación y el sacrificio, renuncian a lo que les era más caro renunciar, a lo que había sido aliento y bandera de todas sus luchas: el contrato social, la enciclopedia, el sensualismo filosófico y la revolución misma, y ponen toda la enseñanza secundaria del país en manos del doctor Gabino Barreda.

Era un colmo revolucionario y un escándalo para la conciencia colectiva, habituada a ortodoxos fanatismos, imponer en los colegios una enseñanza, no sólo laica, sino también, en el fondo, enemiga y contradictoria de la creencia tradicional; pero así han sido nuestras revoluciones: soplo de tragedia en lo moral y en lo político; energía que no se encauza y desenvuelve en avances graduales, sino que, apenas brotaba, tiende a solidificarse en otras situaciones estéticas, provocadoras, a su vez, de nuevas reacciones violentas.

El doctor Barreda era comtista, y por lo mismo revolucionario, pero no de esos revolucionarios por temperamento, que disgustados con disgusto fundamental, viven inquietos e impelen a los hombres, a cambiar siempre y a reformarse, y son por lo mismo factor constante de progreso. Ni su mismo maestro Comte era un revolucionario de éstos, un revolucionario dinámico sino un revolucionario estático, de los que buscan sustituir un estado fijo con otro igualmente inmóvil, creado por ellos y sistemáticamente limitado.

Barreda, en efecto, llevaba un nuevo catolicismo, sin crueldades ni anatemas, pero también fanático e intelectualmente menos vigoroso que el antiguo. El nuevo credo consistía en aplicar las leyes y la conciencia de lo sensible a todas las formas de la actividad; en hacer de la verdad científica, demostrable e indiscutible, el firme lazo de unión de todos los hombres.

Barreda organizó en la Ciudad de México una escuela modelo, la Preparatoria, y la imitación de ésta, en todas las provincias los viejos institutos de letras se convirtieron también en escuelas científicas; las matemáticas, la física, la química, la historia natural y la psicología fueron la base de la enseñanza; el latín, el griego, quedaron suprimidos, y las letras y la historia ocuparon secundario y limitado espacio.

El programa de estas escuelas era una aplicación pedagógica de la clasificación de las ciencias de Comte, y se imponía igual a todos los estudiantes, cualquiera que fuese la carrera profesional que intentaren seguir. Se justificaba tal exigencia diciendo que la escuela no se proponía, como objeto principal, preparar profesionistas, sino hombres educados, útiles a la sociedad. También es indudable que Barreda, hombre de saber sólido y de inclinaciones graves, debió de proponerse extirpar los siste-

mas tradicionales que enseñaban al mestizo y al indio latín y cánones, pero ni una palabra sobre leyes físicas que pudieran ilustrarlo para mejorar sus primitivas industrias, ni una noción de química o de botánica, aprovechable para los cultivos, ni un razonamiento llano y preciso que lo ejercitase a pensar con claridad y concisión y sin pedantería.

En la fuerte reacción científica hubo también mucho de odio a la autoridad de las letras, a la erudición que es venerable y plausible en uno que otro espíritu selecto, pero ridícula y nociva como base general de cultura. Por aquel tiempo, en el México oficial y universitario, desapareció el cultivo de las humanidades, y este mal, de cuyas consecuencias nos resentimos y apenas logramos corregir yendo, ya maduros, a buscar las fuentes eternas del espíritu griego, produjo, sin embargo, en su época, un efecto de saneamiento mental de valor incalculable. Porque la moda de lo científico y del saber grave anuló la influencia del literatismo ignorante de la clase charlatana que se nutre de los lugares comunes de todas las lenguas y escribe y diserta sin jamás haberse puesto a pensar.

El filisteísmo retórico desapareció de las aulas, de los cenáculos y hasta de la prensa; pasó la era en que los matemáticos se creían obligados a ser primero poetas y sólo ingenieros, por exigencias mezquinas de la vida; en que los médicos aprendían más latín que química, y nada se diga de los abogados, que siempre se atribuyeron derechos de dominio conjunto sobre la literatura y la ciencia, estimulados en su petulancia por el abuso romano de llamar elocuencia a las vistas en casación y ciencia a los casuismos y triviales sorites con que deslumbran al vulgo.

Al reinado de la vulgaridad insustancial reemplazó un cientificismo que, por no ser muy sólido o por estar muy cerca del momento anterior y todavía contagiado de él, sonaba pedantesco y ligero, mas era tal su poder sugestivo que aun los poetas comenzaron a buscar inspiraciones en una naturaleza vista a través de la física, la química y la psicología, se hicieron siervos de la ciencia como antes el matemático lo fuera de la retórica.

Con todo, la transformación resultaba purificadora, permitía realizar lo que los sociólogos llaman una mejor especialización de funciones. Cada uno pudo dedicarse a su vocación real: el poeta a su arte, libre ya de errores bochornosos, y el hombre práctico a su ciencia, aplicada sin el estorbo de la tela de araña de mediocres literaturas.

Por un momento pareció que la fórmula de Comte: Amor, Orden y Progreso, se realizaba en la sociedad. Cuando menos el orden funcionaba a maravilla, aunque el progreso no fuera muy factible dentro de aquellas fórmulas y el amor permaneciese teórico y tibio en medio de

la tiranía rusa que había suplantado a la República. Y todo el saber positivista resultaba impotente para redimir la ignorancia pétrea de aquellas masas que el gobierno y los ricos oprimían sin conmiseración.

A pesar de todo, esta época se honra con el saber conciso de juristas como don Miguel Macedo, que empleaba en la cátedra una disciplina lógica destinada a corregir las divagaciones y la impresión del temperamento criollo. Más que teorías penales, fáciles de hallar en los fecundos y verbosos tratadistas italianos, Macedo se dedicaba a enderezar las inteligencias enfermas de mal étnico, del vicio ibérico de hablar y escribir sin pensar y sí por impulso retórico o por seguir hasta el fin el efecto sonoro de determinadas frases. Macedo exigía que cada palabra recibiese connotación precisa y que cada idea mantuviera lugar y proporción dentro del armonioso conjunto de una enseñanza.

Asimismo en la Preparatoria, por virtud del sistema educativo, por la naturaleza de las materias enseñadas, y por empeño consciente de la mayor parte de los profesores, el alumno aprendía a interesarse por los hechos, a estudiarlos y a reducirlos a sus proporciones exactas, deduciendo experimentalmente la serie de sus antecedentes y de sus consecuencias. Este aprendizaje laborioso, detallado, del medio que nos rodea, en todas sus manifestaciones perceptibles y generales, estaba coronado con el estudio de la lógica honrada y precisa del inglés Stuart Mill, que aplica a las almas procedimiento análogo al que el sabio emplea para estudiar las sustancias químicas: el método de la inducción que va organizando el principio general, fuente en seguida de las deducciones particulares: un analizar y aclarar que no deja resquicio en donde pueda ocultarse la superstición, tal como lo soñara Comte.

De esta misma escuela positivista procede la deslumbrante y original sociología de don Francisco Bulnes; la amable *causerie* trascendental del doctor Flores; la sentimental fecundidad del positivista ortodoxo don Agustín Aragón, abnegado editor de la *Revista Positiva* y observante del calendario y de los ritos de la religión de la Humanidad, y por último el razonar sólido y el amplio vuelo de Porfirio Parra, autor de una lógica en dos volúmenes, de innumerables y elocuentes discursos filosóficos, de una o dos novelas, artículos didácticos y hasta de una original e inteligentísima "Oda a las Matemáticas".

Y en aquel momento en que la ciencia, como dueña absoluta, casi prohibía actividad distinta de la suya, por la sola fuerza de la época, se produce un grupo de artistas que imaginando seguir el movimiento filosófico del día, en realidad compone una literatura libre y personal, interesantísima por su significación y por su intrínseca belleza. Los nombres que la formaron, sin duda os son bien conocidos, empezando

con el muy ilustre de Gutiérrez Nájera, cuya influencia perdura larga y provechosamente, y siguiendo con Urbina, Nervo, Díaz Mirón, Valenzuela, Rebolledo, Icaza, Salazar, Tablada, que completan, si mi memoria no falla mucho, todo el estado mayor de la famosa *Revista Moderna.*

A este mismo grupo debe referirse la oratoria de Urueta, impecable en el fondo, en la forma y en la dicción; hecha de trozos gallardos, semejantes a la melódica y recargada prosa danunziana.

Aparte, asilado e incorruptible, creyente y provinciano, se forma en la soledad el que quizá ha sido nuestro mayor poeta, Manuel José Othón; alma penetrante y desolada, llena de la santa grandeza de nuestros paisajes de la altiplanicie, su canto es voz de la naturaleza, pero no de la naturaleza que obra personificándose como en los poemas de los antiguos, ni de la naturaleza ciega de la ciencia que se limita a cumplir sus leyes y ritmos uniformes, sino de una naturaleza dotada de conciencia que, al igual que la humana, se sintiese turbada por misteriosas angustias y fugitivos resplandores; naturaleza que toma parte en el intenso drama de su noche de las Walpurgis y que clama desolada en la composición magnífica, última suya, que se titula: "En el desierto".

Al lado del poeta bucólico es justo mencionar a los pocos que, en esta era de modernismo exaltado, mantienen la tradición de la cultura clásica por medio de traducciones y estudios de verdadero valor. Entre ellos, los más notables son: el arzobispo Montes de Oca, traductor de los poetas líricos y bucólicos de la Grecia; don José María Vigil, traductor de Persio; don Joaquín García Icazbalceta, erudito e historiador de los más ilustres que ha producido México; el poeta latinista don Joaquín Arcadio Pagaza; el muy culto poeta y traductor de ingleses y griegos Balvino Dávalos, y el escritor católico don Francisco Pascual García, humanista y filósofo de escuela recalcitrantemente tomista.

Y el pensamiento mexicano de este periodo se resume y manifiesta noble y sintéticamente en un hombre cuya influencia ningún contemporáneo discute. Fue poeta en la juventud y sabio en la madurez, y a su calor de alma y a su lucidez de ingenio debe aquella generación la conciencia definida de su propio momento.

Justo Sierra, educado en su primera juventud en la estricta fe católica, hubo de sobreponerse a grandes conflictos internos antes de abrazar con calor el apostolado jacobino, y más tarde el doctorado de la ciencia laica. Sin embargo, siempre se mantiene a salvo de las exageraciones de mal gusto, conserva su equilibrio y se muestra escéptico de todo dogmatismo, sin que por ello, para la obra, le faltaran nunca la inspiración, la fe y la constancia ejemplar. A los entusiasmos comtistas opuso la fina ironía y la elevación de su pensamiento. Al público ilus-

trado siempre repitió en sus memorables discursos que la ciencia está muy lejos de ser lo indiscutible, pues sus mismos principios son materia constante de debates, y aun suponiéndola fija y perfecta, ella no es otra cosa que la disciplina y el conocimiento de lo relativo y nada dice, ni pretende decir, sobre los objetos en sí mismos. Los sistemas y las hipótesis científicas, como las filosóficas, declara, son organismos vivos, "que, como todo lo que vive, cambia y necesita la refacción perenne de la muerte".

Este hombre extraordinario, que del romanticismo jacobino y todavía más lejos, de la fe tradicional pudo pasar a la comprensión clara de todos los problemas de la ciencia y reformar su mentalidad entera conforme a estas nuevas convicciones; que dedicó toda su energía al magisterio y después a la educación general como ministro de Estado y organizador de la cultura moderna de México, tuvo todavía flexibilidad de espíritu bastante para adivinar los nuevos derroteros del pensamiento. En su discurso inaugural de la nueva Universidad, pronunciado en el año del centenario de la independencia mexicana, reconoce y acoge el nuevo idealismo francés y también la nueva crítica, la crítica de la ciencia emprendida por los mismos sabios, por los autores de esa ciencia con el propósito de asignar al empirismo su justo lugar entre los recursos admirables del ingenio humano, pero después de calificarlo tan contingentemente como todo lo que procede de la unión miserable y misteriosa de un hombre y una mujer.

Ya por aquellos días el positivismo había sufrido una transformación que, adaptándolo a las disciplinas particulares de cada ciencia, lo hacía omnímodo, a la vez que deprimente, de todo el saber. El spencerianismo importado por don Ezequiel Chávez era la última escuela síntesis de las conclusiones de la ciencia. La doctrina del nóumeno, inasequible para la mayoría antifilosófica, se popularizaba en la forma cruda del agnosticismo definido en los primeros principios; la evolución comprobada por Darwin, asumía fórmulas tercas en las páginas innumerables de los tratados de Spencer; el utilitarismo tradicional de los británicos, disimulado con formas de ley biológica y moral, invadía hasta la cátedra de derecho romano, con sus nociones naturalistas enumerativas del concepto de justicia; en la psicología reinaba absoluto el principio de la persistencia de la fuerza y del gradual desarrollo de las formas, y en cualquier orden del saber, el odio menguado hacia todo lo grande que la humanidad ha hecho antes de Bacon, dejaba frías y estériles las aulas.

Pero fuera de ellas, en los corredores de la misma Preparatoria, gracias a lo que al fin era el don de los reformistas, la libertad, actuaban

otras influencias; allí se discutía a Schopenhauer y de sus ironías y sentencias tétricas se pasaba muy pronto a los estudios de metafísica renovados por él en sus comentarios sobre Kant. Volvimos a meditar el problema del conocimiento, dentro del cual, la ciencia, o lo que es lo mismo, la percepción, es uno de los factores. Paulatinamente vuelve a ganar terreno la metafísica; la *Crítica de la razón pura* se hizo el libro del día, y poco a poco aumentaron los lectores de Eucken y Boutroux, de Bergson, Poincaré, William James y Wundt.

Otro rebelde, Nietzsche, nos aturdió las orejas de filisteos científicos con las voces elocuentes que al través de los siglos extrae del alma griega en su origen de la *Tragedia* y en su *Zaratustra,* nos planteó el problema estético importantísimo y todavía virgen de la significación de la música; nos hizo volver a reír.

En estética teórica no se han producido trabajos que yo conozca, pero no por eso son menos perceptibles las influencias de la mayor parte de los autores modernos. Naturalmente que el spencerianismo expuso su teoría del juego como base del fenómeno estético, pero ella no pasó de ciertas cátedras, y fuera el pensamiento se nutría con la doctrina original de Schiller y las de Lessing, Winckelmann, etcétera.

Durante el periodo materialista nos domina la crítica inteligentísima de Taine; después, Ruskin ocupa toda la atención y el Oscar Wilde de las *Intentions* y el *De profundis;* por último Walter Pater es tan solicitado que aparece de él una traducción mexicana. Como obras didácticas consultadas en la época, deben citarse las historias de Menéndez y Pelayo y de Benedetto Croce; también la de Hegel, aun cuando este filósofo nunca alcanzó entre nosotros la aceptación general acordada a su rival Schopenhauer.

La misma facilidad con que el positivismo decae, prueba una de sus virtudes indiscutibles, cual es la de haber infundido a sus adeptos, por encima de todo, el amor incondicional de la verdad. En nombre de esa verdad fue lógico volver al libre ejercicio de la especulación filosófica; pero no sin sólido bagaje en el criterio. Convencidos de que es eterno el problema metafísico, mas también de que es inaceptable toda metafísica que desconoce o contradice las leyes de la ciencia en lo que es de su legítimo fuero; persuadidos de que el título de filósofo se conquista depurando el juicio en las enseñanzas de la ciencia, después de las cuales, ya puede el alma volar confiada, pues ha usado sus potencias para familiarizarse con lo cognoscible, y sólo divaga y lucha para imaginar lo que trasciende a la prueba o para descubrir lo imposible.

Probablemente muchos de vosotros juzgaréis reprobable todo este empeño de cambiar bruscamente las bases ideales de un pueblo. Yo me

atreveré a decir que es ventaja de los pueblos jóvenes el poder prestarse a las experimentaciones más atrevidas; y al decir esto no me refiero a la enseñanza de la ciencia que ha modificado legítimamente el concepto del mundo en todas las naciones de la tierra, sino al intento ya no tan legítimo de arrasar el pasado y todavía enfrentarse con él. Mas no debe olvidarse que el ambiente mental heredado de la Colonia era a tal punto abominable, que para destruirlo, toda exageración parece justa.

Como quiera que sea, vosotros también habéis tenido que realizar esfuerzos para colocaros dentro de lo que se llama el espíritu moderno, que no es sino el derecho que a cada generación asiste para vivir conforme a sí misma, con independencia y con absoluta sinceridad. Vuestro desarrollo ha sido tal vez más armonioso, el nuestro más dramático, pero al fin y al cabo la unidad de la raza y la semejanza de las influencias que sobre ambos grupos han operado concurren a producir un nuevo periodo de coincidencias. Así se explica que por caminos distintos vengamos a entendernos en lo fundamental, los que piensan hoy en México y los que actualmente piensan aquí. En todo lo que toca a la inteligencia, ha brillado siempre esta colonia, apta para elaborar ideas, aunque en la esfera de la práctica sus progresos dejan leve huella.

Colonia vengo diciendo, sin ánimo de ofender el celo de los patriotas y sólo porque al pensar en nuestros pueblos infunde terror el pasado y desconsuela el presente, pero nos llena la imaginación el porvenir y sentimos el orgullo de la común patria futura.

Por lo demás, aparte del presente de la conciencia que es el fondo de nuestra vida interna y es igual y parte de la inmutable eternidad, todos los demás presentes y muy en particular los presentes de las sociedades, son tan disgustantes que siempre ha sido costumbre de poetas buscar alivio en las leyendas de pasados mejores, y afición de sabios remitir la esperanza al porvenir; ya sea este consuelo un nuevo engaño de las fuerzas que mantienen la vida terrestre o bien porque un instinto presagia que realmente guarda algo el porvenir en su entraña misteriosa.

Porque prepara el porvenir, por su potencialidad y sus frutos, reciba el presente nuestra atención interesada, nuestra codicia que le arrebata su contenido mejor para ir edificando lo menos frágil y lo más duradero.

Eso, duradero y quizá eterno, es la producción intelectual de cada edad conservada y transmitida en las literaturas y las historias de ideas. En esa producción no sois atrasados ni pobres, vosotros los peruanos, ni os mantenéis aislados.

Sin recontar ilustres tradiciones, ni mencionar siquiera algunas famas ya consagradas y notorias, dos héroes de la idea, nacidos entre

vosotros, han ejercido durante los últimos años considerable influencia en el pensar mexicano. Ellos son, acaso lo adivináis, Francisco García Calderón, cuyos libros allá circulan entre todas las personas estudiosas, y José Santos Chocano, respecto de quien se impone una digresión[1].

El gran poeta llegó entre nosotros a la hora inolvidable de la libertad; lo acogimos con el entusiasmo debido a su genio, pero nos limitábamos a aplaudirlo. Como éramos felices, estábamos egoístas, sólo pensábamos en la prosperidad y el bien de la patria pequeña, del México nuestro, y Chocano nos hablaba del vasto continente, de la gran patria americana. Predicando su noble doctrina, por entre envidias y aplausos corría su numen, con rumores de catarata y opulencia de río.

Fue entonces cuando escuchamos, entre altas y sonoras poesías, algunas menores en el aliento, pero muy concentradas de emoción, sobre esta Lima que como el alma del poeta sueña con destinos heroicos, así sean a precio de amargura. Y nos llenábamos de orgullo sintiendo algo nuestra la ciudad lejana y exótica.

Muy pronto cambiaron los tiempos, nos sacudió la catástrofe, perecieron con Madero la libertad y la justicia, mas el poeta no quiso abandonarnos; renacieron en él las ansias heroicas que, según dicen sus versos, paseó estériles, cuando joven, en las retretas de esta su Lima materna: en tal ocasión se realizaron, se hicieron verbo fogoso y magnífico que inflamaba los corazones e impulsaba las voluntades; Chocano se convirtió en el poeta de la Revolución... Tras de cruentas luchas, la justicia vence, los criminales sucumben, retornan las claras auroras, mas no se consuma ninguna promesa, renace el mal, los triunfadores se entregan a la ambición y la discordia, tórnanse Caínes feroces, la libertad vuelve a eclipsarse y Chocano emigra; emigra del territorio aunque no del corazón azteca.

Fe dará la historia de que en días angustiosos para la honra y la vida de la patria mexicana, el poeta de América puso su corazón en aquella parte, la más afligida del continente, y unió su suerte con la nuestra.

Y todavía actualmente, si alguna vez, distrayéndonos de nuestras labores especulativas, me preguntáis a mí, mexicano, ¿qué ha pasado en México?, ¿cuáles son los antecedentes del actual desastre?, yo no encontraré mejor respuesta que remitiros a los últimos versos en que Chocano lamenta la sangre caída en surcos germinadores de tiranías y, después de recordar la histórica frase del Libertador: "Acaso hemos arado en el mar", concluye valerosamente: "Eso, no obstante, México, tuyo soy".

Con esto acabaréis de comprender por qué no me siento extraño entre vosotros y justificaréis el ansia que traigo de conoceros bien, de

penetrar vuestras más secretas quimeras, pues he de dar cuenta de todos vosotros a los amigos que han de preguntarme insistentes, cuando yo regrese a mi solar del altísimo valle de México, alguna vez, así que la diosa por fin se empeñe en que han de cesar mis males. Por eso, para saber lo que habéis hecho y lo que estáis próximos a hacer, he venido a abriros mi corazón y a pedir en este Ateneo un sitio desde donde pueda prestar oído atento al rumor de vuestras almas.

A la vez, y continuando mi imitación de Ulises, he de disponerme para el instante en que, concluidos vuestros juegos y exhibiciones de ideas, me interpeléis para que os diga en qué son diestros los actuales hijos de Anáhuac, responderé entonces, procurando mostrar cómo en medio de las desolaciones y las inquietudes florece una generación que tiene derecho de llamarse nueva, no sólo por sus años, sino más legítimamente porque está inspirada en *estética distinta* de la de sus antecesores inmediatos, en *credo ideal* que la crítica a su tiempo calificará con acierto, pero que no es ni romántico ni modernista ni mucho menos positivista o realista, sino una manera de *misticismo fundado en la belleza;* una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas. No es fe platónica en la inmortalidad de las ideas, sino algo muy distinto, noción de la afinidad y el ritmo de una eterna y divina sustancia.

La lista de mis héroes la daré en seguida, sin que el orden en que los pongo sea indicación de mayor o menor mérito, y aclarando por anticipado que ella no comprende nombres ya famosos, pues que éstos ya los he nombrado.

Comenzaré citando a Alfonso Reyes; Euforión le llamábamos hace algunos años, porque como el hijo de Fausto y la Belleza clásica, era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma. Su adivinación de nuevos senderos en la estética, su intensa labor literaria, su dedicación exclusiva al ideal, podréis apreciarlos en libros, opiniones y artículos que no dejaré de citar a menudo si logro la dicha de hablar largo con vosotros.

Antonio Caso es un constructor de rumbos mentales y un libertador de los espíritus; gusta de enseñar y fortalecer las convicciones y de acoger con calor todos los credos, tan sólo por el placer de destruirlos con crítica luminosa y felicísima. A su contacto, la bruma de las almas se disipa y disuelve en claridad, como el cielo después de los relámpagos. Su doctrina es la del jardinero que da a sus flores humus fecundo, agua y luz, y goza en seguida mirándolas lucir profusa variedad.

Pedro Henríquez Ureña pone en su prosa la luz y el ritmo que norman su espíritu. De nombre conocido en toda la América hispana,

lo reclamamos como nuestro, aunque él se obstina en seguir fiel a su minúsculo y querido Santo Domingo. En México dejó discípulos y amigos, también enemigos, y la durable huella de su alma pura de santo escéptico.

Julio Torri es un humorista hondo y un extraño vidente.

Enrique González Martínez es un filósofo que sabe concordar la idea con la música y el metro, por lo mismo escribe en verso. Su intuición alcanza profundidades donde remueve la entraña secreta de los seres.

Fastuosa y pulcra, como el arte de los orfebres aztecas, que es moro y también tenoch, así es la poesía de Rafael López.

Roberto Argüelles Bringas hipnotiza con sus poderosas visiones.

Eduardo Colín, austero y noble, busca la exuberancia sin rebasar la porción.

Joaquín Méndez Rivas, ahora en Nueva York, ensaya metros para sus inspiraciones luminosas; Médiz Bolio cultiva musa elocuente y bravía; Rafael Cabrera es sentimental, y otros muchos aún no bien definidos, siguen sus rumbos de vario lirismo.

Viene en seguida, muy cerca de los poetas, Alfonso Cravioto, un preciosista escultor de prosa.

Jesús Acevedo, el arquitecto, tiene más talento que el que puede ponerse en libros, mas, no obstante, gracias a los ocios y la nostalgia, escribe ahora, desde sus retiros de Madrid, cosas que algún día sonarán a maravilla.

Martín Luis Guzmán es un espíritu claro y vigoroso que pronto habrá de definirse con inconfundible relieve. Divide su actividad entre el ensayo político y la crítica de los pintores. Uno de éstos, amigo suyo y paisano nuestro, Diego Rivera, no ignorante de la fama europea, ha dejado la manera clásica en que ya era maestro, por amor de modernos sentidos esotéricos de la figura y el volumen. Otro pintor, Roberto Montenegro, desarrolla en sus cuadros la incitación de la lujuria femenina, en medio de misterios y sombras que apaciguan la sensualidad. Ramos Martínez pinta mujeres delicadas y profundas como el mirar de las criollas, y en el valle de México, en Jalisco, pasan de la decena los inspirados y felices intérpretes del paisaje incomparable que es uno de nuestros mayores dones.

La música que Manuel Ponce compone tiende a formar una escuela mexicana. Con temas arrancados al canto popular y las distintas zonas del país, hace danzas, rapsodias y aun sinfonías; su obra intensa, acertadísima, constituye una de las expresiones más genuinas del carácter mexicano que, por reservado y casi sombrío, es elocuente en la música.

Un músico más, Julián Carrillo, educado como Ponce en Alemania, y alejado también de México por la política, se prepara a continuar la obra educadora del insigne maestro Meneses, que nos ha familiarizado en la Ciudad de México con la sinfónica clásica y el desarrollo casi completo de la música moderna.

En la novela reina solo, entre los jóvenes, Carlos González Peña, y entre varios cuentistas recuerdo a Isidro Fabela, sentido narrador de costumbres y amores campestres.

Y en mi prisa de concluir, he olvidado a uno que también olvidábamos a menudo aun en nuestras propias reuniones, así era de modesto y apartado de las cosas mundanas, Manuel de la Parra, un poeta sin gloria, incoherente y sublime. Otros más, sin duda, omito en estos instantes, como Mariano Silva y Aceves el latinista, que por culto a la perfección apenas osa escribir, y como Federico Mariscal, devoto de los prodigios arquitectónicos de la Colonia, los cuales cataloga y estudia en libros admirables. Otros varios, muy esforzados, habrán de perdonarme que no los nombre en esta reseña de los obreros del pensamiento[2].

A todos estos mis héroes patrios, los alabo como Ulises a los suyos, sin timidez y sin arrogancia; lo que yo puedo decir nada agrega ni resta al valor de sus obras; las hazañas de tales paladines no están expuestas a la deformación de la fantasía ni a la negativa de la duda, son inmortales y firmes; porque organizadas en la substancia divina del pensamiento, en ella perdurarán, excelsas o humildes, para mayor riqueza y gloria de los mundos del alma.

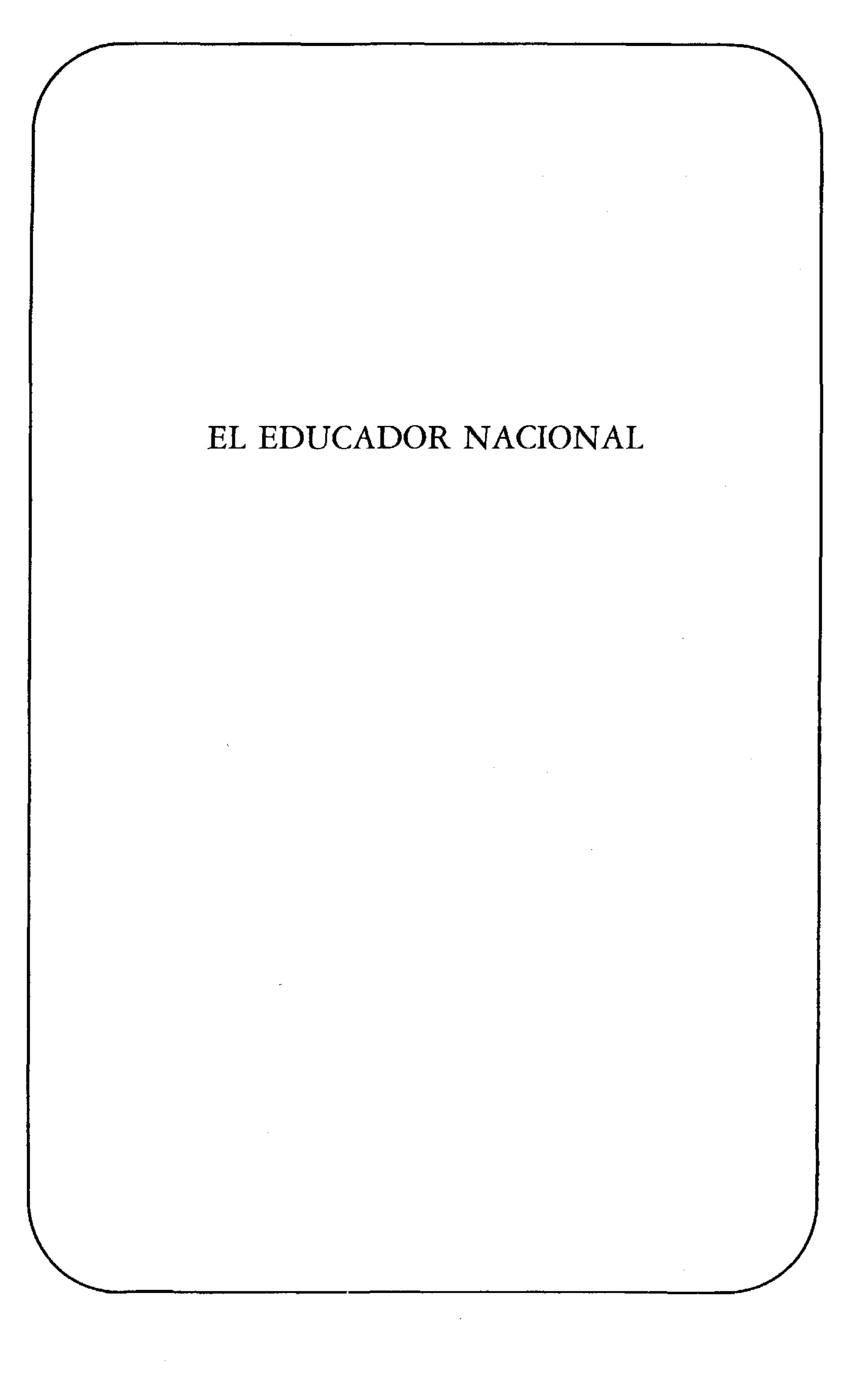
Acaso sus obras se impresionen más, si reflexionáis en que no han madurado bajo sombras protectoras, sino al embate de la lucha. Sin embargo, hay en ellas serenidad. Serenidad y conciencia de que el estar pensando es una manera de servir y honrar la patria; de allí el tesón con que trabajan los que vagan por lejanas tierras y los que han podido seguir en México; todos seguros de su deber, presintiendo que están llamados a salvar, por encima de mezquinos conflictos, lo que es tesoro y esencia de los pueblos, base de su vivir y garantía de su libertad: una cultura común, coherente y generosa.

En la labor de estrecho acercamiento que aquí realizamos, sé de antemano que cuento con la buena disposición y el entusiasmo vuestro. Así me lo prueba la generosidad con que me habéis abierto las puertas de esta institución venerable: la sencillez con que me aceptáis, sin pedirme antecedentes ni credenciales, como adivinando la tormenta que hasta aquí trajo mi nave de corsario insumiso.

La misma discreción benévola que esta noche me mostráis, habréis de tener que emplear conmigo, quizá a menudo a la hora de mis decai-

mientos, aunque a semejanza del sabio de la Odisea, yo cuidaré de embozarme el manto, cada vez que el recuerdo de los míos me desfigure de dolor el rostro. Haré que mis penas no empañen el esplendor de la danza que van a emprender nuestras almas. Danza sagrada de las ideas, que prometo ejecutar con devoción y sometiéndolas al rigor de vuestra crítica; hacedla tan severa y acertada que dé conciencia y sentido a mi arte informe. Unidme a vuestros coros, y si mi paso lo halláis torpe y mi actitud lacia, ponedme en el medio de la ideal teoría, entre los ágiles y los hábiles que me contagien del ritmo exacto. Invitad a vuestro huésped a la hora de vuestros vuelos, llevadlo a las cumbres y, aunque muchas veces sintáis que su trepar es lento, no dudéis de su aspiración a la altura. En las más altas cimas conquista el corazón la fuerza y la alegría. Cuando allí nos encontremos, no nos será penoso mirar hacia abajo a las cosas de la tierra; las vicisitudes de los pueblos nos parecerán, entonces, transitorias, y necesarias acaso, para la redención de las almas; semejantes al hondo terremoto que conmueve el interior de la montaña, pero no turba la majestad de la inmensa cordillera.

Y ni siquiera el Ande solemne, conseguirá retenernos largo tiempo, que el alma está de viaje y ha de seguir andando... "Por los caminos del dolor, a la alegría", dice el más hondo esteta de todos los tiempos. Beethoven el músico... Sobre las mesetas más altas desfila el cortejo de las edades, la teoría de los héroes en cabalgata lenta y ardua. A ella no se agregan sino los que ya han probado la vida, porque el corcel lo hacen con sus penas, montando en ellas y ascendiendo. En el largo caminar por las duras cuestas, los cuerpos se quebrantan y los miembros sufren ateridos; pero los ánimos despiertan y cobran bríos, adivinan perspectivas que nadie acierta a decir si son todavía de este mundo o ya de otro que a lo lejos se enuncia con claro son, como de alegre y victoriosa trompetería[3].



EL EDUCADOR NACIONAL

DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD
(1920)

LLEGO CON TRISTEZA a este montón de ruinas de lo que antes fuera un ministerio que comenzaba a encauzar la educación pública por los senderos de la cultura moderna. La más estupenda de las ignorancias ha pasado por aquí asolando y destruyendo, corrompiendo y deformando, hasta que por fin ya sólo queda al frente de la educación nacional esta mezquina jefatura de departamento que ahora vengo a desempeñar por obra de las circunstancias; un cargo que sería decorativo si por lo vano de sus funciones no fuese ridículo; que sería criminal si la ley que lo creó no fuese simplemente estúpida. Doloroso tiene que resultar para toda alma activa venir a vigilar la marcha pausada y rutinaria de tres o cuatro escuelas profesionales y quitar la telaraña de los monumentos del pasado, funciones a las que ha sido reducida nuestra institución por una ley que debe calificarse de verdadera calamidad pública.

Pero esta tristeza que me invade al contemplar lo que miramos sería mucho más honda, sería irreparable, si yo creyese que al llegar aquí iba a entregarme a la rutina, si yo creyese que iba a meter mi alma dentro de estos moldes, si yo creyese que de veras iba a ser Rector sumiso a la ley de este instituto. No; bien sé, y lo saben todos, que el deber nos llama por otros caminos, y así como no toleraríamos que los hechos consumados nos cerrasen el paso, tampoco permitiré que en estos instantes el fetiche de la ley selle mis labios: por encima de todas las leyes humanas está la voz del deber como lo proclama la conciencia, y ese deber me obliga a declarar que no es posible obtener ningún resultado provechoso en la obra de educación del pueblo si no transformamos radicalmente la ley que hoy rige la educación pública, si no constituimos un ministerio federal de educación pública. Ese mismo deber me obliga a declarar que yo no he de conformarme con estar aquí bien pagado y halagado en mi vanidad, pero con la conciencia vacía porque nada logro. La tarea de conceder borlas doctorales a los extranjeros ilustres que nos visiten y de presidir venerables consejos que no bastan para una centésima de las necesidades sociales no puede llenar mi ambición. Antes iré al más sonado de los fracasos que con-

sentir en convertirme en un cómplice de la mentira social. Por eso no diré que nuestra Universidad es muy buena y que debemos estar orgullosos de ella. Lo que yo debo decir es que nuestras instituciones de cultura se encuentran todavía en el periodo simiesco de sola imitación sin objeto, puesto que, sin consultar nuestras necesidades, los malos gobiernos las organizan como piezas de un muestrario para que el extranjero se engañe mirándolas y no para que sirvan.

He revisado, por ejemplo, los programas de esta nuestra Universidad, y he visto que aquí se enseña literatura francesa, con tragedia raciniana inclusive y me hubiese envanecido de ello, si no fuese porque en el corazón traigo impreso el espectáculo de los niños abandonados en los barrios de todas nuestras ciudades, de todas nuestras aldeas, niños que el Estado debiera alimentar y educar, reconociendo al hacerlo el deber más elemental de una verdadera civilización. Por más que debo reconocer y reconozco la sabiduría de muchos de los señores profesores, no puedo dejar de creer que un Estado, cualquiera que él sea, que permite que subsista el contraste del absoluto desamparo con la sabiduría intensa o la riqueza extrema, es un Estado injusto, cruel y rematadamente bárbaro.

No por esto que os digo vayáis a creer que pasa por mi mente el cobarde pensamiento de ofenderos insinuando que sois vosotros los culpables. Bien sé que muchos de vosotros habéis dedicado todas vuestras energías, con desinterés y con amor, a la enseñanza. Sin embargo, no habéis podido evitar nuestros fracasos sociales; no habéis servido todo lo que debíais servir acaso porque siempre se os ha mantenido con las manos atadas, y a causa de esto bien podéis afirmar que no sois vosotros los responsables, puesto que no habéis sido los dueños del mando.

No vengo, por lo mismo, a formular acusación contra determinadas personas; simplemente traigo a la vista los hechos, y cumpliendo con el deber de juzgarlos declaro que el departamento universitario, tal como está organizado, no puede servir eficazmente la causa de la educación nacional. Afirmo que esto es un desastre, pero no por eso juzgo a la Universidad con rencor. Todo lo contrario; casi la amo, como se ama el destello de una esperanza insegura. La amo, pero no vengo a encerrarme en ella, sino a procurar que todos sus tesoros se derramen. Quiero el derroche de las ideas, porque la idea sólo en el derroche prospera.

Os he dicho que yo no sirvo para conceder borlas de doctor, ni para cuidar monumentos, ni para visar títulos académicos, y sin embargo yo quise venir a ocupar este puesto de rector que tan mal se aviene conmigo; lo he querido porque he sentido que este nuevo go-

bierno, en que la revolución cristaliza como en su última esperanza, tiene delante de sí una obra vasta y patriótica en la que es deber ineludible colaborar. La pobreza y la ignorancia son nuestros peores enemigos, y a nosotros nos toca resolver el problema de la ignorancia. Yo soy en estos instantes, más que un nuevo rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitaros a que salgáis con él a la lucha, a que compartáis con nosotros las responsabilidades y los esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo. El pueblo ha estado sosteniendo a la Universidad y ahora ha menester de ella, y por mi conducto llega a pedirle consejo. Desde hace varios años, muchos mexicanos hemos venido clamando porque se establezca en México un Ministerio de Educación Federal. Creo que el país entero desea ver establecido este ministerio, y al ser yo designado por la Revolución para que aconsejase en materia de educación pública me encontré con que tenía delante de mí dos maneras de responder: la manera personal y directa que hubiese consistido en redactar un proyecto de ley del Ministerio de Instrucción Pública Federal, proyecto que quizá habría podido llegar a las cámaras, y la otra manera, la indirecta, que consiste en venir aquí a trabajar entre vosotros durante el periodo de varios meses, con el objeto de elaborar en el seno de la Universidad un sólido proyecto de ley federal de educación pública.

Me resolví a obrar de esta segunda manera, que juzgo mucho más eficaz, y habiendo tenido la fortuna de merecer la confianza del señor Presidente de la República, vengo a deciros: El país ansía educarse: decidnos vosotros cuál es la mejor manera de educarlo. No permanezcáis apartados de nosotros, venid a fundiros en los anhelos populares, difundid vuestra ciencia en el alma de la nación.

Suspenderemos las labores universitarias si ello fuese necesario, a fin de dedicar nuestras fuerzas al estudio de un programa regenerador de la educación pública. De esta Universidad debe salir la ley que dé forma al Ministerio de Educación Pública Federal que todo el país espera con ansia. Para realizar esta obra urgentísima no nos atendremos a nuestras solas luces, sino que solicitaremos la colaboración de todos los especialistas, la colaboración de la prensa, la colaboración del pueblo entero, pero queremos reservar a la Universidad la honra de redactar la síntesis de todo esto.

Lo hacemos saber a todo el mundo: la Universidad de México va a estudiar un proyecto de ley para la educación intensa, rápida, efectiva de todos los hijos de México. Que todo aquel que tenga una idea nos la

participe; que todo el que tenga su grano de arena lo aporte. Nuestras aulas están abiertas como nuestros espíritus, y queremos que el proyecto de ley que de aquí salga sea una representación genuina y completa del sentir nacional, un verdadero resumen de los métodos y planes que es necesario poner en obra para levantar la estructura de una nación poderosa y moderna.

Para deciros esto os he convocado esta noche. El cargo que ocupo me pone en el deber de hacerme intérprete de las aspiraciones populares, y en nombre de ese pueblo que me envía os pido a vosotros, y junto con vosotros a todos los intelectuales de México, que salgáis de vuestras torres de marfil para sellar pacto de alianza con la Revolución. Alianza para la obra de redimirnos mediante el trabajo, la virtud y el saber. El país ha menester de vosotros. La Revolución ya no quiere, como en sus días de extravío, cerrar las escuelas y perseguir a los sabios. La Revolución anda ahora en busca de los sabios. Mas tengamos también presente que el pueblo sólo estima a los sabios de verdad, no a los egoístas que usan la inteligencia para alcanzar predominio injusto, sino a los que saben sacrificar algo en beneficio de sus semejantes. Las revoluciones contemporáneas quieren a los sabios y quieren a los artistas, pero a condición de que el saber y el arte sirvan para mejorar la condición de los hombres. El sabio que usa de su ciencia para justificar la opresión, y el artista que prostituye su genio para divertir al amo injusto, no son dignos del respeto de sus semejantes, no merecen la gloria. La clase de arte que el pueblo venera es el arte libre y magnífico de los grandes altivos que no han conocido señor ni bajeza. Recuerdo a Dante proscrito y valiente, y a Beethoven altanero y profundo. Los otros, los cortesanos, no nos interesan a nosotros, los hijos del pueblo.

Los hombres libres que no queremos ver sobre la faz de la tierra ni amos ni esclavos, ni vencedores ni vencidos, debemos juntarnos para trabajar y prosperar. Seamos los iniciadores de una cruzada de educación pública, los inspiradores de un entusiasmo cultural semejante al fervor que ayer ponía nuestra raza en las empresas de la religión y la conquista. No hablo solamente de la educación escolar. Al decir educación me refiero a una enseñanza directa de parte de los que saben algo en favor de los que nada saben; me refiero a una enseñanza que sirva para aumentar la capacidad productora de cada mano que trabaja y la potencia de cada cerebro que piensa. No soy amigo de los estudios profesionales, porque el profesionista tiene la tendencia a convertirse en parásito social, parásito que aumenta la carga de los de abajo y convierte a la escuela en cómplice de las injusticias sociales. Necesitamos producir, obrar rectamente y pensar. Trabajo útil, trabajo produc-

tivo, acción noble y pensamiento alto, he allí nuestro propósito. Pero todo esto es una cumbre; debe cimentarse en muy humildes bases, y sólo puede fundarse en la dicha de los de abajo. Por eso hay que comenzar por el campesino y por el trabajador. Tomemos al campesino bajo nuestra guarda y enseñémosle a centuplicar el monto de su producción mediante el empleo de mejores útiles y de mejores métodos. Esto es más importante que adiestrarlo en la conjugación de los verbos, pues la cultura es un fruto natural del desarrollo económico. Los educadores de nuestra raza deben tener en cuenta que el fin capital de la educación es formar hombres capaces de bastarse a sí mismos y de emplear su energía sobrante en el bien de los demás. Esto que teóricamente parece muy sencillo es, sin embargo, una de las más difíciles empresas, una empresa que requiere verdadero fervor apostólico. Para resolver de verdad el problema de nuestra educación nacional, va a ser necesario mover el espíritu público y animarlo de un ardor evangélico, semejante, como ya he dicho, al que llevara a los misioneros por todas las regiones del mundo a propagar la fe. Al cambiar la misión que el nuevo ideal nos impone, es menester que cambien también los procedimientos del heroísmo. Me refiero a esto; todavía hasta nuestros tiempos lo mejor de la sociedad femenina de nuestra raza, las almas más nobles, más refinadas, más puras, se van a buscar refugio al convento, disgustadas de una vida que sólo ofrece ruindades. Huyen de la sociedad porque no ven en ella ninguna misión verdaderamente elevada que cumplir. Demos pues, a esas almas la noble misión que les ha estado faltando; facilitémosles los medios de que se pongan en contacto con el indio, de que se pongan en contacto con el humilde, y lo eduquen, y veremos cómo todos acuden con entusiasmo a la obra de regeneración de los oprimidos; veremos cómo se despierta en todos el celo de la caridad, el entusiasmo humanitario. Organicemos entonces el ejército de los educadores que substituya al ejército de los destructores. Y no descansemos hasta haber logrado que las jóvenes abnegadas, que los hombres cultos, que los héroes todos de nuestra raza, se dediquen a servir los intereses de los desvalidos y se pongan a vivir entre ellos para enseñarles hábitos de trabajo, hábitos de aseo, veneración por la virtud, gusto por la belleza y esperanza en sus propias almas. Ojalá que esta Universidad pueda alcanzar la gloria de ser la iniciadora de esta enorme obra de redención nacional[4].

DISCURSO PRONUNCIADO EL DIA DEL MAESTRO
(1923)

> ¿Hasta cuándo llegará el día en que se aprecie más al hombre que enseña que al hombre que mata?
>
> M. OCAMPO

ME TOCA la fortuna de dirigirme una vez más a los maestros de toda la República, en este día que la ley ha querido dedicarles como un homenaje de reconocimiento y también, se me figura, como una anticipación de la época aún lejana, en que la labor del maestro será ya no digo premiada, pero siquiera debidamente recompensada. Llevo algunos años de ser, por ley, el jefe de los maestros. En realidad nunca he podido sentirme jefe de veras, porque debe mandar quien está más alto moralmente y yo no puedo comparar mi empeño, aunque ha sido grande, con el mérito indiscutible de la labor oscura y constante de quienes saben que no tendrán otra recompensa que la de sus propios corazones llenos de bien. Consciente de esta situación que me produce confusión y ternura, he tenido que imponerme un antifaz de sequedad o de indiferencia, para poder seguir adelante. Sequedad e indiferencia agravados por el intento de no prodigar frases de halago o de afecto, a causa de una especie de pudor, de aparecer como un farsante que pronuncia palabras delante de casos que reclaman justicia pronta y eficaz remedio. De esta suerte, mi propia impotencia me volvía mudo, pues me decía que no era honrado ofrecer migajas para ufanarse en seguida de magnánimo.

Tales encontradas emociones y cierta habitual inquietud de mi espíritu, pueden haberme llevado a cometer rudezas que deploro, franquezas que a veces lastiman, descortesías y hasta violencias; pero jamás uno solo de estos arrebatos estuvo inspirado por el desdén, no hubo desdén, como no ha habido tampoco en mi ánimo piedad. Hubo amor mal expresado si se quiere. Amor que deseaba expandirse y ánimo de

justicia y anhelo de que cada quien se levante movido del propio esfuerzo, el miedo de pasar como uno de tantos impostores de la política, me hizo reservado; pero ahora que ya ninguno podrá creer que trato de halagar a los maestros para que me sean adictos, hoy que ya no se me puede tachar de servil —porque también hay el servilismo del jefe para sus subordinados, del líder para con las masas—; ahora que ya nadie puede sospechar intenciones ruines, me complazco en declararles algo que hace tiempo me rebosa del pecho y que sería avaricia seguir conteniendo. La enorme gratitud que les debo por su colaboración y por su ejemplo y también por haberme infundido la confianza de que la patria podrá salvarse, merced a las virtudes que ustedes practican.

Yo vine a este puesto de jefe de la educación nacional, por uno de esos azares de nuestra política. Como todo el que ha corrido mundo, traía en el corazón cenizas y en la cabeza algunos planes. La larga ausencia me había dejado sin compromisos ni alianzas. Y salvo uno que otro afecto antiguo, me hallé como si volviera a nacer en un medio conocido antaño. Al mismo tiempo, mi antigua vida me había hecho inepto para encenderme en las llamas del afecto personal, lo que me hizo poner mi ardimiento entero en la empresa colectiva que hemos ensayado, de educar a un pueblo. De esta suerte, la común tarea nos ha ido atando con esos lazos de parentesco del espíritu, más fuertes que la sangre y cadena fatal de los que abrazan apasionadamente un propósito superior al momento. Así he llegado a crear familia nueva entre ustedes; a tal punto que mis afectos de hoy están casi totalmente entre los empleados, los colaboradores, los maestros de la Secretaría de Educación Pública, y los maestros todos de la República, y tal es la sinceridad de esta nueva pasión, que el grado de mi afecto ha llegado a medirse, en cada caso, por el empeño que veo poner en la labor común. Quiero al que trabaja y no puedo ver al que estorba. No sé si esto es perder el corazón que ya no se adhiere a la persona o si es más bien agrandarlo, porque se apega solamente a la inmensidad del ideal.

Como quiera que sea, yo siento que mi propia conciencia se ha enriquecido y se ha agrandado. El país entero ha penetrado en ella bajo el aspecto nuevo de los anhelos que tantas veces he sorprendido en la mirada de los maestros de escuela. Los recuerdos acuden en esta ocasión centuplicados. Parece que fue ayer mi paso por Valladolid, en Yucatán; se me figura la página de una vida distinta. Las maestras nos recibieron asomadas a las ventanas de la escuela. Sus rostros eran luminosos. El patio tenía anchas arcadas obscuras de humedad. La promesa de unos cuantos libros y un piano, hizo estallar la alegría; teníamos que irnos y no deseábamos partir.

Llegamos después a Campeche, la ciudad desolada, las maestras, sin embargo, se mostraron alegres y los estudiantes del Instituto hicieron gala de buena oratoria y de trato cordial. Muy bellas las mujeres y muy despejados los hombres. ¡Cómo dolía ver las casas desiertas por la pobreza que causa emigraciones periódicas, no obstante que la selva fecunda del trópico invade la misma piedra que el hombre ya no sabe guardar!

A Mérida la dejamos ebria de su locura optimista.

Los maestros, a falta de sueldo oportuno, recibían buen trato y pasajes de excursión que se cargaban a la bancarrota ya catastrófica de las vías férreas. Saltando con el desorden de los recuerdos, pienso en un viaje anterior que dejó grabada en nuestras almas una noche de humilde regocijo en la Normal de Maestros de Querétaro: un recibimiento cordial de los maestros de Colima: una velada espléndida de los maestros de Guadalajara, y muchas ilusiones que quedaron temblando en Aguascalientes, en Zacatecas y en Guanajuato, en todo sitio donde hubo maestros, porque todos hicieron suya la empresa de crear una Secretaría de Educación Pública.

Figuras de maestras que pasan por mi memoria en vagos desfiles que el ensueño deslíe, rostros que pudieron ser de novias, que pudieron ser de amantes, pero se han alejado, y ya sólo son de hermanas. Maestros caducos y vencidos, que son tantos y están abandonados por todos los pueblos y ciudades. Maestros jóvenes que afanan y sueñan, hermanos en la lejanía de lo que se va volviendo el pasado; cada vez que yo pienso en la patria serán ustedes los que le presten rostros. Será, también, en ustedes, donde ponga la fe que vacila y no halla sitio donde asentarse.

Lo digo sin reservas y seguro de que no diré lo mismo mañana de otra clase social; si no fuese por el alma cristiana y ejemplar de los maestros, ya hace mucho tiempo que no tendría fe en la patria. Es claro que hay en todo país muchas gentes humildes, laboriosas y honradas, que son su médula y también lo más puro de su alma; pero yo me refiero en este instante a las clases organizadas o definidas y en todas ellas encuentro que unas, las altas, nada pueden hacer por su egoísmo, las humildes tampoco por su ignorancia; en cambio, el maestro está llamado a papel decisivo, porque posee las dos virtudes fundamentales: ilustración y abnegación. De momento, el maestro carece de fuerza, pero posee ya todo lo que es necesario para conquistar el porvenir. El maestro vive en estos instantes su época heroica; no se le toma en cuenta. No es dueño del momento, pero el momento va sin rumbo, como presa ruin que se disputan los mediocres, justamente porque no se ha adiestrado a las masas en el concepto de sus verdade-

ros intereses sociales. Si perservera y cumple de veras su misión moral, tarde o temprano el maestro reempazará en el mando al soldado y entonces comenzará a civilizarse México. No dejéis, pues, caer las manos en señal de impotencia; ni el pensamiento se doblega, ni la virtud se rinde. Las armas nobles conquistan los fines eternos; la conciencia clara posee la visión de este mundo y del otro. La cuestión de este mundo ya la ha abordado el maestro de México, cuando ha ido a enseñar por toda la República que para poseer es necesario trabajar, y que el trabajo debe proponerse la producción de riqueza. Eso ha ido enseñando por todo el territorio la escuela del trabajo, la escuela de la acción que dice: crea y disfruta y que tu hermano trabaje y sea feliz.

Pero las cosas de este mundo no se resuelven sin la inspiración, ni la ley de amor que viene del otro. No basta producir y ahorrar si todo ha de estar a merced de la injusticia, la ambición y el error. Entonces, ¿qué es necesario hacer para superar la barbarie, para que los débiles ya no sean víctimas, para que los fuertes ya no empleen con torpeza o en beneficio propio su fuerza? ¿Cuál debe ser el complemento moral de la escuela de la acción, que hasta ahora sólo enseña a producir? Examinemos tan fundamental asunto, ahora, justamente en este aniversario que es en nuestra carrera como un alto para corregir la brújula y orientar el rumbo. ¿Cómo evitar que la fuerza colectiva se desvíe y se malgaste, se prostituya y se derroche en manos de los ineptos o de los egoístas y perversos? No diré cuál deba ser la solución del ciudadano, porque es ocioso tratar de derechos y deberes allí donde no hay ciudadanos. Inútil resulta, por lo mismo, pensar en una solución inmediata. Laberinto sin salida es el instante, mas precisamente el maestro debe preparar las soluciones eficaces, aunque sean lejanas. El buen maestro ha de ser un tanto loco, porque si fuera cuerdo, cuerdo y honrado, tal vez se pegaría un tiro. El buen maestro tiene que poner confianza en la generación venidera, si la actual la ve perdida. El buen maestro, aunque carezca de fe, ha de inspirarse en una especie de sentido de limpieza, que condena la mentira y repudia la maldad. Y ya sea fríamente, con la fría lucidez implacable de un gran dolor o con el cálido entusiasmo de una pasión radiante, el maestro tiene que ponerse a revisar todos los valores sociales, tiene que retroceder a los comienzos, tiene que desgarrar la historia, para rehacerla, como va a rehacer a la sociedad. Rehacer la moral, rehacer la historia, sólo así podrá evitarse que los niños de hoy repitan mañana las historias del día.

¿Conforme a qué criterio se hará este nuevo juicio de los hombres, esta revisión de los valores sociales? Ofrezco desde luego una fórmula quizás incompleta, pero eficaz y sencilla: "No hay más que dos clases

de hombres: los que destruyen y los que construyen". Y sólo hay una moral, la antigua y la eterna que cambia de nombre cada vez que se ve prostituida, pero se mantiene la misma en esencia. Hoy, de acuerdo con los tiempos, podríamos llamarla la moral del servicio. Según ella, habría también el hombre que sirve y el hombre que estorba.

Aplíquese esta pauta no sólo a la historia, sino a todas las gentes, al gobierno y al pueblo. Llamemos servicio a todo rendimiento destinado a los otros, y reconozcamos que sirve aquel que produce un poco más de lo que consume, y el que da un poco más de lo que recibe. Agreguemos que no sirve, no sólo el que nada produce, que bien puede ser un simple haragán, sino que no sirve tampoco el que acapara, ni el que crea, pero guarda con avaricia su producción. No sirve, aunque deslumbre de pronto, el que después de un balance justiciero, resulte culpable de haber disminuido la riqueza o de haber limitado la libertad de los hombres. No transigimos con la tiranía, aunque pudiera dar mucho pan; queremos el pan, pero también defendemos el alma que no puede vivir sin libertad. Abramos conforme a este criterio el libro de la historia y tendremos que comenzar a escribirla de nuevo.

Constructores y destructores. Consumemos la reforma de la enseñanza de la moral y de la historia, conforme a estas dos categorías. No se trata de una tesis irreal sino muy humana y práctica. No exige santidad, pero sí obras útiles. Si el gobierno no es sacerdocio, debe ser por lo menos servicio. La clasificación aludida no excluye a nadie que haya aportado un esfuerzo para crear cultura. El mismo Cortés encuentra en ella cabida bien ancha. Le tacharemos sus crímenes sin perdonarlo y todavía después lo llamaremos grande. Grande, porque de reinos en pugna hizo una nación inmensa. Grande, porque fundó pueblos por el norte, por el sur, por el occidente y el oriente, por todos los confines de un vasto imperio. Grande, porque puso sobre el mar barcos para consumar la empresa inaudita de descubrir y colonizar las dos Californias. Constructor, gran constructor, ¿qué hombre de nuestra época ha poseído su empuje?, ¿quién ha hecho más para la integración de lo que hoy es México?

Otro de la familia es Netzahualcóyotl, que construyó casas y plantó bosques, fundó escuelas, renovó un reino y todo supo coronarlo con pensamientos nobles y cantos bellos.

Todavía antes habría que recordar a Quetzalcóatl, educador que hizo beneficios sin cuento y creó de su mismo fracaso una maravillosa leyenda. En seguida recordamos a Vasco de Quiroga, a Motolinia y Gante, arquitectos, pensadores y maestros, que crearon riqueza y educaron mentes, iniciaron industrias y orientaron pueblos que fueron, en

una palabra, constructores. Tampoco sería posible negar el mérito de virreyes y arzobispos como Zumárraga y Antonio de Mendoza; ni a Luis de Velasco que dijo: Más importa la libertad de los indios que todas las minas del mundo; ni a Revillagigedo que hizo justicia sin derramar sangre, y no acumuló fortuna propia, pero sí llenó la Colonia de edificios, de calzadas, de caminos y de progreso. Que se diga a los niños lo que hace cien años no se les enseñó, porque un partidarismo estúpido lo veda tácitamente, y es que en el siglo XVIII y desde el final del XVII hubo en nuestra patria la civilización más intensa que entonces se conocía en América; que hubo entonces arquitectos y pintores y sabios y literatos y escuelas y universidades e imprentas. Si todo esto lo ignoramos, ¿dónde podremos encontrar la confianza en la propia raza, el orgullo que se necesita para levantar obras? ¿Cómo podremos creer en nosotros mismos, si comenzamos negando nuestras raíces y vivimos en el servilismo de imaginar que todo lo que es cultura ha de tener etiqueta de importación reciente, como si nada valiese el esfuerzo de los siglos que han acumulado en este suelo, en diversas épocas, torrentes de civilización, que en seguida desaparecen, justamente porque no sabemos ligar el ayer con el presente y ni siquiera los esfuerzos todos de una sola época? ¿Y por qué no entrar valientemente a la crítica de todo ese siglo primero de nuestra Independencia, que es como una orgía de vándalos? ¿Qué es lo que hemos hecho en este país, los mexicanos? Dejamos perecer a Hidalgo, el varón fuerte, justo y laborioso; a Morelos, el vidente; a Mina, el heroico, y en cambio, prostituimos nuestros primeros triunfos, coronando emperador a un bribón como Iturbide. Poco después, endiosamos a Santa Anna; pero no supimos imitar en sus austeras disciplinas a Juárez ni a Ocampo, ni a Lerdo y todas las libertades que ellos nos conquistaron las pusimos a los pies de otro traidor del progreso: el déspota Porfirio Díaz. En su gobierno México se quedó atrás de la Argentina y Brasil y no nos dejó más herencia que once años de lucha intestina, para remediar males que él sólo supo acrecentar. Y así nos hemos pasado el siglo, de caudillaje en caudillaje, gobernados por la violencia y corrompidos por la codicia. Todo esto hay que decirlo al niño para ver si el asco de nosotros mismos nos lleva alguna vez a consumar un cambio. En este día del Maestro que es una de las fiestas más puras del calendario oficial, dediquemos un recuerdo de afecto a todos los que en cualquier época y cualquiera que sea su sangre y origen, hayan dejado una huella benéfica, una obra, un servicio, en este suelo desventurado. Levantaremos así el ánimo público a la contemplación de los valores auténticos, y haremos de la escuela un refugio ideal de la verdad y del bien. Que la escuela deseche las

falsas etiquetas de la política militante. Nada importa titularse liberal o conservador, o radical o bolchevique, lo que interesa es distinguir al que sabe del que no sabe, al que edifica del que derrumba, al que crea del que destruye. Lo que importa es condenar a los que no hacen y a los que nada intentan. No hacer es ya un principio de destrucción, si se considera que no hay obra humana que no requiera ser conservada con empeño, para que se renueve y perdure. La historia olvida las palabras, pero atiende a la magia de las obras; en esto pensaba hace poco tiempo al recorrer pueblos del Estado de México, donde ha quedado la huella de un gobernador de la dictadura, José Vicente Villada, que hizo caminos, edificó escuelas, plantó árboles, creó bienestar y demostró honradez. Meditando en esto me decía: este porfirista es más de los nuestros que tantos y tantos que se pregonan revolucionarios; él merecerá bien de la historia y es de los elegidos, porque es de los constructores. Lo mismo he pensado muchas veces de la obra de Justo Sierra, otro porfirista que en el desfile patrio ocupará mejor sitio que tantos y tantos que sólo saben ufanarse de que son muy revolucionarios.

De tanto mirarlo prostituido, he llegado a rebelarme contra el nombre de la Revolución. Revolucionario debiera llamarse el que no se conforma con la lentitud del progreso y lo apresura; el que construye mejor y más de prisa; el que trabaja más bien y con más empeño; el que inventa y crea y se adelanta al destino. Revolucionario es el que sueña y realiza; el que levanta una torre más alta que todas las que había en su pueblo; el que formula una teoría social más generosa que todas las tesis anteriores y dedica su vida a lograrla; el que con sus obras aumenta el bienestar de las gentes. Revolucionarios fueron los creadores de la nacionalidad, no tanto porque rompieron lazos con España, sino porque constituyeron o quisieron constituir una patria más justa y más libre que la vieja colonia. Revolucionarios son también los que implantaron entre nosotros la libertad del pensamiento y desamortizaron los bienes de manos muertas; los que introdujeron la máquina de vapor y los ferrocarriles. Los grandes ingenios; los grandes organizadores de gobiernos y de pueblos, esos merecen titulares revolucionarios. Los que no más destruyen, no pasan de bandoleros. Los que no hacen ni deshacen son sólo ineptos.

Habéis querido que yo viniese a un local que es propio, para escuchar vuestras quejas, para dolerme de vuestros males; pero yo no he querido limitarme a padecer con los males del momento, que quizás se remedien mañana con un oportuno pago de decenas; yo he querido de una vez, entrar al examen de las causas fundamentales de este largo calvario del hombre de bien, no sólo del maestro, del hombre que edi-

fica y trabaja en este medio pobre y caótico en que todo esfuerzo puro parece que nace condenado de antemano al fracaso. Me pregunto dónde está la solución y vuelvo a repetirme que no la veo más que en ustedes; que no la veo en otro recurso más que en la reforma moral de la enseñanza. Primero es crear hombres y después se pueden ensayar teorías. Para crear hombres, es claro —no quiero que se dé torcida interpretación a mis palabras—, es indispensable que el problema de la riqueza social se resuelva leal y equitativamente, en forma justa y en forma práctica. Cuando la revolución exige esto la revolución es santa; pero la revolución está obligada a tener talento y a producir progreso. La revolución no es campo de matanza, sino sementera germinadora y abundancia conquistada con el trabajo y la energía. La revolución es libertad, pese a los que siempre andan en busca de un tirano a quien cantar loas. La revolución pueden prepararla determinadas leyes de reglamentación de la riqueza o de organización del trabajo; pero sólo los maestros pueden consumarla, infundiendo en los espíritus la noción clara de los principios, sin alianzas con personalismos que los degradan, sin transacciones de conveniencia personal, que los corrompen. Sólo los maestros pueden crear esta generación salvadora, esta generación realmente revolucionaria, que ya no va a endiosar a los hombres, sino a exigir que se cumplan las leyes; que ya no va a jurar lealtad a los caudillos, sino lealtad a los principios, aun cuando por guardarlos se tenga que reñir con todos los hombres. Lealtad al deber, no a los hombres, eso es lo que ya grabaría en la puerta de cada escuela mexicana. Alianza con la justicia por encima de los partidos y por encima de las conveniencias.

Pero, ¿cómo van a poder ustedes, pobres maestros, sin fuerzas, sin recursos, comprender la cruzada de la redención moral de todo un pueblo? Yo sólo sé que el milagro del espíritu no reconoce límites. Yo sé que si ustedes fuesen de pueblo en pueblo juntando gentes para la obra del bien, el pueblo respondería, y les daría poder, y los haría invencibles. Háganlo los jóvenes que aún no tienen familia y pueden sacrificar cuanto son para conquistar la alegría y la gloria. Haced de la educación una cruzada y un misticismo; sin fe en lo trascendental no se realiza obra alguna que merezca el recuerdo. El magisterio debe mirarse como una vocación religiosa; debe llevarse adelante con la ayuda del gobierno, si es posible; sin su ayuda si no la presta, pero fiándolo todo en cada caso a la fe en una misión propia y en la causa del mejoramiento humano.

El tono de mi discurso sería totalmente desolador y lúgubre si yo no tuviera una fe profunda en las virtudes humildes de que ustedes hacen derroche diario. Cuatro años he pasado entre ustedes, los más fe-

lices de mi vida, porque en ellos he gozado el goce profundo de ser útil aunque sea en una mínima parte. No sería sincero si no os confesase que a veces me he sentido impulsado y llevado como a la cabeza de un gran movimiento de liberación colectiva. Por nosotros pasó una flama sagrada en estos años que representan el mayor esfuerzo que haya realizado el país por su cultura en toda su historia. Una empresa vasta, que hemos ido desarrollando con el apoyo decidido del señor Presidente de la República y con el concurso de todo un pueblo; más aún, con el aplauso y simpatía de todo un continente. ¡Terrible responsabilidad si hemos despertado en vano a la esperanza! Todo malogrado ahora por falta de fondos; pero confiemos en que la tarea recomenzará más tarde con mayor empuje. En efecto, algo hay en el ambiente nacional; en la conciencia de los maestros mismos, que hace que estos momentos no se parezcan del todo, a pesar de la analogía aparente, a los instantes de amargura en que el alma de Quetzalcóatl mira que su obra se pierde en los ríos de sangre y desilusionado se ausenta. Hoy la conciencia colectiva sabrá inspirarse en Quetzalcóatl, cuya alma se multiplica en cada uno de los maestros. ¡Quetzalcóatl, el principio de la civilización, el dios constructor, triunfará de Huitzilopochtli, el demonio de la violencia y el mal, que tantos siglos lleva de insolente y destructor poderío! ¡Triunfará hoy o mañana, pero es el maestro quien tiene en sus manos la bandera inmortal!

DE ROBINSON A ODISEO

(Fragmento, 1935)

NO ES POSIBLE abordar el problema de la educación universitaria en la América española sin tomar en cuenta las reformas de fondo, pero en muchos sentidos catastróficas, que se realizaron en nuestro continente desde 1860 a 1900. Primero, bajo el liberalismo; después, bajo el positivismo. Conquistó este último influencia decisiva a fines del siglo XIX, y en México logró acabar con la Universidad. Se tuvo ésta como un concepto medieval inadaptable al periodo científico auspiciado por Comte, y se reemplazaron las humanidades con un tipo de liceo o de colegio nacional ensanchado, que recibió el nombre de Escuela Nacional Preparatoria. La doctrina del método nuevo se comprendía diciendo que todo conocimiento viene de la experiencia y que ésta no es científica y, por lo mismo, válida si no se ajusta a la prueba física que condiciona el efecto a la causa con rigor matemático. No hay, entonces, verdad ni principios absolutos, sino sólo una serie de leyes constantes, pero de valor relativo, y el único absoluto es que todo es relativo. La enseñanza se organiza, en consecuencia, partiendo de las matemáticas y terminando en la sociedad, o sea, de lo homogéneo a lo heterogéneo, según el plan comtiano, y considerando a la sociedad como el más alto y final caso del mundo visible y gobernante por la experiencia, único mundo digno de ser considerado por el juicio científico. El juicio mismo era un producto del hábito fisiológico y había que estudiarlo evolutivamente en la experiencia prolongada de la especie y de acuerdo con la doctrina del evolucionismo spenceriano.

No es el momento de discutir la tesis; únicamente señalaremos sus efectos en la organización de la enseñanza. Tomando en serio a Spencer, que desecha el cristianismo como suceso sin trascendencia en el proceso de la evolución, por su cuenta los discípulos y la literatura. La filosofía, en su totalidad, fue arrojada de las aulas como antigualla y reemplazada con la sociología, que explica el alma como el *doble* que sueña el salvaje cuando ha comido con exceso después de una dichosa cacería. En cambio, las enseñanzas científicas fueron perfeccionadas, instaladas casi con lujo. La biología, la fisiología, la física y la química

dieron base a toda la educación impartida. Por aquel tiempo, incluso el problema del ser lo buscábamos en los residuos de la probeta del laboratorio experimental.

Es preciso tener en cuenta esta situación, que, con todos sus absurdos, nos colocaba en posición más ventajosa que la de aquellas naciones que todavía no se enteran de la ciencia o empiezan apenas a hacerlo y se dejan llevar, por lo mismo, de métodos y filosofías como el hegelianismo y el fenomenologismo, desarrollando el primero al margen de la ciencia y el segundo como falsificación del laboratorio, arbitraria idealización del hecho psicológico. El positivismo está hoy superado, pero debemos agradecerle que nos librara en América del candor que sale de la escolástica y sin pasar por el laboratorio se establece en la neoescolástica fenomenológica, creyéndose instalado en la ciencia. Nosotros creemos con los ideólogos positivistas o científicos, y también con los filósofos que han superado el concepto científico (Bergson, Boutroux, Poincaré, Meyerson), que en el siglo que corre no hay derecho a hacer filosofía si se desconoce la disciplina científica experimental. O sea, que a lo material no se le puede aplicar otro criterio que el crítico experimental. Y al restaurar la Universidad hemos respetado la sólida conquista que significa el saber darle a la materia el trato que corresponde, es decir, el que se deriva de la física, la química, o la biología. No el trato de la lógica ni el de la descripción exterior objetiva fenomenológica ni tampoco el trato escolástico. Y sin necesidad de comprometernos en neoescolásticas hegelianas a lo Croce o de tipo seudoexperimental a lo Husserl, procuramos ahora no conciliaciones ni sustituciones, sino simplemente un deslinde de las condiciones del saber. Y una disciplina adecuada a los casos que dejaba sin solución el método exclusivo de la ciencia experimental. Una disciplina de conocimiento aplicable a los temas que no son físicos. Para hallarla procuraremos apartarnos lo menos posible de la disciplina científica experimental; así como el neotomismo procura no apartarse de la razón, nosotros no buscamos un cambio de moda filosófica, sino el hacer cabal una situación ya firme científicamente. Porque habíamos vivido la revolución científica, no podíamos volverle la espalda. Aun para superarla teníamos que contar con ella, y buscamos suplirla allí donde falla, dejándola intocada allí donde acierta. He ahí por qué no podemos nosotros aplicar a la realidad material idealismo. Sabemos demasiado bien cuál es su propio método. Ni podemos conformarnos con el behaviorismo o teoría del comportamiento norteamericano, cuando pretende llegar al dominio del espíritu. Ni pragmatismo yanqui ni fenomenologismo. Mucho menos, evolucionismo spenceriano, para nosotros, anti-

social. Tal es la posición del pensador filosófico en la América hispana, gracias a la ciencia francesa y gracias también a la antigua tradición española, que se distinguió en la investigación de los problemas del alma y no prescinde del alma. Para lograr nuestra síntesis nos hace falta ponernos a traducir del alemán como antes tradujimos del francés y el inglés. Ha bastado con restablecer en nuestra Universidad ciertas disciplinas que una época fanática eliminó en nombre de la ciencia positivista. Por ejemplo, las Humanidades, que nos dan un concepto del saber en su conjunto secular y, por lo mismo, nos defienden del peligro de la *última moda* filosófico-literaria. El conocimiento de la sabiduría antigua equilibra el ánimo. Ni positivistas ni pragmatistas ni fenomenistas perdurarán cuando el saber se unifique. El dicho de Shakespeare, "hay en el mundo más de lo que imagina tu filosofía", podrá alguna vez no ser exacto, pero conviene tenerlo presente cuando se estudian simples fenomenologías. Restablecimos, pues, en nuestras universidades, con derecho pleno, el estudio de las humanidades, con las lenguas muertas, latín y griego, de que abominaba Spencer, pero que sus connacionales han seguido estudiando mientras nosotros, monos de América, nos decidimos por el gesto que las anulaba. Y con asombro del positivismo, refugiado en unas cuantas almas envejecidas, nuestras universidades restablecieron la enseñanza de la historia de la filosofía y de la metafísica. La Universidad ha vuelto desde entonces a ser lo que fue y lo que interesa al porvenir que siga siendo: una Universidad de conocimiento, sin otra limitación que el rigor científico según cada rama de la actividad cultural del hombre. Y, sin preocuparnos de que no nos acomode ninguna etiqueta extranjera, nuestra filosofía irá saliendo de nuestra Universidad; una filosofía que a la materia le trate como experiencia y al espíritu como sabiduría. Buscarle expresiones a tales doctrinas es deber de nuestra intelectualidad. Física como ciencia, ética como práctica y estética como camino de la universalidad, que es siempre religiosa. He ahí una orientación completa y que logra el milagro de reconciliar nuestro pasado con nuestro presente sin desperdicio de la era científica intermedia.

Asentada según queda dicho la posición filosófica de nuestra Universidad, examinaremos la manera como ha de funcionar en sus distintas ramificaciones. Tomará a su cargo la Universidad, en primer término, la elaboración del programa de la enseñanza secundaria exigible para todas las carreras. A este respecto, el plan comtista de dar a todos los alumnos, independientemente de la profesión a seguir, un conocimiento intenso y ligado de la ciencia, desde las matemáticas hasta la sociología, resulta eficaz si no se exige demasiado. Ciertas especulacio-

nes de la matemática, como el cálculo integral, se aprenden para pasar el examen, pero luego, con el desuso, borrábanse del todo de la mente del abogado, del médico. Al mismo tiempo, las condiciones económicas del momento recomiendan un acortamiento en el tiempo de los cursos. Y al restablecerse, por ejemplo, el latín y la filosofía como obligatorios para el abogado y el médico, no es ya posible exigir cursos extensos de matemáticas. Conviene, entonces, formar planes coherentes y, hasta cierto punto, completos, pero con la elasticidad necesaria para que el médico pueda dedicar más tiempo a la biología, y el abogado a la lógica, etcétera. El ingeniero, en cambio, estará obligado a recorrer todo el programa matemático, siendo para él optativa la filosofía o el latín. El perito químico estudia alemán, pero no es obligatorio el alemán para el abogado, y así sucesivamente.

Al erigirse en reguladora de la enseñanza media, nuestra Universidad asume el papel directivo de la opinión ilustrada de la nación. Los problemas llegan a ella no sólo para ser investigados, sino también para ser resueltos. Desde su más elemental actuación, ya sobrepasa el papel de instituto profesional limitado a constituir doctorados.

Una intervención decisiva en el conjunto de las actividades sociales; no debiera conformarse con menos una Universidad nacional . Y, al efecto, ha de preocuparse no sólo de investigar y conocer, sino también de definir una doctrina. Pues, ¿adónde, si no es a sus universidades, puede acudir un Estado para resolver sus problemas de economía y de trabajo, sus cuestiones constitucionales y de política?

Los partidos representan intereses particulares, la autoridad se inclina al abuso, la magistratura cae en la ruina; sólo en la Universidad podrá hallarse viva la sabiduría que orienta a los pueblos. No basta, aunque es necesario, abrir clases libres donde todos los aspectos de una ciencia sean considerados; urge también que la Universidad aconseje el sistema a seguir dentro de las circunstancias. La elección de la norma eficaz entre los datos y las contradicciones de la ciencia social suele ser tarea comprometida y difícil. Por lo mismo, la cumplirá mejor que otro el universitario si se mantiene leal a su universalismo, que le presenta los intereses del hombre como un todo jerárquico; por encima del *homo faber* y el hombre económico, el hombre inteligente y el hombre generoso. Como criterio de acción, el más elevado amor del hombre total, no sólo del hombre económico o estético. Digamos el interés del ángel sobre el interés del hombre, para colocarnos de una vez por encima de totalismos reducidos, inevitable consecuencia del simple humanismo.

Provista así de un criterio, a cada una de las disciplinas parciales lo aplicará con decisión. Por ejemplo, aprovechará la historia para de-

sacreditar ciertas prácticas como el cesarismo, pústula de corrupción y padre legítimo del caudillaje de Iberoamérica. En historia como en moral y en política, la Universidad abrazará un criterio. Si la paga el pueblo con los impuestos, justo es que defienda la democracia, única forma civilizada de gobierno, con tal que eleve al mando a la aristocracia de la aptitud, demostrada con ciencia, competencia y activo amor del pueblo. Constituir esta aristocracia es como sacerdocio juramentado con la verdad y el más alto interés humano, por encima de la política; tal es otra atribución de la Universidad contemporánea.

El régimen universitario nunca será el del regimiento, que busca igualar estaturas; las almas no son homogéneas ni conviene que lo sean. En la Universidad deben hallar refugio todas las singularidades nobles. Así se vea obligada a practicar el nacionalismo, la Universidad gana fuerza para el plan nacional si asimila doctrinas y temperamentos de la más variada índole. En su posición frente a lo individual, la Universidad exigirá que cada cual rinda su máximo. Y cada uno tendrá presente que no es tarea de la Universidad recortarnos el ánimo, sino disciplinarlo para que sea provechoso su crecimiento.

Nunca dejará de ganar puesto de honor en la Universidad el enclenque de genio, pero es menester que la Universidad exija al promedio de sus alumnos ese porte varonil y recio que se adquiere en ciertas instituciones de enseñanza militar y que tiene sobre el viejo *mens sana in corpore sano* la ventaja moral del sacrificio por el ideal que nos supera, el espíritu de la caballería que supo inventar el cristiano. El universitario yanqui, sin llegar a la rigidez del soldado, se distingue por la apostura atlética, cuya moral es el servicio del débil y no la pretensión de sojuzgarlo.

En nuestras escuelas decaídas de ese siglo XIX, para nosotros nefasto, y todavía en no pocos institutos, el gremio estudiantil se inclina a vivir cierta bohemia, fingimiento de hipotéticas genialidades y en realidad anemia del cuerpo y anarquía del alma. El desprecio del ejercicio físico es consecuencia obligada de tal actitud, y de ella se sale haciendo obligatorio el gimnasio y, además, infundiendo en las clases de historia y de ética y filosofía un concepto optimista de la vida, no con optimismo a lo Babbitt porque todo está bien, sino con heroísmo cristiano, que pese al mal libra la batalla del fin último. Pesimismo heroico, pesimismo alegre hemos llamado alguna vez esta posición no vitalista ni idealista, sino supersocial y sobrenatural, genuinamente de espíritu.

En seguida, el deporte ha de presentarse como una actividad varonil, cómoda y dichosa. Rodear al estudiante de oportunidades para el ejercicio físico y aun aceptar como puntos de examen ciertas pruebas

(práctica establecida en Norteamérica), organizar concursos y, en una palabra, contagiar el entusiasmo atlético tal y como se propaga una doctrina estética; he ahí la política deportiva recomendable. Una vez que el entusiasmo ha cundido, por eliminación espontánea se ausentarán de la escuela los que, sin dotes extraordinarias mentales, repugnan el ejercicio por pereza y no por afición al ensueño. Por otra parte, el reglamento sabrá acumular todo género de presiones indirectas para que se eliminen de la Universidad todos los inútiles. Conviene, desde todo punto de vista, que nuestra Universidad conserve la tradición de ofrecer sus servicios gratuitamente a todas las clases sociales; pero esto mismo la obliga a la severidad contra aquellos que van a la Universidad tan sólo para escapar a trabajos que les parecen duros. Muchos, que tanto beneficio harían trabajando con las manos, acuden a las aulas para sudar sobre los libros. La grande y culpable lenidad de las pruebas aumenta cada año este ejército de parásitos juveniles, alimento de la burocracia que pesa sobre nuestra economía. Todos los medios de eliminación del estudiante son buenos en la condición en que hoy se encuentra la Universidad. Y no hay razón para no aprovechar la rebeldía contra el deporte como una de las causas de la suspensión, y siempre que en otras ramas no demuestre el alumno alguna extraordinaria capacidad. Deshacerse de los ineptos es en toda institución saludable necesidad. Y si no recomendamos el sistema de paga de Norteamérica es porque entre nosotros la clase media y la baja son tan pobres que imponerlo equivaldría a cerrarles el acceso a las profesiones. Además, cada día que pasa el rico es el extranjero, y llegaría un momento en que no contaría ni con sus colegios el hombre de estirpe nativa. Un sistema medio que yo impuse dio los mejores resultados: hacer pagar a los ricos cuotas fijas altas y conservar la gratuidad más rigurosa en beneficio del pobre. Para definir al rico no es ni necesario acudir al Registro de la Propiedad; siempre se puede averiguar lo que gana el padre, lo que paga de renta la familia, para obligar a contribuir al que puede hacerlo. De un modo o de otro, reducir los cuadros parece una exigencia recomendable en la Universidad, así como en los colegios de enseñanza técnica conviene dar toda clase de facilidades para aumentarlos. El deporte representa, entre otras cosas, un procedimiento eliminatorio de primera categoría, si se procede con prudencia. Por lo demás, la Universidad desarrollará el deporte dentro del cuadro de la enseñanza general atlética que dirige el Departamento de Bellas Artes y que abarca la primaria, la secundaria y la profesional. Por eso dejamos únicamente mencionado este asunto en lo que se refiere a la Universidad.

De lo apuntado se infiere que la Universidad será una selección de capacidades en los distintos órdenes de la ciencia y el conocimiento. Alta y rigurosa selección, es necesario añadir. La conveniencia de la enseñanza, la urgencia social de poner un límite a la multiplicación del profesionista, todo obliga a definir una política universitaria por lo que hace a cantidad y calidad. En materia de calidad no debemos aceptar sino la máxima en cada género, y, como la cantidad nunca acompaña a la calidad, se procurará que el número de inscritos corresponda a la capacidad de absorción profesional de cada periodo.

El exceso de alumnos sin verdadera vocación científica no sólo amenaza a la sociedad con el incremento del profesionalismo parasitario, sino que a la Universidad misma le crea problemas y conflictos de la más funesta índole. Los alumnos remisos en el curso dan el mayor contingente a la política estudiantil. Alcanza ésta proporciones alarmantes y produce entre nosotros situaciones que serían inconcebibles en la Universidad europea o norteamericana. Fuera de casos extraordinarios (cuando el país atraviesa periodos de corrupción o de crisis de la legalidad), los estudiantes no tienen por qué intervenir en política. Les falta por lo común la edad de la ciudadanía, y no teniendo sus responsabilidades tampoco pueden ejercitar los derechos a ella inherentes. Se encuentran, aun los que son mayores de edad, en una condición de minoridad económica, puesto que el estudio les veda el trabajo productivo, que es complemento del derecho político. Aun las viejas constituciones liberales exigían al ciudadano un modo honesto de vivir como condición del ejercicio pleno de los derechos sociales y políticos. El estudiante, en su mayoría, vive del trabajo de algún familiar, o vive de rentas o becas del Estado. No es un productor ni ciudadano pleno, y sí sólo promesa de ambas calidades. No es justo, entonces, que adopte actitudes de soberanía, ni siquiera como fracción del pueblo soberano. Otra cosa es el caso de grave perturbación de la moral de un pueblo por abusos de un gobierno notoriamente injusto; es evidente que entonces el estudiante deberá apoyar con todo su esfuerzo a quienes representen el sentido moral de la patria. Pero aun en este caso la actividad estudiantil en política deberá tomar forma de adhesión y no pretensiones de dirección. Y, en cuanto al ejercicio de la política propiamente estudiantil y universitaria, la regla debe ser todavía más rigurosa. No hay nada que relaje tanto la disciplina escolar como la intervención estudiantil en las funciones administrativas de la Universidad. Excepcionalmente, y después de un largo periodo de corrupción y de abuso, cuando la Universidad ha estado sometida a regímenes de fuerza que le han violado todos los privilegios, podrá convenir que los alumnos, por

plebiscito, elijan un hombre capaz de salvar la institución de su crisis; convendrá que arrojen fuera de las aulas a quien por caminos desviados entró en ellas; pero, en general, debe afirmarse el principio de que no ha de tener el estudiante intervención alguna ni en el nombramiento del profesorado ni en la administración de la escuela. Cuando se alega que la Universidad europea en ciertas épocas ha dado al alumnado intevenciones decisivas, se olvida que la Universidad donde esto ha podido ocurrir estaba constituida por alumnos mayores de edad, que pagaban con sus cuotas los maestros que ponían y quitaban. Se trataba de lo que hoy llamaríamos cursos de posgraduados. Nada tiene que ver, por lo mismo, el caso con estos otros que en nuestro continente se dan de que un catedrático, a veces un director o decano de Facultad, estén a merced del arbitrio estudiantil. La consecuencia de semejante anarquía se ve en el relajamiento de la disciplina, se palpa en la degradación de supresión de las pruebas y exámenes. Aun se ha llegado a la exigencia de supresión de las pruebas y exámenes. Se cae, en suma, en política contraria de la que anunciábamos como indispensable en párrafo anterior, pues en lugar de la selección del alumnado universitario y su disminución en beneficio de la calidad y el interés público se produce rebajamiento general, con aumento del parasitismo. Se crea el tipo del estudiante profesional, que a título de conductor de mesnadas colegiales merodea en la política de los partidos en busca de ventajas personales. Bajo el antifaz de los ismos más exaltados, a la larga tal estudiante se convertirá en servidor de los poderes reinantes.

Procédase, por lo mismo, con mucha parquedad en lo que se refiere a la participación de los estudiantes en las decisiones universitarias. Déseles, si se quiere, voz en los Consejos, pero nunca voto, porque esto equivale a minar no sólo la autoridad del maestro, sino su misma tranquilidad en el desempeño de funciones, ya de sí bastante amenazadas por los intereses económicos de la sociedad y por la política. Añadir a todas las trabas inevitables el terror del descontento estudiantil es nulificar la moral, ya de por sí asustadiza, del catedrático y dejarlo a merced de fuerzas inferiores a la sabiduría. Por solidaridad en la defensa contra las fuerzas de fuera, debiera el estudiante hacer causa común con el profesor. Aunque para lograr esto, ya se entiende hace falta primero un profesorado ajeno al partidismo político y establecido en la Universidad por derecho, es decir, mediante pruebas, oposiciones o sistemas de nombramiento que no tengan relación con la política militante.

En cuanto al caso que ha servido de excusa a no pocas reformas universitarias, el de los profesores que se han vuelto inútiles y son una rémora, los mismos alumnos pueden resolverlo poniendo en práctica

el sistema de las universidades yanquis: desertando las cátedras notoriamente ineptas pasándose al profesor competente de la misma materia, hasta que el profesor abandonado por sus alumnos se vea en el caso de renunciar. La administración resolverá entonces si procede otorgar una jubilación o un simple cese. Pero téngase presente que es mejor un maestro mediano, y aun malo, que sepa suspender alumnos inferiores a la prueba exigida, que un maestro excelente, pero que por temor o complacencia rehúye el deber de selección y disminución de las filas cada vez más apretadas del estudiantado universitario. Y piense cada uno de los que lleguen a quedar excluidos que reciben un beneficio con la exclusión, que les obliga a ser sinceros con su propia vocación, que les llama quizá por más ventajosos caminos. Ya desde hace tiempo se ha señalado el mal del doctorismo en nuestra América, y no se ve, sin embargo, que nuestras universidades se decidan a reducir el número por exigencia de trabajo y de indiscutible y extraordinaria capacidad. El estudiantado se nos ha vuelto como la empleomanía: un refugio de los emboscados en la áspera lucha de acrecentar la producción de un continente en retroceso. Si no queremos ver que un día el pueblo indignado clausure la Universidad, procuremos que el ánimo del estudiante vuelva a ser de reverencia para el maestro y de abnegación hasta el sacrificio por su tarea.

Y se suicida el país que cierra o que descuida sus universidades, pues en ellas, y sólo en ellas, puede configurarse el espíritu nacional, nervio de la defensa y de la simple perduración. Una Universidad cuyos métodos son copia de los extranjeros es avanzada de conquista o instrumento de disolución. Por eso ha de buscar el universitario los caracteres de la índole nacional, a fin de darles la configuración eficaz. La necesidad de dar a toda la educación un carácter práctico y técnico nos es impuesta por la competencia que tenemos que sostener con el tipo de actividad creado por la civilización norteamericana. Obediente a esta tendencia general de la época, la Universidad procurará, según ya se ha indicado, verter la corriente de la vocación hacia las carreras cortas de carácter inmediatamente práctico. Pero eso no quiere decir que la Universidad se deje dominar del espíritu del tiempo en asuntos que no son de ocasión, sino de raíz y perennidad. Quiere decir que, para seguir fiel a nuestro temperamento, la universidad iberoamericana se distinguirá de la de Norteamérica por el esfuerzo de crear unidad dentro de los grupos variables de estudios que las circunstancias impongan. Unidad en la dirección espiritual, definida de los institutos educacionales, y también sentido de unidad en la enseñanza de cada ciencia. Quiere decir que en vez de ciertos métodos pedagógicos yanquis, que enseñan

la química informando al alumno de todos los usos industriales del hidrógeno, sin preocuparse de darle la teoría del hidrógeno (véanse los textos científicos hoy en uso en los Estados Unidos), nosotros deberemos conservar el tipo francés de enseñanza, que inicia el curso con una exposición del lugar que ocupa la ciencia especial en el cuadro general de los conocimientos humanos. Los que se preocupan con exceso de la actual superioridad de lo yanqui pueden tranquilizarse a este respecto. A la hora en que se trate de luchar por la vida, según la frase darwiniana en boga hace veinte años, el que sólo ha aprendido los diversos usos del hidrógeno industrial no podrá trabajar sino en una fábrica de productos químicos; en cambio, el que aprendió lo que es el hidrógeno dentro de una teoría general de la química fácilmente podrá volverse útil en cualquiera de las diversas aplicaciones de la ciencia. Su disciplina mental será superior, y al fin y al cabo es esto lo que cuenta en la práctica, lo mismo que en la teoría.

El método predominantemente inductivo que la ciencia anglosajona deriva de Bacon se manifiesta en la Universidad yanqui por esa ausencia de autoridad central y de criterio director. Institutos sin cabeza, sumamente aptos para la investigación de la ciencia parcial y el detalle, se justifican tal vez por la riqueza de sus hallazgos, por la eficacia de los inventos que salen de sus laboratorios. Si nosotros los copiásemos, impondríamos a nuestros estudiantes método contrario de sus temperamentos, por latinos, sistemáticos, y no por eso los convertiríamos ni en sagaces analistas ni en inventores. Donde el sajón descubre ensayando un sinfín de experiencias, el latino descubre adelantando hipótesis que en seguida comprueba o rechaza la experiencia. El mejor método es el que a cada cual corresponde. Y, en cuanto al don de la inventiva en mecánica, lo cierto es que no responde a tal o cual método o tal o cual raza. Los mejores inventos del ingenio se quedan sin fruto allí donde no existe la industria compleja y adelantada que los utilice y absorba. Y, en cambio, donde hay gran industria el invento resulta obligado casi por el juego del mecanismo: sus frutos acrecen de modo espontáneo.

De la Universidad norteamericana evitaremos la dispersión, que le impide alcanzar un concepto filosófico cabal del conocimiento. La misma filosofía se vuelve en ella experimentalismo y suma de casos homogéneos, sin trabazón ideológica o estética. Estos defectos no le impiden convertirse en auxiliar de las industrias ni divulgar enseñanzas útiles. La eficacia de su acción práctica pone a la Universidad yanqui en contacto con el pueblo, que a su vez en recompensa le otorga simpatía y dinero. En cambio, entre nosotros se diría que el apartamiento egoísta

o pedante es la regla de los que saben. Y no son los peores quienes se erigen en guardianes del pasado, celosos defensores de la rutina, sino los aparentemente innovadores, los que cambiando el sentido de un adverbio, creen haber descubierto un mundo; los neosofistas, que complican las verdades sencillas; los idealistas, que no sacan de las ideas conclusiones, sino postura. A todos éstos hay que ponerlos al margen de la Universidad, como se colocan ellos al margen de la vida y en el rango de ejemplares del museo de patología mental. En forma de que no estorben la comunicación de la Universidad con el pueblo trabajador y pensante. Pues es ésta la novedad que la democracia impone a las instituciones universitarias. Anteriormente el pueblo las pagaba y se desentendía de ellas, ignorándolas. Hoy el pueblo sigue pagando, pero les exige servicios. Y ni el más sabio de los hombres puede eximirse del contacto humano, siquiera sea ocasional, a través del consejo técnico, la conferencia, el discurso y el libro.

En materia de doctrina económica se libra hoy una batalla, para apoderarse de las universidades, sólo comparable a la lucha que con parecido fin entablaron las sectas en los países donde la Reforma luterana quedó consumada. El credo político del gobierno representa hoy el papel irruptor de la secta bolchevista en Rusia, capitalista en los Estados Unidos; si todavía hay libertad para enseñar la física o la química según criterio exclusivamente científico, ya no hay en el mundo Universidad que no esté supeditada a influencia extraña en materia social y económica. A pesar de todo, siempre será posible hacer que resplandezca la verdad si los que enseñan poseen la convicción que da derecho a enseñar: la arraigada confianza en los valores que, por encima de la humanidad, rigen al mundo. Las técnicas varían según el tema y la época, pero no cambia el viejo propósito que, en lo político, divide a los hombres y los tiempos en dos bandos irreconciliables: el de la tierra y el del cielo, el de César y el de Cristo, o sea, el predominio de los valores sensuales sobre los ideales, o viceversa. Todo lo demás es en la historia escolio. O se encamina la acción social a realizar un despliegue de las almas que convierta en transitorio y subalterno el empeño económico y político, o se proclama la primacía de lo sensual y entonces, con el cesarismo, desaparece la libertad y se encumbra el poderío. Apenas se da la primacía al instinto, se cae en la fuerza. De la fuerza material se sale negándola y engendrando otra fuerza que es espiritual y triunfa de todo accidente con tal que encuentre convicción sobrenatural donde asentarse. Y, así, la lucha es perenne entre el hombre de la sensación y el hombre de la religión, el soldado del César y el héroe del Cristo. En torno a esto se escriben libros, se inventan cien-

cias, se intoxican los tiempos, creyéndose nuevos o creyéndose los últimos; cada cual según su temperamento, que es otra manera de decir conforme a su elección y gracia, se afilia en un bando, se alista en el otro. A veces andamos sonámbulos en la línea de intersección de ejércitos contrarios. La Universidad, comúnmente, es el limbo donde estas intersecciones perpetúan el desequilibrio que estimula los ánimos. El hombre fuerte y libre encontrará provecho en la prueba.

Puede no atinar la Universidad ni en su doctrina social ni en el punto de vista filosófico; todo se lo hará perdonar, sin embargo, si a la rutina de la enseñanza profesional añade buenos servicios de extensión del saber medio y una sincera colaboración en el estudio de los problemas que afectan a la vida de la colectividad en que se opera. Por extensión universitaria solía entenderse antes una cierta propaganda, por conferencias y conciertos, de los aspectos desinteresados de la cultura en los medios atrasados de la población urbana y del campo. Y resultaba un poco irónico hablarle al obrero hambriento de las excelsitudes del arte de un Beethoven o de un Miguel Angel. Pasado el estupor de auditorio y maestro, nadie volvía a recordar el encuentro un poco ridículo de la más alta sabiduría con la más desolada miseria. Se desconocía que únicamente la caridad puede resolver estos conflictos y no según el contraste cultura-incultura, sino conforme a la vieja antinomia ética cristiana: miseria y misericordia.

Algo de esto realiza la Universidad cuando acerca al humilde ya no con el ánimo de ofrecerle distracción a su angustia, sino, acaso, remedio. El campesino que ha visto su cosecha perdida, el pequeño industrial que no adelanta porque ignora secretos de su oficio, todo el que lucha con la realidad para conquistar el sustento se llena de confianza si sabe que hay una institución capaz de ilustrar de inmediato, capaz de colaborar a la larga en las soluciones que impone el vivir. Recuerdo los Institutos de extensión que dirige la Universidad de Chicago. Acuden a ellos por la noche los obreros de las fábricas para consultar los problemas del día, para adiestrarse en el dibujo o en la forja, todo lo cual representa un aumento del salario, un acortamiento de la jornada, una ventaja positiva.

Recuerdo la Universidad de California. Antes que por sus historiadores, que son meritísimos; antes que por sus labios, se ha hecho sentir por el célebre Burbank, consejero de los agricultores, inventor, según se asegura, de frutas e injertos notables; sabio y obrero que se encierra en el laboratorio, pero también visita los campos, endereza los tallos, disfruta la satisfacción del aumento y la prosperidad de cultivos que no son suyos. En ciertos momentos ha podido decirse que es la

Universidad en acción quien ha labrado los campos, multiplicando los frutos. En las mismas faenas de la recolección, los estudiantes, en el asueto de las vacaciones, alquilan sus brazos a jornal para recoger las ciruelas, para empaquetar las uvas y las manzanas que todo el mundo conoce. Fácilmente se comprende que en California no haya problemas universitarios ni dentro ni fuera de la Universidad. La Universidad, allí, colabora con su pueblo y el pueblo la ama. Le perdona aun los doctores y los especialistas en derecho internacional y en historia, de los siglos XVI y XVII. Pues a todo tiene derecho un instituto que es, primero, auxiliar eficaz de los más humildes y urgentes empeños humanos. Los cursos breves, agregados a los secundarios de la Universidad californiana en cría de animales domésticos, horticultura y jardinería, conservación de frutas y embalajes, etcétera, han hecho más por la prosperidad repartida de la región que todas las leyes bolchevizantes posibles. Gracias a estos cursos la Universidad reparte sus graduados y su influencia por todo el territorio, sin límite de fronteras.

La Universidad de México inició alguna vez, por medio de sus Facultades técnicas, parecida penetración entre las masas deseosas de libertarse por el trabajo inteligente. El sistema de cursos por correspondencia, vigente ya en casi todas las grandes universidades, permite llevar hasta el máximo esta influencia benéfica de la Universidad a todas las capas de población. Universidades que así cumplen no están en peligro de que la política las perturbe con exceso ni de que la hostilidad del público por el letrado les recorte el presupuesto.

CURSOS DE VERANO

En los países de formación reciente y habilitados en parte por extranjeros, la Universidad tiene el deber de buscar la asimilación del elemento extraño por la única manera eficaz, o sea, el atractivo de la cultura y la demostración de la exigencia de lo autóctono, facilitando al extranjero el conocimiento y aprendizaje de los modos nacionales y haciéndole amable dicha enseñanza. Un sistema poco costoso y muy eficaz para los propósitos aludidos es el que en todo el mundo se practica con el nombre de cursos de verano para extranjeros. El éxito obtenido en México en este particular ha sido rotundo, dada nuestra proximidad a los Estados Unidos; pero podría repetirse, aunque fuese en menor escala, en todo el continente. Un promedio de 500 alumnos, en su mayoría profesores de enseñanza primaria y media, reúnen cada año los cursos de verano de la Universidad de México. A estos mismos

cursos y a otros permanentes concurren los extranjeros que todavía no dominan el idioma o quieren aprovechar las ventajas de cada programa. Por lo común la Universidad saca sus gastos con las cuotas que cobra, pero queda el problema de los transportes. Los gobiernos que lo mediten advertirán la ventaja de ofrecer concesiones generosas en materia de billetes de ferrocarril o de barco a cambio de la propaganda nacional que aseguran los cursos. El ánimo del profesorado se levanta en los pueblos de complejo humillado cuando ve que a sus cátedras asisten hombres y mujeres de pueblos más cultos y que, sin embargo, tienen algo que aprender del magisterio nacional.

Todos los días las escuelas ordinarias del país contribuyen, aun sin quererlo, a la penetración de la influencia norteamericana, enseñando compulsivamente el idioma inglés; por lo tanto, hay cierta compensación, si no equivalente, por lo menos simbólica, en el hecho de que varios centenares de extranjeros de la nación dominante ingresen en las aulas de la nación comprometida. Los programas de semejantes cursos comprenden conservación y composición, gramática y lectura, fonética, geografía nacional, arte español, arte colonial mexicano, arqueología mexicana, historia nacional, literatura nacional, literatura hispanoamericana, literatura española, artes menores, arte moderno. Se encomiendan algunos de estos cursos a especialistas de diversas naciones, a cuyo efecto la Universidad dispone de su departamento de intercambio. En beneficio de los estudiantes extranjeros se organizan también excursiones, por ejemplo, visita de los monumentos arquitectónicos de Ciudad de México, iglesias y ex conventos, colegios y sitios de interés histórico; visita de la Academia de Bellas Artes y sus galerías de pintura y escultura, con disertación sobre la escuela mexicana de pintura, desde la colonial hasta nuestros días; visita del Museo Nacional y sus colecciones de arte azteca, maya y colonial; excursión a las pirámides toltecas de Teotihuacán.

INTERCAMBIO UNIVERSITARIO

Establecer relaciones culturales con el mundo es una función imprescindible de la Universidad. Al efecto, dispondrá de un departamento encargado de organizar visitas de profesores y conferenciantes extranjeros. Se encargará también de atender a los becados y de la reglamentación de las becas. En general éstas no se concederán sino a los alumnos graduados con distinción en la materia cuyo perfeccionamiento buscarán en el extranjero. También se preferirá a los estudiantes dedi-

cados a ciencias que no alcanzan desarrollo completo en el país, como química, mecánica, electricidad; en general, ciencia aplicada, o bien ramas especiales de la odontología o la ingeniería. Todo lo que, necesitando elementos de taller o laboratorio, no puede suplirse aún en nuestros medios. Conviene enviar a los estudiantes de arte para que se familiaricen con los museos de Europa, y siendo tan limitado el dinero de que se dispone para estos menesteres no deberá emplearse en becados de profesión libresca, salvo circunstancias verdaderamente excepcionales.

LA INVESTIGACION

En las tareas de investigación original puede la Universidad iberoamericana realizar labor mucho más importante de lo que comúnmente se juzga. Lo que se ha equivocado hasta hoy es el camino, y por eso ha caído en descrédito el sujeto de la melena crecida que se encierra en nuestros modestos laboratorios a buscarle nuevas leyes a la química o a desentrañar la clave del movimiento continuo. La investigación original en la ciencia aplicada requiere el ambiente científico y técnico, que sólo poseen los grandes pueblos del instante. En cambio, todos aquellos estudios relacionados con el conocimiento y aprovechamiento de nuestras propias regiones ofrecen campo ilimitado para el genio nativo. Lo que debe causarnos bochorno es que los mejores estudios de geografía, los mejores libros sobre el indigenismo o sobre economía patria suelen ser obra de extranjeros. La obsesión de Europa nos mantiene a nosotros ciegos sobre lo que pasa en nuestro derredor y nos condena a fingir réplicas del trabajo que ya se hace eficazmente en el gabinete de la Universidad extranjera. Es ya tiempo, sin embargo, de que el estudiante de nuestra América aproveche sus ventajas para el estudio de la geografía y la fauna locales, la flora y la agricultura, la arqueología y el arte nativos. Ocasiona desconcierto ver que ya durante la Colonia se esbozaba una ciencia americana con los trabajos de Clavijero en México, de Caldas en Colombia, y, sin embargo, a partir de la independencia ya no son sino nombres extranjeros los que informan al mundo de nuestra configuración física y sus recursos. Muy eminentes son sin duda los Humboldt y los Bonpland, los Bougainville y Reclus, pero por eso mismo es lamentable que no hayamos podido aprovechar sus trabajos para crear sobre ellos escuelas nacionales de cada especialidad. Hasta hoy, lo que sabemos de los indios modernos se debe a los Lumholtz, a los Darwin y, en general, a observadores extranjeros, no siempre capa-

citados para observar. Nuestra arqueología es en su mayor parte extranjera, con el vicio de origen de la posición tendenciosa para juzgar nuestro desarrollo nacional. El indigenismo, por obra de los extranjeros que lo cultivan, se convierte en propaganda antiespañola y en motivo de división en la amalgama que es base de nuestra soberanía continental: la amalgama, que debiera ser insoluble, de lo español y lo indígena. En materia de geografía es bien sabido que los mapas de nuestras costas están en poder de Inglaterra, por la buena razón de que los ha hecho mientras nosotros estudiábamos geografía europea, y la planificación de nuestras serranías, con sus vertientes y sus quebradas, está en poder del Departamento de Guerra de Norteamérica. Y eso que tuvimos geógrafos como García Cubas, fruto de nuestra Universidad, cuando todavía era autóctona, cuando el afán de reformas y copias no la anulaba aún del todo. Los mejores estudios sobre nuestra economía social, a partir de Humboldt, son obras de extranjeros. Y aun en materia de administración, la ignorancia y el odio del faccionalismo negó nuestra Universidad, cuando Carranza, en 1916, puso la administración técnica de la hacienda pública mexicana en manos de peritos de Norteamérica.

Es imperdonable la cortedad de miras de los políticos que así proceden, pero la culpa abarca también a nuestra Universidad, pues ¿no la vimos durante tantos años empeñada en demostrarle al mundo que se sabía al pie de la letra la lección de Comte, primero; la de Spencer, después, incluso el capítulo en que nos desprecia y condena por la extensión y calidad de nuestro mestizaje? En cambio, del exterior ¡con qué ansiedad se solicitan siquiera monografías de los asuntos vernáculos! Poco aprecio hace el europeo de nuestros folletos con el homenaje a Dilthey o el comentario de Husserl. Lo que apetece es una exposición, así fuese imperfecta, de lo que piense el hombre de América, o de sus problemas, inquietudes, propósitos.

Se comienza a ser civilizado cuando se empieza a ser creador. Y el primer hombre de nuestra América que en Europa ganará respeto no es el que llegue hablando en francés correcto la versión retransplantada del pensamiento alemán. William James ganó fama europea porque llegó exponiendo en su inglés una versión propia, versión americana del positivismo europeo. La Universidad iberoamericana no será tomada en cuenta en el mundo mientras no llegue a expresarse en la versión espiritualista que corresponde al temperamento iberoamericano.

En las disciplinas más modestas y vitales, en los asuntos de economía y de política, de sociología iberoamericana, el universitario de nuestro mundo encontrará campo fecundo para la utilidad y para la gloria. La medicina tropical, que para el europeo es problema colonial simplemente, para el médico hispanoamericano es asunto inmediato. Por lo

mismo, es entre nosotros donde ha de crearse esa ciencia. Así, en todos los órdenes, basta con reflexionar un instante para advertir la enormidad de la tarea que hemos estado descuidando y los éxitos asombrosos que en la investigación reserva el porvenir a nuestras universidades. Recuerde el simple escolar de la clase de botánica de segunda enseñanza que las mejores colecciones de mariposas que en el mundo existen han sido reunidas en nuestros territorios, al lado mismo de nuestras escuelas en muchos casos, pero por obra de extranjeros que se dieron al campo a mirar, mientras nuestros escolares tal vez examinaban en algún viejo texto francés los caracteres del zorro que habita los Alpes y se mezcla a la fábula en los versos claros de La Fontaine. Jóvenes, imitad al gran hombre en sus métodos, no en repetirle lo que ya descubrió. Hay material en América para hacer la fama de un nuevo Buffon. Y si otros cantaron la nieve y el pino, están aquí reclamando el estro, la selva y el sol.

Casi sin límites puede, entonces, desarrollar la Universidad iberoamericana las antenas de la investigación especializada. Cuide al mismo tiempo, y mientras se desarrolla la tarea descubridora plural, de mantener vivo un esfuerzo de unificación permanente. De esto se ocupará la Facultad de Filosofía. Bajo el viejo nombre de filósofos incubará una generación y varias generaciones o grupos de lo que hoy llamaríamos técnicos de la universalidad; especialistas de ideas generales, encargados de revertir la pluralidad a la unidad. Hombres de virtud han de ser si no queremos que les falle el cerebro; talento y fuerza, capacidad de organización y decisión en el mando, porque los alienta la sabiduría. La misión social de este grupo, nervio y corona de la Universidad, está ya apuntada por Platón en *La República.*

Conservar la cultura y difundirla, aumentarla por obra de investigación y de creación, organizar y defender el alma nacional, reglamentar y crear el profesionalismo, colaborar en la educación pública construyendo una aristocracia del espíritu y con ella aconsejar, dirigir los destinos patrios con miras de universidad; tal es, en resumen, la tarea de las Universidades*.

---

* Para que se vea hasta qué punto es actual lo que decimos, piénsese en la experiencia del presidente Roosevelt, que de la Universidad ha sacado su "trust de cerebros", no sólo especialistas de la economía y las finanzas, sino también organizadores y orientadores, filósofos sociales. Interesante ensayo de platonismo político está demostrando, ya que no hay mejor realismo que el platonismo, tan calumniado por temido de los calibanes que tienen usurpada la realidad. Pues sólo un real platonismo se decide a romper la hegemonía de los banqueros, a poner en liquidación compañías de transporte que fundaron su éxito en el fraude y en colusión con héroes nacionales que sirven de cómplices tal vez ingenuos, prestando al fraude el apoyo de su popularidad, como acaba de verse en el caso de Lindbergh, el aviador. Pues bien, sólo el idealista, si es además sabio y filósofo, cuenta con la autoridad necesaria para librar a los pueblos de tal acumulación de circunstancias nefastas. (Nota del autor.)

La Universidad también puede hacer política y aun imperialismo. De la mejor clase de imperialismo, del que más falta hace en el continente hispánico. Sin duda, el mayor acierto de toda la política exterior de México disparatada desde el momento que nuestra nación traicionó a su ministro Lucas Alamán fue la práctica que logré establecer durante unos cuantos años, al otorgar sesenta becas a estudiantes centroamericanos. De no haber vuelto a triunfar en México la misma traición que derrocó a Alamán, hoy el servicio de becas iberoamericanas abarcaría el continente hispánico y la capital de México sería la metrópoli de una estirpe, cumpliendo así el deber que le impone a su antiguo abolengo.

En todo caso, el ensayo, pese a su corta duración, vale la pena de ser recordado, porque indica una posibilidad del futuro.

La reglamentación de las becas fue rigurosa. Seleccionaba a los favorecidos un delegado de la Universidad mexicana, junto con el representante diplomático y el representante del Ministerio de Educación del país del alumno. Se recomendó especialmente la eliminación de toda clase de favoritos, hijos de políticos en el poder, o de personas adineradas que bien podían pagarse sus propios estudios. Se exigía que el becado hubiese ya concluido los estudios necesarios en su propio país y no se le imponía ningún compromiso aparte de estas pruebas, de calidad técnica exclusivamente. El personal seleccionado recibía gastos de viaje y, además, una pensión, pagada en efectivo mensualmente por la Universidad mexicana durante dos años. Libremente escogían la especialidad, pero se procuraba inclinarlos a las ramas técnicas de la enseñanza. La Escuela de Industrias Químicas recibió algunos alumnos; otros se repartieron en ingeniería y en la Academia de Bellas Artes, en escultura y pintura; otros más en el Conservatorio de Música.

A los pocos años, viajando por Centroamérica, me tocó ver el fruto multiplicado de tan reducido esfuerzo. Ingenieros de formación mexicana ocupaban puestos de importancia en la administración o en los negocios de algunas de las repúblicas hermanas. Los artistas locales habían recibido la influencia del viejo país americano que somos nosotros. A su vez, y no obstante la supresión de las becas, quedó establecida una corriente que hoy mantiene en Ciudad de México varios centenares de estudiantes de Centroamérica. Y no sólo van a aprender, también han enseñado a los nuestros y, en no pocos casos, los han dirigido. Ha triunfado, entonces, por un procedimiento que parece imperialista, el ideal unitario iberoamericano. La juventud contemporánea conoce por contacto directo la idiosincrasia del Sur, y viceversa, y la solidaridad, por lo menos en lo espiritual, ha quedado sólidamente establecida.

En la Argentina, la Universidad de la Plata comienza ahora obra semejante, que ojalá llegue a alcanzar las proporciones necesarias. Por lo menos los paraguayos y los bolivianos deberían tener en Buenos Aires su metrópoli.

LOS MOTIVOS DEL ESCUDO

(1942)

JOVENES AMIGOS:

Respondiendo a su indagación reciente, paso a manifestarles lo que sigue:

El hallazgo de un lema que complementara el nuevo escudo de la Universidad Nacional de México, me resultó indispensable para formular el propósito y la orientación de la Universidad que se lanzaba al destino por el impulso de la Revolución. Me tocó rescatar nuestro primer instituto tradicional de enseñanza, de manos de la barbarie carrancista que por decretos de fuerza se había apoderado de la escuela de Barreda, combatida por nosotros, sin embargo muy superior a lo que estaba siendo deshecho. Los asaltantes, en efecto, habían convertido nuestra Preparatoria en mala réplica de una secundaria protestante norteamericana. De rector funcionaba un abogado conocido en el foro por sus astucias curialescas, pero cabalmente inculto y sin otro título para el mando, que su vieja camaradería con el Carranza de los tiempos en que ambos fueron incondicionales servidores de la dictadura. Los profesores habían sido reclutados en las segundas filas del normalismo, que por su índole popular ganó influencia dentro de los círculos políticos de la Revolución, pero que en general, carecía de preparación académica. Aquellas subalmas, por lo mismo, se habían vuelto materia plástica frente al programa extranjero de deformación de nuestra índole nacional. Resultaba urgente salvar las esencias de nuestra propia cultura, librándonos de aquella mediocridad sin cohesión y sin médula y para hacerlo era menester integrar una nueva ideología. Mediante ella se evitaría el paso, el peligro de recaer en las doctrinas políticas del porfirismo que la propia revolución había combatido desde la época de la claridad maderista, a saber: la evolución spenceriana, el cientificismo de Justo Sierra y el materialismo de Comte. Era urgente demostrar que la revolución poseía capacidades propias y empeño en escalar las más altas cumbres del espíritu, sin perjuicio de dedicarse a satisfacer los intereses de los humildes. Tan precisa fue esta última tendencia, que todo lo que hoy se dice, de orientar la Universidad hacia las metas

de la justicia social, no es más que un "refrito" de las declaraciones revolucionarias que cualquiera puede leer en la colección de mis discursos universitarios de la época. Nos pusimos, pues, a trabajar en el doble aspecto social y espiritual, pero sin demagogia, porque contábamos con timbres suficientes de distinción y de sacrificio en la lucha, para no tener que descender a la adulación servil de las multitudes. Trabajamos para las masas, pero sin subordinarnos a sus criterios confusos, menos aún al juicio de lidercillos y agitadores. Al contrario, procurábamos dar a la masa temas de ascensión para llevarla, junto con los universitarios, a las cimas esplendorosas de la sobrehumana sabiduría.

Había que comenzar dando a la escuela el aliento superior que le había mutilado el laicismo, así fuese necesario para ello burlar la ley misma. Esta nos vedaba toda referencia a lo que, sin embargo, es la cuna y la meta de toda cultura; la reflexión acerca del hombre y su destino frente a Dios. Era indispensable introducir en el alma de la enseñanza el concepto de la religión, que es conocimiento obligado de todo pensamiento cabal y grande. Lo que entonces hice equivale a una estratagema. Usé de la vaga palabra *espíritu,* que en el lema significa la presencia de Dios, cuyo nombre nos prohíbe mencionar, dentro del mundo oficial, la Reforma protestante que todavía no ha sido posible desenraizar de las Constituciones del 57 y del 17. Yo sé que no hay otro espíritu válido que el Espíritu Santo; pero la palabra *santo* es otro de los términos vedados por el léxico oficial del mexicano. En suma, por espíritu quise indicar lo que hay en el hombre de sobrenatural y es lo único valioso por encima de todo estrecho humanismo y también, por supuesto, más allá de los problemas económicos que son irrecusables pero nunca alcanzarían a normar un criterio de vida noble y cabal.

Para acabar de entender el lema, sin embargo, es preciso recordar la época en que se inventó: el carrancismo había caído desacreditado frente a la cultura, en general por su ramplonería, y en particular por el máximo pecado de haber suprimido, en torpe emulación de lo norteamericano, el antiguo Ministerio de Educación Pública. Fue, pues, indispensable, en consecuencia y como primer paso de una restauración civilizadora, volver a crear el Ministerio de Educación Pública, pero ya no según el plan raquítico de la era porfiriana, reducido al Distrito Federal y los Territorios, sino de manera ancha y generosa, con acción sobre todo el territorio de la patria. Al impulso de esta exigencia, la Universidad empezó a crecer, hasta que fecundada por la Revolución hallóse convertida de hecho en Secretaría y en seguida, por su influjo, provocó la reforma constitucional que trajo a la existencia el primer Ministerio de Educación Pública Federal de nuestra historia. A la Uni-

versidad de entonces, que no se ufanaba de autonomías hipócritas, sino que estuvo bien centralizada bajo el puño de su rector, debe la patria su primer Ministerio de Educación Pública Nacional.

Gustan de olvidar esto los menguados que urdieron su falsa autonomía para desviar la Universidad del movimiento vasconcelista, la página más noble de la historia política universalista, y para terminar, como lo consiguieron, haciendo de la Universidad otro apéndice de la misérrima y confusa burocracia nacional.

De todas maneras, la Universidad dio a luz, con la Secretaría, una hija que pronto la superó en fecundidad y estatura, y a la cual ya nadie disputa el derecho a la vida y la esperanza de que cumpla su misión de ilustrar al pueblo de la República.

En lo espiritual, siguió la Universidad contemplando desde arriba el panorama nacional y lo encontró pequeño. Y así es como, a su propia hija, la Secretaría; le transmitió el escudo que recientemente había creado.

¿Qué es el escudo? El escudo es, en primer lugar, una protesta en contra de aquel pequeñito anhelo que arrodillaba a la juventud en lo que se llamó el altar de la patria jacobina. Altar sin Dios y sin santos. Altar en que muchas veces el caudillo sanguinario ha suplantado al héroe y al santo. Altar que, en todo caso, está cerrado con techos de concreto a la penetración de los efluvios que vienen de lo alto. Y luego, ¿cuál patria?; no la grande que compartimos con nuestros mayores del imperio universal español, sino la muy reducida en el territorio y en la ambición, que es el resultado de los errores del periodo de formación que nos costara la pérdida de Texas y de California. Después de la Revolución, que tantas esperanzas engendró porque no se ligaba con ningún pasado sombrío; porque en sus comienzos no intentaba continuar la Reforma sino rectificar la Reforma, resultaba indispensable provocar el crecimiento del alma nacional. Y ya que no podíamos reconquistar territorios geográficos, no quedaba otro recurso que romper horizontes y ensanchar el espacio ideal por donde el amor, ya que no la fuerza, pudiera conquistar heredades del espíritu, más valiosas a menudo que la disputada soberanía territorial. El paso inmediato, en consecuencia, era obvio: reemprender el esfuerzo ya secular pero abandonado y saboteado por las dictaduras nacionalistas, de ligar nuestro destino con los países de nuestra estirpe española, en el resto del continente.

La independencia del sur, con Bolívar, con San Martín, había engendrado no sólo nacioncitas, a lo liberal británico; también había inventado el anhelo de constituir con los pueblos afines por el lenguaje y la religión, federaciones nacionales poderosas. Nosotros no pudimos

conservar ni siquiera la confianza de Centroamérica, a efecto de haber construido una vigorosa federación del norte, aliada con el grupo disperso de los pueblos ilustres de las Antillas. Todo por culpa de las dictaduras y de la confusión doctrinaria de la Reforma, que en su odio a España, nos deformó el patriotismo subordinado al recorte territorial y a la mentira de una soberanía fingida.

Rota, desde hacía tiempo, nuestra solidaridad con los hermanos de la América española y de España, un sentimiento reducido e intoxicado además de falsas patrioterías, mantuvo en opresión nuestros pechos hasta que la Revolución despertó exigencias nobles, informes. Ensancharlas era el deber de la Universidad. Símbolo gráfico de esta eclosión del alma mexicana, fue el diseño del escudo entonces nuevo, cuya historia estoy describiendo. Consta el escudo de dos elementos inseparables: el mapa de América española que encierra en su fondo, y el lema que le da sentido. Por encima del encuadramiento, un águila y un cóndor reemplazan el águila bifronte del viejo escudo del Imperio Español de nuestros padres. Ahora, en el escudo, el águila representa a nuestro México legendario, y el cóndor recuerda la epopeya colectiva de los pueblos hermanos del continente.

Figurada de esta suerte la unidad de nuestra raza, sólo faltaba pedir al Verbo una expresión que marcara la ruta de los destinos comunes. Me vino ésta, de súbito, y fue la voz de un anhelo que se rehacía en la Universidad y había de retumbar por todos los confines de la lengua: es el lema un compromiso quizás demasiado ambicioso.

Por mi raza hablará el espíritu, es decir, deberemos ser algo que signifique en el mundo. Y en primer lugar dije raza porque la tengo, la tenemos. Nuestra raza, por la sangre, ya se sabe, es doble, pero sólo en México, en el Perú, en el Ecuador, donde hay indios. En el resto de América nuestra raza es una mezcla de base latina, española e italiana que no excluye una sola de las variedades del hombre; ni el negro del Brasil, ni el chino de las costas peruanas. Una raza compuesta que lo será más aún en el futuro. De allí la tesis de la raza cósmica que implícitamente está contenida en el escudo y que hoy anuncian historiadores como Toynbee, como fatal conglomeración humana en todo el planeta. Pero por lo pronto, hay que comenzar recordando que somos latinos. Dentro de lo latino, nos impelen hacia adelante los gérmenes de las más preciadas civilizaciones: el alma helénica y el milagro judío-cristiano, el derecho de la Roma pagana y la obra civilizadora de la Roma católica.

En nuestro abolengo hay nombres envidiados de todas las naciones, como Dante Alighieri, magno poeta de todos los tiempos. En

nuestro pensamiento hay torres como Santo Tomás y San Buenaventura. Y particularmente en la América nuestra, del Paraguay a California, es el cordón franciscano la disciplina de la obra civilizadora que todavía se prolonga y que no hubiera alcanzado realización sin el esfuerzo quijotesco que guió la Conquista. Raza es, en suma, todo lo que somos por el espíritu: la grandeza de Isabel la Católica, la Contrarreforma de Felipe II que nos salvó del calvinismo, la emancipación americana que nos evitó la ocupación inglesa intentada en Buenos Aires y en Cartagena y que, con Bolívar, fijó el carácter español y católico de los pueblos nuevos. Nuestra raza es, asimismo, toda la presente cultura moderna de la Argentina, con el brío constructor de los chilenos, la caballerosidad y galanura de Colombia, y la reciedumbre de los venezolanos. Nuestra raza se expresa en la doctrina política de Lucas Alamán, en los versos de Rubén Darío y en el verbo iluminado de José Martí. Todo esto es lo que el lema contiene y coordina para encaminarlo hacia la grandeza imperial. Nos despierta el emblema el orgullo fecundo y la ambición noble de los pueblos que no se contentan con recibir hecha la historia sino que la engendran, la conforman, le imprimen grandeza. Quise, en fin, dar a los jóvenes por meta, en vez de la patria chica que nos dejó el liberalismo, la patria grande de nuestros parentescos continentales.

Todo esto se halla en el lema que ahora está encomendado a la defensa de vuestros corazones juveniles. Yo estuve en la Universidad como de paso. Me dirigí a ella llevando en el pecho un manojo de las lenguas de fuego del incendio revolucionario. Me cerraban la puerta ancha no sólo los viejos profesores de la dictadura, también los nuevos de la Revolución falsificada. Tuve, por lo mismo, que entrar por la ventana, pero iba del brazo de la aurora. En mi conciencia alentaba la Revolución, que era entonces una moza lozana y garrida, con algo de Minerva en la testa y en el brazo poderes como de Arcángel. Se ha pretendido que era yo entonces distinto del de ahora. Nada más falso. Para mí la Revolución no era una maestra rígida, ni podía serlo puesto que yo era de los encargados de crearle la doctrina. Precisamente tal iba a ser la función de la Universidad: poner claridades en un movimiento social naturalmente informe. Desde entonces sabía que un movimiento social ajeno al sentido religioso de la historia, no podía producir más que miseria y tiranía. Siempre de espaldas al partidarismo político, procuré definir la Revolución como un sistema de creación y de franqueza. Por eso hablé sin recato de inspirar el movimiento social en un doctrinarismo cristiano de tipo que hoy parece mediocre, pero que entonces se hallaba en boga: el tolstoiano. No hay, por lo mismo, dualidad entre mi posición francamente cristiana de entonces, que cons-

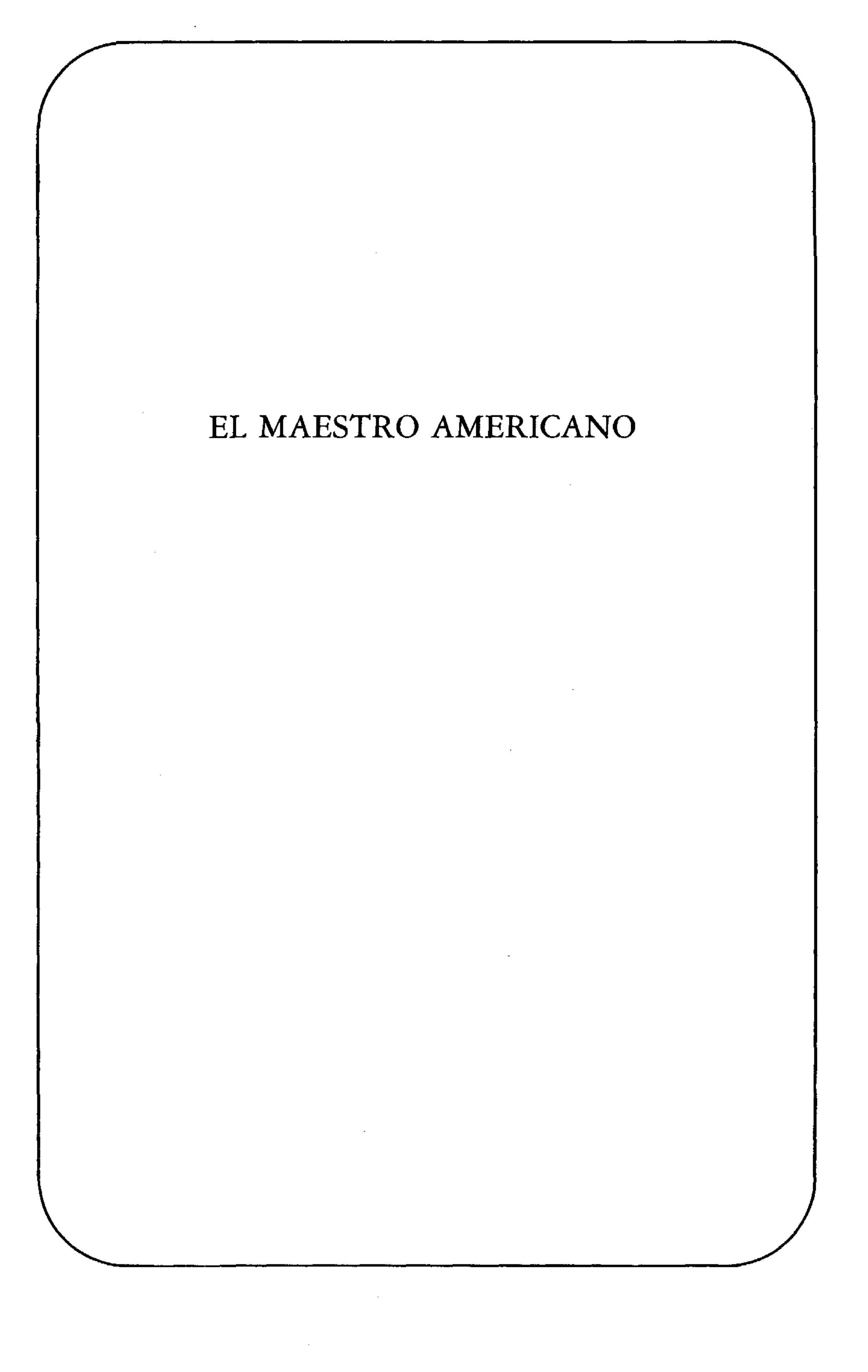
ta en declaraciones públicas que ya en aquella época rasgaban el convencionalismo partidista, y mi posición de ahora, que sostiene la necesidad de encauzar el desarrollo social dentro de las normas estrictas del Evangelio interpretado por las Encíclicas.

Son los logreros de la Revolución los que han inventado la patraña de mis claudicaciones, para dar algún pretexto a la deserción que ellos consuman con su conducta. No volveré a la Universidad ni a la acción pública oficial. La vida del hombre es corta y la tarea es inmensa; sin embargo, realizable para todos aquellos que confían en la Promesa. No sólo no volveré, sino que no volvería a cambio de tener que constreñir mi pensamiento para ajustarlo a los moldes de una ideología burocrática o partidista.

De la Universidad me echaron por fin, por la abertura de los sótanos, pero no en derrota. No volveré en persona, pero la idea que está en el lema siempre hallará un claro por donde entrar. Una y otra vez, volverá a introducirse en las aulas, por el reflejo de las ventanas, cada vez que la Universidad vuelva a estar en primavera.

Jóvenes amigos: Ya muy pronto tendréis que improvisar capitán. Yo os dejo mi bandera. El día es vuestro, actuad con vigor y con prudencia; reservad vuestras fuerzas porque la ruta es larga y muy ardua. Es ley misteriosa del destino, que la conquista del bien ha de costar dolor y sangre; pero el éxito es alterno.

Mañana, en las horas del triunfo, las manos de las nuevas generaciones izarán el asta de otras banderas más gloriosas, bordadas, con las letras de oro de los principios eternos. Mi lábaro no estaba hecho para el lucimiento de los desfiles. Es un airón de combate. Nada importa que lo borren de las placas que escribe la adulación y de los membretes del papeleo burocrático y de los estandartes que encabezan las procesiones del servilismo. Mi encargo es: que el actual escudo, con su lema, lo dejes plantado en la trinchera más expuesta y bajo el fuego tupido de la metralla[5].



EL MAESTRO AMERICANO

LA RAZA COSMICA

(Fragmento, 1925)

PROLOGO

ES TESIS CENTRAL del presente libro que las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano, compuesto con la selección de cada uno de los pueblos existentes. Se publicó por primera vez tal presagio en la época en que prevalecía, en el mundo científico, la doctrina darwinista de la selección natural que salva a los aptos, condena a los débiles; doctrina que llevada al terreno social por Gobineau, dio origen a la teoría del ario puro, defendida por los ingleses, llevada a imposición aberrante por el nazismo.

Contra esta teoría surgieron en Francia biólogos como Leclerc de Sablon y Nöuy, que interpretan la evolución en forma diversa del darwinismo, acaso opuesta al darwinismo. Por su parte, los hechos sociales de los últimos años, muy particularmente el fracaso de la última gran guerra, que a todos dejó disgustados, cuando no arruinados, han determinado una corriente de doctrinas más humanas. Y se da el caso de que aun darwinistas distinguidos, viejos sostenedores del espencerianismo, que desdeñaban a las razas de color y las mestizas, militan hoy en asociaciones internacionales, que como la Unesco, proclaman la necesidad de abolir toda discriminación racial y de educar a todos los hombres en la igualdad, lo que no es otra cosa que la vieja doctrina católica que afirmó la aptitud del indio para los sacramentos y por lo mismo su derecho de casarse con blanca o con amarilla.

Vuelve, pues, la doctrina política reinante a reconocer la legitimidad de los mestizajes y con ello sienta las bases de una fusión interracial reconocida por el Derecho. Si a esto se añade que las comunicaciones modernas tienden a suprimir las barreras geográficas y la educación generalizada, contribuirán a elevar el nivel económico de todos los hombres, y se comprenderá que lentamente irán desapareciendo los obstáculos para la fusión acelerada de las estirpes.

Las circunstancias actuales favorecen, en consecuencia, el desarrollo de las relaciones sexuales interraciales, lo que presta apoyo

inesperado a la tesis que, a falta de nombre mejor, titulé: de la Raza Cósmica futura.

Queda, sin embargo, por averiguar si la mezcla ilimitada e inevitable es un hecho ventajoso para el incremento de la cultura, o si, al contrario, ha de producir decadencias, que ahora, ya no sólo serían nacionales, sino mundiales. Problema que revive la pregunta que se ha hecho a menudo el mestizo: ¿Puede compararse mi aportación a la cultura con la obra de las razas relativamente puras que han hecho la historia hasta nuestros días, los griegos, los romanos, los europeos? Y dentro de cada pueblo, ¿cómo se comparan los períodos de mestizaje con los períodos de homogeneidad racial creadora?

A fin de no extendernos demasiado, nos limitaremos a observar algunos ejemplos:

Comenzando por la raza más antigua de la Historia, la de los egipcios, observaciones recientes han demostrado que fue la egipcia una civilización que avanzó de Sur a Norte, desde el Alto Nilo al Mediterráneo. Una raza bastante blanca y relativamente homogénea creó en torno de Luxor un primer gran imperio floreciente. Guerras y conquistas debilitaron aquel imperio y lo pusieron a merced de la penetración negra, pero el avance hacia el Norte no se interrumpió. Sin embargo, durante una etapa de varios siglos, la decadencia de la cultura fue evidente. Se presume entonces que ya para la época del Segundo Imperio, se había formado una raza nueva, mestiza, con caracteres mezclados de blanco y de negro, que es la que produce el Segundo Imperio, más avanzado y floreciente que el primero. La etapa en que se construyen las pirámides, y en que la civilización egipcia alcanza su cumbre, es una etapa mestiza.

Los historiadores griegos están hoy de acuerdo en que la edad de oro de la cultura helénica aparece como el resultado de una mezcla de razas, en la cual, sin embargo, no se presenta el contraste del negro y el blanco, sino que más bien se trata de una mezcla de razas de color claro. Sin embargo, hubo mezcla de linajes y de corrientes.

La civilización griega decae al extenderse el Imperio con Alejandro y esto facilita la conquista romana. En las tropas de Julio César ya se advierte el nuevo mestizaje romano de galos, españoles, británicos y aun germanos, que colaboran en las hazañas del Imperio y convierten a Roma en centro cosmopolita. Sabido es que hubo emperadores de sangre hispanorromana. De todas maneras, los contrastes no eran violentos, ya que la mezcla en lo esencial era de razas europeas.

Las invasiones de los bárbaros, al mezclarse con los aborígenes, galos, hispanos, celtas, toscanos, producen las nacionalidades europeas, que han sido la fuente de la cultura moderna.

Pasando al Nuevo Mundo vemos que la poderosa nación estadounidense no ha sido otra cosa que crisol de razas europeas. Los negros, en realidad, se han mantenido aparte, en lo que hace a la creación del poderío, sin que deje de tener importancia la penetración espiritual que han consumado a través de la música, el baile y no pocos aspectos de la sensibilidad artística.

Después de los Estados Unidos la nación de más vigoroso empuje es la República Argentina, en donde se repite el caso de una mezcla de razas afines, todas de origen europeo, con predominio del tipo mediterráneo, al revés de los Estados Unidos, en donde predomina el nórdico.

Resulta entonces fácil afirmar que es fecunda la mezcla de los linajes similares y que es dudosa la mezcla de tipos muy distantes según ocurrió en el trato de españoles y de indígenas americanos. El atraso de los pueblos hispanoamericanos, donde predomina el elemento indígena, es difícil de explicar, como no sea remontándonos al primer ejemplo citado de la civilización egipcia. Sucede que el mestizaje de factores muy disímiles tarda mucho tiempo en plasmar. Entre nosotros, el mestizaje se suspendió antes de que acabase de estar formado el tipo racial, con motivo de la exclusión de los españoles, decretada con posterioridad a la Independencia. En pueblos como Ecuador o el Perú, la pobreza del terreno, además de los motivos políticos, contuvo la inmigración española.

En todo caso, la conclusión más optimista que se puede derivar de los hechos observados es que aun los mestizajes más contradictorios pueden resolverse benéficamente siempre que el factor espiritual contribuya a levantarlos. En efecto, la decadencia de los pueblos asiáticos es atribuible a su aislamiento, pero también, y sin duda, en primer término, al hecho de que no han sido cristianizados. Una religión como la cristiana hizo avanzar a los indios americanos, en pocas centurias, desde el canibalismo hasta la relativa civilización.

EL MESTIZAJE

ORIGEN Y OBJETO DEL CONTINENTE. LATINOS Y SAJONES PROBABLE MISION DE AMBAS RAZAS. LA QUINTA RAZA O RAZA COSMICA

I

OPINAN GEOLOGOS autorizados que el continente americano contiene algunas de las más antiguas zonas del mundo. La masa de los Andes es, sin duda, tan vieja como la que más del planeta. Y si la tierra es antigua, también las trazas de vida y de cultura humana se remontan adonde no alcanzan los cálculos. Las ruinas arquitectónicas de mayas, quechuas y toltecas legendarios son testimonio de vida civilizada anterior a las más viejas fundaciones de los pueblos del Oriente y de Europa. A medida que las investigaciones progresan, se afirma la hipótesis de la Atlántida, como cuna de una civilización que hace millares de años floreció en el continente desaparecido y en parte de lo que es hoy América. El pensamiento de la Atlántida evoca el recuerdo de sus antecedentes misteriosos. El continente hiperbóreo desaparecido, sin dejar otras huellas que los rastros de vida y de cultura que a veces se descubren bajo las nieves de Groenlandia; los lemurianos o raza negra del Sur; la civilización atlántida de los hombres rojos; en seguida la aparición de los amarillos, y por último, la civilización de los blancos. Explica mejor el proceso de los pueblos esta profunda hipótesis legendaria que las elucubraciones de paleontólogos como Ameghino, que ponen el origen del hombre en la Patagonia, una tierra que desde luego se sabe es de formación geológica reciente. En cambio, la versión de los Imperios étnicos de la prehistoria se afirma extraordinariamente con la teoría de Wegener de la traslación de los continentes. Según esta tesis, todas las tierras estaban unidas, formando un solo continente, que se ha ido disgregando. Es entonces fácil suponer que en determinada región de una masa continua se desarrollaba una raza que después de progresar y decaer era sustituida por otra, en vez de recurrir a la hipótesis de las emigraciones de un continente a otro por medio de puentes

desaparecidos. También es curioso advertir otra coincidencia de la antigua tradición con los datos más modernos de la geología, pues según el mismo Wegener, la comunicación entre Australia, la India y Madagascar se interrumpió antes que la comunicación entre la América del Sur y el Africa. Lo cual equivale a confirmar que el sitio de la civilización lemuriana desapareció antes de que floreciera la Atlántida, y también que el último continente desaparecido es la Atlántida, puesto que las exploraciones científicas han venido a demostrar que es el Atlántico el mar de formación más reciente.

Confundidos más o menos los antecedentes de esta teoría en una tradición tan oscura como rica de sentido, queda, sin embargo, viva la leyenda de una civilización nacida de nuestros bosques o derramada hasta ellos después de un poderoso crecimiento, y cuyas huellas están aún visibles en Chichén Itza y en Palenque y en todos los sitios donde perdura el misterio atlante. El misterio de los hombres rojos que después de dominar el mundo, hicieron grabar los preceptos de su sabiduría en la tabla de Esmeralda, alguna maravillosa esmeralda colombiana, que a la hora de las conmociones telúricas fue llevada al Egipto, donde Hermes y sus adeptos conocieron y transmitieron sus secretos.

Si, pues, somos antiguos geológicamente y también en lo que respecta a la tradición, ¿cómo podremos seguir aceptando esta ficción inventada por nuestros padres europeos, de la novedad de un continente que existía desde antes de que apareciese la tierra de donde procedían descubridores y reconquistadores?

La cuestión tiene una importancia enorme para quienes se empeñan en buscar un plan en la Historia. La comprobación de la gran antigüedad de nuestro continente parecerá ociosa a los que no ven en los sucesos sino una cadena fatal de repeticiones sin objeto. Con pereza contemplaríamos la obra de la civilización contemporánea si los palacios toltecas no nos dijesen otra cosa que el que las civilizaciones pasan sin dejar más fruto que unas cuantas piedras labradas puestas unas sobre otras, o formando techumbre de bóveda arqueada, o de dos superficies que se encuentran en ángulo. ¿A qué volver a comenzar, si dentro de cuatro o cinco mil años otros nuevos emigrantes divertirán sus ocios cavilando sobre los restos de nuestra trivial arquitectura contemporánea? La historia científica se confunde y deja sin respuesta todas estas cavilaciones. La historia empírica, enferma de miopía, se pierde en el detalle, pero no acierta a determinar un solo antecedente de los tiempos históricos. Huye de las conclusiones generales, de las hipótesis trascendentales, pero cae en la puerilidad de la descripción de los utensilios y de los índices cefálicos y tantos otros pormenores, me-

ramente externos, que carecen de importancia si se les desliga de una teoría vasta y comprensiva.

Sólo un salto del espíritu, nutrido de datos, podrá darnos una visión que nos levante por encima de la microideología del especialista. Sondeamos entonces en el conjunto de los sucesos para descubrir en ellos una dirección, un ritmo y un propósito. Y justamente allí donde nada descubre el analista, el sintetizador y el creador se iluminan.

Ensayemos, pues, explicaciones, no con fantasía de novelista, pero sí con una intuición que se apoya en los datos de la historia y la ciencia.

La raza que hemos convenido en llamar atlántida prosperó y decayó en América. Después de un extraordinario florecimiento, tras de cumplir su ciclo, terminada su misión particular, entró en silencio y fue decayendo hasta quedar reducida a los menguados imperios azteca e inca, indignos totalmente de la antigua y superior cultura. Al decaer los atlantes, la civilización intensa se trasladó a otros sitios y cambió de estirpe; deslumbró en Egipto; se ensanchó en la India y en Grecia injertando en razas nuevas. El ario, mezclándose con los dravidios, produjo el indostán, y a la vez, mediante otras mezclas, creó la cultura helénica. En Grecia se funda el desarrollo de la civilización occidental o europea, la civilización blanca, que al expandirse llegó hasta las playas olvidadas del continente americano para consumar una obra de recivilización y repoblación. Tenemos entonces las cuatro etapas y los cuatro troncos: el negro, el indio, el mogol y el blanco. Este último, después de organizarse en Europa, se ha convertido en invasor del mundo, y se ha creído llamado a predominar lo mismo que lo creyeron las razas anteriores, cada una en la época de su poderío. Es claro que el predominio del blanco será también temporal, pero su misión es diferente de la de sus predecesores; su misión es servir de puente. El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse. La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado.

La cultura del blanco es emigradora; pero no fue Europa en conjunto la encargada de iniciar la reincorporación del mundo rojo a las modalidades de la cultura preuniversal, representada, desde hace siglos, por el blanco. La misión trascendental correspondió a las dos más audaces ramas de la familia europea; a los dos tipos humanos más fuertes y más disímiles: el español y el inglés.

Desde los primeros tiempos, desde el descubrimiento y la conquista, fueron castellanos y británicos, o latinos y sajones, para incluir

por una parte a los portugueses y por otra al holandés, los que consumaron la tarea de iniciar un nuevo período de la Historia conquistando y poblando el hemisferio nuevo. Aunque ellos mismos solamente se hayan sentido colonizadores, trasplantadores de cultura, en realidad establecían las bases de una etapa de general y definitiva transformación. Los llamados latinos, poseedores de genio y de arrojo, se apoderaron de las mejores regiones, de las que creyeron más ricas, y los ingleses, entonces, tuvieron que conformarse con lo que les dejaban gentes más aptas que ellos. Ni España ni Portugal permitían que a sus dominios se acercase el sajón, ya no digo para guerrear, ni siquiera para tomar parte en el comercio. El predominio latino fue indiscutible en los comienzos. Nadie hubiera sospechado, en los tiempos del laudo papal que dividió el Nuevo Mundo entre Portugal y España, que unos siglos más tarde, ya no sería el Nuevo Mundo portugués ni español, sino más bien inglés. Nadie hubiera imaginado que los humildes colonos de Hudson y el Delaware, pacíficos y hacendosos, se irían apoderando paso a paso de las mejores y mayores extensiones de la tierra, hasta formar la República que hoy constituye uno de los mayores imperios de la Historia.

Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la derrota de Trafalgar. Sólo que desde entonces el sitio del conflicto comienza a desplazarse y se traslada al continente nuevo, donde tuvo todavía episodios fatales. Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes pero lógicos de las catástrofes de la Invencible y de Trafalgar. Y el conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo. En la Historia, los siglos suelen ser como días; nada tiene de extraño que no acabemos todavía de salir de la impresión de la derrota. Atravesamos épocas de desaliento, seguimos perdiendo, no sólo en soberanía geográfica, sino también en poderío moral. Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines. La derrota nos ha traído la confusión de los valores y los conceptos; la diplomacia de los vencedores nos engaña después de vencernos; el comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas. Despojados de la antigua grandeza, nos ufanamos de un patriotismo exclusivamente nacional, y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto. Nos negamos los unos a los otros. La derrota nos ha envilecido a tal punto, que, sin darnos cuenta, servimos los fines de la política enemiga, de batirnos en detalle, de ofrecer ventajas particulares a cada uno de nuestros hermanos, mientras al otro se le sacrifica en intereses vitales. No

sólo nos derrotaron en el combate, ideológicamente también nos siguen venciendo. Se perdió la mayor de las batallas el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos, concertando tratados y recibiendo beneficios falsos, sin atender a los intereses comunes de la raza. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival en la posesión del continente. El despliegue de nuestras veinte banderas de la Unión Panamericana de Washington deberíamos verlo como una burla de enemigos hábiles. Sin embargo, nos ufanamos, cada uno, de nuestro humilde trapo, que dice ilusión vana, y ni siquiera nos ruboriza el hecho de nuestra discordia delante de la fuerte unión norteamericana. No advertimos el contraste de la unidad sajona frente a la anarquía y soledad de los escudos iberoamericanos. Nos mantenemos celosamente independientes respecto de nosotros mismos; pero de una o de otra manera nos sometemos o nos aliamos con la Unión sajona. Ni siquiera se ha podido lograr la unidad nacional de los cinco pueblos centroamericanos, porque no ha querido darnos su venia un extraño, y porque nos falta el patriotismo verdadero que sacrifique el presente al porvenir. Una carencia de pensamiento creador y un exceso de afán crítico, que por cierto tomamos prestado de otras culturas, nos lleva a discusiones estériles, en las que tan pronto se niega o se afirma la comunidad de nuestras aspiraciones; pero no advertimos que a la hora de obrar, y pese a todas las dudas de los sabios ingleses, el inglés busca la alianza de sus hermanos de América y de Australia, y entonces el yanqui se siente tan inglés como el inglés en Inglaterra. Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España. Lo cual no impide que seamos distintos cada vez que sea necesario, pero sin apartarnos de la más alta misión común. Así es menester que procedamos, si hemos de lograr que la cultura ibérica acabe de dar todos sus frutos, si hemos de impedir que en la América triunfe sin oposición la cultura sajona. Inútil es imaginar otras soluciones. La civilización no se improvisa ni se trunca, ni puede hacerse partir del papel de una constitución política; se deriva siempre de una larga, de una secular preparación y depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la Historia. Por eso resulta tan torpe hacer comenzar nuestro patriotismo con el grito de independencia del padre Hidalgo, o con la conspiración de Quito; o con las hazañas de Bolívar, pues si no lo arraigamos en Cuauhtémoc y en Atahualpa no tendrá sostén, y al mismo tiempo es necesario remontarlo a su fuente hispánica y educarlo en las enseñanzas que deberíamos derivar de las derrotas, que son también nuestras, de las

derrotas de la Invencible y de Trafalgar. Si nuestro patriotismo no se identifica con las diversas etapas del viejo conflicto de latinos y sajones, jamás lograremos que sobrepase los caracteres de un regionalismo sin aliento universal y lo veremos fatalmente degenerar en estrechez y miopía de campanario y en inercia impotente de molusco que se apega a su roca.

Para no tener que renegar alguna vez de la patria misma es menester que vivamos conforme al alto interés de la raza, aun cuando éste no sea todavía el más alto interés de la Humanidad. Es claro que el corazón sólo se conforma con un internacionalismo cabal; pero en las actuales circunstancias del mundo, el internacionalismo sólo serviría para acabar de consumar el triunfo de las naciones más fuertes; serviría exclusivamente a los fines del inglés. Los mismos rusos, con sus doscientos millones de población, han tenido que aplazar su internacionalismo teórico, para dedicarse a apoyar nacionalidades oprimidas como la India y Egipto. A la vez han reforzado su propio nacionalismo para defenderse de una desintegración que sólo podría favorecer a los grandes Estados imperialistas. Resultaría, pues, infantil que pueblos débiles como los nuestros se pusieran a renegar de todo lo que les es propio, en nombre de propósitos que no podrían cristalizar en realidad. El estado actual de la civilización nos impone todavía el patriotismo como una necesidad de defensa de intereses materiales y morales, pero es indispensable que ese patriotismo persiga finalidades vastas y trascendentales. Su misión se truncó en cierto sentido con la Independencia, y ahora es menester devolverlo al cauce de su destino histórico universal.

En Europa se decidió la primera etapa del profundo conflicto y nos tocó perder. Después, así que todas las ventajas estaban de nuestra parte en el Nuevo Mundo, ya que España había dominado la América, la estupidez napoleónica fue causa de que la Luisiana se entregara a los ingleses del otro lado del mar, a los yanquis, con lo que se decidió en favor del sajón la suerte del Nuevo Mundo. El "*genio de la guerra*" no miraba más allá de las miserables disputas de fronteras entre los estaditos de Europa y no se dio cuenta de que la causa de la latinidad, que él pretendía representar, fracasó el mismo día de la proclamación del Imperio por el solo hecho de que los destinos comunes quedaron confiados a un incapaz. Por otra parte, el prejuicio europeo impidió ver que en América estaba ya planteado, con caracteres de universalidad, el conflicto que Napoleón no pudo ni concebir en toda su trascendencia. La tontería napoleónica no pudo sospechar que era en el Nuevo Mundo donde iba a decidirse el destino de las razas de Europa, y al destruir de la manera más inconsciente el poderío francés de la América debilitó

también a los españoles; nos traicionó, nos puso a merced del enemigo común. Sin Napoleón no existirían los Estados Unidos como imperio mundial, y la Luisiana, todavía francesa, tendría que ser parte de la Confederación Latinoamericana. Trafalgar entonces hubiese quedado burlado. Nada de esto se pensó siquiera, porque el destino de la raza estaba en manos de un necio; porque el cesarismo es el azote de la raza latina.

La traición de Napoleón a los destinos mundiales de Francia hirió también de muerte al Imperio español de América en los instantes de su mayor debilidad. Las gentes de habla inglesa se apoderan de la Luisiana sin combatir y reservando sus pertrechos para la ya fácil conquista de Texas y California. Sin la base del Misisipí, los ingleses, que se llaman asimismo yanquis por una simple riqueza de expresión, no hubieran logrado adueñarse del Pacífico, no serían hoy los amos del continente, se habrían quedado en una especie de Holanda trasplantada a la América, y el Nuevo Mundo sería español y francés. Bonaparte lo hizo sajón.

Claro que no sólo las causas externas, los tratados, la guerra y la política resuelven el destino de los pueblos. Los Napoleones no son más que membrete de vanidades y corrupciones. La decadencia de las costumbres, la pérdida de las libertades públicas y la ignorancia general causan el efecto de paralizar la energía de toda una raza en determinadas épocas.

Los españoles fueron al Nuevo Mundo con el brío que les sobraba después del éxito de la Reconquista. Los hombres libres que se llamaron Cortés y Pizarro y Alvarado y Belalcázar no eran césares ni lacayos, sino grandes capitanes que al ímpetu destructivo adunaban el genio creador. En seguida de la victoria trazaban el plano de las nuevas ciudades y redactaban los estatutos de su fundación. Más tarde, a la hora de las agrias disputas con la metrópoli, sabían devolver injuria por injuria, como lo hizo uno de los Pizarros en un célebre juicio. Todos ellos se sentían los iguales ante el rey, como se sintió el Cid, como se sentían los grandes escritores del siglo de oro, como se sienten en las grandes épocas todos los hombres libres.

Pero a medida que la conquista se consumaba, toda la nueva organización iba quedando en manos de cortesanos y validos del monarca. Hombres incapaces ya no digo de conquistar, ni siquiera de defender lo que otros conquistaron con talento y arrojo. Palaciegos degenerados, capaces de oprimir y humillar al nativo, pero sumisos al poder real, ellos y sus amos no hicieron otra cosa que echar a perder la obra del genio español en América. La obra portentosa iniciada por los férreos conquistadores y consumada por los sabios y abnegados misioneros fue quedando anulada. Una serie de monarcas extranjeros, tan justiciera-

mente pintados por Velázquez y Goya, en compañía de enanos, bufones y cortesanos, consumaron el desastre de la administración colonial. La manía de imitar al Imperio romano, que tanto daño ha causado lo mismo en España que en Italia y en Francia; el militarismo y el absolutismo, trajeron la decadencia en la misma época en que nuestros rivales, fortalecidos por la virtud, crecían y se ensanchaban en libertad.

Junto con la fortaleza material se les desarrolló el ingenio práctico, la intuición del éxito. Los antiguos colonos de Nueva Inglaterra y de Virginia se separaron de Inglaterra, pero sólo para crecer mejor y hacerse más fuertes. La separación política nunca ha sido entre ellos obstáculo para que en el asunto de la común misión étnica se mantengan unidos y acordes. La emancipación, en vez de debilitar a la gran raza, la bifurcó, la multiplicó, la desbordó poderosa sobre el mundo; desde el núcleo imponente de uno de los más grandes Imperios que han conocido los tiempos. Y ya desde entonces, lo que no conquista el inglés en las Islas, se lo toma y lo guarda el inglés del nuevo continente.

En cambio, nosotros los españoles, por la sangre, o por la cultura, a la hora de nuestra emancipación comenzamos por renegar de nuestras tradiciones; rompimos con el pasado y no faltó quien renegara la sangre diciendo que hubiera sido mejor que la conquista de nuestras regiones la hubiesen consumado los ingleses. Palabras de traición que se excusan por el asco que engendra la tiranía, y por la ceguedad que trae la derrota. Pero perder por esta suerte el sentido histórico de una raza equivale a un absurdo, es lo mismo que negar a los padres fuertes y sabios cuando somos nosotros mismos, no ellos, los culpables de la decadencia.

De todas maneras las pérdidas desespañolizantes y el inglesamiento correlativo, hábilmente difundido por los mismos ingleses, pervirtió nuestros juicios desde el origen: nos hizo olvidar que en los agravios de Trafalgar también tenemos parte. La injerencia de oficiales ingleses en los Estados Mayores de los guerreros de la Independencia hubiera acabado por deshonrarnos, si no fuese porque la vieja sangre altiva revivía ante la injuria y castigaba a los piratas de Albión cada vez que se acercaban con el propósito de consumar un despojo. La rebeldía ancestral supo responder a cañonazos lo mismo en Buenos Aires que en Veracruz, en La Habana, o en Campeche y Panamá, cada vez que el corsario inglés, disfrazado de pirata para eludir las responsabilidades de un fracaso, atacaba, confiado en lograr, si vencía, un puesto de honor en la nobleza británica.

A pesar de esta firme cohesión ante un enemigo invasor, nuestra guerra de Independencia se vio amenguada por el provincialismo y por

la ausencia de planes trascendentales. La raza que había soñado con el imperio del mundo, los supuestos descendientes de la gloria romana, cayeron en la pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de principado, alentadas por almas que en cada cordillera veían un muro y no una cúspide. Glorias balcánicas soñaron nuestros emancipadores, con la ilustre excepción de Bolívar, y Sucre y Petion el negro, y media docena más, a lo sumo. Pero los otros, obsesionados por el concepto local y enredados en una confusa fraseología seudorrevolucionaria, sólo se ocuparon en empequeñecer un conflicto que pudo haber sido el principio del despertar de un continente. Dividir, despedazar el sueño de un gran poderío latino, tal parecía ser el propósito de ciertos prácticos ignorantes que colaboraron en la Independencia, y dentro de ese movimiento merecen puesto de honor; pero no supieron, no quisieron ni escuchar las advertencias geniales de Bolívar.

Claro que en todo proceso social hay que tener en cuenta las causas profundas, inevitables, que determinan un momento dado. Nuestra geografía, por ejemplo, era y sigue siendo un obstáculo de la unión; pero si hemos de dominarlo, será menester que antes pongamos en orden al espíritu, depurando las ideas y señalando orientaciones precisas. Mientras no logremos corregir los conceptos, no será posible que obremos sobre el medio físico en tal forma que lo hagamos servir a nuestro propósito.

En México, por ejemplo, fuera de Mina, casi nadie pensó en los intereses del continente; peor aun, el patriotismo vernáculo estuvo enseñando, durante un siglo, que triunfamos de España gracias al valor indomable de nuestros soldados, y casi ni se mencionan las Cortes de Cádiz, ni el levantamiento contra Napoleón, que electrizó a la raza, ni las victorias y martirios de los pueblos hermanos del continente. Este pecado, común a cada una de nuestras patrias, es resultado de épocas en que la Historia se escribe para halagar a los déspotas. Entonces la patriotería no se conforma con presentar a sus héroes como unidades de un movimiento continental, y los presenta autónomos, sin darse cuenta que al obrar de esta suerte los empequeñece en vez de agrandarlos.

Se explican también estas aberraciones porque el elemento indígena no se había fusionado, no se ha fusionado aún en su totalidad, con la sangre española; pero esta discordia es más aparente que real. Háblase al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no opondrá el menor reparo; dígasele que nuestra cultura es española y en seguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida: huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular. Y no hay otro recurso. Los mismos indios

puros están españolizados, están latinizados, como está latinizado el ambiente. Dígase lo que se quiera, los rojos, los ilustres atlantes de quienes viene el indio, se durmieron hace millares de años para no despertar. En la Historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va. Esta verdad rige lo mismo en los tiempos bíblicos que en los nuestros, todos los historiadores antiguos la han formulado. Los días de los blancos puros, los vencedores de hoy, están tan contados como lo estuvieron los de sus antecesores. Al cumplir su destino de mecanizar el mundo, ellos mismos han puesto, sin saberlo, las bases de un período nuevo, el período de la fusión y la mezcla de todos los pueblos. El indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina. También el blanco tendrá que deponer su orgullo, y buscará progreso y redención posterior en el alma de sus hermanos de las otras castas, y se confundirá y se perfeccionará en cada una de las variedades superiores de la especie, en cada una de las modalidades que tornan múltiple la revelación y más poderoso el genio.

En el proceso de nuestra misión étnica, la guerra de emancipación de España significa una crisis peligrosa. No quiero decir con esto que la guerra no debió hacerse ni que no debió triunfar. En determinadas épocas el fin trascendente tiene que quedar aplazado; la raza espera, en tanto que la patria urge, y la patria es el presente inmediato e indispensable. Era imposible seguir dependiendo de un cetro que de tropiezo en tropiezo y de descalabro en bochorno había ido bajando hasta caer en las manos sin honra de un Fernando VII. Se pudo haber tratado en las Cortes de Cádiz para organizar una libre Federación Castellana; no se podía responder a la Monarquía sino batiéndole sus enviados. En este punto la visión de Mina fue cabal: implantar la libertad en el Nuevo Mundo y derrocar después la Monarquía en España. Ya que la imbecilidad de la época impidió que se cumpliera este genial designio, procuremos al menos tenerlo presente. Reconozcamos que fue una desgracia no haber procedido con la cohesión que demostraron los del Norte; la raza prodigiosa, a la que solemos llenar de improperios, sólo porque nos ha ganado cada partida de la lucha secular. Ella triunfa porque aduna sus capacidades prácticas con la visión clara de un gran destino. Conserva presente la intuición de una misión histórica definida, en tanto que nosotros nos perdemos en el laberinto de quimeras verbales. Parece que Dios mismo conduce los pasos del sajonismo, en tanto que nosotros nos matamos por el dogma o nos proclamamos ateos. ¡Cómo deben de reír de nuestros desplantes y vanidades latinas

estos fuertes constructores de imperios! Ellos no tienen en la mente el lastre ciceroniano de la fraseología, ni en la sangre los instintos contradictorios de la mezcla de razas disímiles; *pero cometieron el pecado de destruir esas razas, en tanto que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanzas de una misión sin precedente en la Historia.*

De aquí que los tropiezos adversos no nos inclinen a claudicar; vagamente sentimos que han de servirnos para descubrir nuestra ruta. Precisamente, en las diferencias encontramos el camino; si no más imitamos, perdemos; si descubrimos, si creamos, triunfaremos. La ventaja de nuestra tradición es que posee mayor facilidad de simpatía con los extraños. Esto implica que nuestra civilización, con todos sus defectos, puede ser la elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todos los hombres. En ella se prepara de esta suerte la trama, el múltiple y rico plasma de la Humanidad futura. Comienza a advertirse este mandato de la Historia en esa abundancia de amor que permitió a los españoles crear una raza nueva con el indio y con el negro; prodigando la estirpe blanca a través del soldado que engendraba familia indígena y la cultura de Occidente por medio de la doctrina y el ejemplo de los misioneros que pusieron al indio en condiciones de penetrar en la nueva etapa, la etapa del mundo Uno. La colonización española creó mestizaje; esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir. El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco, y exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica, más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia. Equivale, en grande, a los matrimonios incestuosos de los faraones, que minaron la virtud de aquella raza, y contradice el fin ulterior de la Historia, que es lograr la fusión de los pueblos y las culturas. Hacer un mundo inglés; exterminar a los rojos, para que en toda la América se renueve el norte de Europa, hecho de blancos puros, no es más que repetir el proceso victorioso de una raza vencedora. Ya esto lo hicieron los rojos; lo han hecho o lo han intentado todas las razas fuertes y homogéneas; pero eso no resuelve el problema humano; para un objetivo tan menguado no se quedó en reserva cinco mil años la América. El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes.

Y se engendrará de tal suerte el tipo síntesis que ha de juntar los tesoros de la Historia, para dar expresión al anhelo total del mundo.

Los pueblos llamados latinos, por haber sido más fieles a su misión divina de América, son los llamados a consumarla. Y tal fidelidad al oculto designio es la garantía de nuestro triunfo.

En el mismo período caótico de la Independencia, que tantas censuras merece, se advierten, sin embargo, vislumbres de ese afán de universalidad que ya anuncia el deseo de fundir lo humano en un tipo universal y sintético. Desde luego, Bolívar, en parte porque se dio cuenta del peligro en que caíamos, repartidos en nacionalidades aisladas, y también por su don de profecía, formuló aquel plan de federación iberoamericana que ciertos necios todavía hoy discuten.

Y si los demás caudillos de la independencia latinoamericana, en general, no tuvieron un concepto claro del futuro, si es verdad que, llevados del provincialismo, que hoy llamamos patriotismo, o de la limitación, que hoy se titula soberanía nacional, cada uno se preocupó no más que de la suerte inmediata de su propio pueblo, también es sorprendente observar que casi todos se sintieron animados de un sentimiento humano universal que coincide con el destino que hoy asignamos al continente iberoamericano. Hidalgo, Morelos, Bolívar, Petion el haitiano, los argentinos en Tucumán, Sucre, todos se preocuparon de libertar a los esclavos, de declarar la igualdad de todos los hombres por derecho natural; la igualdad social y cívica de los blancos, negros e indios. En un instante de crisis histórica, formularon la misión trascendental asignada a aquella zona del globo: misión de fundir étnica y espiritualmente a las gentes.

De tal suerte se hizo en el bando latino lo que nadie ni pensó hacer en el continente sajón. Allí siguió imperando la tesis contraria, el propósito confesado o tácito de limpiar la tierra de indios, mogoles y negros, para mayor gloria y ventura del blanco. En realidad, desde aquella época quedaron bien definidos los sistemas que, perdurando hasta la fecha, colocan en campos sociológicos opuestos a las dos civilizaciones: la que quiere el predominio exclusivo del blanco, y la que está formando una raza nueva, raza de síntesis, que aspira a englobar y expresar todo lo humano en maneras de constante superación. Si fuese menester aducir pruebas, bastaría observar la mezcla creciente y espontánea que en todo el continente latino se opera entre todos los pueblos, y por la otra parte, la línea inflexible que separa al negro del blanco en los Estados Unidos, y las leyes, cada vez más rigurosas, para la exclusión de los japoneses y chinos de California.

Los llamados latinos, tal vez porque desde un principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, per-

sisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueren las opiniones que a este respecto se emitan, y aun la repugnancia que el prejuicio nos causa, lo cierto es que se ha producido y se sigue consumando la mezcla de sangres. Y es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana. Ocurrirá algunas veces, y ha ocurrido ya, en efecto, que la competencia económica nos obligue a cerrar nuestras puertas, tal como lo hace el sajón, a una desmedida irrupción de orientales. Pero al proceder de esta suerte, nosotros no obedecemos más que a razones de orden económico; reconocemos que no es justo que pueblos como el chino, que bajo el santo consejo de la moral confuciana se multiplican como los ratones, vengan a degradar la condición humana, justamente en los instantes en que comenzamos a comprender que la inteligencia sirve para refrenar y regular bajos instintos zoológicos, contrarios a un concepto verdaderamente religioso de la vida. Si los rechazamos es porque el hombre, a medida que progresa, se multiplica menos y siente el horror del número, por lo mismo que ha llegado a estimar la calidad. En los Estados Unidos rechazan a los asiáticos, por el mismo temor del desbordamiento físico propio de las especies superiores; pero también lo hacen porque no les simpatiza el asiático, porque lo desdeñan y serían incapaces de cruzarse con él. Las señoritas de San Francisco se han negado a bailar con oficiales de la marina japonesa, que son hombres tan aseados, inteligentes y, a su manera, tan bellos, como los de cualquiera otra marina del mundo. Sin embargo, ellas jamás comprenderán que un japonés pueda ser bello. Tampoco es fácil convencer al sajón de que si el amarillo y el negro tienen su tufo, también el blanco lo tiene para el extraño, aunque nosotros no nos demos cuenta de ello. En la América Latina existe, pero infinitamente más atenuada, la repulsión de una sangre que se encuentra con otra sangre extraña. Allí hay mil puentes para la fusión sincera y cordial de todas las razas. El amurallamiento étnico de los del Norte frente a la simpatía mucho más fácil de los del Sur, tal es el dato más importante y a la vez el más favorable para nosotros, si se reflexiona, aunque sea superficialmente, en el porvenir. Pues se verá en seguida que somos nosotros de mañana, en tanto que ellos van siendo de ayer. Acabarán de formar los yanquis el último gran imperio de una sola raza: el imperio final del poderío blanco. Entre tanto, nosotros seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mejor. En la América española ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particu-

lares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.

Para acercarnos a este propósito sublime es preciso ir creando, como si dijéramos, el tejido celular que ha de servir de carne y sostén a la nueva aparición biológica. Y a fin de crear ese tejido proteico, maleable, profundo, etéreo y esencial, será menester que la raza iberoamericana se penetre de su misión y la abrace como un misticismo.

Quizá no haya nada inútil en los procesos de la Historia; nuestro mismo aislamiento material y el error de crear naciones nos ha servido, junto con la mezcla original de la sangre, para no caer en la limitación sajona de constituir castas de raza pura. La Historia demuestra que estas selecciones prolongadas y rigurosas dan tipos de refinamiento físico, curiosos, pero sin vigor; bellos con una extraña belleza, como la de la casta brahmánica milenaria, pero a la postre decadente. Jamás se ha visto que aventajen a los otros hombres ni en talento, ni en bondad, ni en vigor. El camino que hemos iniciado nosotros es mucho más atrevido, rompe los prejuicios antiguos, y casi no se explicaría, si no se fundase en una suerte de clamor que llega de una lejanía remota, que no es la del pasado, sino la misteriosa lejanía de donde vienen los presagios del porvenir.

Si la América Latina fuese no más otra España, en el mismo grado que los Estados Unidos son otra Inglaterra, entonces la vieja lucha de las dos estirpes no haría otra cosa que repetir sus episodios en la tierra más vasta, y uno de los dos rivales acabaría por imponerse y llegaría a prevalecer. Pero no es ésta la ley natural de los choques, ni en la mecánica ni en la vida. La oposición y la lucha, particularmente cuando ellas se trasladan al campo del espíritu, sirven para definir mejor los contrarios, para llevar a cada uno a la cúspide de su destino, y, a la postre, para sumarlos en una común y victoriosa superación.

La misión del sajón se ha cumplido más pronto que la nuestra, porque era más inmediata y ya conocida en la Historia; para cumplirla no había más que seguir el ejemplo de otros pueblos victoriosos. Meros continuadores de Europa, en la región del continente que ellos ocuparon, los valores del blanco llegaron al cenit. He ahí por qué la historia de Norteamérica es como un ininterrumpido y vigoroso *allegro* de marcha triunfal.

¡Cuán distintos los sones de la formación iberoamericana! Semejan el profundo *scherzo* de una sinfonía infinita y honda: voces que traen

acentos de la Atlántida; abismos contenidos en la pupila del hombre rojo, que supo tanto, hace tantos miles de años, y ahora parece que se ha olvidado de todo. Se parece su alma al viejo cenote maya, de aguas verdes, profundas, inmóviles, en el centro del bosque, desde hace tantos siglos que ya ni su leyenda perdura. Y se remueve esta quietud de infinito con la gota que en nuestra sangre pone el negro, ávido de dicha sensual, ebrio de danzas y desenfrenadas lujurias. Asoma también el mogol con el misterio de su ojo oblicuo, que toda cosa la mira conforme a un ángulo extraño, que descubre no sé qué pliegues y dimensiones nuevas. Interviene asimismo la mente clara del blanco, parecida a su tez y a su ensueño. Se revelan estrías judaicas que se escondieron en la sangre castellana desde los días de la cruel expulsión; melancolías del árabe, que son un dejo de la enfermiza sensualidad musulmana; ¿quién no tiene algo de todo esto o no desea tenerlo todo? He ahí al hindú, que también llegará, que ha llegado ya por el espíritu, y aunque es el último en venir parece el más próximo pariente. Tantos que han venido y otros más que vendrán, y así se nos ha de ir haciendo un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene, y se conmueve; pero henchido de vigor, impone leyes nuevas al mundo. Y presentimos como otra cabeza, que dispondrá de todos los ángulos, para cumplir el prodigio de superar a la esfera.

II

Después de examinar las potencialidades remotas y próximas de la raza mixta que habita el continente iberoamericano y el destino que la lleva a convertirse en la primera raza síntesis del globo, se hace necesario investigar si el medio físico en que se desarrolla dicha estirpe corresponde a los fines que le marca su biótica. La extensión de que ya dispone es enorme; no hay, desde luego, problema de superficie. La circunstancia de que sus costas no tienen muchos puertos de primera clase, casi no tiene importancia, dados los adelantos crecientes de la ingeniería. En cambio, lo que es fundamental abunda en cantidad superior, sin duda, a cualquiera otra región de la tierra; recursos naturales, superficie cultivable y fértil, agua y clima. Sobre este último factor se adelantará, desde luego, una objeción: el clima, se dirá, es adverso a la nueva raza, porque la mayor parte de las tierras disponibles está situada en la región más cálida del globo. Sin embargo, tal es, precisamente, la ventaja y el secreto de su futuro. Las grandes civilizaciones se iniciaron entre trópicos y la civilización final volverá al trópico. La nueva raza

comenzará a cumplir su destino a medida que se inventen los nuevos medios de combatir el calor en lo que tiene de hostil para el hombre, pero dejándole todo su poderío benéfico para la producción de la vida. El triunfo del blanco se inició con la conquista de la nieve y del frío. La base de la civilización blanca es el combustible. Sirvió primeramente de protección en los largos inviernos; después se advirtió que tenía una fuerza capaz de ser utilizada no sólo en el abrigo sino también en el trabajo; entonces nació el motor, y de esta suerte, del fogón y de la estufa procede todo el maquinismo que está transformando al mundo. Una invención semejante hubiera sido imposible en el cálido Egipto, y en efecto no ocurrió allá, a pesar de que aquella raza superaba infinitamente en capacidad intelectual a la raza inglesa. Para comprobar esta última afirmación basta comparar la metafísica sublime del Libro de los Muertos de los sacerdotes egipcios, con las chabacanerías del darwinismo spenceriano. El abismo que separa a Spencer de Hermes Trimegisto no lo franquea el dolicocéfalo rubio ni en otros mil años de adiestramiento y selección.

En cambio, el barco inglés, esa máquina maravillosa que procede de los tiriteos del Norte, no la soñaron siquiera los egipcios. La lucha ruda contra el medio obligó al blanco a dedicar sus aptitudes a la conquista de la naturaleza temporal, y esto precisamente constituye el aporte del blanco a la civilización del futuro. El blanco enseñó el dominio de lo material. La ciencia de los blancos invertirá alguna vez los métodos que empleó para alcanzar el dominio del fuego y aprovechará nieves condensadas o corrientes de electroquimia, o gases casi de magia sutil, para destruir moscas y alimañas, para disipar el bochorno y la fiebre. Entonces la Humanidad entera se derramará sobre el trópico, y en la inmensidad solemne de sus paisajes, las almas conquistarán la plenitud.

Los blancos intentarán, al principio, aprovechar sus inventos en beneficio propio, pero como la ciencia ya no es esotérica, no será fácil que lo logren; los absorberá la avalancha de todos los demás pueblos, y finalmente, deponiendo su orgullo, entrarán con los demás a componer la nueva raza síntesis, la quinta raza futura.

La conquista del trópico transformará todos los aspectos de la vida; la arquitectura abandonará la ojiva, la bóveda, y en general, la techumbre, que responde a la necesidad de buscar abrigo; se desarrollará otra vez la pirámide; se levantarán columnatas en inútiles alardes de belleza, y quizá construcciones en caracol, porque la nueva estética tratará de amoldarse a la curva sin fin de la espiral, que representa el anhelo libre; el triunfo del ser en la conquista del infinito. El paisaje

pleno de colores y ritmos comunicará su riqueza a la emoción; la realidad será como la fantasía. La estética de los nublados y de los grises se verá como un arte enfermizo del pasado. Una civilización refinada e intensa responderá a los esplendores de una naturaleza henchida de potencias, generosa de hábito, luciente de claridades. El panorama de Río de Janeiro actual o de Santos con la ciudad y su bahía nos pueden dar una idea de lo que será ese emporio futuro de la raza cabal, que está por venir.

Supuesta, pues, la conquista del trópico por medio de los recursos científicos, resulta que vendrá un período en el cual la Humanidad entera se establecerá en las regiones cálidas del planeta. La tierra de promisión estará entonces en la zona que hoy comprende el Brasil entero, más Colombia, Venezuela, Ecuador, parte de Perú, parte de Bolivia y la región superior de la Argentina.

Existe el peligro de que la ciencia se adelante al proceso étnico, de suerte que la invasión del trópico ocurra antes que la quinta raza acabe de formarse. Si así sucede, por la posesión del Amazonas se librarán batallas que decidirán el destino del mundo y la suerte de la raza definitiva. Si el Amazonas lo dominan los ingleses de las islas o del continente, que son ambos campeones del blanco puro, la aparición de la quinta raza quedará vencida. Pero tal desenlace resultaría absurdo; la Historia no tuerce sus caminos; los mismos ingleses, en el nuevo clima, se tornarían maleables, se volverían mestizos, pero con ellos el proceso de integración y de superación sería más lento. Conviene, pues, que el Amazonas sea brasileño, sea ibérico, junto con el Orinoco y el Magdalena. Con los recursos de semejante zona, la más rica del globo en tesoros de todo género, la raza síntesis podrá consolidar su cultura. El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica. Cerca del gran río se levantará Universópolis y de allí saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas. Si el Amazonas se hiciese inglés, la metrópoli del mundo ya no se llamaría Universópolis, sino Anglotown, y las armadas guerreras saldrían de allí para imponer en los otros continentes la ley severa del predominio del blanco de cabellos rubios y el exterminio de sus rivales oscuros. En cambio, si la quinta raza se adueña del eje del mundo futuro, entonces aviones y ejércitos irán por todo el planeta, educando a las gentes para su ingreso a la sabiduría. La vida fundada en el amor llegará a expresarse en formas de belleza.

Naturalmente, la quinta raza no pretenderá excluir a los blancos como no se propone excluir a ninguno de los demás pueblos; precisamente, la norma de su formación es el aprovechamiento de todas las

capacidades para mayor integración de poder. No es la guerra contra el blanco nuestra mira, pero sí una guerra contra toda clase de predominio violento, lo mismo el del blanco que en su caso el del amarillo, si el Japón llegare a convertirse en amenaza continental. Por lo que hace al blanco y a su cultura, la quinta raza cuenta ya con ellos y todavía espera beneficios de su genio. La América Latina debe lo que es al europeo blanco y no va a renegar de él; al mismo norteamericano le debe gran parte de sus ferrocarriles, y puentes y empresas, y de igual suerte necesita de todas las otras razas. Sin embargo, aceptamos los ideales superiores del blanco, pero no su arrogancia; queremos brindarle, lo mismo que a todas las gentes, una patria libre, en la que encuentre hogar y refugio, pero no una prolongación de sus conquistas. Los mismos blancos, descontentos del materialismo y de la injusticia social en que ha caído su raza, la cuarta raza, vendrán a nosotros para ayudar en la conquista de la libertad.

Quizás entre todos los caracteres de la quinta raza predominen los caracteres del blanco, pero tal supremacía debe ser fruto de elección libre del gusto y no resultado de la violencia o de la presión económica. Los caracteres superiores de la cultura y de la naturaleza tendrán que triunfar, pero ese triunfo sólo será firme si se funda en la aceptación voluntaria de la conciencia y en la elección libre de la fantasía. Hasta la fecha, la vida ha recibido su carácter de las potencias bajas del hombre; la quinta raza será el fruto de las potencias superiores. La quinta raza no excluye, acapara vida; por eso la exclusión del yanqui como la exclusión de cualquier otro tipo humano equivaldría a una mutilación anticipada, más funesta aun que un corte posterior. Si no queremos excluir ni a las razas que pudieran ser consideradas como inferiores, mucho menos cuerdo sería apartar de nuestra empresa a una raza llena de empuje y de firmes virtudes sociales.

Expuesta ya la teoría de la formación de la raza futura iberoamericana y la manera como podrá aprovechar el medio en que vive, resta sólo considerar el tercer factor de la transformación que se verifica en el nuevo continente; el factor espiritual que ha de dirigir y consumar la extraordinaria empresa. Se pensará, tal vez, que la fusión de las distintas razas contemporáneas en una nueva que complete y supere a todas, va a ser un proceso repugnante de anárquico hibridismo, delante del cual, la práctica inglesa de celebrar matrimonios sólo dentro de la propia estirpe se verá como un ideal de refinamiento y de pureza. Los arios primitivos del Indostán ensayaron precisamente este sistema inglés, para defenderse de la mezcla con las razas de color, pero como esas razas oscuras poseían una sabiduría necesaria para completar la de los

invasores rubios, la verdadera cultura indostánica no se produjo sino después de que los siglos consumaron la mezcla, a pesar de todas las prohibiciones escritas. Y la mezcla fatal fue útil, no sólo por razones de cultura, sino porque el mismo individuo físico necesita renovarse en sus semejantes. Los norteamericanos se sostienen muy firmes en su resolución de mantener pura su estirpe, pero eso depende de que tienen delante al negro, que es como el otro polo, como el contrario de los elementos que pueden mezclarse. En el mundo iberoamericano, el problema no se presenta con caracteres tan crudos; tenemos poquísimos negros y la mayor parte de ellos se han ido transformando ya en poblaciones mulatas. El indio es buen puente de mestizaje. Además, el clima cálido es propicio al trato y reunión de todas las gentes. Por otra parte, y esto es fundamental, el cruce de las distintas razas no va a obedecer a razones de simple proximidad, como sucedía al principio, cuando el colono blanco tomaba mujer indígena o negra porque no había otra a mano. En lo sucesivo, a medida que las condiciones sociales mejoren, el cruce de sangre será cada vez más espontáneo, a tal punto que no estará ya sujeto a la necesidad, sino al gusto; en último caso, a la curiosidad. El motivo espiritual se irá sobreponiendo de esta suerte a las contingencias de lo físico. Por motivo espiritual ha de entenderse, más bien que la reflexión, el gusto que dirige el misterio de la elección de una persona entre una multitud.

III

Dicha ley del gusto, como norma de las relaciones humanas, la hemos enunciado en diversas ocasiones con el nombre de la ley de los tres estados sociales, definidos, no a la manera comtiana, sino con una comprensión más vasta. Los tres estados que esta ley señala son: el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético. Los tres estados representan un proceso que gradualmente nos va libertando del imperio de la necesidad, y poco a poco va sometiendo la vida entera a las normas superiores del sentimiento y de la fantasía. En el primer estado manda sólo la materia; los pueblos, al encontrarse, combaten o se juntan sin más ley que la violencia y el poderío relativo. Se exterminan unas veces o celebran acuerdos atendiendo a la conveniencia o a la necesidad. Así viven la horda y la tribu de todas las razas. En semejante situación la mezcla de sangres se ha impuesto también por la fuerza material, único elemento de cohesión de un grupo. No puede haber elección donde el fuerte toma o rechaza, conforme a su capricho, la hembra sometida.

Por supuesto que ya desde ese período late en el fondo de las relaciones humanas el instinto de simpatía que atrae o repele conforme a ese misterio que llamamos el gusto, misterio que es la secreta razón de toda estética; pero la sugestión del gusto no constituye el móvil predominante del primer período, como no lo es tampoco del segundo, sometido a la inflexible norma de la razón. También la razón está contenida en el primer período, como origen de conducta y de acción humana, pero es una razón débil, como el gusto oprimido; no es ella quien decide, sino la fuerza, y a esa fuerza, comúnmente brutal, se somete el juicio, convertido en esclavo de la voluntad primitiva. Corrompido así el juicio en astucia, se envilece para servir la injusticia. En el primer período no es posible trabajar por la fusión cordial de las razas, tanto porque la misma ley de la violencia a que está sometido excluye las posibilidades de cohesión espontánea, cuanto porque ni siquiera las condiciones geográficas permitían la comunicación constante de todos los pueblos del planeta.

En el segundo período tiende a prevalecer la razón que artificiosamente aprovecha las ventajas conquistadas por la fuerza y corrige sus errores. Las fronteras se definen en tratados y las costumbres se organizan conforme a las leyes derivadas de las conveniencias recíprocas y la lógica: el romanismo es el más acabado modelo de este sistema social racional, aunque, en realidad, comenzó antes de Roma y se prolonga todavía en esta época de las nacionalidades. En este régimen, la mezcla de las razas obedece, en parte, al capricho de un instinto libre que se ejerce por debajo de los rigores de la norma social, y obedece especialmente a las conveniencias éticas o políticas del momento. En nombre de la moral, por ejemplo, se imponen ligas matrimoniales difíciles de romper, entre personas que no se aman; en nombre de la política se restringen libertades interiores y exteriores; en nombre de la religión, que debiera ser la inspiración sublime, se imponen dogmas y tiranías; pero cada caso se justifica con el dictado de la razón, reconocido como supremo de los asuntos humanos. Proceden también conforme a lógica superficial y a saber equívoco, quienes condenan la mezcla de razas, en nombre de una eugénica que, por fundarse en datos científicos incompletos y falsos, no ha podido dar resultados válidos. La característica de este segundo período es la fe en la fórmula, por eso en todos sentidos no hace otra cosa que dar norma a la inteligencia, límites a la acción, fronteras a la patria y frenos al sentimiento. Regla, norma y tiranía, tal es la ley del segundo período en que estamos presos, y del cual es menester salir.

En el tercer período, cuyo advenimiento se anuncia ya en mil formas, la orientación de la conducta no se buscará en la pobre razón, que

explica pero no descubre; se buscará en el sentimiento creador y en la belleza que convence. Las normas las dará la facultad suprema, la fantasía; es decir, se vivirá sin norma, en un estado en que todo cuanto nace del sentimiento es un acierto. En vez de reglas, inspiración constante. Y no se buscará el mérito de una acción en su resultado inmediato y palpable, como ocurre en el primer período; ni tampoco se atenderá a que se adapte a determinadas reglas de razón pura; el mismo imperativo ético será sobrepujado y más allá del bien y el mal, en el mundo del *pathos* estético, sólo importará que el acto, por ser bello, produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no el del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en amor, ésa es la tercera etapa.

Desgraciadamente somos tan imperfectos, que para lograr semejante vida de dioses, será menester que pasemos antes por todos los caminos, por el camino del deber, donde se depuran y superan los apetitos bajos, por el camino de la ilusión, que estimula las aspiraciones más altas. Vendrá en seguida la pasión que redime de la baja sensualidad. Vivir en *pathos,* sentir por todo una emoción tan intensa, que el movimiento de las cosas adopte ritmos de dicha, he ahí un rasgo del tercer período. A él se llega soltando el anhelo divino para que alcance, sin puentes de moral y de lógica, de un solo ágil salto, las zonas de revelación. Don artístico es esa intuición inmediata que brinca sobre la cadena de los sorites, y por ser pasión, supera desde el principio el deber, y lo reemplaza con el amor exaltado. Deber y lógica, ya se entiende que uno y otro son andamios y mecánica de la construcción; pero el alma de la arquitectura es ritmo que trasciende el mecanismo, y no conoce más ley que el misterio de la belleza divina.

¿Qué papel desempeña en este proceso, ese nervio de los destinos humanos, la voluntad que esta cuarta raza llegó a deificar en el instante de embriaguez de su triunfo? La voluntad es fuerza, la fuerza ciega que corre tras de fines confusos; en el primer período la dirige el apetito, que se sirve de ella para todos sus caprichos; prende después su luz la razón, y la voluntad se refrena en el deber, y se da formas en el pensamiento lógico. En el tercer período, la voluntad se hace libre, sobrepuja lo finito, y estalla y se anega en una especie de realidad infinita; se llena de rumores y de propósitos remotos; no le basta la lógica y se pone las alas de la fantasía; se hunde en lo más profundo y vislumbra lo más alto; se ensancha en la armonía y asciende en el misterio creador de la melodía; se satisface y se disuelve en la emoción y se confunde con la alegría del Universo: se hace pasión de belleza.

Si reconocemos que la Humanidad gradualmente se acerca al tercer período de su destino, comprenderemos que la obra de fusión de

las razas se va a verificar en el continente iberoamericano, conforme a una ley derivada del goce de las funciones más altas. Las leyes de la emoción, la belleza y la alegría regirán la elección de parejas, con un resultado infinitamente superior al de esa eugénica fundada en la razón científica, que nunca mira más que la porción menos importante del suceso amoroso. Por encima de la eugénica científica prevalecerá la eugénica misteriosa del gusto estético. Donde manda la pasión iluminada no es menester ningún correctivo. Los muy feos no procrearán, no desearán procrear, ¿qué importa entonces que todas las razas se mezclen si la fealdad no encontrará cuna? La pobreza, la educación defectuosa, la escasez de tipos bellos, la miseria que vuelve a la gente fea, todas estas calamidades desaparecerán del estado social futuro. Se verá entonces repugnante, parecerá un crimen el hecho hoy cotidiano de que una pareja mediocre se ufane de haber multiplicado miseria. El matrimonio dejará de ser consuelo de desventuras, que no hay por qué perpetuar, y se convertirá en una obra de arte.

Tan pronto como la educación y el bienestar se difundan, ya no habrá peligro de que se mezclen los más opuestos tipos. Las uniones se efectuarán conforme a la ley singular del tercer período, la ley de simpatía, refinada por el sentido de la belleza. Una simpatía verdadera y no la falsa que hoy nos imponen la necesidad y la ignorancia. Las uniones sinceramente apasionadas y fácilmente deshechas en caso de error, producirán vástagos despejados y hermosos. La especie entera cambiará de tipo físico y de temperamento, prevalecerán los instintos superiores, y perdurarán, como en síntesis feliz, los elementos de hermosura, que hoy están repartidos en los distintos pueblos.

Actualmente, en parte por hipocresía y en parte porque las uniones se verifican entre personas miserables dentro de un medio desventurado, vemos con profundo horror el casamiento de una negra con un blanco; no sentiríamos repugnancia alguna si se tratara del enlace de un Apolo negro con una Venus rubia, lo que prueba que todo lo santifica la belleza. En cambio, es repugnante mirar esas parejas de casados que salen a diario de los juzgados o los templos, feas en una proporción, más o menos, del noventa por ciento de los contrayentes. El mundo está así lleno de fealdad a causa de nuestros vicios, nuestros prejuicios y nuestra miseria. La procreación por amor es ya un buen antecedente de progenie lozana; pero hace falta que el amor sea en sí mismo una obra de arte, y no un recurso de desesperados. Si lo que se va a transmitir es estupidez, entonces lo que liga a los padres no es amor, sino instinto oprobioso y ruin.

Una mezcla de razas consumada de acuerdo con las leyes de la comodidad social, la simpatía y la belleza, conducirá a la formación de

un tipo infinitamente superior a todos los que han existido. El cruce de contrarios conforme a la ley mendeliana de la herencia, producirá variaciones discontinuas y sumamente complejas, como son múltiples y diversos los elementos de la cruza humana. Pero esto mismo es garantía de las posibilidades sin límites que un instinto bien orientado ofrece para la perfección gradual de la especie. Si hasta hoy no ha mejorado gran cosa, es porque ha vivido en condiciones de aglomeración y de miseria en las que no ha sido posible que funcione el instinto libre de la belleza; la reproducción se ha hecho a la manera de las bestias, sin límite de cantidad y sin aspiración de mejoramiento. No ha intervenido en ella el espíritu, sino el apetito, que se satisface como puede. Así es que no estamos en condiciones ni de imaginar las modalidades y los efectos de una serie de cruzamientos verdaderamente inspirados. Uniones fundadas en la capacidad y la belleza de los tipos, tendrían que producir un gran número de individuos dotados con las cualidades dominantes. Eligiendo en seguida, no con la reflexión, sino con el gusto, las cualidades que deseamos hacer predominar, los tipos de selección se irán multiplicando, a medida que los recesivos tenderán a desaparecer. Los vástagos recesivos ya no se unirían entre sí, sino a su vez irían en busca de mejoramiento rápido, o extinguirían voluntariamente todo deseo de reproducción física. La conciencia misma de la especie irá desarrollando un mendelismo astuto, así que se vea libre del apremio físico, de la ignorancia y la miseria, y de esta suerte, en muy pocas generaciones desaparecerán las monstruosidades; lo que hoy es normal llegará a aparecer abominable. Los tipos bajos de la especie serán absorbidos por el tipo superior. De esta suerte podría redimirse, por ejemplo, el negro, y poco a poco, por extinción voluntaria, las estirpes más feas irán cediendo el paso a las más hermosas. Las razas inferiores, al educarse, se harían menos prolíficas, y los mejores especímenes irán ascendiendo en una escala de mejoramiento étnico, cuyo tipo máximo no es precisamente el blanco, sino esa nueva raza, a la que el mismo blanco tendrá que aspirar con el objeto de conquistar la síntesis. El indio, por medio del injerto en la raza afín, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de eugenesia estética podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, por lo mismo, de perpetuación. Se operaría en esta forma una selección por el gusto, mucho más eficaz que la brutal selección darwiniana, que sólo es válida, si acaso, para las especies inferiores, pero ya no para el hombre.

Ninguna raza contemporánea puede presentarse por sí sola como un modelo acabado que todas las otras hayan de imitar. El mestizo y el

indio, aun el negro, superan al blanco en una infinidad de capacidades propiamente espirituales. Ni en la antigüedad, ni en el presente, se ha dado jamás el caso de una raza que se baste a sí misma para forjar civilización. Las épocas más ilustres de la Humanidad han sido, precisamente, aquellas en que varios pueblos disímiles se ponen en contacto y se mezclan. La India, Grecia, Alejandría, Roma, no son sino ejemplos de que sólo una universalidad geográfica y étnica es capaz de dar frutos de civilización. En la época contemporánea, cuando el orgullo de los actuales amos del mundo afirma por la boca de sus hombres de ciencia la superioridad étnica y mental del blanco del Norte, cualquier profesor puede comprobar que los grupos de niños y de jóvenes descendientes de escandinavos, holandeses e ingleses de las universidades norteamericanas son mucho más lentos, casi torpes, comparados con los niños y jóvenes mestizos del Sur. Tal vez se explica esta ventaja por efecto de un mendelismo espiritual benéfico, a causa de una combinación de elementos contrarios. Lo cierto es que el vigor se renueva con los injertos y que el alma misma busca lo disímil para enriquecer la monotonía de su propio contenido. Sólo una prolongada experiencia podrá poner de manifiesto los resultados de una mezcla realizada, ya no por la violencia ni por efecto de la necesidad, sino por elección, fundada en el deslumbramiento que produce la belleza, y confirmada por el *pathos* del amor.

En los períodos primero y segundo en que vivimos, a causa del aislamiento y de la guerra, la especie humana vive en cierto sentido conforme a las leyes darwinianas. Los ingleses, que sólo ven el presente del mundo externo, no vacilaron en aplicar teorías zoológicas al campo de la sociología humana. Si la falsa traslación de la ley fisiológica a la zona del espíritu fuese aceptable, entonces hablar de la incorporación étnica del negro sería tanto como defender el retroceso. La teoría inglesa supone, implícita o francamente, que el negro es una especie de eslabón que está más cerca del mono que del hombre rubio. No queda, por lo mismo, otro recurso que hacerlo desaparecer. En cambio, el blanco, particularmente el blanco de habla inglesa, es presentado como el término sublime de la evolución humana; cruzarlo con otra raza equivaldría a ensuciar su estirpe. Pero semejante manera de ver no es más que la ilusión de cada pueblo afortunado en el período de su poderío. Cada uno de los grandes pueblos de la Historia se ha creído el final y el elegido. Cuando se comparan unas con otras estas infantiles soberbias, se ve que la misión que cada pueblo se atribuye no es en el fondo otra cosa que afán de botín y deseo de exterminar a la potencia rival. La misma ciencia oficial es en cada época un reflejo de esa soberbia de la raza dominante. Los hebreos fundaron la creencia de su superioridad

en oráculos y promesas divinas. Los ingleses radican la suya en observaciones relativas a los animales domésticos. De la observación de cruzamientos y variedades hereditarias de dichos animales fue saliendo el darwinismo, primero como una modesta teoría zoológica, después como biología social que otorga la preponderancia definitiva al inglés sobre todas las demás razas. Todo imperialismo necesita de una filosofía que lo justifique; el Imperio romano predicaba el orden, es decir, la jerarquía; primero el romano, después sus aliados, y el bárbaro en la esclavitud. Los británicos predican la selección natural, con la consecuencia tácita de que el reino del mundo corresponde por derecho natural y divino al dolicocéfalo de las Islas y sus descendientes. Pero esta ciencia que llegó a invadirnos junto con los artefactos del comercio conquistador, se combate como se combate todo imperialismo, poniéndole enfrente una ciencia superior, una civilización más amplia y vigorosa. Lo cierto es que ninguna raza se basta a sí sola, y que la Humanidad perdería, pierde, cada vez que una raza desaparece por medios violentos. Enhorabuena que cada una se transforme según su arbitrio, pero dentro de su propia visión de belleza, y sin romper el desarrollo armónico de los elementos humanos.

Cada raza que se levanta necesita constituir su propia filosofía, el *deus ex machina* de su éxito. Nosotros nos hemos educado bajo la influencia humillante de una filosofía ideada por nuestros enemigos, si se quiere de una manera sincera, pero con el propósito de exaltar sus propios fines y anular los nuestros. De esta suerte nosotros mismos hemos llegado a creer en la inferioridad del mestizo, en la irredención del indio, en la condenación del negro, en la decadencia irreparable del oriental. La rebelión de las armas no fue seguida de la rebelión de las conciencias. Nos rebelamos contra el poder político de España, y no advertimos que, junto con España, caímos en la dominación económica y moral de la raza que ha sido señora del mundo desde que terminó la grandeza de España. Sacudimos un yugo para caer bajo otro nuevo. El movimiento de desplazamiento de que fuimos víctimas no se hubiese podido evitar aunque lo hubiésemos comprendido a tiempo. Hay cierta fatalidad en el destino de los pueblos lo mismo que en el destino de los individuos; pero ahora que se inicia una nueva fase de la Historia, se hace necesario reconstituir nuestra ideología y organizar conforme a una nueva doctrina étnica toda nuestra vida continental. Comencemos entonces haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta primero el espíritu, jamás lograremos redimir la materia.

Tenemos el deber de formular las bases de una nueva civilización; y por eso mismo es menester que tengamos presente que las civiliza-

ciones no se repiten ni en la forma ni en el fondo. La teoría de la superioridad étnica ha sido simplemente un recurso de combate común a todos los pueblos batalladores; pero la batalla que nosotros debemos de librar es tan importante que no admite ningún ardid falso. Nosotros no sostenemos que somos ni que llegaremos a ser la primera raza del mundo, la más ilustrada, la más fuerte y la más hermosa. Nuestro propósito es todavía más alto y más difícil que lograr una selección temporal. Nuestros valores están en potencia a tal punto, que nada somos aún. Sin embargo, la raza hebrea no era para los egipcios arrogantes otra cosa que una ruin casta de esclavos y de ella nació Jesucristo, el autor del mayor movimiento de la Historia; el que anunció el amor de todos los hombres. Este amor será uno de los dogmas fundamentales de la quinta raza, que ha de producirse en América. El cristianismo liberta y engendra vida, porque contiene revelación universal, no nacional; por eso tuvieron que rechazarlo los propios judíos, que no se decidieron a comulgar con gentiles. Pero la América es la patria de la gentilidad, la verdadera tierra de promisión cristiana. Si nuestra raza se muestra indigna de este suelo consagrado, si llega a faltarle el amor, se verá suplantada por pueblos más capaces de realizar la misión fatal de aquellas tierras; la misión de servir de asiento a una humanidad hecha de todas las naciones y todas las estirpes. La biótica que el progreso del mundo impone a la América de origen hispánico no es un credo rival que, frente al adversario, dice: te supero, o me basto, sino un ansia infinita de integración y de totalidad que por lo mismo invoca al Universo. La infinitud de su anhelo le asegura fuerza para combatir el credo exclusivista del bando enemigo y confianza en la victoria que siempre corresponde a los gentiles. El peligro más bien está en que nos ocurra a nosotros lo que a la mayoría de los hebreos, que por no hacerse gentiles perdieron la gracia originada en su seno. Así ocurriría si no sabemos ofrecer hogar y fraternidad a todos los hombres; entonces otro pueblo servirá de eje, alguna otra lengua será el vehículo; pero ya nadie puede contener la fusión de las gentes, la aparición de la quinta era del mundo, la era de la universalidad y el sentimiento cósmico.

La doctrina de formación sociológica, de formación biológica que en estas páginas enunciamos, no es un simple esfuerzo ideológico para levantar el ánimo de una raza deprimida, ofreciéndole una tesis que contradice la doctrina con que habían querido condenarla sus rivales. Lo que sucede es que a medida que se descubre la falsedad de la premisa científica en que descansa la dominación de las potencias contemporáneas, se vislumbra también, en la ciencia experimental misma, orientaciones que señalan un camino ya no para el triunfo de una raza sola,

sino para la redención de todos los hombres. Sucede como si la palingenesia anunciada por el cristianismo con una anticipación de millares de años, se viera confirmada actualmente en las distintas ramas del conocimiento científico. El cristianismo predicó el amor como base de las relaciones humanas, y ahora comienza a verse que sólo el amor es capaz de producir una Humanidad excelsa. La política de los Estados y la ciencia de los positivistas, influenciada de una manera directa por esa política, dijeron que no era el amor la ley, sino el antagonismo, la lucha y el triunfo del apto, sin otro criterio para juzgar la aptitud que la curiosa petición de principio contenida en la misma tesis, puesto que el apto es el que triunfa, y sólo triunfa el apto. Y así, a fórmulas verbales y viciosas de esta índole se va reduciendo todo el saber pequeño que quiso desentenderse de las revelaciones geniales para sustituirlas con generalizaciones fundadas en la mera suma de los detalles.

El descrédito de semejantes doctrinas se agrava con los descubrimientos y observaciones que hoy revolucionan las ciencias. No era posible combatir la teoría de la Historia como un proceso de frivolidades, cuando se creía que la vida individual estaba también desprovista de fin metafísico y de plan providencial. Pero si la matemática vacila y reforma sus conclusiones para darnos el concepto de un mundo movible cuyo misterio cambia, de acuerdo con nuestra posición relativa, y la naturaleza de nuestros conceptos; si la física y la química no se atreven ya a declarar que en los procesos del átomo no hay otra cosa que acción de masas y fuerzas; si la biología también en sus nuevas hipótesis afirma, por ejemplo, con Uexkull que en el curso de la vida "las células se mueven como si obrasen dentro de un organismo acabado cuyos órganos armonizan conforme a plan y trabajan en común, esto es, posee un plan de función", "habiendo un engrane de factores vitales en la rueda motriz físico-química" —lo que contraría el darwinismo, por lo menos, en la interpretación de los darwinistas que niegan que la Naturaleza obedezca a un plan—; si también el mendelismo demuestra, conforme a las palabras de Uexkull, que el protoplasma es una mezcla de sustancias de las cuales puede ser hecho todo, sobre poco más o menos; delante de todos estos cambios de conceptos de la ciencia, es preciso reconocer que se ha derrumbado también el edificio teórico de la dominación de una sola raza. Esto a la vez es presagio de que no tardará en caer también el poderío material de quienes han constituido toda esa falsa ciencia de ocasión y de conquista.

La ley de Mendel, particularmente cuando confirma "la intervención de factores vitales en la rueda motriz físico-química", debe formar parte de nuestro nuevo patriotismo. Pues de su texto puede derivarse

la conclusión de que las distintas facultades del espíritu toman parte en los procesos del destino.

¿Qué importa que el materialismo spenceriano nos tuviese condenados, si hoy resulta que podemos juzgarnos como una especie de reserva de la Humanidad, como una promesa de un futuro que sobrepujara a todo tiempo anterior? Nos hallamos entonces en una de esas épocas de palingenesia, y en el centro del maelstreón universal, y urge llamar a conciencia todas nuestras facultades, para que, alertas y activas, intervengan desde ya, como dicen los argentinos, en los procesos de la redención colectiva. Esplende la aurora de una época sin par. Se diría que es el cristianismo el que va a consumarse, pero ya no sólo en las almas, sino en la raíz de los seres. Como instrumento de la trascendental transformación se ha ido formando en el continente ibérico una raza llena de vicios y defectos, pero dotada de maleabilidad, comprensión rápida y emoción fácil, fecundos elementos para el plasma germinal de la especie futura. Reunidos están ya en abundancia los materiales biológicos, las predisposiciones, los caracteres, las *genas* de que hablan los mendelistas, y sólo ha estado faltando el impulso organizador, el plan de formación de la especie nueva. ¿Cuáles deberán ser los rasgos de ese impulso creador?

Si procediésemos conforme a la ley de pura energía confusa del primer período, conforme al primitivo darwinismo biológico, entonces, la fuerza ciega, por imposición casi mecánica de los elementos más vigorosos, decidiría de una manera sencilla y brutal, exterminando a los débiles, más bien dicho, a los que no se acomodan al plan de la raza nueva. Pero en el nuevo orden, por su misma ley, los elementos perdurables no se apoyarán en la violencia, sino en el gusto, y, por lo mismo, la selección se hará espontánea, como lo hace el pintor cuando de todos los colores toma sólo los que convienen a su obra.

Si para constituir la quinta raza se procediese conforme a la ley del segundo período, entonces vendría una pugna de astucias, en la cual los listos y faltos de escrúpulos ganarían la partida a los soñadores y a los bondadosos. Probablemente entonces la nueva Humanidad sería predominantemente malaya, pues se asegura que nadie les gana en cautela y habilidad, y aun, si es necesario, en perfidia. Por el camino de la inteligencia se podría llegar, aún si se quiere a una Humanidad de estoicos, que adoptara como norma suprema el deber. El mundo se volvería como un vasto pueblo de cuáqueros, en donde el plan del espíritu acabaría por sentirse estrangulado y contrahecho por la regla. Pues la razón, la pura razón, puede reconocer las ventajas de la ley moral, pero no es capaz de imprimir a la acción el ardor combativo

que la vuelve fecunda. En cambio, la verdadera potencia creadora de júbilo está contenida en la ley del tercer período, que es emoción de belleza y un amor tan acendrado que se confunde con la revelación divina. Propiedad de antiguo señalada a la belleza, por ejemplo, en el Fredo, es la de ser patética; su dinamismo contagia y mueve los ánimos, transforma las cosas y el mismo destino. La raza más apta para adivinar y para imponer semejante ley en la vida y en las cosas, ésa será la raza matriz de la nueva era de civilización. Por fortuna, tal don, necesario a la quinta raza, lo posee en grado subido la gente mestiza del continente iberoamericano; gente para quien la belleza es la razón mayor de toda cosa. Una fina sensibilidad estética y un amor de belleza profunda, ajenos a todo interés bastardo y libre de trabas formales, todo eso es necesario al tercer período impregnado de esteticismo cristiano que sobre la misma fealdad pone el toque redentor de la piedad que enciende un halo alrededor de todo lo creado.

Tenemos, pues, en el continente todos los elementos de la nueva Humanidad; una ley que irá seleccionando factores para la creación de tipos predominantes, ley que operará no conforme a criterio nacional, como tendría que hacerlo una sola raza conquistadora, sino con criterio de universalidad y belleza; y tenemos también el territorio y los recursos naturales. Ningún pueblo de Europa podría reemplazar al iberoamericano en esta misión, por bien dotado que esté, pues todos tienen su cultura ya hecha y una tradición que para obras semejantes constituye un peso. No podría sustituirnos una raza conquistadora, porque fatalmente impondría sus propios rasgos, aunque sólo sea por la necesidad de ejercer la violencia para mantener su conquista. No pueden llenar esta misión universal tampoco los pueblos del Asia, que están exhaustos o, por lo menos, faltos del arrojo necesario a las empresas nuevas.

La gente que está formando la América hispánica, un poco desbaratada, pero libre de espíritu y con el anhelo en tensión a causa de las grandes regiones inexploradas, puede todavía repetir las proezas de los conquistadores castellanos y portugueses. La raza hispana en general tiene todavía por delante esta misión de descubrir nuevas zonas en el espíritu ahora que todas las tierras están exploradas.

Solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad. Están allí todas las razas que han de ir dando su aporte; el hombre nórdico, que hoy es maestro de acción, pero que tuvo comienzos humildes y parecía inferior, en una época en que ya habían aparecido y decaído varias grandes culturas; el negro, como una reserva de potencialidades que arrancan de los días

INDOLOGIA: UNA INTERPRETACION DE LA CULTURA IBEROAMERICANA

(Fragmento, 1926)

CAPITULO I

CADA SERIE recién descubierta de fenómenos obliga a la ciencia de la naturaleza a ampliar sus cuadros, a rectificar sus clasificaciones, a la vez que a incorporar una nueva tesis en el esquema general del conocimiento. No puede eximirse de proceder en forma semejante quien emprende estudios dentro de esa otra rama del saber, mucho más fecunda en novedades y variantes que la simple naturaleza orgánica, la rama de la vida colectiva de los pueblos. Hablo de caracterizar nuestra existencia colectiva iberoamericana y omito intencionalmente la palabra historia porque no trataremos de presentar una narración, ni una serie de juicios sobre los sucesos y los aspectos de nuestro mundo. Nuestra ambición va a ser todavía mayor: nuestro propósito debe ser representarnos, precisar los rasgos formativos de un organismo que apenas lleva un poco más de cien años de vida autóctona. Complejo esfuerzo que requiere una extensa preparación, dada la regla eminentemente especialista de la ciencia contemporánea, esfuerzo complicado que no podrá verificarse cabalmente sino reuniendo las conclusiones de varios grupos de técnicos de nuestra geología, de nuestra arqueología y de nuestra geografía; de nuestro clima, de nuestra literatura y de nuestra historia. Tantas y tantas secciones y subsecciones en que tiene que dispersarse el examen, a fin de que nuestra pobre conciencia logre abarcar siquiera aspectos un poco generales del infinito complejo de relaciones y parentescos que se descubren en el más sencillo de los sucesos. Y si el más simple fenómeno requiere toda esta concurrencia de datos científicos, ¿qué será, entonces, asomarse al ritmo de vitalidad y de misterio que mueve las potencias de un pueblo hacia el futuro?

Y todavía, si todos los especialistas, puestos de acuerdo para repartirse el estudio, viniesen a traernos sus conclusiones parciales, ¿de

qué serviría todo ese saber suelto si no lo encarnase en un criterio ese sistematizador antiespecialista que nunca dejará de ser indispensable para traducir lo particial al lenguaje común de una síntesis? ¡Pues la afirmación particular, por bien fundada que esté, sólo adquiere sentido en el instante en que es posible incorporarla a la unidad de una tesis central que le presta aliento!

Y, sin embargo, ¡cuán comprometida, cuán aventurada resulta siempre esta labor del filósofo, empeñado en reducir a cauce lo que se obstina en ser irregularidad pura, excepción y arritmia!

Las mentes unilaterales, las que pueden pensar bien, pero en serie, producen al especialista; los que poseen concepciones fáciles y agudas, los que logran atisbos y vistas parciales que ilustran, pero nada resuelven y a nada se comprometen, se tornan ensayistas; y unos y otros, especialistas y ensayistas, parecen coligarse contra el filósofo para tachar sus generalizaciones, acusándolas de incompletas y de estrechas. Sin atender a que es de mucho mirar horizontes de donde viene ese leve descuido que a veces deja olvidado el detalle. Y sólo de ver así en grande se educa el criterio para los juicios fundamentales, que si yerran en tal o cual pormenor no por eso dejan de ser camino en la sombra, brecha en la selva, ímpetu cristalizador de los impulsos del progreso.

Hundido en la selva del conocimiento, el filósofo sabe que no le va a ser posible investigar todas las sendas, pasear por todos los claros, empaparse de la fragancia de cada masa de espesura; pero no por eso se resigna a quedarse ocupado en anotar los caracteres de la hoja que cae y las formas del tallo que asciende o los rasgos del pájaro que canta. Un instinto superior a la seducción de la criatura particular y al destello que fascina, lleva al filósofo a romper por lo más intrincado y a trepar hasta el más alto tallo para abarcar todos los ramajes, para permearse del temblor de todas las hojas, y para oír, en vez del canto de un pájaro, el rumoroso concierto de toda la selva. De tal suerte veremos que el filósofo está siempre como de vuelta del detalle. ¡El filósofo ya vio, ya amó, ya pecó, ya encontró gracia, ya fue fascinado, ya fue engañado; venció y fue vencido y después de recorrer todos los círculos busca ahora la espiral de liberación, el camino del éxito, el signo de la superación de todos los valores!

Por eso, en la selva no se dejará retener el filósofo, por mucho que le fascine cada flor y cada hermosa bestia, y no se conformará tampoco con ponerse a contar los árboles semejantes, haciendo restas y sumas de los rasgos que sirven para la clasificación, ni se concretará, como lo haría el naturalista, a distinguir especies y ponerles nombres; aparte de todo esto se empeñará más bien en juntar en una sola expre-

sión toda esa suma de caracteres, todo este miraje de formas y tratará de averiguar de qué suerte perduran y se desarrollan todas en relación con las nubes que traen el agua y con el cielo que difunde la luz. Y pasará en seguida a preguntarse: "¿Quién hizo los elementos, el cielo que está siempre suspenso y las aguas que corren y los vientos que vuelan?" Porque, en resumen, el filósofo es un servidor de la función de unidad y un sacerdote de la religión de lo Absoluto.

Por uno y otro camino, el filósofo busca un fantasma que siempre está delante y nunca se deja aprehender, una realidad que por mucho que contenga nunca nos parece compleja, un miraje que sólo por darle algún nombre llamamos Totalidad. Si por fin se aniega en el Todo, el filósofo coincide con el nombre de religión, con el artista que alcanza una mística percepción de la belleza.

Por uno y otro camino marchamos en busca del Todo, pero no lo alcanzamos jamás. Para abarcarlo tendríamos que devenir nosotros mismos el Todo, y como esto no es posible mientras no superemos la conciencia terrestre, resulta que marchamos de tropiezo en tropiezo, siempre anhelantes de comulgar con lo Divino y siempre desilusionados de nuestra pobre capacidad, fallidos en lo más profundo de nuestro anhelo. Renunciaríamos a toda Esperanza si no fuese porque logramos en ocasiones determinados vislumbres que aclaran el confuso y paciente ideal cotidiano; sin embargo, no es posible llegar a la iluminación sin la disciplina, y la disciplina del filósofo tiene dos maneras de error, pero también dos maneras de relativo acierto, dos maneras lógicas: Abstraer y Sintetizar.

Casi toda la filosofía está hecha de abstracción que suprime determinados accesorios con el objeto de lograr representaciones esquemáticas de una realidad múltiple, pero reductible a caracteres generales. Ya sea por inducción, ya sea por deducción, aparecen las generalizaciones sin las cuales no hubiera sido posible el progreso, la formulación misma del pensamiento. Pero tiene la generalización el defecto capital de que es resultado de supresiones y reducciones. La generalización, a pesar de su nombre falazmente generoso, es destructora y empequeñecedora de la realidad; mata siempre una parte del hecho; anula, pone en olvido una multitud de factores; desliga caracteres que en rigor son inseparables. Cuando decimos hombre creamos un concepto genérico más comprensivo que un hombre particular; pero sólo en cierta manera de extensión; en realidad, desprovisto de substancia, mucho menos rico de contenido divino que el más humilde de los hombres determinados. La abstracción hombre gana; pues, en forma, pero pierde en esencia, pierde en contenido vital. Y así, toda filosofía fundada en las generalidades

y la abstracción, toda filosofía de meras ideas, es como un juego de globos de cristal: hermosos, pero vacíos. La vida se ausenta de ella desde el principio, y no le queda más que una fantasmagoría de conceptos generales... Por fortuna, esto no implica una derrota de la filosofía; esto sólo indica que abstraer y generalizar no es la filosofía sino uno de los métodos de la filosofía. Además, tiene otro método mucho más fecundo la filosofía, un método en el cual yo veo elementos sensoriales, elementos de percepción de existencia agregados a la mera noción de forma y de concepto, ese otro método se encuentra en el ejercicio de lo que llamamos la síntesis. La síntesis, enunciada en forma un *poco vaga, pero comprensiva, es la noción de la existencia particular* enlazada con la noción, con el aumento que le da la existencia del conjunto. El que sintetiza, aumenta. Así como la abstracción mata la realidad, la síntesis anima, aumenta las potencialidades de lo real. En el caso, por ejemplo, de la selva, quien examina los árboles para anotar sus semejanzas y formar los géneros, ha hecho una filosofía de abstracción; creando el nuevo concepto del género se ha engañado a sí mismo, porque su falsa creación le ha hecho perder de vista la cantidad de elementos que ha tenido que anular en cada uno de los objetos, en cada una de aquellas existencias, para adaptarlas a la categoría meramente conceptual de su clasificación y de su género. Ha matado la realidad para sustituirla con fantasmas. El vulgo se ha dado cuenta siempre de ese hondo crimen del intelectual; por eso demuestra tan constante desdén para lo que comúnmente se llama filosofía.

En cambio, el que trabaja con la noción de la síntesis, lejos de ponerse a hacer restas de caracteres, en vez de quitar elementos, empobreciendo a cada ser que es materia de reflexión, va, al contrario, suscitando las semejanzas, desenvolviendo, libertando el ímpetu de las analogías, hasta que cada noción, cada objeto, cada ser, a la vez que se afirma en su propia individualidad, se ensancha y se eterniza en el conjunto de la realidad, en la existencia infinita de los seres. El que pudiera hacer la síntesis de la selva tendría que hablar de las aves y de las bestias y de las plantas, no simplemente como unidades de géneros, sino como partes vivas y armoniosas, como elementos animados, musicales y concordes en el misterio sublime de la vida. ¡Sinfonía, tú eres el método!

Sintetizar es todavía más que sumar, porque la suma va agregando uno a otro los homogéneos y la síntesis es suma de homogéneos y de heterogéneos; visión de conjunto que no destruye la riqueza de la heterogeneidad sino que la exalta y le da meta. El hecho mismo de la existencia es una manera lograda de síntesis; un triunfo de síntesis, puesto que, sin perder unidad, el mundo se ensancha y se realiza en nuestra conciencia.

El yo es elemento de unidad, función de unidad y al mismo tiempo reflejo de disparidad y de multiplicación. La misión del filósofo deberá ser, entonces, entretejer ciertos hilos directivos, despejar ciertos cauces y soltar la corriente de simpatía, la dinámica de la emoción que nos pone en contacto y parentesco con los más humildes y con los más altos procesos del mundo.

Incorporada cada una de las sorpresas de la novedad, cada una de las cosas particulares al concierto temblante de la existencia total y contemplarlo todo transfigurado en el espíritu y deviniendo hacia lo eterno; he allí la misión de la síntesis. La existencia de lo particular animada con la grandeza y la música del todo; esa sería la síntesis perfecta y una filosofía que al realizarse sería ya la filosofía postrera, la filosofía de la belleza, la filosofía definitiva de lo divino. Sería religión. Religión y belleza por el camino de la emoción.

Tengamos presente, por lo menos, semejante cumbre del conocimiento, cada vez que nos apliquemos a estudiar un problema y meditar en un aspecto cualquiera de la realidad. Hasta donde nos sea posible, apliquemos un criterio semejante al asunto que va a ocuparnos. Nuestra tarea debe ser, en efecto, no sólo definir el movimiento étnico de que formamos parte, sino también imprimirle caracteres y orientación. Nos encontramos delante de un proceso vital y étnico que surge como una novedad casi sin precedente en la historia, y eso a pesar de que la historia cuenta ya con más de cinco mil años de experiencia. Comencemos por asignar al nuevo proceso un nombre. Ese nombre será el signo, un poco artificial, pero indispensable, para establecer la autonomía del proceso, del hecho, entre el enjambre innumerable de los hechos y los sucesos.

Lanzaremos desde luego el nombre, procediendo a justificarlo en seguida. Llamaremos *Indología* a todo el conjunto de reflexiones que me propongo presentar a propósito de la vida contemporánea, los orígenes y el porvenir de esta gran rama de la especie racional que se conoce con el nombre de raza iberoamericana.

Todos los asuntos de pensamiento relacionados con tal agregado étnico los comprendo bajo el nombre de Indología, porque quiero restituir nuestro ideal a la visión profética del descubridor del Nuevo Mundo y a su ilusión de que al pisar el territorio de la India consumaba la circunvalación del planeta. Mas no porque la realidad haya dado un relativo mentís a las inspiradas afirmaciones del navegante dejan ellas de contener, todavía hoy, un tesoro de sugestiones fecundas... Se diría que al bautizar Colón con el nombre de Indias al territorio que hoy es nuestro, un soplo del mismo genio que lo había llevado a descubrir

nuevas rutas en el mar lo levantaba hasta el concepto de una nueva era de civilización, una era en que la vida colectiva había de cristalizar en formas definitivas y universales. Colón, en efecto, al hablar de las Indias, no sólo pensaba en las tierras maravillosas que están abajo del Himalaya, en la anchura cabal de la península más ilustre del globo, no sólo expresaba la satisfacción de haber llegado a la tierra legendaria de los relatos de Apolonio de Tiana y Marco Polo, sino que consideraba demostrado el principio de que el Universo se gobierna por la esfera. Ya la esfera tiene desde luego sobre el plano la ventaja de agregar posibilidades multiplicadas a la materia. Desde entonces ya no sólo la fantasía, sino también la realidad, podía girar y ensancharse dentro de los ritmos vastos, profundos y recurrentes de la radiosa esfericidad. Natural era que de aquel descubrimiento y de aquel consorcio surgiese también la idea de una raza y de una cultura en que lo universal se convierte en norma, en aspiración y en realidad. Y si Colón se equivocó en el detalle, si no fueron las Indias, sino América lo que le salió al paso, en cambio, los hechos, más pródigos a veces que la misma fantasía, no sólo confirmaron la realidad de la esfera, sino que ampliaron esa realidad, ofreciendo al futuro un continente inmenso en medio de los dos mares. Un continente más vasto que la India milenaria y mejor adaptado que ella para ser campo de la civilización universal que han concebido y anhelado todas las épocas.

¡Universalidad, el sueño de los monarcas del mundo y de los monarcas de la mente, el sueño griego y el sueño romano, el sueño persa, el sueño hindú, el sueño del navegante, el sueño de todas las almas esforzadas, suspendido como una gran estrella sobre las soledades de esta América extensa y fantástica; grande casi como los demás continentes, y limpia de pasado, limpia de hombres, como si se hubiese quedado en reserva para la hora de los arreglos definitivos de la civilización!

Por todo lo que tuvo de inspirada y sintética la palabra de Colón, cuando afirmaba haber descubierto las Indias, por todo lo que se contenía de simbolismo trascendental en tal nombre y también por la herencia que de dicho vocablo recayó en los indígenas, tomo esta designación de Indología en el sentido de era final y universal de la cultura del planeta.

No pretendo, por lo mismo, amparar bajo tal nombre ninguna intención de predominio favorable a la tradición autóctona de América o a la raza indígena del continente, pues el factor particular y muy estimable que dicha raza representa lo juzgo únicamente en la proporción humana y fraternal a que tiene derecho junto con las demás razas que han de concurrir a la nueva era del mundo. La tesis misma de la

existencia de la raza futura descansa en una norma de universalidad que no excluye, que engloba y asimila caracteres y sangres. No hay, por lo mismo, ni qué hablar de estirpes condenadas, ni tampoco de estirpes privilegiadas. Donde el signo es lo universal, no cabe más que una ternura, la misma y fraternal para todos los colores de la piel y todos los caprichos del temperamento.

Pero, dada la tarea que nos hemos impuesto, de caracterizar nuestra propia cultura, resulta muy comprometido comenzar por asignarle como rasgo fundamental el de la universalidad indeterminada. En efecto, una universalidad verdadera y completa no es ni asequible a la conciencia humana, de por sí limitada y concreta. La civilización misma descansa en limitaciones y la vida toda es una concreción de las maneras y las manifestaciones parciales de la potencia absoluta. Busquemos, pues, la universalidad cabal de la síntesis que no destruye, sino que afirma los casos particulares de la realidad. Estudiemos nuestro propio anhelo de universalidad. Que no es arbitraria esta afirmación del carácter universal de nuestro temperamento, lo prueban muchos hechos que iremos señalando oportunamente y lo anuncia, como ya se ha visto, el signo mismo de nuestro rito bautismal. Desde el comienzo, y en todas las fases sucesivas de nuestro desarrollo, se ha ido marcando tal rasgo de la conciencia colectiva, que es una misma, a pesar de ciertas variantes; una misma desde el Bravo hasta el Plata, y sin excluir al Brasil. Recordemos, pues, que para designar esta nueva corriente vital de la historia hemos de emplear el nombre de Indología en el sentido de ciencia de Indias, ciencia de Universo, no de las Indias antiguas ni de las Indias modernas, ni de las Indias geográficas, sino de las Indias en el sentido del ensueño colombino de redondez de la tierra, de unidad de la especie y de concierto de las culturas.

Las Indias, el Nuevo Mundo, la patria de la familia humana unida y triunfante. Esto se soñó que fuésemos, nada de esto somos aún; pero, a fin de procurar que lo seamos, dediquémonos a formular una ciencia, un credo, unas bases constitutivas, una norma de voluntad, un conjunto de impulsos superiores que nos permitan ascender a la realización del ideal contenido en nuestro signo. La filosofía necesaria para alcanzar tal finalidad, la serie de conceptos, de vislumbres y de emociones que han de acercarnos a su consumación, todo esto es lo que procuraremos esbozar dentro del nombre de Indología que servirá de acápite a nuestras elucubraciones.

Y por más que sea muy abundante el asunto, parece que apenas lo designamos con un título particular, en seguida como que se desvanece y se dispersa, se confunde con otras materias y el vocablo se queda co-

mo vacío, solo y hueco, mera palabra sin fondo. Y nos decimos entonces: "¿qué es lo que vamos a presentar como genuinamente nuestro, como peculiar y propio, si nada importante hemos descubierto, si todo lo que sabemos es poco y lo hemos aprendido de otros, si apenas comenzamos a saber?... Si todavía la incultura es entre nosotros la regla, ¿cómo podremos presumir de merecer la honra de que una palabra —toda la fuerza potencial de una palabra exclusiva— se reserve para nosotros y se dedique a nosotros?".

Aun para llenar el contenido de la más humilde palabra es indispensable aportar sustancia, la sustancia de una idea, la esencia de una vida. Urge, pues, que encarnemos en nuestra palabra. Juntemos dentro de ella todos los haces dispersos. Recordemos que para comenzar a ser es menester concretarse y limitarse... Iniciemos la definición de nuestros caracteres mediante la especificación de nuestros medios y mediante la definición de nuestras finalidades. Diversas son las circunstancias que nos dan derecho a lugar aparte y a nombre propio; diversas y más bien acusadas de lo que pudiera juzgar un observador superficial. Aparentemente, somos unas veinte naciones desligadas, de vida atenuada, de civilización todavía inferior a la de la antigua metrópoli. Con excepción de la Argentina y el Brasil, no hemos progresado, no hemos mejorado, sino empeorado; hemos perdido recursos y vigor durante el siglo largo de nuestra vida nacional independiente. Sin embargo, el más ligero examen demuestra que esta situación, innegable en la realidad de estos momentos, revela una crisis, pero no alcanza a destruir el vigor todavía inexhausto, las capacidades latentes en la tierra y en los habitantes de las regiones castizas del Nuevo Mundo. Unos cuantos fracasos graves no rompen ni el hilo de nuestra unidad ni el ímpetu de nuestro porvenir.

La conciencia de nuestra unidad debe ser el primer factor de nuestra acción; somos una gente aparte. El Norte y el Sur son, en nuestro continente, no diré yo que dos mundos contrarios, dos *East and West* que nunca llegarán a entenderse, según reza la frase conocida de Kipling. Nosotros, al contrario, procedemos del tronco común de la civilización cristiana, cuya base es la igualdad y la hermandad de todas las estirpes, y tenemos, además, una infinidad de conveniencias y de simpatías recíprocas que fatalmente nos obligan a estar juntos en la obra común del progreso humano. Hecha, pues, esta salvedad indispensable, tratemos de definirnos nosotros mismos, y marquemos, sin ningún ánimo de discordia, las diferencias.

Pobre procedimiento es comenzar a definir una cosa por lo que no es; pero, al fin y al cabo, no puede dejar de emplearse cuando se

trata de asuntos todavía informes, cambiantes, inmensos; en tales casos ningún elemento de determinación es inútil; la misma negación suele abrir paso. Anotaremos, pues, desde luego, las diferencias, y comenzaremos diciendo que físicamente la más grande extensión del continente ibérico es completamente distinta de la superficie territorial ocupada por los anglosajones. Con la excepción de una parte de la Argentina, cuyas pampas guardan semejanza con los grandes llanos trigueros y ganaderos del Misisipi y de Kansas, todo el resto de la América española se distingue de la América sajona en que posee un territorio montañoso situado en la zona tórrida o en la zona tropical. En la América del Norte hay montañas; pero fuera de la zona tropical y en el Sur predomina la tierra tropical, mas con grandes regiones de altiplano, donde el clima es templado, a pesar de la latitud cercana al ecuador. Los Estados Unidos han contado con un territorio fácil para la penetración humana. Los grandes ríos que fecundan extensas planicies de clima templado han sido siempre cuna de civilizaciones florecientes y duraderas. En las montañas el trabajo de la civilización se torna más lento; el río es camino, en tanto que la serranía es muralla... El aislamiento físico, geográfico, nos ha obligado a nosotros a fraccionarnos en nacionalidades, nos ha impuesto una disgregación, contraria a nuestra unidad étnica y a nuestro interés político, una verdadera dispersión que sería fatal si no fuese porque cada día aumenta el poder del hombre sobre la naturaleza. Contamos con grandes ríos, prodigiosos ríos como el Amazonas y el Orinoco y el Magdalena; como el Usumacinta y el Plata; pero la mayor parte de esos ríos están situados en zonas extremadamente cálidas en donde la civilización todavía no ha logrado imponerse. Hablo de la civilización adelantada; la civilización misma de los blancos puros que todavía entre nosotros fracasa, cada vez que intenta imponerse, pues el hombre todavía no franquea la barrera del trópico. Se ha hecho, por ejemplo, un lugar común inculpar a España del atraso nacional de muchas de las regiones de nuestro mundo iberoamericano. Pero yo pregunto: ¿qué es lo que han hecho en el trópico, qué han hecho en las Guayanas, los ingleses, los holandeses, los franceses, tres razas de primera? Menos que los españoles; menos sin duda que lo que hizo España en Venezuela y en Colombia y en regiones semejantes de la costa de México; mucho menos también que lo que han hecho los portugueses en Manaos y en Pernambuco y en Bahía. Basta comparar la obra de las tres naciones ya nombradas en el trópico americano, con lo que hicieron portugueses y españoles en regiones adyacentes, para que se vea de manifiesto la gran capacidad del temperamento ibérico y la injusticia de la crítica que tan a menudo se formula contra España porque no hizo de sus colonias otros Estados Unidos.

La diferencia de condiciones físicas es tan apreciable que ella bastaría por sí sola para explicar las consiguientes diferencias de desarrollo, de temperamento y de cultura que separan a los pueblos de los continentes americanos, el del Norte y el del Sur.

Pero todavía a las diferencias físicas hay que agregar las profundas peculiaridades de historia y de raza que caracterizan a cada uno de los grandes grupos étnicos de la América contemporánea, pues, como todo el mundo sabe, nosotros procedemos de una cultura hispánica y latina y los del Norte son continuadores de la tradición germánica y sajona. De las diferencias étnicas se derivan, como es natural, matices y variedades de espíritu que no es posible ni siquiera enumerar cabalmente. Agotar cualquiera de estos asuntos es tarea que requeriría libros y capacidades especiales. Perdónesenos, por lo mismo, que nada más apuntemos aquellos rasgos que son obvios y aquellas tesis que ya pueden ser formuladas con relativa certeza y concisión.

En el instante en que saltamos a la esfera del temperamento las diferencias se hacen más marcadas, justamente a causa de que el espíritu es más rico, más flexible, más intenso y múltiple que la mera realidad física. El yanqui, se ha dicho, es laborioso y tenaz, en tanto que nosotros somos inconstantes y haraganes. En cambio, nadie gana en vivacidad a los nuestros, y este empleo rápido del instrumento más alto que la vida conoce, este lujo y prontitud de la fantasía, es promesa de conquistas de un orden sublime. El yanqui, por otra parte, comienza a parecernos como una víctima de su propia cualidad. El aparato de su obra parece empeñado en devorar a sus constructores. El maquinismo, admirable para domeñar los elementos, se vuelve después contra la esencia misma de la vida y la estrangula con limitaciones, mandatos y cortapisas. Nosotros conservamos más libre el espíritu, pero no lo usamos o lo envilecemos en el ocio estéril o en la anarquía de la acción sin ideal.

Para el norteamericano, se ha dicho también, la vida es tarea; para el iberoamericano, la vida es festín... Cuando el americano del Norte no puede trabajar, no halla qué hacer y se aburre; cuando nosotros encontramos trabajo, maldecimos la existencia y procuramos evadirlo. Se ha hablado mucho de una Marta hacendosa que prospera en el Norte y de una María despreocupada que sueña en el Sur; pero, desgraciadamente, el símbolo es inexacto, porque los Estados Unidos no son sólo una útil Marta, sino también una soñadora, una creadora María y nosotros no hemos podido hacer que nuestros sueños sean fecundos, no hemos logrado organizarlos, no hemos conseguido infundirles el impulso creador del espíritu. Lo cierto es que ni unos ni otros, ni los dos juntos, hemos logrado todavía cumplir nuestra misión, que es inaugurar en este Nuevo

Mundo una manera de vida que se imponga a la naturaleza y la domeñe, pero con la mira de la superación de lo temporal.

No acabaría pronto si siguiese anotando diferencias y semejanzas; no es mi propósito desarrollar el paralelo, sino únicamente aprovecharlo para demostrar algo que suele ser negado y que por lo mismo es necesario reafirmar, a saber: la persistencia de dos grupos étnicos, perfectamente definidos y disímiles, la existencia de unos Estados Unidos del Norte de cultura sajona, y cuyo temperamento sajón nadie pone en duda, a pesar de que dentro de aquel crisol se encuentran trazas de italianos, irlandeses, españoles, portugueses, franceses y aun negros y, por otro lado, la existencia definida de una América Latina, no como vaga denominación geográfica, sino también como un grupo étnico perfectamente homogéneo, más homogéneo si se quiere que el del Norte, a pesar de diferencias internas, sociales y políticas, diferencias que más bien aumentan el contenido de la raza sin llegar a desintegrarle su unidad.

Constituimos un agregado racial homogéneo, tan homogéneo como cualquier raza homogénea de la tierra, y esta raza una, la raza iberoamericana, habita una zona extensa y continua del Nuevo Mundo. Para lograr que este hecho, tan evidente y tan simple, entre en la realidad de las fórmulas de uso diario, no basta, según parece, la verdad incuestionable de su existencia. Se hace necesario proclamarlo y volver a afirmarlo. Digo esto porque todavía es frecuente escuchar la opinión obstinada de que la Argentina y México, Brasil o Colombia, aunque situados por el mismo rumbo, del planeta, casi nada tienen de común entre sí y más bien dependen cada uno por separado, no de sí propio, sino de alguna cultura europea, por ejemplo, la francesa. Y si se trata de Centroamérica, se afirma que esa región nada tiene que ver ni con Colombia ni con México, y así se pretende que lo que fue una sola colonia bajo España sea hoy un deshecho rosario de zonas de influencia de distintas naciones y de diversas culturas. Aun entre nosotros mismos, muchos niegan la posibilidad de una acción de conjunto y aun la realidad de una raza homogénea, capaz de organizarse para defender sus intereses y hacer pesar su voluntad en la balanza de los destinos humanos.

Se olvida a menudo, y casi siempre con intenciones bastardas, que nosotros somos continuación y retoño de la poderosa cultura española que en una época se impuso en Europa. Ya nadie niega el enorme progreso del Brasil; pero se procura ocultar el hecho de que allí reflorece el alma portuguesa que en otra época dominó los mares y abarcó el mundo. Se reconoce el progreso argentino; pero sólo para atraerlo a

ciertos focos que tenderían a separarlo del tronco común iberoamericano. En esta tácita conspiración contra el reconocimiento de nuestra unidad étnica y cultural, entran los escritores, los capitalistas y los soldados del imperialismo. La Europa culta ha acostumbrado juzgarnos y tratarnos como a restos dispersos de un naufragio irreparable. En esto hay un poco de realidad, pero la mayor parte del falso juicio se debe a ese engreimiento de los pueblos viejos y de los poderes que son, contra las meras promesas y delante de los esfuerzos que serán.

En todo caso, hemos llegado a tal punto de incoherencia espiritual y política que es necesario comenzar por reafirmarnos. La tarea primordial está en consumar el rescate de nuestra personalidad... No vacilemos, pues, en gritarlo; gritemos para los extraños la verdad que tan a menudo nos repetimos en la intimidad: la verdad humana, histórica y volicional de que somos ochenta millones de hombres ligados por el parentesco de la sangre y por la comunidad de la cultura. ¡Ochenta millones de almas, una cultura dotada de tendencias definidas y propias y una extensión territorial, la más rica y la más vasta de todas las que quedan sin explotar en el planeta!

Asentada así nuestra personalidad colectiva, digamos en seguida que reconocemos el valer y los derechos de la otra gran raza que comparte con nosotros las responsabilidades del dominio del Nuevo Mundo. Ellos y nosotros representamos las dos orientaciones capitales, las dos lenguas, las dos culturas del Nuevo Mundo. Urge, por lo mismo, estudiar la manera como deben de concurrir las dos fuerzas creadoras de vida; urge buscar los medios de que estas dos culturas, en vez de gastarse y agotarse en el conflicto, se pongan de acuerdo y colaboren en el progreso...

No hay razón alguna para que no sea posible hacer en nuestro mundo lo que no ha podido hacerse en Europa: convertir las diferencias en factor de progreso, en vez de que se resuelvan en rivalidad y conflicto. La circunstancia de que estamos regidos por sistemas sociales democráticos más avanzados, por lo menos en teoría, que los que rigen en el viejo continente, todavía debilitado por intereses furiosamente nacionales y arcaicamente monárquicos, debiera ser motivo de esperanza. Allí donde no hay castas dominadoras, para quienes la guerra es una profesión o un negocio, no debiera haber peligro de choques inmotivados y sangrientos. Pongamos, por lo menos, nosotros, lo que está de nuestra parte para evitarlo. Aprendamos a defendernos progresando. Sacudamos el yugo de los caudillajes bárbaros que son baldón de algunos de nuestros pueblos y habremos eliminado la mitad por lo menos de las causas que amenazan nuestros destinos.

El tema fundamental, el *leit motiv* de nuestras especulaciones, nos lo dará la comprobación de la unidad espiritual de la raza hispánica de América y de España, identidad en el pasado, disgregación necesaria para recomenzar la vida en condiciones nuevas y reunión ideal posterior, pero ya sobre las bases de autonomía y de libertad, de disciplina y de justicia, bases sin las cuales ninguna cultura alcanza esplendor.

Desde el principio, las gentes que fundaron el viejo imperio español revelaron la tendencia de ocupar preferentemente las zonas cálidas. Ya sea porque la mayor parte de los exploradores eran gente mediterránea, o bien porque no se sospechaba entonces que en las zonas frías llegarían a desarrollarse las culturas poderosas que alcanzan floración plena en el siglo XIX, ya fuese amor a la luz o simple accidente geográfico, lo cierto es que latinos y sajones buscan en el Nuevo Mundo las regiones que por el clima corresponden a las latitudes de que cada uno de ellos venía. Los latinos bajo el sol, los holandeses y los ingleses bajo la niebla y el viento, no deja de sorprender que desde el principio se definan, conforme al suelo y al ambiente, las dos tendencias que hoy, modificadas por el tiempo, sin embargo, en lo fundamental perduran.

Una vez consumada la exploración, se inicia la colonización y se establecen los Gobiernos, y los Gobiernos representaron un elemento de cohesión tan vigoroso que rápidamente consumaron la obra de unificación preparada por el medio. La homogeneidad étnica y la semejanza de condiciones climatéricas fueron complementadas por un sistema administrativo centralista que no sólo se valía en todas partes de los mismos métodos, sino también de las mismas personas, pues frecuente fue el caso de Adelantados y de Virreyes que gobernaban al Perú después de haber mandado en Nueva España.

Por otra parte, es evidente que aun antes de la conquista era una misma, étnica y espiritualmente, la gente que habitaba nuestro continente, desde los aztecas hasta los quichés y mayas y hasta los incas y los aimaraes. Todavía hoy, cualquiera puede observar los profundos parentescos que ligan al indio del Chaco argentino con el indio del México distante. Ya desde antes de la conquista, por lo mismo, la comunidad del tipo étnico constituía un lazo y la conquista española, aunque todo logró transformarlo, no hizo, sin embargo, sino acentuar la unidad dentro del nuevo tipo del mestizaje.

Se estableció desde el principio, todos lo sabemos, como Gobierno independiente, la colonia portuguesa del Brasil. Pero entonces, más que ahora, el parentesco étnico y la similitud lingüística eran tan profundos entre portugueses y españoles que puede asegurarse que sólo las intrigas y los yerros de la corona española, esa constante destructora

de la obra del genio español, produjeron las divisiones enconadas que hoy nos empeñamos en acabar de desvanecer. Pero, étnica y culturalmente, los bandeirantes del Brasil eran hermanos legítimos de los guerreros que empuñaban el pendón de Castilla. Hubo, pues, durante los trescientos años de la dominación española-portuguesa del Nuevo Mundo, una unidad racial y cultural indiscutible y, políticamente, sólo dos soberanías incontestadas: la española y la portuguesa.

Cuando se produjo la emancipación, vino el fraccionamiento. Dos causas nefastas lo produjeron: la doctrina de la nacionalidad y el aislamiento físico en que nos mantiene, aún hoy, una naturaleza que supera los medios de estas pobres civilizaciones del presente; una naturaleza de la que sólo seremos dignos el día en que nuestra mecánica y nuestra técnica se hayan hecho capaces de utilizarla. Pero en aquellos días de la independencia, anteriores a la invención del ferrocarril, la cordillera y la distancia parecían obstáculos infranqueables. Nuestro atraso, en relación con la naturaleza que nos rodea, hizo que nos dejásemos llevar de una idea inconsecuente con nuestra tradición e impropia de razas llamadas a consumar grandes destinos. La idea de nacionalidad nos fue importada de Europa, donde es explicable y quizás fatal, a causa de que la población europea está subdividida en razas y lenguas diversas. En cambio, mientras en Europa encontramos una docena o más de idiomas, de costumbres y de variedades raciales, entre nosotros no hay más que un idioma, un territorio continuo y una raza completamente homogénea. O, para ser más exactos, ya que venimos englobando al Brasil en todas nuestras tesis, no encontramos más que dos idiomas y dos tradiciones paralelas: la española y la portuguesa. Se explicaría que desde el principio hubiesen surgido dos Estados autónomos: el Brasil y la América Española; pero la creación de veinte nacionalidades de habla castellana constituye un disparate fomentado por los enemigos naturales de nuestro engrandecimiento, estimulado por la misma Inglaterra astuta que combatía el poderío español y no se conformaba con que nosotros heredásemos el Imperio de la Madre Patria. La influencia, pues, de ideas extrañas y lo complicado de nuestra geografía explican que en los primeros instantes de nuestra vida pública nos encontrásemos desorientados. Y no teniendo otra cosa que hacer, nos pusimos a inventar patriotismos locales y nos resolvimos a decidir de todos nuestros asuntos conforme a intereses de fronteras, que desgarran la entraña misma de la raza.

Sin embargo, la exigencia vital de estar juntos ha sido tan manifiesta que los mismos guerreros de la Independencia, como Bolívar y Sucre, creadores de naciones, fueron los primeros en comprender que

toda aquella obra de organización de autonomías políticas quedaba incompleta y expuesta a los mayores riesgos si no se consolidaba dentro de un sistema político continental.

El peligro lo comprendieron los patriotas; pero ya desde que se consumó la Independencia, al día siguiente del triunfo, ya no eran los patriotas los que mandaban. Apareció, como herencia del sistema militar español, el tipo del caudillo ignorante que se apodera de la cosa pública sin más razón que la de disponer de una montonera, de una partida armada que lo obedece ciegamente. Entonces la política se resume en la práctica de fusilar a todo el que se opone a las órdenes del Jefe y todos los crímenes se justifican con el pretexto de la patria o con el pretexto de principios que es el caudillo el primero en no entender; pero que sirven a su propósito de consolidar una dominación egoísta y personal. Cayó nuestra América en poder de los caudillos: gentes que en una época normal pasarían la vida en presidio, se han hecho del Poder y alrededor de ellos se agrupa una patriotería temerosa de la censura y empeñada en ahondar las divisiones y el aislamiento... Una pandilla que explota la ignorancia popular en nombre de la República o en nombre de los credos socialistas modernos: he ahí la acción todavía no extinta de nuestros caudillajes. Así ha perdurado en América el partido de la mano fuerte y de la tiranía, el partido de la dictadura. De tales gentes procede ese celo de autonomía local, que no es más que el afán de poner a salvo el derecho de explotación y de aniquilamiento de feudos y poblaciones más o menos importantes.

Caso típico de esta clase de nacionalismo nos lo ofrece López de Solano en el Paraguay. Este supremo modelo, todavía imitado entre nosotros, después de dejar despoblada su patria por la tiranía, por el exterminio de todos los que se oponían a su bárbaro gobierno, tuvo que recurrir al expediente de provocar una guerra suicida contra el Brasil, Argentina y el Uruguay, sólo para aplazar su caída o para darle tintes de gloriosa, la gloria de un patriotismo que había destrozado la patria. En México tuvimos otro Solano López, un casi homónimo: López de Santa Anna, bribón, jugador, chanchullero, asesino; pero cada vez que su poder peligraba, la provocación, la torpeza para manejar las relaciones con los Estados Unidos del Norte, acarreaba conflictos que de pronto le salvaban; pero que terminaron con la pérdida de la mitad de nuestro territorio. Y, por desgracia, el santannismo no está enterrado, no está liquidado ni entre nosotros ni en otras naciones de la América Hispana.

Por fortuna, precisamente la tendencia localista de los déspotas hace nacer la corriente salvadora. En el mismo instante en que Solano López fue vencido en el Uruguay, los argentinos, secundados generosa-

mente por sus dos aliados, asentaron aquel principio que a mí me parece el fundamento de un nuevo derecho público genuinamente hispanoamericano, el principio no suficientemente alabado que formuló Sarmiento cuando dijo: "La victoria no da derechos", y los tratados de paz se firmaron sobre la base de que el Paraguay no perdería una pulgada cuadrada de territorio. Se sentó, además, otro principio que algún día será regla de la política interhispanoamericana, el principio de que la guerra se hacía por los tres aliados para salvar a una nación hermana de los horrores de la tiranía interior, pero sin tocar a las susceptibilidades de la soberanía local. Cada vez que se expone en letras de molde este principio, el patriotismo local de los tiranuelos grita en tono alarmado: "¡Traición, traición a la patria!" Porque para los opresores y sus secuaces la patria es el caudillo.

En los países del caudillaje, el general vencedor de la última batalla es la encarnación de la patria, la encarnación de los derechos populares; pero, en realidad, sólo la barbarie envalentonada con el aislamiento y con la impunidad. Haciendo uso de los viejos términos, digamos que la tendencia del caudillismo ha sido poner a la América en una especie de feudalismo, del que ya Europa había salido antes de la conquista de América. Por otra parte, la tendencia civilista e ilustrada de nuestro continente ha sido desde el comienzo superar el nacionalismo europeo. Pues superarlo es proclamar con Sarmiento que las fronteras de las naciones hispánicas no están sujetas a los azares de la lucha armada. Superar el nacionalismo es ponerle encima principios de moral, de libertad y de justicia que llevan a los modernos cruzados a luchar allí donde hay tiranías que combatir e injusticias que reparar. Quijotismo, vais a decir; y bien: el nombre es demasiado honroso para rechazarlo, pero quijotismo práctico, puesto que busca el enderezamiento de agravios ciertos y reales, fáciles de corregir y urgentes de remediar.

Teorías sin conexión con los hechos, delirios de utopistas, habréis oído decir que se llama a todo propósito de reforma; pero son hechos y no teorías lo que cito, hechos que crean teorías y que revelan una necesidad colectiva. Nuestro nacionalismo, desde un principio, ha sido tan distinto del nacionalismo europeo, del mismo nacionalismo norteamericano, que a nadie asombra entre nosotros casos como este que voy a relatar, que sería incomprensible dentro de la actual situación europea de los dos últimos siglos. A raíz de la independencia mexicana, o casi al mismo tiempo que México, proclamó su independencia la antigua Gobernación de Guatemala. Pero quedaba entre Guatemala y México un territorio intermedio, el territorio de Soconusco, lo que hoy es el Estado mexicano de Chiapas. Toda esta región perteneció en un prin-

cipio a México. Sin embargo, un buen día sus habitantes resolvieron separarse de México para ligar su suerte con Guatemala. La anexión quedó consumada sin una protesta de México, un país diez veces más fuerte que Guatemala. Y esto en una época en que no había cortapisas sobre nuestra soberanía. Pocos años después los chiapanecos resolvieron retirarse de la nacionalidad guatemalteca para volver a incorporarse a la mexicana. Lo hicieron sin que Guatemala demostrara oposición y México volvió a recibirlos como hermanos, sin que a nadie se le haya ocurrido formular un solo reproche. Se ve, pues, que entre nosotros el nacionalismo, en el mejor de los casos, no es otra cosa que consecuencia de las cordilleras que nos separan; comodidad para la administración, pero no un sentimiento íntimo, fundamental, como que no habría tradición en qué fundarlo ni diferencias de sangre o de cultura que lo avivasen. Hablo, por supuesto, del nacionalismo en relación con las demás naciones castellanas del continente.

Esto mismo explica que no ha habido un solo espíritu superior del continente que no viva y que no piense como si fuese una sola frontera desde el Río Bravo hasta el Plata. Los pocos que suelen levantar la voz discordante son personajes que no se hacen oír fuera de su parroquia y lo hacen más bien por escepticismo, por desesperación de sentirse aislados, en medio de la vastedad del continente, desconsolados porque la situación todavía embrionaria de nuestro desarrollo nos impide una acción de conjunto. Se descorazonan algunos porque Argentina todavía no tiene escuadras que mandar en auxilio de Centroamérica; muchos años pasarán antes de que la unidad política sea capaz de producir una acción material de conjunto: quizás para entonces ya ni estarán en uso las escuadras; pero lo que no necesita del concurso del tiempo, sino sólo del concurso de la conciencia, es la unidad moral que ya por sí sola es una fuerza invencible y la base de todos los demás poderíos.

Yo no dudo, por ejemplo, de que, en un caso de peligro inmediato y grave, la América española sabría encontrar maneras de acción colectiva, ejercitaría boicotajes y represalias; emplearía, en fin, todos los medios negativos que suelen poseer tanta eficacia como la agresión directa. Nos falta la disciplina que es necesaria para la acción colectiva, nos faltan los elementos de sistematización del propósito; pero, en cambio, poseemos el instinto, ese instinto que hace que aún hoy, después de cien años de caudillaje, de discordia y aislamiento, cada vez que en México se presenta un grupo de artistas argentinos, siquiera media docena de gauchos en un circo, el público los aplaude frenéticamente. En la Argentina son frecuentes las mismas ocurrencias. Todo esto vale muy poco para los que viven del presente. La mediocridad se entrega

al presente; pero la juventud pertenece al mañana y a ella le toca desarrollar estos impulsos latentes, aprovechar estas energías que son fecundas, porque son energía de solidaridad y de amor. La generación a que yo pertenezco ha visto renacer el anhelo iberoamericano. Tanto ha crecido en nuestros días, que ya es de esos soplos que contagian aun a los mismos que apenas los comprenden y que en ellos tendrían que perecer. Me refiero, por ejemplo, al caso de determinados tiranos de nuestra época que han hecho o hacen la propaganda iberoamericana porque está en el ambiente y porque ven en ella una manera de ensanchar la propia notoriedad: una manera de afianzar con remotos soportes de falso renombre una confianza que se va perdiendo en el interior. En otros casos, muévelos la vanidad que lleva a pensar en grande. Sea cual fuere el móvil, lo cierto es que eso distingue precisamente a los grandes movimientos del alma colectiva: el hecho de que engrosan su corriente fecundante con toda clase de elementos: los elementos turbios formarán el asiento de barro que facilite el deslizamiento de las aguas. Los esfuerzos claros darán esplendor a la corriente.

En resumen, lo que se puede afirmar, sin ningún género de duda, es que el aislamiento está roto y que la raza iberoamericana recobra la conciencia de su unidad y camina hacia la fusión espiritual y hacia la confederación política.

Y esto no es más que un antecedente de sucesos todavía más importantes. No sólo se está formando, se está reintegrando un cuerpo político racial y continental, por encima de eso, y, como consecuencia de las características especiales de la época, podemos afirmar, procuraremos demostrar, que en la América Latina se está iniciando un nuevo período histórico. Los fundamentos de esta afirmación no podría acabarlos de desarrollar un solo pensador ni en un solo libro; pero hay hechos incontestables y que no puede presentar iguales ninguna otra rama de la familia humana. Señalemos, para dejar claramente definido en sus raíces el ciclo que se inicia, los tres factores que están en obra, a saber: una tradición cultural española indígena, europea y americana; un continente deshabitado y prodigiosamente rico y una raza mixta, producto de la mezcla, no de europeo con europeo, sino de europeo con indio, con negro, con chino, con todas las razas conocidas, la raza mixta total, el primer caso de raza positivamente universal.

Una empresa que requiere la colaboración de todos los pueblos de la Tierra: he ahí lo que significa Iberoamérica; he ahí lo que servirá de tema a las reflexiones que iremos desarrollando en estos ensayos sobre el asunto más fascinante de la realidad contemporánea. El comienzo de un ciclo nuevo en la historia del mundo.

LAS MEMORIAS:
LITERATURA Y POLITICA

ULISES CRIOLLO

(Fragmento, 1935)

EL NARCOTICO

ERA SEPTIEMBRE y faltaban dos meses para los exámenes. Abandonarme y perder el curso hubiera sido traicionar el propósito que motivó su sacrificio; en cambio, resultaba casi cuestión de honor hacerlo válido. Al principio no lograba concentrar la atención en el estudio. Las imágenes de la ventura perdida se proyectaban sobre la página del texto y removían la pena íntima. Era menester echarse a andar y castigar de alguna manera la inquietud del cuerpo, o bien distraerlo y hartarlo. Urgía un cambio total de ocupación y preocupación. Mis escasos haberes no permitían emprender viajes o ensayar excitantes experiencias. Recortando aquí y allá junté lo suficiente para el espectáculo de la canción y la pornografía. El "género chico" español, con decires de ingenio y lindas mujeres, estaba en auge. No pocos condiscípulos se pasaban la tarde o la noche en la galería del Principal, dándose ración de ojos sobre caderas y pantorillas. Sumándome al público estudiantil aprendía a combatir mi melancolía con la excitación violenta del desnudo o semidesnudo femenino. No buscaba, como algunos colegas, las piececillas de aires más agradables, sino las más atrevidas en la incitación de la sensualidad. Por hábito de lucha contra el deseo había evitado, hasta entonces, las ocasiones de tentación. Ahora, al contrario, las buscaba, gozándolas con cínico abandono.

Y lo que antes había hecho por excepción y con desagrado, rendirme al amor callejero, ahora me parecía un goce y lo practicaba hasta el límite de mis recursos monetarios. Así es que regresaba a mi alcoba deshecho de cuerpo y estragado de alma. Estudiaba unas horas para no perder el puesto en la clase y me acogía al sueño como a una muerte provisional y casi deseando no despertar más. Indeseada, penetra por las rendijas de nuestra puerta la mañana. No puede ya traernos ninguna promesa. Y, en cambio, nos confirma en la desgracia. En el sueño, acaso imaginamos que todo ha sido una pesadilla que se disipará con el

alba. Pero el despertar realista y amargo aniquila la esperanza. Descuidado en el arreglo físico, desganado en la mesa del desayuno, desmayado en la marcha por las calles luminosas, pero vacías de contenido de espíritu, únicamente al trasponer el zaguán del patio grande de la Preparatoria me acogía un soplo del ímpetu antiguo. Empujaba la ambición. No era posible presentarme en Piedras Negras con un desastre como final de año. Además, paseando la mirada por las aulas, los laboratorios, las salas de lectura, recibía la impresión del que abarca un botín. Cada una de las ciencias allí cultivadas sentirían la garra de mi ingenio; era menester sobresalir en todas...

Cuando recogí mis notas, tragando lágrimas porque ya no tenía a quién mostrarlas, comprobé ciertas calificaciones máximas con la naturalidad de quien recibe lo que se le adeuda. No obstante, una vaga, pueril vanidad susurró para sí misma: "Está visto que "no sólo en Campeche"". Más que la sensualidad, la ambición se iba imponiendo al quebranto y cambiaba las imágenes fúnebres por otras de acierto y de brío. En los sueños su imagen se me aparecía rodeada de esplendor lunar y sonriéndome. "Estoy de paso —parecía decirme— y para quedar más cerca de vosotros sólo más tarde escalaré los cielos". Así que ya no la necesitáramos, ella se iría más allá de la Luna, cielo adentro, a la final beatitud. Desde una penumbra angustiosa mi alma le tendía su anhelo, se apoyaba en su seno. En el instante en que iba a tocar su túnica negra sobre la rodilla, sedante, y justamente cuando ella extendía también la mano para poner su caricia en mi frente, una sacudida brusca me despertaba. Palpándome el rostro no hallaba otra huella que la del llanto. ¿Lo ocasionaba la dicho del sueño o el despecho de despertar?

El fin del curso determinó cambios de importancia en la vida de nuestra casa provisional. Durante los meses de vacaciones las señoritas Orozco se marchaban a Oaxaca; mis futuros cuñados, con mi novia, salieron para su pueblo de la Mixteca. Los últimos días quedé solo en la casa con la criada. Era ésta una vieja cocinera oaxaqueña que a menudo se asomaba a mi cuarto para darme en su charla un relato confuso de cosas y personas de la provincia. Citaba nombres que ya conocía por haberlos oído en mi infancia, y casi ni prestaba atención a sus cuentos, salvo una vez que me dijo: "Tú debías llamarte Castellanos... tu padre es hijo del cura Castellanos...". Tan inesperado aserto me produjo perplejidad. Me di cuenta de que nunca se habló en mi casa del abuelo paterno. Cierta o falsa la versión me preocupó, y sólo muchos años después supe la verdad: mi padre había sido un bastardo pero no de cura, sino de comerciante español acomodado y aun noble de estirpe.

EL RETORNO

Con sabor amargo en los labios me acercaba a Piedras Negras, ya no el pueblo en que se ha soñado, sino el sitio de la más tremenda pena del ánimo. Temía el encuentro con mis familiares... Anticipaba el golpe de verlos de luto. Nos daríamos un abrazo, pero sin apretarlo demasiado, por peligro de hacernos daño en la herida interna. No se produjo ninguna escena dramática: la recepción se desenvolvió rápidamente merced a los carricoches que de la estación nos transportaron a la vieja casa de la esquina del parque. En la perspectiva conocida nada había cambiado. Mis hermanas, un poco más crecidas, redondeadas por la pubertad, se veían más blancas bajo las telas del luto. La distribución de las habitaciones, el abandono del patio, coincidía con el recuerdo de la época infantil. Y aun podría imaginarse que no habíamos estado en Campeche ni habían corrido los años y cambiado los panoramas, si no fuese porque, en el mismo instante de apuntar la idea optimista, una punzada violenta recordaba la falta de lo único que realmente nos hubiera complacido hallar intacto y vivo. Como por tácito acuerdo evitábamos hablar de ella, así nos refiriésemos detalles de la vida común. Sólo la abuelita, incapaz de contener sus ojos cansados, lloraba a menudo sin comentar su llanto.

Otra novedad fue que, a eso de las doce, Concha y Lola empezaron a asomarse a la puerta, entre inquietas y alborozadas. La abuelita no vaciló en prevenirme: "Estas niñas, tan jovencitas, andan ya entusiasmándose porque unos tipos les pasean la calle".

Y, según el uso de la época, apenas advertí que mis hermanas miraban en dirección del jardín de enfrente, me eché yo a la acera con aire provocativo. Pasaban, en efecto, dos jóvenes del lugar. Desde mi puesto a orillas de la acera, los desafié con la mirada; ya podían venir, si osaban. Ahora mis hermanas tenían quien las defendiese. Aunque atractivas por su juventud, Concha resultaba fea con su rostro pecoso de frente grande bajo el cabello castaño claro. Sus ojos inteligentes, pequeños y grises, sus pestañas escasas, la predestinaban con claridad para la ciencia, no para el amor. Así me lo advertía el instinto antes que lo confirmase la experiencia. Se hacía, pues, más necesario protegerla de un galanteo que serviría únicamente a la fatuidad de un necio. A puñetazos decidí terminar semejantes relaciones. Por lo pronto, ya tuve ocupación periódica: mantener la guardia en la puerta en las horas consabidas. Con enojo, las chicas protestaban, pero puertas adentro. Afuera logré ahuyentar a los importunos. En efecto, en la frontera se

reconocía el derecho del hermano a intervenir, violentamente si era necesario, en defensa de las de su clan. Tanto, que lejos de tomármelo a mal, cierto día que pasé junto a un grupo masculino que conversaba en una banca de la plaza, alguien me hizo seña invitándome a acercarme; entre otros, reconocí a los que paseaban la calle a mis hermanas. Temeroso de aparecer intimidado, me acerqué. "Ven a sentarte con nosotros —dijo una voz—: soy Fulano de Tal y éste es Zutano", etc. Me acogieron así, cordialmente, como vecino y paisano.

Lola era una rubia pálida del mismo tipo que mi madre, según lo comprobaba el retrato juvenil de ésta. Su cuello largo y fino contrastaba con el muy corto que Concha y yo tenemos. Afilada la nariz, los ojos claros y rubio el cabello, Lola se parecía poco a Concha, de ojos grises y pelo desteñido. También por el humor ligero discrepaba de Concha, reflexiva y apasionada. Lola, en apariencia vehemente, ponía la cabeza delante del corazón; había nacido para la tierra. La otra, reprimida y ardiente, acabaría en el renunciamiento.

Apenas en sus doce años, Mela era ya la bonita entre las tres. El Mela, reducción familiar de Carmela, designaba ya una pequeña belleza de pelo negro y ojos claros. Muy blanca y de temperamento nervioso. Ya se permitía ensueños mundanos, según el que nos refirió una vez: Bajaba las escaleras de mármol de un palacio en fiesta, cogida de la mano de un lindo paje.

Seguían en escala cronológica dos varones, Carlos y Samuel, de once y diez años, y una mujercita de nueve: Soledad. Todos muy unidos y bulliciosos, no obstante la nube de la materna orfandad.

La plaza había mejorado con un nuevo edificio municipal. Doble construcción de ladrillo colorado y mansarda negra, estilo texano francés, resultaba horroroso, a pesar de que había costado un exceso. Mirándolo en la esquina opuesta de la iglesia, recordaba mi palacio infantil del corral de nuestra primera casa fronteriza. Cuánto mejor lo que hice entonces, que el adefesio levantado sin consultarme. Era doloroso lo que hacían con mi ciudad aquellas autoridades cretinas. En cambio, el otro lado, dentro de su estilo moderno, mejoraba notoriamente, no sólo en cantidad, también en gusto. El contraste humillaba. De un lado la fuerza, el acierto, la libertad. Del lado nuestro la ruindad, la envidia, el despotismo. Los de Eagle Pass no habrían vacilado en abrir un concurso entre los escolares, en busca de alguna idea aprovechable. Sólo entre nosotros la suficiencia torpe se aliaba al autoritarismo sombrío.

Bajo una apariencia distraída, y mientras iba y venía con mis hermanas o con mi padre, un deseo me roía el pecho; en nuestras conversaciones se eludía el comentario de la reciente desgracia. Se diría que

aplazábamos la escena de echarnos a llorar juntos, con pretexto de cualquier explicación. En consecuencia, no me atreví a proponer que alguien me acompañase a la visita del cementerio.

Dada mi condición de autor de un plano de Piedras Negras, no tuve que interrogar a nadie para llegar a nuestro único camposanto, rectángulo a cielo raso, protegido por una verja de madera. Las señas contenidas en una de las cartas de mi padre decían: "Junto a la tumba de los Músquiz...". La puerta cerrada a candado sólo se abría previo aviso especial; pero rodeando por una esquina descubrí un trecho donde el terreno bajaba dejando libre un buen espacio entre los barrotes y el suelo. Por allí penetré; y justamente a poca distancia, dos sepulcros de ladrillo blanqueado ostentaban el nombre de nuestros antiguos vecinos. Reposaba en uno de ellos precisamente aquel viejo que me acusara de pedir un beso a su hija pequeña. Inmediato a estas sepulturas había un túmulo reciente, todavía sin lápida y con sólo una cruz provisional de madera. Frente a él me detuve. Una fría, terrible sequedad me embargaba. Incapaz de ilar juicio estuve no sé cuánto tiempo primero de pie, después sentado sobre la tierra todavía sin macicez. Durante meses me había acosado el deseo de acercarme a la tumba amada y ahora me faltaba la ternura. Una suerte de anonadamiento y un pensar como de aguja dentro del cráneo me decía: "Lo que está aquí abajo se ha vuelto ya horrible; no podrías besarlo". Luego, lentamente, un presagio libertador y jubiloso clamaba: "Lo que está aquí abajo no tiene nada que ver con ella; búscala por el alto cielo". En torno la llanura caliza se daba al abrazo infecundo de un sol que en vano la calcina: páramo inmenso abajo, y arriba un azul vacío. A distancia un maizal cultivado penosamente y uno que otro mezquite entre chaparros grises. Naturaleza sin alma; seguramente, ella estaba ya muy lejos de aquella tierra que le recibió el caparazón sin atender al alma valiosa que lo había animado. Con todo, en honor de la huella de su paso por los arenales ingratos, recé unas salves, recordando, a la vez, que nada podía complacerla más.

Con el rezo empezó a deshacerse mi hielo interno y advertí la emoción que nos devuelven las cosas por donde ha pasado lo que amamos. Y ya no por lo que allí estuviese de ella, sino por lo que ella misma desechara, por sus ropas para mí queridas, sus huesos entrañables, por toda la humilde compañía de su alma, lloré copiosamente, acariciando la tierra que la cubría benigna.

Oscureció mientras padecía y llegué a casa cuando ya me esperaban con cierta alarma. Mi padre imaginó la causa de mi demora, y al procurar contestarle, la voz se me anudó, y vencido, me eché a una cama y sollocé sin freno... Mi llanto rompía el compromiso tácito de no co-

mentar nuestra desgracia; mis hermanas me rodearon afligidas y mi padre, enjugándose las lágrimas, refirió pormenores que me había estado reservando... Momentos antes del final, y cuando le pusieron los óleos santos, redactó su testamento... "Que mis hijos se mantengan fieles cristianos... A Pepe díganle que nunca olvide a Dios Nuestro Señor..." A cada uno había renovado el ruego: la abuela, mi padre, mis hermanas, cada uno me transmitía idéntico mensaje póstumo: "A Pepe que nunca olvide a Dios Nuestro Señor", tales habían sido sus últimas palabras.

—Yo quería llamarte —explicó mi padre—, pero ella se opuso, no permitió que perdieras el año, no se preocupó del agravamiento de su estado: "Ya le tengo hechas todas mis recomendaciones", afirmaba.

A su entierro había concurrido una infinidad de personas...

—Ahora quiero a estas gentes de Piedras Negras —insistía mi padre—. ¡Cuántos amigos hemos descubierto entre ellos...!

Deseoso de distraerme, inventaba mi padre paseos, concertaba visitas.

—¿Te acuerdas de Jimmy —interrogó una vez—, el gringuito que te pegó? Trabaja en la Maestranza; me ha preguntado por ti; le he prometido llevarte a verlo.

Y lo visitamos una mañana en su propio taller. Vestido de caqui azul, vigilaba una máquina perforadora de láminas de acero; se había vuelto un gigante rubio encendido. Apenas me vio gritó: "*Hello,* Joe!..." Respondí: "*Hello,* Jim!". Me apretó la mano, me abrazó después levantándome en peso... "Con razón —pensé— nunca pude con él..." Me sorprendió hablándome en español corrientemente y nos despedimos afectuosamente reconciliados.

En la vida fronteriza no es raro que las más enconadas rivalidades terminen en amistad que se impone a las diferencias de raza y el conflicto de las naciones. El amor vence cuando el trato humano se prolonga en condiciones leales y el nacionalismo se purificaría de rencor si no se fundase, tan a menudo, en injusticias.

Mi visita al cementerio se había hecho cotidiana; me gustaba sentarme a pensar entre las cruces. Buscando por el rumbo de la vega, juntaba unas cuantas flores silvestres, mirtos morados y margaritas fúnebres; colocaba mi ofrenda a los pies del túmulo y en seguida divagaba. No había, no podía haber problema más importante que el de la muerte. El breve plazo de la vida con sus alegrías y sus dolores, la ciencia, la experiencia y el mismo bien, sólo adquirían sentido mediante una tesis cualquiera del más allá. Investigar la realidad trascendental era la única

ocupación digna de un ser ambicioso. Revisaría primero todo lo escrito en tal materia, las religiones, las ciencias... Ensayaría las pruebas que personalmente pudiese aducir.

El sol poniente caía en el llano, se hundía todo rojo incendiando un instante el confín. Dejé pasar el crepúsculo, perdiéndome en una ensoñación, sin advertir que la noche comenzaba. De pronto, me volvió a la realidad una lumbrada que ardía en el campo inmediato al cementerio. Sorprendido, porque sabía que estaba deshabitada la comarca, atravesé entre las tumbas, hacia el extremo opuesto de la verja. Imaginé que algunos pastores habrían hecho fuego a la intemperie. Súbitamente, al rodear por algún sepulcro, desapareció la luminaria. En vano me empiné oteando la llanura que difícilmente podía ocultar cosa alguna y no vi fuego ni humo. Pensando que quizá se había apagado la llama, salté la cerca para buscar las brasas o la ceniza caliente. Al no encontrar la más leve huella me entró de pronto un escalofrío de espanto y corrí en la sombra en dirección de las casas del suburbio iluminado ya con electricidad. Cuando ganaba una de las callejas oscuras, bordeadas de cercas de espinas, salió del arroyo un estruendo y luego un bulto pasó rozándome; iba a soltar un grito, cuando advertí que se trataba de un cerdo extraviado. El nuevo chasco me serenó bastante, pero no logró quitarme la preocupación de la lumbre que apareció y desapareció sin causa.

La tarde siguiente, dominando mis nervios, me quedé en el camposanto hasta bien entrada la noche. No se produjo nada anormal y me sentí casi defraudado. Era como si los signos, después de iniciarse, tornasen a su reposo mudo. Sin embargo, confundida con otras cien, una idea explicaba: Semejante a la hoguera que ardía y luego se tornó invisible, el espíritu se aleja de los lugares estériles. No lo busques entre gusanos y arenas... vete por el mundo a pelear por su causa entre los vivos y arde hasta que tu hoguera también ilumine y se ausente...

Después de la comida de mediodía, y antes de salir para su oficina, me habló una tarde mi padre. Estaba apesadumbrado; él tenía la culpa por no haberme llevado, como era su deber; le dolían tanto semejantes ocasiones que prefería evitarlas; ahora veía que había hecho mal... Un conocido le informó que había visto en el cementerio mis flores y deseaba advertirme: no era ésa la tumba, sino precisamente la de al lado... Si yo quería, el informante me acompañaría para mostrármela, pero no era necesario; yo encontraría las flores ya cambiadas por la mano amiga...

Es imposible expresar el disgusto que me produjo mi engaño... De manera que flores, oraciones y lágrimas, todo desperdiciado en la sepultura de un extraño...; no sólo el destino me la había plagiado en sus

últimos días; también ahora el azar escamoteaba sus restos. Lo más curioso es que ya no sentía por la tumba auténtica la misma ternura lúcida que ante la falsa. Imposible revivir momentos que fueron únicos. No era rito de piedad filial lo que me había llevado a aquel pedazo de tierra, sino pasión desesperada que arde y no vuelve, como no volvió la hoguera que a poca distancia se encendió... Lo que hice después tuvo ya mucho de rito. Una vez más limpiar de yerba, renovar las flores; en fin, ¿a qué continuar un relato de lo que tantos han padecido también?

Volvía ella a tener razón: Para no caer en engaño, "prescinde de poner odio ni amor en lo que cambia y perece...". No más idolatría de las tumbas...

Cuando estas resoluciones se recuerdan a distancia de años parecen lógicas y fáciles; sin embargo, cuesta dolor tomarlas en el momento vivo.

Mis vacaciones estaban a punto de terminar cuando a mi padre le llegó un ascenso. Lo trasladaban con el mismo cargo de vista a la Aduana de Ciudad Juárez, de categoría un grado mayor que Piedras Negras. Debe de haberle agradado el poder salir con los suyos de un medio que ya no podría traerle sino recuerdos dolorosos. El viaje de toda la familia se preparó con precipitación, y juntos salimos otra vez, pero ahora cabizbajos y diezmados, dejando para siempre en Piedras Negras la parte más preciosa de nuestras almas. Enlutados salimos del pueblo que tantas veces nos vio alegres y amantes. En Torreón, cruce ferroviario, tomé yo rumbo a la capital y siguieron mis gentes hacia el antiguo Paso del Norte.

EL ESTUDIANTE

No era la primera vez que entraba en la capital y, sin embargo, el corazón me latía con fuerza a medida que el conductor anunciaba las estaciones inmediatas: Cuautitlán, Lechería, Tacuba. Periódicamente el convoy frenaba, reducía la velocidad. Los pasajeros se sacudían las ropas; reunían sus maletas; en las últimas paradas trepaban los agentes de equipaje; por las ventanillas lanzaban sus tarjetas de anuncio los hoteleros. ¡Por fin, la capital! Y el frío y la zozobra encogían mis nervios. A la vista estaban las barriadas pobres; los tranvías amarillos se deslizaban luminosos. Las farolas bombeadas y blancas con luz de arco, tipo alemán, difunden claridad discreta, más poderosa y más serena

que el chillón destello de las bombillas incandescentes yanquis. Era yo uno más que se sumaba al medio millón de habitantes. ¿Me tragaría la ciudad como a tantos que disuelve en su vientre insaciable, minados por la enfermedad, el infortunio y la miseria? ¿O sería, según lo sospechaba, de los llamados a sacudirla y conmoverla? La angustia de la duda, el agotamiento de mi soledad entre la multitud, la extensión de aquel organismo multánime, todo contribuía a turbar, por lo pronto, el ánimo. Tímidamente, y a falta de señas precisas, me dejé llevar al más próximo hospedaje: el Hotel Buenavista, frontero a la estación, y próximo a otro, también malo: el Hotel Dos Repúblicas.

Algo familiar perduraba en aquel barrio cosmopolita frecuentado por los gringos del ferrocarril con su inevitable acompañamiento de peluquerías de negros y restaurantes chinos. Parecía un trozo de la frontera, metido al extremo de la vía férrea que liga las dos naciones. Después de dos días y dos noches en vagón, resulta un placer caminar a pie durante horas, sobre todo si se atraviesa una ciudad como nuestra metrópoli, que cada vez me parecía más espléndida.

La mañana siguiente, después de un desayuno a la yanqui: fruta, huevos con jamón y café, pedí el diario para buscar en los avisos de ocasión un domicilio. Entre largas listas elegí uno que decía: "Leandro Valle 5, estudiantes, Matilde...". El número 5 de la calle de Leandro Valle era una conocida colmena estudiantil. No sé cuántas viviendas ocupadas casi todas con pensiones y a un salto de la Escuela de Medicina; raro era el estudiante que no la había visitado, por lo menos, en busca de algún condiscípulo. Instalarse en ella era adquirir patente de corso, privilegio pleno en la soberanía del pueblo escolar de la República.

Por dieciocho pesos, de los treinta de mi pensión, aseguré alimentos y una alcoba grande con balcón a la calle, compartida con dos camaradas, desconocidos. Con los doce pesos restantes había para baños y barbería, toros y aventuras.

El único tropiezo de mi nueva vida emancipada se produjo en la Secretaría de la Escuela. Para el reingreso, aparte de los certificados del curso anterior, exigían una solicitud firmada por el padre o tutor de los menores de edad...

—No tengo tutor —declaré al empleado que, sin levantar hacia mí la vista clavada en algún expediente, gritó:

—Pues búsquese uno...

Irritado de no depender de mí mismo del todo, pedí su firma al tío Luis, que ya andaba de pasante o de empleado en uno de los juzgados de la capital. Sin vacilar me prestó el servicio; pero apenas puesta en el papel la firma se la cobró echándome encima recomendaciones y advertencias pesimistas...

—¿Pero vas a vivir tú solo?... pero ¿cómo permite don Nacho que andes así de bala perdida...? Te vas a hundir... vas a estar sin freno... dirás que no me importa, pero, al fin. Carmita era mi hermana... y tú nunca vas por casa... eres muy despegado de los parientes... ¿a dónde vas a parar?

Un minuto después no me quedaba ni el eco de sus advertencias, pero la alegría de haber asegurado el ingreso me tornaba ligero; por el momento, mi escuela era mi amor.

El comienzo de los cursos era animado. Cada profesor nos endilgaba en un discurso inaugural el panorama entero de la materia a su cargo. Las clases de Matemáticas y de Física estaban servidas por antiguos y venerados maestros; en el laboratorio disponíamos de mesa propia, grifo de agua, probetas y tubos. Cada tema del texto se comprobaba en los aparatos. Las horas de clase transcurrían amenas. En cambio, el régimen escolar extracátedra era un remedo del cuartel. De director teníamos a un coronel porfirista auxiliado de una docena de prefectos que hacían veces de sargentos. Jamás se nos permitió congregarnos ni en los patios ni en los alrededores del colegio, y cuando se abría el salón de actos se aumentaba la vigilancia de los empleados. El miedo de las tiranías a las asambleas se manifestaba vivo, así nos reuniésemos para leer versos o para preparar un festejo: Si en torno a una columna del corredor se juntaban más de cinco, en seguida venía el prefecto a disolvernos. Tan oprimidos se hallaban los ánimos, que apenas, por cualquier motivo, nos íbamos en grupo al gimnasio o a clase y estallaba lo que llamábamos "gritería"... colectivo alarido irresponsable que en seguida provocaba la venganza. Nos cercaban los prefectos y nos ponían en fila; luego contaban: uno, dos, tres, cuatro, cinco, al calabozo... uno... cinco, al calabozo... uno... cinco, al calabozo. Los elegidos en estas quintas eran encerrados en separos oscuros por cinco o seis horas. A la segunda o tercera captura venía la expulsión irrevocable...

Cuando entrevistábamos al director para pedir cambios de horarios, ventajas para el aprovechamiento, parecía gozarse en oponer dificultades; empero, si pedíamos asueto lo concedía en seguida, sobre todo si se trataba del onomástico del ministro o de alguna fecha grata a los funcionarios.

En cambio, nadie impedía que el alumnado patrocinara cantinas y tabernas y casas de prostitución y billares establecidos a inmediaciones de las instituciones de enseñanza. El título de don Vidal para el respeto y el temor de los alumnos era la confianza que le dispensaba el caudillo. Sin grado universitario, sin autoridad científica o moral, su poder se asentaba en la obediencia a su amo y en la dureza con que imponía el

orden porfiriano. Versión poco digna de nuestro lema escolar: Amor, Orden y Progreso, pero perfectamente acatada por todas las luminarias del comtismo nacional.

Nuestro amor juvenil se dio sin reservas a la Física y la Química, la Astronomía y la Mecánica; complementando los cursos ordinarios asistíamos a las academias o conferencias bisemanales de exposición general y de historia científica. El conferencista de la Academia de Física disertaba entre los aparatos de laboratorio. Ejecutaban experiencias los ayudantes, mientras él la hacía de animador vestido con pulcritud, flor en el ojal del *jacket,* bien afeitado y limpia la mirada; su palabra fluía, conmoviéndonos a menudo... Relataba en cierta ocasión los trabajos que precedieron al descubrimiento de la botella de Leyden, se extendía en consideraciones sobre la devoción, el espíritu de sacrificio que demanda esa moderna diosa que es la Ciencia. Ella era la novia que él ofrecía a nuestra juventud por encima y aun en oposición a las novias que, decía, nos llevan a comprar docenas de zapatitos para los nenes... La Ciencia no era un medio de acrecentar la dicha humana, sino el fin en sí, la verdad neutra y hermosa que reclama entero nuestro afán. Quien no se entregaba a la Ciencia con pasión exclusiva jamás llegaría a la cumbre en la que irradian Laplace y Newton, Lavoisier y Berthelot... La familia, los amigos, el amor, todo era secundario ante la epopeya magnífica de nuestro tiempo, la conquista del progreso que levanta al hombre por encima de la bestia y a la altura de los dioses de la antigua era teológica.

Tal entusiasmo cientifizante me sedujo. Daba a mi desencanto de abandonado de la gracia divina, privado del amor materno, ignorante del amor erótico, una orientación nueva y un objetivo concreto.

El conferenciante de Química era un melenudo, todavía joven, especie de genio fracasado. Alabando los méritos del descubridor científico, exclamaba: "¿Quién sabe si aquí, entre nosotros, esté el genio que ha de dar gloria a la ciencia mexicana...?". Un estremecimiento recorría los bancos llenos de alumnos; era forzoso empeñarse, el porvenir se cargaba de promesas y agradecidos pensábamos: "Acaso él mismo está a punto de revelarnos algún hallazgo genial". No pasó el pobre de ayudante de laboratorio, pero le debimos instantes de la más pura y noble ilusión.

En la cátedra, en cambio, se nos estrangulaba sistemáticamente la fantasía. "No otorgarás fe sino al testimonio de tus sentidos". "La observación y la experiencia constituyen las únicas fuentes del saber". Estos y otros conceptos comtianos recordados ante cada ocasión iban conformando un criterio metódico, rigurosamente científico, según la

otra definición positivista: "Sólo adquiere categoría científica un hecho, un fenómeno cuyas condiciones de producción conocemos y que se repite, cada vez que esas condiciones vuelven a reunirse". Dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno producen agua invariablemente. La distancia más corta entre dos puntos es siempre la línea recta, y a la inversa. Cuanto no puede comprobarse de modo experimental carece de valor científico y pertenece al reino caduco de lo teológico o de lo metafísico. No hay más verdad que la de la experiencia sensible, ni otro dogma que el ser todo relativo y condicionado a sus antecedentes. "Lo único absoluto es que todo es relativo".

El aspecto doctrinario de la ciencia era, sin embargo, el único que me interesaba. Ni por un momento pensé dedicarme a descubrir una onda o aislar un metal. La conclusión última de cada disciplina y su alcance con la totalidad del saber, tal era el resultado único que, en cada ciencia, buscaba. Nuestros textos franceses servían este propósito con bastante eficacia. De haber estado en uso manuales como los que se acostumbran en los colegios de Norteamérica, todo un grueso volumen dedicado a enseñar las aplicaciones del hidrógeno y ni una sola palabra de teoría atómica, seguramente cambia el estudio de la ciencia por el del comercio o el del ajedrez. El laboratorio era el taller del obrero científico. Las leyes allí descubiertas interesaban al filósofo sólo por su relación con el concepto del universo que a él corresponde formular. Tal iba a ser mi papel; acumular las conclusiones parciales de todas las ciencias a efecto de construir con ellas una visión coherente del Cosmos.

Me decepcionaba, por lo mismo, hurgar en la entraña científica para recoger tan sólo afirmaciones modestas: "La experiencia no revela otra cosa que ciertas regularidades en el proceso". Sin embargo, no me dejaba ir, como más tarde, por el lado de la astrología; me mantuve fiel a Copérnico, sumiso a Comte, que prohíbe las aventuras de la mente y las excluye del período científico que profesamos.

El desastre de mi amor materno para el cual no aceptaba consuelos, la negación despiadada del milagro que pudo restituirle la salud, me mantenían en rebelión antisentimental y antimística. Movido de dolorosa voluptuosidad me entregaba al dogma agnóstico y comtista: "No hay otra realidad que la que palpan los sentidos". Después, con dolorida ironía, repetía el célebre pasaje: "La ciencia acompaña al buen Dios hasta sus fronteras y allí lo despide dándole las gracias por sus servicios". Ni quería recordar las anticipaciones del San Agustín de mi infancia cuando decía, refiriéndose a Dios: "Y no te acercas sino a los contritos de corazón; ni serás hallado de los soberbios, aunque con

curiosa pericia cuenten las estrellas del cielo y las arenas del mar o investiguen el curso de los astros...".

La vanidad de creernos en una era nueva y el esnobismo de una ciencia entendida a medias me impedían reconocer que el cálculo maravilloso de la paralaje y el descubrimiento sorprendente de Neptuno eran tan sólo otros casos de cuento y recuento de las estrellas, vaivén de las olas... conocimiento humano limitado siempre por el confín del misterio.

EL NUMERO CINCO

Nuestra vivienda dentro del tumultuoso número 5 de Leandro Valle era de las más pacíficas. Mis compañeros de cuarto estudiaban tanto o más que yo. Morones pertenecía a mi curso y era de mi edad. El otro, de veinticuatro, se llamaba Pacheco y estudiaba el último año de Medicina. Entre Morones y Pacheco había una alianza casi religiosa, siendo Morones el devoto y Pacheco el ídolo. Sin resistencia me fueron admitiendo a un terceto bastante discreto. Con Morones solía juntarme para estudiar. Con Pacheco conversábamos, discutíamos. Y no muy a menudo porque las horas libres las pasaba con la novia y llegaba ya sólo a ponerse la visera verde para la lectura de sus gruesos volúmenes de patología, a la luz de su quinqué. La calavera sobre su mesa y el olor a yodoformo de sus instrumentos acababan de identificarlo con su profesión. Morones era un mestizo de Xochimilco, de poco talento, gran tenacidad y sólida honradez. Pacheco era de familia criolla orizabeña. Esmerado en el vestir, ordenado en sus hábitos, fino en su trato. Los tres nos levantábamos temprano, a pesar de que las luces del estudio ardían, a veces, más allá de las doce. Tras el rápido aseo Pacheco se encaminaba al hospital donde era practicante. Morones y yo bajábamos al jardincillo de Santo Domingo para repasar las lecciones del día. El rojo tezontle de la fachada del templo, su torre garbosa y delicada, la fragancia de la pequeña plaza, en la hora matinal, nos ponían alegre el ánimo. A menudo, marco tan poético nos apartaba del estudio y nos entregaba a la divagación. Por tal de consolarme de la aridez de las ecuaciones del segundo grado, leía cada mañana el folletín del diario popular de la época: las interminables aventuras de Rocambole. En seguida, con el gesto de fumador que arroja la colilla de un mal tabaco, dejaba el periódico, abría el texto y paseaba. El grato ambiente, la

silueta esbelta y sólida del colorido barroco dominicano, la eterna primavera de los follajes en aquel clima benigno, todo contribuía a la deliciosa embriaguez del pensamiento. Tan dichoso parecía el instante, que resultaba pueril toda preocupación del futuro.

¿Para qué el estudio y para qué la acción, si la bella vida podría ser gustada a sorbos, palpada en el cristal del ambiente? La armonía de las cosas no se logra para pedirnos expresiones o empeños, sino para recibirnos en su seno y permearnos de su dicha. No era el momento de buscarle nombres a las cosas, sino de inmergirse en ellas. Apetito de convivir, participando de cada latido del Cosmos. Negación de la ciencia ociosa que dilucida oposiciones vanas, inventa problemas e ignora, en cambio, la alegría del estar y el ser. El ser y el estar —me decía filosofando—: los dos verbos que encierran el enigma de la creación: el famoso monólogo de Hamlet me irritaba como una simpleza o, según dice la palabra insustituible del francés: una "platitude". Ser o no ser, no es el problema: el problema es el ser, que en siéndolo de veras no puede dejar de ser. El segundo problema es el estar, que así goce no se conforma con estar nada más, reclama todo el ser. Decididamente era fácil mejorar a Shakespeare, como filósofo. Satisfecho de este revolcón metafísico al inglés Shakespeare, me entregaba a consideraciones sobre mi porvenir.

Un anhelo que lo mismo hiende los aires o se reparte sobre la tierra sin precisarse me levantaba el talón en cada paso, me emborrachaba de posibilidad y certeza, de ambiciones y de alegrías.

Entre el libro abierto y el despejado cielo, en una nebulosidad de potencias, mi futuro indeciso interrogaba; ¿Dicha o poder? ¿Paz o gloria...? Antes que nada el poderío, no sobre los hombres: sobre la existencia; oportunidad de sondear los abismos y de contemplar las alboradas. Nutrirse de todas las imágenes, devorar emociones, y luego, a semejanza de la naturaleza, engendrar en muchedumbres los pensamientos, las teorías y las síntesis.

Lo intentaría todo y arrebataría cada ocasión: sería rico y sería pobre, conocería la derrota y el triunfo, la miseria y la abundancia. No era verdad lo que afirmaba uno de nuestros maestros, que quien ha conocido la estrechez y la vence después ya no aventura su buen pasar; yo jugaría con el éxito, y siempre habría manera de volver a ganarlo. Conquistar riquezas para tirarlas, en un instante de hartura y desdén, tal era la norma de una ambición decente. Poseer para despilfarrar y desdeñar lo que se posee. Y para probar que no está nuestra medida en la posesión, sino en la capacidad. Quería el placer pero a costa de haber desafiado el infortunio. Más que la mente, era mi corazón quien ansiaba

la experiencia; más que problemas quería aventuras. ¿No era yo un minúsculo simulacro de la potencia divina, echado al mundo por el acontecer? Pues a removerme dentro de mi ambiente, tratando de estar en todo, mientras era posible volver al ser lo que ya no está porque es.

Calentada la cabeza con el monólogo, apenas quedaba tiempo para preparar la lección.

En la mesa nos hacía compañía nuestra patrona. Matildita. Era una viuda menuda y gruesa, blanca y afable, originaria de Guanajuato. Cada domingo, para ir a misa, vestía su traje negro con abalorios. Era su predilección Pacheco, a cuya novia visitaba, y, con todos sus hábitos de señora, en la casa trabajaba y mantenía el orden rigurosamente. Por las viviendas contiguas solía haber reuniones con entrar y salir de invitadas sospechosas y botellas de aguardiente. Ella no admitía sino muchachos "serios y de buenas costumbres". La comida abundante, en relación a la cortedad de nuestra paga, confirmaba su fama de mujer de conciencia. Después de la cena y antes de clavarnos en los libros, Morones y yo pasábamos un rato en el balcón de nuestro cuarto. Era el último del segundo piso, rumbo a la espalda de Santo Domingo. Enfrente, las bóvedas, la cúpula y parte del costado de la hermosa iglesia nos daban motivo a noble contemplación. Cuando había luna, la arquitectura se agrandaba misteriosa, llenando de paz el barrio.

Así que habíamos estudiado una o dos horas, por vía de descanso y entre cigarros y bromas, nos echábamos boca abajo sobre el umbral del abierto balcón, para escuchar el diálogo de unos enamorados, que a medianoche se entendían, él desde la calle, ella en un balcón del tercer piso contiguo. Algún cuchicheo, alguna risa mal reprimida, denunciaba nuestro espionaje provocando comentarios despectivos de la novia y amenazas del que abajo se fatigaba el pescuezo para escuchar... "Pero ¡di que me quieres, dilo!... ¿eh?... no se oye... oye, dilo otra vez...".

Y de nuevo nuestras risas irónicas, insolentes...

Pacheco trabajaba en el Hospital de Sanidad de la ex iglesia de la Santa Veracruz, por Hombres Ilustres, frente a la Alameda. Así que se cerraban las clases y en los días de preparación de los exámenes, los estudiantes invadían los jardines públicos, especialmente el de la Alameda. Pero no todos conocían el secreto de las ventanas con reja del antiguo ex convento. Y aunque Pacheco aplazaba la promesa de llevarnos a visitarlo, nosotros contábamos ya como propio el goce de ver aquellas bellezas en la cama sanitaria que las rehabilita para el ejercicio de la profesión amorosa.

La tala de los árboles de la hermosa Alameda se consumaba con descaro y a pesar de nuestra sorda indignación. Ciertos rincones del

parque nos brindaban sombra y poesía. Estudiábamos, repasábamos de memoria los temas del curso, forjábamos ambiciones risueñas.

Después del almuerzo rápido volvíamos a la Alameda. Dormitábamos sobre los bancos en torno de la Venus que sale de su concha, en el centro de las aguas de una fuente circular. Las turgencias de aquel bronce fueron durante muchos años el arquetipo de mis ensueños voluptuosos. No imaginaba modelo más seductor de mujer. Y precisamente por delante de la Venus simbólica pasaban cada miércoles las pupilas de las casas de placer de las calles de Dolores, para la visita de sanidad del otro lado de la Alameda, en el Hospital de Pacheco. Respondiendo a algún gesto o simplemente al deseo que ardía en nuestras miradas, solían levantar la falda para mostrar la pantorrilla, o la ceñían a la cadera desquiciando nuestra voluntad. Pasaban españolas despampanantes, cubanas sensuales y tapatías delicadas y voluptuosas. Caminaban desenvueltas, nos miraban provocativas, nos dejaban inquietos y ofendidos. Para seguirlas sólo hacía falta un poco de audacia y más dinero que el que tenían nuestras bolsas. Pero fue dulce esperanza la de poder alguna vez abrazarse a la más insolente y mórbida, la más descarada y linda, con beso de ternura y ganas de fiera.

SIGLO NUEVO

Una calle larga bordeada de casas de un solo piso; arroyo de tierra recién regada; aceras de losa o de madera, sobre las cuales rebasan las mercancías de una serie de comercios, junto a los puestos de zapatos nuevos y de ropa a la medida, judíos internacionales que asaltan ofreciendo "ocasiones". Nadie vendía tanto como la tienda de Las Tres B: Bueno, Bonito y Barato. De ella salían los labradores vestidos de nuevo. Los pequeños propietarios de los "partidos" y los burócratas consumábamos nuestras compras del otro lado, en los almacenes de El Paso. Abríamos la boca delante de las casas de cinco pisos, aparte del sótano, sobre cuyas rejas incrustadas en la acera se podía pasar. La metrópoli del desierto, llamaban a El Paso las guías turísticas. Sobre las arenas, más que un oasis era un triunfo del ferrocarril, la industria, el comercio y la máquina. Calles asfaltadas, tranvías eléctricos, hoteles de viajeros, espaciosos y flamantes; almacenes de ropa con grandes vitrinas y mercaderías de lujo, coincidía la ciudad con el ideal de una época: el progreso. Rápidos ascensores depositaban la clientela en miradores y te-

rrazas, sobre un desierto cortado en dos por el caudal escaso del Río Grande y salpicado de chimeneas y fábricas de ladrillo colorado. En los bajos de los grandes edificios las "droguerías" congregaban hermosas damas devotas del *soda fountain.* Malos helados, peores refrescos, pero mucho brillo de cristales, metal pulido y mármol para embobar a los necios, que, según se sabe, hacemos siempre multitud. Todo lo nórdico seducía a nuestras gentes, pero todavía no alcanzaba el efecto actual de fascinación. El refinamiento de las costumbres, el esmero de los cultivos, la uva y el vino eran privilegio mexicano. El vino dulce de El Paso era justamente afamado. Las serenatas con banda militar se llenaban de visitantes anglosajones, deseosos de aprender a vivir con abandono gozoso y sencillo. Los *cowboys* semibárbaros, que empezaban a urbanizarse en Texas, todavía no construían bibliotecas y clubes; la cultura era entonces cosa de latinos.

La iglesia de Ciudad Juárez atraía devotos y reunía turistas. Levantada como eje de una antigua misión franciscana, se mantenía como puesto avanzado de lo europeo, en tierras de milenario vacío espiritual. El envigado del techo y el retablo del altar mayor, de cedro tallado, simbolizan la civilización que avanzó de Sur a Norte, latina y católica. Para contrariarla, o bien para poder triunfar, allí mismo, Juárez, que hoy da su nombre al sitio, inició la norteamericanización, dejó libre el paso al protestantismo. Desde entonces una nueva corriente arrastraba de Norte a Sur, torbellino de novedades manuales, sin mensaje de espíritu. Nos aventajaban, sin embargo, en lo social y político, pues practicaban la fraternidad si no la igualdad y eran libres, en tanto que nosotros, supeditados a militarismos brutales, bajábamos a grandes pasos hacia el abismo contemporáneo.

Abigarrado gentío de los dos Pasos del Norte, el antiguo y el yanqui, acudió a la misa de medianoche con que la vieja misión franciscana despedía el siglo XIX y saludaba el XX. La luz eléctrica, símbolo de la centuria difunta, iluminó la pátina de los cirios sobre las tallas del XVII. Concluido el rezo nos detuvimos en la terraza del atrio para contemplar el cielo estrellado. La noche transparente de un aire sin brumas no reveló ningún signo. Los bólidos caían como caen siempre que se mira el cielo. Un siglo no es más que un minuto para las estrellas; pero nuestros pobres corazones recordaban y hacían balances. Cumplía aproximadamente dieciocho años. Los sucesos importantes de mi vida iban a estar contenidos en el ciclo nuevo. Pero me alcanzaba el orgullo de la muerta centuria: "El Siglo de las Luces"; nunca avanzó más la ciencia, declaraba unánime la opinión. Mucho tendría que afanar el siglo XX si quería mantenerse a tono con la impulsión ya dada al progreso.

Otra imagen de aquellas vacaciones me descubre la bicicleta, que me servía para recorrer las calzadas de álamos, a la orilla de los canales de riego. Un rumor de follajes organiza pautas en la brisa. Por las aceras recién lavadas marchan enlazadas las amigas para el paseo del atardecer. A veces encontraba a mi hermana Lola repasando al piano los ejercicios del Eslava. En la escuela local superior, Concha consumaba estudios de primer año de normalista.

En los comienzos del siglo me encuentro, poco después, instalado en la pequeña vivienda de una casa baja del callejón de Tepechichilco. Me acompañaba Renato Miranda, estudiante de Medicina, hermano menor de los Miranda de la tienda de Piedras Negras. Unos dos años mayor que yo, compañero excelente y amigo leal, nos ligaba una jovial camaradería. A la puerta siguiente, y con su numerosa familia, habitaba el profesor Daniel Delgadillo, que trabajaba entonces sus textos de Geografía, que más tarde lo hicieron célebre. Visitante asiduo y vecino próximo era también Wenceslao Olvera, indígena puro de Zimapán y alumno de Medicina. Entre Renato, que tocaba el violín; Delgadillo, buen flautista, y Olvera, mediano acompañante de guitarra, se organizaban escoletas y conciertos que yo escuchaba desde mi cuarto, metido entre libros. Los alimentos los tomábamos por abono en alguna de las fondas del barrio estudiantil; el aseo matinal de la casa lo tomó a su cargo la portera. Por fin, éramos libres de ir y venir temprano o tarde sin tiranía de horas fijas para las comidas y pudiendo cambiar de fonda a discreción. Cada noche, después de la cena, se reunía la tertulia en el corredor del patio descubierto. Disparatábamos apasionadamente sobre toda clase de temas. Delgadillo era un producto de la Escuela Normal: ni Dios, ni templo; sólo el saber y la patria. No alcanzaba a organizar su descreimiento en un sistema como el comtiano, pero justificaba su vida con la pedagogía objetiva y el naturalismo sentimental. No llegaba, como mi tía María, a la *Educación,* de Spencer; le bastaba Rébsamen. Mi camarada Renato no se ocupaba de metafísicas, porque apenas le dejaban tiempo libre las novias. Y aun el violín lo cultivaba como un auxiliar de sus faenas amorosas. Ahora nada menos, de recién llegado, ya tocaba trozos a una muchacha de la vivienda de enfrente, que no nos daba la cara ni para el saludo.

El joven poeta jalisciense Campos nos visitaba a diario. Cursaba Jurisprudencia, hacía versos y se embriagaba. El ídolo de su cenáculo de Guadalajara, un joven apuesto, rico, casi genial, se había suicidado "por desdén de la vida", y Campos lo imitaba a pedazos. Nosotros envidiábamos a Campos, como él envidiaba al suicida. Le veíamos desperdiciar

el talento divagando en amoríos y borracheras, a la par que algunas revistas le brindaban la gloria de publicar sus versos. Al grupo se agregaba con frecuencia otro aspirante a poeta, bajito y trigueño, apodado *el Chango,* que, además, cantaba canciones en la guitarra.

Fue idea de Campos ponernos a contribución hermanable a efecto de publicar una revista. Sacamos cinco o seis números en formato pequeño, con unos forros rosados de papel humildísimo. Lo central de la publicación eran los versos de Campos. Los celebrábamos con entusiasmo. El se dejaba admirar como en broma, risueño y estoico... "Qué quieres, hermano... El genio es así, un azar sin importancia", parecía decirnos, al agradecer nuestros elogios. Hermanito... manito... Simplificaba popularmente el diminutivo cada vez que el alcohol le ablandaba el sentimentalismo y le enrojecía el blanco de los ojos.

En su calidad de director indiscutido, Campos me asignó una sección de la revista: Filosofía, había ya propuesto, pero Campos rectificó: "Filosofía del Arte, eso vas a hacer tú...". La aserción de Campos me dejó complacido; creí que me iluminaba el camino. En aquel momento necesitaba de estímulos, porque ya eran varias las noches perdidas tratando de hacer versos, como veía a todos hacerlos. Y por más que revisaba la preceptiva y por mucho que confiaba en cierta definición, creo que del Campillo: líneas iguales rimadas al fin... pero dentro "hay que poner talento", y yo creía poner talento, las líneas no me salían iguales y la rima se me negaba, pese al *Diccionario de la rima,* suplemento de un gran *Diccionario Castellano* legado de mi padre. Tan pobres vi mis poemas que desistí para siempre de hacerlos, consolado con mi fama de metafísico y filósofo. Sin réplica quedaban, en este particular, mis interpretaciones de la teoría de la unidad de todos los cuerpos en el elemento simple que constituye el hidrógeno. También disertaba prolijamente sobre el conflicto de la geología y el Génesis, y de Copérnico y la antigua cosmografía metafísica. Lentamente la ciencia iba disipando los prejuicios. En vez del infierno, el interior de la Tierra contenía una masa ígnea primitiva, hecha de metales fundidos.

Con pretensiones de investigador científico abordé el estudio de los fenómenos espíritas comenzando con Mesmer y rematando con Allan Kardek, cuyos libros consulté en la Biblioteca Nacional. Una secreta esperanza me insinuaba que acaso, por la misma vía experimental, podría volver a encontrar lo perdido, el principio sobrenatural que resuelve los problemas del más allá.

Tomando como guía el volumen de la Biblioteca Alcan, del doctor Charcot, *Hipnotismo y sugestión,* empecé a visitar logias espíritas, aparte de iniciar experiencias en la casa misma que habitábamos. En gene-

ral, mis colegas eran escépticos, y cuando lográbamos ser admitidos a alguna prueba no era raro que la *medium* en trance, incomodada, advirtiese: "Hay influencias hostiles." Nos echaban entonces del recinto mesmerizado y procedíamos a mover mesas por nuestra cuenta, siempre con resultados pueriles. Lo cierto es que la disciplina de la prueba científica nos era impuesta de tal modo en la Preparatoria, que no era posible que prestásemos atención a casos de simple experimentación incontrolada.

Lo que me preocupaba y aun atormentaba era mucho más serio y profundo que hablar con muertos que se parecen a los vivos. Como el nadador que a medida que penetra en el mar siente que las ondas lo toman y acaba por perder el pie, así nosotros, avanzando en el estudio del fenómeno psíquico, en los textos de la psicología empírica perdíamos hasta el útimo apoyo de la noción querida de lo sobrenatural. El bien y el mal son productos como el aceite y el vitriolo, acababa de explicar Taine, y nuestro catedrático, don Ezequiel Chávez, exponía su materia con celoso apego a la teoría del paralelismo psicofísico de Fechner.

Para curarnos de veleidades espíritas nos recomendó el libro de Flournoy sobre la *medium* que, sin conocer más idioma que el propio, cuando estaba en trance hablaba el lenguaje del planeta Marte. Estudiando sus "mensajes" se descubrió en ellos una mezcla de ciertos signos del árabe y palabras de inglés y de francés. Investigó entonces Flournoy todas las lecturas que pudieran haber influido en el cerebro de la *medium* aun de modo subconsciente y, en efecto, en la biblioteca de su padre, antiguo funcionario de Colonias, halló un libro con dedicatoria en árabe. Las supuestas comunicaciones marcianas no tenían de árabe sino los signos contenidos en las líneas de la dedicatoria; con ellos construía un galimatías suficiente para maravillar a los ingenuos. Cada una de estas tremendas comprobaciones afirmaba nuestra fe científica, pero nos dejaba sumidos en terror y melancolía.

Ya lo había dicho el cirujano francés Bernard, cuya *Introducción a la Medicina* leíamos a título de modelo de método científico en una edición mexicana. No sé si calumnio a Claudio Bernard, pero, según mis recuerdos, era suya la frase: "No encuentro el alma bajo el bisturí...". ¿Qué importaba entonces la ciencia? Si precisamente yo iba a ella para interrogarla como nueva esfinge: ¿Cuál es el secreto del alma? Si por anticipado se negaba a contestar, ¿qué tenía yo que hacer entre probetas y fórmulas de primer acto del Fausto? Particularmente irritante resultaba discutir con los alumnos de Medicina. En general, profesaban la filosofía chabacana del poema de Acuña, *Ante un cadáver:* "Disuelto el cuerpo se transforma en flor y el alma un soplo de vien-

to...". Cortando el enredo de acaloradas disputas irrumpía de pronto una dulce voz femenina, grito de carne en celo:

Si me pide un beso
le diré que no;
pero no resisto
si me pide dos...

La joven que al principio no nos saludaba se había rendido al violín y a las corbatas de Renato. Eran ya medio novios y de paso nos regalaba a todos con canciones a toda hora. La recuerdo en las mañanas claras, vestida de azul y gorjeando, mientras limpiaba las flores de sus macetas...

Ahí viene la primavera,
sembrando flores,
sembrando amores...

Le tirábamos besos y se indignaba; dejaba de saludarnos. Luego, alguna noche de luna, vencida de coquetería y de afán, tornaba a su copla favorita:

Si me pide un beso...

Antes de que concluyese atronaban nuestros aplausos, se escondía ella y otra vez nosotros a caminar de un extremo a otro de nuestra sección opuesta del corredor, disertando: La humanidad se establece hoy en el período científico y hay que ajustar los viejos modos al canon nuevo de la verdad finalmente lograda... si se descomponen con la muerte los elementos que nos constituyen, qué puede quedar de nosotros... queda la memoria, pero no en nosotros, sino en las generaciones venideras y en nuestros deudos... Y así hasta las dos de la mañana o las tres, igual que poseídos, una noche y otra a la vista del cielo estrellado y mudo: simple mecánica del alma.

Renato dedicaba poco tiempo a semejantes inquietudes. No era precisamente buen mozo, pero sí de agradable presencia y buen trato. Aparte de la novia de casa, tenía otra que lo retenía hasta bien tarde. Los hermanos, comerciantes en ropa de hombre, le surtían generosamente el armario, y si él hacía gala de su numerosa selección de corbatas era con el fin de recordarnos que podíamos disponer de ellas para ocasiones excepcionales.

Poco intenté yo en materia de noviazgos, porque me resultaron aburridos. Nos acercábamos a jóvenes, quizá por su extrema pobreza, muy ignorantes, así es que sólo podían atraernos por algún encanto

físico. Si por honestas no nos dejaban gustarlo, no había por qué volver. En el baile preferíamos a las que se dejaban apretar el talle. Obtuve una vez una cita de cierta jovencita atractiva, mi compañera de una noche de baile. Cuando salió a recibirme a su puerta, la tarde del día siguiente, caminé con ella en derredor de la manzana y no me ocurría tema de conversación. La llevé del brazo un cuarto de hora, luego la devolví a su casa. Noviazgos yo no quería; en cambio, ciertas jamonas de edad mayor me provocaban ahogos de deseo. El velo blanco y los azahares sólo llegué a desearlos desesperadamente muchos años después, cuando adoré a una amante que al conocerla ya no hubiera podido llevarlos.

PESAR INJUSTO

Inesperadamente llegó mi padre a México; se detuvo dos días a fin de verme, pero iba camino de Campeche y se casaba con la menor de las Steger: Antonieta, de las bellas caderas y feo labio, que solía yo ver en misa con perfecta indiferencia. Aunque natural y legítima aquella decisión, me parecía monstruosa. Mi estúpida educación sentimental me la representaba como una deslealtad casi criminal, contra el pacto de alma que suponía ligaba a mis padres. Acaso era la de ultratumba la fidelidad más tierna y necesaria. Precisamente cuando leía con mi madre *Los mártires,* de Chateaubriand, en los días de Campeche, reconocí la idea que distinguía el amor cristiano del amor pagano. Pesaba sobre mí toda una literatura apoyada en el supuesto, bien contrario a la letra del Evangelio, del amor, compromiso eterno. La noción de inmortalidad transportada al lío de las parejas me llevaba a confusiones trascendentales, penosas. El morbo cursi del romanticismo suplantaba en nuestro ánimo las sabias, prudentes y cristianas advertencias de San Pablo sobre el matrimonio. Un simple ardid para no quemarse. Una manera de alimentar el apetito sin exponerlo a las contingencias mercenarias y garantía para la prole. Pero yo veía consumarse la más negra traición al afecto y la memoria de nuestra muerta, y me constituí secretamente en juez y acusador. Mi padre destruía el hogar introduciendo en él a una intrusa y yo era un mártir de la devoción maternal. Llegaron los desposados unas semanas después. Los recibí de mal talante por la mañana, y volví al atardecer para acompañarlos a la estación, donde se embarcaban para Ciudad Juárez. A la hora de la despedida me cargaron

con pequeños regalos y paquetes. Entre todo iba un hermoso pan de Apizaco, bien oliente. Pan de huevos espolvoreado de azúcar. Lo compraron porque sabían que me gustaba, explicaron al entregármelo. Con un nudo en la garganta sufría sus amabilidades, y con falsa sonrisa de mueca. Desde la ventanilla me dijeron adiós; pero apenas anduvo el vagón, mi carga de obsequios me produjo ironía amarga, subió a los labios una protesta y bajo las ruedas que giraban azoté el pan y las cajas. En seguida una onda de orgullo me infló el pecho y en la mente se configuró mi imagen rebelde. El símil que me ayudó a salir de mi pena y confusión era que, así como el pan despedazado, quedaba deshecho y divorciado de los viajeros mi valiente corazón.

Es fácil a distancia juzgar con ironía tales realidades. Lo que excusa la mezquindad de nuestros actos es que cuando los vivimos, padecemos, y es el caudal del dolor sufrido lo que al cabo determina la misericordia que liquida la expiación. Sufrir lealmente vale, por lo menos, tanto como pensar después en frío y condenar con suficiencia lo que es y seguirá siendo confusión, angustia y misterio.

Cada una de estas emergencias me dejaba convencido de que ya pronto iba a estallarme el corazón. No sabía que el pobre diablo, humano corazón, resiste mil despedazamientos y oprobios y halla siempre excusa para tornar a la esperanza. Considerándome perdido para el afecto paterno, abandonado moralmente, ya que no en lo material, pues mi pensión modesta llegaba exacta como un reloj, y juzgando, por otra parte, que mis dotes excepcionales bien podían dispensarme de tan expresiva dedicación como hasta entonces había consagrado al estudio, empecé a frecuentar bailes y otras ocasiones de expansión erótica, mezclada de alcohol y canciones. Entre la grey estudiantil abundaban los vagos que dormían de día y con guitarras y mandolinas alborotaban de noche por las ventanas de amigos y novias. Cerca de casa teníamos ahora un compañero originario de Cuatro Ciénegas: José Zertuche. De su Escuela de Comercio acababa de ascender a auxiliar de contador de La Bella Jardinera, gran sucursal del almacén parisiense. Su sueldo era cuatro o cinco veces mayor que la pensión de un estudiante. Su vestuario opacaba aun al del mismo Renato, y en la misma categoría superior fue exhibiéndonos una serie de amistades femeninas que nos daban impresión de princesas. Era él buen camarada y aun demostraba cierta respetuosa consideración a nuestra calidad de preparatorianos y aspirantes de médico, ingeniero o abogado. De suerte que, no obstante pagar a veces los gastos del baile, todavía tenía Zertuche que soportar nuestra presunción. Las muchachas serias solían preferirlo, sospechando que podría casarse, y las otras sonreían a sus fluxes nuevos y sus corbatas francesas.

Usando sus derechos en la tienda, nos ofrecía Zertuche la oportunidad de adquirir ropa hecha a precios ventajosos; lo malo era que no podíamos pagarla a ningún precio. Yo me conformaba con el traje que cada año me compraban en El Paso, durante las vacaciones, sin invertir en él un centavo por razón de planchados o composturas. Sin más lujo que el baño diario de ducha, mal alimentado y no siempre bien dormido, y nada gallardo de tipo, no puedo decir que entusiasmara a las hembras. Sin embargo, no bailaba si no podía hacerlo con la más bonita, a mi juicio, y siempre quedaba el consuelo de las copas y la discusión sobre el amor, el vino y la muerte. Ya lo había dicho Baudelaire, nuestro guía de aquellos años: "Embriágate de amor, de vino o poesía."

Después de pagar las últimas materias de Preparatoria, había logrado el ingreso en Jurisprudencia. Me urgía presentar el curso de un año en los seis meses restantes. Por la mañana nos daban dos o tres horas de clase y se pasaba el tiempo restante en la tertulia de los bancos de la escuela. En seguida transcurre la tarde en visitas aburridas a las casas de los compañeros que ya no cuentan con diez centavos para el café. Cierta fatiga originada por el mucho estudio de los meses anteriores, la alimentación desordenada e insuficiente y los desvelos, los pequeños excesos sexuales mercenarios y los grandes excesos imaginativos, me mantenían incapacitado para estudiar algo en serio. Inconscientemente buscaba en el trato humano un alivio al *surmenage*. Pero nuestra pobreza sólo nos permitía el contacto con la clase venida a menos, casi miserable, que pulula en las zonas pobres de las grandes urbes; de no pocas visitas salíamos desagradados. Alguna vez nos tomaba el furor del ejercicio físico. De tres a cuatro realizábamos excursiones por alrededores de la Villa o el Peñón y Tacuba.

Al salir de la Preparatoria nos habíamos llevado a casa los floretes y las caretas de esgrima. Tirábamos una hora o dos sudando y enconándonos a menudo en los encuentros. Llevaba varios días de desafío con el *güero* Garza Aldape, fronterizo noblote y testarudo. En la pared anotábamos las tocadas recíprocas. Me aventajaba notoriamente en destreza y en fuerza, pero yo me obstinaba en demostrar la tesis dudosa de que la esgrima obedecía a la prontitud de la mente más que al músculo. Habíamos roto varias hojas y aquel último encuentro lo librábamos con floretes desbotonados, protegido únicamente el rostro con la careta; se aceptó que sería legítimo toda clase de golpes. Intenté varias veces uno italiano por el bajo vientre; mi rival pegaba con coraje, o anulaba mi ataque con brazo de roble. En la saña no advertí un rasgón a lo largo del antebrazo derecho. Cuando el *güero* vio que me corría sangre, arrojó su florete y vino a abrazarme. En un instante la

cólera se le volvía ternura amistosa. "Perdona, hermano; lo siento". Por muchos años me quedó la marca de su acero, pero más ha durado nuestra amistad. Nunca he conocido un temperamento más sañudo y a la vez noble. Por gusto buscaba peleas, que aprovechaba para demostrar no sólo su valor, también su lealtad. A veces lo acompañábamos dos o tres como Estado Mayor. Nos llevaba por la Alameda: "Desafiaremos a los primeros tres que pasen y el que se "raje" no es hombre". Si el reto era aceptado, nos ponía a espiar al gendarme, mientras él peleaba; otras ocasiones concertaba el lance colectivo: "Tú contra éste; tú contra aquél; a mí déjame éste", reservándose siempre el más peligroso. La ocurrencia se resolvía en el cambio de unos cuantos puñetazos sin consecuencias. Hasta que una vez escarmentamos todos en cabeza suya. "Mira, hermano: ése que viene allí me gusta." Lo detuvo, el otro aceptó con calma... "Son mis testigos —dijo el *güero,* señalándonos—." "A darle", manifestó el desconocido, de mediana estatura y aparencia nada temible. Por una de las callejas menos transitadas de la Alameda, a la hora del oscurecer, fue fácil escapar a curiosos. Nuestro deber de testigos era doble: echar un ojo a la policía y estar listos para impedir que se pegasen a cuerpo caído. Desde el comienzo del choque empezó el *güero* a desconcertarse. Las manos del desconocido poseían un raro tino de dar con su rostro. Sin embargo, volvió a embestir... Dos o tres veces se lanzó al ataque, sólo para ser rechazado de nuevo con sangre en la cara, por la boca, por las narices. Lentamente el castigo aplacaba los arrestos del *güero* y, finalmente, le produjo lucidez. Echando entonces mano de su don de simpatía, exclamó: "Oiga, usted me la ha jugado. ¿Usted es boxeador?". "Pa servirlo", repuso el otro, mientras recogía del pasto su saco y se arreglaba la corbata. "Está bien —asintió el *güero—,* lo merezco; me ha pegado usted a la buena. Si quiere, ahí va mi mano." El otro se la tomó cordialmente. Entre todos llevamos al vencedor a una cantina que había enfrente, La América, famosa por los grandes vasos de cerveza rubia espumosa y los tacos de pollo con aguacate. El pugilista acabó dándonos consejos:

—Miren, muchachos: el brazo izquierdo cubre el estómago; el hombro protege la cara, y el derecho pega sin alargarse, poniendo todo el cuerpo en el *swing* o acercándose para el *upper cut* en la quijada.

No nos faltaba dinero para unas cuantas copas; pero precisamente allí, en La América, entraban y salían vuelos de faldas. Imaginábamos en los reservados caderas y torsos que sobresaltan el pecho viril. Era fácil poner gusto de vino en los labios, pero la sed de mujer, y mujer hermosa, se aplazaba constantemente. Y nuestro amor, entretanto, se envilecía en los rápidos, nauseabundos encuentros callejeros que en-

tristecen y debilitan. Tras de aquellos canceles de La América, vedada a nuestra condición, estaba la dicha plena, el placer con suavidades de seda, perfumes caros y labios frescos.

Fuera del círculo estudiantil, casi no tenía otros conocidos que los parientes de Tacubaya. Los visitaba de cuando en tarde y, cosa que al principio me sorprendió, me atraía Adelita, madrastra de mi madre, más que sus hijos. Su fortaleza de alma, su cordialidad y buen juicio reconfortaban. Con los tíos acababa siempre embrollado en discusiones agrias. Ella encontraba siempre la palabra de paz. De los desacuerdos era yo, sin duda, el culpable: les hablaba para exhibir mi ciencia reciente, ufana, y no lograba el efecto deseado. En mi despecho, llegaba a extremos ridículos; por ejemplo: la predisposición que se me desarrolló contra un lejano pariente letrado que todavía no conocía. Pero lo invocaban para contradecirme o para señalármelo como modelo: "Anda, pregúntale a Manuelito; ése sí sabe, él es filósofo". Manuelito era el librepensador oaxaqueño don Manuel Brioso y Candiani, autor de una *Lógica,* catedrático de la Normal de Oaxaca y metido por aquella época en un cargo abogadesco en la Suprema Corte de Justicia. Su fama de filósofo se afirmaba con la caspa que nunca se sacudía del cuello, el mirar distraído y la melena. Varias veces lo había encontrado en casa de los Calderón y, por fin, acepté su indicación de visitarle. Hallélo rodeado de libros, soltero y cincuentón. Me examinó de lógica desilusionándose de mí porque no pude repetirle de memoria reglas y casos de silogismo. Sin embargo, me dedicó su propio texto que nunca leí. Lo tuve por atrasado, en vista de que no aceptaba sin reservas a Stuart Mill, ni era positivista. Los viejos liberales de su género veían con desconfianza el avance positivista. El intento comtista de religión nueva les parecía sospechoso. Estábamos en la era de "las Luces" y no había razón para volver a ocuparse de la religión. El se decía espiritualista, pero no disimulaba su odio al católico. Se especializaba en pedagogía según direcciones derivadas de Herbert. Yo profesaba un soberano desprecio por la pedagogía, ciencia que ni siquiera figura, reflexionaba yo, en el cuadro comtista. Sin embargo, me interesaba el caso de aquel hombre. Lo sabía un poco pariente de mi madre por su segundo apellido, Candiani, y él se refería a ella con simpatía: "Tenía talento Carmita —afirmaba—; era metafísica y mística, pero tenía talento; ya veremos si tú logras algo". Examinábalo con la curiosidad que suscita un brote de estirpe que era casi la mía. Y no me halagaba demasiado mirarlo. No sé qué pequeñez se escondía en aquella erudición de autores de segunda. Su misma ambición me parecía mezquina. ¡No sentir la amargura de verse a los cincuenta el autor de una lógica escolar! Por otra

parte, su criterio desentendido de los grandes, vuelto de espaldas a Kant y a Comte para construir su vida en torno de Herberts, Krauses, Pestalozzis, me desilusionaba sobre la capacidad de mi clan para la filosofía.

Precisamente la mejor lección que debíamos a Justo Sierra, años antes de que Bernard Shaw la diera, expresaba: "Leed a Homero y Esquilo, a Platón, Virgilio, Dante, Shakespeare, Goethe y, después, volved a leer a Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare..." No dedicar mucho tiempo a segundones más o menos ilustres; enderezar el rumbo con la vista en las cumbres. Y he allí quien se pasaba la vida entre libros y no atinaba a distinguir los jalones, las luminarias de la ciencia. ¡Los anteojos de aquel lejano primo de mi madre servían unos ojos miopes del espíritu! Para él, la Lógica era la máxima ciencia. Y a mí me interesaba, apenas, por los frutos que pudiera darme un audaz raciocinio.

También la orientación de nuestros maestros preparatorianos era contraria al juego de las abstracciones. Para librarnos de su vanidad, había inventado Bacon el *Novum Organum,* la experiencia que contiene sorpresa y puede conducirnos, quizá, a descifrar el misterio. La Preparatoria de mi tiempo vacilaba ya entre la rígida jerarquización comtista y el evolucionismo spenceriano. Le Bon, Worms, Gumplowitz, empezaban a privar en sociología. De positivistas pasábamos a ser agnósticos, con no poca alarma de la vieja guardia comtista.

Otro poder se alzaba enfrente de nosotros, aunque casi no lo advirtiéramos: el colegio jesuita llamado de Mascarones, por la casa colonial que ocupaba. Nuestro contacto con los alumnos del plantel católico era ocasional y motivado por los exámenes, en común cada fin de curso. La política porfirista de la conciliación con la Iglesia había llegado a términos tan civilizados que se reconocían los estudios particulares mediante un examen de tiempo doble, ante los jurados de la escuela oficial. Ninguna animosidad nos distanciaba de los estudiantes del colegio católico, y más bien les admirábamos su buena preparación en humanidades, aunque en su ciencia resultaban deficientes. Nos separaba de ellos principalmente la jerarquía social, pues ningún pobre podía con los honorarios de Mascarones.

EN JURISPRUDENCIA

Me había matriculado en la Facultad de Leyes, por eliminación. Sin aptitud alguna para el cálculo, la carrera de ingeniero me estaba vedada

por mi naturaleza. Una larga convivencia con estudiantes de Medicina me había revelado la exigencia a que se les sometía a aprender de memoria todos los nombres de los huesos con sus facetas y articulaciones. Perdidos, así, en el detalle, y encaminados desde el comienzo hacia la especialización, lo que menos se preguntaban era lo único que me hubiera interesado: el secreto de los procesos del pensamiento; la teoría de la voluntad o la psicología del amor. Todo ello estaba más bien en los filósofos, y para estudiarlo no necesitaba volverme impermeable al yodoformo. Hubiera querido ser oficialmente, formalmente, un filósofo; pero dentro del nuevo régimen comtiano la filosofía estaba excluida: en su lugar figuraba, en el *currículum,* la sociología. Ni siquiera una cátedra de Historia de la Filosofía se había querido conservar. Se libraba guerra a muerte contra la Metafísica. Se toleraba apenas la Lógica y eso conforme a Mill, casi como un capítulo de la Fisiología. Por propia iniciativa, y al margen de la cátedra, habíamos constituido un grupo decidido a estudiar a los filósofos. Antonio Caso, dueño de una gran biblioteca propia, leía por su cuenta y preparaba sus armas para su obra posterior de demolición del positivismo. Yo formaba cuadros de las distintas épocas del pensamiento, de Tales a Spencer, apoyándome en las historias de Fouillé, de Weber y de Windelband.

La disciplina legal me era antipática, pero ofrecía la ventaja de asegurar una profesión lucrativa y fácil. En rigor, era mi pobreza la que me echaba a la abogacía. Si hubiese nacido rico, me quedo de ayudante del laboratorio de Física y repito el curso entero de ciencias. Al entrar a las cátedras de Jurisprudencia advertí como un descenso en la categoría de la enseñanza. No era aquello ciencia, sino a lo sumo lógica aplicada y casuística. La reforma científica no había llegado al derecho; faltábale un genio filosófico que incorporara el fenómeno jurídico al complejo de los fenómenos naturales. Spencer, en su volumen de la *Justicia,* obra de consulta en nuestro curso, ya iniciaba tarea semejante: pero entretanto, el aprendizaje se desarrollaba dentro de las disciplinas caducas. Y mientras el célebre maestro Pallares disertaba en su clase de civil, yo me ponía a leer el periódico en un rincón de la última banca[6].

Con no hacerme caso me fue ganando el viejo. Enjuto de tez, ojillos penetrantes, frente muy blanca, sienes delicadas y cabellos negros, levemente rizosos, sus fieles lo comparaban con Sócrates por la fealdad y por unos sarcasmos que yo hallaba crueles. Hablaba apoyando el mentón en el puño de oro de su bastón, y con gala de impertinencia, exclamaba: "Esto no se los explico porque ustedes no me entenderían... este país de catorce millones de imbéciles...".

Mi irritaba oír todo aquello en labios de un simple abogado. "Sabrá su derecho mercantil —reflexionaba—, pero ¿qué sabe de filoso-

fía?" Ignoraba yo las virtudes del hombre; nada sabía de su vida austera, ni de su constante, firme protesta, contra el despotismo porfiriano. Generalmente reconocido como el primer abogado de la República, vivía, sin embargo, postergado, y se había hecho inmodesto a fuerza de ser injustamente tratado. A diferencia de tantos otros, debía su cátedra a una oposición y no a nombramiento de la dictadura. Titulado en Michoacán y ferviente católico, jamás había transigido ni con su creencia ni con la farsa y abuso de los hombres de la Administración. A fuerza de tenacidad inteligente, sostenía un bufete de buenos ingresos, pero en los grandes negocios figuraba, si acaso, como consultor, y los honorarios gordos iban a las manos de medianías complacientes con el régimen, protegidos del déspota. Por experiencia sabía que sus mejores alegatos podía echarlos por tierra una sugestión, una consigna del Caudillo. Todo esto lo fui averiguando paulatinamente. Su talento y su ciencia, su íntima bondad bajo la agria apariencia, se manifestaba tardíamente y como a pesar suyo. Al principio era yo del banco que lo contrariaba.

Pues, en efecto, había dos bandos. Contra Pallares estábamos los preparatorianos de la metrópoli, antijuaristas y cientifizantes que nos sentíamos rebajados de estudiar el Derecho Romano, después de haber cursado el plan de Comte en la Preparatoria. En el bando de Pallares se afiliaban los que, habiendo hecho su secundaria en los estados, conservaban el criterio indeciso entre la ciencia y la ideología jacobina. Y aunque Pallares no era jacobino, procedía de la provincia y no era afiliado a Comte. Además, era el rival de Justo Sierra, y los metropolitanos éramos sierristas. Justo Sierra era el poeta, el literato vulgarizador de la teoría positivista en el arte y en la vida. Su obra de Ministro de Educación todavía no comenzaba, pero ya era conocido como el maestro más culto, más elocuente de la época.

Tan elocuente que en su clase de Historia, cada año, arrancaba aplausos disertando con entusiasmo sobre las libertades de Atenas. En cambio, jamás abrió los labios para comentar el derrumbe de las libertades mexicanas. Después de sus discursos helenizantes, el pobre se iba a la Corte a firmar sentencias como magistrado del porfirismo.

Uno de los motivos del desprecio de Pallares por sus alumnos era nuestra ignorancia del latín. Yo había estudiado y olvidado dos años de latín campechano, pero mis compañeros, en su mayoría, sólo habían pasado por el curso de «raíces griegas» que nos daba el maestro Ribas, un judío sefardí muy capaz, pero que, desilusionado de lo poco que podía hacerse en un solo curso, se limitaba a bromear con sus alumnos. Pallares, con razón, se preguntaba: "¿Qué puedo hacer con estudiantes incapaces de entender una cita?". Y no sólo lo decía en clase; lo había dicho en los consejos de las facultades y lo había sostenido en el Congreso.

De allí procedía su choque formal con Justo Sierra. Al discutirse en el Congreso la reforma de la enseñanza, el asunto del latín se había convertido en cuestión de partido. Los liberales estaban contra el pasado porque era pasado y contra el latín porque es el idioma que se usa en las misas. Los positivistas se apoyaban en la autoridad de Spencer que elimina las lenguas muertas en favor de las vivas, sin duda para que poco a poco vaya quedando sólo el inglés. Así como los liberales eran yanquizantes, los positivistas se creían muy británicos siguiendo a Spencer. Ni unos ni otros se tomaban el trabajo de informarse de que al latín dedican y dedicaban hasta cuatro años todos los colegios de segunda enseñanza de Inglaterra y los Estados Unidos. Se daba, pues, el caso de que un país latino suprimía de sus programas de enseñanza el latín, en tanto que el vecino país sajón multiplicaba universidades y colegios en que el latín es obligatorio. Contra este absurdo propósito que recuerda esas estampas de zulúes descalzos y con sombrero de seda europeo, se levantó Pallares y habló convincente y firme. Pero los diputados... los diputados de entonces, menos ignorantes que los de ahora, mantenían, sin embargo, igual tradición de servilismo. Pallares era un independiente; por lo mismo, un sospechoso. Atender sus razones equivalía casi a traicionar al régimen. Don Justo representaba la opinión oficial; era subsecretario; el Gobierno siempre tiene razón para destruir a su contrincante. Al contestarle don Francisco Bulnes, lo designó cambiándole, de intento, el nombre: "el señor Pajares". Irritado éste por las discusiones, no advirtió el peal, y quiso rectificar: "Pallares, señor..." "Pajares", insistió Bulnes volviéndose a su público. Las risas estallan, la votación se apresura y triunfó la consigna abolicionista de las lenguas muertas. La intelectualidad del régimen proclamó la nueva victoria obtenida contra "las tinieblas". De su derrota injusta guardaba Pallares un rencor mudo que hacía extensivo a todos los que llegábamos de la Preparatoria.

—Según veis —concluía desde su cátedra el sardónico maestro, tras de explicar algún precepto jurídico desconocido por una práctica de abusos—, esto no está al alcance de los catorce millones de imbéciles que componen la República...

—Safo, maestro —me ocurrió a mí gritar un día desde mi banco.

—¿Qué dices, muchacho?

—Que le ruego haga en mi favor una excepción entre los catorce millones...

—Pues sin duda eres tú el más presuntuoso de todos —repuso—. A ver, ¿cómo te llamas...?

Días después, desde su pupitre, para interrogarme improvisó entre burlón y afectuoso:

En la pálida silueta de los cielos
se destaca tu figura, Vasconcelos.

El hombre áspero ganó fácilmente mi afecto. Pero pasaron muchos años antes de que pudiese apreciar todo el alcance de su lucha ingrata contra el medio que nos incubaba.

LA PENDIENTE

Hastiados de mal comer en fondas y pensiones baratas, también para lograr más libertad, decidimos rentar una vivienda completa haciendo cocina en casa. Entre cuatro nos instalamos, suprimiendo el salón, en alcobas individuales y comedor. Un estudiante de ingeniería, Nacho Guzmán, hizo de jefe y tesorero. Mensualmente le entregábamos nuestra cuota y él se entendía con el servicio. Consistía éste de una vieja criada que hacía de ama de llaves y cocinera, auxiliada de una hija fortachona y cacariza, a salvo, según supimos, del deseo varonil, más desesperado. Ocupábamos un interior del segundo piso de un edificio con ocho viviendas. Las del piso bajo eran humildísimas, ocupadas por artesanos y lavanderas. Las del frente de la calle eran habitadas por familias que no veíamos casi ni en la escalera. Por arriba éramos dueños de una azotea, cómoda para estudiar por las tardes y contemplar desde ella las puestas del sol y los tejados vecinos. Varias salidas aseguraban a cada quien independencia completa. Al principio todo fue bien: comíamos con abundancia, eligiendo los manjares a nuestro antojo. En vez de Renato, que temporalmente suspendió sus estudios, teníamos ahora de compañero a José Santos, también de Piedras Negras o de Sabinas, que ya cursaba el último año de Medicina. Lo visitaba y convivía a veces con él una Lola, su amante, y afanadora de un hospital. Ocupaba otra habitación *el Chango,* estudiante de leyes, guitarrista y poeta. Nos visitaban compañeros de diversas facultades, invitados a comer o simplemente a la charla y la divagación de las canciones y los devaneos amorosos.

Con frecuencia faltaba a clase, aburrido de traducir y comentar las Pandectas, y acompañaba a Santos o a Olvera a sus prácticas médicas. Llegué a saberme de memoria todas las salas del espantoso Hospital Juárez, a la vez hospital de sangre para las víctimas de los crímenes, los atropellos de la ciudad y asilo general de alcohólicos, hepáticos,

cancerosos, reumáticos, venéreos y hasta leprosos. La cantidad de horror que allí se podía ver en sólo una mañana supera a cuanto hayan imaginado las más sombrías literaturas. A tal punto que después de contemplar los tumores y las llagas, casi no impresionaba el anfiteatro, con su media docena de cadáveres despedazados sobre planchas impregnadas de la pestilencia inconfundible: la cadaverina... Bastaría recordarla para quitarnos toda posibilidad de sensación voluptuosa fundada en la atracción de la carne.

Cuando penetré por primera vez al anfiteatro, un practicante aserraba con calma el cráneo recién rapado de un muerto. La cabeza de otro cadáver al lado tenía ya cortada la tapa y se veían en los sesos las circunvoluciones. Aquella ocasión, de regreso del hospital, no pude comer. Al día siguiente comí doble. Contra la tenacidad del cuerpo que insiste en vivir y gozar, hay el disolutivo eficaz de la cadaverina. Pero en auxilio de la vida llega el olvido y actúan las apetencias. Con todo, años después, en la voluptuosidad de un amor que declinaba, sentí de pronto algo como el tufo de la cadaverina. Como si el interior de la entraña se adelantase y se diese a la muerte antes que la piel y el rostro, antes de que la muerte se imponga.

La cadaverina: Pero ¿de qué sirven las profundas lecciones a una juventud en frenesí, sedienta de goce? Con todo y la dosis matinal de cadaverina, por las noches corríamos tras de las más humildes faldas.

Cierta mañana curamos a un herido; detrás del practicante iba la afanadora con la gasa, las bandejas esterilizadas. Recostado sobre sus pobres almohadas el enfermo descubrió el pecho. Sobre la piel morena, a la altura de las tetillas, se abrió una especie de boca con labios violáceos; el practicante pasa un algodón, luego tapa con gasa. Al concluir el recorrido, pregunto por lo bajo:

—El de la puñalada ¿no está muy mal?

—Pst... —contesta—; si esta noche le entra la fiebre, mañana está muerto.

En el extremo de los patios, ya fuera del pabellón, en unas barracas, moraban los leprosos; uno asomó sin narices...

—¿Los curas? —interrogo.

—¡Bah! Son incurables; los recoge la policía de las calles cuando ya están imposibles, y aquí se van deshaciendo despacio.

La sala de operaciones es el sagrario del hospital. Las batas blancas recuerdan el sobrepelliz del sacerdote. Los instrumentos bruñidos, hervidos, reciben honores de reliquia. El operador dirige con la mirada, los ayudantes trajinan, los alumnos forman grupo reverente. El enfermo, arrastrado en su camilla, es lo que menos importa; representa un

caso en un largo registro de casos. A una señal, aplican las enfermeras la mascarilla del cloroformo; el olor nauseabundo se difunde como incienso de aquel ceremonial cuyo objeto es aliviar la carne, aun a despecho del alma. Empieza el enfermo a divagar; en seguida, en *crescendo* patético, se lamenta como mártir en el tormento. El sabio operador malhumorado dice a los alumnos:

—Estos alcohólicos consuetudinarios despliegan una sensibilidad morbosa para el cloroformo.

Por fin, y después de que ha chorreado una o dos veces la cánula del anestésico, se inicia el estertor, se apagan las quejas del enfermo y empieza a rasgar el bisturí. Las manos del médico se van llenando de sangre; corre sangre por la piel cetrina de la víctima; blanquea el tejido sebáceo y aparece el rojo lastimero de la entraña; su palpitar desamparado, desnudo, produce vértigo. Una corriente nerviosa quebranta cada coyuntura y muere en los talones; durante un brevísimo instante tuve necesidad de buscar el apoyo del brazo de mi compañero de pensión. Todos atentos a la faena operatoria, nadie advierte mi momentáneo desfallecimiento; me quedó en la boca un sabor de podredumbre. La cosa no termina; extráese materia sanguinolenta, se habla de tumores. Las operaciones siempre terminan bien; ahora que, es claro, el enfermo comúnmente fallece... de alguna complicación. ¡La cirugía es infalible; el porvenir de la Medicina, la cirugía! El coro de los convencidos, nuevos creyentes de la religión terapéutica, se dispersa por las salas, regresa al centro de la ciudad.

Ya en el tranvía, el pequeño grupo de estudiantes veteranos se cuentan historias: Operaba don Tobías... encontró un enfisema; al revisar la tarjeta del enfermo, rápidamente había observado su profesión: músico. Con la prueba escondida, don Tobías diserta sobre las afecciones del diafragma, ocasionadas por los instrumentos de viento. Concluye la operación, despierta el operado, y don Tobías, triunfal, pregunta:

—¿Qué instrumento tocas, hijo?

—Doctor, la tambora...

No sé cuánto tiempo me duró la obsesión. Quería verlo todo y ensayarlo, bajar a todas las cavernas de la miseria biológica. También revisar el aparato humano en su normalidad. En un alto de la escuela de Medicina, Olvera se pasaba largas horas de la noche practicando disecciones. A menudo me llevó para encomendarme tirar de un tendón, mientras él ligaba, descubría los haces, las fibras. Ponía en su tarea un orgullo de artista. La preocupación de la estética se prolonga al terreno de lo macabro.

—Mira qué linda pelvis —exclamaba alguno delante de las vitrinas del museo escolar—, buen forro ésta... fea la otra.

Y así, entre las osamentas, restablecíanse las categorías del apetito erótico.

Y conocí algo peor. La obsesión del practicante de Sanidad, amigo de nuestro grupo. Viendo pasar las favoritas del mundo elegante, mezcladas al paseo dominical de Plateros, apreciaba, según detalles inimprimibles de las partes secretas, mientras los ingenuos admirábamos las pestañas o el talle de las bellas.

Cierto cinismo sentimental, fruto de su hábito de ver únicamente la carne, volvía molesta, en ciertas ocasiones, la compañía de nuestros futuros médicos. Había en sus charlas eróticas algo de la crudeza y desazón del higienista que explica cómo se han de masticar los alimentos a fin de asegurarles la eficacia nutritiva. Nos quita las ganas de comer.

Sin embargo, me fue preciso recorrer todo el viacrucis médico. La casa de las locas se hallaba cerca de nuestro domicilio de la calle de San Lorenzo, en la Canoa, donde hoy está la Beneficencia. Acompañado del practicante, traspuse el zaguán, atravesé el patio; una gritería confusa, estridente, sacudió mis nervios. "Son las ninfómanas —explicó el practicante, tranquilizador—. Apenas ven pantalones y gritan obscenidades, invitaciones de pesadilla". Por San Fernando, en otro ex convento, se hallaban instalados los locos. Sala primera, camas sin patas, los epilépticos. Apariencia normal; de repente, el vértigo, las contracciones, los gritos acompañados de una angustia que sale a la boca en espumas.

Departamento de cretinos, dientes enormes, miradas gelatinosas, babeo. En seguida los melancólicos, pacíficos, pero expuestos a accesos de furor, perdidos en horizontes irreales. Luego, los enajenados, consumando paseos interminables o entregados a crisis furiosas... El que se cree el emperador Moctezuma, el que quiere cogerse el índice sujetándolo con la izquierda y arrebatándolo con su misma mano derecha. En otra sección, los subnormales; pero fuera de allí, en el éxito y la fama, estaban otros, según Lombroso, según Nordau, idénticos, por más que la humanidad los venera como genios. También el genio era un desarreglo, un caso de patología. El médico, sacerdote de la religión de la ciencia, entraba, con su escala de temperaturas y su registro de síntomas, en las cámaras más ocultas del laboratorio de la ciencia. Entre el criminal nato y el profeta apenas había una barrera accidental. El misticismo de Santa Teresa era un caso de excitación erótica reprimida. La charlatanería literario-terapéutica de las glándulas y las secreciones endocrinas estaba a punto de iniciarse con Voronoff. Pero todo aquel triunfo de la Ciencia, triunfo de la carne, con sus ritos de

asepsia, sueros y bacilos de Metchnikoff, se unificaba en estelas de yodoformo.

Era preferible volver donde los locos con las ideas abstractas, sitio de reunión en los bancos de la Escuela de Jurisprudencia. Tardes lluviosas y melancólicas, recargadas de la fragancia del jardín, divagaciones y bostezos. Tristemente fumábamos soñando en las tardes que vendrían, lluviosas también, pero al abrigo de una alcoba con cortinajes, donde una amada perversa y hermosa vertería licores después de las fatigas del amor.

CONATOS DE PASION

La gran necesidad de afecto del joven que vive aislado, complicándose con los deseos eróticos de la adolescencia, conduce inevitablemente a enamoramientos disparatados; súbitos ataques de epilepsia espiritual. Hay quien los evita intoxicando la fantasía con juegos de pasatiempo como las damas y el dominó. Por ejemplo: el médico nato, Olvera, se pasaba las tardes del domingo entregado a las complicaciones del ajedrez. Yo he detestado siempre los juegos. Veo en ellos la más tonta manera de usar el más precioso tesoro de cada existencia, su tiempo limitado, contado y que, por lo mismo, es necesario exprimir, aprovechar, gozar, en último caso sufrir, pero nunca, jamás, desperdiciar. Alarmado, pues, del tiempo que corría inútil como si una vena de la propia sangre corriese perdiéndose, arrastrándonos al vacío del no ser, me angustiaba de las horas sin empleo valioso. Ensayaba escribir; pero apenas traducía mi pensamiento en signos, las ideas perdían toda su profundidad: lo escrito me desencantaba, me irritaba como una traición a mi esencia singularmente valiosa. La charla con los amigos se hacía aburrida. Cada uno en la discusión buscaba exhibirse. A mí la discusión me exaltaba, me llevaba a proferir enormidades en júbilo soberano. De un extremo a otro de la habitación caminaba como con alas en los pies. Mis potencias y mi ser, y aun mis células orgánicas, se bañaban del esplendor inesperado y se aprestaban a la cita. Todo lo que me componía y constituía se alzaba fulgurando, listo para la elección escondida en la entraña del tiempo, desde antes de mi nacimiento y de mi formación.

Cuando ya la soledad me tenía así, transido de sus visiones, saltaba a la habitación donde los compañeros jugaban cartas, fumaban.

"Vamos a algún lado, muchachos", proponía alguien... Se levantaban dos o tres, a veces todos juntos nos íbamos por el barrio, por frente a la novia de alguno o por los sitios de diversión que puede frecuentar el estudiante.

Nos habían hablado de un café recién abierto, por Santa Brígida. Lo regentaba un español que le puso por nombre no sé si La Alhambra, y consistía su novedad en el servicio a cargo de bonitas meseras. Una muchedumbre dominical, ruidosa, plebeya, ocupaba ya casi todas las mesas. Tras de alguna espera, logramos acomodarnos en torno de una los cuatro amigos. Se acercó a servirnos de uniforme y delantal una joven agraciada. Después de alguna frase de galantería pedimos nuestras copas. En derredor observamos la algazara; irrumpió una orquesta. Entre el humo de la clientela, regresó nuestra camarera, seguida de otra que le ayudaba a servir y, seguramente, le quitaba los admiradores, pues era una morena esbelta de cara oval, ojazos y trenzas negros... Empezaron mis compañeros a celebrarle la hermosura; sonreía ella complacida. Deslumbrado, la contemplé a la vez que un deseo violento, pasión en *coup de foudre,* me levantó del asiento... Por entre las sillas logré alcanzarla y le planté un beso tronado en la mejilla. La imprudencia molestó a los parroquianos de al lado, con quienes acaso tropecé; nos hicimos de palabras, hubo sillas levantadas en alto, intervino el propietario, nos amenazaron y sisearon; por fin pagamos y nos marchamos despacio para no aparecer corridos...

Despreocupadamente caminamos varias calles; atravesamos casi la ciudad para retornar por nuestro rumbo, pero empecé a sentir una inquietud irrefrenable. La visión de la cara besada a medias me obsesionaba. Apenas cenamos, ya solo, regresé al café. Un público diferente, menos numeroso, sirvió lo suficiente para que pasase inadvertida la vuelta que di buscándola, y la señal con que le pedí que viniera a servirme. Llegó frente a mí toda risueña; la invité a beber, se sentó a mi lado y dio comienzo una amistad larga y accidentada.

Se llamaba María Sarabia; decía ser de por Guanajuato o por Jalisco. Aseguraba vivir con su madre en el último extremo de la ciudad por las calles del Ferrocarril. A las dos de la mañana, libre ya de su trabajo, acostumbraba marchar sola a su casa. Sin embargo, yo podía verla cuando quisiese en el café, y quizás más tarde saldríamos a pasear juntos. Eran suyas las mañanas y las tardes hasta las seis.

Ni los patios de Jurisprudencia, ni las clases de los amigos volvieron a verme en varias semanas. Dentro del café le hablaba lo menos posible; pero cuando entraba a su trabajo, yo la acompañaba a la puerta, y si salía para cenar, la llevaba por las fondas baratas del

barrio. Platicándole, mirándola, se iba veloz el tiempo. A veces, a las once o doce de la noche, interrumpía la lectura o el estudio para correr desde mi cuarto hasta el innoble café a fin de verla otra vez.

Pronto dio en visitarme. Su presencia en la casa no llamaba particularmente la atención, porque todos los compañeros tenían, quién una novia, quién una amante que solía vernos. A menudo María se presentaba con una compañera. Organizaba entonces el cuarteto con uno de los colegas, y nos marchábamos de paseo, rematando siempre en alguno de los bares estudiantiles. Su oficio de camarera la había hecho bebedora. Los estudiantes bebíamos por presumir de calaveras y de románticos.

Bebíamos por pobreza y por tristeza. Quizá eso mismo ocurría a nuestras compañeras. A veces, cuando en la casa había quien tocase la mandolina y la guitarra, improvisábamos bailes que nos dejaban enardecidos de mujer y quemados de alcohol. Sin embargo, aquello era vivir; el genio baja a las profundidades del abismo, decía cualquier Zaratustra criollo. Echarse a la perdición era un heroísmo... Y no se era hombre si no se apuraba la copa de la vida "hasta las heces". Así nos curábamos del mal vivir. Todo con versos de Musset y literatura de Dumas hijo.

La linda perdida de largos cabellos oscuros, labios enloquecedores, talle flexible y largas ancas envueltas en falda roja, era la imagen viva de la angustia que puede tornarse en goce. Bien se podía prescindir de todas las promesas de una existencia heroica, vencedora, con tal de pasar un año o unas semanas enredado en su carne, pendiente de sus labios. Sin embargo, no se entregaba. Sonreía, y una como oleada de tristeza le tornaba pálido el rostro, la mirada distante. "Sé bueno —insistía—, quiéreme bien..." Con decirlo, quedaba domeñada la urgencia y una ternura honda enlazaba las manos, súbitamente tranquilizadas. Nunca ni una palabra de respuesta a mis preguntas sobre su origen, sus padres, sus amores.

—¿Tienes novio?

—Sí, tú eres mi novio.

—¿Tienes amante?

—No sé, no me preguntes...

Y aunque en distintas ocasiones la acompañé hasta la calle misma en que vivía, nunca quiso informarme ni del número exacto de su vivienda...

—¿Para qué quieres saber? Yo he de verte... mañana, a tal hora, en tal parte... —Y aparecía otra vez jovial, deslumbrante.

A veces, impaciente, dejaba de concurrir a sus citas. Excitado por mis compañeros me proponía mandarla a paseo. Me vencía, abste-

niéndome de buscarla por el café. De repente, la tarde menos pensada, se presentaba en nuestra casa, más bella que nunca, siempre con su falda de color vivo, ajustada a las más lindas piernas del mundo.

Sentada en mi misma cama se soltaba la trenza, se dejaba acariciar. Luego se peinaba, me resistía. Adorándola, le mandaba traer refrescos, nieve, jerez, aguardiente, según su capricho. Entonces charlaba, bromeaba con los compañeros. Nuestra criada le ofrecía de comer, la agasajaba. Se recostaba para descansar; luego, incorporándose, preguntaba:

—¿Me acompañas?

Y a menudo, por andar recorriendo salas de baile y cantinas, faltaba al café; pero después, a medianoche, se despedía y se me volvía a perder en el misterio.

Entretanto, yo deliraba. Tras de mucho pensarlo, resolví que mi deber era salvarla, recogerla del fango, casarme con ella. Un día se lo propuse y se rio, pero dulcemente me apretó la mano...

—Estás loco...

Mas yo lo pensaba en serio. Revestía de abnegación y piedad mi deseo voluptuoso y me convencía de que era mi deber ligar su destino al mío «tendiéndole la mano». Hice mis cálculos. Buscaría trabajo, mandaría al diablo los estudios... Sólo que, pensándolo bien, había un pequeño inconveniente: Recontando fechas, resultaba que tenía yo diecinueve años; el Código exige en estos casos el consentimiento paterno... Ni me atrevía a pedirlo, seguro de una terminante y alarmada negativa. Era mejor esperar; por ella misma era mejor esperar... pero, mientras tanto, ella debería comprometerse conmigo en una alianza espiritual.

No obstante que nuestros paseos eran bien modestos, el dinero me empezó a escasear. Muchos libros y algunos muebles que al instalarme me había dejado mi padre cogieron el camino de la casa de empeño. Con la mejor intención de sacarla del fango, yo me iba hundiendo. Y empezaba a cansar a los amigos con solicitudes de préstamo... ¡Era tan bello estar todo el día y también de noche embebido en su hermosura!

El primer contratiempo me lo proporcionó mi impaciencia. Sin advertirla, me dirigí una tarde al café. Me encontraba yo en la acera de enfrente, cuando la vi salir del brazo de un tipo robusto y apuesto. Iba él ufano; ella no me vio. Un pensamiento humillante formuló dentro de mí esta pregunta: "¿Por qué ahora no la asaltas, como cuando el beso en público?". La sorpresa me dejó clavado en la acera y un miedo vil contuvo mis ímpetus. Me sentí despreciable. No me enojaba

contra ella; me dolí de mi impotencia; ni dinero para pagar ni fuerza para disputarla. Llegué a la casa sintiéndome como si me hubieran golpeado, y a grito abierto conté mi lamentable decepción... "¿Pues qué te habías creído?", prorrumpieron los camaradas... "¿Para qué te metes de enamorado de p...?", dijo otro. "¿Ni qué derecho tienes para intervenir en sus asuntos?", aclaró Guzmán. "Además, es una fortuna que no te hayas atrevido a hablarle —observó *el Chango*—, porque el sujeto ese te habría dado una golpiza con todo derecho, puesto que iba con ella".

Me pegaban así, con saña, llevados a la sana intención de curarme y, también, con secreta complacencia de mi derrota.

La gran herida me quedó abierta hasta el punto y momento en que ella se presentó una tarde, cuando ya desesperaba de verla. Iba fresca y jovial... «¡Anda, acompáñame... mi novio querido...» En vez de rechazarla, según había ideado, la seguí con mansedumbre. La idea de que nada podía ofrecerle me volvía juicioso, complaciente. Más tarde tendría poder y fama; entonces la protegería, la recogería de donde cayese. Si de pronto estábamos desamparados, seguramente el futuro sería nuestro. Meditando así, a su vera, la acompañaba sin comunicarle mis fantasías.

LA TORMENTA

(Fragmento, 1935)

DESTITUCION, CARCEL Y FUGA

ALEJADO VOLUNTARIAMENTE de actividades políticas directas, me dedicaba más bien a reconstruir mi vida profesional, confiando en que a la postre, como casi siempre ocurre, todo se arreglaría solo y en forma de que se pudiese trabajar en paz. En lo personal no tenía un solo enemigo; las gentes que rodeaban a Carranza más bien me demostraban simpatía. No veían en mí un competidor para los puestos públicos y todos tenían que reconocerme una hoja de servicios revolucionaria impecable. Y me veía con los del Gobierno y con los de la oposición, o sea los villistas, que, por cierto, a poco de llegados en misión de paz, fueron a dar a la cárcel. Allí fui a visitarlos en sus celdas de la Penitenciaría. Era una vergüenza para la revolución tener bajo rejas, como criminales, a personalidades tan ilustres como don Manuel Bonilla, ex ministro ejemplar de Madero y hombre tan por encima de Carranza en patriotismo, capacidad y abolengo revolucionario. Sin embargo, sin aprobar que se les tuviera presos, les censuraba, y así se los hice presente, que figurasen como consejeros y como aliados políticos de Villa que, con todas sus dotes de guerrillero, no se merecía ciertamente la adhesión subordinada de gente de categoría nacional.

Cierta ocasión me encontré en la calle a don Manuel Amaya, el jefe del protocolo de Carranza y su mayordomo y consejero favorito; uno de los hombres más influyentes del instante. Y don Manuel, que era un buen rústico, mal enfundado en la levita protocolar, un fronterizo de tez clara y simpático, me hizo subir a su coche y me llevó a Palacio.

—Quiero que vea, licenciado, la idea que hemos tenido; usted, que entiende de arte...

Y me mostró en el salón de acuerdos un óleo enorme y hórrido, acabado de pintar por un retratista de alquiler. Al centro, enlevitado, estaba Carranza, con la banda presidencial en el pecho, la cabeza en las nubes y las manos extendidas en dirección de dos enanitos: Juárez, que

le tendía la Constitución y las Leyes de Reforma, y Madero, que le ofrecía la bandera del Plan de San Luis.

La alegoría grosera resultaba tan de mal gusto, tan extemporánea y servil, que de no haber conocido a su autor probablemente me hubiera deshecho en vituperios, porque, en realidad, aquello era faltar al respeto a Carranza. Pero conociendo a don Manuel me limité a sonreír como ante el juego pueril de un niño. Nunca sospeché que con aquel cuadro iniciaba el señor Amaya una práctica repetida por cada uno de los sucesores de Carranza: la de hacerse pasar, cada uno en su efímero instante, como el eje de la historia nacional. ¡El payaso de cada uno de los sainetes trágicos de un proceso imbécil de disolución e ignominia de toda una raza; eso sí lo es cada uno! Y la ignorancia pétrea de cada uno de estos "Supremos" facilita la tarea del adulador.

Me reí a poco de dejar a don Manuel en el Palacio de los Virreyes. No comprendí en mi ingenuidad que me acababa de ser mostrado el símbolo de un dogma que a sangre y fuego sería impuesto a los mexicanos. Haciendo honor a don Manuel Amaya, la prensa, toda en manos de Breceda, empezó a desarrollar la exégesis del carrancismo. El Plan de Guadalupe era la piedra fundamental. Los signatarios del papelucho eran apóstoles de nuevo cuño, y para tener derecho a la vida era menester suscribir adhesión incondicionada a la Trinidad maniquea de Carranza, primera persona, Primer Jefe, y Juárez y Madero, los mozos de estribo, los precursores semiinconscientes de la grandeza carranclana.

Y cada uno de los altos funcionarios comenzó a opinar en letras de molde: "La energía de Carranza sobrepasa la de Juárez" (Rip-Rip); "el talento de estadista de Carranza era de proporciones continentales" (Fabela); "siempre he sido independiente; pero ante el caso extraordinario de Carranza me declaro incondicional" (Luis Cabrera), y así sucesivamente, hasta que un día llegó la pelota del juego de prendas en que se exigía un favor para Carranza, un disfavor para Pancho Villa, al modesto bufete mío de la calle del Uruguay. Y como llevaba semanas de estarme conteniendo porque no quería que al romper con los carrancistas se me catalogase de villista, reprimí una vez más mi sangre irascible, y en vez de contestar una majadería manifesté que no hacía declaración alguna porque no quería contribuir a la discordia ya encendida.

—Pero entonces —insistió el reportero, carranclán aleccionado— ¿usted no se define?

—Muy bien; si quiere usted tomarlo así, diga que no me defino; haga lo que quiera.

El diario en cuestión no dio reportaje; pero a los dos o tres días de la entrevista que relato recibí un papel de oficio en que se me notificaba

mi cese como director de la Preparatoria. Junto con el oficio me llegó recado de Plagianinni. Estaba muy apenado; él hubiera querido darme oportunidad de que renunciara; pero el Primer Jefe había insistido en que no se me pidiera renunciar: en que se mandara el cese. La mezquindad del proceder era típicamente primerjefista y denunciaba al hombre que después de pasarse media vida en posición servil, al verse con mando trata de humillar a los hombres altivos.

Al salir de la Dirección dejé un recado escrito a lápiz: "Les regalo mi sueldo de los días que aquí he trabajado".

Y no me fui con los villistas, como pudieron suponerlo ciertos canallas; ni me comuniqué con la oposición, ni salí de la capital. Entonces empezaron a molestarme con avisos oficiosos de que sería aprehendido, de que debía esconderme.

—No me esconderé; me harán un favor si me aprehenden —repuse—, porque el Gobierno de Carranza está cayendo y mañana resultaremos héroes sus enemigos.

Y seguí asistiendo con regularidad a mi bufete y mostrándome por todas partes. Sólo que ya desde ese momento los Manuel Amaya del régimen no me saludaban, eludían mirarme. Y era del régimen toda la gente a la vista, porque los que no lo eran tenían que permanecer escondidos, temerosos de indignos y usuales atropellos, y todos los del régimen eran Manuel Amaya...

Pero, ¿qué puede toda una banda contra un hombre dichoso? Y yo lo era, porque tenía juventud y amor y de nuevo comenzaba a ganar dinero y estaba de bodas o de rebodas con mi Ciudad de México y me deleitaba la reconquista de sus panoramas, la dulzura traicionera de su popularidad... ¿Qué importaba toda aquella gente zafia?

Ni siquiera dentro de la revolución dominaban. Se sabía ya del fracaso de Carranza para entenderse con Zapata. Zapata se sentía inexpugnable en su región y exigía que Carranza abrazase "el Plan de Ayala". El Plan de Ayala era una réplica del Plan de San Luis, adaptada a la fatuidad del guerrillero suriano. También en torno a Zapata había intransigencia y dogma. Según el zapatismo, todos eran traidores, y el primero de todos, Madero; únicamente Zapata rescataba el programa revolucionario y la exigencia agrarista. Las tierras todas del estado de Morelos habían caído en poder de los zapatistas y cada general, incluso el propio Zapata, se había adjudicado un rancho. Un poco más tarde, al caer el zapatismo, los generales de Carranza se harían de las haciendas que fueron de los porfiristas y que brevemente ocuparon los zapatistas. Una década más, y Calles y el embajador Morrow se pondrían a discutir planes para la solución del problema agrario de Morelos, desde lujosas

fincas consolidadas en su provecho. Esto es lo que todavía llaman revolución. En las semanas todavía prometedoras que precedieron a la Convención de Aguascalientes, todos confiábamos en las grandes cosas que pronto tendría que hacer la revolución.

Furiosos por su fracaso ante Zapata, los carranclanes soltaron las lenguas del ultraje y la calumnia. Todos los no carrancistas éramos desleales; el Primer Jefe nos había hecho, nos había dado. A mí no me había dado nada, y más bien el Primer Jefe me debía los servicios de revolucionario que presté, casi siempre, gratuitamente, mientras el propio Carranza disponía, no de su sueldo, sino de todo el Tesoro público. Pero molestaba el concepto odioso que de la lealtad tienen algunos perros. Pues se vuelve la lealtad pestilencia cuando de ella nos valemos para encubrir complicidades de siervo, deshonestidades notorias, sólo porque un mal jefe nos dio dinero o posición y honores. En suma: lealtad al tirano es complicidad en el crimen, no gentilhomía ni ley de caballeros. El caballero se debe a su conciencia y su honra antes que a potestad humana cualquiera. Y si eso no es caballería, peor para la caballería; pero estoy seguro de que es cristianismo, porque el cristianismo tiene en la ley moral una patria superior a todas las que forja la historia o engendra una raza. Ni la patria tiene el derecho de pedirnos vilezas, mucho menos un Primer Jefe de banda.

Y como la jauría oficial no ladra en vano, muerde a veces aun sin ladrar, no pasó una semana, desde mi expulsión de la Preparatoria, sin que cayera sobre mí la garra del tiranuelo. Me aprehendieron en la calle los esbirros, con menos miramientos que los que me había dispensado la policía de Victoriano Huerta, y me llevaron a la Inspección de Policía, situada en el mismo edificio en que me había tenido preso el huertismo. Sólo que ahora, del jefe de la policía al último oficial, todos eran conocidos y se decían apenados de tener que retenerme.

Con todo, me encerraron con más de una docena de reos políticos, en su mayor parte ex huertistas. Y con dificultad me comuniqué con el exterior para avisar a mis familiares.

Pasadas las horas de la ira, mi encarcelamiento empezó a darme gusto. A ninguno de los despotillas que se han sucedido en México le he tenido la paciencia que demostré a Carranza. Y es que el hombre, en su torpeza, daba lástima. No sabíamos todavía que fuese tan malo y nos inclinábamos a perdonarle sus necedades porque se le veía de poca estatura para la tarea que el azar le echaba encima. Pocos lo habían defendido como yo, en los días negros de su impotencia, por Coahuila y Sonora... y me pagaba con una canallada pequeñita... pues, en efecto, a las pocas horas de mi detención recibí aviso de que el Primer Jefe

deseaba ponerme en libertad muy pronto, pero no podía menos de tenerme detenido, para escarmiento de los tibios... para darme una oportunidad de que me declarara carrancista...

La orden de aprehensión decía: "A disposición del Primer Jefe." ¡Era yo preso de categoría! La mayor parte de los otros presos , personas de buena clase social, estaban allí por orden del coronel X o a disposición del capitán Mengano. Todo el que tenía algún mando de fuerza mandaba aprehender, a su antojo, al más encumbrado y al más humilde de los ciudadanos. En general, bastaba con pagar un rescate para salir a la calle, no precisamente a la libertad, pues se daba el caso de que el acabado de libertar fuese aprehendido de nuevo por otro jefe deseoso de venganza o de botín. Toda la población prácticamente se hallaba a merced de un pretorianismo caótico y voraz. Salvo, por supuesto, los extranjeros. Y esto es lo más vil de los santannismos que padecemos: la bajeza con que se arrastran delante del norteamericano y el desdén con que tratan al connacional a quien tocó perder.

Entre las humillaciones que como detenidos padecíamos, estaba la de tener que cargar con una tabla que a escote habían adquirido los presos de distinción, para poder usar el retrete que los presos comunes y los gendarmes mantenían en estado espantoso.

Entre los detenidos había un español bajo de cuerpo, arrugado y de ojos azules, cuyo delito era haber sido barbero ocasional de Victoriano Huerta. El buen hombre me tomó afecto y me ayudó prestándome pequeños servicios de amigo. Explicaba su relación con Huerta diciendo:

—Me trató siempre bien, me dio propinas generosas; ¿por qué he de hablar mal de él?

Aquel caso de lealtad, primitivo y todo, era más limpio que la lealtad que exigían los carranclanes, pues no es lo mismo demostrar respeto por un caído que ufanarse de lealtades que producían jugosas posiciones. Aliviaba contemplar el rostro siempre afable de aquel "gachupín" humilde ante la vida: más altivo, sin embargo, que sus carceleros, porque su misma falta de ambición y el hábito de debérselo todo al propio esfuerzo le daban una tranquilidad, una dignidad envidiables. Los demás presos eran, en su mayoría, ex políticos del régimen caído, que ahora bufaban contra la tiranía; pero en su época nunca dejaron de colaborar con el otro despotismo. Les tocaba, por el momento, estar abajo; pero cuando estuvieron arriba se portaron como ahora se portaban esbirros y polizontes.

El jefe de la Policía, un antiguo maderista, habituado a verme en posición más alta que la suya, eludió encontrarse conmigo; pero el segundo, un militar joven que no debe de haber hecho carrera con los

carranclanes, me mandó llamar una tarde y me dio la libertad del edificio; me ofreció su propia oficina, alegando:

—Podré consultarlo como abogado en algún caso difícil que se presente.

No lo vi más porque a menudo se ausentaba; pero le agradecí mucho el gesto.

Por la noche me permitían tender mi cama en una de las oficinas de la planta alta. No tenía el sitio otro inconveniente que obligar a levantarse a las cinco de la mañana para dar lugar a los barrenderos que temprano hacían la limpieza del local. Entre escritorios y teléfonos se alargaba mi catre de campaña, y previendo alguna ocurrencia como las que se ven en el cine, mandé pedir a casa un par de sábanas de lino, grandes y resistentes. Pues, en efecto, había comenzado a obsesionarme la idea de escapar por mi cuenta, antes de que el Primer Jefe decidiera "levantarme el castigo".

Y se lo conté a don Agustín del Río. Era este don Agustín un español de la clase acomodada. Excelente amigo que casi cada tarde me acompañaba una o dos horas y me llevaba la murmuración del día. Sus amistades estaban todas entre los carrancistas más encumbrados; así es que a mí me visitaba por lealtad de la buena; es decir: porque había sido amigo y aun un poco mi cliente en la época maderista, en que mi amistad contaba... No cabía duda; allí estaba en don Agustín otro caso de lealtad de caballero, lealtad con el débil, con el amigo en desgracia. La otra lealtad, la que practicaban los carrancistas, lealtad con el déspota que traiciona su propio programa, era una lealtad de rufianes; no era lealtad: era hedor.

Don Agustín del Río me llevaba buenos puros, buen vino y sanos consejos; frisaba en los cincuenta y poseía la experiencia del éxito; su fortuna estaba saneada.

—No intente esa aventura —me dijo cuando le hablé de mi fuga—. Le puede pegar un tiro un centinela o, peor aún, lo sorprenden en el acto de huir y lo ponen a usted en ridículo. Además, le aseguro que pronto lo libertan porque así les conviene hacerlo. Y si no lo libertan los carrancistas lo libertarán los villistas, porque antes de un mes estarán aquí. Ya Carranza se dispone a evacuar la capital...

—Pues no, don Agustín —respondía yo en broma y con terquedad— . No me libertarán ni Carranza ni Villa; me libertaré yo mismo.

Me halagaba jugarle una burla a Carranza y también, justo es confesarlo, deseaba exhibirme ante Adriana. Lo más ridículo del macho es ese afán de enseñar las plumas, que se apodera del gallo en celo y del hombre que todavía no se ha castrado moralmente a fin de libertar sus juicios de toda perturbación fundada en el sexo.

Lo mismo que a mis familiares, había prohibido a Adriana que me visitase en la cárcel. Con mis ojos vi cómo una hermosa que visitaba a uno de los compañeros de cárcel, antiguo general de los de Huerta, acabó por aceptar las galanterías de uno de los generales nuevos que rondaban la Inspección. Pero me comunicaba con Adriana por interpósita persona y ésta me informó que cierto ex condiscípulo, casado con una amiga de Adriana, me ofrecía su casa para esconderme si lograba salir del cautiverio. Esto me acabó de decidir.

La oficina en que dormía estaba contigua al salón principal de los altos, en el cual despachaban hasta medianoche los oficiales de guardia. Después, apagando a medias las luces, echados sobre los sofás, dormitaban hasta el amanecer. Tenía este salón principal no sé cuántos balcones a la calle. Y eran esos balcones la única posibilidad de escape, ya que abajo, en el zaguán, había guardia permanente de centinelas y escolta. A medianoche se cerraba el zaguán y los centinelas se quedaban en el interior del edificio. La calle quedaba vigilaba entonces únicamente por dos gendarmes apostados en las esquinas de la manzana en cuyo centro se hallaba la Inspección. La fuga tenía que consumarse, en consecuencia, después de medianoche, cuando los oficiales dormitasen en los divanes, pasando por frente a ellos, abriendo la puerta de algún balcón y saltando desde allí a la calle, por medio de las sábanas que me servían de cobertura. Llegar al balcón sin que lo sintieran los oficiales de guardia era la primera parte de la fuga y la segunda, descolgarse con las sábanas sin que lo advirtieran los gendarmes de los dos extremos de la calle, que toda la noche hacían su ronda por las avenidas laterales.

Aseguraron los diarios, al comentar posteriormente mi fuga, que la había consumado con la ayuda de una hermosa dama que me había esperado en un taxi a la vuelta de la Inspección. La verdad es que ni siquiera informé a Adriana de la fecha exacta, porque ni yo podía estar seguro de ella, y sólo en términos generales la previne.

En la conversación general de los presos se hablaba mucho de fugas y de las oportunidades que daba un descuido de la guardia que cuidaba el zaguán. Muchos otros planes fueron comentados; pero los detalles del mío no los confié a nadie aunque sí a muchos anuncié:

—Voy a fugarme; tengo comprado un centinela, etc.

Llegó la noche que me había fijado, y apagando la luz de mi cuarto, al reflejo de las vidrieras intermedias, probé las sábanas, extraje de una maleta un sombrero, reflexionando que un sujeto de cabeza desnuda en plena calle, por la madrugada, inmediatamente se haría sospechoso. Bulto que llevar conmigo no hacía falta; pistola no tenía. Recostado en el catre espiaba el cuarto contiguo. Me había ocurrido que era conve-

niente descorrer el picaporte de la puerta que daba al último balcón y, en seguida, volver a cerrar las maderas, pero sin pasador, a fin de hacer menos ruido al volver a abrirlas en el instante de escapar. Y estaba en este acecho cuando ocurrió algo que estuvo a punto de echar abajo mis planes. Llegaron de pronto policías que conducían a una mujer alta, rubia, cuya voz agradable hizo asomar muchas cabezas a la penumbra del patio. Y fue a dar la rubia a la sala de los oficiales, precisamente a la misma que tendría que atravesar si quería fugarme. Durante más de una hora dieron conversación a la detenida los jóvenes militares. Pretextando una salida para el retrete, me informé en la planta baja quién era ella.

Y me dijeron:

—La amante de un ex comandante de policía de Huerta, y la acusan de contrarrevolucionaria.

La conversación con los militares había girado sobre trivialidades y, al final, le habían ofrecido un rincón al extremo de la sala, pared de por medio conmigo, para que instalase la cama, que no tardó en llegarle. Con impaciencia seguía los diálogos y el movimiento de las sombras a través de la vidriera que nos separaba. Y, por fin, hubo un momento en que los dos oficiales de guardia dejaban el salón, quedando en él únicamente la prisionera. Entreabrí al instante mi puerta, y dirigiéndome a la rubia le ofrecí una toalla limpia.

—Estoy preso aquí al lado —expliqué— y ya mañana no voy a necesitar de esta toalla; tómela usted, se lo ruego.

Me examinó con sorpresa, pero al punto sonrió y aceptó la oferta:

—¿De manera que a usted ya lo van a dar libre? —inquirió.

—No; si de eso me voy a encargar yo —le dije en tono de broma y riendo con sarcasmo.

Al mismo tiempo atravesaba el salón y me acercaba a la puerta del balcón del extremo.

—Está un poco cargada la atmósfera —le dije—, con tanto humo de cigarro.

Y abriendo, me asomé a examinar un instante la calle y la altura del piso, la forma de los barrotes. Luego volví a entrar y cerré haciendo como que corría el pasador. Ella, mientras tanto, se había vuelto para arreglarse el cabello antes de entrar en su lecho improvisado.

—Qué hermoso pelo —comenté, acercándome de nuevo, pero ya en dirección de mi cuarto.

Terminaba ella su tocado; guardó su espejito, se metió en cama semivestida y me invitó a sentarme a su lado un instante. Empezaba a contarme su historia, hija natural de un personaje del porfirismo, etc.,

cuando escuchamos pasos y volví a mi encierro, a la vez que ella se arropaba como para dormir.

Pero, con gran desconsuelo mío, no la dejaban tranquila. Se acercó a su cama uno de los oficiales y se puso a conversar y ella a reír. Y tuve un pensamiento cínico: que despachen pronto para que los deje cansados y se duerman. Ahora era menester cuidarse el insomnio de tres: los dos oficiales y la mujer. A eso de la una, por fin, terminaron los cuchicheos y decidí: Me escaparé a las dos y media de la mañana en punto. Enfrente de mis ojos según reclinaba la cabeza en la almohada, venía a quedar un reloj de carátula grande. "Si me quedo dormido —pensé—, ya no intentaré la fuga; pero si despierto en punto de las dos y media eso me dará buen augurio y en seguida pondré en obra mi intento ". Y me dormí, vencido por las horas de preocupación que acababa de pasar. Y como si el aparato de relojería hubiese estado dentro de mi cerebro, minutos antes de las dos y media abrí los ojos y los fijé en la carátula. En seguida me enderecé, recogí las sábanas y las anudé por los extremos con fuerte y cuidadoso nudo. Me arreglé en la oscuridad el pelo, el traje, la corbata; era menester que el que me viera en la calle me hallara normal. Unicamente no me puse los zapatos. Decidí que era mejor atravesar la sala de guardia en calcetines y ponerme los zapatos ya que estuviese en el saliente del balcón, que había visto relativamente amplio.

Puesto el sombrero y vestido del todo, en una mano los zapatos y en la otra el rollo de las sábanas, lentamente abrí la vidriera del salón y asomé la cabeza. "Si alguien habla —pensé—, dejo atrás los zapatos y vuelvo a mi cama pretextando una equivocación". Pero en la media luz del único foco encendido sobre el pupitre de la entrada vi a los oficiales, echados en el sofá, vestidos, pero aparentemente dormidos. Del otro lado la rubia roncaba. Penetré entonces a la sala; pero como no quería exponerme a que alguien me tirara por detrás al bulto, quise cerciorarme de que los oficiales dormían y no fingían el sueño. Y me acerqué hasta rozar casi la cara de uno de ellos. Ninguno de los dos se movió. "Cualquiera podía quitarles aquí las pistolas y matarlos", pensé. Y me dirigí al balcón previamente explorado. El picaporte estaba descorrido como lo dejé. Entreabriendo suavemente, me colé hacia afuera; luego volví a cerrar. Ni un alma en la calle de abajo; únicamente en la esquina de la izquierda un gendarme que, vuelto de espaldas, cuidaba en ese instante la avenida. Por el otro lado el gendarme aparecía en la bocacalle; luego se perdía por la acera del costado. La fuerte luz de los focos eléctricos iluminaba con claridad las esquinas y dejaba cierta penumbra al medio de la calle, justamente donde se hallaba mi balcón.

Mientras me ponía los zapatos y amarraba la punta de las sábanas en los hierros del balcón, examiné la puerta del zaguán. Estaba cerrada, pero había luz en el postigo. El centinela desde allí vigilaba el frente de la calle, pero no podía ver hacia mi altura; tampoco lateralmente. Y en estos cálculos estaba cuando un auto dobló en la avenida y se paró a la orilla de la acera, frente a la entrada principal. Bajaron dos o tres sujetos, hicieron una seña y la puerta se abrió. Alargado, comprimido contra el muro, detuve la respiración, pues hubiera bastado con que levantara alguno la cabeza para que me descubriera como figura sospechosa en la noche avanzada. Y aun pensé desistir de la fuga regresando cuanto antes a mi cuarto, pues bien podía ocurrírseles a los recién llegados acudir a la sala de los oficiales. Por fortuna, antes de que yo me decidiera el auto partió y por abajo todo quedó en paz.

El gendarme de la izquierda era el más próximo, el más peligroso. Calculé que su paseo de la bocacalle al extremo opuesto de la acera tomaba dos o tres minutos; esperé a que desapareciera y dejé caer el jirón de blanca tela. Por el lado derecho una bugambilia de una casa inmediata ocultaba en parte mi posición; la protegía de las miradas del gendarme de la otra esquina. Sin cuidarme, pues, de él, crucé la pierna sobre el barandal y en ese mismo instante pensé: "A ver si ahora resulta que al verme en el aire, sostenido nada más por los puños, el corazón se me alborota y me ahoga, me ocasiona miedo que estorba... En fin; hagamos de cuenta que estamos en la sala de gimnasia, bajando a pulso de un cable, con la sonrisa en el labio y el pecho tranquilo". Qué bueno era tener un corazón así, que no daba guerra y que seguramente se transmitía de padres a hijos; mi hijo también, cuando se ofreciera, se movería, tal como yo en aquel instante, pausado, seguro, bajando a puño los barrotes, soltando al aire las piernas en busca de la tela; enrollando ésta en las pantorillas y descendiendo hasta que ya las manos dejaron el hierro y se apoyaron en el trapo arrollado. Deslizando lentamente, en segundos que parecían larguísimos, di con la atadura de las sábanas; luego, traspuesto el nudo siempre a puño, ayudado apenas de los pies, un súbito hundimiento, como el de los aviones en bolsa de aire; ya parecía que daba con el cráneo en el pavimento; pero reflexioné lo que estaba previsto: al peso del cuerpo, el nudo se ajustaría provocando un descenso brusco; en seguida se afirmó y continué bajando. Se tarda más en contarlo que en hacerlo. Mis pies tocaron el balcón del entresuelo y ya de allí, doblándome, salté a la acera. Vuelto en seguida de frente exploré hacia la izquierda; no se veía al gendarme, y me dirigí hacia la derecha, pues era más peligroso atravesar por la avenida Juárez, concurrida siempre, que por la calle solitaria del otro costado. Y

apenas hube avanzado unos pasos, traspuesta a medias la bugambilia, el gendarme de la derecha asomó en su punto, se quedó mirando en dirección mía y comenzó a avanzar. Me acordé entonces de una falla. Traía desatadas las cintas del calzado, lo cual era un doble obstáculo, tanto porque me evitaba correr como porque me volvía sospechoso. Y deteniéndome con naturalidad, como si fuese un transeúnte desvelado que se dirige a su domicilio, busqué el apoyo de un basamento y me puse a amarrar el calzado. Mientras lo hacía, pensaba: "En último caso, vale más una riña, un encuentro rápido con un gendarme desprevenido, que retroceder para que se me eche encima toda la guardia que está dentro del edificio". Y avancé hacia el gendarme, que poniéndose la mano sobre los ojos examinaba con extrañeza la fachada de la Inspección. Sólo al día siguiente, por las versiones de la prensa, supe que lo que el gendarme veía y le había llamado la atención era el reflejo de las sábanas que tuve que dejar colgando del barandal. Pero en aquel momento yo imaginaba que el gendarme se acercaba para intimarme rendición o, por lo menos, para interrogarme. Y me decidí a luchar con él, si era necesario, para abrirme paso. Al encontrarnos, pues, hice ademán de llevar la mano a la bolsa de la pistola, y aprovechando que él retrocedía sorprendido, crucé y me alejé sin que me dijera una sola palabra. Pero reflexionando, me dije: "Ahora no corras, porque saca la pistola y dispara, aunque sea al aire, y en seguida se junta una veintena de "cuicos" que rodea las manzanas y te agarra como palomita". Y muy despacio seguí avanzando y observando de reojo, con satisfacción profunda, que el gendarme no se ocupaba ya de mí, sino de mirar la fachada de la oficina policíaca, a la cual avanzaba. Al doblar la esquina sí eché carrera, pegado a las casas, rápido y atento, aprovechando los escasos minutos que me quedaban, mientras el gendarme regresaba a su punto o daba voces de alarma. Duró la agonía una cuadra larga. Una vez que traspuse otra esquina, marché despacio doblando siempre por calles nuevas, hasta que me encontré con uno de esos taxis que van de retirada, medio dormido ya el chofer, y le dije: "Un peso si me llevas al Colón". Estábamos a seis cuadras del célebre café. Obedeció el chofer y lo hice que me soltara por la entrada posterior. Le pagué, y atravesando salas ya desiertas, por entre meseros conocidos, dije a uno de ellos: "Consígueme un taxi; ya hemos bebido mucho allá arriba; ya es hora de dormir". Y en otro taxi, por el Paseo de la Reforma, me trasladé al rumbo de la calzada de Chapultepec. Por allí vivían dos de los Calderón: Nelo, el doctor, y José, el ingeniero, precisamente los dos tíos con quienes siempre me he entendido bien. Varias cuadras antes de llegar a la casa de los parientes despedí el taxi. Luego, a pie, llegué hasta la puerta en que

por haber placa de médico no era raro que se llamase a deshoras. Respondió a la campanilla una criada soñolienta:

—Despierte al doctor —le dije—; se trata de un caso urgente.

Bajó a poco Nelo y le pedí:

—No alarmes a la familia; dame dónde dormir hasta las siete y a esa hora hablaremos; vengo escapado de la cárcel, pero nadie me ha seguido; vuélvete tú a dormir tranquilo.

Serían las cuatro y media cuando me quedé dormido en un sofá de la sala. Cuando empezaron los ruidos de la casa desperté; pronto me dieron baño y desayuno. Después hablé por teléfono con mi casa y con uno o dos amigos; en seguida me despedí:

—Ya tengo escondite seguro; no se preocupen —expliqué.

Pero José insistió en acompañarme y me dejó a eso de las diez en la casa del ex condiscípulo apellidado, diremos Nájera, hijo natural de un español acaudalado, pero venido a menos. Y aunque no lo había visto en muchos años, recordaba su rostro en la fotografía del curso único que hice en Toluca. Estaba ahora convertido Nájera en un gordo alto, algo rubio, de mirar dulzón y trato afable, conversación inteligente, un poco desganada.

—Ya te esperábamos —dijo Nájera con bondad. Y me presentó a su señora, Encarnación, la amiga de Adriana, delgada, joven, bonita, y a tres chicos hermosos, sus hijos. Luego me llevaron a la alcoba que me destinaron y por teléfono avisaron a Adriana. Nunca imaginé que al entrar en aquella casa amable penetraba al círculo del terrible drama cuyo desenlace relataré a su tiempo.

Por lo pronto, Nájera mandó traer a su peluquero, que me dejó rasurado; luego me enseñó toda la casa. Se hallaba ésta al extremo de la colonia Condesa; enfrente había un llano sin construcciones, y detrás, cortando por en medio de la manzana, tenía salida privada. "Casa con dos puertas", dijimos riendo, recordando al clásico, y Nájera explicó: "En caso de que llame a la puerta la policía podremos retirarnos por la espalda, haciendo fuego si es necesario". Tan distraído me hallaba con lo mío, que no entré en malicia alguna a propósito de aquella decisión de retirarse haciendo fuego y de aquel arreglo de las dos salidas por calles diferentes. Me conmovió, más bien, el propósito del amigo de sumarse a mi resistencia si se presentaba el caso de tener que hacerla.

Toda radiante en un traje primaveral, llegó Adriana, dispuesta a quedarse, a encerrarse con nosotros hasta que terminase la aventura. Y Nájera salió para regresar al rato con un cargamento de latas, vinos, ostiones frescos de Veracruz; hasta pasado el mediodía se prolongó el banquete; luego, en la tarde, después de la siesta, dimos un paseo por los terrenos del ex panteón, por lo que hoy es el Estadio Nacional.

Los periódicos de la tarde, subordinados al *trust* oficial, dieron la noticia de mi fuga escuetamente, añadiendo que me dirigía al campo villista. "El Viejo —pensé— insiste en desacreditarme declarándome villista y, a la vez, finge creer que salí de la capital, para inducirme a confianza y aprehenderme de nuevo ". Sólo una hoja clandestina publicó los detalles de la fuga y se refirió a las sábanas que dejé colgando, como símbolo, decía, de la libertad ansiada por todos los mexicanos. Al día siguiente, los periódicos de la mañana publicaron nuevos embustes. Una de las versiones era que me había ayudado en la fuga la prisionera rubia a la cual, en efecto, trasladaron con enojo a la Penitenciaría, creyéndola complicada. Según otra versión, se me había visto desayunándome tranquilamente en el café Colón, mientras los polizontes me buscaban en la casa de Lucio Blanco, que se suponía me había ofrecido refugio.

Nájera se dirigía al centro y regresaba con abundante chismerío: Que ya los zapatistas amenazaban la capital; que la Convención de Aguascalientes inauguraba sus sesiones; que Carranza preparaba la fuga; todo lo que, a su tiempo, se fue consumando.

Al principio me mantuve en prudente encierro; pero, según corría el tiempo, empezamos a frecuentar de noche los reservados de algunos restaurantes. Y una tarde, mientras jugábamos con raquetas un remedo de cuarteto de tenis en el llano de frente a la casa, al levantar la pelota me vi casi delante de un muchacho fronterizo, Aguilar, a quien había tratado en San Antonio y que, convertido ya en coronel, paseaba con dos ayudantes en caballos de las caballerizas del propio Primer Jefe. Pasaron al borde de la acera los jinetes, a diez metros de donde estábamos, y aunque yo los reconocí con certeza, no me quedó seguridad de que ellos me hubieran identificado. Sin embargo, apenas se perdieron de vista recogimos las pelotas y entramos a casa para deliberar. Si el sujeto aquel al verme, como yo lo vi, se había hecho desentendido, no tardaría en dar aviso a la policía y mandarían catear las casas del rumbo. Y no era yo el único alarmado, sino que, en seguida, advertí que Nájera acogía con urgencia la idea de que desocupáramos esa misma noche la casa. El tío José me había dado unas señas en Mixcoac, y hacia allí nos dirigimos apenas oscureció y después de que los niños fueron enviados a casa de unos parientes de la señora.

En un taxi, bien apretadas las dos parejas, hicimos por calles desviadas el trayecto a Mixcoac. Me habían advertido que la finca adonde nos dirigíamos estaba deshabitada y a cargo de una antigua criada; era una de tantas que tenía a su cargo como administrador mi citado tío, y mientras no nos exhibiéramos demasiado estábamos allí seguros como en otro mundo.

Serían las diez cuando llegamos a la verja de hierro de una extensa propiedad, pabellón de dos cuerpos, rodeado de jardines y arboleda. Despedimos al chofer para evitarnos testigos y empezamos a sonar la campanilla. No se veía luz en ninguna ventana, ni respondió nadie a insistentes repiques, por lo que decidimos saltar el enverjado. Así lo hicimos sin mayor dificultad y, acercándonos a la casa, llamamos a las puertas, por el frente y por la espalda; pero otra vez sin resultado alguno. "Deben de estar ausentes los criados —pensamos—; pero ésta es la casa, puesto que ya nos advirtieron que estaría desocupada". Y empujando por un lado, trepando por otro, descubrí una ventana que cedía a la presión y por ella, alzado en los hombros de Nájera, salté al interior de una habitación vacía. Buscando por dentro, di con una puerta que abrí sobre una terraza posterior, por donde entraron los demás. Y juntos, con luz de cerillos, empezamos a explorar toda la mansión. En el piso bajo no había un solo mueble ni rastro de gente.

Por la primera escalera que hallamos subimos al segundo piso; al extremo de un corredor brillaba una raya de luz. Llamamos primero con los nudillos de la mano, después de viva voz, sin obtener respuestas. Forzando entonces las maderas irrumpimos en una habitación llena de trebejos, en cuyo fondo, tirada en una cama, una mujer ya vieja se acurrucó y empezó a gritar...

Comprendimos que se había asustado, y retrocediendo los hombres, hicimos que se acercaran las señoras para tranquilizarla; pero la vieja no escuchaba, temblaba y chillaba: "¡Auxilio, Dios mío; me matan!".

Y eran tan fuertes sus quejas que, de pronto me entró a mí miedo de que alguien las oyese desde afuera y llamase a la policía. Me impacienté entonces y comencé a exigirle que callara, comprendiendo, mientras lo hacía, el impulso del ladrón, el asaltante: impulso de matar a su víctima, por el mismo terror que le producen los gritos y las consecuencias de un escándalo. "La ahorcamos si no se calla", amenazaba yo, y resultaba peor, pues ya la pobre mujer no podía contener sus nervios y lloraba con llanto nervioso... Al fin, la calmaron las mujeres y entonces expliqué:

—Vengo de parte de don Fulano; ya debe haberle advertido.

Recapacitó la vieja y asintió:

—Sí, es verdad; pero no los esperaba a estas horas y no sé cómo me entró la idea de que eran ustedes zapatistas; esas alas de los sombreros de las señoras, en la sombra, me dieron la impresión de sombreros charros y por eso me puse a gritar; perdónenme...

En suma: nos prestó unos colchones, que era todo lo que había en la casa, y pocas mantas, y en una misma pieza muy ancha nos instala-

mos las dos parejas, cada una en un extremo, y semivestidos y en la oscuridad, y a pesar del frío, pasamos una noche delirante de pasión que se harta.

En la mañana hubo que emigrar porque no ofrecía la casa comodidad alguna. Se antojaba, sin embargo, quedarse por el jardín estupendo, frondoso, aislado del mundo. Nájera se marchó, como de costumbre, a recoger las murmuraciones de la ciudad y a informarse si había ocurrido novedad en su barrio. Nosotros nos metimos a una huerta donde aceptaron darnos de almorzar, y por la tarde regresamos a la casa de la colonia Condesa.

Y creo que fue al día siguiente cuando Nájera trajo la noticia.

—No se ha logrado ningún avenimiento de villistas y carrancistas, y el último delegado de Villa, el general Angeles, sale esta noche en su tren militar con rumbo a Aguascalientes, para ponerse a las órdenes de la Convención...

Aquélla era mi oportunidad. Nájera, acompañado de mi hermano Samuel, entrevistó al general Angeles, que muy gentilmente aceptó llevarme en su convoy...

—Dígale que esté a las ocho de la noche en tal y cual andén, carro tantos de mi Estado Mayor; allí tendrá dispuesta una cama.

Y así es como salí de la jurisdicción carrancista, para no volver a padecerla más. Cuando me extendí en el catre de campaña del vagón del Estado Mayor, me rodearon amistosamente los oficiales de Angeles; pero yo casi no podía hablarles porque se me había declarado fiebre y tenía toda la garganta inflamada. En los días últimos había estado descuidando un resfriado que ahora se agravaba en el carro sin calefacción. Discutimos, sin embargo, largas horas las circunstancias políticas del momento y, por fin, me quedé entredormido. ¡Duele recordar a distancia el sinnúmero de muchachos de primera que como aquellos ayudantes de campo de Angeles, bravos, corteses y cultos, perecieron en las estúpidas carnicerías del personalismo subsecuente!

A eso de las dos de la mañana llegamos a Aguascalientes. Me ahogaba en mi cama, y por eso mismo me levanté, me vestí y bajé del tren. Entre los que esperaban a Angeles distinguí al doctor Puente, un sujeto que muchos años después se me había de revelar en condiciones que no es oportuno discutir, pero que entonces estimaba como persona culta y humana. Era ya uno de esos secuaces de Bulnes que por hacer una frase son capaces de arruinar una amistad; pero conmigo, acaso por aquello de que perro no come perro, se mostraba enteramente cordial. Y simplemente le abrí la boca.

—Me vengo ahogando —le dije—; corte, despedace, haga lo que quiera, pero pronto...

Un instante vaciló: "No tengo bisturí"; pero, en seguida, recapacitando, me invitó a subir a un carruaje, me llevó a la casa de un amigo suyo y allí, con una navaja de bolsillo, me hizo un tajo; la sangre corrió y experimenté inmediato alivio.

—Quédese aquí —agregó— porque a esta hora no encontrará cuarto en ningún hotel.

Y explicó: me hallaba en el cuarto de un capitán villista, buen camarada que terminaba su guardia a las seis de la mañana.

—A esa hora le deja usted la cama libre y le dice que yo lo instalé aquí.

El cuarto tenía puerta sobre la plaza; apenas me quedé solo, me dormí. Temprano, en efecto, la puerta se abrió y no salía de su sorpresa el capitán viéndome en su lecho. Cuando se enteró de que me habían llevado allí enfermo me pidió que no dejara la cama; pero me levanté diciendo:

—No; sí estuve enfermo, pero ya no lo estoy.

Y en efecto, me vestí, me eché a buscar hospedaje y no volví a acordarme del flemón.

LA CONVENCION DE AGUASCALIENTES

Cuando asomé por primera vez a la Asamblea reunida en el teatro de la ciudad ya se habían definido los grupos divergentes; pero dominaba el elemento independiente que, desde luego, había designado a Antonio Villarreal para presidir los debates. Lo más vigoroso y meritorio de la revolución estaba con la mayoría libre de consignas: Eulalio Gutiérrez, Alvaro Obregón, Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles, Lucio Blanco, Antonio Villarreal y un centenar de jefes jóvenes, sanos, patriotas. Por su lado, hacían política los villistas, pero en forma vergonzante. Ninguno de la plana mayor civil había llevado representación, y únicamente Roque González Garza, un joven honrado y hábil, pero sin prestigios personales, se proclamaba "representante personal" del general Villa. Por el lado zapatista la representación era poco numerosa, pero brillante, por causa de Antonio Díaz Soto y Gama; respetable por don Paulino Martínez, el veterano de las luchas obreras. El grupo carrancista intrigaba sin el respaldo expreso de su jefe, que se había negado a hacerse representar en la Asamblea, pero mandó a ella a sus agentes.

La primera tontería de la Asamblea había sido declararse Convención de Militares, lo que dejaba fuera al elemento civil de la revolución.

Y si, por ejemplo, intervino en ella Díaz Soto, fue como representante de un general, hablando en nombre de Zapata y no en el propio. Pero el error estaba ya hecho y no tenía remedio; era preciso apoyar aquella Asamblea que significaba la única esperanza de concordia, la única base para empezar a construir el edificio de la revolución, la única oportunidad para librarla del caudillaje pretoriano que la estaba ahogando.

Villarreal, con quien me veía a diario, me puso en autos de todas las corrientes subterráneas y las intrigas, y me dio una encomienda:

—Se están creyendo obligados muchos de estos generales ignorantes —me dijo— a obedecer el primer llamado que Carranza les haga con amenaza de proceso como militares; y es necesario convencerlos de que la autoridad la tiene la Convención y no Carranza. Haga usted un "estudio jurídico" del caso, y lo haremos aprobar por la Convención.

Dicho estudio lo doy en seguida, porque se incorporó a las actas de la Asamblea, y porque todo lo en ella ocurrido interesa al historiador que mañana se fatigue para hallar algo noble en la orgía de caníbales que hoy llaman la revolución.

LA CONVENCION MILITAR DE AGUASCALIENTES ES SOBERANA

Por soberanía se entiende, en derecho público, la facultad del pueblo para gobernarse a sí mismo, según su propia voluntad. El pueblo es soberano para darse gobierno. Ejercitando esa soberanía se da el gobierno que le parece más conveniente según su propio criterio. En México el único soberano es el pueblo. En tiempos normales la soberanía del pueblo se ejercita mediante el gobierno elegido popularmente y dividido, para su funcionamiento, en tres poderes independientes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Estos tres poderes, emanados del voto, son soberanos por delegación que de su soberanía hace el pueblo en favor de los mandatarios que elige. En tiempos anormales, en períodos de revolución, es también aceptado que son soberanas las asambleas revolucionarias debidamente integradas.

De lo anterior se desprende que hay dos maneras de constituir poderes soberanos; a saber: el voto público ejercitado dentro de las leyes o el procedimiento revolucionario que lleva a los representantes del pueblo a las asambleas revolucionarias. Examinaremos cómo la Convención de Aguascalientes tiene más derecho que cualquier otro poder de la República para reclamar soberanía, de acuerdo con cualquiera de los dos procedimientos señalados para alcanzarla.

La Convención es soberana como heredera y sucesora de la legalidad

Las últimas elecciones generales verificadas en el país elevaron al poder al gobierno encabezado por el señor don Francisco I. Madero. Este Gobierno, legítimo y soberano, fue destruido por Victoriano Huerta, quien constituyó un gobierno de hecho, carente de legalidad y de soberanía. Las Cámaras legislativas y la Corte, legales en su origen, faltaron a su deber reconociendo a Huerta y perdieron por esto su legalidad y su honor. El país quedó, en febrero de 1913, sin poder alguno que ejerciese legalmente la soberanía popular; en otros términos: el orden constitucional quedó destruido y la República careció de jefes autorizados.

La Constitución de 1857, tan calumniada y olvidada en nuestros días, prevé el caso de que ella misma sea desechada y violada, y señala el remedio contra su propia destrucción, ordenando en su artículo 128 lo siguiente: "Esta Constitución no perderá su fuerza y vigor aun cuando por alguna rebelión se interrumpa su observancia. En caso de que por algún trastorno público se establezca un gobierno contrario a los principios que ella sanciona, tan luego como el pueblo recobre su libertad se restablecerá su observancia, y con arreglo a ella y a las leyes que en su virtud se hubieren expedido serán juzgados, así los que hubieren figurado en el gobierno emanado de la rebelión como los que hubieren cooperado a ésta".

Claramente, según se ve, indica el anterior precepto constitucional los medios de restablecer el gobierno legítimo cuando la violencia lo destruye. La expresión: "Cuando el pueblo recobre su libertad", señala el camino del deber cívico, cuando se entronizan gobiernos sin más apoyo que el de la fuerza material: "recobrar la libertad", es decir, combatir la fuerza opresora con la fuerza libertadora; producir después del atentado que oprime, la libertad que regenera, la libertad que es indispensable para todas las reformas y para todos los progresos. Pero la libertad se conquista contra los tiranos únicamente combatiendo, y para combatir en el orden social no bastan a menudo las ideas, sino que es necesaria la aparición de los ejércitos, la guerra obligatoria y justiciera. Así lo comprendió el pueblo y por eso a centenares y a millares se levantaron los ciudadanos, en Coahuila y en Sonora, apoyados por los gobiernos locales, y en Chihuahua, Guerrero, Michoacán, Zacatecas, etc., por la sola iniciativa personal y se fue formando lenta y poderosamente el gran Ejército Constitucionalista.

Como era natural, este ejército necesitaba un jefe, y por acuerdo unánime, con abnegación, con sencillez y confianza, todos los luchado-

res por la redención patria aceptaron, unos expresa, otros tácitamente, la jefatura del gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, el más autorizado, por su posición y por su edad, para encabezar el gran movimiento reivindicador de nuestras vergüenzas nacionales.

Concretando más este casi unánime acuerdo, un grupo de jefes formuló el Plan de Guadalupe, en el cual se designó al señor Carranza como Primer Jefe del Ejército y como probable Presidente Provisional, y se desconocieron los poderes constituidos por la usurpación huertista y los que habían aceptado esa usurpación. ¿Quiénes eran los que nombraban Jefe al señor Carranza y formulaban el Plan de Guadalupe? Ciudadanos que luchaban por el restablecimiento del orden constitucional y que obraban dentro de las facultades del artículo 128 de la Constitución. ¿Qué facultades podían conferir esos ciudadanos, levantados en armas, al Jefe del Ejército Constitucionalista? Solamente las facultades que competen al Jefe de un ejército, las que se necesitan para organizarlo y llevarlo a la victoria, y también las facultades provisionales necesarias para procurar restablecer el imperio de la Constitución, para castigar a los usurpadores y para volver las cosas al estado normal.

Una vez electo Primer Jefe don Venustiano Carranza, fue él quien representó y ha venido representando la legalidad en el país; pero representa esa legalidad como Jefe del Ejército Constitucionalista, *pues la verdadera soberanía popular actualmente reside y ha venido residiendo, desde febrero de 1913, en los ciudadanos rebeldes a la usurpación huertista, en el Ejército Constitucionalista, que es el ejército del pueblo soberano.* Don Venustiano Carranza, como otros patriotas de la época, cumplió con su deber levantándose en armas contra el usurpador; pero no podía recoger en su persona el depósito sagrado de la legalidad, a causa de que él no era, en manera alguna, sucesor legal de don Francisco I. Madero. Por eso entró a la lucha, no como Presidente y sucesor del Presidente asesinado, sino como ciudadano y como patriota, y cuando más como gobernador de Coahuila; pero nunca como representante del Poder Ejecutivo de la Nación. La nación estaba sin poderes y no quedaba otra autoridad ni otro soberano que el pueblo rugiente de indignación y armándose para reconquistar sus derechos. Esta multitud de luchadores escogió un jefe para la lucha y autorizó formalmente a ese jefe en el Plan de Guadalupe; pero ese plan no designó, ni podía designar, al nuevo Presidente de la República, sino sólo al primer jefe del Ejército Constitucional y libertador. Caso por completo distinto del que elevó a don Benito Juárez a la Presidencia legítima de la República con todas las facultades y responsabilidades de un Presidente. Don Venustiano Carranza no tuvo ni tiene las facultades

de un Presidente, sino sólo la autoridad que le da la designación de Primer Jefe hecha en su favor por los otros jefes del Ejército Constitucionalista. De aquí se desprende que el señor Carranza puede ser removido sin las formalidades que se requieren para remover a un Presidente.

Las funciones del Primer Jefe de la Revolución no están señaladas por ley alguna, y no pueden estarlo, fuera de la indicación contenida en el artículo constitucional tantas veces citado. Ellas dependen del acuerdo colectivo de los jefes subordinados que lo eligieron, de la voluntad del Ejército Constitucionalista manifestada en la forma en que expresan su voluntad las colectividades: en la forma de Convenciones.

Se ha discutido acerca de la soberanía de la Convención a causa de que no se ha planteado el problema con claridad, y porque se ha incurrido en las confusiones a que dan lugar las disputas que versan sobre palabras cuyo significado no se precisa antes de entrar a la discusión. Se ha afirmado, con parte de verdad, que la Convención carece de soberanía porque no está constituida mediante el voto popular, porque los delegados no representan a los ciudadanos. Justas serían estas opiniones si se limitaran a afirmar que la soberanía de la Convención no es absoluta, porque ella no representa la mayoría del pueblo mexicano y los derechos que ese pueblo tiene para resolver sus asuntos por medio de los delegados que él mismo nombre. La Convención, se ha afirmado, representa sólo al Ejército Constitucionalista y no a los 15 millones de mexicanos que están, sin voz ni voto, contemplando cómo se deciden los destinos nacionales por una asamblea que no tiene la suficiente representación. Pero si es verdad que la Convención no puede aspirar a las facultades de un Congreso Constituyente, debe insistirse en que la Convención es el único poder legítimo del país, pues representa al pueblo armado, en quien recayó la soberanía al desaparecer los poderes legales. Además, nadie mejor que la Convención puede, en los actuales momentos, interpretar las aspiraciones generales. Ningún hombre, ni el más ilustre de los ciudadanos que hoy honran a la República, puede expresar los propósitos revolucionarios tal como habrán de salir de la discusión y síntesis que se produzcan en el seno de la Convención militar de Aguascalientes.

La Convención no es plenamente soberana, puesto que los miembros que la forman no han sido seleccionados y ungidos por el voto popular; porque la misma Convención no representa a todos los elementos que dentro de la misma revolución tienen derecho para estar representados y para opinar y votar en los asuntos nacionales; pero, a la vez, es indudable que la Convención es soberana para resolver aquellos asuntos que entran dentro de su competencia, y que actualmente y

mientras no se verifiquen elecciones, mientras la Convención no constituya un gobierno provisional, no deberá haber encima de la Convención nada ni nadie.

En el rigor del término podrá la Convención no ser soberana. Colocándonos dentro de nuestras prácticas constitucionales podemos afirmar que la Convención no está facultada para hacer ciertas cosas; por ejemplo: no puede abolir la Constitución; puede, sin embargo, declarar suspendida su observancia, porque para eso autoriza a la Convención la Constitución; pero no es derogable la Constitución, sencillamente porque ella fue decretada y sancionada por asambleas y poderes que sí han tenido todas las calidades de la soberanía y de la legalidad que a la Convención de Aguascalientes puedan faltar. Para estas cuestiones de carácter constitucional no es soberana la Convención, como no lo es y mucho menos el señor Carranza, jefe de un movimiento armado, cuyas facultades son menores que las de la Convención. Pero si no es la Convención soberana en el estricto sentido de la palabra ni lo es el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, que nunca ha sido electo popularmente (única forma de alcanzar soberanía plena), sí es la Convención de Aguascalientes, indiscutiblemente, el primer poder de la República, el supremo poder al cual deben rendir obediencia todos los jefes, desde el señor Carranza hasta el último jefe de gavilla; el supremo poder, porque es la representación del pueblo que va a la conquista de sus derechos ultrajados.

Sustitúyase la palabra *soberana* aplicada a la Convención, por la palabra *suprema,* y se verá cuán ociosa es la discusión acerca de la soberanía; se verá cómo nadie puede negar la supremacía de la Convención sobre todos los otros poderes que existen en la República, aun cuando no se quiera admitir que la Convención es propiamente soberana. Por mi parte creo que corresponden a la Convención los atributos de la soberanía, y que esta soberanía está limitada únicamente por aquellas leyes que, habiendo sido expedidas por gobiernos legítimos, sólo puedan ser modificadas por asambleas legislativas igualmente legítimas; es decir: emanadas del voto público.

Por lo demás, para constituir el gobierno provisional, para ordenar movilizaciones de ejércitos, para designar presidente provisional y gobernadores interinos, y para dictar leyes y reformas sujetas a la ratificación de los congresos legales, la Convención de Aguascalientes es, no solamente el único poder legal que existe, sino el poder *soberano* de la República. En otros términos, y para aclarar todavía más la teoría con un ejemplo, afirmo que la Convención es soberana para nombrar o remover Presidente Provisional de la República, puesto que no hay

persona que pueda reclamar ese puesto por el derecho de elección; pero la Convención, en cambio, no está facultada para modificar la organización política de los estados que componen la unión mexicana, y no podría declarar mañana que quedaba suprimido el estado de Aguascalientes para anexarlo a Zacatecas o Jalisco, porque el estado de Aguascalientes existe en virtud de nuestro pacto constitucional, y este pacto tiene más fuerza que los acuerdos de una Convención en la que están, imperfectamente representados, como se ha dicho, los elementos que constituyen nuestra nacionalidad.

Volviendo al ejemplo de Juárez, de que tanto abusan escritores sin escrúpulos para engañar a los ignorantes y a los poco reflexivos, afirmaremos esta clara tesis: A don Benito Juárez nunca pudo removerlo una junta de generales, ni una junta de soldados, ni una convención de ciudadanos, porque a don Benito Juárez no lo había nombrado presidente un grupo de jefes sino que había venido a ser presidente porque, según la Ley, le correspondió substituir al presidente electo que había desaparecido. El señor Carranza debe su posición actual, que según algunos de sus partidarios es sólo la de Primer Jefe del Ejército, y según otros, la de Presidente Provisional de la República, a la designación hecha en su favor por la mayoría de los jefes del ejército. Y es de obvia razón resolver que esos mismos jefes, así como todos los otros jefes del gran ejército restaurador de nuestras libertades públicas, tienen voz y voto y facultad plena para volver a nombrar al señor Carranza, para removerlo y para señalarle o limitarle sus facultades y el tiempo dentro del cual deba ejercer sus provisionales funciones.

Reflexiones sobre la anterior, que es la doctrina jurídica, fiel y desapasionada, se encontrará cuán curiosos son los argumentos de las personas que atacan la soberanía de la Convención, no para reducir esa soberanía a sus justos límites, sino para trasplantarla total e inviolable a las manos efímeras de un hombre cuya posición es transitoria, puesto que no emana ni del voto, ni de la Ley, sino de un acuerdo de jefes, siempre revisable, conforme a las necesidades de la campaña o los intereses de la patria.

En las líneas que anteceden se ha explicado la soberanía de la Convención desde el punto de vista legal y constitucional, tal como ha sido propuesto el problema en algunos artículos de la prensa de México. Hay otro aspecto quizá más importante del cual nos ocuparemos en seguida, y es la soberanía de la Convención, independientemente de las leyes que nos rigen y con su solo y grande carácter de asamblea revolucionaria. Pero antes de apoyarnos en este sólido fundamento, concretemos la situación meramente jurídica de la Convención militar de Aguascalientes en los siguientes términos:

Según el artículo 128 de nuestra Constitución, cuando desaparecen por la violencia los poderes legítimos, no queda en el país otra soberanía que la del pueblo, si se levanta en armas contra el usurpador. Ese pueblo armado se organiza, como es necesario, en forma de ejército y resuelve todos los asuntos de interés general en forma colectiva, en forma de Convenciones de jefes que representan soldados. Dichas Convenciones de jefes son la autoridad suprema en épocas revolucionarias; ellas resuelven el presente, organizan la acción y preparan el porvenir. Así ha funcionado nuestra actual Revolución Constitucionalista. Una pequeña Convención reunida al principio de la campaña nombró jefe supremo del Ejército al señor Carranza; una gran Convención, reunida ahora, al final de la campaña, deberá nombrar el gobierno provisional que ejecute las reformas necesarias y restablezca el orden constitucional, convocando a elecciones generales. Es, pues, la Convención militar de Aguascalientes el solo poder soberano que, dentro de las condiciones políticas del momento y de acuerdo con nuestras leyes, puede existir en el país.

La Convención Militar de Aguascalientes es soberana como asamblea revolucionaria

Una revolución es la transformación violenta de un orden de cosas opresivo e injusto. Las ideas se precisan en los cerebros; la angustia y la esperanza fermentan en los corazones; y un buen día de grandeza, primero el hombre, el precursor, el caudillo, y luego el pueblo entero, estallan en ira divina, levantan los brazos con el ademán que rompe cadenas, y las manos desgarran y derriban instituciones y monumentos, ídolos y leyes. El instinto destructor se apodera de la multitud y arrasa con todo. Como si las cosas mismas fueran enemigas y obstáculos, se va contra todo lo que ha contenido el anhelo infinito que cada ser lleva dentro, imperioso y triunfal.

Por esto la revolución es antítesis de Constitución. La Constitución condensa las prácticas, las leyes, los convenios establecidos por los hombres para vivir en sociedad. La revolución se dirige a reformar y a construir de nuevo todas esas prácticas, convenios y principios; por eso lo primero que hace es desligarse de todas las trabas sociales, puesto que va a crear nuevas formas para el enlace de los individuos. Son las revoluciones oleadas devastadoras y fertilizantes que dejan sobre el terreno inundado el limo fecundo para las nuevas construcciones. En medio del desencadenamiento de las actividades colectivas, tienen las revoluciones como punto de unión el ideal que las dirige; pero son multicéfalas para pensar, ricas en la expresión y el caudal de las ideas,

tumultuosas, para la obra a la cual llaman la cooperación de todos los brazos y de todos los esfuerzos. Mientras la revolución domina, casi no hay en la sociedad costumbres, ni leyes, ni barreras capaces de contener la libre acción individual que triunfa y se hermana con las iniciativas de los demás hombres ilustres, y son todas ellas, la voluntades nuevas, los criterios iluminados del presente: los que gobiernan y legislan, por encima de cuanto es obra humana, porque en tales crisis sociales los hombres se sienten guiados por una inspiración superior y casi divina; se buscan unos a otros, los buenos y los fuertes, se abrazan como hermanos aunque vengan de opuestos extremos del territorio de su país, y se juntan para construir el porvenir que se sueña glorioso y definitivo. Así se forman en las épocas de lucha y de acción, de reformas y progreso, las juntas, las convenciones y las asambleas, y por eso, por el doble derecho de la inspiración sobrehumana y de la fuerza triunfante, por el supremo derecho que en sí mismas encarnan las revoluciones dominadoras y justas, por todo eso, *son poderosas y soberanas las asambleas revolucionarias;* pues son ellas la única voz legítima de la revolución.

Impetuosa y confiada llega la opinión popular al templo de su victoria, al seno de la asamblea libre, donde van a encontrar fórmula todos los anhelos; al recinto donde han de desarrollarse las solemnes sesiones de la asamblea revolucionaria. Pero ya no subsiste allí, ni puede subsistir, la actitud colérica del combatiente. La victoria nos vuelve graves, y cuando está en nuestra mano el poder nos volvemos reflexivos, y aparece el temor de que la nueva obra no resulte igual a la ambición. Y en ese corto período en que se elaboran las nuevas leyes, debemos acudir lo mismo a las luces del presente que a la parte pequeña o grande que de sana tradición guarda el pasado. Las revoluciones comienzan por la rebelión, se colocan desde luego fuera de la ley, son antilegalistas y por eso mismo soberanas y libres, sin más señor que el ideal, el ideal que encuentran en las filosofías sociales, en las vagas especulaciones de los precursores o en la acción viviente y el corazón generoso de los apóstoles y caudillos, los Hidalgo y Madero, que despiertan la ternura y el entusiasmo, la protesta y el perdón. Se desenvuelven después a través de las peripecias y azares de la lucha y van a parar siempre a una nueva legalidad, a una legalidad que significa un progreso sobre el estado social anterior. Si esto no sucede, la revolución es un fracaso; para evitarlo debe concluir su misión.

Casi todas las revoluciones pueden dividirse en dos finalidades esenciales: la política y la económica.

La Revolución de 1910, tal como fue definida en el Plan de San Luis, presentó ambos caracteres. Era política al protestar contra el frau-

de cometido en las elecciones generales por el dictador Porfirio Díaz y al reclamar las libertades públicas sofocadas durante 35 años por el mismo déspota. Era económica al prometer remedio para la condición precaria de la clase rural y de la clase obrera. Consumada la revolución, el gobierno maderista otorgó toda clase de libertades; pero olvidó o no tuvo tiempo de ejecutar las reformas económicas.

La Revolución Constitucionalista comenzó siendo, en la apariencia, meramente política. Trataba de restablecer el orden constitucional destruido por el cuartelazo de Huerta y de Félix Díaz. Los primeros jefes de esta revolución definieron solamente las tendencias políticas del movimiento cuando firmaron el Plan de Guadalupe, todavía en la actualidad no ha faltado escritor del gobierno que afirme no estar obligada la revolución a poner en práctica reformas agrarias y de otros órdenes, a causa de que nada dice a este respecto el tan citado Plan de Guadalupe; pero como las revoluciones no dependen de planes, ni siquiera de caudillos, sino que son obra del pueblo y las maneja y las prolonga y las suspende, y las termina el mismo pueblo, desde el principio de la lucha, todo el que quiso observar vio claramente que las masas de combatientes se levantaban para llevar a la práctica las reformas agrarias y económicas, que el país demanda desde hace tanto tiempo, y que tal móvil económico era el principal impulso de la lucha, por encima del plan político de Guadalupe y de todas las teorías constitucionales, pues ya llevaba el pueblo la conciencia de que su liberación económica ha de ser la base y el fundamento de todas las otras libertades.

La finalidad política de la revolución

Políticamente, la revolución de Madero y la actual se han propuesto implantar un gobierno que haga efectivo el funcionamiento de nuestra Constitución de 1857, cuya libertad y excelencia, por lo que hace a garantías individuales y derechos políticos, no pueden ser sobrepasadas. Deberá, por lo mismo, la Convención procurar que nuestra Constitución funcione lo más pronto posible, porque sólo ella ampara nuestras libertades y cuanto nos es querido y sagrado dentro del orden social. No debemos tolerar que gobierno alguno vulnere los derechos que nos da la Constitución, ni es decoroso aceptar que nuestras personas sean regidas por el gobierno en forma distinta de la que señala el Código verdaderamente santo, producto generoso de la época más gloriosa de nuestra historia patria. Es aspiración antigua y nacional convertir en efectivo el funcionamiento de nuestra Constitución, y no debe olvidarse que ésta es una de las tendencias capitales del movimiento revolucionario.

Con frecuencia se afirma que el restablecimiento de la Constitución es un estorbo para la labor revolucionaria y que la Constitución es inaplicable a nuestro medio social. Es evidente, y ya lo hemos afirmado antes, que interesa más salvar los propósitos fundamentales de la revolución actual que obedecer los preceptos del Código del 57; pero convéngase en que es elemental distinguir la necesidad revolucionaria, del abuso de los gobiernos. La teoría que justifica todos los atentados afirmando que nos encontramos en el período preconstitucional merece igual consideración que la tesis porfirista según la cual se nos encarcelaba y perseguía porque el pueblo no estaba preparado para la democracia. No olvide la revolución, si quiere cumplir sus fines, el respeto que debe a la personalidad humana, única entidad que suele estar por encima aun de las mismas revoluciones. El restablecimiento de las garantías individuales no estorba la resolución del problema agrario, la del problema religioso ni la de problema alguno de los que demandan solución.

Juárez respetando el derecho ajeno hizo más, mucho más, que lo que hemos logrado nosotros, hasta hoy, atropellándolo. La revolución puede y debe dictar leyes para el castigo de sus enemigos; pero la revolución no debe dejar a todos los ciudadanos, como ha sucedido hasta hoy, entregados al arbitrio de funcionarios irresponsables de sus actos ante la ley.

La revolución tiene derecho para olvidar la Constitución hasta donde ella estorbe la realización de su programa, pero debe respetar y hacer cumplir la Constitución tan pronto como el gobierno se organiza en una región, y en todo aquello que no contraríe los nuevos principios que la revolución implanta. Convengo desde luego en que nuestra Constitución debe ser reformada con el propósito de hacerla más práctica, y puede la Convención señalar en qué han de consistir esas reformas, a fin de que ellas sean realizadas por el primer congreso electo, si ese congreso tiene a bien aceptarlas; pero mientras tanto, a mi juicio, debe ser norma de la revolución a este respecto la siguiente: Como regla general, se restablecerá desde luego en toda la República el imperio de la Constitución de 1857. Dicha Constitución no se considera vigente siempre que sea ella un obstáculo para ejecutar las reformas sociales que impone la revolución, y las cuales serán definidas en la Convención de Aguascalientes. También seguirán suspendidas las disposiciones de la Constitución para castigar a los enemigos de la revolución, pero ese castigo se hará de acuerdo con leyes que expida la misma Convención de Aguascalientes. Las anteriores proposiciones indican, a mi entender, la resolución del problema político de la revolución, y el aparente conflicto que ha surgido entre los preceptos constitucionalistas, que esta-

mos obligados a reimplantar, y los principios y resoluciones que viene poniendo en práctica la revolución.

Finalidad económica

La revolución de Madero condensó los problemas económicos del país en el Plan de San Luis Potosí; más tarde, en la Convención Nacional del Partido Constitucional Progresista, se formuló un programa amplio y preciso, y por la misma época o poco antes, en el Sur, se expidió el Plan de Ayala, que se propuso resolver, especialmente, el problema agrario.

La Revolución Constitucionalista, carente de programa, pero apoyada en la iniciativa personal de casi todos sus jefes, ha venido aplicando procedimientos radicales que facilitan la resolución de nuestros problemas económicos. Es lamentable que hasta la fecha no existan disposiciones que señalen, no solamente los bienes que han de entrar al Tesoro público, sino la forma en que se han de hacer las expropiaciones, y los objetos a que se ha de destinar el producto obtenido.

La Convención deberá llenar estas deficiencias tomando como base la experiencia legislativa de otros países y algunos decretos aislados expedidos por gobernadores constitucionalistas, durante los últimos meses. Para legislar provisionalmente sobre todas esas materias, la Convención de Aguascalientes es plenamente soberana; a ella corresponde definir lo que la revolución quiere hacer, y ordenar el cumplimiento de estos mandatos. La revolución se encuentra dueña del poder en un país que todavía conserva la organización feudal. Unos cuantos son los dueños de la tierra. La inmensa mayoría de los habitantes es propiamente proletaria. Los grandes terratenientes ni siquiera explotan debidamente sus propiedades, porque gran parte de sus tierras quedan sin cultivo, pues son dueños apáticos, rutineros y egoístas.

De esta manera privan a la mayoría de los mexicanos, no sólo de la propiedad de la tierra, sino de la oportunidad de trabajar esa tierra como arrendatarios o como labriegos. Esta terrible situación, apoyada en la fuerza de gobiernos tiránicos y en la despiadada influencia del clero católico, ha sido la causa primera de todos nuestros males.

Esta situación no puede resolverse constitucionalmente, porque toda Constitución ampara más o menos los estados sociales ya organizados. Tampoco puede resolverla la espada del dictador, porque las dictaduras hacen nuevos repartos en favor de amigos serviles, pero no corrigen la injusticia ni dan oportunidad para que la iniciativa individual recoja sus frutos y el trabajo reciba su remuneración justa. Este enorme y a la vez sencillo problema es de la competencia exclusiva de

una asamblea revolucionaria, porque la asamblea revolucionaria no imparte la justicia que está en los textos, sino la justicia que está en los corazones. Dentro del orden legal nunca terminaría nuestro pleito contra los latifundistas. Bajo el dominio de un déspota sólo se beneficiarían en el reparto los dóciles y los incondicionales. Si queremos que la tierra en México la trabaje el hombre y quede repartida entre las familias y los brazos que la harán fecunda, resuelva el problema la Convención de Aguascalientes.

Redáctense las resoluciones de la Convención a este respecto, y pónganse en práctica desde luego, a fin de que todas las reformas así producidas lleguen a la categoría de hechos consumados, antes que los congresos legalmente electos, o los gobiernos constitucionales que sucedan a la Convención puedan venir a trabajar en contra de los intereses nacionales. Sea prudente, sin embargo, la Convención, y reflexione en que las medidas radicales en extremo provocan reacciones que dejan sin efecto los progresos conquistados con sacrificios. En cambio, las reformas acomodadas a las verdaderas necesidades sociales son siempre definitivas y producen efectos benéficos inmediatos. Obsérvese estricta justicia al reglamentar la expropiación, establézcanse condiciones generales para adquirir las propiedades disponibles, respétense los derechos del pequeño propietario y háganse los fraccionamientos de acuerdo con la naturaleza de las tierras y la distribución de las aguas, tal como lo recomienda la ciencia económica y, en vez de ruina, vendrá pronto sobre el país la abundancia.

Las mismas facultades que se han reconocido a la Convención para resolver el problema agrario existen a su disposición para expedir leyes que resuelvan todas las demás cuestiones que deban formar el texto del programa revolucionario. La Convención misma es soberana para formular tal programa, porque es ella alma y cerebro de la Revolución Constitucionalista, de la revolución nacional. Los acuerdos de la Convención sólo puede reformarlos más tarde el congreso electo popularmente; mientras tanto, es ella el poder legal de la República, y sobre ella pesan todas las responsabilidades. Puede traer sobre el país todos los bienes, si acierta; todas las calamidades, si yerra. A ella deberán prestar apoyo y obediencia todos los hombres honrados.

La Convención de Aguascalientes obrará y hablará para bien de todos los mexicanos, y llevará adelante sus resoluciones, *soberanamente,* por los dos derechos: el de la ley y el de la revolución; el de la *razón* y el de la *fuerza.*

JOSE VASCONCELOS

Aguascalientes, 29 de octubre de 1914.

En el transcrito documento se precisan los objetivos sociales ideales de la Convención. El material humano que habría de echar a perder y corromper esos objetivos se revelará al lector en el relato que sigue de mi primera entrevista con Villa.

Enrique Llorente y Martín Luis Guzmán me transmitieron el recado: "El general Villa me esperaba esa noche a cenar".

—Va usted a ver —decían los dos entusiastas— qué hombre extraordinario.

Y, sin duda, Llorente era sincero en su devoción fanática; no le estorbaba la cultura: ¿pero Martín...? El general Villa, de *sweater* y erguido, más bien alto que bajo, robusto, saltones los ojos y por boca casi un belfo, me recibió de abrazo. Sin habernos visto jamás las caras éramos viejos conocidos, desde la época del maderismo. Y se portó muy gentil, me hizo sentar a su lado, me acariciaba casi por el hombro:

—¡Cuánto gusto de verlo! Pensamos mucho en usted cuando lo apresó Carranza. ¿Por qué no se vino antes?

Por mi parte, lo trataba con simpatía. No había llegado aún al escándalo de sus excesos posteriores y yo recordaba: "Debemos al esfuerzo de este hombre el estar de nuevo en la patria".

En torno callaban todos y el general seguía hablando. Absorto lo contemplaba Llorente; Martín le sonreía los chistes y yo escuchaba por primera vez de sus labios historias que ya eran leyendas de todos conocidas: Que el general no fumaba; que no bebía alcohol... Ya se sabe lo terribles que pueden ser estos abstemios y prohibicionistas; por serlo, se me hacen siempre sospechosos de inhumanidad, puesto que la gente buena en todas las latitudes se inclina al vino. Y explicó Villa de pronto, mirándome a los ojos:

—Ahora ya me he vuelto otro; usted no se imagina, licenciado, lo que era yo antes; pero ahora, desde que ya no como carne, se me ha quitado lo sanguinario...

Y no hablaba sino de sí, en disco fatigoso...

Pronto estuvo lista la cena, servida en la estrechez del carro privado y desabrida por la falta de un buen vaso de cerveza, por lo menos. "La fiera se teme a sí misma —pensé—; no bebe porque le preocupa estar alerta, por si le madrugan". A la mesa se sentaron, aparte los que éramos visitantes, unos cuantos íntimos: El *Pancitas* apodaban a uno de ellos, ex carnicero experto en meter un tiro en la frente señalada con un gesto por Villa. Fierro también estaba allí; el matador de hombres desarmados, que el villista Martín Luis había de llevar a la literatura de lo macabro (en su libro *El águila y la serpiente),* después de la derrota total de Villa. Y así por el estilo, se contaba la media docena de profesionales del asesinato a mansalva, fuera de combate.

La sobremesa se prolongó hasta que Villa terminó de recitar sus discos, y cuando ya nos despedíamos, cerca de medianoche, el general me llamó aparte, me llevó al extremo del pasillo de su carro y tomándome cariñosamente de los brazos expuso:

—Licenciado: Usted ha de venir escaso de fondos; ya le dije a Luisito —su tesoro— que le entregue diez mil pesos...

En el tono en que me hacía la oferta había sinceridad y simpatía, lo que no hubiese impedido que, al recibirle dinero, más tarde me hubiese considerado comprometido con él en sus fines personales. No pude, pues, sentirme ofendido, y como, por otra parte, yo no necesitaba dinero, pues algo había ganado ya en los últimos meses, me limité a agradecerle diciendo:

—Muy bien, general; por ahora no estoy urgido; pero si más tarde necesito dinero, avisaré a Luisito.

Y, por supuesto, no volví a presentarme por el campamento del jefe de la División del Norte. A la Convención habíamos ido para acabar con todos los jefes de simple categoría militar. Y para crear jefaturas que los hombres honrados pudieran acatar sin bochorno.

Y en el trato diario con los delegados de la Convención reanudé por unos días una vieja amistad: la de Antonio Díaz Soto y Gama. Fue Díaz Soto la figura más brillante de la Convención. Personalidad honesta y culta, maneras corteses, simpatía humana y un talento oratorio notable en cualquier sitio, no había quien le igualara en la tribuna. Por desgracia, no llevaba su propia representación, sino la de Zapata. Y el grupo zapatista, regimentado por el terror azteca de los fusilamientos sin juicio previo (y por la sola decisión del jefe, que no vaciló cuando se trataba de "quebrar", así fuese a su más íntimo allegado), no llevaba otra consigna que la de sumar su voto al voto de los villistas.

La irrestricta sumisión de hombres inteligentes como Díaz Soto y don Paulino a un analfabeto como Zapata la excusaba el propio Díaz Soto presentando al general Zapata en calidad de mito.

Decía Díaz Soto: "El general Zapata, hombre sencillo, es el elegido de la Providencia para salvar al pueblo mexicano. El Plan de Ayala plasmó en su mente, como en otro Sinaí, mientras dialogaba con su secretario el profesor Montaño, en las montañas del Sur". Lo que no agregaba Díaz Soto era que el Plan de Ayala, transcripción del Plan de San Luis, formulado por Madero, lo había puesto a la consideración de Zapata, no a la firma, porque aún no sabía firmar, el maestrito Montaño, que modificó apenas ciertos encabezados a fin de que sonara a nuevo el Plan de San Luis, cambiando nada más de nombre, como Plan de Ayala.

Y en cuanto a la esencia, la situación agraria de la región zapatista era la misma que la de la zona carranclana; cada jefe militar tomaba tierras según su poder material de acaparamiento. Y el mismo Zapata, hoy apóstol de revolucionarios advenedizos, se había reservado para su propio beneficio un buen rancho; en otro más tenía instalado al hermano; en otro a una amante, etc.

A Díaz Soto no le habían adjudicado ranchos ni los hubiera aceptado; siempre ha sido hombre desinteresado; pero le concedieron el monopolio del pensamiento. Y lo dejaban hablar. Y hablaba Díaz Soto con elocuencia y con fuego. "Todo el país debiera ser de los indios; nosotros, los criollos y los mestizos, estábamos de más; el general Zapata representa el primer caso de un caudillo netamente indígena". Ni siquiera esto era verdad porque Zapata era un mestizo. Pero Díaz Soto, soltando la verba, afirmaba: "El Plan de Ayala es el primer programa salvador de la historia de México. Antes de él no ha habido nadie; Juárez era un burgués; Madero era otro sucio burgués y, además, pecado imperdonable, era un blanco". También Díaz Soto es un blanco. En México las campañas del fanatismo indígena las hacen los blancos; los indios, por regla general, no hablan de su casta; tratan de simular que son blancos. Y la campaña del indigenismo radical es obra protestante imperialista de tan sutil penetración, que la emprenden a menudo hombres como Díaz Soto, medio católico y perfectamente español y sin simpatía alguna por lo anglosajón.

Y, por último, como la Convención no avanzaba a causa de las profundas desavenencias de los grupos, pero era necesario prolongarla, mientras tomaban posiciones unos y otros, se adoptó el recurso de los fuegos artificiales para ganar tiempo, y el cohetero mayor fue Díaz Soto. El concurso lo ganó con la rueda catalina del internacionalismo. Ante un teatro henchido de oyentes, en plena tribuna, Díaz Soto estrujó la bandera tricolor que colgaba al lado; la llamó trapo sucio y abogó por la supresión de las patrias... Hay que advertir que esta prédica antinacionalista que los imperialismos difunden por las patrias débiles para quebrantar su resistencia no tenía por entonces el disfraz bolchevique de que hoy la revisten los seudorradicales que viven de la demagogia; así es que la conmoción fue tremenda. Uno de los generales, creo que Natera, gritó a la vez que desenfundaba su pistola:

—Deja esa bandera; no la toques o te mato.

Otros varios siguieron el ejemplo de Natera; sacaron las pistolas y apuntaron a tiempo que en toda la sala se desataba el tumulto, corriendo unos para escapar a las balas, gritándose otros en grupos hostiles... Y fue aquél, quizá, el momento más hermoso de la vida política de

Díaz Soto, porque fue él mismo, y ya no el representante de Zapata; fue el viejo luchador del pensamiento quien erguido, cruzado de brazos, desafió a los pistoleros de la milicia exclamando:

—Disparen, hagan lo que quieran; no retiro mis palabras.

Y se impuso, por aquella vez, la palabra; se impuso en causa turbia, pero triunfó sobre la brutalidad que, a la larga, había de hacer pedazos todas las ilusiones que la revolución puso en la Asamblea de Aguascalientes[7].

Don Paulino Martínez pronunció uno de los pocos discursos nobles, valientes, libres, que en la Asamblea se dijeron. Arremetió contra el régimen militar que se infiltraba en la revolución. "Tanta sangre derramada —dijo— exige algo más que la creación de medio millar de generales que se apoderan de las tierras ajenas". Se le aplaudió mucho; una de las hipocresías más dañosas del temperamento de la llamada revolución actual es que aplaude siempre la palabra justa y aun se llena la boca hablando de honradez y de justicia, pero es para esconder que están robando. De dientes para fuera, y sin disimular la sonrisa burlesca del canalla que se está llenando los bolsillos, gritan: "Al ladrón, al ladrón".

En suma, en la delegación zapatista hubo talento y buena intención, pero... eran zapatistas, llevaban comprometida la voluntad y suelta no más la lengua, y aun eso hasta cierto punto, pues no osaban poner cauterio en la gran llaga que era su jefe.

Y, por otra parte, bien podía despotricar cualquiera sobre indigenismo; las fuerzas dominantes de la revolución ni siquiera las sospechaba el criollo generoso y equivocado que hablaba en Díaz Soto. Las fuerzas dominantes de la revolución eran el texanismo de los carranclanes, el pochismo de los sonoro-callistas, el protestantismo regentado por *mister* Lind y trinfante cuando *mister* Morrow consumó el anhelo de Henry Lane Wilson: gobernar al país azteca por medio de presidentes peleles, más o menos negroides. Entre todos los que en la Convención hablaron, nadie representó mejor los intereses de México que don Paulino Martínez, y nadie puso atención a lo que dijo. Don Paulino, indio y ex obrero y veterano de las luchas contra la opresión capitalista del porfirismo, y además periodista, no asesino, era el auténtico representante de la mayoría vejada. Los carranclano-pochistas, los que más tarde serían gobernadores y presidentes por la gracia yanqui, escucharon a don Paulino con displicencia... Don Paulino era un "pendejo" que se había enfrentado desde joven a don Porfirio y se había pasado la vida escapando de la cárcel... Listo, Carranza, que cobró sueldo de senador más o menos treinta años y ahora "jefatureaba" la revolución simulando amor al pueblo... Vivo, Obregón, que se pasó de porfirista

sus mejores años y se hizo maderista al triunfo de Madero y en seguida se lanzó contra Huerta, pero no a lo heroico, sino cuando ya contaba con todas las fuerzas auxiliares de Sonora y el Presidente Wilson había manifestado su repudio del huertismo... Pendejos todos esos maderistas y magonistas que todavía andaban sin un peso en la bolsa; revolucionarios, ellos, los carranco-villistas que ya traían en los dedos los anillos de diamantes de los "reaccionarios" asesinados la víspera... El general Villa acababa de gastarse dos mil dólares en acondicionar el baño de su casa nueva en Chihuahua, en la cual el lujo superaba al de aquel triste *científico* Terrazas, protegido de Porfirio Díaz y cacique criollo que, por lo menos, quitó las tierras a los indios, salvándolas de los yanquis. Los Villa, los Carranza, los nuevos, despojaban a los mexicanos de la anterior generación, en sociedad con los capitalistas de Norteamérica, representantes del progreso, dueños del mundo... "Qué pendejo don Paulino...": "Pos a poco cree que la revolución se hizo pa' que sigamos de pobres..." "Viva Carranza, muchachos, que nos ha enriquecido a costa de los científicos..." "Viva mi general Villa, tales por cuales, que es padre de todos los carrancistas..." Así se conversaba, nada agrego, y sólo confieso que lo de carranclanes fue invención mía, venganza mía, que se difundió en la Convención y pasó de allí a toda la República... Carranclanes. La palabra me sonaba a lo que eran: pura matraca y ruido en la acción, pero voraces en la hora del saqueo... Los de Villa eran más disciplinados; se daban, conforme a ordenanza, dos horas de saqueo, dos horas de desfloreo. Y los dos bandos miserables andaban ya por Washington ofreciendo cada uno mayor porción de soberanía, para conseguir la tolerancia de las fronteras, la ventaja del reconocimiento... Y los dos personalismos unidos para un solo propósito: burlarse de la Convención, sus acuerdos y decisiones...

Con los independientes mis relaciones eran estrechas por conducto de Villarreal[8], cuya candidatura a la Presidencia Provisional era tácitamente aceptada por todos. La intriga que destruyó esa candidatura acabó con las posibilidades de la Convención. Abundan los espíritus conformistas para quienes únicamente posee interés el hecho consumado. La historia, proxeneta vil del éxito, rara vez se ocupa de lo que pudo ser; menos de lo que debió ser. Pero el juicio del alma, que está por encima de todo realismo inicuo, nos obliga a decir qué es lo que pudo evitar un desastre, salvar a un pueblo en un momento dado de su historia. Sólo así se hace justicia y también sólo por ese medio se podrá derivar del pasado alguna enseñanza. La designación de Villarreal para la Presidencia hubiese acabado, como lo deseaba la nación, tanto con Villa como con Zapata y Carranza. Pero al mismo tiempo, siendo Vi-

llarreal el culto entre los generales, el más humano e inteligente, después de Villarreal o bajo Villarreal, los partidos se habrían organizado y el proceso presidencial de México se hubiese transformado hacia los hombres de abolengo cívico y preparación escolar adecuada, tal y como ocurre en los países de la América del Sur. Y esto es lo que no convenía, ni al propio Obregón, menos a los emboscados que en estas ocasiones esperan a que desaparezcan los caudillos notorios para entrar al poder por la puerta falsa del favoritismo, el incondicionalismo, el crimen y la traición a estilo Calles y los presidentes callistas. Contra Villarreal, pues, se coludieron todos, incluso Obregón, que al principio lo apoyaba. Y por mucho tiempo la risa de los viles persiguió el fracaso de una candidatura que pudo salvar a la revolución de sus posteriores ignominias.

Entre el grupo de los sostenedores de la candidatura de Villarreal estaba Eulalio Gutiérrez, hombrazo del Norte que gozaba fama terrible porque su viejo oficio minero le había permitido hacerse experto en las voladuras de trenes que tanto daño hicieron al Gobierno huertista. No conocía yo a Gutiérrez sino por su fama. Y nos encontramos una tarde en el corredor de un hotel de Aguascalientes. Avanzaba yo solo por el pasillo, y en dirección contraria vi acercarse un gigantón acompañado de dos ayudantes empistolados. No habiendo razón para cederles el paso, me detuve para cruzar entre dos de los desconocidos, y en ese momento Eulalio Gutiérrez me tomó de los brazos, y sacudiendo, dijo:

—Usted tiene una deuda conmigo.

Sin el gesto bonachón, seguramente me asusta; pero luego añadió:

—¿No me conoce? Soy Eulalio Gutiérrez y me debe usted uno cincuenta de una suscripción de *El Antirreeleccionista;* se la pagué por tres años y usted "dejó de mandarme el periódico..."

Reímos la ocurrencia, nos dimos un abrazo y quedó sellada una amistad duradera. Ni Gutiérrez ni nadie imaginaba en aquel momento que una semana después, tras el retiro de la candidatura Villarreal, resultaría Presidente de la República el generalote revolucionario, sencillo, inteligente y honesto.

UN PERCANCE

Las sesiones de la Convención nos ocupaban toda la tarde y parte de la noche. Nos quedaban las mañanas para el reposo y el paseo. Nuestros

alojamientos eran incómodos, escasos de higiene; pero en los ojos de agua caliente que han dado nombre a la ciudad se mantienen establecimientos de baños.

Un capitán, amigo del periodista Malváez, nos prestaba algunas mañanas un coche de cuatro asientos que había pertenecido a alguno de los hacendados de la región y había parado en manos del oficial con todo y su tronco de caballos negros, grandes y briosos. Malváez era pulcro y cuidadoso de la apariencia personal, muy dedicado a líos femeninos. Regresábamos exudando limpieza, corriendo sobre un camino descuidado pero amplio y tendido sobre el llano. En el viaje de ida se me habían encabritado los caballos y prudentemente habíamos dejado la dirección al cochero, colocándonos Malváez y yo en el asiento posterior. De repente, los tumbos del carruaje empezaron a hacerse molestos. El conductor hacía esfuerzos para contener el galope, que por ser de regreso hacia sus cuadras ponía desenfrenados a los animales. A poco andar, en un declive, la carroza se hundió, partiéndose en dos: las ruedas delanteras con el asiento de enfrente se quedaron pegadas a las guarniciones y siguieron arrastrándose detrás de los caballos, desbocados por el susto. El cochero escapó arrojándose a un lado y Malváez y yo quedamos en tierra con el asiento trasero y parte de las ruedas por sobre nuestra espalda. De debajo de los escombros salí primero, en posición de lagartija, palpándome, luego que me puse en pie, para comprobar que estaba ileso. En seguida vi saltar a Malváez, que tan pronto quedó libre echó a correr fuera del camino. Sin poderlo evitar, y juzgando que no podía estar malherido, una idea irónica me pasó por la mente; me hizo reír después de que pasó el riesgo. Recordé el cuento infantil del que da una pedrada en la cabeza a una gallina, echa a correr ésta y reflexiona: "Le di en el centro de la carrera".

Se detuvo, por fin, Malváez; se sentó en una piedra; me puse a palparlo, inquiriendo si le dolía algo, y explicó:

—Es que se me fue "el resuello".

Entre grandes risas seguimos la ruta a pie, y a las orillas de la ciudad nos recogieron amigos que se echaron en nuestra busca, alarmados al ver que llegaban los caballos, con la mitad del coche a la cola.

EULALIO GUTIERREZ, PRESIDENTE

Después de una serie de sesiones tediosas, porque los asuntos candentes se trataban entre las comisiones de los distintos grupos, la Convención

consumó el parto de los montes: eligió Presidente por veinte días, mientras volvía a haber quórum, al general Eulalio Gutiérrez, tercero en discordia, candidato de transacción que no solicitó un solo voto, pero que se aprestó a cumplir con su deber tan pronto estuvo nombrado. Tan patente era el absurdo, que en otra sesión le dieron nombramiento indefinido.

Para notificar el doble acuerdo: desconocimiento y retiro del mando de los generales Carranza, Villa y Zapata, y elección de Eulalio Gutiérrez, se nombraron comisiones distintas. Obregón, Villarreal y Lucio Blanco se comprometieron a presentar el acuerdo a Carranza. Y me tocó hacer la notificación respectiva al general Francisco Villa, en compañía de los generales José Isabel Robles y Raúl Madero.

—Hable usted —me dijeron sus dos generales cuando estuvimos a la puerta del carro privado del tren en que Villa despachaba. Y tan pronto como nos sentó y se quedó aguardando, sin preámbulos le dije:

—Como usted ya lo supondría, general, esta misma tarde la Convención acordó agradecer a usted y a los generales Carranza y Zapata sus servicios tan importantes por la revolución y pedirles que abandonen el mando de sus tropas, poniéndose a las órdenes del Presidente Provisional, Eulalio Gutiérrez...

Rápidamente se le inyectaron al general los ojos en la forma en que ya me habían dicho era habitual en él, cuando le acometía furia homicida. Pero se dominó.

—Está bien —dijo después de una pausa larga—. Está bien... Dígales —expresó sin mirar a sus generales—, dígales usted que Pancho Villa se va... les deja todo... esta división que yo he formado... No me llevaré sino veinte hombres... Organicen ustedes su Gobierno; pero eso sí... se los advierto: ¡Presidente municipal que yo les capture... lo cuelgo!

La brusca, salvaje amenaza, me irritó a mí también. Hice una señal a los colegas Robles y Madero, y dejando el asiento afirmé:

—General: nuestra misión se concreta a comunicarle a usted los acuerdos de la Convención. Con permiso...

Y los tres nos salimos, convencidos de que las protestas de obediencia a la Convención iban a ser una pura farsa.

Y fue entonces cuando los mejores elementos de la revolución, los patriotas de uno y de otro bando, carrancistas como Lucio Blanco y como Buelna, villistas como Robles y Aguirre Benavides, resolvieron apoyar a Eulalio Gutiérrez con toda la fuerza de sus personalidades. Muy especialmente se comprometió a hacerlo Alvaro Obregón. Suya había sido la idea de escoger y suyo el trámite solemne de firmar sobre la bandera de la Convención el compromiso de respetar sus acuerdos.

Villarreal refunfuñó en su derrota, y con razón, porque no se le trató con lealtad y porque vio claramente que Eulalio difícilmente podría reunir el apoyo indispensable; pero renovó su juramento de fidelidad al elegido por la Asamblea.

Eulalio me mandó llamar a las pocas horas de nombrado. Con gran sencillez y afabilidad expresó:

—Ahora, licenciado, usted me va a ayudar en este atolladero... Vamos a tener que hacer frente a Carranza y al bandido de Villa. No le ofrezco cartera porque el Gobierno lo organizaremos si llegamos a la capital; pero véngase desde luego conmigo; despache todas las Secretarías, si quiere...; ya después cogerá la que guste.

Y me presentó con sus oficiales, sus ayudantes.

Por el momento, lo que hacía falta eran dos ministros: el de Guerra y el de Gobernación. Y con acierto nombró Eulalio en Guerra a José Isabel Robles, uno de los más brillantes generales jóvenes de Villa; en Gobernación a Lucio Blanco, la personalidad militar más señalada del carrancismo. En seguida, como la Convención había aplazado sus sesiones, salimos, los del nuevo Gobierno, en dirección de San Luis Potosí, donde Eulalio tenía fuerzas propias que le podían dar custodia.

Pero antes de abandonar a Aguascalientes consumó Eulalio un nombramiento que le fue muy censurado y sirvió a muchos de pretexto para desconocer sus juramentos y volverse contra el Gobierno de la Convención: el nombramiento de Villa como jefe de Operaciones Militares a las órdenes del Ministro de la Guerra. En cierto modo, el nombramiento invalidaba el propósito fundamental de la Convención, la eliminación de los jefes con prestigio de caudillo, que eran, por lo mismo, elementos de discordia. Pero hay que atender a los antecedentes del nombramiento y a la situación en que se vio Eulalio, al hacerlo. En vez de acatar la Convención, Carranza le declaró la guerra. Villa, por su parte, y teóricamente, aceptó la jefatura de Eulalio y le protestó obediencia... Ahora bien: ¿Podía Eulalio desorganizar la División del Norte quitándole a su jefe, en momentos en que se preparaba para recibir la embestida de los carrancistas, fuertes en veinte o treinta mil hombres? Si Obregón, que se despidió abrazando a Eulalio hubiese permanecido fiel, con las fuerzas de Obregón hubiésemos protegido al Gobierno contra Villa o quien fuese; pero Obregón, sin excusas y haciendo burlas crueles de Eulalio, se pasó al carrancismo que, con su firma, desconociera en Aguascalientes. En un principio explicó Obregón su cambio de frente alegando "que porque Villa había sido comisionado jefe de operaciones"; pero el nombramiento se hizo cuando ya Obregón estaba con los carrancistas. Varios años después, Obregón,

ya fuera de su ejercicio presidencial, declaró en unos comentarios sobre la época:

—Me fui con Carranza porque era el fuerte...

El fuerte hubiese sido Eulalio sin la deserción de sus poderdantes y amigos.

En San Luis, la comitiva de Eulalio permaneció el tiempo bastante para apreciar los horrores de la ocupación de los carrancistas. Destruyendo por gusto, quemando lo que no podían llevarse, daban la impresión los del bando pablista de que se ensañaban en las cosas, ya que no habían podido obtener victorias sonadas como las de Villa y las de Obregón. De San Luis Potosí, a semejanza de los callistas de Sonora y en ejecución inconsciente del plan pocho de *mister* Lind, los carrancistas extrajeron los muebles de las casas ricas y en furgones de ferrocarril los trasladaron a Texas, junto con joyas de arte de inapreciable valor. Numerosos tesoros de la Colonia pasaron de esa suerte, a vil precio, a manos de los nuevos conquistadores, los yanquis, que con menos sacrificio que el español nos han dominado a través de los Poinsett y los Morrow.

Con buen sentido de hombre naturalmente honesto, Eulalio, que ocupó la ciudad en seguida de los pablistas, pudo salvar tesoros como la biblioteca del obispo Montes de Oca. Y la gente de San Luis empezaba a testimoniarle su agradecimiento. Ante nosotros llegó una noche una comisión a quejarse de que se pretendía asaltar el colegio de las monjas del Sagrado Corazón, institución católico-francesa de enseñanza europea, contraria a la política protestantizante. La perseguían con saña, por lo mismo, los del secreto pocho imperialista. Mi hermana Concha se hallaba entonces entre las monjas del colegio y me mandó recado urgente. No me fue difícil convencer a Eulalio de que era antipatriótico prestarse a las maniobras de una persecución religiosa que sólo beneficia al extranjero, puesto que da por resultado que doncellas mexicanas sean enviadas a los colegios de Norteamérica por millares, en vez de educarse en su patria.

En San Luis comencé a ver actuar al licenciado Rivas, que hacía de secretario de Gobierno, y que bajo la nueva posición de Eulalio asumió el cargo de secretario particular. Uno de los mejores hombres con que jamás haya contado la revolución fue este Manuel Rivas, culto, valiente, honrado, indulgente. Claro está que nadie lo recuerda porque no aceptó honores ni de Carranza, ni de Villa, ni de Zapata. Para él, la revolución era hombría de bien y progreso, justicia social y dignidad humana , libre de personalismos y de charlatanería demagógica.

Enriquecidos con la colaboración de Manuel Rivas, que me reveló todos los secretos de San Luis, desde la nieve de tuna y de zapote hasta

el churriguera ilustre de la capilla del Carmen, nos trasladamos a Querétaro, en ruta de aproximación a la capital. Se hallaba ésta prácticamente abandonada. Don Venustiano la evacuó de prisa, y a continuación Lucio Blanco la hizo guarnicionar con sus propias fuerzas, en nombre de la Convención. Por su parte, los zapatistas, sumados a la Convención, empezaron a penetrar en el Distrito Federal, instalando sus cuarteles en las afueras de la ciudad.

En Querétaro nos hospedaron en la célebre casa, joya del arte colonial, de arcadas platerescas y entrelazado rosa y blanco, estilo árabe. Cada mañana hacíamos la excursión a La Cañada para tomar el baño en los manantiales. El resto del día lo pasábamos trabajando. Se había quedado en la casa el mayordomo de la familia propietaria, que a diario nos preparaba un banquete. En todos los sentidos el ambiente que nos rodeaba era superior a todo lo que puede darse en el Norte, sin exceptuar los hoteles caros de Estados Unidos. El refinamiento de tres siglos o cuatro de latinidad estiliza las líneas del panorama: suaviza el trato, perfuma la convivialidad, volatiliza el aire. Y daba pena mirar aquella sociedad exquisita padeciendo bajo la bota de tanto bárbaro que hablaba el mismo idioma pero traía el alma apochada, el ánimo cargado de odio y desprecio por la tradición propia y de baja, imperdonable veneración por las patrañas de la seudocivilización de los nuevos conquistadores de quienes éramos instrumento en gran medida.

En la ciudad tenía yo amigos; por ejemplo: un sobrino de aquel mi protector de los días estudiantiles: don Benigno Frías y Camacho, abogado queretano. Y parientes del lado político por mi cuñado Domingo García, natural de Irapuato, con hermano cura y consanguíneos por todo el Bajío. Además, Querétaro es una especie de Oaxaca en grado un poco mejor; Oaxaca sin indios, capital criolla en la que se ha dado lo más excelso del arte y la creación del mexicano. De suerte que me sentía ligado con el aura de la ciudad y con la savia de sus raíces. Y me dolían como en carne viva los atropellos, las incomprensiones, la maldad de unas represalias que alguien desde la sombra orientaba. Recorrer la ciudad era ya penoso, por la incuria, el abandono municipal y la miseria escondida bajo el tápalo castizo de enlutadas pálidas, mujeres que ya después de los treinta parecen tener liquidada la vida. Por su parte, los hombres han perdido el arrojo, se ven inteligentes pero raquíticos, dedicados a hacer los chistes crueles con que hieren a los tiranos de cada turno, incapaces de erigirse en poder ciudadano que castiga, y evitar así la burla que degrada. Y, sin embargo, allí estaba, resistiendo un siglo de vandalismo, el rincón ilustre de la plaza e iglesia de Santa Inés; más adelante, Santa Clara, de contrafuertes macizos como la civi-

lización que no hemos sabido heredar. Y en el interior, el lujo del churriguera mexicano, arte que nos ha dado sitio en la historia mundial de la cultura. Y las telas de Cabrera. Pensaba con dolor en la confusión de nuestras gentes, los de allí mismo, en Querétaro, los que debieran ser comprensivos y orientar, entregados a una decadencia que hace de la religión rito, no caridad; asunto de escapularios y no de hechos heroicos... Sin duda aquella gente fina, desde el fondo de su corazón, lamentaba el fracaso de Victoriano Huerta; lo lamentaban, sin duda, los hacendados, los patrones de empleados mal comidos, peor trajeados y obligados a presentar cédulas de confesión antes de cobrar el mísero salario... Eso era la aristocracia de la República. Y lo demás, lo que venía con nosotros, el mestizo fuerte y ambicioso... ése era un bastardo que renegaba de Cortés y el encomendero de hace cien años, pero se doblegaba sumiso a la influencia extranjera de la hora, mucho más opresora que la antigua. El típico mestizo habría de recibir dinero de un embajador yanqui para infamar, en pintura mural que es símbolo de una época, el recuerdo del hombre que dio a México por fronteras Alaska y Honduras. A la vez, para halagar al heredero de Zacarías Taylor, que izó la bandera de las estrellas en el Palacio de los Virreyes y para arriarla se hizo ceder media nación.

¡Pobre México! El pulso de su tragedia inenarrable nos despertó una noche a horas avanzadas con fuertes golpes en la puerta del zaguán de nuestro palacio de ocho días. Y corrió la voz por la casa: unos caballeros de la ciudad pedían con urgencia una entrevista con el nuevo Presidente de la República. Se le corrió el aviso a Manuel Rivas, el secretario particular, y éste me sacó de la cama diciendo:

—Tenemos que ver a Eulalio; estos protestantes quieren fusilar a unos católicos.

Y fuimos a la alcoba de Eulalio, que en seguida dio las órdenes humanas del caso, libertando a los presos. Una escolta los había sacado en la tarde de sus casas y se preparaba a matarlos bajo la inculpación no comprobada de que pocas semanas antes habían *aconsejado* el incendio de la iglesia protestante del lugar... "Pero ¿qué pasa? ¿Quién da esas órdenes?", pregunté a Rivas ya que volvimos solos a nuestra habitación.

Y allí, por primera vez, pudimos descorrer el hilo de la trama. En el propio Estado Mayor de Eulalio había oficiales que antes de la revuelta fueron pastores de templos protestantes. A la revolución habían entrado, no como todos nosotros, para combatir por la libertad de los mexicanos, sino para ganar poder en beneficio de un culto extranjero. Y se aprovechaban ahora de la indignación que todos los revolucionarios alimentábamos contra la jerarquía eclesiástica por el apoyo prestado al huertismo.

Un instinto defensivo de la nacionalidad nos unía a Manuel Rivas y a mí. Pertenecía Rivas, lo mismo que yo, a la clase media profesional que inventa, posee y administra los tesoros de la cultura en todas las latitudes. Verdadera aristocracia del espíritu, se halla esta clase colocada entre la rudeza y la incompetencia de los de abajo y la corrupción, el estulto egoísmo de los de arriba. Desventurado el pueblo en que la clase nuestra no domina, no impone la orientación y el sistema. Destruir la clase cultivada, echándole encima al indio, que por sí solo no logrará sino acomodarse a ser paria en la Texas grande que será todo México, he ahí uno de los propósitos del plan pocho imperialista, y lo han estado cumpliendo metódicamente.

Pero entonces no me conformé con alzarme de hombros; hablé a Eulalio largamente sobre la necesidad de alejar de su lado a los sectarios. Inquiriendo, averigüé que eran dos. A uno de ellos, que por su rudeza no tenía remedio, logramos retirarlo; al otro le hablé larga y francamente. Se llamaba Peralta y resultó bien intencionado; me escuchó sin enojo; reflexionó; los acontecimientos nos separaron en seguida y volví a encontrarlo, años después, convertido ya en general influyente. Se me acercó y me dijo:

—¿Recuerda aquello que hablamos en Querétaro? Me convencí de que usted tenía razón y ya he dejado todo eso.

Lo mataron los callistas al lado de Serrano; en mala compañía cayó; pero algo es que luchara contra Calles.

Las garantías impartidas por Eulalio Gutiérrez le ganaron el aprecio de la sociedad queretana. Para testimoniarle afecto se organizó una velada en el Teatro Principal. Por modestia rehusó asistir; pero me nombró su representante en la fiesta. Acompañado de Manuel Rivas me presenté en la sala llena de un público lucido, a los acordes del himno patrio, según exigía mi representación. Entre los que daban la fiesta estaba el sobrino de don Benigno, joven músico distinguido que dirigía un cuarteto clásico. Todo el programa fue selecto y bien desarrollado; demostró lo que puede dar una ciudad que mantiene, desde hace muchos años, un Conservatorio de Música y establecimientos de enseñanza secundaria, tradición artística y abolengo de letrados.

DON EUFEMIO EN PALACIO[9]

Por todos los rumbos del país los carrancistas andaban de huida. El Primer Jefe fue a dar a Veracruz. Por el Norte barrió Villa; por el Sur

dominó el zapatismo, y en Sonora, Obregón se quedó sin ejército. Mientras las figuras principales de la columna de Occidente, Obregón, Cabral, Alvarado, discutían en la Convención o se congregaban en la capital. Plutarco Elías Calles, siempre a retaguardia, se había quedado dueño de Sonora para consumar a su gusto confiscaciones y fusilamientos. Pero, apenas le faltó el apoyo moral del carrancismo, el jefe civil que parecía desdeñable militarmente, el ex gobernador Maytorena, puso en derrota a Calles, quitándole todo el estado y replegándolo a Naco, a un paso de la línea divisoria.

Las poblaciones liberadas del carrancismo respiraban dichosas; los nuevos dominadores eran recibidos con aclamaciones. ¡Ay, no tardó Villa en persona en desprestigiarse: a la vez que nos manchaba la administración, nos hacía imposible la convivencia con sus salvajes actividades! Desenfrenado cada vez más, el jefe de la División del Norte, sin respeto alguno para el Gobierno que había jurado obedecer, ocupaba ciudades y aldeas, violando mujeres, atropellando honras y haciendas, ultrajando a los indefensos, cometiendo tropelías que se hubieran juzgado incompatibles con la edad de los ferrocarriles y el linotipo. Insaciable de dinero, que empleaba en sus propios vicios y lujo, salvo los centenares de tostones que repartía entre los hijos y las viudas de sus víctimas reducidos a la mendicidad, Pancho Villa recorría el país apresando a los principales de cada lugar, exigiendo rescates ruinosos, matando a veces a uno que notoriamente no poseía dinero con el fin de amedrentar a los que lo tuviesen escondido. A la oficina de Eulalio, instalada en el carro *pullman* que nos conducía a la metrópoli, llegaban noticias que nos hacían vislumbrar, como en el fondo de una pesadilla, el retroceso de México a la época de la montonera sudamericana y del caudillaje santannista. De pronto se hacía realidad otra vez en nuestro suelo el tipo del Facundo de Sarmiento, la bestia que la Argentina liquidó desde el cuarenta. Y peor aún, porque Facundo Quiroga nunca dominó a Buenos Aires ni juntó grandes ejércitos, y nuestro Facundo se posesionaba rápidamente de todo el país y mandaba divisiones; se hacía acompañar de un agente especial de Washington y mantenía representación personal en la capital del imperio. Y era como si sobre México descargara la tormenta, incendiara el rayo, pero dejando detrás, aparte de la destrucción, la vergüenza y la deshonra.

Entramos nosotros a la capital una tarde sombría. Y son muy raras en México las tardes sin sol, y ni siquiera estoy seguro de que la sombra estuviese en el cielo; pero pesaba en el ánimo y oscurecía las almas. Un automóvil grande nos condujo de la estación a Palacio, y detrás montó una guardia de más de doscientos jinetes. El público azo-

rado nos vio pasar sin darse cuenta exacta de lo que ocurría; pero los fotógrafos y los reporteros se metieron, antes que nosotros, a las salas de recepción. También hallamos allí a un grupo abigarrado de zapatistas. A la cabeza de ellos, Eufemio, el hermano de Zapata; presentó sus respetos a Eulalio, pero en seguida dio de sí y empezó a pedir coñac; se hizo retratar sentado en la silla presidencial.

Y no se crea que era el pueblo oprimido, la indiada irredenta, la que acompañaba a los jefes zapatistas invasores del Palacio. En el Estado Mayor de cada militar zapatista había intelectuales y petimetres de la capital, portadores de ilustre apellido muchos de ellos y que, a última hora, para escapar a las venganzas de carrancistas o villistas, se habían sumado al zapatismo ingenuo. A través del zapatismo, las clases adineradas del país habían minado la autoridad de Madero y ahora procuraban utilizar nuevamente la vanidad y la estulticia del jefe suriano, a fin de tomarlo como antifaz de sus odios contra Carranza y Villa. Esto explica que, de pronto, la gente bien de la capital, que dos años antes increpaba a Madero por causa de las atrocidades zapatistas en Tres Marías y en tanta otra hecatombe a lo Huichilobos, ahora se enternecía hablando del zapatismo. La maniobra era parecida a la que hoy se traen con Cedillo los clericales. Olvidan los horrores, los crímenes de la víspera, con tal de utilizar a un disidente, creyendo ganar por la intriga lo que no obtuvieron en la lucha franca. Y como es natural, fracasan siempre, y ni siquiera con honra.

La confusión y tortuosidad, la impotencia de los conservadores, se revelaba en aquellos días de la ocupación de México por el convencionalismo, en el espectáculo curioso de tanto joven de la aristocracia que prescindió del traje europeo para vestir la guayabera, blusa campesina que ellos llevaban de seda y con lujosos bordados, pero como símbolo de sumisión a la idea plebeya. En realidad, el zapatismo nunca fue otra cosa que plebeyismo; pero los agentes de la penetración extranjera y sus cómplices inconscientes, los intelectuales del zapatismo, elaboraron una tesis aparentemente contraria de la tesis pochotexanista que traían los del Norte. Contraria en apariencia, digo, aunque, en realidad, concordante en lo que hace al propósito de la destrucción de México. La doctrina subterránea del zapatismo era la vuelta de México al indigenismo de Moctezuma. El retorno lo predicaban criollos como Díaz Soto y periodistas yanquis; lo consumaban en el traje los aristócratas de la capital incorporados al zapatismo en esfuerzo mimético defensivo. Y si no pasó del traje y de la barbarie, si no se renegó, por ejemplo, del idioma castellano, es porque no saben otro idioma que el castellano las masas indígenas que se supone servirían de base a una restauración azteca. Elementos culturales para un aztequismo viable no hay uno

solo. La suerte de aztequismo que periódicamente renace es el elemento de crueldad que no han podido destruir cuatro siglos de predicación cristiano-hispánica. El *teocalli* de los sacrificios humanos es la única institución azteca que pervive. Los zapatistas la traían perfeccionada con el uso de la ametralladora y la pistola automática. Sugeridos por la manera como el armamento moderno destroza los cuerpos, los zapatistas habían creado un término para símbolo de sus ejecuciones y venganzas : "quebrar" al enemigo... "Quebrar" a Fulano... "Ya quebré a Zutano..." Matar a balazos era quebrar, y ninguna otra palabra tuvo entre el zapatismo un uso más extenso ni aplicación más celosa.

De todas maneras, los que con algún destello de conciencia mirábamos aquellas hordas de salvajes, cumplimentadas y aduladas por la opinión y la sumisión de los débiles de arriba, experimentábamos el efecto de pesadilla azteca, lo que hubiera sido México si triunfa la primera conspiración indígena, la que hizo abortar el gran virrey Mendoza; lo que sería México si de pronto, suspendida la inmigración española y europea, entregado el país a sus propias fuerzas todavía elementales, los trece millones de indios empezasen a absorber y a devorar a los tres o cuatro millones de habitantes con sangre europea. La gran catedral de México, todas las hermosas catedrales barrocas serían arrasadas y en su lugar volverían a levantarse *teocallis*. Ya un poeta de la prosa inglesa, el célebre Lawrence, en su obra *The Plumed Serpent,* compuso los himnos de despedida de la Virgen María y el niño Jesús; himnos cantados en coro por el nuevo sacerdocio azteca, en tanto que un falso Quetzalcóatl yancoide pone la corona de Reina sobre las sienes de una irlandesa amancebada con una especie de general callista. La irlandesa aludida era querida del propio Lawrence; pero no se crea que un indigenismo de manufactura anglosajona llegaría a darnos reinas ni diosas de mejor calidad. Pues lo curioso de estos indigenismos fundados en la ciencia etnológica de los agentes del Smithsonian y la Carnegie es que se valen de los Molina Enríquez y los Gamio, pero no se acuerdan de ellos a la hora de crear la dinastía dominante de los nuevos reinos, teóricamente autóctonos. Como que saben que ningún autoctonismo es posible, ni lo desean; todo lo que buscan es suplantar lo español con lo inglés. Y a la larga, hacer de todo México otro Texas en que la indiada que llaman "la raza" y aun el mestizaje de la capa intermedia se expresan en idioma pocho en las relaciones familiares, pero en la vida pública acaban por usar el inglés. De todas maneras, lo que por lo pronto se busca es aniquilar el criollismo y emborrachar al mestizo con borrachera de fatuidad y de alcohol. Al indio no hace falta destruirlo; es el esclavo paciente que labra la tierra y entrega la cosecha al precio que

señala el banquero. Todos estos planes fermentaban oscuramente dentro de la inconciencia zapatista. Y se quedaron en suspenso, no por reacción sana de una opinión que no existe, sino por el choque con las tendencias seudoprogresistas de los del Norte: villistas y carrancistas. Se dijeron éstos, así lo escuché a coroneles y capitanes, que son los que dan el tono de la opinión de un ejército:

—¿Qué se andan creyendo estos indios zapatistas? —decían los soldados de Villa, hijos de la estepa fronteriza en cuya sangre predomina el elemento español, aunque en sus labios, envenenados por la propaganda extranjera, revienta el denuesto de los que fueron sus padres—. ¿Qué se andan creyendo estos indios, que nos vamos a poner huarache? (La sandalia de cuero burdo que usa el indio.) ¡Que se pongan ellos zapatos como nosotros y que se vistan como la gente!

Y así, el calzado del Norte y el uniforme de caqui, que los carrancistas llevaban de Texas, salvó a la República de volver a vestir la manta cruda de los aztecas. Nos salvó del retorno indígena el salvajismo de Fierro, que noche a noche fusilaba, por su cuenta y gusto, diez, veinte coroneles zapatistas indígenas.

Entretanto, buena parte de la seudoaristocracia intelectual capitalina rodeaba al hermano de Zapata y le llamaba don Eufemio, le fomentaba las borracheras, y a Zapata lo erigieron en Caudillo del Sur, semidiós azteca, iluminado por la Providencia autóctona. Zapata por su parte, y con ingenuidad enternecedora, enarbolaba el estandarte de la Virgen de Guadalupe, lo que desconcertaba a los complotistas de la República azteca con vuelta a los dioses nativos.

Y según cumple al ídolo tribal, Zapata se presentaba en público vestido de charro, águila bordada de oro en la espalda, botonadura de plata riquísima y sombreros que se exhibían previamente en los escaparates lujosos de la ciudad, valuados en miles de pesos. "El Sombrero del señor General Emiliano Zapata", decía el rubro, y el cintilar del oro de los bordados deslumbraba las pupilas de la misma plebe esclava que aclamó a Victoriano Huerta y miró atónita a Calles, el matón más eficaz de toda nuestra carnicería.

MINISTRO A CABALLO

Asqueado de las escenas que habíamos visto en Palacio, y no contando aún con fuerza militar suficiente para echar a don Eufemio a cintarazos,

Eulalio optó por despachar en su domicilio, que estableció en la casa de los Braniff, del Paseo de la Reforma, rentando previamente el edificio. Sólo unas cuantas ocasiones acudimos a Palacio; por ejemplo: el día de las protestas ministeriales, en que se integró el Gabinete con Lucio Blanco, en Gobernación; Miguel Alessio Robles, en Justicia; Valentín Gama, en Fomento; Felícitos Villarreal, en Hacienda; José Isabel Robles, en Guerra, y el que escribe, en Educación Pública. Fue la primera vez que en México las ceremonias de toma de posesión ministerial se consumaban sin traje de etiqueta, con sencillez casi campesina. El Gabinete fue muy aplaudido por el público que llenó el Salón de Embajadores; siempre hay, por lo que se ve, un público destinado a servir de coro así se trate de la toma de posesión de ladrones como los que figuraron en los gabinetes callistas. En aquella época, sin embargo, era yo bastante joven y me parecía que el aplauso era el eco natural de la conducta honrosa, el galardón del mérito. Desconocía la vileza de las multitudes.

Y en verdad, había congregado Eulalio los mejores elementos de la revolución y un extraño a ella, el ingeniero Gama, que, sin embargo, representaba, aparte de "ciencia mexicana", el zapatismo, pues lo elegimos por su parentesco con Antonio Díaz Soto y Gama, que no quiso aceptar una cartera. A falta del sobrino, Eulalio designó al tío, para que los zapatistas tuvieran conocimiento de nuestros actos y a causa también de que en el grupo zapatista, exceptuando a Díaz Soto, no había persona de capacidad ministerial. El oficio de ministro no había caído aún tan bajo como en las épocas posteriores. Existía aún respeto a la opinión, cierto decoro que alejaba a los descalificados. El nombramiento de don Valentín Gama ha sido presentado como caso de incongruencia y arbitrariedad en el libro de Martín Guzmán, *El águila y la serpiente.* Lo cierto es que Martín nunca supo ni por qué entró Gama, ni por qué salió del ministerio.

El propio Martín había ido a parar con José Isabel Robles[10] como secretario particular, cuando Robles, al verse de pronto ministro, en Aguascalientes, me dijo:

—Y ahora ¿qué hago? Consígame un secretario letrado.

Le recomendé a Martín por lo inteligente.

—Es villista —opuso Robles.

—Ya eso usted se lo quitará —indiqué.

Y es posible que a causa de su villismo Robles no haya enterado a Martín de todo lo que ocurría. Villa tampoco le confió jamás ningún puesto. Al lado de Villa, Martín figuró como a látere de Llorente, un villista ciento por ciento. Y Martín se mantenía al margen de los acon-

tecimientos, dedicado a un negocio de corretajes y cambio de moneda, negocios de papel revolucionario en El Paso, Texas, en sociedad con Carlos Domínguez. La iniciación revolucionaria en puesto público la tuvo Martín por recomendación mía en la secretaría particular de Robles. Estos datos son pertinentes porque, según se verá en lo que sigue, la historia de nuestro movimiento convencionista es muy otra de la que Martín expone con bastante confusión en su libro tan admirable bajo otros aspectos. En este caso le ocurre a Martín lo mismo que a tantos otros que se dicen desorientados ante una situación en que no supieron actuar con derechura; quisieran enmarañar los hechos para que no aparezca la vacilación, la tortuosidad de sus procederes.

En representación del elemento carrancista figuraba en el Gabinete Lucio Blanco; en nombre de los villistas colaboraba Felícitos Villarreal, persona de confianza de los Madero. En Relaciones se nombró subsecretario a un abogado moreliano, mientras acababa de decidirse si aceptaba o no el doctor Silva, una de las figuras más respetables de la revolución por sus antecedentes honorables, su acción cívica y su cultura.

La ceremonia de la protesta se consumó a las once de la mañana. Un grupo de amigos personales, con sus esposas y algunos parientes, decidió llevarnos a comer a mi esposa y a mí, ese mismo día, a un restaurante, a la una de la tarde. Y mientras llegaba la hora del almuerzo, en automóvil acabado de agenciar por el garaje del Palacio, me fui con Mariano Silva, que quedó convertido en mi secretario, a tomar posesión del edificio del ministerio. Los empleados, en su mayoría, estaban cesantes o habían desertado, unos con Carranza a Veracruz, otros con Victoriano Huerta al ostracismo y la vergüenza de una complicidad inevitable.

A la puerta del viejo palacio de Tolsá, calle del Reloj (donde el pobre don Justo instaló su ministerio en un entresuelo, mientras arriba un vejete corrompido ocupaba las mejores salas del edificio haciéndola de Ministro de Injusticias), nos recibió el portero. Era un viejo que caminaba demasiado despacio para mi impaciencia, y dejándolo atrás, trepando de dos en dos las gradas de la escalera, llegamos a los salones que empezamos a abrir de empellón. Los muebles se veían en orden, pero no había un alma adentro. Sólo después de que hubimos recorrido las salas de recibo, las oficinas principales, y al penetrar de improviso en una de las cámaras interiores de la secretaría particular, semiocultas y temerosas descubrimos un par de empleadas bellísimas sin hipérbole, tímidas y sedosas como palomas extraviadas en el temporal. Y rápidamente, con instinto de azor, después de interrogarlas, nos las repartimos. La que tocó a Mariano se llamaba Esperanza; era de poca estatura

pero dulce, nacarada, fresca, ojos azules y cabello a lo Tiziano, famosa en el mundo burocrático por su lozanía y su ingenio. La otra, que llamaremos Beatriz, era aún más hermosa, con belleza imponente, rostro en óvalo, cabellera larga, apretada, oscura; blanco rosado el semblante, negros los ojos de noble mirar, cintura angosta y busto generoso; caderas de arpa eolia y largas piernas, bien vestida y segura en su suave dominación. Me tocó a mí esta maravilla, aunque sólo en teoría, pues nunca pasaron nuestras relaciones de un enamoramiento y ternura que salió a lo sumo a la mirada. Cortas se hicieron las semanas que trabajamos y sufrimos, nos alegramos juntos, pues se hizo mi empleada de confianza, mi amiga fiel en la derrota, mi ilusión en las horas de duda y de amargura.

La única vez que me pidió un favor fue para ayudar a un antiguo jefe suyo, huertista prófugo de quien nada podía esperar y con quien sólo la ligaba el aprecio.

Desde que la restablecí en el ministerio vacío le dije:

—Usted no es para la máquina de escribir; usted va a ser mi introductora de embajadores. A los que tenga que decir que no, usted los despedirá, consolados porque la vieron.

—Y cuando me dirigía al ministerio, convencido de la inutilidad de cualquier esfuerzo en aquel caos que nos tragaba, de pronto me reanimaba y ambicionaba tareas grandes, tan sólo porque ella esperaba, elegante y dulce musa de salas, que eran ilustres por los libros, los recuerdos, los pensamientos irrealizados, de Baranda, de Justo Sierra.

Al principio, quizás, nos vio entrar Beatriz como un grupo más de la serie de los facinerosos de la anarquía patria; pero pronto se convirtió en la aliada, la colaboradora del movimiento de aquella oficina que por esos días no sólo manejaba cuestiones magisteriales, sino la política y eficiencia de casi todo el Gobierno. Constantemente el teléfono llamaba de Justicia o de Relaciones, donde no había ministros, y consultaban: "Me dijo el Presidente que usted resolvería tal y cual caso". Por lo que los de la prensa, nunca leales, menos del que está como de paso, siempre dispuestos a la alabanza servil o al vituperio emponzoñado, comenzaron a apodarme "El Canciller de don Eulalio".

Lo poco que valíamos don Eulalio y su canciller se vio evidenciado en un incidente amargo que no podría escapar a este relato sin que se truncase lo que tiene de realidad viva y registro de sucedidos feroces. Sucedió que una mañana casi me levantó de la cama, en el rancho de Las Rosas, donde seguía viviendo con mi familia, la visita embozada de aquella Encarnación, la amiga del condiscípulo Nájera que me tuvo en su casa al escapar yo de la cárcel carrancista. Angustiada, me informó

que la noche anterior habían practicado un cateo en la misma casa en que me hospedaron, y que ella no sabía lo que hallaron, pero sospechaba que unas máquinas que unos amigos de Nájera habían llevado a guardar eran prensas de falsificar billetes. Y Nájera, desde la prisión, le mandaba decir que me viera, que eran ocho o diez los cómplices y que estaban todos amenazados de fusilamiento. Los presos estaban en poder de Villa, que dos días antes había instalado su cuartel general en las inmediaciones de Azcapotzalco.

Sin pérdida de tiempo, y citando a Encarnación para más tarde, me dirigí a ver a Eulalio, que supuse me daría orden para que los acusados fuesen entregados a un juez. Pero Eulalio, que tan deferente se mostraba siempre para todo lo mío, esta vez no se dejó conmover.

—Usted sabe —explicó— el estado de nuestras relaciones con Villa; no puedo ordenarle que me entregue unos presos, porque si se niega creo un conflicto de Estado y no conviene que el rompimiento venga por causa de un incidente secundario. Y como favor no puedo pedirle nada. Vaya usted mismo a rogarle; quizás lo atienda...

En el trayecto del carro privado en que todavía solía despachar Eulalio, y el carro de Villa, colocado a medio kilómetro de distancia, me encontré con el grupo de los detenidos; eran unos ocho, entre ellos Nájera, y dos o tres conocidos más. Me vio Nájera y me hizo una seña de que les iban a cortar el pescuezo; su voz no me llegó ni pude acercarme porque una escolta alejaba al público de los reos que, se veía, caminaban al cadalso. Apretando el paso llegué al carro de Villa. Desde que lo entrevisté para intimarle su retiro en nombre de la Convención no había vuelto a comunicarme con él en ninguna forma; pero el tono con que me recibieron sus oficiales me dio a entender claramente que ya no era yo de sus simpatías. Me acusaban ya de crear divisiones y de influenciar a Eulalio contra la *autoridad* de Villa.

Dominando, sin embargo, toda consideración ajena a mi objeto, insistí y aun tomé el nombre de Eulalio:

—Me urge ver al general Villa...

—Lo siento, licenciado —dijo el oficial—; pero tenemos orden de no despertarlo; se acostó anoche muy tarde. ¿Qué se le ofrece? Dígame a mí; tal vez lo pueda complacer.

Y expliqué: en aquel mismo instante fusilaban a unos hombres entre los cuales seguramente había inocentes: pedía una orden inmediata para la suspensión del fusilamiento...

—¡Ah, qué licenciado! —exclamaron entonces a coro dos o tres de los empistolados que nunca se apartaban de la persona del guerrillero—. ¿Y eso le parece importante? Que mueran más o menos, ¿pues

qué, no estamos en revolución? ¿Y los que todavía faltan por morir? Nosotros mismos, hoy o mañana, ¿quién sabe?

Y mientras así hablaban, se escuchó la descarga...

—Ya ve; ya es inútil; ya sucedió...

Y, en efecto, aterrorizado de lo que ocurría me retiré sin despedirme de aquella gentuza. Parecía que la descarga me la habían dado a mí en el pecho. Me alejé de allí, y al entrar a las calles de Azcapotzalco advertí en un taxi a Adriana.

—Aunque hubiera llegado a tiempo —le dije— no se le hubiera podido salvar. Estos hombres son bestias, no seres humanos. Di a Encarnación que me perdone, si puede; yo no me perdono el andar con esta gente...

En otra bocacalle, según cruzaba mi coche, advertí al padre de otro de los ajusticiados, abogado conocido, ex profesor mío de Jurisprudencia, que, doblada sobre las rodillas la cabeza, sollozaba con desconsuelo... ¡Maldije a Villa y le juré odio!

Discutiendo después el caso, me alegaban que estaba dentro de las leyes de la guerra; los falsificadores en ciudad que está bajo ley marcial tienen pena de la vida; pero eso no quitaba, no borraba la repugnancia que inspiran los asesinos. De la culpabilidad del pobre Nájera no cabía duda. Al quedar descubierto comprendimos algunos actos suyos sospechosos, como el haberse hecho acompañar de mi hermano Samuel a una joyería donde compró un reloj de oro que me habían obsequiado, pagando con billetes nuevos de a cien. El mismo hecho de haberme ocultado en la casa en que tenía las prensas ilegítimas me hubiera indignado si se le hace proceso; pero la brutalidad de su ejecución me volvía contra sus ajusticiadores.

A los pocos días de este penoso incidente consumó Villa su entrada triunfal a México. Desfiló delante de Eulalio y su Gabinete una lucida división, casi un cuerpo de ejército fuerte en treinta mil hombres con el agregado de los zapatistas. Se metió esta vez Villa a Palacio, y aunque se mostraba respetuoso de Eulalio, se dejó llevar a la silla presidencial que nadie usaba y se retrató en ella, igual que lo había hecho Eufemio Zapata. Por su parte, Emiliano Zapata, hosco y desconfiado, no se dejaba ver sino rodeado de escoltas y rara vez abandonaba su cuartel inmediato a la metrópoli.

En cambio, sus políticos, sus generales encabezados por un tal Palafox, atosigaban a Eulalio con sus exigencias. No se conformaban con unos cuantos puestos; querían que todo el Gabinete fuera zapatista. Muy particularmente pedía Palafox mi retiro; quería suplantarme en el oficio de Canciller. Era Palafox un ex tinterillo de la capital, uno de

esos que se agregaron a Zapata en las postrimerías de la lucha. Por medio de la intriga se había hecho de su confianza desalojando aun a los viejos consejeros del Caudillo del Sur, como el propio Montaño. Y fue ésta, quizás, la causa de que Montaño, maestro de aldea, venerado como autor del Plan de Ayala, tocado con un paño de sol a estilo de los retratos de Morelos, de tez morena y de ojos ardientes, pero inteligencia mediocre, se mostrase conmigo afable, por más que quisieron oponérmelo como Ministro de Educación. De Zapata, igualmente, recibí pruebas de aprecio y súplicas de empleos modestos para protegidos suyos que en seguida atendí. Pero la ambición y la envidia cegaban a los leguleyos de la partida suriana. Y excitaban en mi contra a los generales más ignorantes, acusándome de maderista y de intrigar contra la empresa soñada: la difusión del zapatismo por toda la República. En realidad, los enemigos de la extensión del dominio zapatista eran los villistas, que se reservaban para sí el futuro una vez que lograran deshacerse de Eulalio. Y por mi lealtad a Eulalio, también los villistas empezaron a cargarme todos sus fuegos.

Sintiéndome pretexto de discordias, ofrecí a Eulalio mi renuncia y le dije:

—Me retiro a la vida privada.

A lo que Eulalio respondió:

—Espere un poco y nos retiramos juntos; tampoco yo toleraré mucho a esta gente. ¡A menos que podamos imponernos sobre ellos, como es nuestro deber intentarlo, en beneficio del país!

En mi ánimo la revolución entera se había convertido en pesadilla de caníbales. En cada oficial del nuevo ejército veía un facineroso. Y no sin razón, pues noche a noche los villistas plagiaban vecinos acaudalados, fusilaban por docenas a pacíficos desconocidos y era notorio que cada mañana en el propio carro de Villa, los favoritos, *el Pancitas,* el Fierro y otros más, se repartían los anillos y los relojes, las carteras de los fusilados la noche anterior. El mal estaba arriba, en los jefes, según se hizo notorio en el trato de rufianes, compadrazgo de fieras, cerrado entre Zapata y Villa con prenda de sangre humana, pues se canjearon, después de abrazarse, dos prisioneros:

—Tú me das al coronel Fulano y yo te doy a Mengano.

Las dos víctimas ocupaban alto puesto en el bando de cada uno de los que así los entregaban para ser sacrificados sin juicio ni apelación, traicionados por sus jefes respectivos.

Conocida es la historia de los atropellos de Villa, el rapto de la francesa, los plagios y asesinatos innumerables y la insolencia de su pelo hirsuto, barba descuidada, ojos sanguinolentos, frente huida, lom-

brosiana. Muy fácil me hubiera sido escapar a las responsabilidades de aquella situación renunciando a un puesto del que todos querían echarme porque a todos estorbaba en sus instintos feroces; pero no hubiera sido valiente, ni siquiera leal, dejar a Eulalio en aquel cerco de bandoleros. Ni éramos Eulalio y yo, y Manuel Rivas y unos cuantos más, los únicos que merecían el esfuerzo y el sacrificio. En nosotros había caído el depósito de la Convención de Aguascalientes lo que nos convertía en esperanza revolucionaria.

Desistir era desertar, y por eso, en vez de la renuncia que se nos *exigía, preparamos el complot que intentó echar por tierra a los aven*tureros y los defraudadores de la revolución. Destruir a Villa y a Zapata después de haber destruido a Carranza, tal era nuestra misión, y para lograrla buscaríamos el apoyo de todos los mexicanos honrados.

Hubo un momento en que pareció que se nos dejaría gobernar. Villa salió de la capital para dirigirse al Norte a continuar la campaña contra los restos del carrancismo, refugiados en Tampico y Matamoros, y nos quedamos nosotros sin más enemigo al frente que el zapatismo, que siempre fue poco temible, salvo para la emboscada. Y, en efecto, no habiendo logrado que Eulalio me destituyera, el grupo de Palafox empezó a hablar de que se me asesinaría. La primera noticia cierta la tuve por conducto de José Isabel Robles, que me telefoneó desde el Ministerio de Guerra diciendo:

—Le mando una escolta de gente mía de confianza, porque sabemos lo quieren asaltar en su ministerio para matarlo. Hágase acompañar de esa gente de noche y de día.

Llegó a las dos horas la tropa y me causó rubor instalarla en las antesalas o los patios de la Secretaría. Tomé nada más un oficial y dos soldados para la guardia diurna, y el resto de la gente lo dividí en dos grupos que por turno me acompañaban a mi domicilio, resguardando la casa mientras dormía. Pronto, sin embargo, y aburrido de tener que depender de otros, recurrí a una estratagema. Colocaba a la escolta en el rancho de Las Rosas, donde oficialmente vivía y donde pernoctaba mi familia, y me iba a dormir a la casa de parientes o amigos, cambiando siempre de sitio. Cosa semejante hacían a menudo todos los altos funcionarios del momento. Unicamente los íntimos se enteraban del sitio en que uno pasaba la noche, y sólo de cuando en cuando llegaba a la casa propia para dormir. Y algunas mañanas, con aparato estudiado, bajaba por la calzada de Chapultepec, seguido de mi guardia montada, y descendía del caballo en el ministerio.

Y, como es natural, escapaba algunas noches hacia Mixcoac, alojando a mis hombres en los sótanos de la casa de Adriana. Una ocasión

mandamos bajar canapés de caviar y champaña para cada soldado. Otras noches, invitado por Eulalio, me quedaba a dormir en la casa que rentaba.

Cuando esto ocurría, pasaba después la mañana ayudando a Eulalio en el despacho. Quehacer sobraba. Pensando que el primer paso de una organización democrática era el restablecimiento de las libertades municipales, Eulalio mandó preparar el decreto respectivo a un abogado de su confianza y lo mandó expedir. A veces el acuerdo era lúgubre, como cuando nos llevaron la noticia de que la noche anterior había sido fusilado don Paulino Martínez. Su viuda llegó a poco rato y acusaba al mismo Eulalio de complicidad; nadie sabía quién había ordenado la ejecución. Hasta que una mañana, Fierro en persona confesó a Eulalio que él había hecho fusilar al ilustre viejo... por gusto...

"Más bien —pensé yo—, porque no le perdonaban el discurso de Aguascalientes, en que el veterano revolucionario condenó a los bribones que usaban la revolución para enriquecerse y asesinar".

A la larga, la gente empezó a darse cuenta del esfuerzo titánico que consumaba Eulalio tratando de poner freno a tanto apetito salvaje. Y tanto su casa como los ministerios empezaron a verse concurridos como en tiempos normales. Las audiencias se hicieron numerosas y los diarios, libertados de la mordaza carrancista, empezaron a brindarnos el halago que se otorga a quien parece va a consolidarse.

—Tengo órdenes de pedirle datos para publicar su biografía —me dijo una mañana un reportero. Y le contesté:

—Apenas la ando haciendo.

No era el pasado lo que nos preocupaba, sino el presente, cargado de amenaza. En un Consejo de Ministros al que sólo concurríamos los íntimos, Lucio Blanco, Robles, Alessio, Rivas, Eulalio y yo, quedó acordado que nos dirigiríamos a todas las autoridades de los estados y aun a elementos que nos habían desertado, como el general Obregón, anunciándoles que preparábamos la orden de destitución de Villa como jefe de las fuerzas del Gobierno. Sabíamos que tal orden sería contestada con una declaración de guerra o con un asalto, a la vez que los grupos villistas intentarían reunir una Convención falsificada que nos desconociese y nos reemplazase con gente incondicional de Villa. Para este caso inevitable exigíamos el apoyo de todos los combatientes honrados de la República. Se mandaron enviados en todas direcciones y a mí se me confió, junto con Rivas, la redacción del documento en que se justificaba el acuerdo de consignación de Villa a los Tribunales y se solicitaba el apoyo de la nación para la obra purificadora del revolucionarismo.

Dicté este documento a Beatriz, que aparte sus encantos femeninos poseía pericia dactilográfica. En reserva, leía el documento a los

íntimos o conversaba con Antonio Caso, que era visita diaria del ministerio, y con amigos personalmente adictos.

A Caso le intrigaba el misterio de aquella Beatriz taquígrafa que parecía reina. Y una vez me dijo:

—¿Sabe que se parece a usted...?

—¿A mí?

—Sí, sí, no se ponga colorado...

—Pero ¿cómo se me va a parecer una criatura tan bella?

—No —repuso Caso—, claro está; se parece a usted no por la hermosura, sino por cierto aire como de familia. Usted es ella en feo.

Caso la contemplaba y se derretía, lo mismo que yo. Y a menudo me acometían esas fiebres de ilusión que ninguna voluntad evita. Imaginaba que al frente de mi escolta llegaba a su casa y la raptaba como cualquier Pancho Villa. En aquellos momentos nadie se hubiera asombrado del caso. Sin embargo, a ella nunca le dije una sola palabra de galantería. Con el desearla se mezclaba el respeto; acaso tenía razón Antonio; éramos algo parientes por el alma, si no por la sangre. Y por otra parte, yo seguía monógamo. Y aun llevé una tarde a Adriana para que conociera por dentro el edificio y le regalé uno de mis pocos robos al erario: un soberbio volumen dedicado a Rubens, con estampas y comentario, pues pensé:

—Sabe Dios quién venga detrás, y vale más que esto siquiera se salve de lo que no tardará en llegar.

De lo que llegó sucesivamente: primero los zapatistas, en seguida los carrancistas. No contento con saquear todo el moblaje, el carrancismo suprimió el ministerio.

EL BANQUETE EN PALACIO

Se acercaba el día primero del año de 1915, y la fecha nos daba una oportunidad de presentar al Gobierno en compañía del Cuerpo Diplomático extranjero, del que hasta entonces no nos habíamos ocupado. Pero quedaba la incógnita de si responderían o no los ministros a nuestra invitación.

Y, por otra parte, no era fácil organizar recepción estando sin personal el Ministerio de Relaciones, disuelto el protocolo y prácticamente suspendido el despacho. Afortunadamente, una de mis visitantes oficiales era la esposa del Ministro de Francia, dama de calidad que me

mostraba deferencia porque la había ayudado a proteger no sé qué hospitales y casas encomendadas a su custodia. Aunque oficialmente francesa, por su matrimonio con el diplomático europeo y por su fidelidad a la patria adoptiva, procedía de la más rancia aristocracia de la metrópoli y se portaba como mexicana cada vez que se trataba de prestar algún servicio a nuestra gente. Cuando le hube planteado nuestro problema con franqueza y sin dejar de advertirle el riesgo de que Villa regresase de pronto a la capital y tuviésemos que sentarlo al banquete, sin vacilar me manifestó:

—Es mexicano mi corazón y me interesa que ustedes salgan airosos; cuenten del todo conmigo.

Alianza tan generosa y eficaz nos decidió; en seguida supimos que se corría la voz entre los círculos más hostiles. Legación yanqui, etc., que era oportuno asistir a nuestra comida. Para el detalle del arreglo del menú, la colocación de los invitados, las invitaciones, etc., me valí, en ausencia de todo personal de protocolo, de un curioso sujeto, ex cónsul del porfirismo, recomendado de una de mis parientes, Luz Rayno Mariscal, de la casta de la dictadura, y que hacía tiempo me perseguía para que lo restableciese en su antigua colocación en el extranjero. Resultaba extravagante en la época aquel hombrecito trigueño vestido siempre de *jacket* y bombín, cuando todos los ministros andábamos de caqui y bota de montar, y llegaba al ridículo por lo ceremonioso de los ademanes en un medio en que no había más que dos gestos: el de la mano tendida en fe de amistad, y el de la mano que se recoge hacia atrás en busca de la pistola. Así es que no pudimos contener la risa cuando anuncié a Eulalio y a Manuel Rivas que improvisaría a Tinoco, el ex cónsul porfirista, jefe de protocolo para los efectos del banquete.

Dar con Tinoco era fácil aunque no tenía sus señas, pues era de esos cesantes heroicos que son capaces de insistir un año en las antesalas. Al cruzar para mi bufete del ministerio distinguí a Tinoco en la sala de espera; le hice una seña y le abordé:

—Mi querido amigo: no puedo hacerlo cónsul, pero va usted a ser jefe del protocolo...

—Señor, es mucho para mí...

—No, no se alarme; lo será usted por unos días, le abonaremos el sueldo de un mes y hará usted méritos para que más tarde, cuando el Gobierno se consolide, le devolvamos su Consulado...

—Señor... me conmueve... a sus órdenes.

Y le expliqué su cometido: entenderse con Sylvain el restaurantero, estudiar el escalafón de los diplomáticos, etc.

—Vaya por lo pronto a ver de mi parte a la señora Ayguesparsse, del Ministro de Francia, y se pone a sus órdenes, obedece sus indicaciones.

Y lo temido ocurrió: Villa se presentó de improviso en México y fue necesario hacerle sitio en la mesa oficial del primero del año, y con Villa presente, era necesario invitar a Zapata. Estaban ya en Palacio los diplomáticos con sus señoras, cuando recordamos una dificultad. Tanto Villa como Zapata, sin duda por el número de asesinatos alevosos que habían cometido, acostumbraban no separarse de sus escoltas ni para comer, y resultaría monstruoso que una veintena o más de soldados con bayoneta calada entrasen a la sala en que se cumplimentaba a las señoras.

—A ver qué hace usted, ya que nos metió en esto —expuso Eulalio.

Y me instalé por los salones de la entrada. Llegó Villa resonando las espuelas, arrogante en un traje militar azul, libre de entorchados ridículos. Le pedí que dejara la escolta a la puerta y accedió. Tinoco, entonces, lo introdujo al comedor, seguido únicamente de Fierro y de otro pistolero, que toda la comida estuvieron en pie, cuidándole la espalda. Pero cuando hice la misma súplica a Zapata, que llegó minutos después, sin responderme casi, el suriano dijo a los soldados:

—Entren por delante, muchachos.

Y los alineó contra la pared de la sala del banquete. Justo es decir que los diplomáticos y sus señoras se portaron valerosos y complacientes; aparentaron no darse por enterados del aparato militar, y pronto los buenos vinos, las conversaciones, pusieron su nota alegre sobre aquellas escenas de opereta trágica. Me tocó estar sentado al lado de Villa. Enfrente de nosotros, la señora de Ayguesparsse procuraba darle conversación. Ha sido muy reproducida una fotografía de ese banquete en que aparezco chupando un espárrago mientras Villa se ensaña en la pierna de un ave, y aun se ha usado tal documento para insinuar que yo fui villista. Lo cierto es que en aquella comida Villa y Zapata ocupaban posición oficial inferior a la mía, puesto que yo era ministro de Estado y ellos apenas generales con mando de tropas. A poca distancia de mi asiento, a la izquierda de Eulalio, comía en silencio Zapata. Contrastando con la sencillez del vestido de Villa, Zapata se había puesto lo que un aficionado a toros llamaría traje de luces. Y, en verdad, tenía algo de picador en su rostro cetrino de color africano, más bien que indígena, y la chaqueta corta, llena de abalorios y de oro.

La comida fue excelente; los vinos franceses de primera, y al final se sirvió champaña, pero se evitaron los brindis. Cuando Eulalio hizo gesto de levantarse después del café, el coñac y el puro, Villa, que había estado correcto, se creyó obligado a decir algo:

—Bueno, señores: Comida acabada, compañía deshecha.

Y se largó, seguido de Fierro[11], *el Pancitas* y socios. Zapata lo siguió con sus carabineros y nosotros pudimos dar a la prensa el boletín que nos interesaba circulase por el mundo. El día primero del año el Cuerpo Diplomático había sido recibido en Palacio por el Gobierno de Eulalio Gutiérrez. ¡Ya podía rabiar Carranza en su islote de Veracruz!

Pero la permanencia de Villa en la capital acarreaba otra vez desprestigio y escándalo. Sus oficiales se presentaban en los restaurantes más concurridos, bebían, comían y firmaban vales en vez de pagar. En un incidente de esta índole perdió la vida uno de los más honestos, más inteligentes y más queridos miembros de la juventud revolucionaria: el coronel y profesor David Berlanga. Por haber querido disciplinar a unos villistas ebrios y porque escribía y hablaba censurando a los que deshonraban con sus actos a la revolución, Villa lo mandó aprehender, lo fusiló esa misma noche y mandó arrojar su cadáver en las afueras.

Ante estas atrocidades de nada servía nuestro empeño de moralización de los servicios, ni la buena administración de Eulalio, que había llevado al Tesoro, que recibió exhausto, cerca de once millones de pesos papel y ciento o doscientos mil pesos en oro acuñado.

Lo que nosotros ahorrábamos en un mes, Villa y su gente lo gastaban en una noche de orgías.

De una de estas encerronas villistas quiero hablar, porque resulta representativa de una situación y porque uno de sus personajes sobrevivió a varios "ismos" y explotó la simpleza de dos o tres generaciones de enamorados ingenuos. Al lado de Villa había un compadre español, labioso y atrayente, don Angel, que en el campo de los negocios, de pronto, con la amistad de Villa, se había hecho magnate. Y empezaba a ser costumbre que todo aquel que ganaba posición de nota en la capital de México, ya como capitalista, ya como político, gobernador o general, tenía que amancebarse, más o menos temporalmente, con una célebre cupletista retirada de las tablas y dedicada a la galantería dispendiosa. La llamaremos la Condesa; era española y bailaba bien; su trato agradable acentuaba sus atractivos de belleza blanca, esbelta y de ojos negros, carnes nerviosas; la fama de su sensualidad ponía turbios los ojos de los adolescentes. Y don Angel quiso lucir su nueva conquista, como quien enseña automóvil nuevo, a sus amigos de confianza, que no eran otros que la plana mayor de Villa. Y se logró que asistiera el general en persona.

—Va a ver, general, de cerca a la Condesa.

Los gustos del general nunca fueron refinados; pero era tanta la fama de la opulenta *demimondén,* que Villa se interesó. Y hubo man-

teles largos y se bebió en cantidad, en tanto que la dueña de casa, vestida de encajes raros, competía con los sargentos en el relato de anécdotas y chistes verdes. Don Angel sonreía ufano, a la vez que llenaba la copa de agua del general, que no bebía. Pero a los postres, de improviso, el general, que no había bebido, volviéndose hacia la reina del corazón de su compadre, dijo:

—Bueno, Condesita: ¿qué tal si tú y yo nos vamos por allá adentro unos instantes?

Y la tomó del brazo y desapareció con ella por las habitaciones interiores. Se miraron todos perplejos. Don Angel se puso muy pálido; los mozos sirvieron más vino, se reanudaron las conversaciones soeces, y a poco se presentó Villa, de la mano de la Condesa, y devolviéndola a su asiento exclamó:

—¡Bah! ¡Yo me figuraba otra cosa...! ¡Con tanto que hablan...! ¡Pero está ya muy usada!

Corrieron lágrimas ofendidas de los ojos de la Condesa, mientras los comensales celebraban con risotadas la ocurrencia del general...

Pasaron los años y volví a oír hablar de la Condesa; un gobernador del Distrito de la época carranclana se había arruinado por ella. Corrió el obregonismo; en ese grupo de políticos hubo otros más que se disputaron a la costosa ex comedianta. Y, por fin, el callismo, que en todos los órdenes representó la hez de lo revolucionario, dio a la ciudad el espectáculo de la encanecida Condesa instalada en uno de los mejores palacios de la colonia callista que llaman de Alí Babá. Allí compartía poder y riquezas con uno de los jefes del Gobierno de Calles. Y cayó, por fin, en desgracia, por la imprudencia de competir en negocios de contrabando con una de las hijas del Máximo, que monopolizaba el comercio de sedas de la capital.

Villa, macho vigoroso, no cayó en las redes que a otros enredaron hasta el cuello; pero, en cambio, su inconstancia despreocupada causaba estragos entre el doncellaje pueblerino, y a la nación le costaba cada aventura el precio de casas y haciendas con que generosamente desagraviaba a las ofendidas. Y hubo casos en que, tropezando con familia de honor escrupuloso, causara la ruina de todos; el padre y los hermanos que buscando hacerse justicia cayeron en la emboscada.

Menos dañoso para la sociedad que el temperante prohibicionista Francisco Villa resultaba el alcohólico Zapata, que con dos o tres ranchos tuvo bastante para sus dos o tres sucesivas "compañeras", que decían sus "intelectuales" en el argot socialista...

Después del célebre banquete nunca volví a ver a Villa ni a Zapata; pero de este último me quedó una visión divertida: la del momento en que me desobedeció la orden de que dejara la escolta a la puerta del

comedor, y pensé: "Tiene miedo". Como que, en efecto, unos años antes, el mismo Zapata había matado después de un banquete al padre de Pascual Orozco, a quien agasajaba como parlamentario y como huésped.

EL PLAN DE GUERRA CONTRA VILLA

En sus facultades constitucionales estaba la de destituir sin explicaciones al que operaba como jefe de las fuerzas del Gobierno; pero muy bien sabía Eulalio que Villa respondería mandándolo aprehender y fusilar. Era menester, por lo mismo, estar preparado para consumar la aprehensión de Villa o batirlo en el instante en que se rebelara. Y para hacerse respetar de esta suerte contaba Eulalio con suficientes elementos. Las fuerzas de Lucio Blanco, escalonadas en el Bajío, se hacían ascender a diez mil. En San Luis estaba Adrián Aguirre Benavides, que mandó avisar contáramos con sus nueve mil soldados. En la capital, dominada por los zapatistas en número aproximado de ocho mil y por más de cinco mil villistas, apenas contábamos nosotros con uno o dos regimientos adictos a José Isabel Robles y no más de quinientos hombres de Eulalio. El plan consistía, por lo mismo, en evacuar la capital para reunirnos con las fuerzas de San Luis y recoger a nuestro paso las del Bajío para presentar un bloque unido al ataque que Villa lanzaría sobre nosotros desde el Norte. Las vías férreas estaban en poder de Villa; pero el estado de Hidalgo, ya sea por la meseta, ya por las Huastecas, nos daría paso libre, dado que contábamos con su gobernador militar, el general Cerecedo, un joven revolucionario independiente y hombre de principios. Para informar a Cerecedo de nuestro plan y asegurar su cooperación me dirigí, con anuencia de Eulalio, a Pachuca. Creyendo que se trataba de ir y volver al día siguiente, y para hacer grata la excursión, me hice acompañar de Adriana. Con un solo chofer y en el coche de la Secretaría y *lunch* de un restaurante, partimos al mediodía. El camino era malo, pero practicable si uno se resignaba a unos cuantos tumbos que ponían a prueba los muelles. A la entrada de Pachuca nos recibió un enviado del gobernador, que con mucho misterio nos condujo a la casa de personas amigas. Y a poco llegó en persona el funcionario, para explicarme: en esos momentos entraba a la plaza una columna de dos mil villistas. Tan pronto como le sospecharan colusión con Eulalio lo darían de baja; sin embargo, estaba con nosotros; pero había que esperar. Los villistas evacuarían pronto porque

los necesitaban en el Norte, y entonces Pachuca sería otra vez nuestra. Además, en la región huasteca conservaba algunas fuerzas suyas que ponía a nuestras órdenes. Por lo pronto, me rogaba que permaneciera encerrado. Ya me avisaría el momento oportuno para que emprendiera el regreso a la capital. Y quedamos presos de hecho, en la alcoba que nos cedió una familia bondadosa compuesta de una señora que atendía un comercio anexo, una maestra de escuela y una cieguecita.

Al principio tomamos a broma la ocurrencia. El trato que nos daban era excelente, y Cerecedo se asomaba a ratos para informarme de la situación general o mandaba obsequios de vinos y alimentos; pero pasaron dos o tres días y el constante encierro y la inquietud ocasionada por las malas noticias empezaron a agriar nuestro diálogo. Paseando por la habitación, encendido el ánimo, explicaba nuestros propósitos: Villa sería eliminado y la República, agradecida, nos confiaría el Gobierno constitucional en elecciones libres y para cumplir una gran obra de reconstrucción. Adriana escuchaba sin compartir mi optimismo y, al fin, opinó:

—Lo que debías hacer es retirarte de la política; no creo que las cosas se desarrollen como dices; debían arreglarse con Villa en vez de pelear con él.

Ella, por su parte, ya no quería andar en más aventuras. Lo que más me ofendió no fue el escepticismo de las opiniones, sino el desdén con que Adriana trataba empeños que yo veía evidentes como la luz y nobles como el deber.

¿Cómo era posible aquella indecisión? ¿Cómo podía nadie aceptar que un Villa dominase la República? Antes la muerte que una situación de bochorno nacional. Y me fui enardeciendo, lastimado profundamente por el despego que sentía en ella, deseoso de convencerla y atormentado de imaginar que podía abandonarme. Era yo en aquella época poco amigo de largas esperas; así es que un día mandé pedir a Cerecedo medios para regresar inmediatamente a la capital. Fue a vernos, y convinimos en que estando patrullada la carretera de autos, la única vía libre era el ferrocarril. Y a medianoche me puso una locomotora con un carro de primera anexo y un capitán y dos soldados de escolta. El capitán resultó ser un excelente muchacho, hermano de un amigo. Y me ayudó hasta el punto de gritar "Viva Villa" en lugar mío, cada vez que al atravesar de la casa a la estación pasamos por delante de alguno de los cuarteles villistas, que toda la noche echaban: "¡Quién vive!".

A las seis de la mañana entramos a México por Peralvillo, sin que nadie nos advirtiera. Partió Adriana para San Angel y yo me fui a despertar a Eulalio, que me recibió con satisfacción.

—Qué bueno —me dijo— que ya está aquí; hoy necesita exhibirse, pues andaba ya la versión de que lo habían matado; según otros, estaba usted escondido.

Le conté la posición de Cerecedo.

—Tiene unos mil hombres repartidos en su estado, y está listo. Nos espera en Pachuca, tan pronto como Villa desaloje.

Durante mi ausencia habían ocurrido sucesos inconcebibles, como el asalto que consumó Villa sobre la casa misma en que habitaba Eulalio, cercándola con sus caballerías, para exigirle *que no renunciase.* Los villistas comprendían que sin el respaldo moral de Eulalio, que aparte su personalidad representaba la voluntad de la Convención, se quedarían sin otro apoyo que su fuerza, desprestigiados y fuera de toda ley. Pero al mismo tiempo no se resolvían a obedecer al Gobierno, sino que querían manejarnos a todos por el terror.

Con valentía sin igual Eulalio había dicho a Villa, que le apuntaba con la pistola, acompañado, como siempre, de sus asesinos:

—No pienso renunciar; lo que quiero es librarme de la influencia de usted.

Y Villa, desarmado por tamaña franqueza, lloró casi, protestando su lealtad y prometiendo enmienda. Salió de la capital dizque para dejarnos gobernar; pero apenas llegó a Aguascalientes hizo fusilar al comandante de la plaza, un excelente militar, porque sospechó estuviera en connivencia con nosotros, que no hacíamos otra cosa que cumplir con un deber: el deber de quitar el mando a un loco furioso. Y ni siquiera franco, sino hipócrita, pues era un estribillo:

—Pancho Villa nada quiere para sí. Pancho Villa lucha por la patria.

Eran suyos hombres, vidas, honras y cosas.

Me presenté en el ministerio; llamé a los periodistas.

—Estuve ausente en el desempeño de una comisión —expliqué— y regreso satisfecho. El Presidente Gutiérrez cuenta con la adhesión de los hombres honrados. Y no hay ni habrá más autoridad que la suya.

Decir esto en un medio pretoriano en que todos hablaban de las órdenes de mi general Villa o de mi general Zapata sonaba a provocación, y lo era, pues estábamos resueltos a no bajar la vista delante de los asesinos.

—Regrese a la una —había dicho Eulalio—, para irnos a almorzar a San Angel Inn. Pasaremos por enfrente de los cuarteles zapatistas de Mixcoac, para que vean que no les tenemos miedo.

Así es que después de echar una mirada tierna a Beatriz, tan lozana y perfumada como siempre, me trasladé a la casa de la Reforma.

Allí subimos al auto presidencial Eulalio, Manuel Rivas y yo, y seguidos de otros dos autos cargados con una docena de oficiales bien armados, nos fuimos, pitando por las calzadas, a toda velocidad, hasta las galerías tranquilas, los quioscos del jardín de *Madame* Roux.

—Cuánto le agradezco que me haya traído al Presidente —exclamó la simpática francesa, más hábil que Talleyrand para el trato de clientela que cambiaba según el Gobierno. Y nos mandó de su champaña especial, la suya.

De vuelta de la comida, me encerró Eulalio en su cuarto y me dijo:

—Ahora ya no saldremos juntos a la calle sino para fugarnos. Ya mandé mi familia a San Luis. Ojalá que con la suya hiciera lo propio. Mañana sale el último tren seguro; si quiere, le apartamos camas.

Acepté y quedó concertado el viaje de mi esposa y mis hijos. Daba la feliz coincidencia de que en San Luis estaba Arnulfo con un puesto de fiscal; así es que al día siguiente se embarcaron con los criados, para el feudo que juzgábamos iba a seguir siendo de Eulalio.

Faltaba prevenir a los ministros que no estaban en el secreto de nuestros planes. De Felícitos Villarreal dudábamos, por sus relaciones con los Madero, que eran villistas; pero, por fortuna, en aquel momento se hallaba ausente de la capital. Y quedaba la incógnita de don Valentín Gama. Era hombre de honor a carta cabal, pero representaba a los zapatistas, y nuestro movimiento desconocía toda autoridad a Zapata lo mismo que a Villa. La noche en que José Isabel Robles, o como le llamábamos en la intimidad, Chabelo, avisó que estaba lista su gente para evacuar con nosotros la plaza, citamos a don Valentín. Y puse en sus manos el manifiesto que, ya impreso, comenzaba a circular, y se fijaba en las esquinas de la metrópoli. Durante mucho tiempo comentamos la sorpresa del bueno de don Valentín, pálido, flaco y vestido de negro; le empezaron a temblar las manos a medida que leía la condenación de los crímenes zapato-villistas. Y de pronto, volviéndose a mí, y como si el asunto estuviese aún en estado de consulta, expresó:

—Estas son cosas de usted, que es un exaltado... No puedo creer que el señor Presidente...

—Permítame usted —terció Eulalio—: observe que el documento tiene ya mi firma... Y —añadió— no le pedimos que nos acompañe en la salida que haremos esta noche a caballo, ni lo hemos prevenido para evitarle esa molestia; pero esperábamos que nos ayudaría, con su protesta, contra las atrocidades que ha estado presenciando.

Seguía temblando el buen sabio y, por fin, alegó que no quería dividir, "no convenía ese lenguaje". No le hicimos más caso; pero según se dirigía a la puerta para retirarse, tomándolo del brazo, rogué:

—Como habíamos previsto que usted no nos acompañaría, tengo aquí ya escrita una renuncia que le ruego nos firme antes de marcharse.

Gustosamente firmó don Valentín el documento que, en seguida, con el manifiesto, di a la prensa. No convenía dejar detrás a un ministro que sirviera de base a una combinación para reconstruir un Gobierno sin nosotros, en la Asamblea que, con apariencias de Convención, sabíamos organizarían villistas y zapatistas, al verse abandonados por la legalidad que no habían sabido respetar.

La deserción de don Valentín nos dejó reducidos, por el momento, a sólo Lucio Blanco, Robles, Eulalio, Alessio y yo. Y en seguida, en la pequeña sala de la casa de Eulalio, se deliberó sobre la hora y el modo de la evacuación, abordándose previamente un punto en que Robles insistía. Era necesario prevenir al comandante de la plaza, el general Almanza, que contaba con dos o tres mil hombres suyos. Blanco y Eulalio lo tenían por villista convencido y no habían querido enterarlo de nuestros propósitos por temor de que arrojara sobre nosotros sus fuerzas, entablándose el combate que deseábamos aplazar para cuando Blanco estuviese entre sus tropas. Pero Robles insistía con Eulalio:

—Llámelo y expóngale la situación; es hombre de principios.

Y llegó Almanza; brevemente le explicó Eulalio lo que hacíamos; se le leyó el manifiesto, escuchó sereno, y cuando, por fin, habló, fue para decir:

—Mi lealtad la debo al Gobierno que entre todos hemos formado, señor Presidente: está a sus órdenes mi espada; en dos horas tendrá montados tres mil hombres.

Nos levantamos todos para dar un abrazo al soldado valiente, que se retiró para tomar sus dispositivos. En la antesala esperaba Carlos Domínguez. Lucio Blanco lo había hecho Inspector de Policía, y contaba con un batallón de infantes recién reclutados en la metrópoli; nos apoyaba con entusiasmo. Al entrar Domínguez a pedir órdenes, Robles, recordando la amistad íntima que lo unía con Martín Luis, su secretario, preguntó:

—¿Qué pasa con Martín? Lo he estado esperando.

—Ya le he mandado aviso de que se presente —afirmó Domínguez.

Más tarde, tomándome aparte Domínguez, informó:

—Me sorprende la actitud de Martín; lo niegan en las dos direcciones que me tiene dadas...

—Esperaremos —opiné—; tal vez aparezca más tarde.

Conocía perfectamente nuestro plan y lo había aprobado. No volvimos a verlo, sin embargo, y sólo muchos años más tarde, al leer su

relato de *El águila y la serpiente,* pude darme cuenta de que le flaqueaba la memoria, pues incurre, como ya dije, en inexactitudes y evita mencionar los motivos de aquel movimiento, que eran claros y se hicieron públicos en toda la ciudad y en la prensa, según los términos del manifiesto que circuló profusamente. Lo que entonces no sabíamos es lo que parece desprenderse de su propio relato, o sea: que él se consideraba obligado con Francisco Villa. Sin embargo, no le debía el puesto que ocupaba, sino a mi recomendación. Y si después creyó oportuno exhibirse ante Villa como leal y aceptarle en seguida comisiones remuneradas, ese cambio de opinión no justifica que en su versión de los sucesos nos presente a todos como atolondrados ni que me ponga a mí en labios de Villa como traidor. Villa no pudo llamar traidor a quien nunca le había servido, a quien nunca había prestado siquiera un servicio. Y no era Villa el tipo suelto de lengua que inculpa sin reflexión.

Me detengo en este incidente porque el falso relato del libro de Guzmán ha servido de base a muchos que me han proclamado, como lo hace sin mala fe Waldo Frank, "asociado de Villa en una época". En ninguna época lo fui. Hubo, sí, un tiempo que admiré a Villa y le elogié su actividad bélica, cuando estaban cruzados de brazos y entregados a la intriga los otros jefes revolucionarios. Pero nunca estuve cerca siquiera de los que más tarde le formaron corte, ni habité en el territorio sujeto a su jurisdicción. Y si Villa me persiguió, lo hizo como a enemigo franco en la misma calidad con que persiguió a Eulalio. Y tan así lo comprendía el mismo Villa, que años más tarde, cuando el Gobierno obregonista concilió los bandos y se rindió Villa, fui uno de sus mejores amigos. Siendo yo otra vez ministro y él general, periódicamente me enviaba mensajes afectuosos en demanda de material escolar, por ejemplo; mensajes a los que siempre respondí con deferencia.

Todo el enredo, pues, que cualquiera advierte en el capítulo respectivo del libro que comento, viene de que don Martín Luis Guzmán conoció nuestro manifiesto, lo aprobó, pero no estuvo listo para unirse con nosotros en la evacuación de la plaza, ni más tarde, cuando anduvimos por el monte, enfrentados a Villa y también a Zapata y a Carranza.

Desde la salita de Eulalio, en el palacio de los Braniff, respondíamos al teléfono, seguíamos el movimiento de los regimientos que empezaban a salir de sus cuarteles. Los jefes entraban y salían confirmando la celeridad, la uniformidad del movimiento.

A las cuatro de la mañana debíamos reunirnos por Peralvillo, para salir en columnas, forzando la vigilancia de los cuarteles zapatistas establecidos en la Villa de Guadalupe. Más allá el camino estaba libre. Pachuca había sido evacuada por las tropas villistas dos días antes, y Cerecedo comenzaba a concentrar su gente.

En todos se advertía la decisión, el entusiasmo de dar un golpe que nos libertara del oprobio de la sociedad con Villa. La actitud de Lucio Blanco, sin embargo, era extraña. Todo lo había aprobado y no nos cabía la menor duda de su repudio de toda sumisión al villismo; pero el tiempo avanzaba y no lo veíamos activo. Cuidadosamente vestido en traje militar, bien afeitado y con las botas flamantes, hablaba con Eulalio de sus aventuras amorosas.

—No me quedaré con ustedes porque tengo una cita... Ni te imaginas, hermano —dirigiéndose a Eulalio—. No; de esas pulgas no brincan en tu petate... Piel de Suecia, hermano, cosa fina, ¡ja, ja, ja...! Pero nos veremos en Peralvillo a la hora en punto. Sí; a las cuatro de la mañana.

Yo tenía todo listo; incluso mi pequeña maleta estaba ya en la casa de Eulalio; pero abajo, en un auto, esperaba Adriana. Bajé a comunicarle los últimos sucesos, y luego, para que acabara de pasar la noche, la llevé a un hotel de las cercanías. Estaba convenido de que al día siguiente tomaría ella el tren de pasajeros con rumbo a Texas. La despedida fue tierna y angustiada, como de quienes no están seguros de volverse a juntar.

A mi regreso a la casa Braniff encontré ya dispuesto, expedito siempre, al gran Manuel Rivas. Eulalio descansaba; lo dejamos dormir media hora más, y mientras, paseamos por uno de los salones, dichosos del éxito que alcanzaba nuestro plan. Todo el día lo habíamos pasado juntos, y a la hora de almorzar en el restaurante de Chapultepec, Rivas había dicho:

—Oiga, compañero: nadie sabe lo que pueda ocurrir ni cuándo volveremos a la civilización, ni si nos matan esta misma noche; lo invito, pues, a beber, la *mejor botella de vino* que tenga en la bodega.

Y acudió el *maître* y hubo discusión y elegimos, al fin, un borgoña que costó más de cien pesos... papel moneda...

Era hermoso el cuadro que a la luz de las farolas eléctricas presentaban nuestras tropas en una plaza de barrio del rumbo de Peralvillo. Si la ciudad las había sentido desfilar, nadie había asomado las narices. Todo el caserío en torno reposaba mientras circulaban los regimientos, tomaban sus puestos los infantes y caracoleaban los caballos de jefes y oficiales. Llegamos Rivas y yo en un auto con Eulalio y su jefe de Estado Mayor, un coronel Martínez, magnífico sujeto... Y nos causó regocijo contemplar a Lucio Blanco a caballo, fiel a su palabra, rodeado de ayudantes, gallardo y pomposo. Quizás allí comenzaba la regeneración del movimiento revolucionario. "¡Viva la Convención!", gritaban las tropas, según pasaba el auto de Eulalio. Y después de revisar unos cuantos Cuerpos, tomamos por la calzada.

Nadie conocía el camino y tuve que hacer de guía, por haberlo hecho yo unos días antes. Nos desviamos ligeramente a medio trayecto, pero al fin, pasada el alba, entramos sin novedad a Pachuca. Detrás venían cuatro mil hombres, todos montados, a excepción del batallón de Carlos Domínguez.

Al cruzar por las calles de la capital habíamos visto la sábana impresa de nuestro manifiesto, acabada de pegar en las esquinas por la policía. El texto del documento ha sido falseado, echado en olvido por los secuaces de los bandos vencedores que se sienten por él lastimados. Desde que lo dio el telégrafo de la capital, los carrancistas de Veracruz lo mutilaron para darlo a la prensa del mundo. Integro publico ahora el documento, porque complementa el relato y para que el lector se convenza de que siempre ha habido quien marque el camino recto. Y la nación se desvía no por ceguera, sino por reblandecimiento, por falta de disciplina colectiva, que es la base del heroísmo que salva.

EL DESASTRE

(Fragmento, 1938)

ENTRA MINERVA EN LA UNIVERSIDAD

CARLITOS PELLICER[12] llegó una tarde a mi despacho.

—Vi en una vitrina de la joyería La Esmeralda —me dijo— una estatuilla de Minerva, en mármol, que es un primor; debería usted comprarla; lo malo es que la cabeza la tiene rota y pegada con pasta.

—Tanto mejor —objeté—; la darán más barata. Vaya y trátela como para usted, porque si saben que la compra el Gobierno le subirán el precio. Así que usted la haya tratado, el tesorero de la Universidad irá a pagarla y a recogerla.

—Pero es necesario recibirla con una fiesta —replicó Carlitos—; no va a entrar así no más, como cualquier *bibelot*.

—Tiene razón, Carlitos: pero va usted a ver, en lugar de fiesta, lo que hacemos; levantaré una gran estatua de Minerva en el tope del edificio que estamos construyendo para el Ministerio.

Al día siguiente la estatua pequeña comenzó a decorar mi mesa de trabajo. Por la tarde me dirigí a la escuela de Bellas Artes, en donde Nacho Asúnsolo[13] y otros escultores recién llegados al país después de pasar uno o dos años en Europa trabajaban en talleres que les habíamos improvisado, a efecto de que paralelamente al movimiento pictórico, que ya tomaba fuerza, hubiese también actividad en la escultura mexicana. Y también, como en el caso de la pintura, procurábamos alejar al artista del trabajo burgués de los bustos de personajes del día, encomendándoles obra en grande.

—Miren las fachadas de las viejas iglesias —decíamos—; allí está la prueba de que el mexicano puede hacer escultura monumental.

Y le encomendé a Asúnsolo el grupo que hoy está en el remate de la fachada del Ministerio de Educación. Una Minerva cuyas proporciones pusieron en aprietos al ingeniero, que tuvo que reforzar sus cimientos, y de un lado un Apolo, del otro Dionisos, que debían representar, según el sentido nietzscheano, que después he adoptado en mi

Estética: el arte apolíneo y el arte dionisíaco. En el centro, Minerva, la Sabiduría antigua, significaba para nosotros la aspiración hacia el Espíritu, el anhelo que más tarde vino a colmar el cristianismo. Es claro que poner detrás y más alta una cruz hubiera sido lo indicado y lo obvio; pero la jacobinería hubiese echado abajo el edificio antes de que quedase terminado. En los extremos o esquinas de la fachada debieron ir estatuas de la aviación que no se concluyeron, como no se concluyó el edificio por causa de mi separación de la tarea. En el antepatio debió ir una escalera monumental, y en las esquinas del primer patio, cuatro estatuas dedicadas a cada una de las razas que han contribuido a la formación del Nuevo Mundo o deben contribuir a ella: la blanca, la india, la negra y la amarilla, reunidas todas en un ideal de síntesis que comencé a titular: de la raza cósmica o raza definitiva total.

Terminó Asúnsolo el grupo de Minerva y llegó a moldear en yeso una de las estatuas colosales que debían representar a las razas. Exhibimos el molde en uno de los ángulos del patio para estudiar las proporciones, y esto nos perdió. Ciertas maestras se alarmaron del desnudo completo ideado por Asúnsolo, y empezaron a llegarme las quejas: ¿Iba yo a permitir semejante inmoralidad en un edificio visitado por niños, por niñas? Vacilé y pospuse la resolución; mientas tanto, mandé suspender el vaciado. Entonces me apostrofó Nacho Asúnsolo:

—Parece mentira que usted se deje influenciar por viejas solteronas; ¿qué tiene de particular una exhibición de este género si en Europa...?, etc.

Lo dejé perorar; pero, al fin, le expresé mi propia alarma:

—Figúrese, Nacho: van a ser cuatro las estatuas, todas desnudas; hasta ahora sólo hemos exhibido al blanco; vendrán después el indio, y el amarillo; pero ¿qué vamos a hacer cuando instale al negro...? Le van a llamar a todo eso el patio de los falos...

Asúnsolo se fue desconcertado y en vez de las estatuas el escultor Mercado hizo los bajos relieves que hoy se miran, dedicados a la cultura de los cuatro continentes.

LAS BIBLIOTECAS

Trazarse un programa sencillo pero coherente y completo, y en seguida desarrollarlo según van dando ocasión las circunstancias y provocando estas circunstancias cuando ellas mismas no se ofrecen, tal es el secreto

de una labor que llega a ser grande. En cambio, si se procede sin plan director, el esfuerzo, por sincero y tenaz que sea, se perderá en el detalle, se dispersará en la confusión. La obra de la Secretaría, según ya se apuntó, debía ser triple en lo fundamental, quíntuple en el momento. Las tres direcciones esenciales eran: Escuelas, Bibliotecas y Dirección de las Bellas Artes. Las dos actividades auxiliares: incorporación del indio a la cultura hispánica y desanalfabetización de las masas. En el país había, hay todavía, una escasez de libros comparable sólo a la escasez de escuelas. En cualquier burgo americano de quince mil habitantes existe la Carnegie o la biblioteca municipal con quince o veinte mil volúmenes bien escogidos. Cuando nosotros empezamos a crear no había, ni en la capital, una sola biblioteca moderna bien servida. La Nacional, instalada en edificio bello, pero impropio, ha sido y sigue siendo almacén de libros más bien que casa de información y de lectura. Y para construir la verdadera gran biblioteca que al país hace falta, me daba plazos, porque era menester comenzar por construir un edificio de varios millones de pesos, el mejor edificio del país, algo que rivalice con la Catedral y el Palacio. Además, de director de la biblioteca estaba un personaje incapaz de entender el problema. Pedí al Presidente que lo quitara de allí, pues era de sus íntimos, y, en efecto, le ofreció una Legación. Pero el buen señor, ya hombre de edad, contestó:

—Ya veo que me quiere usted mejorar, señor Presidente; pero, se lo ruego: no me quite de donde estoy; me hallo muy a gusto en este puesto oscuro.

Y fue necesario esperar. Yo no tenía prisa de apoderarme de aquel edificio inservible para el objeto de instalar una buena biblioteca moderna. Debíamos hacer nuestros edificios. Aparte de eso, la riqueza positiva de nuestra Biblioteca Nacional está en sus trescientos mil volúmenes escogidos, herencia de conventos y de coleccionistas coloniales. Esta parte del tesoro se hallaba segura porque la honradez del remiso director era intachable. Pero en libros modernos, la biblioteca es pobrísima. Hacían falta, pues, edificios y libros. Para llegar a obtener ambos era necesario despertar el interés del pueblo por la lectura. ¿Y por dónde ha de comenzar el que quiere hacer leer? ¿Hay en el mundo persona ilustrada que niegue que el comienzo de toda lectura culta está en los autores clásicos de la Humanidad?

En broma dije a Obregón un día:

—Lo que este país necesita es ponerse a leer *La Ilíada.* Voy a repartir cien mil Homeros en las escuelas nacionales y en las bibliotecas que vamos a instalar...

Pero, ¿de dónde iba a sacar cien mil ejemplares de *La Ilíada,* otros tantos de la *Odisea,* y así sucesivamente, las toneladas de los cien mejo-

res libros existentes? Hacer el pedido a las editoriales españolas, únicas que hubieran podido servirlo, demandaba tiempo y daba lugar a que alguien ganara comisiones que aumentarían considerablemente los precios. En consecuencia, lo obvio, lo comercial y lo patriótico era aprovechar las prensas del Gobierno dedicadas a imprimir informes que nadie lee, o libros de funcionarios, para la edición de los clásicos. El presidente Obregón las puso a mi disposición.

Pero las imprentas del Gobierno habían sido consolidadas por el carrancismo en una gran central denominada Talleres Gráficos de la Nación, en la que todo era burocracia y política obrerista. Además, la planta misma, costosa y heterogénea, era deplorable. Y resultaba ridículo que una Secretaría como la de Educación no tuviese imprenta propia. Me di, pues, el gusto de romper otra reglamentación carrancista y comencé a construir talleres en uno de los patios de la vieja casa en que se hallaba entonces la Universidad, en Santa Teresa. Al mismo tiempo, hicimos venir de los Estados Unidos prensas y maquinaria de cosido, encuadernación. Y con sorpresa aparecieron por toda la República los primeros ejemplares, en pasta verde, de Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, Dante, Goethe, etc.; no llegué, ni con mucho, a los cien clásicos, sino apenas a diecisiete ediciones de más de veinticinco mil volúmenes la mayor parte de ellas. Y de los libreros españoles sólo obtuve cien mil *Quijotes* en edición económica para todas las escuelas y veinte mil diccionarios de la lengua. Y se construyeron edificios especiales para bibliotecas en algunos casos, y en otros se adaptaron viejas casas. Y cada escuela tuvo, por lo menos, un cuarto anexo, dedicado al servicio de biblioteca popular para uso de adultos y alumnos, para los vecinos todos. Evito dar al presente relato el carácter de informe; el que quiera enterarse en detalle puede hacerlo en los archivos y publicaciones de la época, en los boletines de la Universidad, del Ministerio y de mi libro titulado *De Robinsón a Odiseo,* donde explico los rasgos fundamentales de aquella obra, ya que no quiero repetirme con exceso.

Lo que aquí viene al caso recordar es el escándalo perverso que se produjo cuando empezaron a circular los clásicos. Periodiqueros malévolos, intelectualillos despechados y la porción idiota del público divulgó la inepcia de que era disparatado editar clásicos para un pueblo que no sabía leer. Junto con los clásicos editamos y obsequiamos dos millones de libros de lectura primaria, cientos de miles de textos de geografía y de historia; pero esto lo callaban maliciosamente los detractores y se insistía, se ha seguido insistiendo durante años, en que fue ridículo editar clásicos. No se reflexiona en que no se puede enseñar a leer sin dar qué leer. Y nadie ha explicado por qué se ha de privar al pueblo de

México, a título de que es pueblo humilde, de los tesoros del saber humano que están al alcance de los más humildes en las naciones civilizadas. Mis detractores no han querido enterarse de que la más humilde biblioteca de Norteamérica cuenta con su colección de clásicos. Ni toman en cuenta que donde no hay, precisa crear. En realidad, la oposición a la medida es cosa tan imbécil que si la cuento es para que se vea la calidad de los enemigos que tuvo mi obra. No logré convencer a los que me censuraban desde el campo izquierdista, diciéndoles que, en Rusia, Lunacharsky había hecho otro tanto, por inspiración de Máximo Gorki, el maestro proletario, ni a los aristócratas recordándoles que sus mismos hijos no disponían de textos para enterarse de ciertos clásicos que en el mercado sólo corrían en lengua extranjera. Cerrados se mantuvieron aun al argumento decisivo, o sea, la necesidad de conocer en nuestro idioma, y no en idiomas ajenos, las ideas esenciales de todos los tiempos.

Entre los cargos más serios que con relación a bibliotecas se me han formulado, es que "dejé salir del país una colección célebre formada por un erudito que fue largos años director del Museo Nacional". El caso vale la pena de ser referido. Se me ofreció, en efecto, en venta la colección a un precio elevado que el Gobierno no podía cubrir: cien mil pesos más o menos. Sin embargo, respondí que tomaría en cuenta la propuesta, y pedí el catálogo. Según era de mi deber, el catálogo lo pasé a las autoridades del Museo Nacional, por si en tantos años y por algún descuido alguno de los libros del Museo había pasado a la colección privada del director difunto. Antes de que las investigaciones concluyeran, supimos que la biblioteca entera había sido entregada ya en Austin, a la Universidad de Texas, que pagó por ella más de doscientos mil dólares. Los libros, claro está, no debieron salir del país; pero *salieron secretamente,* y con la complicidad de aduaneros que no estaban bajo mi jurisdicción. Tampoco lo estaba la policía, y no llegamos a tener datos para una denuncia formal. Lo que en el fondo haya habido es materia que sólo un juez de instrucción podría dilucidar plenamente. Lo que yo condeno es una opinión mal intencionada y cómplice, que me ha estado acusando a mí de negligencia por no pagar a ciegas volúmenes que supuse podrían ser de la nación, y debían ser rescatados, no pagados. En cambio, nadie ha tenido una palabra de reproche para los que consumaron una operación notoriamente sospechosa. Esta inconsciente complicidad de la opinión en favor de lo turbio y en contra del funcionario que no acepta componendas es lo que señalo como pústula del tiempo. Pues mientras no aparezca una generación despejada, el caso que menciono se seguirá repitiendo. En el extranjero nos

conocen y obran en consecuencia. Mis andanzas me han enseñado que están en venta la mayor parte de las bibliotecas privadas de México. Y cuando pregunté a un perito de compras de importante universidad si la biblioteca de Fulano y de Mengano, distinguidos bibliófilos particulares, era valiosa, guiñando el ojo me contestó:

—No han sido funcionarios; la biblioteca que por ahora nos interesa y nos ha sido ofrecida ya es la de otro caballero que también por muchos años ha sido bibliotecario oficial...

Por otra parte, pregunto a mis censores: ¿De dónde hubiera tomado cien mil dólares para hacer una propuesta equitativa? ¿Qué Gobierno ha pagado suma semejante por libros? Yo gasté más, es cierto, y no en clásicos, sino en libros de lectura primaria; pero esta necesidad era más urgente y agotaba nuestras escasas partidas. Después de mí se ha gastado menos en libros; antes no se gastaba. Ochocientos mil pesos gastó la Secretaría de Guerra bajo Calles en un avión que se llamaba *Ejército Nacional* y que sirvió a un atolondrado para matarse. Y esto nadie lo censura. Pero que se hable de pagar cien mil por una colección de libros, y toda la opinión olfatea una estafa. Lamentable es, sin duda alguna, que salgan de México tesoros de sabiduría y arte; pero esto ocurre siempre en los pueblos que con el poder de producirlos pierden también la energía y los recursos necesarios para conservarlos. Y en vez de echar la culpa a quien más ha hecho por la cultura nacional, debería toda esa opinión cretina reflexionar en la causa por la cual nos vemos desposeídos lentamente de toda nuestra herencia civilizada. Supongamos, en efecto, que la propuesta de la colección aludida me hubiese parecido limpia y que hubiese yo logrado arrebatar a la voracidad de la Secretaría de Guerra cien mil dólares para pagarla. ¿Qué hubiese yo podido hacer con ella, si no es guardarla en cajones? Pues en Austin la instalación de libros se ha hecho en porción distinguida de un edificio que cuesta cinco millones de dólares, y no es sino una biblioteca universitaria. ¿Alguno de mis detractores se ha preocupado por la construcción de nuestra Biblioteca Nacional, antecedente necesario a la conservación de nuestra bibliografía? Nos dolemos todos de que el tesoro artístico de nuestro país vaya a parar al extranjero; pero ¿acaso se dice siquiera cuál es la causa? Si las iglesias no fuesen saqueadas periódicamente, la mayor parte de nuestros tesoros nacionales se habrían salvado. Si el país entero no juzgase intocables las Leyes de Reforma, tampoco viviríamos como parias de la cultura. Pues donde no hay fundaciones con derecho a poseer bienes de todo género, no puede haber colecciones privadas, ni museos, ni obra alguna permanente. En consecuencia, nada tenemos porque todo está a merced del atropello guber-

namental, disimulado con la legalidad de las confiscaciones. En los gobiernos ignaros y militaroides que con tanta paciencia sufrimos, está la causa primordial de todos nuestros males. Esto no lo dicen los que escriben porque les es más fácil distraer sus remordimientos calumniando a uno que está desterrado porque supo enfrentarse al mal. En todo caso, hay razón para que el hombre honrado se descorazone en nuestro medio. Y todo esto lo grito porque el silencio es otra forma de complicidad y porque en el examen de conciencia de esta autobiografía es menester estudiar las acusaciones justas y también las infames.

Pese a los tropiezos que oponía el ambiente, hubo en el México de aquellos días colecciones de clásicos y bibliotecas circulantes cargadas a lomo de mula por aldeas y villorrios. Colecciones que acompañaban al maestro rural y al misionero de la cultura, los emisarios de nuestro Ministerio que empezaron a enderezar la subconciencia de la nación.

No pude ni comenzar el edificio de nuestra Biblioteca Nacional. El plan grandioso que para esta obra tenía, lo detallo en mi libro ya citado *De Robinsón a Odiseo*. Pero logré, por lo menos, y mientras estuve en la Secretaría, defender el terreno que para una obra parecida había apartado la previsión de don Justo Sierra, el más ilustre de nuestros antecesores. En general, una de mis preocupaciones era recoger los hilos de lo que había dejado sin concluir Justo Sierra. Contrariaba así deliberadamente la táctica de todos los inútiles y los necios, que es deshacer, contradecir cuanto han hecho los predecesores. Pero yo recordaba el secreto de las grandes catedrales de Francia: debajo está el adoratorio druida; encima, la construcción romana, cubriendo apenas los sótanos; encima, la obra románica, y por último, todavía en la fachada, la torre suele ser del XV. ¡Tal es el método de la obra social en grande, tarea de las generaciones! De suerte que dondequiera que yo encontraba un cimiento antiguo, sobre él procuraba levantar un arco, una columna, un techado; después, para lo nuevo, siempre hay ocasión. Y don Justo nos había legado, había legado a la nación, salvándola de las corrupciones del porfirismo, un hermoso lote citadino, el más valioso de la capital, situado frente a la Alameda. Por decreto había sido destinado dicho solar para una futura Biblioteca Pública de la Nación. Si los libros de nuestra gran Biblioteca, en un tiempo la mejor de América, nos lo había dado la Colonia, ¿no era obligación de decoro que la República construyese, por lo menos, un albergue para tan excelso tesoro?

Confiando en el decreto nunca derogado, cada vez que pasaba por la avenida Juárez y veía el hermoso terreno descubierto, pensaba:

"Luego que concluya el palacio del Ministerio empezaremos la obra en grande que aquí hace falta".

No contaba con el Malhora. Próxima a finalizar mi gestión, y en vísperas de las disidencias y circunstancias que me obligaron a dimitir, leí una mañana en el diario la noticia de que el Gobierno sacaba a remate la valiosa propiedad. Según conté en páginas anteriores, De la Huerta ya había aceptado que era viciosa la práctica de vender los inmuebles de la nación cuando hacían falta tantos edificios para los servicios públicos más urgentes. Pero De la Huerta acababa de salir del Gobierno en condiciones de ruptura, y mi propia situación se había hecho tirante. Así es que al dirigirme a Palacio para hablar con Obregón sobre el terreno de la biblioteca metí en mi cartera dos documentos apresuradamente redactados: Mi dimisión y un acuerdo presidencial que dejaba sin efecto la convocatoria para el remate anunciado. Expuse a Obregón brevemente el caso y me desarmó en seguida, me obligó a restituirle la confianza que empezaba a fallarme, porque veía sus maniobras para la imposición impopular de Calles. Contestó lisamente en la ocasión el Presidente:

—Licenciado: cuando se comete un error, lo único que queda es corregirlo; no conocía las circunstancias que usted me expresa; el asunto se me presentó como un caso indiferente; prepáreme un acuerdo para que ese inmueble vuelva a quedar afectado a Educación.

Metí entonces la mano a la cartera y le dije:

—En previsión de que usted haría justicia, traigo aquí redactado ya el acuerdo.

Firmólo Obregón con su mano izquierda, que en este instante consumaba un acto ilustre, así fuese negativo.

Pasó el tiempo; llegó el callismo, cambió el personal de Educación, pero el Malhora se hizo más poderoso. Finalmente, triunfó; un hotel particular de su propiedad, o de socios suyos, usurpa a la fecha el espacio en que Justo Sierra y yo soñamos que se alzarían cúpulas bizantinas, en el estilo de nuestras mejores iglesias, para albergar los tesoros de las imprentas del mundo.

Así fallan, así han estado fallando, ¡oh patria!, los esfuerzos y los ensueños de tus hijos mejores, aplastados por la política que otorga el mando a los imbéciles y a los malvados.

LA EDUCACION SE FEDERALIZA

Se cumplieron, por fin, los trámites y entró a discusión la iniciativa de ley mandada por nosotros a la Cámara a efecto de crear un Ministerio

Federal de Educación Pública. Era tal el convencimiento que en todo el país habíamos creado mediante discursos, declaraciones y anticipos de nuestra labor futura en forma de bibliotecas, escuelas y orfeones, maestros de deportes, maestros honorarios y misioneros, que ya ni los pocos diputados que aún suspiraban por la era carrancista osaron oponerse a la aprobación de la ley. Sin embargo, apenas iniciada la discusión, presentóse un peligro que no había previsto y que me llenó de irritación. No menos de diez diputados pretendieron lucirse adelantando iniciativas propias acerca de la forma en que debía organizarse la nueva Secretaría. Quién la quería dedicada nada más a la enseñanza rural; quién más pretendía que todo el esfuerzo se dedicase a los indios, mientras otros codiciaban el honor de forjar el nuevo organismo creándole departamentos y secciones a su fantasía. Inmediatamente comencé a fulminar por la prensa y en privado a los entrometidos. Desafiando sus vanidades insistí en que lo único procedente era aprobar los planes según los cuales estaba funcionando ya *de hecho* un organismo que necesitaba el espaldarazo de la legalidad para perpetuarse, pero no para ser. A las comisiones de la Cámara les hice ver los trastornos enormes que cualquier alteración al texto de mi ley acarrearía, porque estaban ya en operación todos los departamentos y según sus necesidades se habían formulado los presupuestos provisionales; presupuestos que la Cámara no estaría en condiciones de reformar sino varios meses después. Y me valí de la amenaza y de la intriga, de la oferta y del ruego, para lograr que las presunciones de los disidentes quedasen aplastadas. En público hice saber que presentaría mi dimisión si no se aprobaba mi ley, porque, añadí, no soy de los que trabajan con ideas ajenas, ni voy a hacer lo que en otros departamentos está haciendo el Gobierno, o sea someterse a la ideología carrancista que formuló la ilegal Constitución del diecisiete; Constitución aprobada por un grupo de incondicionales de Carranza sin consultar con la inteligencia del país ni con el pueblo. No aceptaría el Ministerio que se iba a crear, si eran otros los que me daban la pauta del trabajo respectivo; que vinieran a desarrollar sus ideas al Ministerio los mismos que las hiciesen triunfar en la Cámara; pero yo no me sometería. Al mismo tiempo, de ciudades y aldeas empezaron a llover mensajes, provocados por la simpatía que la labor en progreso despertaba de un extremo al otro del territorio. Pedían todos a la Cámara que se aprobase la ley tal como iba redactada de la Universidad. La ley era comprensiva y eficaz, y cualquier cambio perjudicaría el trabajo ya iniciado, determinaría trastornos graves. "El que se oponga a esta ley no será reelegido", repetíamos en los corrillos de la representación nacional. Y el compatriota que ha vivido los años

que siguieron, años de servilismo, en que la Cámara ha estado pendiente a la voz del Ejecutivo para adelantarse a obsequiar su mando, se preguntará: "¿Por qué no obtuviste un *ucase* presidencial, según la costumbre?". Y, créanme o no los contemporáneos, respondo: Ni siquiera se me ocurrió hacerlo; primero, porque me pareció contrario a mi dignidad, pues creo que un ministro que no tiene autoridad moral para lograr mayorías en la Cámara debe retirarse del Gabinete. En segundo lugar, porque, y esto es lo extraordinario, aquella Cámara no hubiera obedecido consignas presidenciales. Y el presidente Obregón por entonces aún no las daba. Fue necesario hacer, por lo mismo, obra de persuasión individual. El mejor sistema para ganarnos votos consistió en llevar a los diputados a ver lo que estábamos haciendo. En los barrios mismos de la ciudad sobraban ejemplos impresionantes.

En la colonia de la Bolsa, en la época la más abandonada y miserable, teníamos funcionando una escuela que era un ensayo para redimir al hampa misma, la parte más pobre y deshonesta de una gran ciudad. Alquilando una casa en ruinas y un gran solar anexo, habíamos comenzado por ganarnos la colaboración de los vecinos, que se organizaron en brigadas para el barrido de las calles, la limpieza de las atarjeas. Ni siquiera consultamos al Ayuntamiento de la capital, eternamente dedicado a la política y patrimonio de gentes que al año de estar de concejales exhibían automóviles y propiedades, pero que nunca visitaban siquiera las barriadas plebeyas. Sin recursos tampoco para emprender obras de saneamiento en forma, logramos que los padres de familia y los alumnos dedicaran el sábado por la tarde a recoger las inmundicias y a quemar las basuras. En la escuela pusimos baños y peluquería. Y la primera campaña no fue de alfabeto, sino de extirpación de piojos, curación de la sarna, lavado de la ropa de los pequeños. En seguida, como era el hambre la causa de sus retrasos mentales y de sus males físicos, aprovechando una modesta asignación dimos gratuitamente el desayuno a todos los alumnos. Mucha resistencia encontró al principio esta medida, que se consideraba inaudita y antieconómica: regalar un poco de leche y pan a las criaturas desamparadas. Sin embargo, se estaba haciendo cosa parecida, y en grande, en la Argentina y se sigue haciendo. A los pocos meses de creada esta escuela era impresionante contemplar los resultados. Tan notorios fueron, que los políticos empezaron a querer aprovecharla, antes que nadie los agentes de la CROM, que ya asomaban la oreja de sus ambiciones perversas. En diferentes ocasiones retiramos de allí a propagandistas que pretendían enrolar para las filas de los partidos oficiales disfrazados de obreristas a la gente que nosotros educábamos. Mientras estuve en la jefatura de

Educación, no avanzaron un paso estas intrigas; la gente nos seguía sin coacción porque le dábamos pan del cuerpo y del alma, y levantaba los hombros ante los que iban a ofrecerles el paraíso en la tierra, pero a cambio de vender su voluntad a los líderes. Nunca les pedimos nosotros ni un voto para algún recomendado, algún amigo. El bien ha de hacerlo el Estado por deber cristiano y no por camaradería de partido; menos por interés de quien traiciona su propia conciencia si pretende aprovechar para sí un servicio que no paga con su dinero, sino con dinero del Estado, que es dinero de todos. Aquellas gentes debían a los contribuyentes, en todo caso, la gratitud, y también un poco a nosotros, los maestros y funcionarios, que, por sueldo corto y públicamente cobrado, dedicábamos a la obra nuestros desvelos. Y la canalla de los políticos que se introducían entre los ignorantes para sacar provecho de engaños viles no hubiera merecido nunca otra cosa que el desdén de la gente si no fuese porque el Gobierno se transformó en dictadura, degeneró tristemente y llegó exigiendo adhesiones para la imposición electoral a la vez que recortaba los dineros dedicados a desayunos escolares y anulaba la obra que iniciamos, con lo que nos echaba a nosotros a la oposición rencorosa, que es propia del que mira traicionada la ocasión de redimir a un pueblo. Pero estábamos en los comienzos de nuestra tarea y antes de que los ambiciosos se diesen cuenta de lo que iba a significar.

En la Legislatura que aprobó la Ley de Educación dominaban los hombres de bien. Entre los diputados había muchos maestros de escuela que por espíritu de clase nos ayudaron contra los políticos. Prueba de la calidad de aquellos primeros congresos del obregonismo, elegidos con relativa abstención del Ejecutivo, es el número de diputados que fue necesario asesinar, plagiar, torturar y comprar cuando se llegó, más tarde, a la brutal empresa de consumar la imposición presidencial de Calles. Contribuía, pues, al ímpetu de nuestra labor la convicción de que se podía lograr algo en el Congreso nacional por medio del convencimiento y las excitaciones del patriotismo. En regímenes como los que habían existido antes y como los que vinieron después habría sido totalmente imposible lograr algo parecido. A los pistoleros que más tarde se erigieron en diputados no se les habla, no se les persuade; se les dan órdenes. Y como sólo puede dar esas órdenes el tirano, ningún ministro que se respete aceptaría prostituir su empresa apoyándola en el mandato de un déspota ignaro.

Roberto Medellín, a quien debíamos la organización del ensayo de la colonia de la Bolsa, llevó algunos diputados a visitar la escuela. Elena Torres, a quien habíamos encargado del servicio de desayunos, que pronto se extendió a otras escuelas, aprovechaba sus relaciones con los

políticos para hacer la propaganda de nuestros establecimientos. Y pronto hubo desfile de diputados por las obras de edificación que en distintos rumbos de la ciudad se llevaban a cabo. Los disidentes se sintieron en minoría, comprendieron que no era el momento de contrariar una empresa que tomaba proporciones de oleaje, y la ley fue votada en conjunto; los presupuestos que a ella presenté anexos, por valor de treinta o treinta y cinco millones, fueron aprobados sin discusión. Y acaso con uno o dos votos en contra, votos de carrancistas que defendían el sistema norteamericano de enseñanza, la ley pasó al Senado. En el Senado, Alfonso Cravioto, el poeta, se encargó de apresurar los trámites. Obraba como poeta, amigo de la cultura, pero también procuraba señalarse como obsecuente al nuevo régimen porque había sido bonillista y carranclán, y pretendía sincerarse. En el fondo seguía de incondicional y se preparaba para la hora de los *yes men*, hombres que dicen que sí al que manda, hora que pronto volvería a sonar. Cravioto obtuvo que la nueva dependencia del Ejecutivo tuviese tercero o cuarto lugar en categoría de protocolo, por encima de Guerra y otras más, y esto con grave resentimiento de no pocos ministros y muchos políticos que, no habiendo podido evitar que la Secretaría se creara, deseaban que ocupara el último lugar en la lista oficial, a pretexto de que era la recién creada. No fue así porque los tiempos eran de simpatía por la cultura.

Por vía de fórmula dije a Obregón, una vez que la ley quedó aprobada:

—Es éste mi último acuerdo como rector, y ahora procede que se sirva usted nombrar Ministro de Educación Pública.

Se rio campechanamente, y tomando su calendario dijo:

—Veamos: ¿qué día quiere que sea la protesta ministerial?

Y se cumplió ésta, con gran sencillez y en el sitio usual del Salón de Embajadores, delante de los empleados y el personal y con todo el público que cupo en la sala, quedando afuera, en los corredores, buena porción de gente contenta.

Las actividades de la nueva Secretaría alcanzaron bien pronto extendida notoriedad en el extranjero; las principales revistas de Norteamérica se ocuparon de ellas y se habló en Washington de la posibilidad de que los Estados Unidos también creasen un Departamento Federal de Educación. No se comprende, en efecto, por qué hay departamento federal de bosques o de caza y pesca y no existe uno para las atenciones de la cultura. Simple atraso administrativo de los anglosajones, que todavía no acaban de sobrepasar el obstáculo que es para ellos el no haber sido plenamente romanizados. El romano tenía el secreto de la

organización y nos dejó a todos los pueblos latinos bien ordenada la cabeza y la voluntad sistematizada. El anglosajón sigue de empírico lo mismo en derecho que en ciencia. Pero lo que a mí me divertía era la lección que se derivaba de que en Washington, lejos de condenarse nuestro sistema francés de ministerios centralizados, se empezaba a reconocer sus ventajas, con bastante desazón para los educadores del carrancismo, que se creyeron muy modernos y avanzados al suprimir el Ministerio que había creado Justo Sierra. Andaban en esos días protestantoides y yanquizados con la cola entre las piernas, aunque no sin sueldo, pues tuve la debilidad de sumarlos también a nuestra tarea, confiándoles posiciones administrativas. Desde ellas se mantenían emboscados, confiando en la tradición que hace medio siglo les favorece y que no tardaría en echarme a mí por donde se arrojó a Alamán, por donde se van todos los que en México pretenden ser mexicanos y no agentes del complejo y poderoso sistema de la dominación extranjera.

EL PERSONAL

Cuando Sarmiento consumó su obra educativa en la Argentina, primero se aprendió de memoria a Horacio Mann; en seguida, por si algo se le olvidaba, acarreó con doscientas o trescientas maestras norteamericanas y las estableció en la pampa. Más tarde, y por la misma época en que yo trabajaba en México, Leguía contrató para el Perú no sé cuántos maestros y un director de educación, de Norteamérica. Pero el caso de México no era el mismo. México tuvo Universidad antes que Boston, y bibliotecas, museos, diarios y teatro antes que Nueva York y Filadelfia. En México basta con rascar un poco el subsuelo para que aparezcan los brotes de la vieja cultura enterrada por la barbarie de los gobiernos. Y a pesar de esta barbarie, nunca han faltado entre nosotros personas enteradas, profesionales que han completado en Europa y Norteamérica su aprendizaje. Así, por ejemplo, la generación de maestros formados en las escuelas normales de Justo Sierra era notable. El carrancismo la hizo a un lado, por incapacidad de entenderla y por espíritu de facción. Estando yo desterrado en Nueva York me enteré del paso de cien maestritas, dizque revolucionarias, enviadas por el carrancismo a Boston, *en viaje de estudio de un mes.* Apenas tuvieron las pobres ocasión de librarse de los efectos del mareo contraído en los barcos sanitarios y mal servidos de la Ward Line. Eran en su mayoría el dese-

cho del ramo, porque habían sido escogidas con criterio revolucionario; es decir: por favoritismo de los mandones. Gozaban de mayor influencia las que carecían de título profesional. Y a esas mismas se encomendaron las direcciones de las escuelas, a pretexto de que habían estado en Boston. Regresaron llenas de presunción, y como no sabían otra cosa hablaban de establecer los métodos de Norteamérica, los sistemas que no habían digerido ni podían digerir puesto que no conocían lo suyo. No tenían pericia en la tradición de su patria. Entre gente así estaban repartidos los puestos de significación. Para la purificación del personal, eché mano de las maestras del viejo régimen y, además, de preferencia, de los talentos jóvenes que nuestro propio trabajo iba desarrollando. Y como ocurre siempre que se escoge de buena fe y en atención a méritos reales y no a consideraciones políticas, empezamos a descubrir verdaderas aptitudes, y en no pocos casos, brillantes, extraordinarios talentos creadores. Naturalmente que para proceder de esta suerte hace falta que los de arriba sean idóneos. Anteriormente, y en el nefasto período carrancista, los más altos jefes de la Educación procedían de escuelas secundarias de la frontera yanqui. Un célebre director de la escuela que fundó Barreda era graduado apenas de *High School* de Norteamérica. Y enseñaba, para aumentarse el sueldo de director, química elemental en los mismos laboratorios en que se habían hecho ilustres Almaraz y tantos técnicos mexicanos. Y cuando a alguno de estos educadores del carrancismo, restablecidos después por el callismo, les apuraba la opinión tachándolos de impreparados, se inventaban vacaciones; partían, bien expensados, a Columbia de Nueva York o a Missouri para regresar a los cuatro meses con un certificado de asistencia a *conferencias de pedagogía o de filosofía,* documento que, debidamente inflado por la prensa adicta, al cabo de unos meses se les convertía en *diploma de doctorado.* Y ya no se apeaban el doctor, aunque nunca habían pasado por las aulas de su patria, y en rigor, tampoco por las del extranjero.

Eliminé con tanta facilidad, y de una sola plumada, a todo el personal espurio de la índole acabada de señalar, que nunca hubiera pensado que pocos años más tarde, no sólo en Educación, sino en todos los ministerios, el personal técnico, secundario pero decisivo, los jefes de departamento, los consultores, serían, como ocurre hoy, gente divorciada de nuestras escuelas, ignorante de nuestra tradición y barnizada apenas con el oropel de media docena de cursos mal comprendidos de alguna Universidad norteamericana. Por entonces, y como para combatir con el sarcasmo tan nefasta simulación, hice una frase: "No me inspiro en Boston para mis reformas —afirmé— sino en Xochimilco.

Contemplad allí a los indios —explicaba—; ved cómo aprovechan el abono y la tierra, en reducido espacio y con el resultado de que producen las mejores lechugas del mundo y las flores más hermosas. ¿Acaso no sería absurdo mandarlos a estudiar horticultura al Maine? Pues así ocurre con el saber en todas sus ramas. Enhorabuena que nuestros técnicos vayan a Europa y Estados Unidos, pero no antes de que las escuelas del país les hayan dado todo lo que ellas puedan dar. Mandar estudiantes sin esta preparación es perderlos para nosotros y hacerlos que se pierdan para sí mismos, porque después no encontrarán acomodo ni entre nosotros ni en el extranjero..." No contaba yo con el pochismo que hoy elimina a los nacionales en beneficio de los *encartados del alma,* que son los que aprenden las primeras letras en el extranjero y luego regresan a la patria a mandar y dirigir antes de aprender y readaptarse.

En consecuencia, decliné cortésmente la insinuación que se me hizo de que importara centenares de profesores norteamericanos que, seguramente, habrían fracasado en nuestro medio, como fracasaron en el Perú. Pero la selección, purificación del personal nativo, no resultaba tan fácil. Agobiado estuve varias semanas por la insistencia de otro tipo de educador que llamaremos, a falta de otro nombre, el "investigador". Procede también de permanencias cortas en Estados Unidos. Se dedica por allá a lo que las universidades llaman *research work;* pero *research* no en la física ni en la química, sino en las ciencias sociales y el servicio social o *social service.* Los de esta filiación constituyen una casta peligrosa que por lo común se apoya en políticos. A menudo son también políticos menores, pero capaces de intrigas y daños. A mi departamento, donde, por el momento, la política no metía baza, se presentaban los *researchers* con piel de oveja, y casi siempre recomendados por don Ezequiel Chávez, el maestro que escuchábamos y atendíamos, consultábamos constantemente, pero descontando las debilidades derivadas de su carácter bondadoso. Cada *researcher* busca sueldo sin horas fijas de trabajo. Reclaman, además de sueldo, viáticos para excursiones de objetivo vago. Y traen su sermón científico-religioso aprendido del *social service:* "Si no queríamos quedar fuera de la técnica moderna debíamos consumar una investigación científica de las condiciones que vive el pueblo bajo en las ciudades y el campesinaje desvalido". "Sin esos datos no es posible formular planes acertados", afirmaba con la tenacidad de lo que es obvio cierto solicitante femenino, hasta que resolví:

—Vaya usted al campo a investigar; tómese los meses que crea necesarios para redactar informes y formular gráficas; cuando usted

esté de regreso ya habremos nosotros transformado las condiciones que va a estudiar y no leeremos sus informes; primero, porque ya estarán retardados; segundo, porque no tendremos tiempo de estudiar, dedicados como estamos a hacer. El estudio ya lo hice —le añadía yo en broma— en años de bibliotecas y no como los carrancistas que usted trataba, que venían a estudiar o a decir que estudiaban en puestos públicos destinados no a aprender, sino a enseñar.

Pero no entendía; regresaba de sus excursiones cargada de legajos y de ideas.

—Por Dios: no me dé ideas; las ideas las fabrico yo o las compro en folletos de a cincuenta centavos; deme actividad creadora. No me diga cómo están los indios; ya sé cómo están: con hambre de cuerpo y alma; no me cuente cómo es la vida de los barrios pobres; no vivo yo encerrado en el Gabinete; visito a los pobres, no me hacen falta sus informes, *reportes,* dicen los técnicos pochos... Lo que el país necesita es gente que ya sepa lo que hay que hacer y se dedique a ello con sinceridad.

Libre de momento de la molestia de los teóricos nacionales, me defendía también de los esfuerzos de penetración de los extranjeros. Una comisión de poderosa institución extranjera me ofreció gratuitamente consejeros técnicos. Les contesté lo mismo:

—Tengo técnicos y mejores que los que ustedes podrían darme, porque conocen el medio, pertenecen a él. Si ustedes quieren ayudarme de buena fe, mándenme material escolar regalado; hacen falta esferas de geografía, compases de dibujo, mapas, bancos escolares. Los maestros, los músicos, los técnicos, todo lo que es el espíritu de la enseñanza, aquí abunda y no lo cambiamos.

Y había, en efecto, personal inmejorable.

Nunca pagaré mi deuda de colaboración a los centenares de maestros de ambos sexos que en todo el país tomaron las labores de la nueva Secretaría como misión de patriotismo y tarea personal fervientemente cumplida. Nombro a pocos porque la memoria me falla y el espacio de que dispongo es limitado; pero lo que diré de algunos es justicia que abarca a grupos enteros. Ni habría podido realizarse labor tan considerable si no hubiese producido el país, de pronto, un verdadero ejército libremente aprestado, de mentes capaces y corazones honrados.

Mi colaborador más constante y más experto, el más inteligente y más leal, fue Roberto Medellín. Lo había conocido de condiscípulo, pero no había vuelto a verlo en muchos años. Lo extraje de la Preparatoria a causa de su fama como profesor de Botánica. Y me sedujo desde

luego su carácter íntegro y su capacidad para distinguirse fuera de los puestos gubernamentales, en su profesión de químico, de la cual vivía más bien que de los sueldos del Estado. Profeso animadversión de la gente que alcanza notoriedad en el servicio público y por obra de la política, pero nunca sabe sostenerse a cierta altura en las actividades privadas luego que les falta el soporte oficial. En general, a los principales funcionarios de educación los tomé así, de la vida privada y no de los cuadros de la burocracia, mucho menos de la política. Pero al mismo tiempo no podía dar los puestos más notorios a personas desligadas de la política; esto puede hacerlo un presidente, no un ministro en regímenes como el nuestro. A Medellín, por lo pronto, lo hice director del Departamento Escolar, en donde sus capacidades ayudaron a crear toda la rama de enseñanza técnica, que fue la más importante contribución del Ministerio a la cultura nacional. Era Medellín mi brazo derecho. Pero nació con el Ministerio el problema del subsecretariado y el oficial mayor, problemas políticos ambos y que era necesario cuidar no estorbasen la acción empezada. Costumbre perniciosa, pero inveterada, ha sido que el subsecretario lo nombre el Presidente, no el ministro. Se considera que de esta suerte se debilita el poder del ministro, se aumenta la intervención, más o menos tiránica, del Presidente sobre las secretarías de Estado. Pero la suerte, que en aquel momento soplaba toda entera en nuestra dirección, hizo que Obregón se fijase en un hombre eminente por sus virtudes. Para subsecretario nombró al profesor don Francisco Figueroa, general de la revolución y el personaje que había salvado a Obregón cuando, huyendo de Carranza, se había refugiado en Guerrero, en donde don Francisco, de vieja cepa maderista, ejercía funciones de gobernador y comandante militar, o algo por el estilo. A don Francisco lo conocí personalmente en una comida que ofrecía en Cuernavaca el gobernador Parres durante una segunda visita que al estado hice a propósito de la organización del sistema escolar. A la hora de los postres habló don Francisco en forma tan sobria, elocuente y digna, que me ganó en seguida la voluntad. Y cuando días después me notificó Obregón su deseo de nombrarlo subsecretario, desde luego expresé una aprobación efusiva. Era un hombre honrado con quien seguramente me entendería, le dije. Y don Francisco, pasados los cincuenta años, alto, un poco enjuto y de ojos claros y dulces, con gran cortesía natural se puso a colaborar con un ministro joven que disfrutaba fama de atrabiliario. Y mostró desde el comienzo tan sincero deseo de servir al país con toda su experiencia y sus luces, que en seguida nos ganó el afecto más firme. Y sucedió que de ese banquete de Cuernavaca salió también el oficial mayor, que no fue otro que aquel zapatista exaltado que al

principio nos miraba con desconfianza en la primera visita a Cuernavaca: el ingeniero Peralta, hombre un poco rudo, pero ejecutivo y honrado. Su experiencia en materias de ejidos y agricultura me pareció un tesoro para la difusión que hacíamos de escuelas en el campo; a todas las dotábamos de una huerta y un taller, aparte de la biblioteca obligatoria. Preparé el terreno en aquella comida hablando a Peralta de la ocasión de desarrollar sus energías desde un departamento federal, y con franqueza me expresó su entusiasmo. A los pocos días, y previa la venia del Presidente, le mandé un telegrama de dos palabras: "Ruégole venir". Ya sabía él a qué y se presentó en seguida. El alto personal del Ministerio quedó integrado en forma envidiable.

En la nueva Secretaría, Peralta representaba el zapatismo, es decir, el anhelo popular e indígena, pero encarnado en un hombre culto y trabajador, no en un político egoísta. Por su parte, el profesor Figueroa nos ligaba con los normalistas de toda la República, que eran, como si dijésemos, la osamenta poderosa del cuerpo educativo nacional. Y para representar al espíritu, seguían en Bellas Artes y en Bibliotecas los poetas, de jefes de Departamento, algunos, como Torres Bodet, que empezó a sistematizar el servicio, y como Gómez Robelo[14], que fomentaba las Bellas Artes. Este Gómez Robelo, que no es otro que el Rodión de nuestros círculos estudiantiles, regresaba del destierro por haber sido huertista; pero no se dedicaba a declararse revolucionario, como los huertistas que más tarde ocupó Calles. Su error juvenil procuraba repararlo trabajando para la cultura con toda la fuerza de su genio.

Valía por los fulgores ocasionales de su mente y por su noble corazón, más bien que por sus capacidades de trabajador, ya muy minadas por su extraña vida de poseso de los demonios de la carne y del alma. Miembro de un grupo de bohemios artistas de Los Angeles, California, Gómez Robelo, al repatriarse para servir en Educación, había arrastrado con todos ellos. A gusto en el nuevo medio se dedicaba a escribir alguno de ellos, y otro a la fotografía artística; otros, simplemente a la bohemia internacional. El fotógrafo cargaba con una belleza de origen italiano, escultural y depravada, que era el eje del grupo y lo traía unido por común deseo dividido por rivalidad amarga. La Perloti, llamémosla así, ejercía de vampiresa, pero sin comercialismo a lo Hollywood y sí por temperamento insaciable y despreocupado. Buscaba, acaso, notoriedad, pero no dinero. Por altivez quizás, no había sabido sacar provechos económicos de su figura perfecta casi, y eminentemente sensual. Su cuerpo lo conocíamos todos, porque servía de modelo gratuito del fotógrafo y eran disputados sus desnudos de embrujo. Su

leyenda era tétrica. Un esposo había liquidado en California, recluido en un manicomio por el exceso venéreo, y en la época se traía pálidos y mansamente rivales a dos valientes: el fotógrafo afamado y nuestro amigo Rodión. Ante el retrato sin velos de su amiga, vertía Rodión lágrimas de ternura sensual. Lentamente la pasión malsana le adelgazaba el cuerpo, le narcotizaba la voluntad. Y los celos le producían fiebre. Ella, por su parte, se mantenía alerta. Utilizaba a Rodión para introducirse en los círculos artísticos y en los políticos. Aprovechábamos en la Secretaría el descanso dominical para efectuar ciertas excursiones que al mismo tiempo que descanso nos daban oportunidad de visitar algunas obras, ensanchar determinados trabajos. Invitamos a Rodión y a su amiga cierto domingo, pero no se presentaron a la hora convenida. El amigo que debió recogerlos informó:

—He presenciado una escena terrible. Pasé por la casa de nuestros invitados y resulta que anoche recibieron aviso de la muerte de la madre de *Madame* Perloti. Ella estaba dispuesta para salir toda de luto; pero Rodión la disuadió: "Es tu madre". Ella alegaba: "¡Nos ha invitado un ministro!". Rodión se indignó y yo escapé.

Para el noble Rodión yo no era el ministro; era el amigo. A las pocas semanas Rodión fue licenciado. El fotógrafo, atacado de neurastenia aguda, partió para los Estados Unidos. Todavía Rodión pudo hacer con nosotros el viaje a Sudamérica, pero iba poseso: dominado de satiriasis. Al regreso buscó salvación en un amor antiguo y honesto, pero ya era tarde. Rodión pereció devorado por el deseo.

La bella entraba por entonces a los treinta años, imperturbable y seductora. La traté por última vez en el auto oficial en que nos acompañara, con cierto amigo suyo, a la visita de un convento abandonado por Coyoacán. Su silueta voluptuosa era imán poderoso en la tarde llena de sol. Levantaba el coche nubes de polvo, y ella dijo: "Nos envuelve un resplandor de oro". Don seguro de arte era hallar belleza allí donde otros sólo ven incomodidad. Una mirada despertó de pronto la tentación; pero luego sentí dolor en la espina: recordé a sus víctimas chupadas del tuétano. Ya no la vi más; años después ingresó al grupito comunista; en seguida desapareció con rumbo a Moscú.

El Departamento de Bellas Artes nunca se repuso de la pérdida de Rodión. La acción del hombre extraordinario es irremplazable. Por eso es tan lenta la tarea de la cultura; requiere un conjunto de circunstancias que rara vez coinciden, y un hombre de genio que consume la síntesis. La Escuela de Bellas Artes que Rodión se preparaba a transformar quedó entregada al caos de siempre, aunque el público no se diese cuenta de ello. Al contrario; aplaudía, con razón, ciertos progresos, co-

mo la campaña contra el academismo llevada adelante por los principales artistas jóvenes y como las Escuelas de Pintura al Aire Libre implantadas por el distinguido pintor impresionista, de educación parisense, Ramos Martínez. Famosa fue la escuela de paisaje abierta en una antigua finca de Coyoacán; pero también en la vieja escuela se trabajaba. Las clases nocturnas de dibujo y pintura se abrieron a todo el mundo para cursos rápidos, y eran de verse las salas pobladas de niños y de adultos dibujando del natural, pintando o modelando. Un poco más tarde, para la enseñanza del dibujo en las escuelas se aprovechó el sistema elaborado por el artista Adolfo Best a base de ciertos elementos decorativos primarios, indefinidamente combinados, según la fantasía de los alumnos. Para el cultivo de la música contamos principalmente con dos hombres extraordinarios: el maestro Julián Carrillo, el célebre director de orquesta y compositor, y don Joaquín Beristáin, creador de los orfeones y los cuerpos de bailes folklóricos que se propagaron por toda la República y determinaron la rehabilitación del canto popular. La orquesta del Conservatorio, reorganizada, salió de la capital después de su temporada de conciertos y comenzó a recorrer las principales ciudades del país en gira que fue primera y única. Pronto escasearon los recursos y la orquesta no volvió a salir de la capital.

Se empeñó también Carrillo en fomentar la existencia raquítica de dos orquestas que contaban con personal distinguido: la de Guadalajara y la de Monterrey. Ambicionábamos descentralizar la cultura sin perjuicio de la calidad, y estableciendo en distintas regiones centros de creación y de difusión. Pensábamos que una vez que el gusto del pueblo por la música se levantara al conocimiento de lo clásico, el porvenir, la cultura general del país, estaba a salvo.

Por su parte, Beristáin y sus profesores estimulaban, organizaban, creaban el folklore, pero sólo para despertar por su medio el gusto superior, no para convertir lo popular en fetiche, ni en único ejercicio de arte, como ocurrió más tarde, en el derrumbamiento y corrupción de toda nuestra obra.

La capacidad de trabajo de Carrillo y de Beristáin era asombrosa. La cultura musical de ambos era profunda. Procedían los dos de nuestro viejo Conservatorio y de él tomaban las inspiraciones y el personal. Sin que les estorbasen recomendados de políticos que nunca lograron inmiscuirse en nuestras tareas.

Para la enseñanza técnica, Medellín se rodeó de ingenieros y hombres de ciencia mexicanos. Mancera, Massieu, procedentes de las Escuelas de Minas o del antiguo Colegio Militar, eran cada uno personalidades en su ramo; además, caracteres ejecutivos, creadores que dejaron

obra, como en la escuela de Industrias Químicas y sus dieciséis industrias instaladas en pabellones construidos ex profeso, o como el Instituto Politécnico de Lacuba, que se quedó sin terminar, y aun así ha estado produciendo buenos resultados.

Las tareas del Departamento Administrativo estuvieron confiadas a empleados capaces, tenedores de libros o profesionales de la administración, cuyo mejor elogio es que salieron todos del Ministerio conmigo, porque los que nos reemplazaban necesitaron gente de confianza para los negocios particulares de los altos jefes. Los nuestros salieron pobres todos, y lanzados a la calle con encono, porque habrían sido un remordimiento y un estorbo para los nuevos. En general, procuraba aprovechar profesionistas en el ramo respectivo y hombres que no se habían fatigado en las rutinas de la burocracia, sino que procedían de la competencia privada. Nuestras oficinas despachaban con la prontitud y el orden de los bancos. En las primeras horas de la mañana, todas las puertas permanecían abiertas para que el público hablase con los jefes sin esperar turnos de audiencia y tomando en sus manos los expedientes de cada negocio.

Para las compras de todo género se adoptó el sistema de trato directo con los comerciantes, haciéndose públicos los pedidos, que en seguida se daban al mejor postor, pero después de que el ingeniero se cercioraba de la calidad. En seguida de concertado un trato, pasaba al subsecretario para su revisión y no se pagaba sin su firma. Este sistema me dio muy buenos resultados más tarde, cuando Obregón me mandó, en lugar del excelente señor Figueroa, a un subsecretario del círculo de amigos del Presidente. Ningún pago se hizo sin su firma, después de que yo había dado el sí de palabra; de suerte que a mis enemigos no les quedó ni el recurso de la calumnia porque uno de los de ellos era el conducto obligatorio, el testigo forzoso de toda transacción.

Por su parte, el director de Educación Primaria y Normal, el distinguido y honorable profesor Francisco C. Morales, observó con el personal de los normalistas una conducta de estricta equidad, ascendiendo conforme a méritos y manteniendo la disciplina sin necesidad de rudezas, con libertad en el orden y consideración en la exigencia del deber.

No es amena para el lector esta lista de nombres, que ya nada significan por virtud del tiempo transcurrido y el fracaso de sus esfuerzos; pero he querido mencionar a los principales; tendré ocasión de mencionar a otros muchos, con el ánimo, ya no de hacerles un honor que no ambicionan, sino para que se vea hasta qué punto es injustificada la acusación que suelen formular los tiranos que al confesar cínicamente las inmoralidades de su administración, todavía ofenden al país

diciendo que no hay gente honrada para los puestos públicos. Es claro: el que no es honrado no encuentra a los honrados. Le huyen éstos como a una peste que enferma el alma. Y los pillos rodean al pillo.

Hombres honrados y capaces los ha habido en todas las épocas de nuestra historia y aun en las más negras crisis; pero ¿cuándo han estado al frente de la cosa pública?, ¿cuándo les ha tolerado el ejército que sean elllos los que gobiernen? Al contrario; constantemente la charlatanería oficial cubre de oprobio a la gente honrada que no se pliega a sus fines; la reemplaza con aventureros y aventurerillos y todavía denigra a los patriotas con alguno de los motes que traen en boga las épocas: "reaccionarios", "burgueses", descalificados, tan sólo porque no participan en la deshonra de la nación.

Reniego de mi memoria que a menudo me niega el nombre propio de algún amigo que quisiera recordar. En cambio, cuando se trata de nombres que merecen ser denigrados, alabo el proceso de higiene mental que, según avanzan los años, nos libra aun del nombre de los que nos estorbaron o nos ofendieron. Y así nada queda de la incompetencia y de la enemistad. También por eso a menudo recurro a la estratagema de los nombres supuestos; no siempre los invento para disimular el nombre real; sucede más bien que ya no recuerdo cómo se llamaban mis contradictores. Bendito el olvido que así nos limpia la conciencia.

DISCIPLINA Y REFLEXION

En un acuerdo semanario me dijo Obregón:

—A usted lo tuvo desterrado varios años el carrancismo; es natural que esté escaso de recursos; a todos los ministros se les ha asignado veinticinco mil pesos, con cargo a extraordinarios, para los gastos de instalación y a fin de que puedan recibir con dignidad.

Me quedé pensando un instante; me repugnó la idea de recibir un subsidio a espaldas de la legalidad, pues siempre he considerado tal el abuso de las facultades extraordinarias en Hacienda; ni yo tenía derecho de recibir aquella suma, ni el Presidente de ofrecerla; por otra parte, la operación se estaba consumando en secreto; si, por lo menos, la hubiesen autorizado públicamente las Cámaras... Necesitaba dinero y lo tendría alguna vez; pero sería cuando saliese del Gobierno, cuando volviese a abrir mi bufete de abogado; mientras tanto, era menester seguir pasando estrecheces...

—Muchas gracias, general —contesté—; pero sucede que yo ya tengo casa; mi casita de Tacubaya la compré antes de la revolución y ella me basta...; mil gracias...

—Ya, ya sé —observó Obregón— que usted sería capaz de trasladarse al Ministerio en tranvía; pero me pareció justo ofrecerle lo mismo que se ha dado a los otros...

A los pocos meses el sueldo de ministro me resultó suficiente; pagaban entonces cien pesos diarios, más el auto y el chofer. Nunca gasté arriba de mil quinientos mensuales y el resto comencé a guardarlo. La única erogación extraordinaria la originaban las audiencias públicas. Es costumbre, o creo que lo ha sido, en todo caso yo la tuve, obsequiar unos cuantos pesos a los necesitados que se cuelan en las audiencias y que no es posible servir con empleos. Eran las tales audiencias la parte desgarradora de la tarea. La infinita prole de los sin trabajo de clase media toma por asalto las antesalas de los ministerios. El aumento incesante del personal creaba puestos; pero, en general, los reservaba para los maestros titulados que pedían empleo, y no había sitio para los sin carrera, los sin profesión, que constituyen el mayor número de solicitantes. A menudo, la súplica de alguna buena mujer es interrumpida con sollozos. Provoca angustia su rostro de honestidad y de pobreza; se quisiera inventar puestos públicos a millares, cosa imposible; además, me había trazado la norma de no colocar sino personas instruidas en alguna técnica. A maestros distinguidos dimos los principales puestos administrativos; en las posiciones más altas se utilizaron profesionales reputados en su especialidad, de preferencia sobre los que recurren al Gobierno y la política porque han fracasado en el consultorio o en el bufete. Si habíamos de exigir la calidad era preciso hacerse sordo a las recomendaciones, así viniesen apoyadas por amigos o familiares, y también, endurecerse el ánimo para no ceder ante los ojos que imploran un sueldo aun sabiendo que no son capaces de compensarlo con un servicio. Y es en estos casos extremos cuando la dádiva suaviza el dolor de la negativa.

Precisamente en la lucha para deshacernos de todo el personal que el favoritismo de la anterior Administración había repartido en las escuelas, se produjeron incidentes que aproveché para poner a prueba mi autoridad. Subsiste en cierto elemento político ignorante la creencia de que los puestos escolares son el residuo de la Administración y sirven para cubrir compromisos menores en obsequio de protegidos o parientes. Y peor aún, a veces se utiliza la institución de cultura para recompensar servicios *non sanctos* de damiselas más o menos seductoras. Contra esta doble práctica me rebelé como contraria al decoro de

la Secretaría. En no pocas audiencias a ciertas bonitillas que me llevaban recomendaciones de personajes les advertía:

—Tengo puestos para feas; puestos mal pagados y de mucho trabajo; usted no necesita de eso.

Y las despedía sin ceremonia.

En general, me aventuro a afirmar que en el Gobierno de Obregón no existió esta corruptela de pagar con empleos públicos servicios de alcoba. El Presidente no lo hacía, y sin duda esto bastaba para que no lo hiciesen los de abajo. Si entre jefe y empleada se creaba alguna relación de índole privada, eso ya era asunto de ambos, independiente de los nombramientos y sin perjuicio del trabajo, y jamás, ni por excepción, se dio el caso de que alguien cobrase sueldo sin presentarse a las horas reglamentarias para desempeñar alguna faena. A una pobre muchacha que había sido mi conocida en los tiempos estudiantiles y no tenía oficio ni profesión, la hice intendente de una escuela de mujeres, y con la servidumbre se puso a lavar los pisos que, no pocas veces, me enseñó con orgullo, limpios y relucientes. Siempre sobra gente buena cuando el que manda la sabe buscar y la utiliza con honra. La corrupción no viene del ambiente; la difunde como una peste el mal gobernante. Pero hay casos en que siendo una mujer o un hombre todo lo buenos que es posible exigir, no sirven, sin embargo, para el puesto en que acertó a colocarlos el poder de una influencia mal empleada. Esto es lo que nos ocurrió con una de las directoras de escuelas de labores femeninas. Hay la idea de que sabiendo un poco de costura ya se entiende lo bastante para dirigir esa cosa vaga en la mente ignorante que es una Escuela Industrial de Mujeres. En nuestro plan entraba poner esas escuelas en manos de personal de primera y exigíamos no sólo el título de maestra normalista, sino también preparación especial en cursos de oficios de mujeres. Y nos sobraba personal competente, perfeccionado con cursos complementarios en el extranjero. Y no hubo más remedio que mandar el cese a la buena señora que acababa de darnos una comida en su escuela para demostrarnos cómo adiestraba a las alumnas en el arte de poner bien la mesa. No estuvo mal puesta la mesa, porque la señora procedía de familia decente; pero de allí a mostrar capacidad para dirigir escuelas que estábamos convirtiendo, por primera vez, en modelos de acción técnica ilustrada, había un abismo. Al mandarle su cese acompañamos un nombramiento que otorgaba a la destituida trabajo como maestra de costura, especialidad que podía dominar con un poco de estudio, pues no deseábamos dejarla en la calle. Pero sucedió que nuestra honorable víctima estaba emparentada con la crema del nuevo régimen y decidió pelear por su dirección. El

mismo día del cese me habló por teléfono en forma imperiosa un general, por el momento muy influyente, íntimo de Obregón y que mantenía conmigo relaciones cordiales. Pero le había indignado, me dijo, la destitución de su comadre; suponía que yo la ignoraba y me pedía que fuera repuesta en el acto. Tranquilamente, por el mismo teléfono, repuse:

—No se imagina, general, cuánto lo siento; pero de directora no puede seguir esa dama porque no es maestra; le daremos, eso sí, los medios de que no sufra gran perjuicio en sus ingresos.

Como directora se había apropiado la buena señora la mejor parte del edificio escolar para habitaciones de su familia. Las aulas, los talleres, estaban descuidados. El que desalojara la casa era nuestra mayor necesidad, pues no queríamos escuelas en el papel del presupuesto de egresos, sino, de verdad, institutos de trabajo.

Y creí que todo había concluido, cuando un domingo, al presentarme en Chapultepec para llevar al general Obregón a una de las fiestas conciertos que empezábamos a dar en las plazas públicas, con personal del Ministerio, me encontré con que se me hizo esperar. Y un empleado de confianza me dijo:

—Está el general con su señora y con doña Fulana —la directora destituida emparentada con la familia presidencial.

Las hermanas de Obregón, antiguas profesoras, eran, por cierto, mujeres extraordinariamente simpáticas, amables e inteligentes. Y su señora, una dama perfecta, de las mejores familias de Sonora. Hasta cierto punto me alarmé y aun me puse a pensar en mi renuncia. Es una fuerza estar convencido de que el abandono del servicio público nos significa un aumento de la fortuna personal. Y en cada crisis yo reflexionaba que la dimisión me traería la prosperidad, lanzándome a mi bufete particular. Pero salió Obregón, se dirigió a su automóvil, me senté a su lado, y ya que habíamos bajado la rampa, saliendo del bosque me dijo:

—Ni se imagina quién estaba conmigo.

—Ya lo sé —respondí—. Doña Fulana; la cesé porque no tiene título profesional...

—Pues yo, lo único que le dije —observó Obregón— es que no podía pedirle a usted que la restituyera porque eso equivaldría a quebrantar su autoridad, y que a lo hecho pecho...

—Muchas gracias, general.

Y no se habló más del caso. Días después le expliqué a Obregón:

—Su amiga ha quedado reducida de entradas, pero no en la calle.

Entonces me dijo:

—Se lo agradecemos tanto yo como el general —aquí el nombre del que me había hablado por teléfono—. El interés que nos inspira a ambos esa señora depende de que la conocemos de antiguo y sabemos que con su trabajo sostiene a las hijas y a un marido paralítico...

Pero yo pregunto al lector: ¿Un marido paralítico es excusa para que una escuela quede en manos poco aptas? Obregón no lo creyó así; supo sacrificar sus sentimientos amistosos a las conveniencias de la obra que juntos realizábamos, obra que él comprendía en sus detalles y amaba con sinceridad.

Comenzaba mi día a las siete de la mañana; desayunaba frutas y café, y a las ocho ya estaba visitando las obras, trepando andamios, urgiendo prisa, tomando nota de lo que hacía falta para apresurar su entrega. A las nueve llegaba a la oficina salpicado de cal. No había querido adoptar el sistema humillante del reloj marcador de la hora de entrada de los empleados, pero adopté otro. Al llegar a mi mesa de trabajo tocaba los timbres y convocaba a todos los jefes de departamento. Se presentaban éstos puntuales porque habían sido bien escogidos entre gente de honor, y es inevitable que un jefe cumplido fuerce a todos sus subalternos a serlo. Irritados algunos empleados viejos de que se les exigiera puntualidad cuando es uso en oficinas de Gobierno la pereza, comenzaron a apodarme "el Ministro Lechero". ¿Qué horas eran esas de llegar a las nueve o antes, cuando se supone que un ministro caballero ha ido al teatro o a una fiesta la noche anterior y se levanta con la fresca de las once? No contaban con que yo no iba a fiestas ni a teatros. Ni siquiera correspondía visitas. Hay que prescindir del compromiso social si se quiere realizar obra. Ni el escritor, ni el profesional, ni el político podrán consumar tarea de fondo si no se someten a regla casi monástica, si no prescinden de los halagos del trato y aun de las satisfacciones de la familia y los amigos.

En acuerdos con los jefes de departamentos se pasaba la mañana; tres taquígrafas despachaban la correspondencia y tomaban al dictado comunicaciones, declaraciones, discursos y órdenes. Al mediodía, las mañanas de audiencias se abrían las puertas para todo el mundo. Penetraban a veces hasta doscientos, solicitantes en su mayoría. El uso de audiencia pública es un consuelo democrático que permite al público ponerse en contacto con los funcionarios; pero es inútil, aparte de penoso, por la repetición de la negativa. Las comisiones de importancia, y aun las menores, no se dan porque alguien fue a entrevistarnos; mal funcionario es el que no sabe escoger por sí o por sus ayudantes. Y las ideas que lleva el público valen poco para el que ya tiene un plan.

A los periodistas se les daba en la secretaría particular un boletín de las últimas obras realizadas. A menudo insistían y pasaban a hablar

conmigo. Al principio fueron agrias mis relaciones con la prensa. Dominaba en ésta el viejo elemento porfirista, que a menudo me molestaba; me inventaron una vez que había mandado vender como papel viejo los incunables de la Biblioteca Nacional. Les respondí con grosería. No necesitaba de su propaganda; me hacían bien sus ataques y no tomaría la venganza de negarles informaciones. Allí estaban todos los archivos de la Secretaría para que se enterasen de cuanto quisiesen... Irritado por la incomprensión, por la sistemática oposición de mala fe, solté a menudo palabras poco dignas de una funcionario en tiempos normales; pero estábamos en lucha con el ambiente; eso explica, si no excusa, improperios que a mí mismo me pesaron por su injusticia, como aquel que tanto éxito alcanzó, cuando dije, refiriéndome a las dos lumbreras del antiguo régimen, Bulnes y Moheno, que me censuraban a menudo en sus publicaciones: "Son los dos bueyes cansados del porfirismo". Para los revolucionarios, la frase fue un alivio, porque a todos nos fatigaba la pedantería de los defensores de un régimen que en resumen nada había hecho por la cultura nacional. Y ahora que se ensayaba de buena fe un renacimiento, no se nos contestaba sino con la insidia, el denuesto, la calumnia. Amarga la boca, de la pelea, me juntaba a comer con los poetas, los artistas de la Secretaría, cambiando de restaurante, y disolviendo la bilis con un par de vasos de vino y mucha conversación agresiva, o jocosa, y sueños de grandeza en la obra. La prensa era libre entonces y la opinión y ambas se desquitaban con saña de las épocas prolongadas en que no se permite la crítica. No sospechaban el sistema que más tarde vendría, bajo el callismo, que nunca cerró un periódico, pero a todos enmudeció con el atropello, los obligó al elogio, mediante el asesinato de los redactores, el asalto a las redacciones, atropellos cínicos que al día siguiente arrancaban condolencias al Presidente por los atentados que en la sombra había fraguado. Nada semejante practicó Obregón, y sólo se vengó en cierta ocasión con un chiste. Sucedió que el director de uno de los diarios de la oposición perdió la vida al caer del caballo en que paseaba, y Obregón observó:

—Compraremos ese caballo para obsequiárselo a... —director de otro gran diario nacional.

Y es de justicia añadir que a la postre la prensa se rindió; al final de mi gestión no tuve mejores aliados que los periódicos, defensores todos de mi tarea, mientras no los venció el terror callista, que obligaba a condenarme o a silenciar mi nombre y exaltaba al que me ofendía. Hubo, sin embargo, un período no muy corto en que la honestidad del propósito nos juntó a todos en patriótica colaboración. Así, por ejemplo, cuando llegó a la Cámara de Diputados mi proyecto de ley, toda la prensa del país, que ya lo había divulgado, ejerció presión favorable.

Terminada la comida de mediodía, que raras veces hacía en casa, dormía siesta de veinte minutos en un sillón del despacho particular. Regresaban las empleadas a las cuatro y comenzaba el dictado. A menudo, audiencias especiales me robaban una o dos horas; pero el resto de la tarde se dedicaba a conferencias con los altos empleados del Ministerio y la discusión de la labor de los distintos departamentos. A las siete levantaba el campo y me dirigía a mi casa. Allí tomaba por cena unas frutas, jugaba con mis hijos un rato y luego me encerraba en mi biblioteca. Nadie entraba a interrumpirme, a excepción de mis hijos pequeños. La presencia de los niños es como el rayo de sol que penetra en una alcoba; no perturba la meditación: la ilumina. No pasa lo mismo con la gente crecida; no la tolero cuando tengo que trabajar; se me figura que me espían.

En tales horas de soledad ordenaba el trabajo del día siguiente, inventaba las tareas próximas. Imaginé así el escudo universitario que presenté al consejo, dibujado toscamente y con su leyenda: "Por mi Raza Hablará el Espíritu", pretendiendo significar que despertaba nuestra raza después de la larga noche de su opresión. Eramos, como el judío, un pueblo que de su dolor secular debía extraer fuerza para las creaciones poderosas.

Ocho y hasta nueve horas de sueño pacífico me dejaban expedito para las tareas del día siguiente. Y esto duró casi cuatro años.

Me sostenía la convicción de que todo iría bien mientras me mantuviese sobrio, casto, intransigente. Y no conocía otra fatiga que la muy sana de una jornada intensa, fatiga que se resuelve en el dormir bien ganado y profundo. Los compromisos sociales del cargo los hice a un lado desde el comienzo. Acepté cierta vez un almuerzo en Legación extranjera. Se trataba de antiguos conocidos; asistí con mi esposa; nos sirvieron champaña *nature* con exquisito alimento. A punto que nos despedíamos, la señora de la casa preguntó:

—¿Dónde vive, para irlos a visitar?

Y contesté:

—Vivimos por allá, en un agujero de Tacubaya; ya les diré dónde es.

Y no volvimos a vernos, salvo cuando a la dama se le ofrecía alguna pequeña facilidad para un hospital que patrocinaba, casos en los cuales halló siempre abierta la puerta oficial y dispuesto al amigo. En suma: trataba yo a todas las gentes sólo en la medida que podían servir, podían colaborar a la tarea que desarrollaba; en otra forma, nadie obtenía un instante de mi atención. En el obregonismo no solamente mi posición fue de aislamiento social y de ignorancia de las recepciones diplomáticas; de igual suerte se abstuvieron siempre de concurrir a

festividades y banquetes De la Huerta y Calles; el primero, porque se hallaba, como yo, absorbido en su tarea de los millones, y Calles, por salvajismo de ogro que se halla mal en la compañía de sus semejantes, si no tiene sobre ellos, por lo menos, el látigo de una amenaza muda. Y en aquellos días Calles andaba manso y tristón. En los raros Consejos de Ministros que hubieron de celebrarse, no abría la boca; sólo de cuando en cuando se apretaba ansiosamente la pantorrilla acalambrada por la neuritis y se quejaba. Los resabios de una juventud vulgar y un inveterado alcoholismo, las secretas orgías y el vapor de sangre de recuerdos macabros, le mantenían hosco y silencioso, taimado en su retraimiento de valetudinario. A todos nos daba lástima.

Obregón, dedicado al trabajo con sinceridad y con honestidad, empleaba las horas del reposo con su familia; su mujer joven y bella, agradable, lo retenía sin esfuerzo. Y algunas noches los más íntimos éramos recibidos en Chapultepec de nueve a once. Circulaba el coñac fino, se conversaba en broma, mientras otros jugaban al billar. A veces se daba una representación de cine o se hacía música; en otras ocasiones asistíamos con nuestras familias. Mis hijos, ya de ocho a diez años, reían las películas humorísticas de la época, junto con los hijos de Obregón, de De la Huerta; mi esposa hacía recuerdos de cuando había visitado el castillo en tiempos de Madero y durante el oaxaqueñismo, cuando acompañaba a "las Orozco" a llevarle el mole a Carmelita.

Una noche de concierto invité a una joven muy guapa que andaba seduciéndome para que se la pensionase en Hollywood; había hecho ya con cierto éxito una película nacional; tenía fuego en los ojos negros y curvas provocativas, lo que nos hizo creer que también tenía talento. Si no fuese por mi aversión a Hollywood, enraizada y antigua, quizá caigo en el disparate de gastar en eso un par de miles de dólares de la nación. También me defendió de ello cierto pudor. La que me buscase por obtener favores a cargo del presupuesto no me encontraría. Cuando me ocurriese perder por alguna la cabeza, la pagaría con mi dinero, no con los haberes del Ministerio. Obregón, que malició mi inclinación por la bella, la llenó de atenciones; le pedía que cantara, advirtiendo:

—Pídale permiso al licenciado.

Ella sonreía complacida; pero, al fin, le dije aparte al amigo:

—Falsa pista, mi general. Hasta donde yo sé, anda sin dueño.

La joven, al fin, se fue a Hollywood, pero por su cuenta, o si acaso, con una mínima ayuda en pasajes. Uno de los diarios de la capital le hacía un bombo exaltado. El director amigo me la había mostrado un día que lo visité, como diciendo:

—No sólo a usted lo visitan.

Ella procuraba picarnos. Y no sé a dónde me habría llevado si no me cuenta cierta tarde:

—Ayer lo defendí en un grupo en que le censuraban.

—¿Y cómo estuvo eso?

Pues les advertí: todos los grandes hombres son atacados; por ejemplo: Platón, Aristóteles, Vito Alessio[15], Vasconcelos, Palavicini.

Había ella andado en redacciones, simulando la literatura, y creía en "el ingeniero" o, más bien dicho, en los ingenieros: Vito y el otro. Pero a mí se me cayeron las alas de la vanidad ante quien así confunde. Y como la chica me aseguraba haber cursado toda la Preparatoria, hacía poco tiempo, maldije a la escuela que deja en sus alumnos semejante daltonismo de los valores. Lo probable es que no terminara en serio ningún curso, pues era de las que ruedan de aquí para allá sin otro recurso que cierto atractivo sensual injertado de tontería.

Las tentaciones eran frecuentes y a veces arriesgadas; pero la dedicación al trabajo y cierta tendencia nativa al ascetismo me conservaban inmune. Todo aquel a quien las circunstancias colocan en posiciones notorias se ve de pronto cercado, adulado, por toda esa peligrosa familia de las bellezas que no se deciden a lanzarse francamente al vicio ni a ser honradas. En casos más raros, la insistencia de la publicidad o el brillo de ciertas actuaciones más o menos teatrales induce a jóvenes sin experiencia a tentar verdaderas locuras. Me ocurrió así con una que siempre he recordado con algo de desolación. Me escribió una carta pidiendo hablarme y la cité para la audiencia pública. Era ésta tan rápida, que a menudo se limitaba a un apretón de manos después de una súplica.

—Díctele aquí, a mi taquígrafa, su gestión, porque si me la dice a mí, se me olvida —solía yo decir.

Quedaba aquello escrito, y a menudo nadie tenía tiempo siquiera de leerlo. Mi desconocida no acudió a la audiencia; pero se presentó una tarde, en mi antesala, al final del trabajo. Convenció al mozo de que me pasara su tarjeta, y la hice entrar. La recibí de pie, detrás del escritorio, y a ella la dejé parada enfrente. Por sistema no ofrecía asiento, y para suavizar la descortesía me quedaba yo también de pie; de no haber procedido en esta forma me ocurre lo que a cierto ministro muy deferente, muy honorable y muy amigo nuestro de la época de Madero: que llegaba una buena señora de su tierra, se le sentaba en el despacho dos horas, no se atrevía él a echarla, y fuera la antesala hervía de descontento; los empleados, adentro, rabiaban de no alcanzar a recoger siquiera la firma.

Mi desconocida dirigió una mirada a los empleados que estaban en mi despacho y en seguida rogó:

—Es largo mi asunto y prefiero esperarme hasta que usted se desocupe.

Me rasqué la cabeza y repuse:

—Si es que aquí nunca estamos desocupados; pero, en fin, ya va a terminar el trabajo; dentro de unos minutos quedaremos solos; tome usted asiento.

Al rato pude mirarla despacio: un velito bajo el sombrero le ocultaba un rostro agraciado; me pareció advertir cierto temblor en su cuerpo esbelto, atractivo; pero lo que fijó mi atención fue un par de pomas estremecidas, irresistibles, a tal punto que tendí hacia ellas las manos. Y pronto se confesó:

Me había conocido en tal o cual sesión pública; le seducía la fuerza con que yo hablaba...; no había resistido la tentación de visitarme... ¡No quería empleo! Esto era ya un gran motivo de alivio y de simpatía. Salimos a la calle; subimos al automóvil y la llevé al reservado de un restaurante.

Era soltera, tenía dieciocho años, modales finos y olía a limpio; a poco tiempo la devolví a su casa.

Volvió ella una o dos tardes más, y cuando estuve a punto de proceder según el caso lo requería, se me quedó ella mirando azorada y clamó:

—¡Qué va usted a hacer!

Como por relámpago adiviné; luego inquirí:

—¿Es la primera vez?

Y contestó:

—Pues ¿por quién me ha estado tomando?

Y lloró. De inmediato me vino la reflexión: no la quiero lo bastante para cargar con semejante responsabilidad. La ayudé a reponerse y la despedí frente a su casa.

Al día siguiente llamó al teléfono; decidí no contestar...; no volví a verla... Cuando años después le conté la desabrida aventura a una amiga experimentada, comentó:

—Qué tonto fuiste; otro seguramente aprovechó lo que tú rehusaste.

¿Es éste, acaso, el criterio femenino? Si lo es, lo único que puedo alegar es que no es el mismo criterio masculino. La represión que pude hacer del deseo vulgar inmediato contará de todos modos en mi haber a cambio de tantos otros casos de concesión a la carne. Por aquellos días, una suerte de magia blanca me mantenía impecable. Y el egoísmo de conservar entera mi fuerza para la obra en curso.

La Secretaría que estaba creando era mi amada exclusiva.

EL CONTACTO CON EL PUEBLO

La idea de acercar la Universidad al pueblo era promesa de mi discurso inaugural de la Rectoría. Los recursos multiplicados del Ministerio nos permitieron darle más cumplido desarrollo. La labor iniciada en el suburbio miserable de la Bolsa se fue extendiendo a otros barrios de la ciudad y pronto alcanzó difusión en los estados. En Puebla creamos una escuela popular de pequeñas industrias y artesanías. En Orizaba se fundó otra, y todo esto motivaba viajes frecuentes. Un tipo de enseñanza a la vez práctica y teórica combinaba los cursos de carpintería y de herrería, por ejemplo, con las conferencias sobre historia o sobre arte. Con puros obreros se formaron los orfeones, pero sin recurrir a los sindicatos, que todavía por entonces no funcionaban con autonomía. La alianza de estudiantes y obreros, un poco a la manera rusa, se hizo moda que no dejó de dar frutos. Pero el punto vivo de la unión de todas las clases debían darlo las escuelas. Al efecto, procuramos que las enseñanzas manuales impartidas en ellas tuviesen carácter útil; por ejemplo: empezamos a dedicar los talleres de las escuelas nuevas a la producción de material escolar, como bancos de clase, de los cuales había y sigue habiendo urgencia a millones. Y en vez de la antigua práctica de llevar hasta las sillas y los pupitres de las fábricas de Norteamérica, hicimos regla que el Ministerio habría de producir en sus talleres lo más elemental siquiera en materia de muebles, tal como ya lo empezaba a hacer en cuanto a libros, por medio del Departamento Editorial.

Pero el plan abarcó aún más; nos propusimos invertir en México y en talleres privados mexicanos todo el dinero que la Secretaría estaba gastando en habilitar sus diversas dependencias. Una huelga de los carpinteros y ebanistas de importante fábrica local nos dio la oportunidad de ensayar otro sistema que concurría al mismo fin. Convocamos a los huelguistas y les ofrecimos un contrato para la inmediata manufactura de todos los muebles del nuevo palacio de Educación, que pronto iba a abrir sus puertas. Y bastó un anticipo de menos de cincuenta mil pesos para que el comité de huelga organizara una Sociedad de Ebanistas en cooperativa. Esa sociedad obtuvo después todos los contratos de nuestro departamento; además, sirvió los pedidos de otras secretarías. Pudimos entonces convencernos de la capacidad, la seriedad de los obreros mexicanos, cuando se ven libres de la coacción gubernamental y de la acción de los líderes.

Obras de lujo, como ciertas mesas del despacho de Educación Pública, fueron trabajadas por ebanistas independientes con un esmero y

un arte que hace tiempo habían olvidado los maestros de labor. El dibujo de las mejores piezas les era entregado por nuestros artistas. Enciso, el pintor tan experto en cuestiones coloniales, se dedicó a revivir el mueble de tipo español antiguo. De la Escuela de Industrias Químicas nos surtían los cueros para los sillones de estilo arcaico. Y cada vez comprábamos menos al comercio; todo lo hacíamos en el departamento y lo hacíamos mejor y a más bajo precio.

Recuerdo la ocasión en que asistimos un grupo de los más íntimos colaboradores a contemplar la vidriera artística que acababa de terminar Montenegro en el Salón de Discusiones del antiguo San Pedro. Anteriormente todas las vidrieras de color, hasta los emplomados más vulgares, se encomendaban a casas francesas o italianas, productoras de horribles modelos en estilo cromo. Al descubrirse la obra de Montenegro, alguien la comparó con una vidriera que por esos mismos días había estrenado el Palacio de Hierro en su nuevo edificio, encomendado a ingenieros y artesanos traídos de Francia.

—Es muy superior —convinieron todos—, por el colorido del dibujo y aun por la solidez, la obra de Montenegro.

—Ya lo creo —expuse yo—; como que lo del Palacio de Hierro es obra de extranjeros... No puede el extranjero competir con nosotros.

Estas palabras en un pueblo vigoroso suelen ser arrogancia y "chauvinismo". En un pueblo como el nuestro, enfermo de un justificado complejo de inferioridad, eran parte de la tarea del educador, utilizaban los triunfos de aquel incipiente renacimiento, para despertar los ánimos e infundirles confianza en las propias capacidades.

Con frecuencia visitábamos las poblaciones cercanas a la capital para inspeccionar las obras de construcción de las escuelitas locales o para llevarles libros o maestros que les daban conferencias. En Cuajimalpa trabamos amistad, de esta suerte, con algunos vecinos. Y algunos domingos comimos en sus casas. Recogen por la región de Las Cruces unos hongos muy anchos y un poco desabridos, pero que, bien guisados por la gente del lugar, resultan muy sabrosos. Completaba la comida algún pipián de gallina; el pipián es salsa de pepita de calabaza y algo de chile y ajonjolí. Tienen gusto oriental los platos complicados de la cocina mexicana, y lo que nunca hacía en la ciudad lo hacía en el campo: tomaba con la comida uno o dos vasos de pulque limpio, sabroso cuando se obtiene recién elaborado. Era sedante el trato de aquellos vecinos cordiales que de todo corazón colaboraban con nosotros en el mejoramiento de las escuelas. Estimulada por la Secretaría, la iniciativa particular cooperaba en todas partes en la gran obra de construcción educativa. El modelo siempre recordado era el de los misioneros católicos

que antaño llegaban a los pueblos sin un centavo en el bolsillo y al cabo de dos quinquenios habían levantado capilla y aulas, talleres y campos de cultivo. Esto era educar, no redactar informes como los *researchers*. Los maestros de música visitaban también a los pequeños poblados, seleccionando el talento local, creando coros y representaciones. Y del seno de la masa dormida resurgían los cantares ancestrales. Un corrido me impresionaba profundamente; lo cantaban los indios de la región de Cuajimalpa y todavía recordaba las atrocidades de la Conquista española; tenía un estribillo punzante:

Y entre los habitantes ninguno vido nada

Allí estaba, en aquellas cortas líneas, toda la psicología de los pueblos vencidos. Se producen los peores abusos de autoridad y no sólo no hay quien se rebele; ni siquiera quien ofrezca testimonio contra los opresores. A la hora de la encuesta, más o menos sincera, que los tribunales civiles inician tímidamente como para sincerarse un tanto de su complicidad con el militarismo devastador, el visitador y el juez no hallaban parientes o amigos que quisiesen unirse a la justicia para ayudarla a reparar las iniquidades. Una larga experiencia de la continuidad del atropello había creado aquella sensibilidad cautelosa: "Hubo aquí muchos muertos, pero nadie vio la cara de los asesinos", parecía decir la canción: "Están demasiado alto los asesinos para que les alcance la justicia".

Entre los habitantes ninguno vido nada

"Acaso —pensábamos— ésta es la voz del pasado; pero ahora, después de la sangre vertida por la libertad, la revolución empieza a cumplir sus promesas y toda esta gente se levantará regenerada en apoyo de los que están construyendo patria".

Pronto volvieron los atropellos y la ceguera moral continua.

Por aquellas mismas zonas pasó el callismo saqueando a los timoratos, vejando y asesinando, y otra vez, por toda la República, imperó el estribillo de la lúgubre canción de nuestra historia:

Entre los habitantes ninguno vido nada

Nadie quiso ver; nadie se atreve a mirar, todavía hoy, hacia la comarca próxima a la capital en que cayeron los vasconcelistas de la matanza de Topilejo. En el poder, como de costumbre, están los ajusti-

ciadores, y el rebaño lamentable de los habitantes sigue entonando la canción de su ceguera sin honra.

HISPANOAMERICA ASOMA

Por aquellos días llegó a la capital la compañía argentina de drama y comedia de Camila Quiroga. Provocó interés que nosotros, en el Ministerio, nos encargamos de encauzar. Otorgaban sus representaciones valor objetivo a la prédica hispanoamericana que realizábamos. Se complacía el público escuchando la pronunciación de la "ll" argentina, idéntica, por otra parte, a la "ll" que se pronuncia en Oaxaca y en el sur de Puebla, "ll" masculina que, sin embargo, suena melodiosa en los labios de la argentina y contribuye a esa claridad en la dicción que ya quisieran para sí españolas y mexicanas. En contraste con el feo siseo de nuestras actrices, y mejor aún que el recitado lleno de "eshes" y de ahogos de las gentes del teatro en España, las argentinas nos llevaron la revelación del modo de vocalizar claro y musical. "Sin duda lo deben a su escuela italiana de teatro", pensé, y a poco supe que, en efecto, la Quiroga es de sangre italiana. Su marido, un buen gaucho, como se dice por el Sur, resultó un amigazo campechano y cortés. No necesitaba la compañía de la ayuda pecuniaria del Gobierno porque tuvo éxito de taquilla considerable. Así es que nosotros nos dedicamos a hacer por la compañía entera lo menos que exigían las circunstancias: homenajes, atenciones, paseos. Y como lo que vale del México artístico es lo que dejó la Colonia, y estaba de moda por aquellos días la excursión a Tepotzotlán, el bello ex convento próximo a la metrópoli, allí llevamos un domingo a todos los artistas como huéspedes del Ministerio. Contaba el elenco con un buen grupo de muchachas bonitas y jóvenes que actuaban por espíritu de aventura y por conocer mundo. Los poetas, los artistas de la Secretaría, les hicieron cortejo. Se retrataron las actrices bajo los altares churriguerescos, convertidos en reliquia de museo. El extenso y noble edificio estaba abandonado. Y por más que se nos sugerían proyectos para utilizarlo en casa de retiro para intelectuales y artistas, como museo colonial, no pudimos emprender cosa alguna porque nos faltaban en absoluto los recursos más allá de la simple conservación. En la escuela del pueblo había establecido Medellín unos talleres y un comienzo de explotación del gusano de seda, que en otros tiempos fue la industria nativa. El templo, saqueado en parte, descuidado, olvidado, es

uno de los más suntuosos ejemplares del churriguera. Mirando los lienzos de orfebrería, altos como la nave, ricos de imágenes, volutas, palios damasquinados, bajos relieves, nichos y doseles, se piensa en la armonía complicada y ascendente de los coros eclesiásticos.

Por fuera, la torre labrada como filigrana pétrea, contemplada desde la calle que corre bajo la terraza del atrio, enmarcada en la arquería invertida que lo limita, parece la inmovilización de un aleluya. Se diría un altar al aire libre y el canto de gloria de una época.

Las mismas muchachas ligeras que suelen ser las del teatro hallábanse impresionadas por aquel monumento robado primero a pretexto del progreso, abandonado después por los progresistas, desportillado como reliquia caída en manos de bárbaros. Era perla entre cerdos del alma que fuimos en aquel momento, banqueteando sobre despojos, sin atinar con el modo de usarlos en algún fin noble, y ni siquiera sentíamos el rubor del atropello, habituada nuestra conciencia a la barbarie seudoprogresista; más bien nos hinchábamos con pequeña vanidad de funcionarios que pasean la vista sobre su feudo, mal habido y peor guardado. En Italia, en Francia, en Inglaterra o en los Estados Unidos, una construcción como aquélla seguiría de convento y produciría cada año cosechas de frutos y de granos. Sólo en México el progreso había exigido que la huerta se nacionalizara, y allí estaba con sus pozos azolvados, sus manzanos comidos de plagas, sus membrillos anémicos que no daban ni para pagar el salario de los guardianes. La población civil de la aldea, caída también en la miseria y la ignorancia. Y ahora nuestra pobre escuelita, remedo miserable del taller colegio que fue el convento, y destinada a desaparecer tan pronto el país volviese a su normalidad, que es el abandono de toda iniciación creadora. Con razón el agente de la penetración imperialista, Stuart Chase, eligió a Tepotzotlán para escribir su *Mexican Town,* un *bestseller.* Pero la aldea nacional típica, construida por los españoles, vivificada por la Colonia, ennoblecida con una de las joyas arquitectónicas del mundo, la presenta el obtuso escritor de modelo del *habitat* indígena aborigen: polo opuesto del maquinismo de Norteamérica. Sin sospechar que, en la época en que se creó, fue Tepotzotlán no un centro agrícola, sino un poblado industrial, perfectamente maquinizado según la maquinaria de la época: telares de lana, ovillos de seda, corte de canterías, talla de maderas artísticas; en fin: urbe fabril como no se veían por entonces en Massachusetts. Y lo que hoy veíamos nosotros y trató de retratar Chase no es otra cosa que el cementerio, el vestigio de la Colonia, no el modo de vida de una población primitiva. Para hallar primitivismo hace falta trasladarse a Nuevo México o Arizona entre los navajos, en territorios que España

no tuvo tiempo de penetrar. Pero Tepotzotlán, en el centro del país esplendoroso que fue la Nueva España, no es un *mexican town* en el sentido indígena; es una *Ville d'Art,* digna de un *baedecker* nacional y comparable a las de España o de Italia.

En la terraza del antiguo convento, rodeada de sólidos pretiles, y antes el panorama de un valle ondulado cubierto de magueyeras y de maizales, se sirvió la comida nacional, compuesta de arroces y carnes a estilo campo, que es como decir también a estilo de la Argentina, pues nada hay más parecido a nuestro cabrito al pastor que un asado con cuero argentino. Y se sirvió vino tinto, y una o dos jarras de pulque para los curiosos que quisieran probarlo. Y antes de que la comida terminara ya se había desatado el torrente de los discursos. México y la Argentina eran los polos gloriosos de la patria común. Y se soñaba en alianzas de charros y gauchos, y el entusiasmo colmaba los pechos. En el centro, Camila, muy señora, alentaba a todos con su sonrisa cordial. Y Quiroga, bondadoso y fuerte, tenía en un puño a sus actores gauchos, muy vestidos a la inglesa. Y los poetas miraban a las jóvenes actrices con la codicia de lo que se sabe va pronto a perderse. Los pintores les tomaban siluetas. Ellas, libres en su mayoría, parecían decir que para ocasiones dichosas se han inventado los viajes. Disfrutaba yo el convivio en silencio. Hablé unas palabras por compromiso. Mi imaginación andaba acaso distante. Al regreso, en el tren, una de las chicas de la compañía tomó asiento a mi lado; tenía curiosidad, dijo, de tratarme; era compositora de música en sus ratos de ocio, y aspiraba a escribir piezas de teatro, no sólo en representarlas. En escena la había advertido apenas, de dama joven o poco menos, porque era de muy pocos años; tenía los ojos negros llenos de ingenio, el color blanco azulado de las argentinas y la perfecta clara dicción que siempre me ha seducido en la mujer; para lograr esa dicción hacen falta unos labios delgados y nerviosos, como los de aquella jovenzuela despierta, geniecillo en potencia y flor en brote. ¿Podría yo negarle el homenaje de dar aquí su nombre de pila? Ella no me negó, años más tarde, en la derrota y el destierro. Se llamaba Eugenia. Ambición de gloria empujaba la juventud de Eugenia por dos o tres caminos diversos; ciertos tangos suyos andaban ya impresos por Buenos Aires, pero también sentía vocación para la pintura. En consecuencia, la llevé una tarde a visitar la escuela al aire libre de Coyoacán. Allí le dio conferencia Ramos Martínez. Pensó Eugenia que quizá el cinema le reservaba triunfos, y allá fuimos a unos talleres privados para obtener la prueba. Ninguna aventura la arredraba; así es que en menos de quince días estuvimos envueltos en una de esas rachas de ilusión y de goce que simulan el esplendor de lo eterno, aunque

apenas al día siguiente se gasten y se corrompan. El temor de crear compromisos que pesan sobre toda la vida nos mata bruscamente estos ensayos de felicidad. La murmuración que sigue en todos sus pasos al hombre público acaba por romper el encanto. Cierta mañana, uno de los semanarios humorísticos publicó una caricatura: En el pupitre de una sala de escuela primaria estaba yo de profesor; en los bancos, uno de mis secretarios jóvenes aparecía de pantalón corto; en el muro, el mapa de Sudamérica. Y preguntaba el maestro:

—Jaimito: ¿en dónde está la Argentina?

Y el chico respondía:

—En el Hotel Guardiola.

Todo el mundo sabía que ésa era la residencia temporal de la compañía de comedias...

Partió la compañía, completa en su personal.

EL PROCONSULADO

(Fragmento, 1939)

LA PARTIDA

NO LA ANUNCIAMOS, pero tampoco la ocultamos; no queríamos provocar reuniones públicas, que en el trayecto diesen lugar a atentados nuevos, con pérdida de la moral que debía mantenerse intacta para la prueba de las elecciones. Comenzaba noviembre y ya en el extranjero se daba por segura nuestra derrota. Cartas de Valeria me comunicaban la reacción de la gentecilla intelectual seudoizquierdista que se congregaba en Nueva York al amparo de los cursos bien pagados de lengua española, en Columbia y otros institutos. Atentas a la veleta del éxito, al principio habían rodeado a Valeria, le habían simulado adhesión; luego, cuando el asesinato empezó a crear dudas, cuando se vio que sólo un esfuerzo armado de todo el país podía salvarnos y que ese esfuerzo lo vedaban los banqueros de Wall Street, los radicaloides la desertaron. Entre ellos había unos cuantos que habían de figurar con ventaja en la tragedia comunistoide española, aunque por el momento ni lo sospechaban. En la ocasión eran todos muy respetuosos del barómetro de Wall Street con *mister* Morrow, de Procónsul, de Profeta. Cenar en la casa de *mister* Lamont, el socio de Morgan, era para ellos el honor más preciado. Los protestantes y judíos de la Columbia, enterados de lo de México, a sueldo de Calles, muchos de ellos se volvieron contra Valeria, que de mi parte no recibía sino censuras por andarse metiendo con aquella gente, cuya amistad es inútil para la lucha y costosa en el triunfo.

Gastaba en vano Valeria su claro talento, en la pretensión de remover el sentimiento racial de aquellos vendidos al pretorianismo y el monroísmo. Pero no quería volver a México. Sólo regresaría a la patria, escribió, si todo aquello cambiaba. De otra manera, prefería la ruina y la miseria a vivir en la humillación de estar soportando las caras de asesinos ensoberbecidos con la protección del yanqui.

En esto último coincidíamos. De despedida, me invitó a su casa, a comer, Gómez Morín; asistió Vázquez del Mercado. Al terminar el

almuerzo salimos a dar una vuelta por las calles de su colonia, que se hermoseaba rápidamente. "Cómprense una casa de éstas bonitas —dije a los dos, y añadí—: hagan dinero ustedes que pueden hacerlo a la buena; me causa angustia ver a todos mis amigos de pobres, a todos los mexicanos de parías, en tanto que el extranjero disfruta de todas las ventajas". Rieron y bromearon y en cierto instante Alberto Vázquez del Mercado, manifestó: "Tengo por allí unos quinientos pesos libres, quiero que los acepte como contribución mía a su campaña..."[16].

No necesitaba de momento aquel dinero. Para el viaje acababa de darme el señor Rodríguez y se me habían prometido a Mazatlán dos o tres mil pesos, que por cierto ya no me llegaron. De suerte que le dije a Vázquez del Mercado: "Usted ahora tiene poco dinero; esos quinientos pesos quizás le representen un sacrificio y por de pronto no me hacen falta; pero ustedes ven cómo están las cosas; si no hay protesta armada, yo me tendré que largar de México, quizás para siempre, y la lucha de México me va a cerrar muchas puertas, aun en el extranjero. No será remoto que algún día, quizás muy pronto, me vea yo tirado en alguna distante metrópoli hostil; resérveme su ayuda para entonces... Me servirá, desde ahora, de consuelo saber que dejo por aquí amigos para un mañana difícil...".

Mucho se ha hablado, más tarde, de que si tales o cuales personas han sido ingratas o si he sido yo ingrato con los que me ayudaron; luego desistieron. Lo que sé decir es que mi manera de mostrarme agradecido con los que me hayan ayudado es mantenerme fiel a la causa porque todos luchábamos, aunque ya no sea esa misma la causa de los que me ayudaron. En consecuencia, no me considero en mora con nadie, mientras no quede convicto de deslealtad a mis propios ideales. Por ellos he sacrificado más que todos los que colaboraron conmigo, a excepción de los muertos en la brega, y aun en ese respecto puedo decir, hecha a un lado toda jactancia, que si no me tocó caer en ella no fue porque eludiese sus riesgos.

Sorpresa muy placentera nos dieron los del Comité de Irapuato, recibiéndonos, bajo nubes de tormenta política, con la misma efusión de otras veces y con número mayor de prosélitos. Ibamos ya casi de prófugos y, sin embargo, de cada ciudad del Bajío surgía el pueblo, no obstante hallarse ya diezmadas las directivas, con aprehensiones, expulsiones del territorio, atemorizados todos con el escarmiento y la amenaza. Entre los manifestantes se repartían socarrones los esbirros, tomando apuntes para las represalias del día siguiente.

De madrugada, tomamos el carro dormitorio y a las ocho, dos estaciones antes de Guadalajara, nos apeamos Herminio, Henestrosa y

el que escribe. Nacho Lizárraga y Pedrero nos aguardaban y nos transportaron a la capital de Occidente. El comité de Guadalajara, sujeto a dura presión gubernamental, nos había aconsejado no hacer una entrada pública por temor de que se repitiesen sucesos desagradables. Eso no obstante, se había organizado para ese domingo la manifestación, que según órdenes del Comité Orientador debería celebrarse en cada poblado del país, para hacer exhibición de nuestro número. El licenciado Michel, con el licenciado Navarro Flores, nos recibieron a la entrada de la ciudad. No había sido posible conseguir hospedaje en ningún hotel; todos se habían rehusado a alojarnos y lo mismo habían decidido numerosos particulares a quienes se pidió asilo en sus casas; sin embargo, el licenciado Navarro había logrado que cierta dama extranjera, una austriaca establecida años atrás en la ciudad, acomodada y valiente, nos otorgara hospitalidad.

Pronto estuvimos en una mansión espaciosa y bien puesta. La dueña de la casa, en la madurez de sus años, gallarda y distinguida, nos acogió con sencillez, nos llevó ante una mesa espléndida donde tomamos desayuno a la alemana con carnes frías y quesos, dulces, chocolate y frutas. No acabábamos de comer, cuando llegó una comisión de ferrocarrileros del Sud Pacífico; eran diez o doce y se ofrecieron para lo que fuese menester. La austriaca llamó por teléfono a un sujeto que fungía de gobernador provisional o cosa por el estilo y le gastó, delante de nosotros, una broma:

—Aquí tengo al candidato a la Presidencia.

—¿A quién —preguntó la voz—, a Ortiz Rubio?

—No, al verdadero, a Vasconcelos...

¡Ah, vaya!, sí sabía que andaba por aquí, pero no que usted lo hospedaba.

—Pues yo lo hospedo y se lo aviso por si usted quiere venir a saludarlo.

—¡No! No iré a saludarlo, no lo conozco.

—Aunque no lo conozca, basta que sea candidato de una porción tan grande del pueblo mexicano...

El funcionario cortó el diálogo y la austriaca reía. No transcurrió un par de meses sin que volviera a ver a nuestra amiga, pero en los Estados Unidos; la habían extorsionado, le habían hecho perder un negocio judicial, la echaron de su casa, la obligaron a dejar el país... Unicamente los de Norteamérica tenían, por entonces, garantías plenas. A los otros, *mister* Morrow les aplicaba el monroísmo que dice a los europeos: "*Get out, this country is ours...*".

Tenía yo empeño de presenciar el desfile que empezaba a las doce. Venciendo la resistencia prudente del licenciado Michel, que tenía no-

ticias de que pretendía la autoridad echarse sobre mí, pudimos obtener un balcón. Y se corrió aviso a los clubes de que estaría yo en él tan sólo el tiempo necesario para decir un discurso. Se reunieron a mediodía, frente a nuestra calle, varios miles de personas, contingente parcial de las columnas que recorrían la ciudad, y hubo otra vez ruido y aplausos. Desde el balcón, informé que a nadie debía sorprender si más tarde no se sabía mi paradero; que fuese todo el mundo a votar el domingo próximo, que yo para entonces estaría... quizás en Cananea, dije al azar... "Y más tarde —añadí—, si ya no puedo comunicarme con mis correligionarios, no importa, ya sabe cada uno lo que tiene que hacer".

Abajo, los polizontes se fueron juntando y apenas daban crédito a lo que veían; ninguno imaginó verme trepado en aquel balcón, en medio de una ciudad dominada militar y políticamente por nuestros enemigos. La gente nuestra no se disolvió, siguió su desfile por las calles principales, en tanto que nosotros volvíamos a casa de la austriaca para recoger maletas y tomar el tren del norte, que salía a las doce. Nos despedíamos de nuestra generosa, valiente amiga, cuando llegaron otra vez los ferrocarrileros. No convenía que tomase el tren penetrando por la estación, como todo el mundo. Estaban allí polizontes con orden de aprehenderme. Me introducirían al *pullman* por el patio de la estación, y así se hizo. Me importaba en extremo llegar a Mazatlán. Herminio, Pedrero, Lizárraga, Henestrosa y yo burlamos a la policía local.

CUMPLE LA CAPITAL

El gremio de telegrafistas, en su mayoría absoluta, estaba con nosotros, y los conductores platican con los despachadores. Así es que desde por la noche nos llegó la gacetilla verbal: en toda la República nuestra demostración de fuerza había alcanzado éxito lisonjero. Pero la capital dio el ejemplo máximo. Más de cuarenta mil personas habían desfilado bajo nuestras banderas. Los ánimos, tranquilos al principio, se habían exaltado cuando al pasar los manifestantes por la avenida Juárez, de una casa alquilada por los del partido oficial, un grupo de líderes había pretendido burlarse de los que desfilaban. Rápidamente, de los insultos se pasó a las obras; se libró una escaramuza. El asfalto de la avenida no ofrece ni un guijarro. Los de la casa hostil sacaron pistolas y dispararon. La muchedumbre se enardeció. Y las mujeres no corrieron, animaron a los hombres. Desgarrando algunos sus camisas y mojándolas en la ga-

solina de los autos que habían quedado atrapados en el tumulto, las prendían, las arrojaban sobre las puertas y los balcones de los agresores. Huyeron los rufianes de las puertas y de inmediato se les vio despavoridos buscando escape por las azoteas. La policía se presentó a defenderlos comandada por un tal Quintana, el que hizo hablar a Toral maltratándole los hijos en una habitación contigua. Sobre él cargaron los nuestros, dispersando, desarmando a los polizontes. El propio Quintana estuvo a punto de ser linchado; pero lo salvó Medellín Ostos. La inútil generosidad sólo sirvió, por supuesto, para enconar a los esbirros. Envalentonada, la multitud hubiera asaltado y destruido las oficinas del partido oficial en la Reforma. Palacios Macedo y Medellín Ostos la disuadieron con tino. Pero lo que quizás ya no tuvo sentido fue llevarla a Chapultepec a pedir garantías. A la entrada del Castillo esperó Eulogio Ortiz con toda la guarnición de la plaza, de bayoneta calada. Tembloroso, pero insolente, interrogó: "¿Qué quieren, tales...?". Parecía inminente un choque en que el pueblo desarmado hubiera llevado la peor parte. La presencia de ánimo de Palacios Macedo salvó la situación. Volviéndose a los manifestantes hizo correr la voz: "Canten el Himno Nacional". La misma tropa pareció vacilar. Y Palacios Macedo expuso: "Venimos a pedirle garantías al Presidente". No sé si entraron o no a ver al seudopresidente. La manifestación se disolvió. Había cumplido su objeto. Los militares vieron que era el pueblo entero lo que había que demoler. Y esto mismo, con ligeras variantes, ocurrió en cada poblado del país. Las órdenes para la represión implacable no se hicieron esperar; estaban ya dadas según pudimos comprobarlo el lunes siguiente en nuestro propio recorrido.

INJURIAS Y AMENAZAS

Todo el día fue de malas ocurrencias. En Ixtlán, los pocos que se decidieron a presentarse a la estación nos informaron que el partido estaba prácticamente disuelto en el pueblo, por la racha de las persecuciones. Lo mismo se nos iba diciendo en cada estación de parada, y respondíamos: "Corran la voz: al día siguiente de la elección debe desconocer al Gobierno todo el que cuente con un rifle y decisión...". Al oscurecer, detúvose el tren en Compostela. Al lado de nuestro vagón se instalaron quince o veinte facinerosos armados, que comenzaron a vomitar injurias. Simulaban ser el pueblo, pero los del ferrocarril nos informaron

que eran concejales y polizontes. "Baja para que te veamos la cara... ¡Muera la Reacción...! ¡Viva Ortiz Rubio...! ¡Muera Vasconcelos...!" El escándalo alarmó a los pasajeros. Entre ellos se hallaba la esposa del doctor Fernández de Castro, con el bebito que meses antes había yo apadrinado en Celaya. Iba a reunirse con el doctor en Sinaloa; los habían obligado a cerrar el consultorio; habían perdido la botica, los echaron del pueblo por vasconcelistas. Mi compadre era el presidente del club local y a toda la directiva la habían dispersado.

Cuando arrancó el tren de Compostela, un conductor pasó y dijo: "No se preocupen, éste es un pueblo tal, pero ya vamos a entrar a la zona en que ustedes mandan. Tepic los está esperando en masa y mañana Mazatlán...".

A la una o las dos de la mañana paramos en Tepic. Ninguno de nuestros amigos subió para la bienvenida. En cambio, en el interior de la estación, frente a los vagones, tocaba una murga, rodeada de treinta o cuarenta piojosos. Y vociferaban como los de Compostela, y corrió la voz de que intentaban abordar el convoy. Un teniente se movió entonces y puso soldados que lo impidieron, pero la grita organizada en contra nuestra seguía. ¿Qué había pasado con nuestros amigos? "Allá están —informó un ferrocarrilero. Del otro lado de la estación hay una multitud, pero no los han dejado acercarse. Un destacamento circunda la estación y a su amparo gritan contra ustedes, todos esos alquilados del Municipio".

TRAGICO DIA

Dormimos unas horas tranquilas, más allá de Tepic. Temprano, la luz nos levantó. Desayunamos en el comedor del ferrocarril. Afuera, un sol clemente hacía relucir los campos húmedos de rocío. En la estación, que corresponde a San Ignacio, asomamos en busca de caras amigas. Por la estrecha, solitaria entrada, vimos a una joven que se apresuraba. Era la señorita Idar, que dijo: "No quisieron acompañarnos los hombres pero aquí estoy yo...". No había esperanzas de resistencia armada por ese rumbo, por eso se marchaba ella de allí; todos sus esfuerzos habían sido inútiles, nos acompañaría a Mazatlán. Su familia aconsejaba el viaje, dado que en el pueblo su situación se había hecho imposible. La presión de autoridades recién instaladas era terrible. Estaba San Ignacio muy distinto de como lo habíamos visto al principio del año. Los concejales electos habían sido despedidos.

Una estación antes de Mazatlán empezaron a subir nuestros amigos. Contaban de choques habidos la víspera, entre grupos de vecinos y las autoridades, en cada uno de los poblados que cumplieron la orden de consumar un desfile para despliegue de nuestra fuerza electoral. "Mazatlán —dijeron— está bien. Todos sus habitantes deben hallarse para esta hora en la estación, esperándolos". Así fue. La multitud se hizo otra vez la ilusión de su libertad, llenando el espacio que media entre las casas y la vía férrea. Claros colores de los trajes femeninos, alegría de banderas, músicas. Y en trocas de los ranchos, grupos de veinte, de doce hombres, de pie saludaban. Descendimos, aceptamos las bienvenidas, las flores, los vivas; una partida de rancheros armados nos rodeó para escoltarnos. Al soslayo enseñaban, en la bolsa trasera del pantalón, las cachas de sus pistolas. Sí, aquello era necesario. Desde por la mañana, la policía había estado golpeando a la gente del pueblo. Habían pretendido disolver la manifestación. "Querían que no encontrara usted a nadie en los andenes. Pero aquí estamos. Sin embargo, hay que irse con precaución. El jefe de las armas ha emboscado tropas a medio camino, detrás de la barda del cementerio". Y comenzó el desfile hacia la ciudad: millares de peatones, hombres, niños y mujeres, coches particulares, camiones de servicio, caballos, carretas. Y en todos los rostros, la resolución de avanzar, costase lo que costase. Por delante, marchábamos nosotros.

No llegábamos aún al lindero de la ciudad cuando unos cuarenta de a caballo nos salieron al paso, sable en mano. Hubiera sido fácil barrerlos con unos cuantos disparos de los que me cercaban, pero a la derecha las bocas de las troneras, en el muro del panteón, apuntaron. Se habría producido una carnicería inútil al primer disparo. Quizás eso era lo que querían las tropas. Alegarían después que el pueblo se había amotinado. Sin apearse del caballo, uno de los jefes de la policía se me encaró: "De orden del Presidente de la República, están prohibidas ya las manifestaciones". Repliqué: "Todavía por unos cuantos días acatamos todas las órdenes del Presidente: disponga usted lo que ha de hacerse; nada más le pido que no se haga daño a las mujeres, a los niños". Se apeó entonces y tras breve plática se convino en que yo tomaría un auto, me adelantaría hacia la ciudad, acompañado de media docena de los principales. A la multitud se le rogó, en mi nombre, que se dispersase. Me embarqué en un auto espacioso, con don Manuel Bonilla al lado y Ahumada. Pedrero, Lizárraga, en los asientos delanteros. Miguel Angel Beltrán con dos de los suyos, montó sobre el motor.

Al rato supimos que, apenas adelantamos, el polizonte violó su palabra, ordenando una carga contra los manifestantes. En la refriega,

entre otras víctimas, hubo un niño degollado de un sablazo, en los brazos de su propia madre. Lo que vimos luego fue que lo de meternos por delante en un auto había sido una celada. Pues mientras todos nuestros partidarios quedaban atrás, cortados de nosotros, por la caballería policiaca y por las tropas, nosotros, en la ciudad vacía de habitantes, fuimos a dar con grupos enemigos apostados deliberadamente para atacarnos. En la esquina de una de las plazas del centro, apenas nos reconocieron, se lanzaron los rufianes sobre nuestro automóvil. Llegó hasta el estribo, prendiéndose al carruaje en marcha, un tipo de apodo conocido, matón de oficio. Un certero porrazo dado con la mano por uno de nuestros amigos lo echó en tierra, lo que desconcertó a los demás. Forzó el paso la máquina y una gritería infernal nos persiguió por la espalda. Según desembocamos a la calle del hotel, vimos que todo el frente del edificio estaba ocupado por una chusma de alquiler. Miguel Angel tomó entonces una resolución que lo comprometía, pero que nos salvaba. "A mi casa", ordenó. Y como nadie nos eperaba por aquel rumbo, en unos minutos estuvimos instalados en cómoda, hospitalaria mansión del rumbo de las Olas Altas. El plan de los del Gobierno había sido dejarnos sin posada, a dar vueltas en auto, como prófugos, por toda la ciudad.

"Estamos decepcionados de Mazatlán —decían los nuevos amigos nuestros—. Ha bastado con que cambiaran el Ayuntamiento y vinieran de México hace apenas diez días unos cincuenta polizontes desconocidos, para que toda la valentía tradicional del puerto se vea deshecha..."

Sin pérdida de tiempo comenzamos a celebrar conferencias. Nacho Lizárraga me llevó a los seis o siete que tenían por la comarca partidarios con posibilidad de empuñar un rifle. Era un martes. Los días que faltaban para la elección había que emplearlos en concertar el alzamiento inmediatamente posterior. El domingo siguiente eran las elecciones. Apenas depositase mi voto partiría en secreto para el sitio en que hubiese cien, doscientos hombres armados. Nadie opuso reparos al plan: se habló de correr la voz. Se convino en que esa misma noche, a las diez, celebraríamos nuevo consejo para hacer recuento de elementos de guerra. La ciudad estaba alarmada, ya no indignada, pese a los muertos, los heridos del ataque imprevisto de por la mañana. ¿Se decidiría a votar, ya no digo a secundar un ataque? Entonces, para dar un poco de tranquilidad, así fuese ficticia, y dado que la agresión había partido de la policía, resolvimos poner un mensaje a Portes Gil denunciando los atropellos policiacos y pidiendo se retiraran los polizontes y se encargara de cuidar el orden en la plaza el ejército. De paso se obligaba al ejército a sacar la cara y asumir la responsabilidad. Como resultado

práctico, por otra parte, no esperábamos cosa alguna. El comandante de la policía era hermano del jefe de las armas. Y éste se paseaba a caballo, cada mañana, con el jefe de los esbirros que habían mandado de México.

Portes Gil, siempre dispuesto a la comedia, contestó al día siguiente lamentando los atropellos y poniendo la plaza a cargo de los militares. Retiró la comandancia los que obstruían la entrada al hotel y pudimos dejar la casa de Miguel Angel, donde había familia muy valerosa y adicta, pero que no era justo comprometer...

La gravedad de la situación se nos reveló más tarde. A la junta de jefes, convocada para las diez de la noche, sólo concurrieron dos o tres, de los doce comprometidos. Y estos tres no precisaron gran cosa, prometieron dirigirse a sus regiones, hablar con sus hombres y volver. A una segunda junta, que convoqué en el hotel días después, ya no fueron ni los tres. Y allí estaba en el puerto el general Bouquet, desembarcado en avión de la Laguna y en peligro de ser identificado por los federales que no le perdonaban las zurras que les había inferido. Y les era fácil perjudicarlo, puesto que era uno de los jefes ex cristeros, amnistiados meses antes, o sea, señalados para víctimas de la primera ocasión en que se les pudiera herir a mansalva. Forzando mucho a los que se habían comprometido, obtuvo Miguel Angel que un conocido ranchero se llevara a Bouquet, lo escondiese en su finca, mientras se lograba poner a sus órdenes algún contingente armado. Di a Bouquet un abrazo de despedida y le dije:

—Al recibir aviso de que tiene usted a sus órdenes siquiera veinte hombres, iré a reunírmele.

No era él de esa opinión y me lo dijo:

—No aceptaré la responsabilidad de tenerlo a mi lado, mientras no cuente con el dominio de una región.

Otros jefes habían dicho lo mismo: "Con usted no porque nos cargan todo el ejército. Déjenos solos, mientras podemos hacernos fuertes".

En cierto modo era yo un apestado, aun para los míos; un compromiso, por lo menos.

Lugares dónde esconderme no faltaban en el campo y en la ciudad, pero desde un principio me había pronunciado contra este proceder, que reduce al jefe de un movimiento a la impotencia, aparte de que, privándolo de medios de comunicación, le quita también la fuerza que se deriva de la palabra. Era necesario no perder el contacto con la opinión pública. Y preferible escapar rumbo al extranjero, desde donde se puede hablar, a pasarse meses en el silencio de tumba de un encierro celosamente guardado. Pero antes de hacer lo que tuvo que hacer Ma-

dero, lo que tiene que hacer todo jefe que no quiere entregarse impotente en manos de sus enemigos —lo que salva su persona, pero compromete su causa—, procuré hallar sitio donde estuviese protegido por partidarios armados, así tuviésemos que andar a salto de mata por las serranías. Lizárraga se puso al habla con ex rebeldes de la comarca, sin excluir ni a los que gozaban reputación de simples bandoleros: una buena bandera es capaz de redimir a un Pancho Villa, con tal de que el jefe sea un Madero, no un Carranza. El sábado era víspera de la elección, y nada cierto se había concertado. El pretexto parecía ser el mismo. No podrían hacer nada teniéndome a mí entre ellos. En el mejor de los casos, podrían reunirse quinientos mal aprovisionados, lo que no era suficiente para resistir el choque de todo el Ejército; convenía dispersarse en guerrillas; para eso yo estorbaba; debía, pues, ponerme en lugar seguro, por lo menos alejarme del sitio en que la rebelión iba a comenzar. Me resigné a todo a cambio de la promesa de que no dejarían solo a Bouquet; a él debían reconocerlo como jefe militar así que yo me ausentara de Mazatlán.

En nuestro hotel las visitas no cesaban. Los buenos amigos de la primera vez no nos desertaron, volvieron a demostrarnos su cariño. Un panadero local me mandaba obsequiar cada mañana una torta de harina y huevos, incomparable. El dueño de una modesta zapatería me regaló unos botines de montar. Señoritas y señoras pasaban con nosotros la velada en los corredores del hotel. La encargada de éste, una española, nos atendía con solicitud conmovedora... Pero, en cuanto a la acción vigorosa que hacía falta, ninguna esperanza. Todo era más bien escuchar quejas. A éste lo habían golpeado, al de más allá le habían robado la pistola. A las puertas del hotel, un par de esbirros registraba los bolsillos y desarmaba a todos los que no tenían ira bastante para oponerse.

En vano pedí al jefe de la policía, que me visitaba todas las mañanas, simulando atención, que retirara a aquellos sujetos. Estaban allí ex profeso para molestar, amedrentar a los que me visitaban.

Lizárraga, Herminio, Pedrero, Miguel Angel y yo urgíamos a los más decididos, pero sin mayor éxito. A un ex coronel Kelly, que era la esperanza de cierto grupo, se lo estaba seduciendo el Gobierno con la promesa de una alcaldía. A otros, se les amedrentaba. Comprendí por fin el desastre, cuando pasando una noche por el corredor, que hacía de sala de espera y de reposo, percibí una conversación muy viva acerca de los preparativos del Carnaval. En Mazatlán se celebra esta fiesta con bastante animación, y en vez del himno de guerra vasconcelista del año anterior, la música de los papaquis comenzaba a embriagar a la ciudad.

Y ése era el pueblo famoso en la República por su altivez, su devoción a todas las buenas causas. ¿Cómo estaría el resto de la población...? Poniendo el lomo para el azote; luego, alzándose ufana para proclamarse libre e independiente... tal ha sido la farsa nacional desde Morelos y la Independencia que nos hicieron los ingleses, hasta nuestros días en que las elecciones nos la hacen los yanquis...

La última noche, víspera de las elecciones, grupos de pistoleros en camiones y trocas del municipio pasaban y repasaban debajo de nuestros balcones gritando insolencias, disparando al aire, vivando a Ortiz Rubio y a Calles. Frente a las ventanas de don Manuel Bonillas se instalaban noche a noche, acompañados de una murga, docenas de rufianes que se entretenían cantando burletas, injuriando al hombre más querido, más respetado en el puerto. A la familia de Miguel Angel Beltrán le impusieron vejación parecida en castigo de los días que me tuvo de huésped. Y en toda aquella ciudad de más de cuarenta mil almas que habían sido nuestras, no se levantó una mano para castigar a los malhechores. Los apoyaba la guarnición y eso bastaba para hacerlos intocables. Podían haber violado mujeres a media calle; no se mueve en nuestros pueblos la hoja del árbol sin la voluntad del teniente, menos contra el teniente. Y tenientes y generales se divertían en grande a nuestra costa. A tal punto que no creo que en los diversos atentados contra mi persona, siempre fallidos, hubiese intención formal de matarme... ¿para qué?, si detrás de mí no hubo sino gritería y el sacrificio deliberado de uno que otro mártir que servía de escarmiento y de advertencia a todo un pueblo desarmado. Pobre pueblo habituado a conformarse con el desahogo de cierta algarabía que simulaba libertades y luego se reduce al goce malsano de la sátira, la murmuración en privado.

La idea de que el voto entraña la obligación de sostenerlo contra la fuerza y el fraude, idea que tanto defendimos, no había creado convicciones.

"¿Qué opinan los americanos? ¿Cuenta usted con apoyos en los Estados Unidos?", me habían preguntado dos o tres coroneles con mando, que a través de amigos comunes y en secreto se habían comunicado conmigo... A todos respondí: "Los Estados Unidos estarán en contra de quien no han de manejar; por adelantado les digo que nada bueno podemos esperar del Norte; pero ésa debe ser razón para que ustedes me apoyen, no para que me abandonen...". Insensibles a este lenguaje del honor, que en otras milicias decide, los nuestros prefirieron abrazarse al partido que patrocinaba *mister* Morrow. A partir de entonces vi en nuestro instituto armado cosa parecida al de los constabularios de Filipinas. Constabularios supeditados al suave, pero eficaz procónsul, que era *mister* Morrow.

El mismo día de las elecciones, salimos temprano a Mazatlán por el tren que va al Norte. Para esperar a que se produjeran los levantamientos de Sinaloa, escogimos Guaymas. Desde allí, la complicidad de los ferrocarrileros me permitía regresar apeándome en alguna estación desguarnecida, para internarme por Quelite a la serranía, una vez que Bouquet entrara en acción. Me acompañaban Pedrero, Ahumada, Eugenio Méndez y Miguel Angel Beltrán. El pueblo de Mazatlán votó ese día con lealtad, aunque sabía, veía cómo era destruido su voto por las autoridades.

MOTINES Y VOTOS

Consecuentes con nuestro deseo, los del ferrocarril pararon el convoy en Estación Díaz y bajamos todos a votar. Todos los de la mesa eran vasconcelistas. Me proponía yo votar por el doctor Vásquez Gómez[17], en homenaje de su actitud generosa de la Convención, pero no había sino boletas impresas nuestras y del partido oficial. Suscribí una boleta de nuestro partido: no había habido allí disturbios, ni votación por el candidato oficial; lo mismo ocurrió en todas las aldeas donde no existía guarnición militar.

En los centros más poblados, la situación era bien diferente. Desde Mazatlán pregunté a nuestros amigos de Culiacán si había por allí manera de escapar con los que por la sierra adyacente había estado conquistando el doctor García para la rebelión. Se nos contestó que no debíamos pensar en presentarnos por la capital del Estado; se hallaban allí los nuestros más oprimidos que en Mazatlán. Políticos y militares coludidos habían hecho a un lado todo pudor y descaradamente perseguían a nuestros representantes, dispersaban a los correligionarios. Una carta, que recientemente me ha enviado un amigo para refrescarme la memoria al respecto, dice así:

> Pasó por aquí (Culiacán) Vasconcelos, el día de las elecciones, a bordo del tren ordinario, rumbo al Norte. Antes había llegado a Navolato una porra para que con la de aquí se le hiciera una manifestación hostil. El doctor García proyectó tomar a Vasconcelos en automóvil en alguna estación anterior a Culiacán, para lo cual contaba con la ayuda de todo el elemento ferrocarrilero, y reinstalarlo en su tren en alguna estación posterior a Culiacán; pero como al mismo tiempo gestionaba con el gobernador y el jefe de las armas que se dieran garantías y ambos prometieron darlas, ni siquiera se informó a Vasconcelos del proyecto. Y congregamos una gran masa de adeptos para recibir al candidato en la estación...

En efecto, cuando el tren se detuvo, subió primero la policía a decir que podían entrar a verme los que yo designara; pedí desde luego que dejaran pasar a los de mi directiva local y subieron el doctor García y don Benjamín Gutiérrez, creo que también el señor Leyva y Verdugo...

Y me informaron de situación parecida a la de Tepic, de pocas noches antes. El pueblo estaba afuera de la estación, pero las porras, protegidas por las tropas, le impedían acercarse. Un tal Soberón, emparentado con Aarón Sáenz, yerno de Calles, a caballo, al lado del jefe de la policía, vigilaba que las porras cumpliesen, y periódicamente exclamaba: "A ver, a ver, van a ver cómo se trata a este pueblo tal", y hacía que los de a caballo arremetieran contra una muchedumbre desarmada, en la que había mujeres y niños.

Ansiosamente recomendé al doctor García: "Manden emisarios por la sierra, por las aldeas, digan que desde mañana deben empezar en todo el país los levantamientos...". "No creo que por aquí haya muchos que se levanten —confesó el doctor García—; ya hemos hecho la lucha, pero no garantizo el resultado; la gente no se ve decidida para eso..."

Al llegar a la última cabecera de distrito sinaloense, Miguel Angel Beltrán, que nos acompañaba desde Mazatlán, se despidió de nosotros llevando en la mano el mensaje que redacté a las seis de la tarde, hora del cierre de las casillas; estaba dirigido a México, al Partido y a los diarios. En él declaraba yo lo convenido: "Que habiéndose consumado la elección, por una abrumadora mayoría en mi favor, desde ese momento me declaraba el Presidente electo".

Por la noche, nuestro paso por Navojoa provocó un motín. Las tropas y la policía impidieron el acceso de los nuestros a la estación. Nuestra buena amiga doña Sofía Ayala apostrofaba una contraporra de nuestros partidarios, pero en vano; a los verdaderos porristas los amparaba el ejército. Salazar Félix se impuso y entró hasta el *pullman,* en que nos disponíamos para dormir.

—Allí tengo gente armada —informó—, les quieren asaltar el tren, del lado del puente, pero yo tengo allí cuarenta hombres, vayan sin cuidado...

—Bueno, Salazar, ¿y de lo otro? Ya llegó el momento.

—Descuide usted —respondió—, aun dentro de la policía local contamos con gente comprometida.

—Bueno, sin ir a cometer suicidio, aprovechen la primera ocasión, adiós, adiós...

EMPALME

Temprano desembarcamos en Empalme, ciudad de ferrocarrileros, donde nos sentimos en casa. Toda la plana mayor nos esperaba en la estación avisada por Ahumada, que se había adelantado una jornada a fin de obtener alojamientos. El alto Corrales, todavía excitado, refería cómo los habían atropellado la víspera, cada vez que lograban dominar una casilla electoral. Porristas seguidos de polizontes y amparados por las bayonetas del ejército los habían golpeado, les habían arrebatado las ánforas de la elección. Y concluía él, y todos: "¡Ya perdimos!, nos ganaron a la mala, pero ya perdimos". "No, Corrales —aseguré—, ahora empezamos".

Media docena de casas de empleados del ferrocarril estaban a nuestras órdenes. "Si quiere esconderse —advirtió Corrales—, de aquí no lo sacan, aquí está entre los suyos". "No, no se trata de eso. Pensamos seguir rumbo a Guaymas ". Era preferible procurar mantener comunicación directa con el resto del país, mientras se pudiese. Y sólo aceptamos que nos llevaran a almorzar. Después de un buen almuerzo, en una casa particular, en autos y trocas de los que se ofrecían a acompañarnos, tomamos el camino de Guaymas, poco distante. Al acercarnos a Guaymas, la escolta que resguardaba un puesto del camino nos marcó el alto, intentó quitarles las pistolas a mis acompañantes. Uno de ellos rogó al teniente que le permitiera comunicarse con el jefe de las armas de Guaymas. El teniente accedió. Se explicó que los que traían pistola portaban la licencia respectiva y se obtuvo la orden de que no se nos desarmase y se nos dejase seguir adelante. Minutos después llegó a nuestro encuentro un auto tripulado por militares de alta graduación. Se apeó un coronel, cuyo nombre se me ha borrado y que sólo designaré en lo que sigue como el coronel. Era jefe del estado mayor del jefe de la Zona. Antiguo federal, graduado del Colegio Militar, no carecía de maneras, aunque se hallaba ligado íntimamente con los políticos del partido oficial. En su corazón odiaba a todo el mundo, sin duda por haber tenido que cambiar chaqueta, del huertismo a la revolución. Dijo "que venían a darnos la bienvenida de parte del jefe de la Zona y a ponerse a mis órdenes, a escoltarnos". "No necesitamos escolta —advertí—, son policías los que nos han estado atacando en todo el recorrido". Pero insistió: Por lo menos aceptaría yo caminar con él en su auto, me dejaría en Guaymas, a la puerta de mi hospedaje. Dejé el coche en que venía con mis amigos y pasé al auto del coronel, que se puso él mismo a dirigir. En el asiento de atrás, dos ayudantes se mantuvieron silenciosos, pero el coronel hablaba...

—Debe usted de venir muy fatigado... Si quiere, deje a sus amigos que arreglen su instalación y nosotros nos vamos directamente a la playa, al baño de mar. Yo tengo allí caseta y ropa, no le hará falta nada.

—Le agradezco mucho, coronel, pero el primer día, por lo menos, no he de separarme del hotel, porque habrá quien quiera verme, tengo telegramas que redactar, etc...

En el hotel que habían recomendado los de Empalme tomamos tres o cuatro habitaciones para Pedrero, para *el Güero* y el teniente coronel Méndez. Los militares no se despidieron a la puerta, se metieron al hotel y se instalaron en un rincón del vestíbulo. Allí se estuvieron observando, mientras yo recibía, a la vista de todo el mundo, en una de las mesillas del salón, a numerosas personas que empezaron a llegar. Al mediodía, mandé que les sirvieran a los militares un aperitivo y lo aceptaron. Al sentarnos a la mesa, invité al coronel, que comió a nuestro lado.

Y delante de él, sin embozo, contesté las preguntas de una entrevista que me hacía, como corresponsal de los diarios de la capital, nuestro amigo el poeta Iberri.

—Soy desde esta fecha el Presidente electo... Ahora, al pueblo le toca decidir qué es lo que se hace si desconoce el Gobierno el resultado de la elección.

Hacía falta, es claro, la declaración de las Cámaras, pero si ésta era adversa, para mí era lo mismo, yo sabía que había ganado y era yo legalmente la única autoridad del país. El Gobierno provisional no había tenido otra misión que convocar a elecciones y consumarlas...

El coronel se mostraba obsequioso, deferente pero franco.

—Por supuesto —observó, así que se hubo retirado el corresponsal—, no tendrá usted la menor duda de que el Congreso fallará en su contra...

—Lo sé, coronel, por eso, desde ahora, me ando llamando Presidente electo.

—Pues yo, licenciado, soy militar; yo obedezco al que sea presidente; ahora obedezco a Portes Gil; si mañana usted es presidente, a usted lo obedezco...

—Eso es muy cómodo, coronel. Además, así el sueldo sigue corriendo...

Hubiera querido que se levantara de la mesa ofendido, pero no se mostró susceptible. Concluida la comida, me retiré media hora para la siesta...

Por la tarde, el número de visitantes había aumentado de tal modo que estaba lleno el vestíbulo y todavía en la calle, se apretaba el gentío...

Alguien llevó una música. Entre los visitantes, los curiosos, había muchas mujeres, buenas mozas en su mayoría, aun las de la clase humilde, y me ocurrió decirles, al centro del espacioso salón: "A ver, todos a bailar", y se improvisó así una fiesta que duró varias horas.

Los militares se turnaron, no se retiraron. Un nuevo grupo de oficiales siguó instalado en un rincón del vestíbulo.

CONTRADICCIONES NEFASTAS

Ninguno en Guaymas se fue para atrás. Antes de que la noche cerrara, ya habían estado a vernos todos los amigos viejos, y otros nuevos, añadida la masa anónima de buena gente, que iba, según decía, para evitar con su presencia que los militares fuesen a cometer una de las suyas. La mayor parte de las conversaciones habían versado sobre los episodios de la violación electoral. No habían encontrado las autoridades, en todo el pueblo de Guaymas y pese a la desocupación extendida, una docena de maleantes con que formar porra. Se rumoraba que, dentro del personal de la guarnición, ciertos oficiales sospechosos de vasconcelismo habían sido arrestados con pretextos varios, el día de la elección. Ellos, sin embargo, no habían impedido que los del Municipio se alzaran con las urnas; la votación, seguramente, nos había sido favorable, pero las actas no aparecían. Resultado semejante se había producido en todo el país, según confirmaban, ya entrada la noche, los telegrafistas que amistosamente nos comunicaban nuevas. En todos los lugares del país, las escoltas se habían presentado en las casillas electorales a manipular la elección. El propio Ministro de la Guerra, Amaro, había dado orden a todas las guarniciones de que no se permitiera que los vasconcelistas dominaran una sola casilla y que se disgregara por la fuerza cada mesa electoral en donde la mayoría antigobiernista fuese patente.

Lo que más nos desagradó, así que llegaron a los dos días periódicos de México, fue el ver, al lado de mis declaraciones afirmando haber ganado la elección, por lo que me reputaba Presidente electo, un testimonio del licenciado Calixto Maldonado, que decía: "Se ha asesinado a la democracia, no ha habido elecciones; los atentados las impidieron...". Menos mal que también publicaron las declaraciones leales del señor Góngora, el presidente del Partido, expresando lo convenido y lo justo conforme a la verdad, o sea, textualmente: "A pesar de los atropellos notorios, el pueblo acudió a votar. Hemos ganado por mayoría absoluta

de votos y desde este momento, para mí, Vasconcelos es el Presidente electo".

La ira me hizo arrojar el periódico. ¿Cuál era la causa de aquella mala pasada? ¿Quién llamaba a Maldonado a declarar?

Y el daño que hizo fue grande; no sólo el daño, también el ridículo. Supe posteriormente que en Los Angeles el general Manzo y el general Fausto Topete, desertados a la sazón, habían comentado: "¿Qué clase de partido tiene Vasconcelos en México, que le contradice en sus propias declaraciones; afirma que no hubo elección, mientras él se declara Presidente electo?". Tenían razón evidente. ¡Qué clase de partido fue ese llamado Antirreeleccionista, gomista, de la capital, todavía lo verá el lector, cuando lleguemos al relato de la expulsión con que me obsequiaron para congraciarse con el enemigo!

Por lo pronto yo estaba atado. En el telégrafo me recibían mensajes, pero luego, en la capital, los interceptaban, los sustraían, los falsificaban. Una comunicación extensa me llegó a Tampico. Me daban cuenta del resultado de la elección, indudable respecto al número favorable de votos, pero deshecho por el fraude, el asalto a las casillas, el robo de las ánforas. Concluían pidiéndome instrucciones. Contesté: "Instrucciones ya las tienen; procedan". En idéntica forma respondí despachos parecidos, todo para que a los pocos días viésemos en los diarios de México, que me hacían declarar lo que el Gobierno decía que yo decía; en cierto comunicado se me inventaba una orden a mis correligionarios de que no alteraran la paz, que aceptaran la derrota.

¿De qué manera contradecir esta versión, si ya no contaba ni con los medios de comunicación ni con los diarios? Sin embargo, no desesperé. Nadie podría creer infundios; todos habían sido advertidos de que podría darse el caso de que me atribuyeran declaraciones falsas. Y recordé que en tiempos de Porfirio Díaz nos dijo el Gobierno que Madero desistía de la lucha, que Madero condenaba la violencia, que Madero se había vuelto loco; y sin embargo, nos ocupábamos de organizar bandas armadas, de sobornar oficiales para el asalto de los cuarteles. ¿Qué importaba, pues, la mentira oficial?

Otra información traían los diarios que nos disipó el enojo, que nos pareció de buen augurio por el cinismo que revelaba y la prisa que tenía el Gobierno de dar por terminado el caso electoral.

Publicó el Gobierno el cómputo de la elección el día mismo de las elecciones, en Ciudad de México, por la tarde; pero en Nueva York los diarios lo dieron a las once del día mismo de las elecciones como remitido de México por el partido oficial. Resultaba el aviso tan anticipado, que al ser confirmado horas después por la prensa mexicana se vio

patente que las cifras todas fueron forjadas la víspera de la elección o con anterioridad. La prensa yanqui, gustosa de ofrecer una prueba más del carácter perezoso del *greaser,* acogió la versión oficial de que perdimos porque los del Gobierno se apoderaron de las casillas muy temprano y nosotros llegamos tarde; la manía "del mañana", decían los yanquis, y en México, los poinsettistas dentro de su léxico desleal, sonreían y comentaban: "Les madrugamos". Nadie se detuvo a reflexionar que nada hubiese significado la demora de unos minutos, en caso de haber existido. aunque no ocurrió ni podía ocurrir en todo el país, pues no son las elecciones botín que se arrebata o se roba, sino justa de caballeros en que el voto cuenta lo mismo si se deposita a las nueve de la mañana o a las cinco de la tarde, en la hora última de la votación.

Tampoco advirtió nadie el cinismo, sin precedente, de dar por legítimo un cómputo, que se publicaba en Nueva York a las once, es decir, varias horas antes de la hora legal de la clausura de las casillas, tenida cuenta de la diferencia de horas entre México y Nueva York. Además, la extensión de nuestro país, la pobreza de sus comunicaciones, hace que un verdadero cómputo, para ser exacto, requiera varios días de estimación de los resultados. Nada de esto impidió que el comparsa de Morrow, el banquero Lamont, jefe de la Casa Morgan, publicara exclamaciones de júbilo y el mensaje en que felicitaba a Ortiz Rubio por su victoria.

Puede cualquiera ratificar los datos que menciono en los despachos de la Prensa Asociada de noviembre de 29. En el tan citado cómputo se daban a Ortiz Rubio dos millones de votos; al candidato comunista, mi amigo Triana, que no se había movido, cuarenta mil y, a mí, doce mil votos.

Y no hubo, por supuesto, un solo diario, ni en México ni en el extranjero, que comentara el cómputo, lo analizara, lo discutiera. El era la verdad oficial y bancaria, o sea, la verdad absoluta para los millones de esclavos del imperialismo, dominado entonces por los banqueros, hoy por los judíos seudocomunistas del *New Deal.* Y como es natural, si entre los mexicanos no había protestas por el cínico fraude, en el extranjero menos iba a ocuparse nadie de rectificar una mentira que favorecería a los de afuera.

Tan servil es cierta opinión, degradada frente a los informes que dan gobiernos y prensa, que personas de buena fe, por Sudamérica y Europa, creyeron que de verdad me habían derrotado, en lid electoral y porque "las masas " se habían decidido en favor del radicalismo de los callistas.

En el país, todo el mundo agachó la cabeza. El corresponsal de *El Universal,* el poeta Iberri, me hizo la valedura de transmitir al periódico declaraciones en el sentido de que insistía yo en haber ganado y que exigiría que el pueblo hiciera justicia. Lo que me gané fue un editorial que en dicho diario escribió un dispéptico, que en el ministerio me había adulado con éxito escaso. Se titulaba el editorial: "El error de Vasconcelos". El error consistía en no acatar el cómputo oficial, y predicar la rebelión. "Por lo menos —pensé— esto servirá para que se vea que es falso el otro rumor gobiernista, la versión de que yo me retiraba de la lucha, dejaba el campo libre a mi adversario y, peor aún, que recomendaba se le apoyase".

RUMORES Y ESPERANZAS

Días de ansiedad, de expectación, porque los rumores insistían: "Que ya se produjo un levantamiento en la Huasteca; que los cristeros se agitan, o que en Torreón había disturbios". Ciertos muchos de esos brotes, según se vio más tarde, no llegaron a plasmar en rebelión formal, porque no cundieron, no persistieron. Para crear desaliento, el Gobierno, valiéndose de los que entre nosotros claudicaban, corrió la voz de que todo había concluido. Así sucedió, por ejemplo, con la Directiva de Tampico, que por no haberse puesto a salvo, por alarde de valentía o por irresponsabilidad, en vez de esconderse, disolverse, como estaba ordenado, se dejó aprehender en masa. La llevaron a la capital y después de tenerla presa unos días, la echaron fuera, pero no sin haberle arrancado la declaración de que estaban "muy agradecidos al presidente Portes Gil porque los había tratado muy bien". Y así, en muchos otros casos, después de un susto, obtenía el Gobierno declaraciones que hacía circular ampliamente en el sentido de que todo estaba en paz, todo terminado y satisfechos los jefes del movimiento oposicionista.

Poco me afectaban estas circunstancias, inevitables en toda acción de conjunto. Nuestra atención estaba fija en lo que haría Bouquet, con los elementos de la comarca mazatleca que con tanto afán se habían preparado y armado. No llegaban noticias y esto me parecía de buen augurio. Entretanto, me visitaron emisarios de Navojoa y de Cajeme. "Estaban listos, ¿darían el golpe o esperarían a que yo estuviese puesto en salvo?" "No, que lo dieran, que no esperaran. Si los levantamientos crecían —les dije—, estos mismos militares que me tienen cercado va-

cilarán en su posición, nos tratarán mejor. Si no hay levantamientos, seré objeto de burlas". Uno de los emisarios era hijo de Pedro Salazar Félix. Más tarde supe que se levantó en armas con el padre. No los siguieron los comprometidos y pronto el ejército les dio alcance por la serranía, mató a unos cuatro, entre otros al excelente muchacho que me había entrevistado. Se salvó Salazar Félix, pero quedó prófugo y herido en el alma por el asesinato del hijo.

Un médico de Navojoa, excelente amigo cuyo nombre se me escapa, estuvo a verme, para decir lo mismo: que había modo de iniciar levantamientos pequeños. Le resolví: "Corra la voz de que se hagan, no esperen". Me hizo entrega de una pequeña colecta, no más de ciento cincuenta pesos, y partió. Parece que a la postre no fue obedecido, no pudo hacer nada.

Nuestro antiguo y generoso amigo el señor Vallejo, el de la Lotería, se empeñó en sacarnos del hotel. Abrió suscripción en el puerto y nos puso casa. Una antigua mansión espaciosa, con salas y alcobas, en los bajos, y arriba una pieza larga con balcones a la calle y una ventana sobre la azotea. Contemplábase en ella el panorama, no muy risueño, de un peñón que domina el caserío y lo limita. Por las mañanas, siempre acompañado de los militares, que nos seguían a todas partes, alquilaba un bote, atravesaba a remo la bahía y tomaba el baño de mar, unas veces en un sitio, otras en otro. Un boga del puerto nos hacía compañía, cuidaba del timón. Al bote subíamos, por lo común, Pedrero y yo con los dos oficiales. Permanecían éstos en tierra, mientras el boga, Pedrero y yo nadábamos. Por las tardes, nuestra casa se llenaba de visitantes. Pedrero recibía a los más, en los bajos, yo hablaba arriba con los principales, un rato, luego me pasaba largas horas solo, andando el cuarto de un extremo al otro, pendiente siempre del peñón árido, granítico, que empezó a sugerirme pasajes del *Prometeo* de Esquilo. Allí estaba yo encadenado por haber tenido la audacia de querer libertar a los mexicanos. En los bajos, el coro de la tragedia, compuesto de la gente del pueblo que no nos abandonaba, se entretenía comentando los sucesos, haciendo augurios pesimistas sobre el inmediato porvenir...

El relato que hice a Valeria, más tarde, de estas horas de reflexión solitaria le dio la idea de anteponer, a cada uno de los capítulos de su crónica extraordinaria, citas del *Prometeo* de Esquilo.

EL MAR RECONFORTANTE

Nuestro amigo el boga conocía recodos de la costa, desiertos y hermosos. A diario cambiábamos el lugar del baño. Una mañana, estuvimos pescando jaibas, con carrizo, echándolas fuera del agua a varazos, así de abundantes eran. Y desnudos al sol, secándonos al aire, recuperábamos fuerzas, después de aquel año de inútil brega. Los días pasaban iguales, con los mismos rumores, que un instante nos reanimaban, para ser desmentidos unas horas más tarde. A pesar nuestro, descubríamos que el poderoso entusiasmo del comienzo se había apagado. Los ferrocarrileros que llegaban de Guadalajara confirmaban que el interior se hallaba en calma. Pero nunca faltaba, para animarnos, la visita de algún conspirador. El presidente de nuestro club, el señor Félix, presentaba a los que no acudían directamente; por ejemplo, una conocida espía yanqui. Se hallaban los yanquis, en su mayoría, con el Gobierno, pero algunas partidas sueltas se acercaban hasta el mismo Guaymas, robando ganado. Alegaba la espía, que en la sierra podría yo encontrar refugio entre los indios. Y le dije que aceptaba. Que me uniría al primer grupo que se acercase a Guaymas. Tomamos informes de aquella mujer y resultaron contradictorios, ¡quién la señalaba como al servicio del Gobierno!, ¡quién creía en su sinceridad! Lo cierto es que nada formalizó. Y para cerciorarnos de si era posible burlar el encierro en que nos hallábamos, Pedrero y *el Güero* Cardoso se pusieron a observar. De día y de noche, nuestra casa estaba rodeada por soldados. En una de las esquinas dormía al aire libre un piquete. Y en los bajos de nuestra misma casa, en la habitación de entrada, dos oficiales mantenían guardia, remudándose para la vigilancia nocturna. Sin embargo, hubiera bastado saltar por el balcón, para ganar la esquina derecha de la manzana, que según observaron mis amigos no estaba resguardada. Por su parte, Corrales había ofrecido una locomotora, para llevarme en ella a donde fuese necesario. Lo increíble es que no hubo quien se acercara a rescatarme. Y en vano imploré, hablando con rancheros y ex revolucionarios de confianza, que se reuniesen seis hombres de a caballo. Con ellos ganaría el retiro de algún rancho, el escondite de algún punto de la serranía. "Es inútil —decían todos—, lo cogerán a usted en seguida". Y en efecto, ¿a dónde iba si toda la región estaba dominada por el Gobierno, pese a las partidas de abigeos? Pasaban los días y continuaba nuestra forzada inacción. De México ya nadie me escribía. De Los Angeles recibí carta de don Juan Ruiz; me urgía a que cruzara la frontera, que no esperase levantamientos, que ya había yo cumplido y no quedaba por lo pronto otra cosa que hacer.

El recuerdo del general Flores me obsesionaba. El también se quedó después de la imposición de Calles y su fallida candidatura, esperando lo que no ocurrió: que se levantaran en armas los que tenía comprometidos a hacerlo y en la espera, uno a uno, le mataron a sus fieles, en tanto que a él lo cercaban, dentro de su propio hogar, hasta que lo envenenaron. Y murió sin haber lanzado siquiera una protesta clara contra el abuso de que había sido objeto. Hasta el día de las elecciones, mi arma de combate había sido la palabra. Mientras estuviese en la República ya no podría hablar, puesto que prensa y telégrafo, todos los medios de expresión pública, estaban en poder de mis enemigos. Me estarían inventando lo que le inventaron a Flores: que había desistido de la lucha, que me conformaba con la derrota. Una carta que me hizo llegar la dama austriaca de Guadalajara me ayudó en mi decisión. "No es nunca prudente lanzarse a lo desconocido", decía refiriéndose a mi plan que le expuso Henestrosa, cuando lo regresé a Mazatlán para que dijera a Pineda, en el Istmo, que pegara si podía. El plan era esperar en Guaymas hasta que en alguna parte surgiese una partida armada a la cual agregarme. Esto, según la austriaca, era un acto de desesperación. Hay épocas de acometer y épocas de retirada, me decía, y aconsejaba que me pasase a los Estados Unidos para esperar allí los acontecimientos. Ahora era el pueblo a quien le tocaba actuar...

De los Estados Unidos, Ahumada, a quien comisioné para que estuviese informado, nos decía que estaban divididas las versiones: aseguraban algunos que yo regresaría a México, en paz con el Gobierno. En cambio, él y Rodolfo Uranga, y otros amigos, insistían en que la lucha debía continuarse. Uranga publicaba en El Paso excitativas para la rebelión.

¿Y Vito Alessio? Vito, desde un mes antes de la elección y después de su derrota en Coahuila, había traspuesto la frontera; se hallaba en San Antonio y no decía nada, no había publicado una línea. "Espera —me decían— a que usted esté libre del cerco en que hoy lo tienen, para hacer estallar a sus amigos de Coahuila". Mi plan de guerra, lo que después llamé Plan de Guaymas, estaba circulando en privado y vería la luz en los diarios tan pronto saliese yo del poder de los militares.

Por las tardes solían hacerme compañía los viejos amigos, Randall, Torcuato Marcor. Ni un solo día nos dejó este último sin visita, y de su escasa renta nos dio una moneda de oro de cincuenta, que sirvió para el regreso del *Güero* a Tampico. También nos acompañaban Vallejo y el señor Rico, Félix y un amigo suyo comerciante. Se platicaba en grande, aunque a menudo los dejaba solos para ver algún visitante imprevisto. Un tío de Lizárraga llegó de Las Chicuras. Me hizo entrega de

dos o trescientos pesos en oro, me ofreció un rancho suyo, por Mazatlán, para esconderme... Pero, ¿qué hacía yo escondido, perdido, privado de toda comunicación? Para esconderme me hubiera quedado en la capital, donde a docenas se me habían ofrecido sitios cómodos y seguros...

Dos semanas llevábamos en esta situación, cuando llegó, por fin, mi viejo ayudante joven Carlos Inzunza, de correo de Bouquet. Se hallaba Bouquet optimista. Ahora sí, parecía que le iban a dar los elementos prometidos. Serían en total unos cien hombres, con lo que bastaba para prender la mecha. Todos sentíamos que un levantamiento, bien anunciado por toda la República, provocaría otros muchos. Pero Bouquet exigía que me largase del país. Ya volvería cuando ellos pudieran mandar un contingente a la frontera. Por lo pronto, era yo el estorbo y el pretexto. Nadie iba a levantarse proclamando mi bandera, mientras estuviese en rehenes. Debía salirme de aquel cerco. Y no quedaba otro camino abierto que el del extranjero. Entonces fue cuando, de acuerdo todos, decidimos que partiría. La actitud del Gobierno en este caso era una incógnita fácil de descubrir. Avisé, en tono de simple aviso, al coronel, que cada mañana se me presentaba, que había decidido salir para el extranjero. Y en el tono de broma que a veces usábamos en la conversación, le dije, mientras acababa de vestirme para salir: "¿No ve usted que aquí les estoy estorbando a los amigos que quieran levantarse en armas?... Estando en poder de ustedes...". "No, licenciado. Ya sabe usted que nosotros simplemente le damos escolta de honor, no es usted nuestro prisionero. En fin, comunicaré su decisión al jefe de la Zona". Al día siguiente me dijo que contara con escolta para llegar hasta la frontera. Por su parte, el Gobierno hizo circular la noticia de que yo abandonaba la lucha y me dirigía a los Estados Unidos. ¿Qué otra cosa podía decir?

INTERVIENE EL PROCONSUL

Y la víspera de mi partida al destierro, llegó a Guaymas un personaje misterioso, que puso a trabajar la imaginación de los ingenuos pueblerinos. Descendió en avión, cosa rara por entonces, y empezó a preguntar mis señas, me mandó pedir audiencia, antes de las ocho de la mañana. Salía yo en ese momento para el mar y le dije que lo vería, de paso, en el hotel que da frente al embarcadero. Era Lloyd, corresponsal de la Prensa Asociada, que en seguida me dijo en inglés:

—Necesito hablar con usted dos, tres horas, de parte de *mister* Morrow; es algo muy urgente.

—Pues véngase al mar conmigo —le dije—, hablaremos mientras nadamos...

—No, le ruego que me excuse; lo esperaré, es algo muy serio, no he venido más que a eso y me quedaré hasta que pueda hablar con calma...

Me fui al baño. Los oficiales que nos acompañaron parecían intrigados. Corrió la voz de que el gringo era un agente especial del Procónsul.

¡Se ocupaba, pues, de mí el Procónsul, cuando el Presidente y los generales aparentaban no hacerme el menor caso!

—¿Por qué lo hace esperar? —rezongó Pedrero, comido de curiosidad—, deje el baño para otra vez, ya bastante se ha remojado en el mar...

—Lo hago esperar —le dije— por eso, porque viene de parte del Procónsul.

LE HACIA FALTA UN TELEGRAMA

Escuché al enviado de Morrow por más de una hora. Su actitud era amistosa, en extremo. Reconocía Morrow el gran esfuerzo democrático realizado; al mismo tiempo, la fuerza del Gobierno era incontrastable, pero yo lo sabía, él tenía influencia con los vencedores, ¿qué me parecería que me dieran —su vieja oferta— la rectoría de la Universidad Autónoma, para que desde ella continuara yo mi tarea de educar a las nuevas generaciones? Y para mis amigos, para mis partidarios y los compromisos políticos de la campaña, uno o dos puestos en el Gabinete de Ortiz Rubio.

—¿Y qué tengo yo que hacer para ganar todo eso?

—Muy sencillo, usted no hace sino firmar, aquí mismo, sin moverse de su escritorio, un telegrama que me da a mí, y yo lo haga circular por el mundo; un telegrama en que usted podrá declarar que hubo presión en las elecciones, que no fueron limpias, pero que, a pesar de eso, usted, por patriotismo y para evitar mayores males, reconoce el triunfo de su adversario y le da la enhorabuena, recomienda a los suyos que le presten apoyo.

El enojo que ya de por sí me causaba mirar a dos extranjeros disponiendo en política nacional, añadido a lo peregrino de la propuesta, me llevó a dar una contestación descortés:

—*Tell Morrow I am not his kind...* (Dígale a Morrow que no soy de su clase.)

No iba yo a traicionar mi causa por un puesto público. Daría la razón si lo hacía a los que me acusaban de ser un comparsa de la imposición gubernamental.

Pero no era *mister* Lloyd de los que dejan a medias un encargo, por frase de más o de menos. Insistió. Me hizo ver que eran sueños mis esperanzas de una rebelión. El Gobierno americano estaba dispuesto a impedirla. Cualquier levantamiento sería aplastado sin misericordia. Yo quedaría desprestigiado; en cambio, si reconocía ahora el triunfo de mi adversario, si hacía ese sacrificio de amor propio, el porvenir me quedaba abierto. Salvaba a los míos y me salvaba. Todo era cuestión de aquel telegrama...

Comprendí entonces el punto de vista de Morrow: Había hecho con el país y sus hombres todo lo que había querido. Representaba yo, para él, un obstáculo menor, un pequeño tropiezo; pero si accedía yo a poner aquel telegrama, entonces el embajador podría ufanarse de no tener enemigo, de haber manejado al país a su antojo y con general beneplácito...

—No, Lloyd —repliqué—. Le agradezco la pena que se ha tomado de venir hasta aquí, y al señor embajador le agradezco también su interés, pero tenemos puntos de vista opuestos, irreconciliables... Lo único que yo predico ahora y seguiré predicando es la rebelión armada. ¡Y la expulsión de *mister* Morrow del país así que triunfemos!...

Más tarde, y ya solo en mi cuarto, una y otra vez reflexioné la situación. Por encima de razonamientos de pro y de contra, una consideración elemental dominaba mi arbitrio. Si, por lo menos, los del Gobierno se hubiesen abstenido de causar víctimas, si no hubiese de por medio sangre de mártires... No, aquella sangre me obligaba a ser intransigente, a ser despreciativo. No aceptaría ninguna suerte de colaboración con los triunfadores en desleal contienda...

—Prescinda usted de la rectoría —había dicho Lloyd—, no acepte nada para usted, pero no estorbe que su partido gane posición importante en el nuevo Gobierno. Retírese usted, si le parece mejor, pero retírese de modo pacífico, establézcase en los Estados Unidos. *Mister* Morrow será su amigo, se le abrirán allá muchas puertas, con tal de que usted me dé ese telegrama de felicitación para su rival...

¡Deberle a *mister* Morrow el pan, después de lo que estaba haciendo con los mexicanos!... A eso se ven conducidos los caudillos de pueblos en decadencia... ¿Cuántos, entre los mexicanos, se daban cuenta de su deber? ¡Con unos cuantos garrotazos habían claudicado todas

aquellas multitudes comprometidas públicamente a la rebelión! Y recordaba los brazos levantados del juramento de Chihuahua en la plaza pública, el drama de los que habían caído asesinados, la promesa de tantos ojos que me habían exigido continuar la lucha hasta el fin.

Decidí el viaje a la frontera para el día siguiente. Partió el tren de Guaymas por la tarde. Mucha gente fue a despedirnos. No pocas mujeres lloraban. "Se va la esperanza de un México libre", comentaron algunos; pero lo que me apesadumbraba es que nadie decía: "¡Pronto hemos de traerlo a la fuerza!". Al convoy, agregaron un carro especial para los cuarenta hombres de la escolta que debía dejarme en la línea divisoria. Lloyd, el agente de Morrow, tuvo una gentileza, decidió acompañarme rumbo al Norte, porque dijo: "Estando yo con usted, estos brutos no se atreverán a tocarlo". En Hermosillo, el gobernador Elías, pariente de Calles, había consumado, entre otros asesinatos de partidarios míos, los del ex mayor Luis Favela, el ex teniente coronel Loreto Santacruz y don José María Trujillo, sacados de sus domicilios y fusilados para escarmiento. En sitios apartados, por Sahuaripa y por Altar, algunos habían cumplido lanzándose al campo en rebelión abierta. Todo esto lo sabía Lloyd, pero yo lo ignoraba. Y al Procónsul no le convenía que en mi persona se repitiese el caso de Madero, que a la postre había causado la ruina del embajador Wilson. De allí el interés de Morrow en que mi vida no peligrara.

El *Güero* Cardoso y Pedrero seguían a mi lado. A la hora de la cena invité a Lloyd a que nos acompañara y conversamos largamente. Refería Lloyd sus andanzas por Nicaragua, donde formara parte de la comisión norteamericana que supervisó las elecciones. Hubo en ellas cierta honestidad en el recuento de votos. Y pregunté a Lloyd:

—¿Cómo es que ustedes los norteamericanos, aun en Nicaragua, que es su colonia, se han preocupado de establecer gobiernos fundados en el voto, y en México apoyan abiertamente a los violadores del sufragio?

—Es muy sencillo —me dijo Lloyd, con esa franqueza que es patrimonio del que se siente firme—: en Nicaragua estaba comprometido nuestro honor. La Marina americana era responsable de aquellos sufragios. En México ustedes son independientes, son ustedes los que hacen las elecciones.

—De suerte —comenté— que en México actúan ustedes sin responsabilidad...

Y es, en efecto, peor la condición de un país mediatizado, traicionado por sus propios hijos, que la condición de una colonia. Es este último un régimen franco; el nuestro es un régimen hipócrita.

En Hermosillo no permitieron que subieran a saludarme los particulares. Unicamente uno de la policía entró al vagón, era aquel muchacho Gaxiola, de Culiacán, que me dijo: "*Yo fui su partidiario,* estoy ahora empleado en la comandancia local y pedí ser yo el que lo entrevistara para ver que nada ocurriese". En todo el camino los polizontes habían trepado para cerciorarse de mi presencia en el vagón y comunicarla al centro. La frase "fui su partidario" era ya un símbolo. Todos o casi todos se habían puesto en pasado, precisamente en el instante en que los verdaderos partidarios debieran estar indignados y alertas. Unos pocos sí, se hallaban por el momento buscando adeptos que quisiesen empuñar las armas; otros habían pagado con su vida el precio de su lealtad; otros más se hallaban presos, pero la nación en masa empezaba a decir como el polizonte: "Fui vasconcelista..."

Amanecimos en Nogales. Al bajar del estribo, el jefe de la escolta, un viejo coronel, atento, bien parecido, me estrechó la mano y en tono que parecía conmovido declaró: "¡Por lo menos salió usted con vida. Mis felicitaciones, me da gusto verlo sano y salvo en la línea!...". Me dirigía a la visa del pasaporte. En la fotografía del lugar me abordó el periodista Ramírez de Anda, por nombre afectuoso: *el Cacama.* "Del otro lado —me dijo— tengo máquinas de escribir; quiero una larga declaración". "Espere unos minutos —asentí—, se la daré". Por el rumbo de la estación del ferrocarril, un grupo de curiosos había formado fila silenciosa. Eran los mismos que un año antes aclamaban, pero estaban ya sin jefes, el terror los había disgregado. En tono un tanto dolido exclamé ante Ramírez de Anda: "Mire ese pueblo, temeroso de aclamar a su Presidente electo...".

Todavía en la garita, unos rufianes del resguardo metieron sus manos por mis maletas, con grosería intencionada. Se hizo en ellos rencor toda la bajeza del México oficial, que me echaba fuera con rabia, como se arroja a uno que estorba para seguir en el robo, la concupiscencia, el asesinato y la mentira.

En el hotel, del lado americano, me abordaron los periodistas y me puse a dictar: "*No me han derrotado, me han defraudado*". Revistas de amplia circulación, como el *Literary Digest,* publicaron textualmente, como lo dije en inglés: "*I have not been defauted, I have been cheated*". "Al pueblo mexicano le toca ahora hacerse justicia —añadí—. Volveré al país tan pronto como exista una partida de cien hombres armados que me haga respetar como Presidente electo... ¿Mi rival? Mi rival es un embaucador, no es presidente, ni siquiera ingeniero, como se hace llamar... ¿La actitud del embajador? El embajador se ha salido de su papel diplomático al publicar declaraciones favorables a la candidatura gubernamental...".

Estaba ya todo aquello en el telégrafo, cuando Lloyd se acercó y me dijo, francamente enojado:

—Encontrará usted dificultades, aun con las autoridades de inmigración, a causa de esos ataques a *mister* Morrow.

—Por mi parte —le dije—, pueden devolverme en seguida a México.

Pero las autoridades de inmigración se portaron extremadamente corteses; más aún, cordiales. "¿Qué se propone hacer en los Estados Unidos?", decía una de las preguntas del cuestionario de ley. "Esperar hasta que en mi país gente armada me llame para echar fuera del poder a los usurpadores".

Concluido el papeleo, el jefe de inmigración me dijo:

—*I don't blame you... I can understand how you feel...* Comprendo su sentir: Aquí hemos visto *con nuestros ojos* la manera como procedió el Ejército, del otro lado, en Nogales, el día de la elección. Y hacía hervir la sangre ver cómo golpeaban a un pueblo indefenso... *God bless you...* Dios lo bendiga.

Y me dio tarjeta de estancia indefinida, incondicional, en los Estados Unidos; me autorizó a viajar dentro del país por donde se me ocurriese. No todo el país americano es de la calaña de Morrow...

En el cuarto del hotel tomé el teléfono; me comuniqué con San Antonio, para pedir la inmediata publicación del plan que había formulado en México y que correligionarios de confianza habían traído a los Estados Unidos. Quien tenía el texto de lo que fue el plan de Guaymas, el licenciado Ponciano Guerrero, avisó que salía rumbo a Nogales. También hablé con Nueva York. Allá un amigo, que no nombraré, se hallaba al habla, por amistad personal, con el propio presidente Hoover. "Véngase luego —me dijo—, véngase por avión". Hablé también con Valeria, que enterada del recado pendiente de Hoover insistió: "No salgo para ésa, porque urge aquí su presencia, tome el avión". Al ingeniero Paredes, que oficialmente me representaba en Washington, le pedí que no se extrañara de que no me detuviera a verlo en Washington, no quería caer en el deshonor de tantos presidenciables que van a Washington antes de tomar posesión, o porque no pudieron tomar posesión. Hablé, naturalmente, con mi familia, diciendo que esperasen, porque primero tendría que ir al Este; mi viaje sería rápido; pronto nos veríamos en Los Angeles. Se hallaba todo arreglado para mi partida rumbo al Norte, cuando llegó Vito Alessio.

Con él venían algunos amigos de San Antonio, entre los cuales recuerdo al señor Gerzáin Ugarte, ex carrancista, a quien por eso mismo siempre procuré tratar con gran deferencia, que él correspondió

con lealtad. Y decidimos tomar ese mismo día un auto, que a ellos los llevaría de regreso a San Antonio, y a mí me dejaría en El Paso para tomar el rápido de Nueva York. A última hora se nos unió para el viaje el joven profesor García Rodríguez, que tan bravos servicios prestó, aliado a los muchachos del Comité Orientador. Valiente en la tribuna, como pocos, un día, en un mitin que me tocó presidir y poco después del asesinato de Germán de Campo, se remangó la camisa, enseñó el brazo grueso y agresivo, gritando: "Aquí hay más sangre de la juventud, si hace falta para el triunfo de Vasconcelos". Hubiera querido dejar en Nogales una persona que nos representara, se encargara de nuestros intereses políticos y García Rodríguez, que se había distinguido precisamente en Nogales, cuando hice mi entrada al país, me parecía el indicado. Con las gentes del lado mexicano ya no se contaba, porque el terror las había puesto en dispersión. Al señor Siqueiros, del *Diario del Noroeste,* y durante muchos meses jefe de nuestro partido, lo habían encarcelado, le habían robado la imprenta y se hallaba desterrado del lado americano.

Desgraciadamente, García Rodríguez no aceptó representarme en Nogales de Arizona. Expresó que se dirigía a Nueva Orleáns, donde tenía parientes, mientras el horizonte político se despejaba. Comprendí que no deseaba seguir en la lucha y me callé. Y nos quedamos sin persona que en Nogales ayudara a los refugiados que, a diario, escapaban de toda la costa.

Alessio insistía en que lo acompañase a Del Río para hablar con amigos adinerados que decía tener en Villa Acuña, de los cuales creía poder obtener una buena suma. "Vaya usted —le dije— y obtenga todo el dinero que pueda, que bien lo necesitamos. Lo autorizo ampliamente".

Me habló también de que en Coahuila sólo esperaban que yo estuviese en salvo para empezar los levantamientos. "Está bien —repliqué—; ya urge que se haga algo; por mi parte confieso que vengo desilusionado. El hecho de que esté yo aquí es ya una prueba de que no hemos logrado provocar la reacción nacional de protesta que era de esperarse. Estoy aquí porque no encontré siquiera veinte hombres que me siguiesen al campo. Sin embargo, confío aún en cierto grupo que próximamente ha de empezar a moverse por Sinaloa; no puedo decirles más, podría comprometer lo iniciado, pero estén pendientes de las noticias de Sinaloa". Me refería, por supuesto, a Bouquet que por el momento era mi única esperanza de brote armado. Pero, añadí: "Si antes que en Sinaloa pueden provocar algo en Coahuila, no dejen de hacerlo. Para volver a entrar al país, lo mismo da un punto que otro. Por donde haya cincuenta hombres listos, entraremos o entraré". Mien-

tras tanto les expresé que mi plan era, una vez lanzada la proclama rebelde, no exhibirme mucho, no dar lugar a que se dijera que estábamos tranquilamente en el extranjero, mientras otros peleaban. Convenía que ni el Gobierno ni el público supiesen con exactitud de mí, así podrían lograrse dos objetivos: que me perdieran la pista, para el caso de que pudiese entrar a México por la fuerza y dejar correr la fantasía popular, que no sabiendo con exactitud mi paradero podría soñar con que andaba yo por las montañas, o en misteriosas conspiraciones. Todos estos son factores que no hay derecho a desdeñar. Y bien entendidos de que una o dos semanas después los vería a todos a mi paso por San Antonio, pernoctamos en El Paso en la mejor armonía.

Llegó al día siguiente Ponciano Guerrero; revisamos el texto de la proclama rebelde, que se llamó Plan de Guaymas, y lo dimos a la prensa. Lo publicó íntegro *La Prensa,* de San Antonio, y en México diversos diarios menores. Circuló, además, profusamente, en copias a máquina. Por la noche tomé el rápido de Nueva York. El Plan de Guaymas dice así:

Resoluciones del Plan de Guaymas, cuyo respaldo pedimos al pueblo mexicano:

I. Se declara que no hay en la República más autoridad legítima, por el momento, que el C. Lic. José Vasconcelos, electo por el pueblo, en los comicios del 17 de noviembre de 1929, para la Presidencia de la República. En consecuencia, serán severamente castigadas todas las autoridades, inclusive los miembros del Ejército, que sigan prestando apoyo al Gobierno que ha traicionado el objeto para el que fue creado.

II. El suscrito, Presidente Electo, rendirá la protesta de Ley ante el primer ayuntamiento libremente nombrado que pueda recibirla en la República, y desde luego se procederá a organizar el Gobierno legítimo.

III. Se desconoce a todos los poderes *de facto,* así los de la Federación como los de los estados y municipios, que desde hace tantos años han venido ensangrentando al país, robando el tesoro público y creando la confusión y la ruina de la patria, y que han pretendido burlar el voto público en la elección presidencial última.

IV. El ciudadano que en cada uno de los estados tome el mando de las fuerzas que expulsarán a los detentadores del poder público se hará cargo interinamente del Gobierno local, y procederá a organizar éste de acuerdo con la Constitución Federal, con la de la Entidad Federativa de que se trate y con las demás leyes y vigor, a reserva de que sus actores de Gobierno reciban la ratificación del Presidente legítimo de la República y de que éste confirme su investidura, la que no por ello perderá su carácter provisional.

V. El pueblo designará libremente en cada municipio a los ciudadanos que deban encargarse de la administración municipal.

El Presidente Electo se dirige ahora al extranjero, pero volverá al país a hacerse cargo directo del mando tan pronto como haya un grupo de hombres libres armados, que estén en condiciones de hacerme respetar.

Hágase circular y cúmplase.

Dado en Guaymas, Estado de Sonora, a 1º de diciembre de 1929. *José Vasconcelos.*

LAS DECISIONES DEL IMPERIO

De la entrevista privada con el Presidente americano, se me dijo, en resumen, lo siguiente: Que los informes consulares de los Estados Unidos reconocían que mi elección había sido un hecho nacional; que en cada distrito no sólo la mayoría a mi favor era abrumadora, sino que se habían cometido atropellos como para invalidar la posición de mi adversario; que el Gobierno americano estaba cansado de Calles, no porque no les cumpliera, sino porque el callismo había cansado al pueblo de México y convenía, en consecuencia, provocar un cambio de personas dentro de la misma política de subordinación a los pactos y entendidos celebrados por *mister* Morrow. Por eso mismo, la protección del Gobierno de Washington a las gentes del poder en México no era incondicional, ni eterna; que si yo lograba producir una rebelión antes de que Ortiz Rubio consumase el viaje que había anunciado a Washington, el Gobierno americano se mantendría neutral, demoraría el reconocimiento del Presidente gobiernista. Pero que si la rebelión que yo predicaba no se consumaba para la fecha indicada, entonces (había dicho Hoover), "si el pueblo mexicano no protesta contra la violación y burla de su voto, no voy a ser quien lo haga". "Si para la fecha de la visita de Ortiz Rubio a Washington no hay rebelión, Ortiz Rubio tendrá todo el apoyo del Gobierno americano y no toleraremos disturbios, ni siquiera propaganda adversa a su gobierno, en la frontera".

En rigor, era correcto el proceder norteamericano. La misma intervención indebida del embajador en la política interior de México hubiera quedado desautorizada si en nuestro país la opinión se hace sentir contra la imposición electoral. Todavía disfruté instantes de ilusión, imaginando que estallaría en México lo que con tanto ahínco se

había preparado, no sólo psicológicamente, también en forma práctica, por no pocos rumbos. El sentir norteamericano, en general, era desfavorable respecto del modo de hacer democracia en el país del Sur. Pero los periodistas, los profesores, de filiación judeo-izquierdista, me censuraron que predicase la rebelión. En tono de consejo amistoso escribieron los más que el recurso de las armas revelaba no saber perder, que el ejemplo de reconocer la derrota era lo que México necesitaba, y no nuevas rebeliones. Entre algunos amigos míos también prevalecía este concepto. Lo pude comprobar cuando me citaron a una junta Gómez Morín, el ingeniero Garfias, el licenciado Samperio. ¿Por qué no aceptaba la derrota y regresaba a México para organizar la oposición y prepararla para otra lucha?

"¿Cómo podría —les dije— sostener un partido en la oposición, si aun cuando el Gobierno lo tolerase no habría dinero ni carácter para sostenerse cinco años en oposición verdadera?" Se anima un tanto la oposición durante el período electoral, en seguida se produce el sálvese el que pueda, apresurándose los más a buscar acomodo con los vencedores. No conocían ellos el medio mexicano. "Por otra parte —afirmé—, tal es el plan de Morrow. Y no lo sigo, no porque sea de Morrow, sino porque creo que el país necesita la limpia de una revolución, y porque nuestras revoluciones son el único medio de progreso democrático, dado que los gobiernos son desleales y no emplean otra razón que la fuerza".

Al argumento de la falta de dinero para sostener un partido, mis amigos generosamente respondieron que ellos se hacían responsables de conseguir fondos para el sostenimiento del partido civilista y doctrinario, etc., etc. Y lo habrían cumplido. Por lo demás, cito este rasgo patriótico de ellos para que se vea que no era la desesperación económica lo que me llevó a continuar la prédica armada contra el Gobierno. De haber atendido a mis conveniencias, de allí salgo para México, bien expensado con dinero limpio y para dedicarme a la cómoda tarea de la prédica impersonal y doctrinaria. Los del Gobierno hubieran sido los primeros en alabar mi abnegación. La misma facilidad de esta solución me provocaba asco. Por fortuna, vi claro que no se debe confundir la acción política con la cátedra. Mis adversarios habían pretendido hacer de mí un maestro de los jóvenes, un predicador de futuro, como si mi actuación en la política nacional hubiera comenzado en la Universidad. Nunca fui siquiera catedrático de nuestra Universidad y cuando pasé por ella, como rector, actué como político que reforma y organiza de nuevo, no como decano que dentro de la Universidad elabora un futuro.

Además, estábamos lanzados y no era el momento de cambiar la táctica. Seguía los pasos de Madero y de todos los que han hecho algo en la política nacional y no procedía hacer ensayos, estando comprometida la vida de muchos ciudadanos, habiendo caído ya tantos mártires... Prefería, les dije, ser el caudillo derrotado de un nuevo plan, entre los cien planes de nuestras revueltas, y no un prófugo de mi propia trayectoria, uno que devolvía sonrisas en pago de las ofensas, pues para todo aquello que me proponían hubiera sido forzoso que declarase mi sumisión a los asesinos que habían creado a Ortiz Rubio. Antes el destierro para siempre, y decidí: Perderé la patria, pero no el honor. Si el pueblo se mantenía en parálisis, si nadie me seguía, nadie tampoco tendría derecho de decir que yo había desistido, en el momento crítico. La hora en que todo se derrumba es la hora de las resoluciones intransigentes, no la hora de cambiar de planes. Y nada valía el pretexto de preparar el futuro, porque el futuro es hijo del presente y el presente iba a empeorarse, iba a ensuciarse con mi regreso pacífico a una patria ensangrentada y escarnecida. Por lo menos, la protesta viva de mi abandono y vilipendio en el extranjero sería jirón de la honra desgarrada de los mexicanos, mientras hubiese uno capaz de saber de honor.

De Washington también el ingeniero Paredes, a quien nunca pagaré su sacrificio de haberme representado, a su costa, me aconsejaba la aceptación de la derrota y la paz. Los días pasaban y México, inmóvil, tomaba, desde la distancia, el aspecto de uno de esos ídolos aztecas de cuencas vacías, tosco granito, que nunca sirvió de aposento a un alma.

ME QUEDO CON VALERIA

En la general desintegración de voluntades, Valeria se alzó magnífica. No quería oír hablar de transacción. No deberíamos regresar a México si el pueblo no se hacía justicia armada. No debía perder el tiempo con los tibios. Ella se dedicaría en lo de adelante a la propaganda encendida, a la visita y conquista de todos aquellos que pudieran aportar fuego al incendio. En una cena que congregó más de una docena de los latinos del Greenwich Village, Valeria había soltado claridades como para no volver a sentarse a la misma mesa. Todo aquello del socialismo callista era una farsa, junto con los que en el extranjero la explotaban. Todos sabían que lo de México era un régimen de asesinato y de entrega de los recursos y el alma de la patria. Pero Calles pagaba en una u otra

forma a todos los que en *The Times* y en *The Nation* comulgaban con ruedas de oro a falta de hostia... "No sé cómo no me desmayé allí mismo", comentaba Valeria, una vez que hube echado fuera toda la ponzoña que el trato de aquellas gentes había acumulado en mi ánimo en los últimos meses.

En lo adelante, ambos veríamos que, día tras día, el círculo de las enemistades se ensanchaban en tanto se reducía el grupo de los leales. Muy mal propagandista es la derrota. Y pocos perdonan al derrotado que ni se comunica con sus antiguos amigos, pero los compromete al obstinarse en no acatar triunfos fundados en la iniquidad. En el alma de Valeria, en cambio, ocurrió lo que marca el temple de las estirpes nobles y esforzadas; que si antes podía haberse mostrado poco diligente en la lucha, ahora iba a cargar el peso de toda la tarea desahuciada. Poniéndose al extremo, para darle más fuerza al ataque, y por un arranque sincero se declaró católica, rompió con sus amistades anteriores y dedicó su esfuerzo entero al esclarecimiento de la verdad mexicana inmediata y a la producción literaria futura.

Juntos realizamos el viaje hasta San Antonio; allí ella se separó con rumbo a Los Angeles, en tanto yo me detuve unos días para hablar con unas cuantas personas.

EULALIO VIO CLARO

Me interesaba conocer la opinión de Eulalio Gutiérrez. Nadie como él para tomarle el pulso al momento, sobre todo en el sentido de la posibilidad de una acción armada. Se hallaba desterrado porque lo complicaron, en contra de su voluntad, en el disparate de los escobaristas, que al hermano le costó la vida. Oriundo del norte del país, relacionado con el elemento militar de la revolución, conocedor, además, de la psicología de las rebeliones, veterano del maderismo y el carrancismo, su convicción estaba formada y me la dijo: "Se quedará usted gritando en vacío". "El país está cansado". "Ya no existe el ánimo heroico de otras épocas". "Aun muchos de sus amigos están pensando en la forma de acomodarse; y se volverán contra usted si así es necesario para que los dejen vivir en paz dentro del país..." "Qué le vamos a hacer, usted hizo ya lo que humanamente es posible hacer; manténgase airado, pero no espere, para pronto, una reacción nacional".

—Pero si vengo a que usted mismo me ayude, a urgirle a todo el mundo que se levante en armas, que nos secunde; si no se hace esto en

seguida, más tarde será más difícil... —y le conté lo del recado de *mister* Hoover... "Pronto o nunca", nos decía el jefe del Imperio.

—Pues siento no poder prometerle nada, porque usted y yo juntos y otros cuantos más nada lograremos...

A Vito Alessio y a Gerzáin Ugarte les participé el resultado de mi viaje y los dos prometieron mantenerse activos en la tarea de recomendar los alzamientos. Y me llamó la atención que Vito andaba como queriendo esconderse. Para las cartas que quisiera yo ponerle, me dio unas señas en que no figuraba su nombre, sino un seudónimo. Y nada me precisó ya, sobre los trabajos misteriosos que venía realizando en Coahuila con miras a un levantamiento que urgía ver realizado. No había hecho Vito ninguna declaración desde que cruzó la frontera y empezaba a sentirme solo en mi grita de que me habían defraudado el voto. En contra de mi dicho estaba la propaganda oficial formidable repetida a diario en todos los tonos, y el silencio de los que me habían apoyado. En vano esperé una voz autorizada que confirmase siquiera lo que yo decía. Y es claro que nada podían hacer en este sentido los que se quedaron en México, privados de todo medio público de expresión. Pero los que, como Vito, se hallaban a salvo en el lado americano, ¿por qué callaban? Ni por su propia derrota de Coahuila había protestado Vito. Debí comprender que calla en estos casos el que prepara el regreso. No, no me pasó la idea de que unos cuantos meses más tarde Vito se presentaría en México, sin perder el silencio de su ostracismo, salvo para empezar a molestar a sus antiguos correligionarios y al jefe que él mismo había contribuido a crear.

EN EL PASO

Con mi nombre me registré en un hotel modesto, y los buenos, generosos amigos, Enrique Vasconcelos, mi primo, y Rodolfo Uranga, el primero que en el Norte había apoyado públicamente mi candidatura, empezaron a llevarme visitas. Por un momento pareció que El Paso volvía a sus buenos tiempos. Un general y hasta doce oficiales y jefes de los de Caraveo, excelentes muchachos, acostumbrados a jugarse la vida, me propusieron un plan estupendo. Darle un golpe de sorpresa a Ciudad Juárez, para lo cual creían contar con ciertas complicidades en la guarnición. El jefe de ésta no entraba, por supuesto, en el proyecto, pero era un militar relativamente estimable. Contáronme de él un ras-

go, no muy claro, pero que revelaba, por lo menos, cierto pudor. Cuando llegó a Juárez la circular al Ejército, firmada por Amaro el ministro, en el sentido de que cada jefe de armas era responsable de que las casillas electorales no estuviesen dominadas por la mayoría vasconcelista, el de Juárez había dicho, según el cuento: "Que se encargue otro de esa infamia", y se había ausentado ese día de la plaza, dejando a su segundo el cumplimiento de la tarea deshonrosa.

El hecho es que no se padecía en Ciudad Juárez ese terror de losa fúnebre que pesaba sobre otras poblaciones fronterizas. Y lo único que faltaba para que el golpe de los jefes caraveístas se consumase era un poco de dinero, no más de dos mil dólares, para la compra de unos cuantos caballos, una veintena de rifles, más algo para los que iban a exponer la vida y dejaban atrás familia. Y el único que creíamos podría dar esa suma era Caraveo. "Pídale usted el dinero —me dijeron— y no se lo negará: él se ha ostentado como partidario suyo y es decidido y es generoso".

No tuve que ir en busca del general Caraveo. El mismo día de mi llegada, por la tarde, me honró con una visita muy cordial. Y le hablé del proyecto de sus amigos. El no desautorizó el propósito; al contrario, le pareció factible, pero dijo que de momento no contaba con dinero; lo daría tan pronto como un agente comercial suyo regresase...

—Bueno, general —le dije—, reflexione que si usted no hace este esfuerzo, pierdo quizás la única oportunidad de entrar a México tal como debo entrar... Piense usted que es triste que el país nuestro, que nunca ha ahorrado su sangre para el apoyo de las causas turbias, o sea, para encumbrar bribones, resulte ahora con que para una causa como la mía, como la nuestra, no aporta ni gente ni voluntad de sacrificio...

Si no hubiese estado pendiente lo de Sinaloa, de lo cual a nadie hablaba en concreto, por temor a una indiscreción, me quedo en El Paso a esperar el desarrollo del plan que, al darnos una plaza de frontera, habría hecho cambiar el curso de nuestra historia. Pero en vista de que no había, en realidad, plazo fijo para comenzar, me dirigí a Tucson para estar cerca de Nogales y de lo que, de un momento a otro, esperaba ocurriría en Sinaloa.

Antes de salir de El Paso logré romper una vez más el silencio de tumba que había caído sobre nuestro movimiento. La Prensa Asociada, la United, me enviaban, sin que yo lo solicitase, sus corresponsales, y a todos ellos debí una divulgación fiel de mis incitaciones a la revuelta; más aún, en muchos casos, una presentación amistosa de mis puntos de vista, pues por encima de lo que opinaron los jefes de estas agencias, íntimamente ligados a los banqueros que apoyaban a Morrow, los co-

rresponsales no podían sustraerse al contagio del sentimiento público que nos acompañaba en el deseo de una revancha contra la insolencia de los constabularios. En plena frontera y a la vista de todo el mundo, encarcelaban éstos, desterraban, mataban hombres libres cada día de la semana. Luego, el domingo, vestidos de *gentlemen,* jugaban al polo en pistas improvisadas sobre el muladar del municipio, sin aceras, ni servicios sanitarios. Y el desventurado público local tenía que concurrir al torneo, con las hijas, las esposas de las víctimas, sacrificadas semanas antes por los héroes del monroísmo, discípulos del maestro Amaro y apoyo firme de los planes de *mister* Morrow.

EL DIA MAS TRISTE

Y llegó el día anunciado por el corresponsal del *Times,* de Londres: "El día más triste de su vida, cuando a sus amigos los pongan en fila para ser fusilados...". Del hecho nos enteramos en un café de Tucson por los diarios de la tarde, que ofrecían en inglés los voceadores. A primera plana y en letras gruesas se daba la noticia de que acababa de ser pasado por las armas en Nogales, Sonora, el general Bouquet. Lo señalaban como el jefe designado por mí para la iniciación de un movimiento rebelde contra el régimen y concluía la nota: "Con esto ha quedado aniquilada de raíz la rebelión vasconcelista". "*Nipped in the bud*".

Lo que en realidad había pasado lo supe en seguida por amigos que acababan de cruzar la línea. Bouquet, junto con los amigos que encabezaban la conspiración de Mazatlán, estuvo escondido en Nogales esperando una ocasión para cruzar la frontera, porque no les habían cumplido los que, en el campo, debieron acogerlos. Un exceso de confianza impidió que atravesaran la frontera de inmediato y las tropas de Amaro los apresaron. En seguida que fusilaron a Bouquet, libertaron a sus acompañantes.

No pudiendo hacer otra cosa que hablar, aproveché el interés de los reporteros que me rodearon para denunciar ante el mundo aquel nuevo crimen.

El jefe de las armas, que con su hazaña se ganó de por vida puesto distinguido en el constabularismo nacional, me contestó en términos ofensivos, insolentes. "Se jugaba el pescuezo —dijo— a que yo no pasaría la frontera". Su reto no era válido, puesto que nunca a nadie obligó el honor a entregarse a quien no lo tiene. Y como no se daba el

caso de que cien hombres armados me invitasen a entrar al país a pelear, mi promesa seguía siendo válida.

Entre el público y la prensa hubo comentarios duros para la conducta del jefe de las armas. Los más altos funcionarios del Estado de Arizona, sin embargo, a los pocos días invitaron al jefe aludido a no sé qué fiestas de carácter oficial. Pasó la frontera el militar, agasajado por comités de recepción. Los reporteros volvieron a interrogarme: "¿Qué me parecía todo aquello?". "Anda el general —contesté— disfrutando de su asesinato". Nueva andanada de injurias del general, pero por la prensa, y renovadas promesas de liquidarme si me agarraba como a Bouquet, desarmado y solo, en el territorio en que él era brazo de la tiranía.

Más tarde supe que el valeroso comandante, roído al fin y al cabo por el remordimiento, se excusaba de lo de Bouquet diciendo que había cumplido órdenes directas de Amaro, el ministro. Quien nunca ha dado excusas, que yo sepa, es Amaro, siempre leal a la misión que le asignó Lawrence en su *Plumed Serpent,* reencarnación de la antigua divinidad azteca, que tiñe su manto con la sangre indefensa del prisionero.

Del Ministerio pasó Amaro, uno o dos años después, a la dirección de la academia militar más famosa de nuestra patria desventurada. Y si no le falta en un momento dado la decisión, que no es frecuente en los muy sanguinarios, de presidente lo hubiéramos tenido por muchos años. En los tiempos que relato era él, en verdad, el presidente y Portes Gil el firmón. Calles se paseaba en Europa, otros le guardaban celosamente el territorio entero de la patria para su feudo.

A los pocos días del asesinato de Bouquet se publicó en toda la prensa el decreto que contra mí daba el presidente Portes Gil. Se prevenía en él a todas las aduanas, a todas las comandancias militares, que me quedaba vedado el regreso al país. Frustrado y todo, me reconocía como un rebelde. Era lo que yo necesitaba para mi tranquilidad. El reconocimiento de que no había aceptado la derrota desleal.

LA SALVACION DE LA IDEA

Más que mis propios fracasos en el empeño de conseguir gente armada, que hiciera respetar la voluntad nacional expresada de modo ineludible en la acción política, el desastre de Bouquet me llevó al convencimiento de que por mucho tiempo no sería posible mover aquella masa aterro-

rizada que era la patria. Y por mucho que yo insistiese en culpar de todo a Morrow y la intervención de los Estados Unidos en apoyo de la iniquidad, en el fondo sentía la evidencia de que era mayor nuestra propia responsabilidad que la del extranjero. Pues nadie se impone a un pueblo que tiene virilidad y conciencia, y mucho menos por medio de un influjo que, como lo han usado los Estados Unidos en las últimas décadas, bien se sabe que no llega al uso aplastante de la fuerza. Simplemente han jugado con nuestra corrupción, la han canalizado en nuestro daño, como quien maneja médicamente una peste y la devuelve y la mantiene en el sitio de su origen hasta que acabe con los habitantes de una comarca infectada.

Pero en el derrumbe inevitable quedaba por salvar la idea que en nosotros había encarnado. El triunfo material nos había sido robado, pero no era justo que se llevasen también los usurpadores honra y fama, después de la traición y la iniquidad. Era menester exhibirlos ante el mundo. Y en esta tarea inmediata, única revancha legítima que, por el momento, estaba a nuestro alcance, nadie prestó mejor servicio que Valeria. Instalada en casa-oficina que al efecto rentamos, la máquina de escribir, a falta de ametralladoras, comenzó a disparar. Y en revistas de influencia continental, como el *Repertorio* de Costa Rica, siempre abierto a la protesta justificada, y en periódicos de Europa y América, comenzaron a aparecer explicaciones y protestas, denuncias del embajador Morrow y definiciones del significado de nuestra derrota. Juntos sentimos que era menester informar, especialmente a los pueblos del Sur, de la manera nueva como realizaba sus conquistas el imperialismo.

Hastiado yo temporalmente de la prédica escrita y verbal, imposibilitado de poner, según prometí a ciertos jóvenes de México, la inteligencia a caballo, hallé en Valeria una prolongación de mi propia conciencia. Dejé que ella escribiese todo lo que requería el momento en materia de aclaraciones y definiciones. En lo que sigue verá el lector el modo genial como Valeria me suplió en la empresa de salvar la idea.

Diario de Panamá. Marzo 6 de 1930

VASCONCELOS FRENTE AL IMPERIALISMO

Cómo fue defraudada, ostentosamente, una campaña democrática

POR CARLOS DEAMBROSIS MARTINS[18]

París, Febrero, 1930. —Una mujer de noble estirpe espiritual, que como muchas otras mujeres mexicanas se asociaron al gran movimiento cívi-

co prestigiado con la personalidad de José Vasconcelos, acaba de dirigir una conmovedora epístola, relatando los sucesos más salientes de esa campaña democrática que fue, es decir, que debió haber sido como el despertar de la conciencia de América. Porque la victoria del educador Vasconcelos hubiera significado la afirmación del pensamiento indoespañol, su cultura, su razón de ser, etc., frente al designio de superación de la raza saxoamericana. México ha librado el 17 de noviembre de 1929 una de las batallas más formidables contra el imperialismo yanqui. El ideal salió defraudado en virtud del triángulo fatídico: Washington, el dictador-caudillo y Wall Street. Trinidad diabólica que es ya el símbolo definitivo de nuestras calamidades. Washington y Wall Street es un solo dios... y dos personas distintas. Todo esto es bien sabido, pero no hará mal en repetir una vez más la dosis. El buen remedio cura o mata. ¡Apliquemos la dosis hasta que repugne!

El mensaje de la poetisa chilena —y cuya copia nos la envía la autora desde Los Angeles. California— es un singular documento histórico que no debe ni puede quedar inédito, y entendemos no incurrir en una falta de delicadeza dando a la estampa los fragmentos más trascendentales de esta misiva personal. A nuestro descargo diremos que América tiene cabal derecho a conocer la verdad escueta de esta lucha en la que todas nuestras repúblicas, sin excepción, están llamadas a darse cita con el destino. De nuevo perdimos en tierra azteca en el magno y desigual duelo contra la intromisión extranjera y contra la ignominia interior. Pero que se sepa al menos la razón de esta derrota. Quizá sea una lección que otros pueblos de la misma habla aprovecharán a su hora. Y si no la aprovechan, nosotros no habremos dejado de cumplir por eso con un deber elemental de conciencia.

Copiamos a la letra este documento mexicano que, gracias a la benevolencia de su autora, llegará al mismo tiempo a poder de su ilustre destinataria y a conocimiento de nuestros lectores:

"Los Angeles, 18 de enero de 1930.

"Muy estimada...

"En días pasados recibí su carta que agradezco profundamente. Voy a contestarla con la amplitud que el caso (la elección presidencial de Vasconcelos) requiere. Tanto más porque con toda justicia me da usted su opinión sobre el particular y yo estoy obligada a explicarle cuáles razones decidieron mi petición a usted; petición que también le hice a Romain Rolland. El solitario de Suiza, en carta que me escribió, me decía lo que usted: que los amigos de Vasconcelos en Europa estaban ignorantes de la labor que este hombre extraordinario estaba haciendo en América...

"Efectivamente, Vasconcelos no se ha preocupado por tener a nadie al corriente de su labor, por apremiante e inmensa, y por el conocimiento que tiene de las limitaciones ajenas.

"¡Qué tarea sobrehumana se echó sobre los hombros! Usted, que conoce bien aquel mi pobre país, se puede formar idea de lo que significó recorrerlo palmo a palmo, moverlo hasta las entrañas y sacarle a golpes de verdad un alma rescatada de la ignominia ambiente. Negado por todos y cada uno de los que se llaman intelectuales, fue 'el loco Vasconcelos', durante los primeros meses de la campaña. Y a medida que la gente anónima, la gente dolorosa y sin esperanza, el pueblo que guardaba en el corazón la semilla pura de la labor que en Educación Pública había realizado, labor misionera de la que parte y no pequeña le corresponde a usted, hubo estupor.

"Usted sabe bien cuáles fueron los motivos que obligaron a Vasconcelos a aceptar ser candidato a la presidencia. La necesidad de demostrar que el pueblo de México está apto para la democracia y que es la pandilla que lo dirige la que está descalificada. El discurso del general Calles del 1 de septiembre de 1928, en el que declaró que se retiraba de la política, que jamás volvería a ser presidente y que garantizaba próximas elecciones liberales, dieron base para quitarle de una vez por todas la careta al sucesor de Obregón. Vasconcelos sabía que iba a exponer la vida, pero consciente de su destino aceptó volver a México a dar una lección de hombría.

"El 10 de noviembre de 1928, el licenciado cruzó la frontera en Nogales, acompañado por dos jóvenes. No sabían si al día siguiente ya no vivirían. Uno de sus acompañantes le aconsejaba prudentemente que no comenzara a hablar de política hasta no sondear el terreno y que comenzara dando una conferencia cultural sobre el Brasil. Vasconcelos le dijo que llevaba su manifiesto escrito y que si no encontraba a quien leérselo lo leería frente a un poste de la calle. Este manifiesto fue Evangelio y Credo durante el año de peregrinación. Usted comprenderá que la gente al oírle enloqueciera de esperanza y amor. Cuando lo vuelve el conocimiento profundo que de México tiene Vasconcelos, conocimiento que le da aspecto de vidente.

"El candidato sabía que si no le mataban antes (recuérdense los atentados de Guadalajara, Pachuca, Torreón, Monclova, Tampico, Chihuahua, Ciudad Juárez, etc., etc.), el día de las elecciones burlarían el voto. Por eso dijo en Nogales: 'Venimos a convocar al pueblo mexicano y, en consecuencia, es necesario definirles nuestros propósitos: excitaremos al pueblo para que vaya a votar, y por lo mismo es necesario precisar qué es lo que va a imponer con su voto... De esta suerte, más tarde, una voluntad nacional sólidamente unificada sabrá hacer respetar

ese voto y sabrá ponerlo a salvo de todos los atentados, ya individuales, ya colectivos; ya personales, ya gubernamentales'.

"Estoy convencida de que lo necesario es que las almas se limpien. Vasconcelos mismo lo dice en ese manifiesto: 'Lo primero que urge cambiar es nuestra actitud frente a la vida, sustituyendo el encono con la disposición generosa'. Creo como usted, amiga mía, que su labor periodística, o mejor, su cátedra en la prensa de México, fue preciosa, necesaria, pero con él creo también que en ella contrajo el compromiso que volvió a cumplir con el pueblo mexicano. Las doctrinas que predicaba no podía, al presentarse la ocasión material (y la desaparición de Obregón se la dio), seguirlas predicando en espera de que otro las practicara. Había llegado el momento de practicar lo que enseñaba. Exponía la vida, pero en él eso es la costumbre. Lleva veinte años exponiéndola. Entiendo perfectamente su intervención generosa para defender la vida de Vasconcelos. Una de las mayores angustias que hemos vivido fue el sobresalto continuo de que lo asesinaran y, sin embargo, sé que el licenciado vale por su obra y siento que, aun cuando hubiera muerto cumpliendo su deber, hubiese seguido fecundando a América. Era necesario 'salvar el significado de su campaña', el significado espiritual, y por eso pedí a usted que incitara a las conciencias libres de América para que exigieran la verdad de lo ocurrido en México. Mi idea no fue la intervención de país en país, sino despertar el interés que merece el 'Caso México' planteado por Vasconcelos.

"La situación en México, brevemente expuesta, es la siguiente: El 17 de julio de 1928 cae asesinado Obregón, presidente electo después de haber hecho fusilar a sus dos contrincantes. Calles era el hombre fuerte, pero temeroso de los obregonistas (los generales que dieron un cuartelazo en marzo de 1929), para ganar tiempo y deshacerse luego de sus enemigos hizo las declaraciones que ya cité, acallando así suspicacias que podrían haberle sido fatales. El general Calles no pensó, ciertamente, que habría quien, en serio y a conciencia, le tomara la palabra. Y, aunque lo hubiese pensado, habría negado que el país, agotado y apático, se conmoviera gracias a la palabra de un hombre.

"Vasconcelos se propuso demostrar: 1º Que México podía elegir a sus mandatarios; 2º Que el Gobierno provisional no daría garantías; 3º Que el voto no sería respetado cuando positivamente la masa fuera a votar por quien no le conviniera a Calles; 4º Que el pueblo debía castigar a los burladores del voto y detentadores del poder.

"Sabía el candidato que inevitablemente se iría a un conflicto en el que se derramaría sangre, porque los adversarios eran desleales. Durante un año, con la palabra en la boca, desnudó a todos y cada uno de

los políticos mexicanos, hizo conciencia en la gente y, algo inconmensurable: comunicó un soplo de fe que dio valor e hizo que hombres y mujeres crecieran en el espíritu. Movió a México, movilizó a la multitud, la despertó, la azotó con su verbo claro, le purificó el alma. El 10 de noviembre de 1929, tuvo lugar —ordenada por el Comité Nacional Antireeleccionista— una manifestación pacífica en todos los pueblos y ciudades de México con objeto de demostrar que, por lo menos, un 95 por ciento de los votos, en una elección legítima, eran ya de Vasconcelos. El Gobierno dio orden de impedir que se efectuara esa manifestación; en algunas partes, como en la capital, pretendió disolverla tirando con ametralladoras sobre los manifestantes desde las oficinas del partido político contrario. Al ver el Gobierno que ante el fuego la muchedumbre no se dispersaba, cambió de táctica. En la última semana se ocupó en esparcir toda suerte de noticias alarmantes para que los jefes vasconcelistas se escondieran o pasasen al extranjero.

"En muchos casos se les encarceló y, en otros, se les mató. En víspera de las elecciones, el Ministro de la Guerra giró orden a todos los jefes militares para que se apoderaran de las casillas y al día siguiente no se dejó votar a nadie. Hacía tres semenas que Vasconcelos estaba preso. Se procedió a falsificar los votos. El Gobierno declaró electo al candidato oficial tres horas antes de cerradas las casillas. La prensa norteamericna dio la noticia de la 'elección pacífica' del candidato oficial a la mañana siguiente. El banquero Lammont invitó al señor Ortiz Rubio a que los visitara tres días después. La prensa yanqui, toda vendida al imperialismo, sólo dio la versión de que en México la situación es sonriente, las elecciones fueron democráticas. Vasconcelos perdió en buena lid, por inconspicuo. El embajador de México, *mister* Morrow, que es el que manda allá, le mandó un mensajero al licenciado, a raíz de la falsa elección, ofreciéndole que, 'si reconocía la legalidad de la elección de Ortiz Rubio, él y los suyos tendrían una buena oportunidad'.

"Puede usted, amiga mía, estar segura que si el Gobierno mexicano no asesinó a Vasconcelos después de los intentos fallidos fue porque la Casa Blanca no es amante de esa política cuando la puede evitar. También puede usted estar segura de que Vasconcelos estaría ahora en México, como Presidente electo, si no hubiera sido por el apoyo decidido, cínico, del embajador americano al general Calles. A México le brindó el destino esta última oportunidad, o sea la de seguir rigiendo su destino y, quizá, de consolidarse espiritualmente. Sólo con Vasconcelos podíamos intentar la salvación. Su lucha ha sido la lucha de un hombre que se respalda en su raza, contra el yanqui invasor, conquista-

dor. Era indispensable para México que, por lo menos, la conquista del Norte encontrara resistencia, que no todos fueran traidores a su raza, a su religión y a su patria. Y porque su lucha fue consciente, porque en ella habló un destello de América, por eso creí y creo que América toda, si no está ya corrompida, tiene interés en saber y en exigir saber la verdad de lo ocurrido en México.

"Circunstancias ajenas a su voluntad e inclinación hicieron de Vasconcelos candidato a la Presidencia y lo han convertido en el Presidente electo a quien los yanquis impiden gobernar. Con su campaña escribió una página de la historia americana que supera en potencia espiritual a su labor en Educación Pública y que sin duda va a dar una cosecha imprevista y fecunda en hombres, hechos y obras. Si después de su prédica, el día en que se burló el voto Vasconcelos hubiera aceptado la imposición, reconociéndola, todos los que lo habían seguido y sostenido habrían sentido que él también traicionaba, se vendía. Quedaba demostrado que, en buena lid democrática, los rectos recibían bofetadas... y si Cristo enseñó la no resistencia, también echó a los mercaderes del templo.

"La personalidad de Vasconcelos, a quien no conocía personalmente, me era sumamente simpática. Cuando volvió a México seguí atenta el movimiento que provocó a su alrededor. En un principio, los periódicos dieron amplia publicidad a su campaña. Cuando llegó a la capital, ante el espectáculo increíble de más de sesenta mil almas que delirantes de entusiasmo se congregaron a recibirle, me quedé atónita. Seguí paso a paso los mítines y reuniones en tanto estuvo en la metrópoli, y después, cuando en agosto de 1929 se volvió a marchar al norte de la República, quise por mis propios ojos cerciorarme de que no sólo la gente de la ciudad, sino la del campo, se volcaba a su paso. Le acompañé de Saltillo a Tampico y vi lo increíble. Monterrey, Tuxpan, ciudades enteras que se vaciaban para recibirlo en triunfo palpitaban al soplo de su palabra; gente sedienta de verdad que lloraba; mujeres que levantaban en brazos a sus hijos enseñándoles al justo que despertaba la esperanza; hombres conscientes que atesoraban su recuerdo porque les había dado la escuela y el libro. Le recibían a él, candidato de la oposición, como a un dios. En el campo se repetía el mismo fenómeno de adoración. A lo largo de la vía férrea, a lo largo del camino carretero —por el cual debía pasar su automóvil—, la gente humilde se congregaba en son de fiesta, las niñas vestiditas de blanco, con ramilletes en las manos, las mujeres engalanadas echándole confeti o, como en San Pedro de las Colonias, perfume. Esto explica por qué el Gobierno fue ahogando la libertad de prensa, recurriendo cada vez más al terror. Por

eso asesinaron a varios líderes vasconcelistas; abrieron fuego sobre multitudes inermes, como en Torreón, en México, en Veracruz; encarcelaron estudiantes simpatizadores de la causa, y pretendieron asesinarlo a él. Esto explica por qué lo tuvieron preso y lo obligaron a salir del país, y por qué ahora, cuando regresa el presidente impuesto por los Estados Unidos, las ciudades por las que pasa caen bajo la ley marcial.

"Yo seguí con devoción el despertar del espíritu que Vasconcelos realizó. Unicamente aquellos que estaban cegados por intereses materiales no se entregaron totalmente al movimiento de redención que él inició. Seguí el proceso con el asombro del incrédulo al que la verdad de los hechos van convenciendo. A Vasconcelos le debo una comprensión total de mi país. Creo, con usted, que la labor que este hombre estupendo realiza en América es única y que la realizará igualmente en cualquier sitio. Que para él mismo su situación actual es preferible, pero no para México. Si el país se levanta en armas, irá allá; si la patria agobiada por el terror se doblega y poco a poco se deja ir comprando, Vasconcelos ya no tendrá más hogar que el mundo...

"Excusándome por haberla entretenido tanto tiempo, le ruego me perdone en nombre de la obra que en espíritu realizó Vasconcelos en México.

"Con todo mi respeto y cariño."

Mientras esto escribía Valeria con el propósito de salvar la idea, tantos que fueron amigos del Ministro de Educación y se dedicaron a divulgar su obra ganando de paso continuadas ventajas, en lo de adelante se dedicarían a corromper la idea y hacerla confusa. No debí figurar como candidato, afirmaban, y de todos modos, insistían, no debía seguir en mi prédica antimexicana; el nuevo Gobierno era un adelanto sobre el de Calles, etc., etc., y todo con miras a ganarse la tolerancia de los vencedores desleales.

ATIZANDO EN VANO

Y aunque personalmente desilusionado, no desperdicié recurso alguno que pudiese prender el reguero de pólvora que a pesar de todo seguía esparcido. A través de Miguel Angel Beltrán, me comuniqué con viejos rebeldes y agitadores de la costa del Pacífico, que todavía solían buscarme, por la noche, a escondidas del espionaje gubernamental. Y ofrecían

que tal o cual zona lanzaría al campo hombres armados en defensa de la legalidad y el patriotismo.

Y como siempre he creído que una revolución es obra, más que de las armas, del estado psicológico de un pueblo, me empeñaba en sostener ardido el ánimo público, mediante conferencias que empecé a dictar desde San Francisco hasta Caléxico, en la frontera de la Baja California. Lentamente, sin embargo, aun aquellos que para la comedia de las elecciones habían prestado apoyo franco, se me fueron retirando, sin dar excusa los más, ofreciendo una excusa peregrina los que se dignaban explicar su cambio de frente. Hallé la excusa en una hoja periódica, horas antes de la conferencia que di en el Centro California. Decía el ex correligionario, en un periódico de la tarde, que no me seguían porque ya no era yo Quetzalcóatl predicando la paz, sino insensiblemente me había colocado en el papel de Huichilobos, que reclamaba matanzas. Y tomé esa observación desleal como tema de mi plática de esa noche. Y señalé en vano la diferencia que hay entre pelear por la justicia y matar deslealmente, en apoyo de la injusticia. Por eso se habían perdido los aztecas, no habían sabido pelear para defender a Quetzalcóatl como hombres libres y, en cambio, se habían visto condenados a la guerra perpetua y la discordia sin término. Pues no es sobre bases de crímenes como se levanta el edificio de la prosperidad, la felicidad de las naciones. "Les alarma —expresé— que yo predique el castigo de los asesinos, pero ni uno de esos pacifistas levanta la voz para condenar a los verdugos; al contrario, se alían con el verdugo, desde el momento en que me abandonan a mí". Y era verdad: en cada caso particular, la causa del cambio de frente de los claudicantes aparecía objetiva, en ventajas y cargos públicos obtenidos del Gobierno en recompensa de las deserciones. Hubo otros que aun sin recibir paga y con la sola esperanza de que sus largos destierros fuesen condonados, echaban piedras a quien antes habían ensalzado. Aparecieron folletos y artículos de "enemigos del Gobierno", que, sin embargo, me calumniaban, me vilipendiaban, me señalaban como jefe inepto y ambicioso vulgar. Y así comenzó la tarea de desprestigio que no hería de frente, pero se valía de los tránsfugas. Por lo común, el grupo oficial no ha contestado mis cargos, no me ha ofendido, pero ha hecho recluta de traidores, para minar a través de ellos mi fama, presentándome como uno a quien sus propios amigos devoran. Hubo así traiciones notorias y ni vale la pena dar los nombres de tan bajos actores. Y la lluvia de improperios y calumnias fue amarga, porque la escupían bocas que meses antes me proclamaban afecto. En México no se levantaba una voz que no se dedicase a censurarme. Iniciaban, generalmente, el ataque

expresando con cuánta simpatía habían visto el movimiento democrático que yo encabezara, pero *ahora no podían menos que reprobar mi conducta antipatriótica, mis desahogos de despecho.* Es decir, que la hora en que debieron estar todos conmigo, la hora de exigir que la justicia no fuese burlada, fue hora de recriminaciones. Y, peor aún, de enojo porque no adoptaba el fácil papel de payaso electoral que acepta sonriendo el fraude y el crimen. Por supuesto, los pocos leales no podían hablar, ni hubiese habido diario que les tomara opinión y se hallaban en su mayoría perseguidos. Raro fue entre ellos el que no visitó la cárcel en los días siguientes a la elección, como Azuela, otros un poco más tarde, según se verá en lo que sigue.

En Los Angeles se hallaban Méndez Rivas, Pedrero y Ahumada, siempre animosos, resistiéndose todavía a creer que el país se quedase con la ofensa. Del interior nos llegaban prófugos. A la directiva de Tepic, por ejemplo, la habían deshecho. Uno que otro visitante me llevaba esperanzas. Así, por ejemplo, Abraham Arellano. Estuvo con nosotros unos días, luego se regresó para la región lagunera, donde, me dijo, había habido levantamientos y volvería a haberlos. Una ilusión sobrevivía y Méndez Rivas lo tomaba muy en cuenta. No era posible, opinaba, que la rebelión estallase al día siguiente de las elecciones. Era exigir dos esfuerzos máximos, uno tras otro: pero el día de la toma de posesión del impostor, ésa debía ser la fecha. En ese sentido aleccionamos a Arellano. A él y a otros que regresaban les pedimos que corrieran la voz. Nada valen conspiraciones que señalan la hora precisa de ir a tomar un cuartel; triunfa la espontaneidad, la popularidad de la protesta, y esto es lo que debía provocarse en todo el país. A nosotros nos tocaba mantener vivo el estado psicológico que precede a los levantamientos y decide las acciones de guerra. La prensa de todo el país trabajaba en contra de la creación de un estado de ánimo parecido. Los diarios seudoindependientes eran los más urgidos para declarar que toda alteración de la paz sería criminal. No necesitaba el Gobierno convencer; sus mismos enemigos ofrecían treguas y parlamentos, paz no solicitada, y brutalmente se limitaban a matar, esporádicamente, pero con puntería certera, allí donde algún brote parecía simplemente posible.

Tranquilamente y con lujo de nabab, Ortiz Rubio fue a Washington, a oír que le dijeran lo que yo ya sabía, que era él a quien reconocían como Presidente y no a Calles, que contara con apoyo para hacerse respetar. El pobre diablo no lo quería creer. Además, le aconsejaron que buscase un acercamiento con la oposición; hizo en consecuencia declaraciones que nos abrían la puerta. Sin duda, pensó desde entonces lo que habría de proponerme más tarde: una alianza para deshacerse

de Calles que lo había hecho Presidente, sacándolo de la nada. Pero aparte de que desdeñé el trato, a mí no me importaba hacer a un lado a Calles; mi compromiso era echar fuera del Gobierno a todo el pretorianismo que ha estado envileciendo a nuestra raza. En Chicago, la colonia mexicana, vasconcelista en su mayoría, le hizo un desaire en la estación a Ortiz Rubio, que ya no se atrevió a llegar a Los Angeles. En esta última ciudad, pese al dinero que prodigaba el Consulado, nuestros compatriotas seguían firmes y todavía llenaban las salas en que se congregaba el vasconcelismo. De suerte que se vio patente, por doquiera, que cuando el mexicano actuaba sin la presión de un ejército, la repulsión de Ortiz Rubio se producía amenazante.

En cambio, sorpresa y vergüenza produjo en todos, aun en el mismo Ortiz Rubio, según llegó a saberse, la recepción calurosa que fue recogiendo por toda la costa del Pacífico, que me había aclamado su candidato. Región que ni siquiera había osado Ortiz Rubio visitar en su gira electoral, de pronto, convencida por el éxito desleal, olvidaba su preferencia, escondía los himnos de la campaña vasconcelista para ofrecer pleitesía al usurpador. Del México de afuera únicamente San Antonio, siempre dominado por el consulado de los Santa Annas en turno, dio la nota servil, con motivo del paso de Calles que regresaba de Europa. No creo que la prensa mintiera y afirmó que hubo en la estación gentes que aclamaron al que partía para México a gobernar sin responsabilidades.

Se descaró en su triunfo el Ejército. Al nuevo Gabinete irrumpieron los generales. La misma Educación Pública quedó a cargo del mílite protestante Aarón Sáenz, íntimo de Morrow. El general Lázaro Cárdenas, sin más antecedentes que su devoción filial por Calles, resultó jefe del partido oficial imposicionista y después ministro. Eulogio Ortiz, el más cruel en la persecución de los oposicionistas, mandó la escolta del nuevo presidente. Riva Palacio, el ejecutor de Germán de Campo, resultó Ministro de Gobernación. A Juan Andrew Almazán debe de haberle sabido amarga la boca de verse apenas ministro, después de tanta fatiga y cambio de opinión, y en tanto que Ortiz Rubio, ex huertista de menor categoría, sin un solo afán, resultaba su jefe y presidente pelele número 2. A Saturnino Cedillo[19], ex guerrillero valiente, pero que no sabía firmar, lo hicieron Ministro de Agricultura en premio de los fusilamientos de cristeros y de vasconcelistas consumados en su provincia.

Amaro conservó su puesto de Sacrificador Mayor, en la Secretaría de Guerra. En general fue un Gabinete de premio al Ejército. Tanto es así, que el acto más notorio de Ortiz Rubio, consumado apenas se restableció de su percance, fue la proclamación de un día de fiesta

nacional, que corre agregado al pocho calendario de santoral cívico, al lado del día del maestro, el día de la madre: el Día del Soldado. La fiesta del Constabulario.

EL PERCANCE

No lo quería yo creer y el corazón me saltaba de júbilo; en el ánimo aleteó la esperanza. Pero allí estaban los diarios de la tarde, ardidos con los detalles. A media plaza, cuando terminados los festejos de la toma de posesión, el Presidente de los Constabularios se dirigía a su casa, un individuo de la masa le había vaciado su pistola, le había deshecho el rostro, bautizado de obsceno, por medio de un balazo, restaurador de la honra de los mexicanos. El delincuente heroico, al ser aprehendido, se había confesado vasconcelista. "No pude resistir al espectáculo", dijo en su primera declaración, después de que los polizontes lo golpearon, lo desfiguraron en el tormento. "No pude resistir un impulso de justicia; aquél no era el Presidente; el Presidente era Vasconcelos".

El nuevo mártir se llamaba Daniel Flores; procedía de San Luis Potosí y yo no recordaba partidario alguno con ese nombre; tampoco habíamos logrado siquiera establecer clubes regulares en la provincia aterrorizada por Cedillo. Pero había procedido conforme a su corazón y no me quedaba otro remedio que ampararlo moralmente, cargando con su responsabilidad. Publicaron, al día siguiente, los diarios de la mañana, la mala noticia de que Ortiz Rubio estaba fuera de peligro, aunque marcado de por vida, y entre las condolencias oficiales alcanzaba primacía la del presidente Hoover, jefe supremo de la situación creada en nuestra política. Calificaba Hoover el atentado de cobarde. El adjetivo me llamó la atención y me dio la pauta de mi propio comentario. Lo pidieron ese mismo día los corresponsales, y dije: "Cobarde fue la acción de los policías de Mazatlán, que al dispersar una manifestación en mi favor degollaron a un niño en los brazos de su madre. Ahora bien, asaltar a un sujeto que va rodeado de toda una guardia marcial será todo lo condenable que se desee, pero no es un acto de cobardía, es un acto valeroso. Y me extraña que para las víctimas de Mazatlán no haya habido la sensibilidad de que hoy se hace gala. El que conozca un poco los Estados Unidos sabe la veneración que a todos merecen la persona del Presidente y sus opiniones. Una reverencia que no se puede decir que esté inspirada en servilismo, sino en la circunstancia admira-

ble de que, con excepción de uno que fue prontamente eliminado, todos los presidentes norteamericanos han sido hombres de bien y caballeros sin tacha, cuando no, además, hombres extraordinarios como Lincoln o como Wilson, como tantos otros. De suerte que la audacia de un extranjero metido a sugerir poco acierto en una declaración presidencial colmaba los límites de la paciencia de los patriotas, que no es mucha por cierto, cuando se trata de gentes de fuera de la nacionalidad y fuera de la raza". Inmediatamente resentí los efectos de mi exabrupto, pero no los lamenté. Ambicionaba la honra de ser expulsado de los Estados Unidos. En parte, eran los norteamericanos responsables también de la ignominia establecida en México. El honor de una expulsión no llegó, sin embargo, a cristalizar, pero sí empecé a sentirme hostilizado; por ejemplo, mediante cartas con santo y seña en que se me decía: "¿Por qué no te largas del país, en vez de criticar a sus funcionarios?".

Y realmente, la idea de un largo destierro en los Estados Unidos no me seducía. Resolví pasar esos años entre gente latina, en el sur del Continente, o en Europa. Pero me hacía falta dinero, mas no era prudente que de inmediato me ausentase de la frontera. Algo podía derivarse del atentado contra Ortiz Rubio. Quizás se acercaba el momento, imaginado por Méndez Rivas, en que brotes rebeldes habían de marcar la protesta colectiva, ya no sólo la protesta individual, tan abnegadamente expresada por Daniel Flores[20]. Y decidí esperar.

Entretanto, uno de esos auxilios que es más lógico atribuir a la Providencia que al ciego azar vino a darme un rumbo para la hora ya próxima en que habíamos de convencernos de que el pueblo de México haría de Flores otra víctima sin rescate, como lo hizo con Toral. Desde París, don Carlos Deambrosis Martins, mi agente literario, me puso un cable diciendo que Eduardo Santos, el dueño de *El Tiempo,* de Bogotá, diario que había publicado mis colaboraciones durante varios años, me invitaba a visitar Colombia, dando conferencias de paga o como simple huésped suyo. El camino del Sur se abrió, pues, cuando se cerraba el Norte, y como Santos se había distinguido por su hispanoamericanismo, su resistencia a la intromisión norteamericana en los asuntos de Hispanoamérica la sentí como una compensación. Lo que México no podía darme, un asilo digno, Colombia me lo brindaba. Y rápidamente me puse a hacer planes. Para los gastos personales y los de mi familia me quedaban tres mil dólares escasos, lo bastante para un año. Pero deseaba no sólo vivir, sino seguir combatiendo; para esto último necesitaba una revista. A Miguel Angel Beltrán encomendé recaudar fondos para tal objeto y nadie le respondió. Nadie quería ya ocuparse de mí sino a base de que transigiera. El propio Miguel Angel aconsejó que

partiese al Sur, que recorriese Centroamérica. Por esos días también, un diputado guatemalteco, de paso por los Estados Unidos, después de una de mis conferencias, me invitó para que fuese huésped de la Universidad de Guatemala. Por un momento soñé establecerme en Guatemala con alguna cátedra, como la que había sostenido en Chicago y en California. Pero si la gira de conferencias dejaba libre algún dinero, fundaría una revista en La Habana o en Europa, a efecto de hacer una campaña en defensa de Hispanoamérica y para sostenido bombardeo de la ignominia entronizada en México.

TOPILEJO

Se ha hecho mucho ruido, en los últimos tiempos, alrededor de la carnicería oficial en que perdieron la vida el general Serrano[21], candidato presidencial de una fracción del Ejército, y sus catorce acompañantes. Lo que eso fue ha llegado en detalle al público. Pero Serrano era uno que había hecho lo mismo que padeció. El y sus amigos sacrificados merecen compasión, pero no el agradecimiento de la patria. Perseguían una causa turbia y cayeron en ella. Lo que no impide que se haya hecho lugar común hablar de las víctimas de Huitzilac, por el nombre del sitio en que fueron sacrificados. En cambio, sobre Topilejo apenas si se ha escrito, y lo que se habla suena todavía a murmuración temerosa que nadie quiere escuchar. Cada una de las tumbas de Huitzilac tiene su cruz y, en cambio, los inmaculados patriotas de Topilejo no tienen encima ni el recuerdo de una generación ingrata, por terror que envilece. También debemos observar, a manera de excusa de humorismo macabro, que no es posible identificar individualmente las tumbas de Topilejo, puesto que los soldados que consumaron las ejecuciones se permitieron una voluptuosidad digna de los aztecas: descuartizaron a los muertos, igual que se destaza el ganado. Recientemente se hizo la comedia de la investigación en lo de Topilejo y a causa de que tanto se divulgó lo de Huitzilac. Pero, apenas iniciada la investigación, comenzaron a sonar ciertos nombres y de pronto el juzgado suspendió las diligencias. Y los testigos fueron amenazados si daban a la prensa los pormenores. Desde que supe lo de Topilejo, preví que por allí andaban nombres, que, tarde o temprano, y dada la tradición vigente, llegarían a la categoría de presidenciables, si no es que a la Presidencia misma. Por el momento, la responsabilidad la asumió Eulogio Ortiz, que, ya

sea por franqueza nativa, ya por inconciencia ética, se ufana de sus hazañas en vez de ocultarlas. Pero hay cómplices que todavía se ocultan bajo el manto de los más altos funcionarios del país. Dejemos la justicia al tiempo y recordemos los hechos escuetos. En venganza de lo de Ortiz Rubio, o simplemente para atemorizar, cierto día fueron sacados de sus casas hasta cuarenta conocidos vasconcelistas. El general Ibarra, viejo maderista, casi octogenario, de por Texcoco; el ingeniero González Madero, bravo, noble muchacho, que andaba en los treinta, y los demás por el estilo, la lista completa no ha llegado a publicarse; precisamente el descuartizamiento tuvo por objeto dificultar la identificación. En seguida no faltó quien gozase atormentando con el engaño a las familias que preguntaban por sus deudos. Se les hizo creer que andaban prófugos, hasta que un indio, pasando por el camino de Cuernavaca, descubrió una mano de difunto que asomaba entre el barro; escarbó y desenterró un brazo, cavó más y halló una pierna; se hizo el escándalo, acudieron reporteros, se tomaron fotografías del terreno, se publicaron conjeturas. Y cuando el juzgado urgido por las familias de los desaparecidos intentó practicar las exhumaciones de ley, un piquete de soldados rodeó el terreno, impidió el acceso al lugar. Luego, la Secretaría de Guerra declaró, por la prensa, que el caso estaba bajo la jurisdicción de los militares. ¡Con lo que bastó para que agachara la cabeza todo el mundo!

En el extranjero circuló la historia macabra: cuarenta vasconcelistas habían sido descuartizados, al mismo tiempo que aseguraba el Gobierno que no existía peligro de rebelión, que "nadie le hacía caso al candidato derrotado y despechado, prófugo en el extranjero". Y era tal el empeño de los grandes intereses, los capitalistas con inversiones en nuestro país, de que el Gobierno de Ortiz Rubio, patrocinado por la Casa Morgan, se impusiese que, escritores con fama de humanos, como el célebre Brisbaine, el bien pagado por el sindicato Hearst, lejos de apiadarse de las víctimas señaló al Gobierno mexicano el ejemplo de Pedro el Grande, que a fin de lograr la consolidación de su cetro no sólo mataba, sino que sacaba de sus tumbas los cadáveres de los antepasados de sus enemigos, para quemarlos. "Eso mismo debía hacer México con todo el que intentase perturbar la paz sangrienta que el Procónsul Morrow estaba consolidando en beneficio de los dos países". Quien quiera convencerse de este dicho, examine la columna de Brisbaine, en los diarios de Hearst, de febrero o marzo de mil novecientos treinta.

En la capital no hubo comentarios, se impuso el silencio, pero un silencio cómplice, porque mucha gente, en lo personal honesta, prefería no enterarse a fin de poder seguir cobrando, beneficiando, la sinecura

gubernamental. "¿Qué de veras? —preguntaban los fariseos cuando escuchaban la negra historia de labios de algún familiar humillado—. ¿No habrá exageración? ¿No serán cosas de despechados como Vasconcelos, que anda denigrando a México en el extranjero?" Porque, no se podía negar, el Gobierno actual era progresista; ¡qué tal esas casas que están tirando para abrir una gran avenida, a estilo de Norteamérica! Por esos días engrosó el rumor propicio de que ya el general Amaro aprendía no sólo castellano, también alemán. Y los lechuguinos de la metrópoli, con ciertos hombres de negocios y determinados agentes imperialistas como Carlton Beals, señalaban al general Amaro como sucesor de Ortiz Rubio y esperanza de la revolución y de la patria.

Véase un dominical de *The New York Times,* de la época, para confirmar lo de Carlton Beals.

Entre los que se salvaron por mero accidente de la matanza de Topilejo está el abogado Román Millán, excelente hombre, valiente, que se hizo cargo del papel peligroso de animar a los conspiradores reuniéndolos en su propio despacho, gastando en las conjuras pequeñas sumas de su peculio de profesional joven. Otros, la mayor parte, de los directores de la campaña vasconcelista sufrieron prisión por semanas y por meses, tales como Salvador Azuela y Carlos Pellicer. Algunos más perdieron su modo de vida habitual, como Alfonso Taracena, que tan útiles servicios prestó como corresponsal de la prensa de los estados.

DECISION ALTIVA

Lejos de pensar en el regreso que para todos era fácil, mediante una declaración sumisa (a causa de que los Estados Unidos ya no querían desterrados en su seno, y exigían benevolencia para los sometidos), Valeria decidió por el exilio definitivo. Pero no le era posible consumarlo desde luego. Sus asuntos económicos se hallaban embrollados. Malos negocios en compañía de asociados torpes o de mala fe, hipotecas ruinosas, para obtener efectivo de inmediato y qué sé yo, pero el hecho es que se hallaba en situación estrecha, angustiosa a ratos, no obstante el caudal que dos o tres años antes heredara. Y el derroche, la imprevisión, fundados quizás en la creencia de que le quedaba algo que rematar, seguían siendo su única norma. Hay personas negadas por completo del sentido del dinero. Sin ánimo de censura, puesto que la anécdota demuestra esplendidez y despreocupación, relato lo que un

amigo de recursos modestísimos me refirió poco antes de la *débâcle* de mi amiga: "Fulano, préstame tres mil francos...". "¡Tres mil francos!... Son todos mis ahorros de dos o tres años, pero en fin, se trata de usted; aquí están..." Ese mismo día compró Valeria quinientos francos de juguetes para el hijito, que ya los tenía en abundancia... Luego, por la noche, invitó a la esposa del que le había hecho el préstamo al restaurante más caro; se gastó en la cena doscientos, y así sucesivamente.

Cuando en Los Angeles hicimos balance de nuestros recursos, resolví lanzarme en seguida a la América del Sur. El viaje llevaba mi prédica por el único rumbo que me quedaba abierto y, aparte de eso, me ofrecía oportunidades de ganancia inmediata. Acostumbrado a sortear las dificultades del exilio y la lucha contra enemigos implacables, nunca me he sentido tranquilo si no tengo por delante un año de vida seguro, en efectivo. De suerte que, apenas pasaron las dos o tres semanas necesarias para ver si lo del atentado a Ortiz Rubio y Topilejo iba a significar una ocasión de rebeldía o una consolidación del terror, decidí partir por agua rumbo a Panamá y Colombia. De su lado, Valeria convino en que era indispensable su regreso a México para liquidar sus asuntos en vista de la ausencia definitiva que proyectaba. Además, se proponía recoger al hijo. Al salir de México lo había encomendado a una hermana; pero estando en curso el pleito del divorcio, el padre aprovechó para reclamarlo. Se lo entregó el juzgado y entonces, con ánimo conciliador, puso al chico en poder de la misma hermana de Valeria. Este rasgo me sirvió de base para obtener de Valeria la promesa de que ya no recurriera a la astucia y la violencia para disputar la patria potestad. En vez de eso, procuraría un arreglo amistoso para dividirse, por semestres, la posesión del niño. También, al decidir a Valeria a cambiar de apoderado, logré que tomara de abogado al mismo de su señora madre, con lo que se concluyó un enojoso pleito sucesorio y una reconciliación filial que mucho contribuyó a tranquilizar el ánimo de mi extraordinaria amiga. El nuevo apoderado, un antiguo condiscípulo y buen amigo, garantizaba el máximum de eficiencia para el arreglo del embrollo que, largos litigios y falta de atención, habían creado. Y acordamos que, una vez terminada mi gira por el Sur y arreglados satisfactoriamente los asuntos de ella, tornaríamos a reunirnos en algún lugar del extranjero donde pudiésemos dedicarnos a redactar la revista que sería baluarte contra la calumnia y un ariete contra los enemigos de la patria.

LA DESPEDIDA

A todos los principales conductores del movimiento de que era yo jefe consulté la decisión de abandonar los Estados Unidos, no obstante que en realidad me la imponían las circunstancias. En lo de adelante, me tendría que dedicar a la denuncia de las maniobras del monroísmo, el poinsettismo, no sólo en México, sino en la América toda. Mis enemigos habían crecido y ya no se limitaría mi ofensiva a los políticos de México. El mal de la Colonia tenía que ser combatido en sus fuentes, o sea, en la Administración norteamericana. Aprobaron mi viaje al Sur todos los que estaban cerca de mí: Méndez Rivas, Herminio Ahumada, Pedrero, Juan Ruiz. Vito Alessio, escondido en San Antonio, ya no contestaba mis cartas; Miguel Angel me contestó obsequiándome el precio del pasaje hasta Panamá. Juan Ruiz decidió acompañarme por Centroamérica, por su cuenta y para servirme de secretario. A la vez se proponía colocar una película hablada en español, de las primeras que se ensayaron en Hollywood. Méndez Rivas, siempre optimista, creyó que algo podría intentarse por la frontera de Guatemala. Yo abrigaba esperanza parecida y seguramente no llego a Colombia si el ministro americano no me cierra las puertas de Guatemala.

Decidí no mover a mi familia de Los Angeles, mientras anduviese errante. Mis hijos estaban en la Universidad. Mi hija, dedicada a sus estudios, era tan joven, que no me había pasado por la cabeza la idea de que anduviera de novia y acaricié el proyecto de llevármela en mi gira por el Sur. Y eso que Herminio en cierta ocasión puso en mis manos un librito de proverbios chinos, y me señaló el que más o menos decía: "Cuida mucho de ver con quién se casa tu hijo, pesa las ventajas, las desventajas de cada partido...". "A tu hija, cásala cuando puedas". No entendí. Tampoco hice mayor caso de las advertencias y alarmas que sobre el noviazgo de mi hija formulaba la mamá. ¿Era serio aquello? Por fin, Herminio tuvo que caer en la formalidad del pedimento matrimonial. Un tanto sorprendido, le dije a poco de reflexionarlo. "¿Qué prisa tienen? Esperen uno, dos años, hasta que esta situación se aclare". No me hicieron caso y ante lo inevitable, precisé: "No quiero perder, junto con mi hija, una buena amistad. Consiento, pero con una condición: si después de casados no se entienden, se arrepienten, no se hagan la vida amarga... Usted me la devuelve, que a mí nunca me ha de aburrir". "Sólo porque es usted quien me lo dice, no me enojo", contestó Herminio, ofendido. Cancelé el pasaje de mi hija. Por desgracia, mi viaje no podía aplazarse y el matrimonio quedó concertado para dos meses después, no obstante mi ausencia.

La actitud de la diplomacia norteamericana en México no me producía animadversión en contra del yanqui. Un sinnúmero de norteamericanos demostraba simpatía sincera por nuestra causa perdida. Cada vez que tuve contacto con funcionarios, como cuando fui a pedir el pasaporte para salir del país, la más exquisita cortesía era la regla y, a menudo, la conversación cordial. A mi hija, en cierta ocasión, la citaron al Tribunal por correr su auto más de lo debido, en pleno Boulevard Wilshire. Ocurrió esto cuando me hallaba en México y se publicaban a diario noticias de atentados y obstáculos. El juez preguntó a mi hija su nombre, sus generales... "¿De México?... ¿Vasconcelos...? ¿Qué es usted del candidato a la Presidencia?" "Hija..." Reflexiona el juez, se pasa la mano por la barba y sentencia: "No vuelva a abusar de la velocidad, no le impongo multa, *your father has enough worries...".* (Tiene ya bastantes dificultades encima su padre.) Por el estilo, cierta benevolencia y afabilidad en el trato suelen ser la regla de las relaciones humanas en el país del Norte.

Ya para embarcarme, contraje un compromiso: adelantando una mensualidad compré un *Ford,* que fue el regalo de boda de mi hija, un derroche dentro de las circunstancias, pero lo acabé de pagar con las entradas que pronto obtuve por Panamá y otros rumbos.

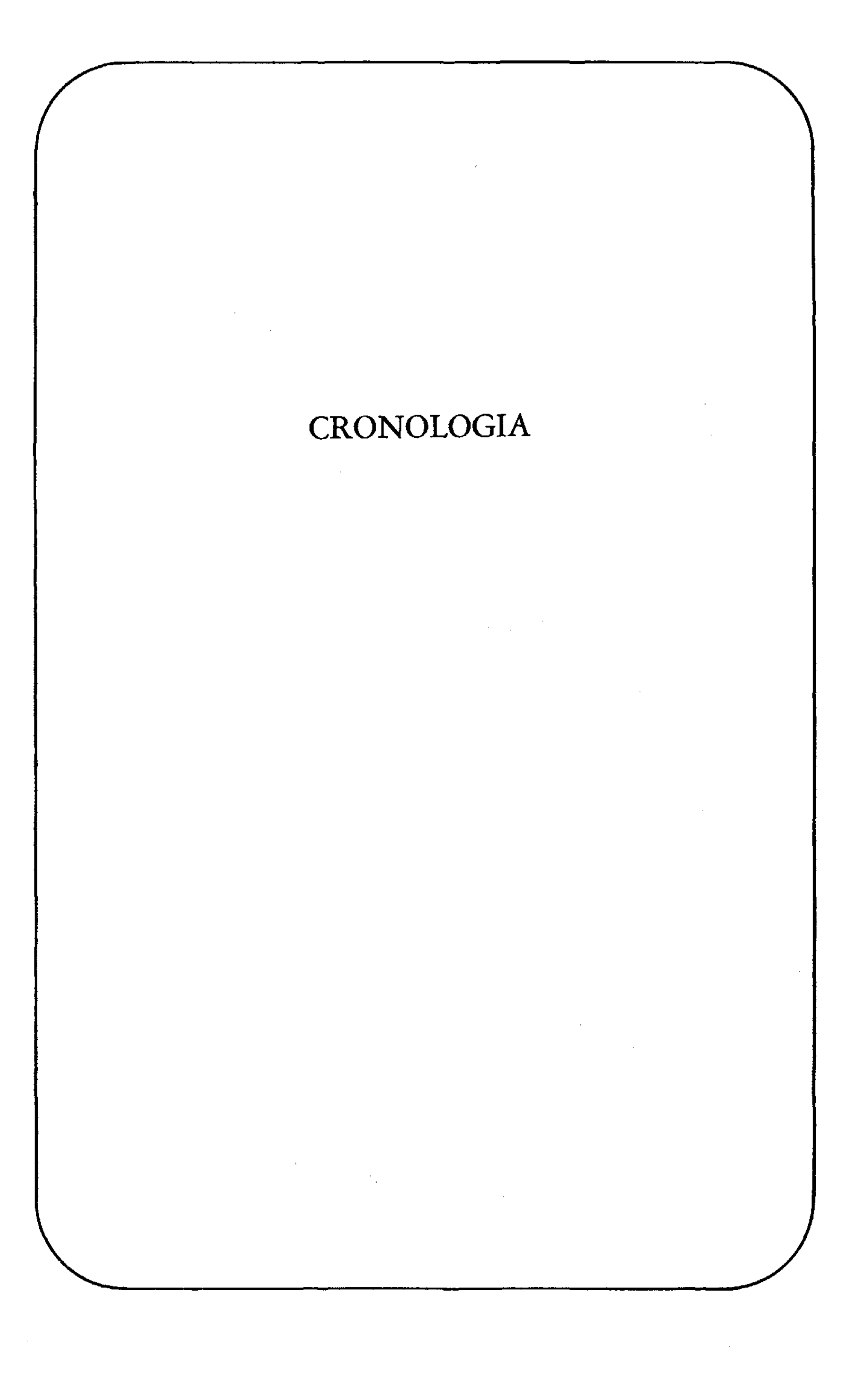
El cónsul de Panamá se portó en grande: ¿Que si me daba visa?, le preguntó un amigo. "No necesita visa —respondió—, pero aquí está y dígale que se le recibirá en mi país como se merece, con demostraciones oficiales y populares, es decir, con indiscreción".

Y como me invitaron de San Francisco los "Diablos Viejos", para una de sus comidas mensuales, no quise partir sin despedirme en persona de mi gran amigo el doctor Urrea, caballero y patriota sin par. El fracaso lo había tomado como derrota propia. Durante todo el curso de la campaña política nos habíamos escrito regularmente; sus consejos me habían iluminado en muchas ocasiones. En San Francisco me sacó del hotel, me hospedó en su casa. Estaba decidido a no volver al país mientras aquella situación durase; era de los que sólo pensaban en continuar la lucha con los medios que fuesen quedando a nuestro alcance. También el general Ruelas se mostró irreductible. En general, todos nuestros buenos compatriotas del destierro otorgaban aliento y simpatía. Por ejemplo, en Santa Bárbara, los mexicanos que trabajan allí de sirvientes en los hoteles de los millonarios yanquis me retuvieron una noche para hablar de la patria y sus angustias.

NOTAS

1. José Santos Chocano (1875-1934). Poeta peruano que participó en la revolución mexicana con las fuerzas del general Francisco Villa. En 1925 Vasconcelos lo atacó violentamente en un artículo titulado "Poetas y bufones". Un escritor peruano Edwin Elmore Letts defendió a Vasconcelos y Santos Chocano lo asesinó.
2. Las personas enumeradas por Vasconcelos, pocas de ellas conocidas hoy día, son las siguientes: Julio Torri (1889-1971), prosista, autor de *Fusilamientos* (1940); Enrique González Martínez (1871-1952), último gran poeta modernista mexicano; Rafael López (1873-1943), poeta y prosista; Roberto Argüelles Bringas (1875-1915), editor literario; Alfonso Cravioto (1883-1945), escritor; Joaquín Méndez Rivas (1888-1966), poeta, fue partidario de Vasconcelos en 1929; Antonio Médiz Bolio (1884-1957), antropólogo y escritor indigenista; Rafael Cabrera (1884-1943), traductor y poeta; Jesús Acevedo (1882-1918), arquitecto y escultor; Roberto Montenegro (1885-1968), pintor; Alfredo Ramos Martínez (1875-1946), pintor; Manuel Ponce (1882-1948), músico y compositor; Julián Carrillo (1875-1965), músico y compositor; Carlos González Peña (1885-1955), escritor y crítico; Isidro Fabela (1882-1964), internacionalista mexicano; Manuel de la Parra (1878-1940), poeta; Mariano Silva y Aceves (1887-1939), prosista y Federico Mariscal (1881-1971), arquitecto. Como se ve, se trata del cuadro de figuras menores de la intelectualidad mexicana de la generación de Vasconcelos y aun de la anterior.
3. La conferencia fue dictada en Lima en julio de 1916.
4. Discurso de su toma de posesión como rector de la Universidad Nacional.
5. Discurso ante la Confederación Nacional de Estudiantes.
6. Jacinto Pallares (1843-1904), célebre jurista mexicano.
7. Paulino Martínez (1850-1923), periodista liberal.
8. Antonio I. Villarreal (1879-1944). Político de la primera generación maderista. Fue varias veces candidato a la presidencia de la República y en 1929 colaboró con Vasconcelos.
9. Eufemio Zapata (1873?-1917), hermano y lugarteniente de Emiliano.
10. José Isabel Robles (?-1917), general constitucionalista que apoyó primero a Villa y luego a Carranza.
11. Rodolfo Fierro (1880-1915), lugarteniente de Villa, famoso por sanguinario y codicioso.
12. Carlos Pellicer (1897-1977), gran poeta mexicano. Colaboró con Vasconcelos hasta la derrota de 1929.
13. Ignacio Asúnsolo (1890-1965), escultor.
14. Ricardo Gómez Robelo (1884-1924), poeta de la generación del Ateneo de la Juventud.
15. Vito Alessio Robles (1879-1957). Ingeniero de formación, combatió en varias facciones revolucionarias. En 1929 se hizo cargo de la campaña de Vasconcelos, sobre quien escribió más tarde.
16. Alberto Vázquez del Mercado (1895-1950). Político de la generación posterior a la de Vasconcelos, llamada la de "Los siete sabios". Ocupó varios cargos públicos y apoyó a Vasconcelos en las elecciones de 1929.

17. Francisco Vázquez Gómez (1860-1933). Médico y político. Apoyó a Villa y a Zapata durante la revolución.
18. Carlos Deambrosis Martins (1901-1971). Periodista argentino que fue agente editorial de Vasconcelos en Europa y el secretario de redacción de *La Antorcha* en París. Acompañaba a Vasconcelos cuando ocurrió el suicidio de Antonieta Rivas Mercado.
19. Saturnino Cedillo (1890-1939). General revolucionario que habría de protagonizar el último levantamiento armado de la revolución mexicana, en 1938, contra el gobierno de Cárdenas. Murió en combate.
20. Daniel Flores. Simpatizante de los cristeros, intentó asesinar al presidente Ortiz Rubio, vencedor de Vasconcelos, el día de su toma de posesión en 1930.
21. Francisco Serrano (?-1927). General revolucionario. Trató de oponerse a la reelección de Alvaro Obregón, motivo por el que fue sangrientamente asesinado. Su caso es uno de los temas de la célebre novela de Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo* (1929).



CRONOLOGIA

1882 Nace en la ciudad de Oaxaca, México, el 27 de febrero, hijo de Ignacio Vasconcelos y Carmen Calderón.

1888 Su familia se traslada a la frontera norte y luego al puerto de Campeche en el sureste del país. En estas condiciones itinerantes realiza sus primeros estudios.

1900 La familia fija su residencia en la capital de la República y Vasconcelos ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria.

1905 Obtiene la licenciatura en Derecho con la tesis titulada "Teoría dinámica del Derecho", la misma que se publica dos años después.

1909 Constitución formal de la agrupación cultural llamada el Ateneo de la Juventud. Vasconcelos aparece como fundador y socio numerario. Inicia sus actividades contra la reelección del presidente Porfirio Díaz y se hace cargo de la prensa del opositor Francisco I. Madero.

1910 Exiliado en Nueva York por sus simpatías maderistas, allí se entera del levantamiento revolucionario del 20 de noviembre. En el marco de las conferencias del Ateneo de la Juventud había dado la consagrada a "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas".

1911 Presidente del Ateneo de la Juventud. Aunque apoya vehementemente al régimen del ya presidente Madero no participa en éste, ejerciendo la abogacía de manera independiente.

1913 Asesinato de Madero. Vasconcelos se une al Ejército Constitucionalista encabezado por Venustiano Carranza.

1914 Participa en la revolución con las fuerzas de Villa y Zapata. Estas organizan la Convención de Aguascalientes que concluye con la toma de Ciudad de México por sus ejércitos. Vasconcelos se convierte en el principal teórico y polemista de la Convención.

1915 El gobierno de la Convención lo nombra efímeramente Ministro de Instrucción Pública.

1916 Derrota de Villa por las fuerzas carrancistas. En Washington, Vasconcelos intenta sin éxito el reconocimiento diplomático para los convencionistas. Después se retira a la vida privada como representante de una compañía norteamericana en el Perú. Allí dicta la conferencia "El movimiento intelectual contemporáneo de México".

1920 Tras varios viajes por Estados Unidos y Europa, vuelve a México y es nombrado rector de la Universidad Nacional por el presidente provisional Adolfo de la Huerta. Pronuncia su famoso "Discurso en la Universidad".

1921 Tras combatir por la federalización de la educación logra la creación de la Secretaría de Educación Pública de la que es nombrado secretario. Obtiene del presidente Alvaro Obregón el presupuesto educativo más alto de la historia de México. Provoca un incidente diplomático con el gobierno de Venezuela.

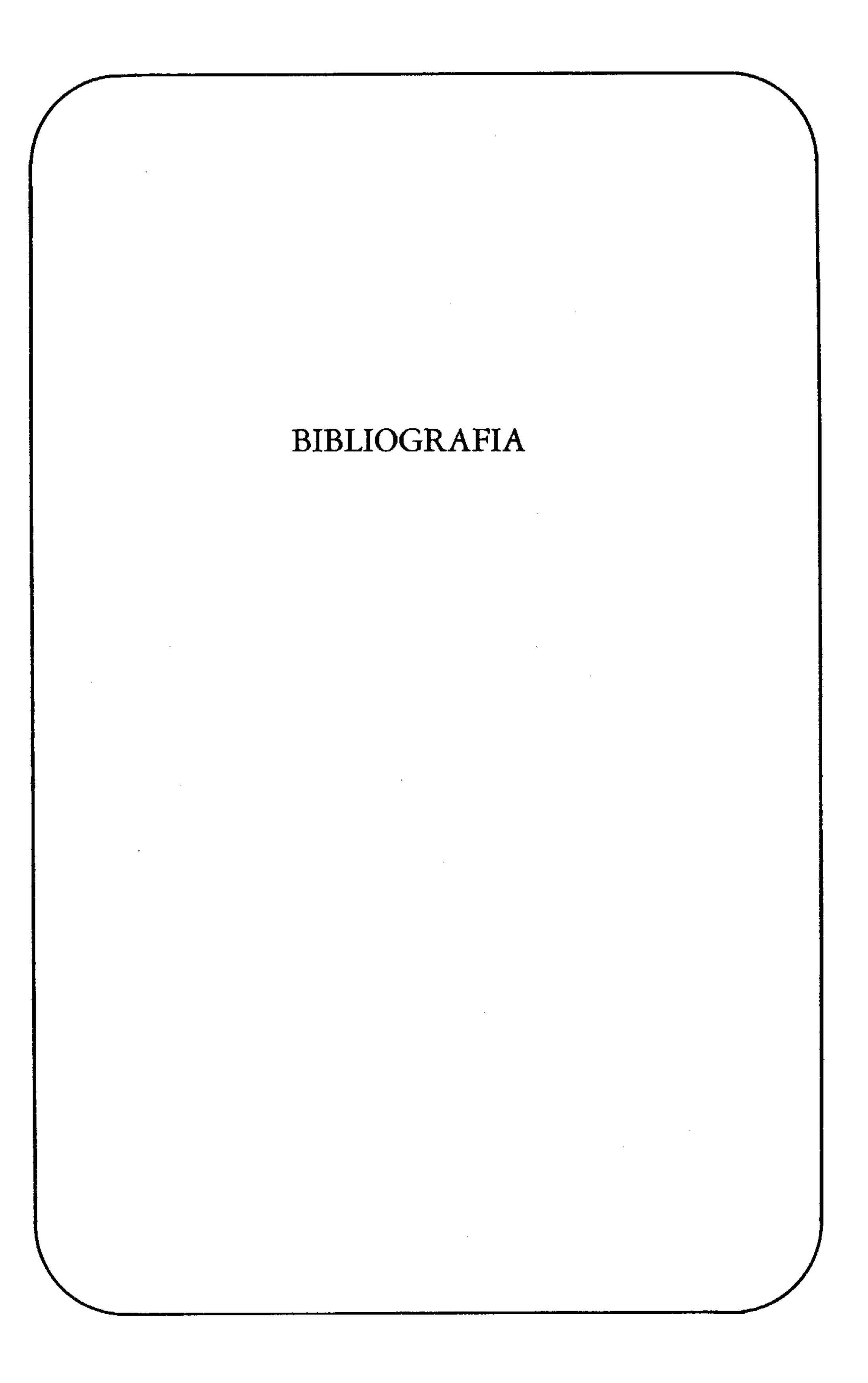
1922 Gira a América del Sur como enviado oficial del gobierno. Visita Brasil, Argentina y Chile, cobrando popularidad continental.

1923 Labores monumentales y de extensión nacional al frente de la Secretaría de Educación Pública. Comienzan los disturbios estudiantiles en su contra y su distancia crítica del gobierno. "Discurso del Día del Maestro".

1924 La rebelión del general De la Huerta, que no apoyó, lo debilita políticamente y finalmente renuncia a la Secretaría que fundó. Plutarco Elías Calles, presidente. Vasconcelos intenta ganar la gubernatura de Oaxaca y es derrotado.

1925 Publica *La raza cósmica* y desde su revista *La Antorcha* y otras publicaciones de habla hispana se convierte en crítico acerbo del militarismo mexicano. Sus ideas sociales alcanzan interés mundial.

1926 Publica *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana.* Viaja por Europa y Medio Oriente.
1928 Asesinato de Alvaro Obregón tras su reelección presidencial. Vasconcelos se perfila como candidato civil independiente a la presidencia de la República.
1929 Campaña electoral democrática. Pese a su indiscutible popularidad es derrotado fraudulentamente por el candidato del oficialista Partido Nacional Revolucionario. Vasconcelos se declara presidente electo, amenaza con la rebelión y lanza el Plan de Guaymas. Carente de apoyo civil y militar, abandona el país.
1930 Se establece en París desde donde intenta reanimar *La Antorcha* para combatir al gobierno mexicano.
1931 Suicidio en París de Antonieta Rivas Mercado, su secretaria y compañera.
1935 Aparecen los dos primeros tomos de sus memorias: *Ulises criollo* y *La tormenta* así como su ensayo pedagógico *De Robinsón a Odiseo.*
1938 En compañía de su antiguo enemigo Plutarco Elías Calles intenta conspirar contra el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. Pese a todo se le ofrece el rectorado de una universidad estatal, que rechaza.
1939 Aparecen los dos segundos tomos de las memorias: *El desastre* y *El Proconsulado.*
1940 Regreso definitivo a México. Dirige la revista *Timón,* de clara orientación nazi-fascista.
1946 Se dirige con "Los motivos del escudo" a la Confederación Nacional de Estudiantes, que lo homenajea. Dirige la Biblioteca Pública de México.
1952 Publica *Todología,* suma de sus ideas filosóficas.
1959 Muere en la ciudad de México el 30 de junio, perteneciendo al Colegio Nacional y a la Academia Mexicana de la Lengua.
1982 Al cumplirse el centenario de su nacimiento las autoridades educativas y universitarias realizan profusos homenajes en su memoria, rehabilitándolo oficialmente.



BIBLIOGRAFIA

I. BIBLIOGRAFIA BASICA

a) *Primeras ediciones*

Teoría dinámica del Derecho (Tesis Profesional). México: Imprenta Económica, 1907.

Gabino Barreda y las ideas contemporáneas. México: Imprenta Lacaud, 1910.

Pitágoras, una teoría del ritmo. La Habana: s/e, 1916.

Prometeo vencedor. Madrid: Editorial América, 1916.

El monismo estético. México: Editorial Cultura, 1918.

La caída de Carranza; de la dictadura a la libertad. México: Imprenta Munguía, 1920.

Estudios Indostánicos. México: Editorial México Moderno, 1920.

Divagaciones literarias. México: Tipográfica Munguía, 1922.

Orientaciones del pensamiento en México (Conferencia dada en la Universidad de Córdoba, Argentina). Córdoba: A. Biffignandi, 1922.

Ideario de acción. Lima: Centro de Estado / Libros de Ahora, 1924.

La revulsión de la Energía; los ciclos de la Fuerza, el Cambio y la Existencia. México: La Antorcha, 1924.

La Raza Cósmica. Barcelona: Agencia Mundial de Publicaciones, 1925.

Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana. Barcelona: Agencia Mundial de Publicaciones, 1926.

Tratado de Metafísica. México: Editorial México Joven, 1929.

Pesimismo alegre. Madrid: Editorial M. Aguilar, 1932.

Sonata mágica: cuentos y relatos. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo, 1933.

Bolivarismo y monroísmo: temas iberoamericanos. Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1934.

Ulises criollo. México: Ediciones Botas, 1935.

La tormenta. México: Ediciones Botas, 1935.

De Robinsón a Odiseo: pedagogía estructurativa. Madrid: Bolaños y Aguilar, 1935.

Qué es el comunismo. México: Ediciones Botas, 1936.

Qué es la revolución. México: Ediciones Botas, 1937.

La cultura en Hispanoamérica. Argentina: Universidad Nacional de La Plata, 1937.

Historia del pensamiento filosófico. México: Ediciones de la Universidad Nacional, 1937.

Breve historia de México. México: Ediciones Botas, 1937.

El desastre. México: Ediciones Botas, 1938.

Estética. México: Ediciones Botas, 1938.

El Proconsulado. México: Ediciones Botas, 1939.

Simón Bolívar, interpretación. México: Ediciones Botas, 1939.

Hernán Cortés, creador de la nacionalidad. México: Ediciones Xóchitl, 1941.

Lógica orgánica. México: El Colegio de México, 1945.

El viento de Bagdad. México: Letras de México, 1945.

Los robachicos. México: Ediciones Botas, 1946.

Manual de filosofía. México: Ediciones Botas, 1950.

Discursos, 1920-1950. México: Ediciones Botas, 1950.

Filosofía estética; según el método de la coordinación. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1952.

Todología, filosofía de la coordinación. México: Ediciones Botas, 1952.

Temas contemporáneos. México: Libreros Mexicanos Unidos, 1955.

En el ocaso de mi vida. México: Populibros La Prensa, 1957.

Don Evaristo Madero. Biografía de un patricio. México: Impresiones Modernas, 1958.

Cartas políticas de José Vasconcelos (Primera serie, 1924- 1936). Preámbulo y notas de Alfonso Taracena. México: Editorial Librera / Clásica selecta, 1959.

La flama. Los de arriba en la Revolución Mexicana. Historia y tragedia. México: Editorial Continental, 1959.

Letanías del atardecer. México: Editorial Librera / Clásica selecta, 1959.

Obras completas (cuatro tomos). México: Libreros Mexicanos Unidos, Colección Laurel, 1957-1961.

b) *Reediciones*

Pitágoras, una teoría del ritmo. México: Editorial Cultura, 1921.

La Raza Cósmica. México: Espasa-Calpe (Colección Austral 802), 1948 y 1982.

La sonata mágica. Buenos Aires: Espasa-Calpe (Colección Austral 961), 1950.

Filosofía estética. Buenos Aires: Espasa-Calpe (Colección Austral 1091), 1953.

Cuentos. Prólogo de Fedro Guillén. México: Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1982.

Hernán Cortés, creador de la nacionalidad. México: Editorial Jus, 4ª edición, 1985.

Memorias, I. Ulises criollo. La tormenta. México: Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas), 1982.

Memorias, II. El desastre. El Proconsulado. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

c) *Antologías*

Antología de José Vasconcelos. Selección y prólogo de Genaro Fernández MacGregor. México: Secretaría de Educación Pública / Pensamiento de América, 1942; 2ª ed. México: Editorial Oasis, 1968 y 1982.

Páginas escogidas. Selección y prólogo de Antonio Castro Leal. México: Ediciones Botas, 1940.

Pensamientos inéditos de José Vasconcelos, por G. Nicola Di Leopoldo. México: Ediciones Botas, 1970.

José Vasconcelos: textos sobre educación. Introducción y selección de Alicia Molina, México, Fondo de Cultura Económica / SEP80, 1981.

José Vasconcelos y la Universidad. Presentación de Alfonso de María y Campos, introducción y selección de Alvaro Matute y colaboración de Angeles Ruiz. Universidad Nacional Autónoma de México / Textos de Humanidades, 1983.

II. BIBLIOGRAFIA ESCOGIDA SOBRE JOSE VASCONCELOS

AHUMADA, Herminio. *José Vasconcelos. Una vida que iguala la acción con el pensamiento.* México: Ediciones Botas, 1937.

ALESSIO Robles, Vito. *Mis andanzas con nuestro Ulises.* México: Ediciones Botas, 1938.

ARGUEDAS, Alcides y otros. "Mensaje a Vasconcelos", Los Angeles, *La Opinión,* 31 de marzo de 1929, p. 3.

ARROYO, César Emilio. "México en 1935: el presidente Vasconcelos", París, *Le Livre Libre,* 1929.

AZUELA, Salvador. "De las luchas cívicas de 1929", México, *El Universal,* 28 de noviembre de 1959, pp. 3-12.

AZUELA, Salvador. "A un año de la muerte de Vasconcelos", México, *El Universal,* 25 de junio de 1960, pp. 3 y 24.

AZUELA, Salvador. *La aventura vasconcelista.* México: Editorial Diana, 1982.

BLANCO, José Joaquín. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica.* México: Fondo de Cultura Económica (Vida y pensamiento de México), 1977 y 1984.

BRADING, David. "Darwinismo social e idealismo romántico en Andrés Molina Enríquez y José Vasconcelos" en *Mito y profecía en la historia de México.* México: Editorial Vuelta, 1988.

BUSTILLO Oro, Juan. *Germán de Campo, una vida ejemplar.* México: L.A.S.D., 1930.

CARBALLO, Emmanuel. "José Vasconcelos" en *Protagonistas de la literatura mexicana.* México: Ediciones El Ermitaño, 1987.

CARDENAS Noriega, Joaquín. *José Vasconcelos 1882-1982, Educador, político y profeta.* México, Ediciones Océano, 1982.

CARDENAS Noriega, Joaquín (editor). *Vasconcelos visto por la Casa Blanca.* México: s/e, 1978.

CUESTA, Jorge. "*Ulises criollo* de José Vasconcelos" y "La enseñanza de Ulises" en *Poemas y ensayos, III. Ensayos, 2.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.

DEAMBROSIS Martins, Carlos. "Manuel Ugarte y José Vasconcelos (a propósito de una carta abierta)". *La Opinión* (Los Angeles), 29 de junio de 1929, p. 3.

DE BEER, Gabriella. *Jose Vasconcelos an his World.* New York: Las Americas Publishing, Co, 1966.

ELMORE, Edwin. *Vasconcelos frente a Chocano y Lugones. Los ideales americanos frente al sectarismo contemporáneo (El último trabajo intelectual de mi hermano cuya primera parte "La Crónica" no quiso publicar mostrándoselo a Chocano, consideraciones por Teodoro Elmore Letts).* Lima: s/e, 1926.

FELL, Claude. *José Vasconcelos, Los años del águila.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

FERNANDEZ del Valle, Agustín Basave. *La filosofía de José Vasconcelos*: México, Editorial Diana, 1970.

GARCIA Cantú, Gastón. "Vasconcelos, historia y política" en *Cruce de caminos.* México: Fundación de Investigaciones Sociales, A.C., 1985, pp. 15-34.

GARCIA Cantú, Gastón. *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental, 1810-1962.* México: Empresas Editoriales, 1965.

GARCIA Maynez, Eduardo. *Homenaje del Colegio Nacional a Samuel Ramos y José Vasconcelos.* México: El Colegio Nacional, 1960.

GARCIA Naranjo, Nemesio. "La última ilusión de Vasconcelos". *La Opinión* (Los Angeles), 13 de noviembre de 1929, p. 3.

GOMEZ Orozco, Alicia. *El joven Vasconcelos (del positivismo al antintelectualismo),* Tesis, Facultad de Filosofía y Letras. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.

GUY, Alais. "José Vasconcelos et Bergson", *Revista Mexicana de Filosofía* (México), año II, Nº. 3, s/f.

HADDOX, John H. *Jose Vasconcelos, Philosopher and prophet.* Austin: The Texas Panamerican Series, 1967.

KRAUZE, Enrique. *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana.* México: Siglo XXI Editores, 1977.

KRAUZE, Enrique. "Pasión y contemplación en Vasconcelos", *Vuelta* (México), 78 (mayo de 1983): 12-19.

KRAUZE, Enrique. "Pasión y contemplación en Vasconcelos, II", *Vuelta* (México), 79 (junio de 1983): 16-26.

MAGDALENO, Mauricio. *Las palabras perdidas.* México: Fondo de Cultura Económica, 1956 y 1985.

MONROY Rivera, Oscar. *México y su vivencia dramática en el pensamiento vasconcelista.* México: s/e, 1972.

NAVARRO Tomás, Tomás. "Vasconcelos y los provincianismos hispanoamericanos", *La Gaceta Literaria* (Madrid). 1º de diciembre de 1928.

PAZ, Octavio. "Las *Páginas escogidas* de José Vasconcelos" en *México en la obra de Octavio Paz. II. Generaciones y semblanzas.* México: Fondo de Cultura Económica / Letras Mexicanas, 1987.

PHILLIPS, Richard Baker. *Jose Vasconcelos and the Mexican Revolution of 1910.* Tesis doctoral. Standford University, 1953.

PINEDA, E. R. "The Mexican Presidential Election, November 17th, 1929". New York: s/e, 1929.

PINEDA, Hugo. *José Vasconcelos, político mexicano, 1928-1929.* Tesis doctoral. George Washington University, 1971.

RAMIREZ y Ramírez, Enrique. "La generación vasconceliana", en *El Frente,* México, I, 1 (agosto de 1930): 7 y 15.

RAMIREZ y Ramírez, Enrique. *Carta de un joven comunista a José Vasconcelos.* México: Ediciones del CC de la Federación Juvenil Comunista de México, 1936.

REYES, Alfonso. "Adiós a Vasconcelos" en *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente a la española (discursos académicos).* México: Editorial Jus, tomo XVII, 1960, pp. 168-169.

RIVAS Mercado, Antonieta. *La campaña de Vasconcelos.* México: Editorial Oasis, 1981.

RAMIREZ y Ramírez, Enrique. *Obras completas,* Edición de Luis Mario Schneider. México: Secretaría de Educación Pública, 1987.

ROBLES, Martha. *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias.* México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

ROBLES, Oswaldo. "Filósofo de la emoción creativa" en *Revista Mexicana de Filosofía y Letras* (México), Universidad Nacional Autónoma de México, 26 (abril-junio de 1947).

SALADO Alvarez, Victoriano. "Vasconcelos y el diccionario", *La Opinión* (Los Angeles), 14 de diciembre de 1928, p. 3.

SANCHEZ Villaseñor, José. *El sistema filosófico de José Vasconcelos.* México: Polis, 1939.

SIERRA, J. Carlos. *José Vasconcelos (Hemerografía 1911-1959).* México: sobretiro del *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, número 311, 1965.

SKIRIUS, John. *José Vasconcelos y la cruzada de 1929.* México: Siglo XXI Editores, 1978 y 1982.

TARACENA, Alfonso. *José Vasconcelos.* México: Editorial Porrúa, 1982.

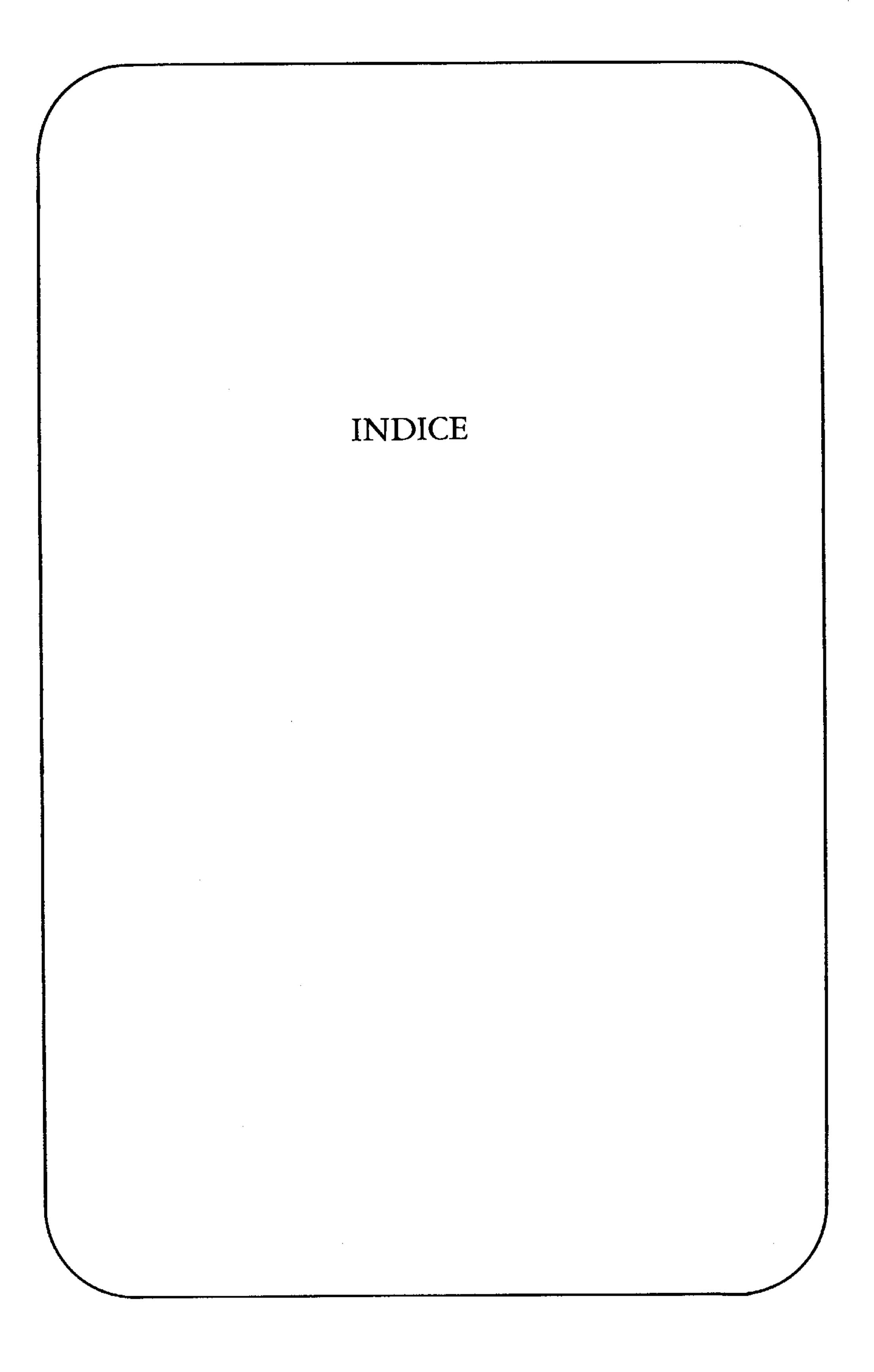
TARACENA, Alfonso. *Viajando con Vasconcelos.* México: Ediciones Botas, 1938.

URUETA, Chano. "Vasconcelos y un 'ista". *El Universal* (México) 3 de junio de 1929, p. 3.

VERARDO, Carlos. "El drama de Topilejo", *Hoy* (México) 6 de abril de 1940.

VERA y Cuspinera, Margarita. *El concepto de filosofía de José Vasconcelos.* Tesis profesional, Facultad de Filosofía y Letras. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.

VILLEGAS, Abelardo. "La filosofía de José Vasconcelos", *Revista Mexicana de Filosofía* (México) II, 3 (s/f).



INDICE

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Prólogo: Augusto Mijares
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel - Motivos de Proteo
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
La Vorágine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Varlos Herrera Molina, S.J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
Teatro Rioplatense
(1886 - 1930)
Prólogo: David Viñas
Selección, notas y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli me Tangere
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Russotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa-Grande y Senzala
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y
Lucrecia Manduca

12
DOMINGO F. SARMIENTO
Facundo
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Silvia Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres - Horas de Lucha
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achugar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología:
Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología:
Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes, cronología y bibliografía:
Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala.
El Alhajadito. El Señor Presidente)
Introducción: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología:
Eduardo Camacho Guizado
y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias y Otros Textos
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas:
Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación (1790-1825)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas: António Cándido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología:
Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos - Los Lanzallamas
Prólogo, vocabulario, notas y cronología:
Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, compilación, estudios
introductorios, versión de textos
y cronología: Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas, vocabularios
y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Selección y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815-1898)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Edición, compilación, prólogo
y cronología: Margot Arce de Vásquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASIS
Cuentos
Prólogo y selección: Alfredo Bosí
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología:
Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
La Utopía de América
Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama
y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria (1918-1930)
Selección, prólogo y cronología:
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo y cronología: Cintio Vitier

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología:
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología:
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas - La Creación de un Continente
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama
Traducción: Ana María Juilliand

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y cronología:
Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología: Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura del Modernismo Brasileño (1917-1930)
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio de Lector
Compilación, prólogo y cronología:
Juan Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del escribiente Isaías Caminha. El triste fin de Policarpo Quaresma)
Prólogo y cronología:
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas: Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración
(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología:
José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Juan García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Selección, notas y cronología:
Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo, notas y cronología:
Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida
(Novela, cuento, ensayo, epistolario)
Selección, prólogo y notas:
Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro
Traducciones: Santiago Kovadloff y Héctor Olea

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas:
Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Enrique Ballón Aguirre

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva - Moral para Intelectuales
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mariano Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpúrea - Allá lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias y Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYRE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología:
Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología:
Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación (Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología:
Tulio Halperin Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios,
notas y cronología: Rubén Bareiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología:
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas
y cronología: Charles Minguet

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Corónica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo, notas
y cronología: Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, traducción, notas
y cronología: Edmundo Bendezú Aybar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología:
Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, prólogo y cronología:
José Luis Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas
y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología:
Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo: Haroldo de Campos
Cronología: David Jackson
Traducciones: Santiago Kovadloff,
Héctor Olea y Márgara Russotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés
Prólogo, notas y cronología: Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo:
Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
FRANCISCO DE SANTA
CRUZ Y ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas
y cronología: Philip L. Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De Mi Propia Mano
Selección y prólogo:
José Luis Salcedo-Bastardo
Cronología: Inés Quintero Montiel
y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología:
César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
Fundación de la Nacionalidad Panameña
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología:
António Cándido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas
y cronología: Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio crítico
y cronología: Velia Bosch
Teresa de la Parra: Las voces
de la palabra: Julieta Fombona
Bibliografía: Horacio Jorge Becco
y Rafael Angel Rivas

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Jorge Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social - Sociología
Prólogo y cronología:
Manuel Maldonado Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología:
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología:
Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila
y Josefina Rodríguez de Alonso
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre
Bibliografía: Rafael Angel Rivas Dugarte

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Edición y cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las Grandes Elegías y Otros Poemas
Selección, prólogo, notas
y cronología: Angel Augier

104
RICARDO GÜIRALDES
Don Segundo Sombra - Prosas y Poemas
Selección, estudios y cronología:
Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V. MANSILLA
Una Excursión a los Indios Ranqueles
Prólogo, notas y cronología:
Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo: Irving A. Leonard
Edición, notas y cronología:
William G. Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas
y cronología: Daniel R. Reedy

108-109-110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de las Indias
Edición, prólogo, notas
y cronología: Andrés Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas Muertas - Lope de Aguirre.
Príncipe de la Libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía: Efraín Subero

112
Letras de la Audiencia de Quito
Selección, prólogo y cronología:
Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J. PAYRO
Obras
Selección, prólogo, notas
y cronología: Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
El Lazarillo de Ciegos Caminantes
Introducción, cronología y bibliografía:
Antonio Lorente Medina

115
Costumbristas Cubanos del Siglo XIX
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
Novelas y Cuentos
Carta en mano propia: Julio Cortázar
Selección, notas, cronología
y bibliografía: José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
Sobre Héroes y Tumbas
Prólogo: A. M. Vásquez Bigi
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
Ficciones - El Aleph - El Informe de Brodie
Prólogo: Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

119
ANGEL RAMA
La Crítica de la Cultura en América Latina
Selección y prólogo: Saúl Sosnowski
y Tomás Eloy Martínez
Cronología y bibliografía:
Fundación Internacional Angel Rama

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología:
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

121
HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
Obras
Prólogo: Giovanni Meo Zilio
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
Obra Poética
Selección y prólogo:
Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía: Elí Galindo

123
AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el Supremo
Prólogo, cronología y bibliografía:
Carlos Pacheco

124
ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
Novelas y Ensayos
Selección y prólogo:
Oswaldo Larrazábal Henríquez
Cronología y bibliografía:
Roberto J. Lovera De-Sola

125
SERGIO BUARQUE DE HOLANDA
Visión del Paraíso
Prólogo: Francisco de Assis Barbosa
Cronología: Arlinda Da Rocha Nogueira
Bibliografía: Rosemarie Erika Horch
Traducción del texto de Sergio Buarque
de Holanda: Estela Dos Santos
Traducción del prólogo y la cronología:
Agustín Martínez

126
MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
Mensaje sin Destino y Otros Ensayos
Selección: Oscar Sambrano Urdaneta
Prólogo: Mario Briceño-Iragorry
Cronología: Elvira Macht de Vera
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

127-128
JOSE RAFAEL POCATERRA
Memorias de un Venezolano
de la Decadencia
Prólogo y cronología:
Jesús Sanoja Hernández
Bibliografía: Roberto Lovera De-Sola

129
FRANCISCO BILBAO
El Evangelio Americano
Selección, prólogo y bibliografía:
Alejandro Witker
Cronología: Leopolodo Benavides

130
JUAN MARINELLO
Obras Martianas
Selección y prólogo: Ramón Losada Aldana
Cronología y bibliografía:
Trinidad Pérez y Pedro Simón

131
HUMBERTO DIAZ-CASANUEVA
Obra Poética
Prólogo, cronología y bibliografía:
Ana María del Re

132
Manifiestos, Proclamas y Polémicas de la
Vanguardia Literaria Hispanoamericana
Edición, prólogo y cronología:
Nelson Osorio

133
Pensamiento Político de la Emancipación
Compilación, prólogo y cronología:
Pedro Grases
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

134
AUGUSTO CESAR SANDINO
Pensamiento Político
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Sergio Ramírez

135
LUIS ALBERTO SANCHEZ
La Vida del Siglo
Selección, prólogo y notas:
Hugo García Salvatecci
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

136
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Obra Literaria Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Julio César López

137
Cancionero Rioplatense
Edición, prólogo, selección, notas,
bibliografía y apéndices:
Clara Rey de Guido y Walter Guido

138
Relatos Venezolanos del Siglo XX
Selección, prólogo, notas y bibliografía:
Gabriel Jiménez Emán

139
VENTURA GARCIA CALDERON
Obra Literaria Selecta
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

140
Viajeros Hispanoamericanos
Selección, prólogo y bibliografía:
Estuardo Núñez

141
VICENTE HUIDOBRO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Luis Navarrete Orta

142
JUAN CARLOS ONETTI
Novelas y Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Hugo Verani

143
SALVADOR GARMENDIA
*Los Pequeños Seres - Memorias
de Altagracia y Otros Relatos*
Prólogo, cronología y bibliografía:
Oscar Rodríguez Ortiz

144
PEDRO GRASES
Escritos Selectos
Presentación: Arturo Uslar Pietri
Selección y prólogo: Rafael Di Prisco
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

145
PEDRO GOMEZ VALDERRAMA
*Más Arriba del Reino -
La Otra Raya del Tigre*
Prólogo, cronología y bibliografía:
Jorge Eliécer Ruiz

146
ANTONIA PALACIOS
Ficciones y Aflicciones
Selección y prólogo:
Luis Alberto Crespo
Cronología y bibliografía:
Antonio López Ortega

147
JOSE MARIA HEREDIA
*Niágara y Otros Textos
(Poesía y Prosa Selectas)*
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Angel Augier

148
GABRIEL GARCIA MARQUEZ
Cien Años de Soledad -
El Coronel no Tiene Quien le Escriba.
Prólogo: Agustín Cueva
Cronología y bibliografía: Patricia Rubio

149
CARLOS FUENTES
La Muerte de Artemio Cruz - Aura
Prólogo: Jean Paul Borel
Cronología y bibliografía: Wilfrido H. Corral

150
SIMON RODRIGUEZ
Sociedades Americanas
Prólogo: Juan David García Bacca
Edición y notas: Oscar Rodríguez Ortiz
Cronología: Fabio Morales
Bibliografía: Roberto Lovera-De Sola

151
GUILLERMO CABRERA INFANTE
Tres Tristes Tigres
Prólogo y cronología:
Guillermo Cabrera Infante
Bibliografía: Patricia Rubio

152
GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA
Obra Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Mary Cruz

153
ISAAC J. PARDO
Fuegos Bajo el Agua
Prólogo: Juan David García Bacca
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

154
Poesía Colonial Hispanoamericana
Selección, prólogo y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

155
El Anarquismo en América Latina
Selección y notas: Carlos M. Rama
y Angel J. Cappelletti
Prólogo y cronología: Angel J. Cappelletti

156
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA
Diferencias y Semejanzas
entre los Países de América Latina
Prólogo: Liliana Weinberg de Magis
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

157
JOSE DONOSO
El Lugar sin Límites - El Obsceno
Pájaro de la Noche
Prólogo, cronología
y bibliografía: Hugo Achúgar

158
GERMAN ARCINIEGAS
América, Tierra Firme y Otros Ensayos
Prólogo: Pedro Gómez Valderrama
Cronología y bibliografía:
Juan Gustavo Cobo Borda

159
MARIO VARGAS LLOSA
La Guerra del Fin del Mundo
Prólogo y bibliografía: José Miguel Oviedo
Cronología: José Miguel Oviedo
y María del Carmen Ghezzi

160
LEOPOLDO ZEA
La Filosofía como Compromiso de Liberación
Prólogo, cronología y bibliografía:
Liliana Weinberg de Magis y Mario Magallón

161
ELISEO DIEGO
Poesía y Prosa Selectas
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Aramís Quintero

162
ANTONIO CANDIDO
Crítica Radical
Selección, notas, cronología
y bibliografía: Márgara Russotto
Prólogo: Agustín Martínez

163
ALFONSO REYES
Ultima Tule y Otros Ensayos
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Rafael Gutiérrez Girardot

164
LAUREANO VALLENILLA LANZ
Cesarismo Democrático y Otros Textos
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Nikita Harwich Vallenilla

165
MARIANO AZUELA
Los de Abajo - La Luciérnaga
y Otros Textos
Selección, prólogo, y bibliografía:
Arturo Azuela
Cronología: Jorge Ruffinelli

166
JUAN LISCANO
Fundaciones, Vencimientos y Contiendas
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Oscar Rodríguez Ortiz

167
JOAQUIM NABUCO
Un Estadista del Imperio y Otros Textos
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Francisco Iglesias

168
JULIO ORTEGA
Una Poética del Cambio
Prólogo: José Lezama Lima
Cronología y bibliografía: Lourdes Blanco

169
ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Edmundo Ribadeneira M.

170
ESTEBAN ECHEVERRIA
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Beatriz Sarlo
y Carlos Altamirano

171
JORGE AMADO
Cacao - Gabriela, Clavo y Canela
Prólogo, cronología
y bibliografía: José Paulo Paes
Traducción: Estela Dos Santos
y Haydée Joffre Barroso

172
PABLO ANTONIO CUADRA
Poesía Selecta
Selección, prólogo,
cronología y bibliografía:
Jorge Eduardo Arellano

173-174
FRAY PEDRO SIMON
Noticias Historiales de Venezuela
Prólogo: Guillermo Morón
Reconstrucción del texto y notas:
Demetrio Ramos Pérez
Cronología y bibliografía:
Roberto Lovera-De Sola

175
JOSE OVIEDO Y BAÑOS
Historia de la Conquista
y Población de la Provincia
de Venezuela
Edición: Tomás Eloy Martínez
Notas: Alicia Ríos
Prólogo: Tomás Eloy Martínez
y Susana Rotker
Cronología: Tomás Eloy Martínez
Bibliografía: Tomás Eloy Martínez
y Alicia Ríos

176
Historia Real y Fantástica
del Nuevo Mundo
Introducción: José Ramón Medina
Prólogo, selección y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

177
JORGE BASADRE
Perú: Problema y Posibilidad
Selección, prólogo y cronología:
David Sobrevilla
Bibliografía: Miguel Angel Rodríguez Rea

178
Testimonios, Cartas
y Manifiestos Indígenas
Prólogo, cronología y bibliografía:
Martín Lienhard

179
JUAN ANTONIO PEREZ BONALDE
Poesía Selecta
Selección, prólogo, notas y cronología:
Argenis Pérez Huggins
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

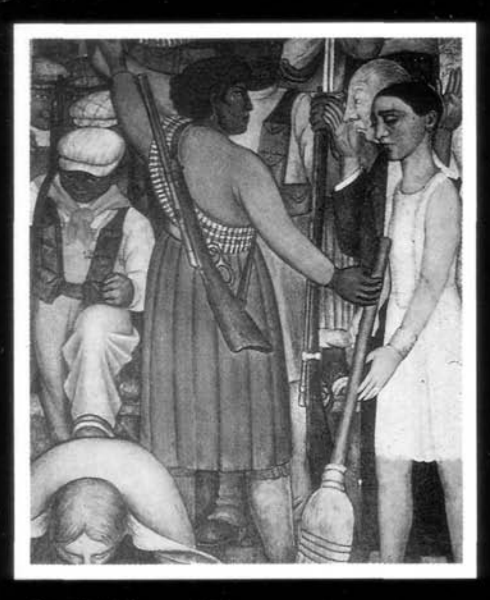
180
DARCY RIBEIRO
Las Américas y la Civilización
Prólogo: María Elena Rodríguez Ozan
Cronología y bibliografía:
Mercio Pereira Gomes

Este volumen, el CLXXXI de la BIBLIOTECA AYACUCHO, se terminó de imprimir en Caracas (Venezuela), el día 18 de noviembre de 1992, en los Talleres de Editorial Texto, Avenida El Cortijo, Qta. Marisa, Nº 4. La edición consta de 3.000 ejemplares (1.500 rústicos y 1.500 empastados).

PROXIMOS TITULOS

POESIA Y POETICA DEL GRUPO ORIGENES

Caracciolo Parra Pérez
HISTORIA DE LA PRIMERA REPUBLICA DE VENEZUELA



Detalle del mural *El que quiera comer que trabaje* (1929) de Diego Rivera (México, 1886 - 1957) pintado en la Secretaría de Educación Pública (Ciudad de México).

JOSE VASCONCELOS

OBRA SELECTA

Estudio preliminar, selección, notas,
cronología y bibliografía
CHRISTOPHER DOMINGUEZ MICHAEL

El solo nombre de Vasconcelos suscita, en cualquier mexicano de nuestro tiempo, una serie de adhesiones y repulsiones, de cóleras y simpatías, que lo hacen el escritor más vivo de México. (...) Ha sido fiel a su tiempo y a su tierra, aunque le hayan desgarrado las entrañas las pasiones. La obra de Vasconcelos es la única, entre la de sus contemporáneos, que tiene ambición de grandeza y monumentalidad.

OCTAVIO PAZ

Construir era civilizar y Vasconcelos imaginó una capital para la raza cósmica en el corazón colonial de América. Como arquitecto espiritual se realizó parcialmente en la vida pública. (...) El problema central parece ser —como en Reyes, que lo resolvió de otra manera— la invención de una verdadera latinidad para América española, encarnada en intelectuales solitarios, rodeados de adversidad.

CHRISTOPHER DOMINGUEZ

BIBLIOTECA  AYACUCHO